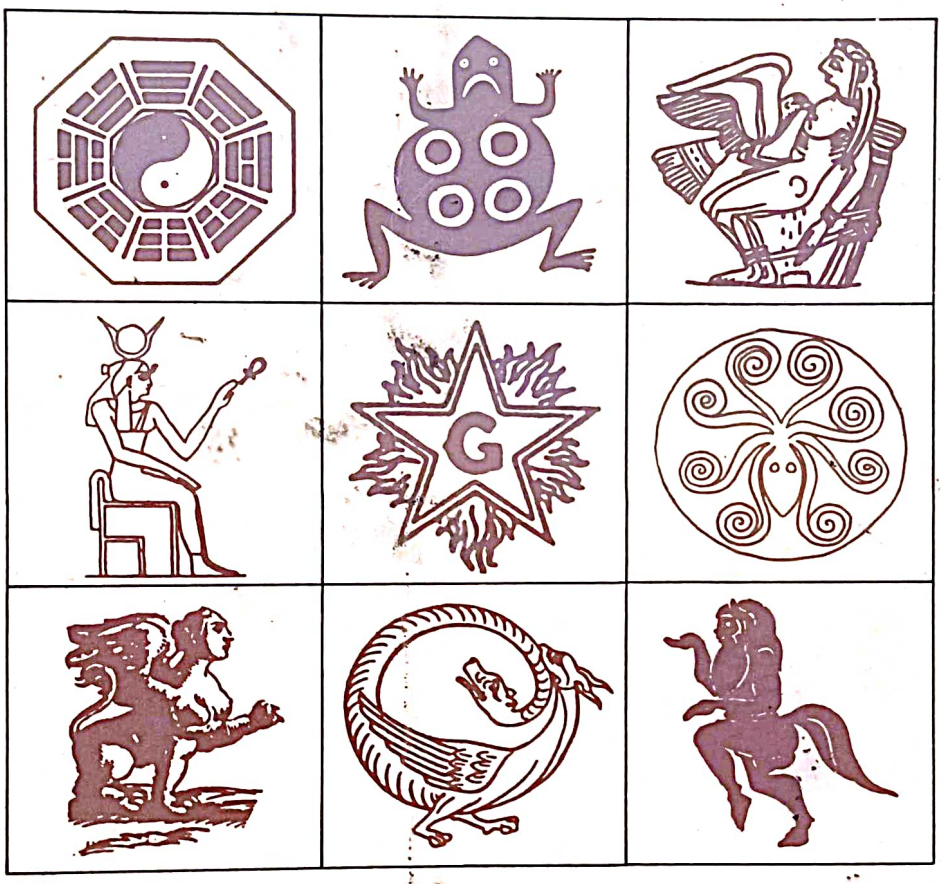
DICCIONARIO DE SÍMBOLOS

CON MÁS DE 600 ILUSTRACIONES

HANS BIEDERMANN



PAIDÓS

HANS BIEDERMANN

El profesor Hans Biedermann nació en 1930 en Viena —donde estudió ciencias naturales y filosofía— y actualmente es profesor en la Universidad de Graz. Ha colaborado en prestigiosas obras colectivas dedicadas a la simbología y ha escrito, ya en solitario, numerosos artículos en revistas especializadas y libros tales como *Handlexikon der magischen Künste, Bildsymbole der Vorzeit* y *Lexikon der Feldsbildkunst.*

HANS BIEDERMANN

DICCIONARIO DE SÍMBOLOS

CON MÁS DE 600 ILUSTRACIONES

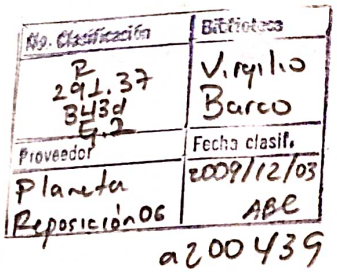
RED CAPITAL DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS

PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: Knaurs Lexikon der Symbole
Publicado en alemán por Droemer Knaur, Munich

Traducción de Juan Godo Costa

Cubierta de Julio Vivas



1.ª edición, 1993
1.ª reimpresión, 1996

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1989 by Droemersche Verlagsarslt Th. Knaur Nachf., Munich
© de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
y Editorial Paidós, SAICF,
Defensa, 599 - Buenos Aires

ISBN: 84-7509-955-6 (Rústica)
ISBN: 84-7509-965-3 (Tela)
Depósito legal: B-16.268/1996

Impreso en Gràfiques 92, S.A.,
Torrassa, 108 - Sant Adrià de Besós (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Prefacio

El que en una conversación menciona de paso el tema de la «simbología» generalmente se enfrenta a dos actitudes básicas diferentes. Por un lado, se sostiene la opinión de que el simbolismo es algo completamente fósil y anticuado del que «hoy en día» ya no podría razonablemente ocuparse ninguna persona; pero existe también el otro extremo: se afirma que el simbolismo constituye la clave para comprender el mundo espiritual. El hombre necesita símbolos para entrar en el terreno de lo concreto, de lo palpable, que de otro modo no podría entenderse. Y cuando decimos «palpable» usamos ya también un concepto simbólico, derivado de la mano que quiere tocar para poder apreciar más cabalmente una cosa. Por consiguiente, es fácil demostrar que lo simbólico entra a formar parte del lenguaje cotidiano, de los modismos. Pero también se encuentra en la abundancia de imágenes de la propaganda industrial, en las consignas y señales de la política, en lo alegórico del mundo religioso, en los iconos y cifras de las culturas extrañas y prehistóricas, en usos jurídicos y objetos de arte, en poemas y figuras históricas, en todas partes en que un «portador de significado» transmite algo que va más allá de su mera forma de expresión trivial. El anillo de boda, la cruz, la bandera nacional, las luces de los semáforos, la rosa roja, la negra vestidura de luto, las velas en la mesa del banquete —un sinfín de cosas—, gestos, imágenes mentales y modismos unen pensamientos con portadores de sentido. Es indiscutible que la creciente abstracción y racionalización del mundo de las ideas parece haber secado el río en otro tiempo casi inconmensurable de las imágenes. Es cierto que tampoco el lenguaje de los ordenadores puede prescindir de los símbolos; sin embargo, el carácter gráfico de anteriores sistemas de pensamiento y de estructuras intuitivas cede el paso evidentemente a un mero orden construido que ya no se expresa de una manera directa, sino que debe aprenderse. Aquí hay que intentar abrir un acceso a las imágenes simbólicas de la humanidad tan llenas de significado histórico y cultural.

Probablemente no hace falta explicar de un modo especial que esto sólo puede alcanzarse aproximadamente en el marco preexistente. Aunque el autor, mediante conferencias, libros y artículos, ha tratado desde hace años los temas correspondientes, el material básico le parece casi ilimitado. Casi todo puede explicarse como símbolo y requeriría un tratamiento especial. Aquí es imprescindible limitarse a lo importante (a lo que aparece como importante), por lo cual la selección necesariamente habrá de parecer subjetiva. Esto se percibe de un modo especial allí donde se mencionan figuras simbólicas (figuras históricas o legendarias). Sherlock Holmes, Tarzán y E.T. son también figuras simbólicas, pero aquí sólo deberíamos hablar primordialmente de aquellas que han dejado su impronta más profunda en la vida cultural.

Es un hecho conocido que cada persona posee su propia mitología y eleva al nivel de lo simbólico a determinadas personas (reales y míticas); por ello, en este sector debería el lector contar con que no ha de encontrar algo muy especial.

Por lo demás, sin embargo, deberían ofrecerse las informaciones deseadas, y ciertamente a base de un material fundamental que trascendiera los planteamientos «eurocéntricos». Aquí se tendrá en cuenta, en la medida de lo posible, el rico tesoro de símbolos de culturas extrañas, y por cierto en primera línea, con el fin de demostrar la difusión de mundos de imágenes de la humanidad en general. Podemos hablar una y otra vez de los fundamentos psíquicos de los diversos mundos de imágenes, pero también cabe discutir temas de toda una serie de zonas científicas marginales, que no siempre se han puesto en relación con el campo conceptual de la investigación simbológica. El lector, en la palabra y la imagen, debería sentirse estimulado a ejercitar su propia investigación, a completar lo que se le ha ofrecido y a buscar los temas correspondientes que sin duda son importantes y valiosos para comprender más profundamente la vida cultural.

El que ya se ha ocupado intensamente de la investigación simbológica, se ha encontrado desde hace años con un gran número de obras básicas y monografías que, sin embargo, tratan primordialmente temas fundamentales. Hasta ahora no parece haberse ofrecido todavía una obra de visión de conjunto que trate el amplio abanico del simbolismo en Europa, Asia, África y el Nuevo Mundo, desde los tiempos más remotos hasta la actualidad, y ofrezca en palabra e imagen una visión de esta fascinante temática permitiendo que hablen las fuentes antiguas mismas y presentando más que un simple bosquejo. El autor se ha esforzado en exponer la problemática de la historia de las ideas del tema de una manera que el lector no tenga ante sí una mera colección de enrevesados procesos mentales y asociaciones de ideas difícilmente realizables, sino que empiece también a formularse preguntas acerca de los propósitos de artistas y pensadores de otras épocas con su modo de proceder tanto intuitivo como especulativo. El que contemple las múltiples manifestaciones del antiguo pensamiento simbólico, desde el punto de vista puramente racional de las ciencias físicas, se preguntará una y otra vez, divertido o extrañado, cómo llegaron a producirse aquellas ideas que resultan en parte tan extrañas. Nuestra razón calculadora, como también nuestra mentalidad científica, ha procedido desde hace mucho tiempo de una manera diferente de la de los autores del «Physiologus» cristiano primitivo, del «Bestiarium» medieval y de los libros barrocos de alegorías. En ellos no se pregunta acerca de la definición racional y la documentación, sino acerca de un sentido más profundo y humano del mundo que Dios configuró para sus criaturas.

Donde existen fuentes escritas, como es el caso en todas las civilizaciones superiores, podemos acercar los textos a un mundo de imágenes que a veces producen un efecto extraño. En otros casos, el estudioso de los símbolos depende de indicios y de conclusiones analógicas que, por lo menos, deben suponer cierta medida de verosimilitud.

Los resultados de la moderna psicología profunda, que en el sentido de C. G. Jung supone la existencia de un fondo general de motivos formales acuñadores de imagen (arquetipos), sirven por un lado como medio auxiliar en la «lectura»

de los pensamientos simbólicos, pero por otro lado pueden también sacar partido del multiforme material básico de la historia de la cultura. El múltiple acervo de símbolos reunido por la arqueología, la prehistoria, la etnografía, la heráldica, el folclore, la ciencia de las religiones y la mitología, puede servir para ensanchar considerablemente nuestro saber acerca de lo que hay de común y de diverso en los estilos de pensamiento.

Todo conocedor de la materia sabe que sobre muchos de los temas tocados en las diferentes voces guía podrían escribirse monografías enteras (y que también existen ya monografías sobre algunos de ellos). Sin embargo, dentro del marco existente, no podía ofrecerse más que una base para trabajos sobre este tema, elaborados en parte sobre un material básico poco conocido. El libro tampoco va dirigido preferentemente al investigador de simbología que procede de manera puramente científica, sino primordialmente a un sector más amplio de personas que quieren saber más acerca de los caminos de las experiencias gráficas y los significados metafóricos. El hecho de que no puedan tratarse bien por separado categorías diferenciables en teoría, como símbolo, alegoría, metáfora, atributo, emblema y signo, reside en la naturaleza del material de investigación con sus múltiples matices. Tampoco puede evitarse tratar incluso de unos conceptos a los que de ordinario sólo podemos referirnos bajo el aspecto de lo religioso-teológico. Sin embargo, «cielo» es, por ejemplo, también una imagen que se basa en el arquetípico sistema dual «arriba/abajo», por lo cual no es solamente un concepto teológico, y podemos tratarlo aquí en su dimensión de símbolo.

Es importante el punto de vista de que muchos de los símbolos tradicionales no pueden explicarse con declaraciones unívocas, sino que poseen un valor declarativo de doble sentido —no siempre y en todas partes es el dragón el malvado enemigo o el corazón la sede del amor—; incluso auténticos símbolos, en diversos grados del saber, ofrecen «informaciones» diferentes, pero siempre relevantes. En ocasiones se da también la posibilidad de investigar las causas por las que un determinado símbolo conduce a una determinada interpretación, y precisamente de esta manera debe referirse al ser humano que siempre interpreta egocéntrica y antropomórficamente: o mejor «teomórficamente», es decir, de la manera en que el ser humano se enfrenta al plan cósmico, entendido por él como divino. Se ve rodeado de señales que le dan la posibilidad de integrarse comprensivamente en ese gran plan salvífico. El que, partiendo del punto de vista actual, mira desdeñosamente el gozo en las imágenes experimentado por individuos de épocas anteriores, y solamente registra distintivos de una lógica y de un conocimiento de la naturaleza deficientes, es incapaz de ver la finalidad del pensamiento simbólico.

Que un conjunto de temas como los de la investigación de los símbolos pueda ser causa de polémicas discusiones lo revela un extracto de un libro antifrancmasónico (Friedrich Wichtl: *Weltfreimaurerei* [*Francmasonería internacional*]), en cuya 12ª edición —1936— R. Schneider se despacha a gusto diciendo hasta qué punto el trabajo simbólico consciente obstaculiza el pensamiento. El que se entiende de

esta manera con el mundo quiere decir que no está en condiciones de «dejar natural y libre espacio a la riqueza de las ideas, continuamente ve interrumpido el pensamiento por la costumbre convertida en segunda naturaleza y por los símbolos francmasónicos. Compárese sobre esto, en el libro de la neuróloga Dra. M. Ludendorff, *Induciertes Irresein durch Okkultlehren* (*Demencia inducida por doctrinas ocultistas*), el capítulo titulado "Embrutecimiento artificial causado por el simbolismo"». La citada autora fue la segunda esposa del general Erich Ludendorff (1865-1937).

Entre tanto, una «razón instrumental» absolutamente no idiotizada nos ha deparado productos inhumanos de toda especie y —según Adolf Holl (1982)—también las «bombas atómicas, y ya empezamos a estar escamados. Una vez más hojeamos en el libro de los sueños de la humanidad, buscamos cifras cuyo significado hemos olvidado, buscamos orientaciones para huir del campo de maniobras de la sociedad de producción en el que se ajetrean nuestros cuerpos. En ello, nuestro problema es que los mundos vitales en los que prospera la religión se han vuelto anacrónicos para nosotros y con ellos también los ritos de los jinetes nómadas, los caballerescos señores de la guerra, labradores, artesanos de pequeñas ciudades tal como viven todavía en el Tercer Mundo y que perviven curiosamente en las ceremonias de nuestras propias iglesias cristianas».

Un «libro de sueños» sacado de las cifras e imágenes alegóricas aprendidas en parte intuitivamente en épocas primitivas, en parte ideadas, es lo que se le ofrece también aquí al lector de nuestro tiempo. Sin grandes debates teóricos, debemos reproducir, en relación con el concepto de los símbolos, algunas frases de Manfred Lurker que con bastante claridad expresan de qué se trata: «La importancia del símbolo no reside en él mismo, sino que lo trasciende. Según Goethe, hay verdadero simbolismo dondequiera que lo particular represente a lo general, no como sueño o sombra, sino como revelación viva y momentánea de lo inescrutable». Para el hombre religioso el símbolo es un fenómeno concreto en el que la idea de lo divino y absoluto se vuelve de tal manera inmanente que alcanza una expresión más clara que por medio de las palabras... Desde el punto de vista de la historia de la salvación, el símbolo es algo que expresa la unión inquebrantable entre el Creador y su Creación... Si de la plenitud de la imagen divina primigenia se manifiestan las imágenes individuales, entonces éstas son en sentido propio *sym-bolon*, punto de encuentro de tiempo y eternidad... «El símbolo es encubrimiento y revelación al mismo tiempo» (1987). Todo esto se refiere ciertamente, de forma predominante, al simbolismo religioso corriente entre nosotros; además de ello, deben tratarse imágenes y signos que se basan en juegos de pensamiento y abstracciones sin que por ello lleguen a altas esferas de la espiritualidad. Por lo demás, al ocuparnos de culturas extrañas, resulta difícil distinguir entre experiencia concluyente, mitología y especulación de erudición sacerdotal. La difícil situación de las fuentes impide muchas veces penetrar tan profundamente como se requeriría en mundos espirituales antiguos y exóticos.

En relación con la polémica antisimbolista mencionada, finalmente no se puede negar que algunos símbolos marcan en realidad un determinado camino para las personas implicadas en ellos y pueden tener también efectos negativos para la vida. No solamente en el imperio azteca condujeron a una abominable destrucción de seres humanos símbolos rituales tales como «*sangre de sacrificio*, *corazón*, *sol*», sino también, en una época más próxima a nosotros, otros símbolos, como «*bandera*, *caudillo*, *sangre* y *suelo*». Sin embargo, no puede negarse ciertamente que un sinfín de antiguas ideas simbólicas figuran entre los bienes más preciados de la humanidad y han llevado a las grandes creaciones de la historia de la civilización: a pirámides, catedrales, templos, sinfonías, poemas, esculturas, cuadros, acciones sacras, fiestas, danzas, etc. Hemos de convenir que unos símbolos anclados en los estratos profundos de la personalidad tienen el poder de desarrollar una vida propia y mediante una especie de efecto de acoplamiento por reacción influir en quienes lo crearon. La responsabilidad del ser humano que es consciente de este hecho consiste en que tiene la posibilidad de seleccionar de entre el acervo de símbolos de la historia aquello que es puro y valioso.

«Los "seductores secretos" de la actual propaganda económica», escribe Gerhart Wehr (1972), «que saben apoderarse de la fuerza de la imagen, enredan aún más en la falta de libertad al hombre en cuanto elemento de la masa, en gran medida inconsciente y "dirigido desde fuera", valiéndose de la manipulación de los símbolos y creando ilusiones.» De la misma manera que ocurre con la mayoría de las imágenes simbólicas que aparecen en este libro, también el trato con los símbolos es ambivalente en general; puede abrir el acceso a tesoros espirituales de épocas pretéritas y despertarlos a la vida; pero también en el trato sin escrúpulo de este mundo de las cifras pueden éstas apresar al hombre, encadenarlo y volverle menor de edad y degradarlo a la condición de un mero robot que funciona.

A continuación damos también algunas indicaciones prácticas. Como no es posible presentar para cada detalle un índice de las fuentes consultadas (que ocuparía más espacio que el texto mismo), al final del volumen ofrecemos una bibliografía clasificada por temas con datos sobre las fuentes más importantes. También aquí sólo podemos mencionar monografías en casos excepcionales, pero se trata de obras con detallada indicación de las fuentes. Como quiera que no todos los conceptos forman una voz guía en el diccionario, se recomienda también consultar el índice de voces guía o entradas en las últimas páginas, donde, por ejemplo, es posible saber que hay que buscar «sombrero» dentro del vocablo «tocados».

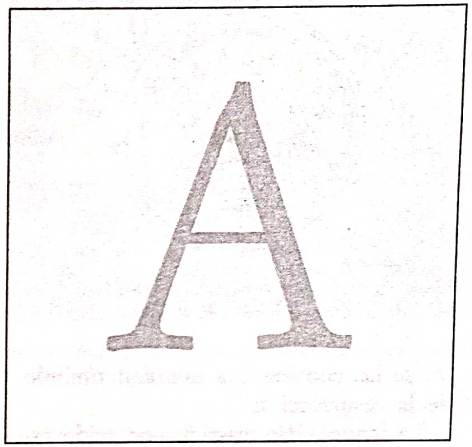
En el texto se hace resaltar en letra cursiva las referencias a otras voces guía. Un trabajo como el presente no habría podido realizarse si en los últimos decenios no se hubiesen publicado reimpresiones de antiguas obras estándar con valioso material básico. En representación de la labor realizada por varias editoriales, citaremos aquí la de la Akademischen Druck- und Verlagsanstalt (Graz), cuyas reimpresiones de las obras de Cartari, Hohberg, Boschius y sus ediciones en facsímil de antiguos códices, constituyeron una condición previa imprescindible para esta obra.

Finalmente, doy gracias no sólo por deber sino también de todo corazón a

las numerosas personas que me ayudaron en la redacción del diccionario y me procuraron un material básico en parte difícil de encontrar: en primer lugar a mi esposa Sibylle, que también fue responsable de las ilustraciones; Annette Zieger (†), Braunschweig; Liselotte Kerkermeier, Friburgo de Brisgovia; Dr. Friedrich Waidacher, Graz; Edith Temmel, Graz; Erich Ackermann, Bruchenbrücken; rector Josef Fink, Graz; Ralph Tegtmeier, M. A., Bonn; Gerhard Riemann, Pentenried; Dr. Leonhard Eschenbach, Viena; Ingeborg Schwarz-Winklhofer, Graz; Kurt Edelsbrunner, Graz; Octavio Álvarez, Enfield/N. H., EE.UU.; Dr. Karl A. Wipf, Frauenfeld, Suiza... y muchos amigos y conocidos. De ellos es también el mérito si este libro ofrece materia que incite a la reflexión.

Graz, verano de 1988 Prof. Dr. Hans Biedermann

Abeja. Muy pocos animales desempeñan en el simbolismo un papel tan grande como este insecto formador de Estados o repúblicas. Ya en las épocas más remotas de la Antigüedad se recolectaba la miel de abejas silvestres. Pronto se descubrió también la posibilidad de la apicultura y con ello se logró un gran progreso en asegurar la subsistencia. La *miel* servía no sólo para endulzar y fermentar, sino también para la elaboración de medicamentos, de cera para fabricar velas; y más tarde, también para la fusión de metales en la «forma perdida» (à cire perdue), y en Egipto para la momificación de cadáveres. Allí la apicultura se conocía ya hacia el año 2600 a.C., y la abeja era el símbolo jeroglífico del reino del Bajo Egipto. En la India, donde la recolección de miel silvestre es productiva, la apicultura no hizo progresos; en cambio, es muy antigua en la China. Como la palabra para abeja («feng») suena de un modo parecido a la que designa la «dignidad de conde», es lógico relacionarla con la escala de las carreras. Por lo demás, la abeja era menos símbolo de la diligencia que imagen del joven enamorado que revolotea alrededor de las muchachas. También en ciertos cuentos chinos, las abejas ayudan, como en Europa, a descubrir la novia adecuada. En Occidente, la abeja suele denominarse «pájaro de María» o «pájaro de Dios» y equivale a símbolo del alma. El que ve en sueños una abeja tiene ante los ojos la proximidad de la muerte, el alma que se aleja zumbando. Pero si a un muerto le entra volando una abeja en la boca, vuelve a vivir. «Camino de las abejas» era como los antiguos germanos describían el aire henchido de las almas de los muertos. En el ámbito del Mediterráneo reinaron a menudo curiosas ideas sobre la vida de las abejas; se las consideraba carentes de sexo, y se decía que se originaban de cuerpos de animales en descomposición, no tenían sangre y no respiraban. Comparaciones antropomorfizantes designaban a las abejas como valientes, castas, diligentes, limpias, viviendo en armonía en su república y dotadas de sentido artístico («pájaros de las musas»). Los sacerdotes y sacerdotisas de Eleusis se llamaban «abejas». Como el descanso invernal de las abejas se equiparaba a la muer-



Abeja: cobre-emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675

Abeja en una moneda de la antigua Éfeso, símbolo de la diosa-madre

te, se las consideraba también símbolo de la resurrección.

La iconografía cristiana no pudo escapar a estas comparaciones. Se tuvo por modélico el carácter infatigable de la abeja en el trabajo para su comunidad. San Ambrosio comparó la Iglesia con la colmena, y a los piadosos miembros de la comunidad con las abejas, que de todas las flores sólo recolectaban lo mejor y evitaban el humo de la soberbia. La idea de que las abejas vivían sólo del olor de las *flores* hizo de ellas un símbolo de la pureza y de la continencia; para Bernardo de Claraval eran un símbolo del Espíritu Santo. En el ámbito profano se consideró a la abeja como símbolo real, porque se tuvo a la *reina* de las abejas por *rey* durante mucho tiempo. El *lirio* o flor de lis del escudo de Francia se ha hecho derivar hipotéticamente de la imagen estilizada de una abeja. La dulzura de la miel convirtióse en símbolo de la elocuencia «dulce como la miel» de san Ambrosio y de san Juan Crisóstomo («boca de oro»). Como símbolo de Cristo sirvió también la dulzura de la miel (clemencia), aunque en unión con el agudo aguijón en el Juicio final. La idea, tomada también de la Antigüedad, de que las abejas no engendran ellas mismas su prole, sino que la recogen de las flores visitadas por ellas, hizo de la abeja también el símbolo de la Virgen María.

Algunos bestiarios medievales han descrito también el «arte y la gracia de la estructura del panal, los regulares hexágonos de las celdillas que ellas (las abejas) delimitan con dura cera y llenan de miel que fluye del rocío que traen de las flores... La miel beneficia en agradable conformidad tanto a los reyes como a los hombres corrientes. No sirve únicamente al goce, sino también a la salud, es dulce para el paladar y curativo para las llagas. Así, una abeja es ciertamente pobre en fuerzas, pero, en cambio, fuerte por el poder de la sabiduría y el amor de la virtud» (Unterkircher). «Las abejitas son diligentes en encontrar el jugo de las flores, y por ello crecerá su reino lleno de miel; así pues, donde la concordia une los corazones, allí florece al mismo tiempo el dulce fruto y la utilidad» (Hohberg, 1675). En heráldica aparece la abeja generalmente en figura múltiple, por ejemplo, en el escudo de la familia corsa de Bonaparte, como símbolo de sentido del orden y la diligencia. En el antiguo Egipto, el rey del Bajo Egipto era «aquel que pertenece a la abeja», como el junco era símbolo del rey del Alto Egipto.

Abraham, patriarca bíblico que, según los relatos del Antiguo Testamento y según el cálculo cronológico, vivió hacia 1800 o 1400 a.C. Probablemente era un pastor y cabeza de tribu en la región de alrededor de Hebrón y en torno a su figura se entretejen muchas leyendas. El nombre Abram o Ab-raham significa «el padre es ensalzado» o «él es ensalzado con respecto al padre». Abraham es considerado como patriarca de Israel, el cual, mediante su vocación y por haber concertado una alianza con Dios, se convirtió en portador de la revelación y de la salvación, «la roca de la que fue tallado el pueblo» (Isaías 51,1). «Los números relativos a la vida de Abraham —a los

Abraham: sacrificio de Isaac. Mosaico en el pavimento de la sinagoga de Bet-Alfa (Israel), siglo VI d.C.

Abraham ofreciendo a su hijo Isaac. Ilustración de la Biblia, siglo XVI

75 años la emigración, a los 100 el nacimiento del hijo de la promesa, a los 175 la muerte— fueron elegidos idealmente, pero no cronológicamente... Si Abraham no hubiese tenido fe, la historia de la religión hubiese discurrido de otra manera... La posición clave de Abraham nos dice... que Dios no da su revelación a cada individuo, sino a un ancestro que la transmite a su comunidad y con ello asume la responsabilidad por todos» (Schilling en J. B. Bauer, 1959).

En el Nuevo Testamento se dice como comentario que no es la descendencia física la que es relevante, sino la espiritual y moral, como predica Juan el Bautista: «No penséis que debáis decir entre vosotros: tenemos a Abraham por padre. Yo os digo: ¡Dios puede de esas piedras suscitar hijos a Abraham!» (Mateo 3, 9), interpretado en el sentido de que Dios no está ligado al pueblo de Israel, sino que incluso de unas piedras inertes (los gentiles) puede crear sucesores. Según la tradición islámica, Abraham fue muerto por el rey *Nemrod*, a quien una profecía había advertido acerca del nacimiento de un niño de este nombre que había de ser superior a los dioses y a los *reyes*. Abraham fue engendrado por el *ángel* Dschibril (Gabriel) y escondido por su madre en una *cueva* durante 15 años y fue alimentado por los dedos de Alá, de los cuales recibió *agua*, *leche*, zumo de dátiles y leche cuajada, hasta que fue lo suficientemente mayor como para abandonar la cueva y llegar al conocimiento del Creador. Una leyenda de parecida temática se encuentra entre las leyendas de los judíos (E. bin Gorion, 1980).

Abraham, seno de, símbolo de la seguridad que encuentra en la protección de un patriarca el hombre que confía en Dios. Muchas esculturas románicas y del gótico primitivo (Moissac, Reims, Notre-Dame de París, etc.) muestran al patriarca bíblico que sostiene sobre sus rodillas un paño en el que se hallan sentadas, como niños pequeños, las almas de los fieles justificados. En tanto que de ordinario se asocia «seno» o regazo a lo femenino y al seno materno, en Occidente suscita especial atención la idea judaico-tardía del «seno del patriarca», del padre primigenio tratado con especial respeto en el *Paraíso* y ya en la tierra bendecido con riquezas y una gran descendencia. El propio Abraham es también apreciado en la tipología medieval que ve en el Antiguo Testamento simbólicamente prefigurados sucesos del Nuevo. El hecho de que Abraham estu-

viera dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac y a satisfacer el deseo divino se considera que prefigura el sacrificio del hijo de Dios, Jesucristo. (Véase *Lázaro*.)

Abubilla (gr. epops, lat. upapa), *ave* migratoria de los países mediterráneos, que se consideraba inmunda porque saca con el pico larvas del estiércol, y también enemiga de las *abejas*. Según las «Metamorfosis» de Ovidio, la abubilla era un rey de Tracia (Tereo), que fue convertido en pájaro porque había cometido malas acciones (su esposa Filomela, a la que él persiguió con la espada desenvainada fue convertida en *ruiseñor*). En la Antigüedad clásica se le atribuía la «mandrágora», conocida también en las leyendas de la Europa central, que puede abrir todas las cerraduras, y se la relacionó con el crecimiento de los sarmientos de la vid. En el «Physiologus» paleocristiano se dice que las crías de la abubilla arrancan a sus ancianos padres las *plumas* viejas y les lamen los *ojos* apagados hasta que los pájaros viejos se vuelven jóvenes otra vez. Les dicen a sus padres: «Como nos criasteis cuando éramos pequeños y os desvivisteis por nosotros y nos alimentasteis, lo mismo hacemos con vosotros. ¿Cómo pueden los hombres ser tan insensatos que no amen a sus propios padres que se preocupan por ellos y les educan en el conocimiento del corazón?». Esta historia se contiene también en el «Bestiarium» medieval, donde, sin embargo, también se dice que la abubilla es un pájaro sucio que se revuelca en los excrementos y, con ello, es un símbolo de los pecadores que obstinadamente se regodean en la suciedad del pecado.

Además se dice que la abubilla ama la tristeza y ésta causa «la muerte del espíritu».

Acacia, en el simbolismo a menudo confundida con el árbol de la mimosa; se considera, sobre todo por su madera dura y de larga vida, un símbolo de la victoria sobre la muerte. En este sentido, la planta es muy apreciada sobre todo en el *simbolismo francmasónico*, y también ciertamente, según la leyenda del asesinado arquitecto del *Templo*, Hiram Abif, que, como mártir de la palabra del maestro, pereció a manos de tres aprendices envidiosos y fue sepultado bajo un túmulo señalado por una rama de acacia. Comoquiera que el asesinado pervive simbólicamente en cada nuevo maestro, la rama de acacia alude al verdor de las ideas que sobrevive a la muerte. Las esquelas francmasónicas de defunción se adornan con este símbolo y se depositan las ramas de acacia en la tumba del difunto. En ello no desempeña ningún papel la definición botánica: «La rama de acacia que se pone sobre el ataúd es una imagen de la rama de acacia o de cardo que nuestros hermanos, en lo alto de la montaña (es decir, del túmulo), hincaban junto a la cabeza de nuestro venerado padre... son las ramas de laurel y de palma que él ha recibido...». (Baurnjöpel, 1793.)

Acteón (griego: aktaion), en la mitología griega, una figura simbólica de advertencia para el hombre que no debe acercarse a la esfera de los dioses sin reverencia y por curiosidad. El cazador Acteón, criado por el *centauro* Quirón, llegó por casualidad cerca del lugar donde Artemis (lat. *Diana*), junto con sus ninfas, se bañaba en un *río* en las proximidades de la ciudad de Orcomeno. En vez de retirarse con sagrado temor, observó el espectáculo no destinado para ojos humanos. La encolerizada diosa de la caza le convirtió en un *ciervo*, que pronto fue destrozado por sus propios perros de caza, siendo ésta una escena representada en muchos cuadros de carácter mito-

Acteón: el acteón que, convertido en ciervo, se mueve en el mundo nocturno de luna-Diana, según un cobre de Merian en el Musaeum Hermeticum, 1678

lógico. El núcleo del mito puede ser el sacrificio de una persona para honrar a una diosa de la caza y de las ninfas. Según Plutarco, todavía en el siglo I d.C. se cazaba y mataba a un hombre vestido con piel de ciervo en la *montaña* Licaón de Arcadia.

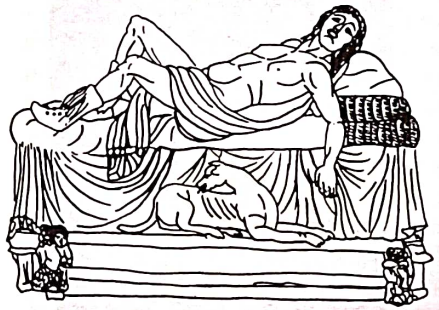
Adán y Eva, los primeros padres de la humanidad en la tradición bíblica, son en Europa el conocido símbolo de una pareja primigenia que en los mitos de muchos pueblos y culturas marcan el comienzo de la humanidad. El hecho de que en los primeros tiempos de la humanidad ésta perdiera la inmortalidad por una falta o un delito también está muy ampliamente difundido. En el relato bíblico del *paraíso*, esta falta o delito consiste en la arrogancia de los primeros padres, que menospreciaron el tabú y comieron el fruto prohibido (véase *manzana*) del árbol de la ciencia del bien y del mal, persuadidos por una *serpiente*. La creación a partir de *tierra* y barro recuerda el antiguo mito egipcio según el cual el dios Khnum, de cabeza de *carnero*, modeló todas las criaturas en un torno de alfarero. La versión más conocida de la historia bíblica de la Creación, según la cual Dios solamente formó a Adán de la tierra, y le dio vida, y más tarde hizo a Eva del costado (o costilla) de Adán, no corresponde por completo al pasaje del Génesis (1, 27) donde se dice solamente: «Como hombre y mujer los creó». En relación con esto, es decisivo desde el punto de vista de la simbología el hecho de que los primeros padres prefiguran representativamente a la humanidad entera que desciende de ellos y necesita la redención por haberse desviado culpablemente del plan divino. Para Orígenes (185-254), Adán simboliza el espíritu; Eva (Khavvah, madre de los vivientes), el alma.

En las escenas de la Crucifixión, a menudo se reproduce al pie de la *cruz* la calavera de Adán, análogamente a lo que dice la leyenda, a saber, que la cruz se había hecho de la madera del *árbol* del paraíso. El Redentor sepultado, al «bajar al reino de la muerte», antes llamado el *infierno*, rompió las rejas de la cárcel de los que antes de los tiempos de él se hallaban presos en el mundo subterráneo y sacó a Adán y a Eva, coincidiendo con su propia resurrección, de la noche del sepulcro; esto,

Adán y Eva: creación de Eva. Crónica de los sajones, siglo XIII

según lo que cuentan el apócrifo Evangelio de Nicodemo y la «Legenda aurea». El motivo de la formación de Eva de la costilla de Adán viene explicado en las leyendas judías medievales por la siguiente reflexión del Creador: «No quiero hacerla de la cabeza, para que no levante demasiado la suya; tampoco del ojo, para que no espíe por doquier; tampoco de la oreja, para que no preste oído a todo; tampoco de la boca, para que no hable demasiado; tampoco del corazón, para que no se vuelva demasiado altanera; tampoco de la mano, para que no trate de tocarlo todo; tampoco del pie, para que no ande por todas partes; sino de una parte casta del cuerpo que incluso esta cubierta cuando el hombre anda desnudo. Y a cada parte que el Señor iba formando, decía: sé una mujer piadosa, sé una mujer recatada». Especulaciones más modernas acerca de una relación simbólica entre la media *luna* y la costilla poseen menos verosimilitud que la consideración de que el número variable de las «costillas falsas o flotantes» (Costae volantes) haya conducido a la explicación de que puede faltar una costilla y por ello recuerda la creación de la primera madre a partir de este hueso.

Adonis, figura simbólica de la mitología antigua para la belleza juvenil masculina, procede originariamente del ámbito siríaco-fenicio (Adon-Señor) y es una figura de la especie de «dioses que mueren y resucitan», un genio de la vegetación que se renueva anualmente. Como amante de Afrodita (lat. *Venus*), fue muerto por un *jabalí* furioso, que, según algunas tradiciones, era el dios Ares (lat. Marte), que había tomado la forma del animal. De la *sangre* de Adonis nacieron anémonas, y su alma descendió al hades (véase *más allá*). La diosa del amor suplicó a Zeus que Adonis sólo debiera pasar una parte del año en el mundo subterráneo, y que en la primavera regresara a su lado. Este ruego fue atendido y la resurrección de la naturaleza juvenil se celebró con fiestas, canciones y formando «jardincitos de Adonis». Adonis es la forma griega del dios sumerio de la vegetación, Dumuzi (en arameo Tammuz), el amado de la diosa Inanna. El ciclo anual de la vegetación se simbolizó en muchas religiones y culturas mediante las divinidades que descienden al submundo y periódicamente vuelven a resurgir de él.



Adonis: tapa de urna etrusca, Toscana, hacia 190 a.C.

Ágata, piedra de adorno que ya gozó de predilección en la Antigüedad y que según su coloración se le asignaba una relación simbólica con la *Luna* o con el planeta *Mercurio*. En sus vetas quiso reconocer el hombre figuras de la doctrina de los dioses y atribuyó a esta piedra efectos mágicos: decíase que alejaba el mal tiempo, impedía que los *ríos* se desbordasen, favorecía a los atletas y estimulaba eróticamente a las mujeres. El texto cristiano primitivo «Physiologus» refiere que los pescadores de *perlas* atan un trozo de ágata a un hilo y lo sumergen en el mar. «El ágata va hacia la perla y no retrocede.» Los buceadores pueden seguir el hilo y recogen la perla. Ésta simboliza a Jesucristo, «pero el ágata representa a san Juan, porque él nos mostró la perla espiritual con las palabras: ved, éste es el *cordero* de Dios que lleva los pecados del mundo». El naturalista medieval Lonicerus pensaba en el jaspeado de colores del ágata cuando escribía que, colocado sobre las cabezas de los durmientes, causaba sueños muy agradables. Jean de Mandeville le atribuyó la facultad de volver ingenioso y elocuente al que la poseía. En el Pseudo-Alberto Magno (1581) se lee acerca del ágata de vetas negras que ayuda a superar los males «y confiere fuerzas al corazón y hace que un hombre violento se vuelva amable y sea querido por todos; también le hace alegre, y le ayuda (contra) las cosas adversas».

Agua. En muchos mitos de la creación del mundo, el agua primigenia es la fuente de toda vida que se eleva desde ella, pero al mismo tiempo también es un *elemento* de disolución y de ahogamiento. Muchas veces los *diluvios* suceden a anteriores ciclos de la creación y aniquilan formas de vida que no resultaban gratas a los dioses. Psicológicamente, el agua es símbolo de las capas profundas inconscientes de la personalidad que está habitada por seres misteriosos (véase *peces*). Como uno de los símbolos elementales, el agua es ambivalente, ya que por un lado vivifica y fecunda, pero por otro también hace referencia a hundimiento y perdición. En el agua del mar occidental se hunde el *Sol* cada atardecer, para durante la noche calentar el reino de los muertos; por esto tiene el agua también relación con el *más allá*. Muchas veces las «aguas de debajo de la *tierra*» se asocian con el *caos* primigenio; en cambio, el agua de la *lluvia* que cae del cielo se asocia con vivificación llena de bendiciones. Los remolinos de agua (véase *espiral*) representan gráficamente dificultades y convulsiones; sin embargo, los *ríos* que discurren tranquilamente simbolizan la vida que transcurre ordenadamente. Estanques y pantanos, pero especialmente lagos formados por *manantiales*, en muchas culturas se consideró que eran lugares habitados por espíritus de la naturaleza, por ondinas, genios de las aguas o demonios acuáticos vaticinadores —a menudo también peligrosos— de diversa índole. También aquí se manifiesta el significado ambivalente del agua en el simbolismo. En el sacramento cristiano el agua mezclada con *vino* es una especie de *sistema dual*, añadiéndose al elemento pasivo el «*fuego*» del vino, lo cual hace referencia a las dos naturalezas (divina y humana) en la persona de Jesús. Incluso la imagen que simboliza la templanza, por ejemplo, en las cartas del *tarot*, representa la mezcla de agua y vino. Por lo demás, en la iconografía cristiana, el agua desempeña predominantemente el papel del elemento purificador que en el bautismo lava la mancha del pecado. Como elemento puro se empleaba en las pruebas de *brujas*, en la creencia de que no acogería a las que fueran brujas de verdad. En esta prueba del agua sólo se consideraba inocente la que se hundía (y después era sacada con una cuerda), mientras que las «brujas endiabladas» debían flotar como corchos sobre la su-

Agua: divinidad con recipiente rebosante. Sello del rey sumerio Gudea, III milenio a.C.

Agua: dios del agua o de la lluvia. Irán, hacia 2500 a.C.

perficie del agua. Se conoce todo lo referente a agua bendita en el ámbito católico. Para la costumbre religiosa, el agua bendita todavía no mezclada con el *crisma* es importante, así como también el agua que se bendice en determinados días festivos y que los fieles se llevan a sus casas para en ellas llenar el acetre o calderillo junto al *umbral*. Sirve para hacer la señal de la *cruz* con los dedos humedecidos con agua bendita, y era costumbre esparcir algunas gotas de ésta por la habitación. Según una creencia muy extendida de la piedad popular, las gotas de agua bendita rociadas en el suelo debían también ayudar a las «almas del *purgatorio*» y mitigar el ardor de las llamas purificadoras. A la imagen europea del mundo le resulta extraña la visión del *más allá* como reino acuático, como era usual, presumiblemente, entre los mayas del Yucatán (Centroamérica) según representaciones pintadas en vasijas de barro. Entre los aztecas, el paraíso de Tlaloc, dios de la lluvia, se llamaba «Tlalócan» y era una región más alegre que el mundo subterráneo Mictlán, que representaba el lugar de residencia para los corrientes mortales después de la muerte (véase *infierno*). Sin embargo, en el calendario de veinte días de la América Central, el signo del día noveno, agua, se considera símbolo de la lluvia en exceso. Se le atribuye el significado de presagio de «enfermedad, fiebre» y se considera que es signo de mala suerte. Este signo de un día se dibuja como corriente de agua azulada que se ramifica con espuma de olas. Figura también entre los jeroglíficos mexicanos que significan «guerra», atl-tlachinolli, traducidos por «agua/fuego», de manera que la lucha de los dos elementos reproduce claramente la tensión de este sistema dual. Muy extendida está la veneración de aquella agua que surge directamente de las profundidades de la tierra y que actúa como un regalo de los dioses subterráneos, especialmente cuando es caliente (agua termal) o posee un efecto curativo como consecuencia de su contenido en minerales. Varias grutas sagradas del hombre del período glacial de los Pirineos se encuentran en la proximidad de tales fuentes, y su veneración continuó también en la Antigüedad clásica, como lo demuestran las ofrendas votivas. Sobre todo en el ámbito céltico era corriente la veneración de *fuentes* sagradas, ya que su *agua* se relacionaba con la *madre* tierra dispensadora de dones (por ejemplo,

Agua: bautismo por inmersión. Legenda aurea, Esslingen, 1481

Agua: el dios del mar, Neptuno, con el tridente y su esposa Anfítrite. V. Cartari, 1647

la diosa Sulis junto a la fuente termal de Bath, Inglaterra). La costumbre de echar monedas en manantiales es evidentemente una reminiscencia de sacrificios simbólicos a deidades acuáticas a las que se atribuía el poder de satisfacer deseos, en el sentido de una serie de ideas agua-tierra-fertilidad-buena suerte-riqueza. Junto a fuentes consideradas sagradas se veneraba a las ninfas, personificaciones de los anhelados efectos bienhechores (véase *seres acuáticos*).

La idea de que el agua consagrada ritualmente puede proporcionar bendiciones, con lo cual el efecto purificador y también fertilizador del agua se integra en un rito religioso, no se limita solamente al culto católico, sino que también aparece en cultos extraeuropeos, por ejemplo, en el parsismo. En Indonesia, a los danzantes que caen en estado de trance se les rocía con agua consagrada para hacerles volver de nuevo a la realidad. Efecto purificador en sentido simbólico tenía el agua también en el culto de Isis, entre otros, de la Antigüedad clásica tardía. El agua del bautismo en el

Agua, sacada de la roca por la omnipotencia de Dios. Grabado de emblemas, W. H. Barón de Hohberg, 1675

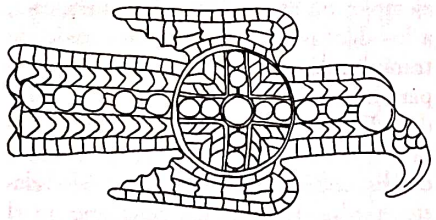
ámbito cristiano debe, como sacramento, purificar de todas las máculas heredadas de los primeros padres y obrar un «renacer a partir del agua». También en el antiguo México se vinculaba una acción parecida con el acto de lavar a los recién nacidos; la comadrona rogaba que el agua quitase todos los males que el niño tuviera procedentes de los padres. Por lo demás, se conocen también los *baños* rituales en muchas culturas antiguas, que, por consiguiente, no tenían motivos solamente higiénicos, sino que servían también para la limpieza simbólica. Cabe mencionar los estanques artificiales de baño de las ruinas prearias de la cultura de Mohenjo-Daro, el baño hinduista en el Ganges, las «pilas de lustración» de la cretense Cnossos, los baños de purificación antes del comienzo de los misterios de Eleusis, y, finalmente, análogas acciones simbólicas en los cultos helénicos tardíos («para el piadoso una gota es suficiente, pero al malo ni todo el océano con sus corrientes

puede lavarle»). También el México antiguo conocía simbólicos baños de purificación; el rey sacerdote de la sagrada ciudad de Tollan solía, hacia la medianoche, efectuar abluciones rituales y la ciudad de Tenochtitlán presentaba tres lugares de baño sagrados. En la fiesta del Xochiquetzal (véase *flor*), el pueblo entero debía bañarse por la mañana temprano, y si no lo hacía era castigado con enfermedades sexuales y de la piel. Las abluciones rituales del islam forman parte de las reglas religiosas; solamente allí donde falta el agua (en el desierto), puede hacer las veces de ésta la arena limpia.

Aunque una exposición más extensa de tales ritos desde el ámbito de la simbología nos llevaría demasiado lejos dentro de los ritos del culto (ciertamente también determinados por el símbolo), deben mencionarse, no obstante, algunas ideas de la Antigüedad clásica europea: conforme a tales ideas, el agua corriente, sobre todo el agua de *mar* en movimiento, se lleva todos los malos hechizos. Si se conjuran dioses ctónicos y demonios (subterráneos) se emplea agua de fuente; en cambio, si se invocan seres celestiales, se utiliza para ello agua de lluvia. El agua del *rocío* que se condensa en los tallos es, según Plinio (23-79 d.C.), «una verdadera medicina, un don celeste para los ojos, úlceras e intestinos». Según una antigua concepción, el rocío se origina de los rayos de la *Luna* o de las lágrimas de la diosa *Eos*, la aurora. En la imagen simbólica cristiana, se compara el rocío con el don de la gracia de Dios que desciende del cielo. También para la operación alquímica se recogía con unos paños el «ros coelestis», el rocío del cielo, como se representa en el «Mutus liber» del año 1677. Sin embargo, parece tratarse aquí de un nombre disimulado para designar el elemento volátil mercurio (véase *azufre y mercurio*). También en el ámbito de la simbología de la psicología profunda se atribuye la mayor importancia al *elemento* agua, que ciertamente es necesario para la vida, pero no alimenta, como dispensador de vida (los niños llegan al mundo humano procedentes de estanques o de *fuentes*) y conservador de la vida. Es el símbolo básico de todas las energías inconscientes, y por ello es también peligroso cuando (por ejemplo, en sueños) rebasa sus límites con inundaciones. En cambio, la imagen simbólica es favorable y benéfica cuando el agua (como estanque, río, pero también como mar que no rebasa su litoral) permanece en su sitio y por ello, como en muchos *cuentos*, representa auténtica «agua de vida».

Águila. La *reina de las aves* es conocida como símbolo de poder que desciende precipitadamente del cielo, y de fuerza guerrera, de ahí que, siendo un *símbolo heráldico* de muchos escudos de armas y emblemas nacionales, se la represente también a menudo con dos cabezas (doble águila) por razones de estilización simétrica. Antiguos bestiarios le atribuían el poder de mirar fijamente el *sol* y recorrer distancias imposibles para el hombre. Un antiguo texto babilónico, por desgracia conservado sólo fragmentariamente, habla del viaje al *cielo* del rey Etana, a quien una águila llevó hacia las alturas. Según antiguos relatos,

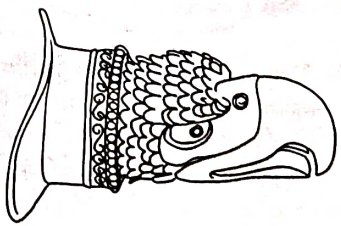
Águila: fíbula ostrogoda en forma de águila, obra celular de oro. Cesena, hacia 500 d.C.



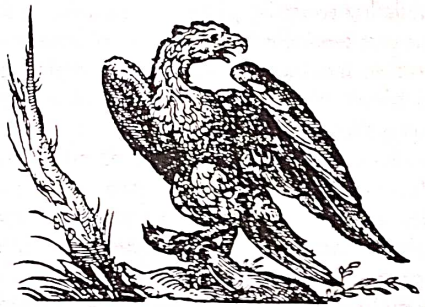
Águila precipitándose hacia el agua. Bestiario, Bibl. de l'Arsenal, París (s. XI)

en el sepelio de un rey había la costumbre de que mientras se quemaba el cadáver, se hiciera volar una águila que simbolizaba el alma del muerto que se dirigía hacia los dioses. En la siríaca Palmira, el águila estaba consagrada al dios Sol. Decíase de ella que, al igual que el *fénix*, podía rejuvenecerse (entre otras cosas, sumergiéndose tres veces en el *agua*, por lo cual también simbolizaba el bautismo y se la representaba en pilas bautismales). Su vuelo hacia las alturas se concibió como un paralelismo de la Ascensión de Cristo. También dícese que la rejuvenecía el sol («el águila, cuando las plumas se le vuelven incapaces para el vuelo, se rejuvenece y renueva en la llama del sol»; Hohberg, 1675), referencia al efecto benéfico de la luz espiritual. Como matadora de *serpientes* y *dragones* es el águila símbolo de la victoria de la luz sobre las potencias oscuras; águilas con *serpientes* en el pico se representaron en muchas culturas, por ejemplo, en el blasón de México. En algunas vidrieras góticas se representa al águila llevando en alto sus polluelos todavía no volanderos para enseñarles a contemplar la luz del sol. En la iconografía cristiana es corriente como símbolo del *evangelista* Juan, como atributo del profeta Elías que subió al cielo y de Cristo resucitado, atribuyéndole significados solamente positivos (fuerza, renovación, contemplación, visión aguda, carácter regio), que en la Antigüedad hicieron de ella el atributo de *Júpiter*. En la época cristiana se le atribuyó la virtud soberana de la equidad, pero también el pecado de soberbia, evidentemente a causa de su mirada dirigida hacia la lejanía, que parece no hacer caso de lo que está cerca. En el *simbolismo francmasónico*, la doble águila es el símbolo del grado 33 del rito escocés, con una corona que cubre las dos cabezas y una espada sostenida horizontalmente en las garras (divisas: Deùs meumque ius, es decir, Dios y mi derecho).

Águila: clavija de oro del antiguo México, azteca



«Quauhtli» (águila) es el nombre del 15° de los veinte signos de los días del calendario azteca, un símbolo de presagio que promete cualidades guerreras al nacido en este signo, pero también indica la inclinación a la rapiña y al robo. «Águilas y jaguares» se llamaban en la sociedad guerrera azteca dos «órdenes» militares, como tropas escogidas, que por ello personificaban en la tierra el *sistema dual* de las fuerzas polares celestes (*sol* y *estrellas*) y representaban como símbolos, por un lado, a la mayor ave y, por otro, al mayor animal terrestre de rapiña de México. La diosa Cihuacóatl (mujer *serpiente*) ostentaba también el apodo de Quauh-Cihuatl —mujer águila—, estaba adornada con una corona de plumas de águila y se la conside-



Águila: grabado en madera en el Pseudo-Alberto Magno, Francfort, 1531

raba guía de las mujeres que morían de sobreparto (el nacimiento de un niño se equiparaba a hacer un prisionero y se valoraba como una acción de guerra). También en la antigua China era el águila un símbolo de vigor y fortaleza (ying, águila, equivale fonéticamente a «héroe»). Una águila sentada sobre una peña simbolizaba al luchador en combate singular; una águila sobre un *pino* era símbolo de longevidad sin pérdida de la fuerza. El águila luchando contra una serpiente se remonta al índico Garuda, lo cual recuerda también el blasón de la capital azteca de Tenochtitlán (hoy ciudad de México). También entre los hunos centroasiáticos (Hsiung-nu) el águila era un símbolo de soberanía.

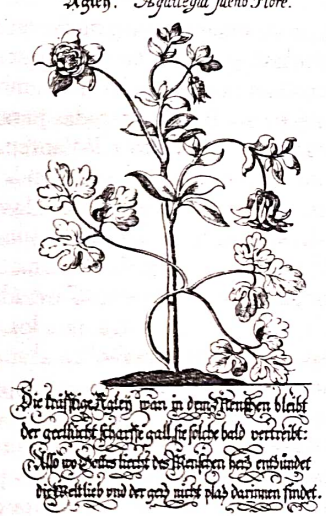
En la heráldica europea es el águila, junto con el león, el animal más frecuente, estando, sin embargo, siempre estilizada simétricamente de modo no natural. Las cualidades heroicas atribuidas al águila hicieron que lo ostentasen como animal heráldico muchos soberanos, reyes alemanes, los duques de Baviera, Silesia y Austria, los margraves de Brandeburgo y los reyes de Polonia; el afán de simetría en la reproducción plana de cara condujo ya tempranamente a la representación gráfica del águila de dos cabezas, la «doble águila», que ya puede observarse en el antiguo Oriente y que a partir de 1433 fue, entre otras cosas, el blasón de los emperadores romano-germánicos. Tras la disolución del Imperio (1806) fue símbolo del Imperio de Austria (hasta 1919), también de la Rusia zarista (hasta 1917), de los reyes serbios y —todavía hoy— del escudo nacional albanés. El origen de la bicefalidad se ha relacionado especulativamente con la doble función «emperador romano-germánico» y «rey alemán». El minnesinger Reinmar von Zweter introdujo como animal heráldico una águila tricéfala con cabezas incluso en los extremos de las alas. El historiador de heráldica A. G. Böckler relacionó en 1688 la palabra «adler» (águila) con «adel» (nobleza) y escribió: «Del águila imperial proviene la nobleza alemana; por tanto, cuando no había águila, tampoco había nobleza. El águila imperial es la mejor protección de la nobleza, la sombra de las alas del águila

Águila como vencedora del dragón de Satán. W. H. Barón de Hohberg, 1675

BIBLORED
RED CAPITAL DE BIBLIOTECAS PUBLICAS

es sólo provecho de la nobleza». En otro pasaje escribe Böckler: «El águila es la reina de las aves, que con sus ojos puede mirar fijamente el sol, que nunca falla en su captura, se rejuvenece, es la que puede volar más alto, y siempre fue considerada por los augures como una señal de victoria futura. Y puesto que Rómulo en el Aventino lo primero que vio fue una águila, lo consideró como señal de buen augurio y por ello hizo que siempre se llevase una águila en vez de una bandera delante del ejército. Ahora bien, aunque existen seis clases de águilas que se alimentan de la presa, son sólo las menores y las peores las que atacan la carroña. El águila no personifica la majestad imperial, sino que es emblema del Imperio Romano. El águila en un campo de oro significa Dios el Señor, cuya estrella brilla esplendorosa y crea la paz y disipa todo temor». En el estudio psicológico de los símbolos se concibe el águila como un «ser de poderosas alas en el celeste azul del espíritu» (Aeppli), y por ello hay que valorar como positivos los sueños en que aparecen águilas. Se ven aspectos críticos allí donde «pensamientos de águila» se precipitan sobre la vida cotidiana, y ponen en entredicho el curso de la vida, asaltado por la «consumidora pasión del espíritu». También por ello se comprende que el águila se haya convertido en el animal simbólico del evangelista (Juan), que se desenvuelve en el ámbito del espíritu. Los a menudo inevitables compromisos de la vida práctica no cabe esperarlos bajo este signo. Algunos bestiarios medievales comparan el águila con nuestro primer padre Adán. La «reina de todas las aves» se cierne en las máximas alturas, pero se precipita inmediatamente hacia la tierra cuando divisa el manjar terrestre. También Adán flotaba originariamente cerca del cielo, pero luego vio el manjar prohibido que le arrastró hacia la tierra. «Después de su incomparable alto vuelo, volvió a nutrirse del placer corporal de la carne y perdió toda la iluminación espiritual.» (Unterkircher.)

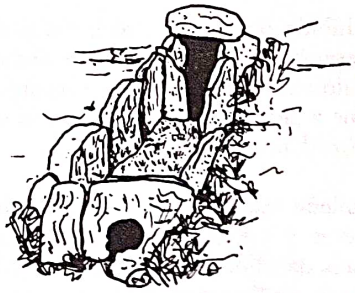
Aguileña (botán. Aquilegia vulgaris). Al parecer, entre los germanos, fue consagrada a la diosa Freya y en cuadros medievales sobre madera se la representa como atributo de la Virgen María. Apreciada



Aguileña: según W. H. Barón von Hohberg, 1675

primeramente como planta medicinal, sirvió como símbolo de la curación de la avaricia: «Donde la luz de Dios enciende el corazón del hombre, ya no tienen cabida el amor del mundo y la avaricia» (Hohberg, 1675).

Agujero de las almas, designación de una abertura redonda en las piedras que cierran la entrada de cámaras sepulcrales neolíticas y «cajones de piedra» que probablemente deben interpretarse simbólicamente. La explicación que se ha ofrecido es la de pensar en una salida y entrada



Agujero de las almas en la piedra que sirve de puerta de una tumba neolítica, cuenca de París

Ala: el dios Assur como arquero en sol alado. Asirio, hacia 890 a.C.

de almas de muertos imaginadas en forma nebulosa que abandonaban su morada y velaban por los vivientes; también se pensó en auténticas entradas para los que practicaban el culto a los antepasados y que depositaban ofrendas en la cámara funeraria (aunque para ello la mayoría de «agujeros de las almas son en general demasiado pequeños»). Una teoría formulada por D. Evers, Wiesbaden, afirma que había de crearse para los enterrados una entrada simbólica al mundo de los vivos que correspondiera al polo norte celeste (el punto de rotación del *eje del mundo*). El «agujero de las almas» debe con ello considerarse también posibilidad de acceso al mundo superior del cielo y representa para el muerto que ha entrado en el *más allá* la posibilidad de unir el mundo subterráneo, el mundo de los humanos y el mundo superior. La cámara funeraria de piedra debe concebirse, desde este punto de vista, como una imagen simbólica que corresponde al mundo subterráneo.

Ala. Las alas no distinguen únicamente a los *ángeles* en el ámbito cristiano, sino también a genios y seres demoníacos, hadas y espíritus del aire en las culturas primitivas del mundo antiguo. Esta suposición en parte de la figura de *ave* expresa la pertenencia a la región del *cielo*, el estado elevado por encima del mundo de los humanos mediante la ligereza de las *plumas*. Desde el punto de vista de la simbología, no debe estructurarse con ello una figura «capaz de volar» en el sentido físico, sino que se debe valorar la corporeidad mediante la capacidad de elevarse por encima de la gravedad terrestre. Por ello está dotada con especial abundancia de alas la idea de los querubines, los pertenecientes a la clase más alta de ángeles. Ezequiel los describe con cuatro rostros y cuatro alas (tetrapteryx), puestos de pie sobre ruedas que están cubiertas de *ojos-estrellas* formando con ello el carro del *trono* viviente de Dios.

Ala: el demonio Pazuzu. Pequeña figura de bronce asiria, hacia 800 a.C.

Ala: imagen del dios Ahura Mazda, derivada del símbolo egipcio del disco solar alado

En el Apocalipsis de Juan se les describe como seres con *seis* alas; en el arte de los libros medievales este número cambia. También personificaciones antiguas suelen representarse con alas, por ejemplo, *Cronos* y la diosa de la victoria Nike (lat. Victoria), y también la diosa de la buena suerte fugaz, *Fortuna*. En el arte medieval de la Iglesia oriental se representa con alas a Juan el Bautista, el precursor de Cristo; en Occidente al «Doctor Angelicus», Tomás de Aquino, y más raramente a san Vicente Ferrer, a causa de su angelical amor al prójimo. A los *diablos* no se les adjudican las ligeras alas del ave, sino las correosas alas del *murciélago*. En el Romanticismo, las criaturas parecidas a los silfos suelen dibujarse con alas de libélula y de mariposa. En el diálogo «Fedro» de Platón (427-347 a.C.), hablando del plumaje que cubre las alas, se dice que tiene la virtud de «levantar lo pesado y encaminarlo hacia el lugar donde habita el linaje de los dioses. También participa de la corporeidad de lo divino». También animales fabulosos simbólicos aparecen dotados de alas cuando se trata de expresar ligereza y «proximidad del *cielo*» (*Pegaso*). (Véase *pluma*.) En el arte heráldico, las alas significan «que uno quiere elevarse por medio de acciones laudables o que ya por ello ha sido uno ensalzado» (Böckler, 1675).

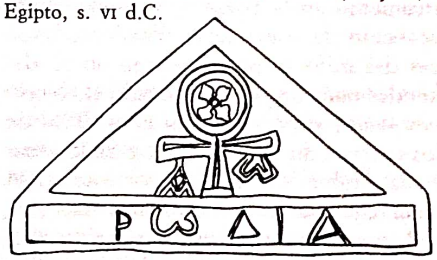
Ala: «Una sola no basta». J. Boschius, 1702

Alejandro Magno. El rey de Macedonia Alejandro III (356-323 a.C.) es aún más en Oriente que en Europa la figura simbólica del general y soberano que avanza hasta las fronteras de la humanidad. El conquistador de Persia y vencedor de Darío III (mosaico de Alejandro en Pompeya), el fundador de la ciudad de Alejandría, el que visitó el santuario de Zeus Amón (Júpiter Amón) en Menfis y recibió honores divinos, el que cortó el *nudo* Gordiano, el que avanzó hasta el Indo, ocupó la imaginación de los mitógrafos de Oriente y de Occidente. En el siglo II a.C., se originó en Grecia el mito de Alejandro, todavía popular en la Edad Media, que atribuye al héroe y a sus compañeros de lucha fantásticas hazañas en el combate contra los *hombres salvajes* al margen del mundo civilizado, y que se amplió poéticamente en la Bizancio medieval en la «canción de Alejandro». Versiones siríacas del mito se parafrasearon en el «Iskander-nameh» persa. Llamado el «bicorne» (véase *carnero*), según el atributo de los cuernos del Zeus Amón, y Sulkharnai en la Arabia islámica, así como también en la región de los uighuros en el Asia central, aparece en poemas legendarios: «Vivía en tiempos remotos en el Oriente /En

Alejandro Magno con cuernos de carnero. Acuñación de moneda de Lisímaco

la ciudad llamada Misir / Un hombre que tenía por nombre Sulkharnai / Habiendo alcanzado una edad de mil años...». Se relata que rebasó el largo puente de la vida, subió a una elevada montaña y (como el héroe Gilgamesch de los mitos sumerios) exploró las profundidades del mar en busca del secreto de la longevidad, hizo reverdecer el *árbol* de la vida y recorrió el país de las tinieblas. También se dice que subió al cielo con la ayuda de una cesta transportada por *águilas*. Leyendas judías le reprochan el defecto de Hybris (arrogancia impía) y refieren que al fin tuvo que experimentar los límites impuestos a los humanos, el carácter transitorio de las cosas humanas (murió inesperadamente de un acceso de fiebre en *Babilonia*). En las leyendas islámicas, sus largos recorridos hasta las fronteras de la Ecumene se convierten en el símbolo del héroe que realiza grandes hazañas en países lejanos. Mahoma estiliza a Alejandro como «el prototipo del rey piadoso y justo. El fruto de su obra consiste en la conversión o castigo de los infieles... Su grandeza es un don inmerecido de la gracia de Alá» (Beltz, 1980). En cambio, en las «Gesta Romanorum» (hacia 1300), el carácter efímero de la gloria de Alejandro es el tema principal: «Ayer oprimía la tierra, hoy ella le oprime a él; ayer el mundo entero no le bastaba a Alejandro, hoy son para él suficientes tres o cuatro varas de paño».

Alfa y omega en la cruz ansata o parecida al anj en la lápida conmemorativa de Rodia, Fayum, Egipto, s. VI d.C.



Alfa y Omega, la primera y la última letras, respectivamente, del alfabeto griego creado, según la leyenda, por las tres diosas del destino, las moiras (*parcas*), símbolo que se dio en la época helenística a Dios como principio y fin del cosmos. Base para este simbolismo lo constituyen palabras bíblicas como «yo soy el primero y el último, no hay Dios fuera de mí» (Isaías 44, 8). Que las letras, los sonidos y las palabras forman los elementos de la Creación, es característico de la imagen del mundo de la Antigüedad tardía y por ello se atribuyó también un valor numérico a las letras (a las griegas y a las hebreas). Con ello se abrieron las puertas a todas las especulaciones cosmogónicas, que luego, especialmente en el esoterismo judaico (cábala), forman el núcleo de la «gnosis especulativa». En el Apocalipsis de Juan (1, 8), el Creador, el «Señor y Dios, el que es y era y el que viene» se designa a sí mismo como el alfa y omega. Las dos letras solían emplearse en el adorno de sepulcros cristianos para indicar que el difunto había considerado a Dios como su principio y su fin último. En la Edad Media, el alfa y omega adornan con frecuencia la corona de rayos de luz del Juez del mundo a izquierda y a derecha de su cabeza.

Alfa y omega: Dios del mundo (Pantokrátor) en una mandorla. Calendario austríaco de los campesinos, 1913

Áloe, planta liliácea, en antiguos y nuevos libros de símbolos se le denomina siempre agave o ambas plantas se emplean erróneamente como medicamento contra el estreñimiento y su sabor amargo se explica como símbolo de la penitencia y del sufrimiento. Servía también como medio para el embalsamamiento, porque se creía que protegía contra la descomposición. Como esta planta, cuyo crecimiento dura largos años, sólo florece una vez, se consideró también símbolo de la singular maternidad virginal de María. El sabor amargo inspiró a Hohberg (1675) unos ásperos versos simbólicos: «Repugna a la boca y hace daño a la garganta / Sin embargo, el amargo áloe mantiene sano a uno. Así, aunque el cáliz de la cruz nos parezca desagradable, el final demuestra, sin embargo, que su intención es buena».

Áloe: grabado simbólico de W. H. Barón von Hohberg, 1675

Amarillo era en la antigua simbología china el color de la *tierra* de loes y con ello también símbolo del punto cardinal «centro». Muchas veces se denomina amarillo el color del *oro*; los dioses se representaban a menudo con una tez de un color amarillo dorado. Goethe, en su teoría sobre los colores, dice que el amarillo es «un color alegre, vivo y suave, pero que fácilmente se desliza hacia lo desagradable, con la más ligera mezcla se vuelve feo, sucio y pierde su valor». Solamente un ligero punto de *rojo* se tolera en general como «calentador». En el simbolismo popular de los colores el amarillo intenso se relaciona con la envidia y los celos («amarillo de envidia»), probablemente en relación con el humor corporal «bilis amarilla» de la teoría antigua —difundida hasta la Edad Moderna— de los *cuatro* humores del cuerpo, que hacía corresponder con aquella sustancia (gr. chole) el tipo del «colérico». Por lo demás, con mayor frecuencia se concibe el amarillo como el color del *sol*: en su naturaleza ambigua es «el color de la intuición tan fácilmente irritable, del pre-

sentimiento, en el que por supuesto se esconde una peculiar energía solar, penetrante e iluminadora» (Aeppli). Se considera que el amarillo dorado con un ligero punto de rojo es casi siempre el resplandor de la sabiduría, y el amarillo pálido la agresión traicionera, por ejemplo, en representaciones del vestido de *Judas*. Por ello venían obligados los judíos a llevar vestidos amarillos en la Edad Media. En la iconografía antigua de los mayas, el amarillo se asociaba al punto cardinal sur. En el simbolismo alquímico de los colores, la coloración amarilla (citrinitas) señala un paso de la materia en su transformación en la «*piedra* filosofal», que pasa del ennegrecimiento al enrojecimiento.

Amatista, una apreciada piedra de adorno, variedad de color entre azul pálido y violeta del cuarzo (véase *piedras preciosas*), se consideraba como símbolo de modestia, paz del alma y piedad, pero también se la relacionó con los dones del poder espiritual de curación. En la Antigüedad se le atribuía el poder de proteger contra la embriaguez (en griego, «amethysios», no ebrio) y también en tiempo más reciente, Eduard Mörike escribía en 1853 en «Historie von der schönen Lau» (Historia de la bella Lau) que esta piedra «ahuyenta rápidamente de la cabeza el pesado vaho del vino, e incluso desde el comienzo impide que un bebedor empedernido toque lo que es sagrado: por ello, solían llevarla en el dedo tanto seglares como eclesiásticos». Su *violeta* «color de penitencia» hizo de la amatista material apropiado para costosos rosarios. Conrad von Megenberg atribuyó a la amatista la virtud de expulsar malos pensamientos y hacer «entrar en razón» (siglo XIV). Los tradicionales libros «lapidarios» relacionan la amatista con el planeta *Saturno* y hacen mención de su supuesta propiedad de proteger contra el veneno y las malas artes. Recientes doctrinas esotéricas la designan como aquella piedra preciosa que por sus irradiaciones místicas y frías mejor corresponde a la «era de acuario» (en inglés «age of aquarius»), que en breve ha de sustituir a la de *piscis*. (Véase *estrellas*.)

Amazonas, nombre de un pueblo legendario de mujeres guerreras, que en el uso moderno del lenguaje se emplea como símbolo colectivo de agresividad femenina. La antigua leyenda habla de un pueblo sármato-capadocio de mujeres a orillas del Termodón que ocasionalmente tenían relaciones sexuales con hombres exclusivamente con fines reproductivos, mutilaban a los hijos varones, les convertían en esclavos para trabajar y, montando rápidos *caballos* y armadas con *flechas*, arco y *doble hacha*, emprendían grandes campañas bélicas. También en el noroeste de África, según Diodoro de Sicilia, vivieron amazonas que emprendieron campañas de conquista por Egipto hasta el Asia Menor. Las leyendas griegas refieren que héroes masculinos (Heracles, Teseo, Belerofonte y Aquiles) las vencieron de vez en cuando y les hicieron sufrir la muerte por su desmesura. Apenas es posible encontrar una base real para este mito, aunque en algunos pueblos antiguos no era insólito que algunas mujeres tomaran parte en la lucha. Estas tribus solían tener una estructura matriarcal, por lo tanto, heredaban el nombre y las tierras por la línea femenina. Esto llevó, evidentemente por exageración literaria de un orden social que a los griegos se les antojaba bárbaro e innatural, a la imagen simbólica de una feminidad que odia a los hombres y ama la guerra. El orador ático Lisias (hacia 450-380 a.C.) describe así a las amazonas y su destino: «Soberanas sobre muchos pueblos y sojuzgadoras de sus vecinos por sus acciones gozaban de gran prestigio en Grecia. Ahora bien, a causa de su gran fama y sus grandes ambiciones, se unieron a pueblos belicosos y emprendieron una expedición militar contra Atenas. Sin embargo, dado que tuvieron que habérselas con hombres capacitados para la lucha, su valor fue solamente el que correspondía a su sexo. Aquí murieron, sufrieron el castigo por su irreflexión, procuraron a esta nuestra ciudad (Atenas) fama imperecedera de valentía... De este modo, ansiando injustificadamente aquella fama guerrera ajena, perdieron con razón la que les correspondía». Se trata evidentemente de un mito ateniense de advertencia ante la gran influencia de las mujeres en la vida pública como la que se creía observar en Esparta, y se entretejieron con algunos pocos hechos reales imágenes fantásticas de mujeres guerreras sedientas de sangre. (Véase *Valquirias*.)

Amazonas: Aquiles y la moribunda reina de las amazonas, Pentesilea. Pintura helenística sobre jarrones (detalle)

Ámbar (griego elektron, mineralog. succinita), una resina fósil de coníferas que hace millones de años crecieron particularmente en lo que hoy es el ámbito del Báltico. Ya en el neolítico fue un material predilecto de adorno con el que se traficaba en lejanas regiones por largas rutas de tierra (rutas del ámbar). Ya el filósofo naturalista griego Tales de Mileto (hacia 600 a.C.) conoció la capacidad del «elektron» de atraer objetos ligeros después de un frotamiento productor de calor (de ahí nuestro concepto de «electricidad»). Esta propiedad, su combustibilidad y el color amarillento hicieron del ámbar —material «exótico» en el ámbito del Mediterráneo— una sustancia apreciada de la que se fabricaron joyas con virtud de amuleto (contra espectros y seres demoníacos de toda índole) a los que todavía hoy en ocasiones se atribuye el poder de alejar dolores de cabeza y pesadillas, aunque a los trozos de ámbar amarillentos y pulimentados se les considera como «rayos de *sol* solidificados» (en la Antigüedad, como lágrimas de Faetón, hijo de Helios). El simbolismo astrológico atribuye el ámbar al *planeta Mercurio*. También en la antigua China se conocía el ámbar importado y (por las inclusiones) se sabía asimismo que se originó de antigua resina de *pino*. El nombre chino (hu-po) significa «alma de *tigre*», en relación con la creencia de que al morir, el alma de este bélico animal se hundía en la tierra y se convertía en ámbar.

Amor o Cupido, en griego Eros, es la antigua personificación del amor que surge repentinamente en su forma alegre y graciosa. Se le representa sobre todo como un muchachito con alas y desnudo, armado con *flecha* y arco, que no sólo hiere en el *corazón* de los humanos sino también de los dioses, con lo que les seduce así hacia el amor. Como hijo del dios de la guerra, *Marte* (en griego, Ares), y de *Venus* (en griego, Afrodita), ocasiona tanta confusión que su madre a menudo tiene que encerrarle o propinarle unos azotes.

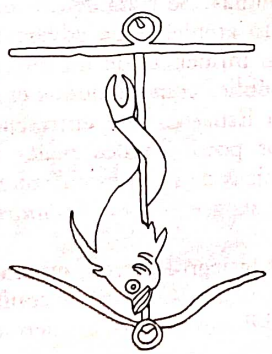
Amor: Amorcillos como personificaciones del poder del amor. V. Cartari, 1647

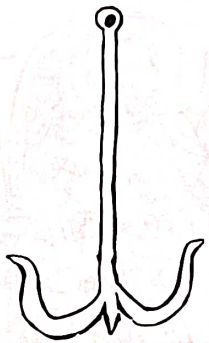
Amor (Gustavo Doré)

En la época helenística, su figura fue reproducida muy frecuentemente sola y unida a grupos enteros de amorcillos, representados, por ejemplo, en la pintura mural pompeyana pero también en la cerámica. Constituyen el prototipo de los angelotes del Barroco y del Rococó, que fueron transformados en clave cristiana, en *ángeles* de aspecto de niños pequeños. En el cuento antiguo de Eros y Psique, en cambio, el dios del amor es un hombre joven y hermoso que primeramente hace a su amada objeto de muchas molestias, pero al final la obsequia con la felicidad ideal (en las «Metamorfosis» de Apuleyo de Madaura, siglo II d.C.). En la colección medieval de novelas de las «Gesta Romanorum» (hacia 1300), se describe al dios del amor según una estatua con cuatro *alas*; en la primera podía leerse: «El primer amor es poderoso y de gran fuerza. Por el ser amado soporta pacientemente todas las tribulaciones y apuros». En la segunda: «El verdadero amor no busca lo propio, sino que da todo lo que es suyo». En la tercera: «El verdadero amor mitiga la aflicción y el miedo y no se arredra ante ellos». En la cuarta, finalmente: «El verdadero amor alberga en sí la ley que nunca envejece, sino que siempre rejuvenece».

Ancla, en la navegación por el Mediterráneo, instrumento que ya en la Antigüedad vino a simbolizar a los dioses del *mar*. Una ancla prometía sostén y seguridad, y por ello se convirtió en imagen de la confianza. Empleada primero en imágenes funerarias precristianas como indicación de profesión y que señalaba las tumbas de marinos, se convirtió en la época paleocristiana, por su forma de *cruz*, en símbolo camuflado de la Redención («crux dissimulata»). El travesaño debajo de la anilla, para sujetar el cable del ancla, se parecía a la figura de la cruz que sólo quedaba cubierta por la parte inferior del ancla. En la plástica funera-

Ancla y pez: mosaico paleocristiano de las Catacumbas, Sousse, norte de África

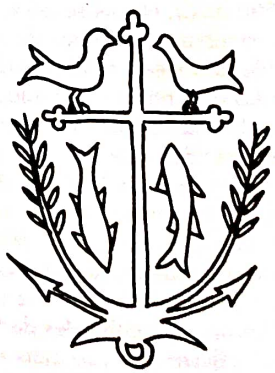




Ancla: grabado paleocristiano en la catacumba de santa Priscila, Roma

ria cristiana, el ancla aparece a menudo flanqueada por *peces* o *delfines* asimismo simbólicos. Como atributo de santos (Clemente de Roma, Nicolás —patrono de la gente del mar—, Plácido, Juan Nepomuceno, entre otros) se usa también el ancla en heráldica, en la que distingue especialmente ciudades con puerto de mar; asimismo, en el escudo de Solingen, cuyo patrono, san Clemente, murió como mártir ahogado en el mar con una ancla atada al cuello. El poeta barroco W. F. von Hohberg (1675) escribió lo siguiente: «Cuando un marinero observa la inminencia de una tempestad, echa el ancla y con ello se asegura. Así también, cuando un alma se fortalece en la confianza en Dios, ya no puede moverla la cruz, la tribulación o el miedo».

Ancla en forma de cruz com ramas de olivo, peces y palomas. Gema paleocristiana



Andrógino (griego), el hombre-mujer, un ser que reúne los dos sexos; se le designa a menudo con la palabra «hermafrodita», aunque por ello habría de entenderse más bien un ser intersexual. Ambas expresiones se emplean generalmente con el mismo significado en obras de simbología más antiguas. En tanto que el hombre actual piensa en relación con esto en un ser sexualmente indeterminado, en las culturas antiguas se hallaba en primer término la idea de una figura que juntaba en sí lo masculino y lo femenino al mismo tiempo, como Zeus en su calidad de dios de todas las cosas en el himno órfico: «Zeus es varonil, Zeus es una mujer inmortal...». Muchas veces se imagina en antiguos mitos un ser primigenio, en el principio de la creación del mundo, que sólo posteriormente se separó en sus dos mitades complementarias. También *Adán*, según leyendas judías, era primeramente andrógino, antes de que Eva fuera separada de él y se hiciera independiente. Desde el punto de vista de la simbología, tenemos que habérnoslas con la especulación alrededor de la temática de dualidad y totalidad, en la que la tensión bipolar no siempre se concibió exclusivamente en el sentido de la sexualidad, sino que también puede significar otros pares de opuestos. En el mundo de imágenes de la alquimia, por ejemplo, el andrógino personifica los dos elementos primarios «*azufre y mercurio*» (en sentido metafórico, lo que arde y lo fugaz) que en la materia primigenia, la sustancia de punto de partida de la «gran obra», se presentan puros y tras su purificación en la «*piedra* de los sabios» representan la totalidad ideal en el grado máximo. Figuras andróginas como símbolos

Andrógino: el ser bisexual del simbolismo alquímico. M. Maier, Symbola, 1617

Ángel: Juan el Bautista, representado como ángel según la tradición iconográfica de la Iglesia oriental

de la unión de los opuestos (lat. «coincidentia oppositorum») formando una unidad divina autónoma, alcanzada mediante la unión de los opuestos, aparecen en representaciones de dioses de Asia (Shiva-Shakti) y de Oceanía, en parte compuestas verticalmente de cuerpos masculinos y femeninos, en parte como hombres con pechos de mujer. En la iconografía de Occidente hallamos, en ocasiones, dioses con vestidura femenina o diosas y santas *barbudas*. La imagen del andrógino significa siempre la recobrada unidad primigenia, la originaria totalidad del reino maternal y paternal en divina plenitud, que disuelve todas las tensiones. Las «Metamorfosis» de Ovidio hablan de Hermafrodito, cuyo cuerpo se fusionó inseparablemente con el de la ninfa de una fuente, Salmakis, y por esto cada persona que se baña en la *fuente* debe convertirse también en «hermafrodita».

Ángel. Puesto que la «angelología» pertenece más bien a la teología que a la simbología, debemos limitarnos aquí a algunas indicaciones. Los maleachim, mencionados en el Antiguo Testamento de la Biblia, los mensajeros de Dios, recibieron el nombre griego de ángeloi (lat. angeli), siendo considerados primeramente como personificaciones de la voluntad de Dios, y más tarde como pertenecientes a un ejército y a una corte celestial, para ser divididos en varias clases o jerarquías (querubines, serafines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, arcángeles, ángeles). Este cuadro de puestos de servicio celestial se remonta a Dionisio Aeropagita (hacia 500 d.C.), el cual sentó así la base para la estructura simbólica de capas esféricas de la imagen medieval del mundo y le dio su fundamento teológico. Según eso, los querubines y serafines son responsables del movimiento primero (primum mobile) y de la esfera de las *estrellas* fijas, los tronos lo son de la de *Saturno*, las dominaciones de *Júpiter*, los principados de *Marte*, las potestades del *Sol*, las virtudes de *Venus*, los arcángeles de *Mercurio*, y los ángeles de la *Luna*, el cuerpo celeste más próximo a la Tierra. También se mencionan clasificaciones algo diferentes en los textos y en las representaciones cosmológicas esquemáticas de la Edad Media. Antiguas obras escultóricas orientales de figuras humanas aladas como personificaciones de genios y de seres sobrenaturales influyeron en la representación cristiana de los ángeles como seres con *alas*, representación que se evitó durante mucho tiempo en el arte paleocristiano (probablemente para impedir confusiones con personificaciones tales como Nike/Victoria, Gloria y Agatha Tyche, el «buen destino» del emperador). Hacia el siglo IV aparecen las imágenes de ángeles con aureola (*nimbus*) de santo y con alas, adolescentes vestidos de blanco, llevando en las manos varas de mensajero, *lirios*, ramas de *palmera*, *espadas* flamígeras (para combatir al *diablo*), incensarios, *banderas* o *trompetas* (para anunciar el Juicio final). En la Edad Media y en el Renacimiento cuatrocentista, los ángeles se representan cada vez más como *andróginos* o con aspecto de doncella. También se inicia ya en el siglo XII la representación simbólica de ángeles como cabezas aladas (expresión de «incorporeidad») y como niños («inocencia») que luego, mediante los angelotes del Barroco, encuentra su expresión idílica definitiva. Con frecuencia se representan querubines con *espadas* flamígeras como guardianes del cerrado *paraíso* y serafines como servidores junto al *trono* de Dios, el arcángel Gabriel en la Anunciación a María, a Miguel como luchador contra el *dragón* Lucifer, y Uriel junto al sepulcro vacío de Jesús; finalmente, los ángeles en la *escala* de Jacob y en el Barroco como guías de las almas purificadas en el fuego del purgatorio que suben hacia el cielo. En el siglo XIX cobró gran auge la representación del personal ángel de la guarda (sobre todo de los niños). (Véase *libro* [Rasiel]; *muerte, símbolos de la*.)

Ángel: serafín de seis alas encima de una de las ruedas (ophanim). A. N. Didron, Christian Iconography, 1866

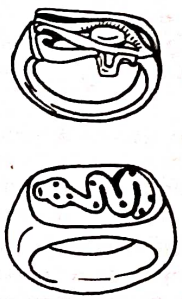
Ángel: Miguel, el luchador contra el dragón luciferino. W. Auer, leyendas de santos, 1890

Anillo, un símbolo tradicional de lo ilimitado (eternidad), la transformación del símbolo del *círculo* en la realidad palpable de un objeto de energía activa. En la Antigüedad griega y particularmente en

la romana, el derecho de llevar anillos de *hierro* representa un honor para ciudadanos dignos de premio. Los sacerdotes de Júpiter y también posteriormente *caballeros* y senadores podían llevar anillos de *oro* (origen del anillo del obispo). También estaban vinculadas con anillos ciertas ideas mágicas, como por ejemplo, con el legendario anillo de sello de *Salomón (Hexagrama)*. Aristóteles (384-322 a.C.) menciona un oráculo en el que el sonido metálico que dos anillos suspendidos de hilos producían al chocar entre sí debía anunciar que se estaba dispuesto para la acción. Unos anillos suspendidos encima de una placa con el alfabeto debían también revelar los nombres de conspiradores contra el emperador Valente (328-378 d.C.), tocando determinadas letras. En la época paleocristiana Macrobio (hacia 400 d.C.) habla acerca de adornos en forma de anillo, enriquecidos con los símbolos de *paloma*, *pez* y ancla (véase *cruz*). El «anillo del pescador» del Papa, que siempre se rompe después de la muerte del sucesor de Pedro, muestra la imagen del apóstol Pedro como pescador con *red* (Lucas 5, 4s). En la Edad Media, el anillo es símbolo de esponsales (véase *nudo*) y los anillos de *boda*, adornados con *piedras preciosas*, se llevaban también como amuletos contra enfermedades, por ejemplo, con cornalina contra hemorragias. Los «anillos contra espasmos» servían para proteger contra paralizaciones, y los anillos amuletos debían proteger contra agresiones de toda índole. En la literatura mágica, desde Agripa de Nettesheim (1486-1535), ha habido continuamente instrucciones para la elaboración de toda clase de anillos con virtudes secretas. Según la creencia popular los anillos rotos simbolizan promesas truncadas, y la pérdida de anillos significa desgracia. El anillo de *sello* con símbolos (generalmente heredados) de índole *heráldica* tiene la virtud de autenticar documentos y justificar pretensiones a posesiones. A los moribundos se les quitaba el anillo para aliviarles la separación de la *tierra*; ya en la Antigüedad clásica no se permitía llevar anillos en algunos actos religiosos, porque obstaculizaban el contacto con el ultramundo. Al principio de la Edad Media germánica («Anillo del nibelungo») se atribuía gran importancia a las joyas con anillo porque podían estar vinculadas indisolublemente con bendición o maldición. Leyendas populares y *cuentos* han conservado el recuerdo de anillos de deseos y otras joyas mágicas parecidas.

Con respecto a la aparición de anillos en el arte heráldico, G. A. Böckler escribe lo siguiente en 1688: «A menudo se han visto anillos en los escudos, los cuales tienen una interpretación de honor, lealtad y constancia ilimitada. Cuando un súbdito recibe un anillo de un príncipe, esto es una señal de una gran gracia; lo mismo enseña Aristóteles... que de antiguo el anillo es un distintivo de nobleza y debe serlo todavía». La heráldica más moderna relaciona los anillos, en tanto que imágenes heráldicas, con la dignidad episcopal; sin embargo, aparecen anillos de oro y de plata con *piedras preciosas* incluso en escudos de ciudades y de linajes.

Anillos con función de amuleto. Anillo azul del antiguo Egipto con el «ojo de Udschat» y anillo de hueso con serpiente punteada (Alta Baviera, hacia 1800)



Una versión primera de la parábola del anillo de Lessin («Nathan el sabio»), todavía no formulada en el espíritu de la humanidad «que rebasa fronteras», se ha conservado en la colección medieval de novelas «Gesta Romanorum» (hacia 1300). En ella se habla de un rey con tres hijos, a uno de los cuales el padre amaba en especial. A este hijo debía corresponderle por herencia un anillo con una valiosa piedra preciosa, pero el padre mandó hacer de ese anillo dos duplicados que dejó en herencia a los otros dos hijos. «Tras la desaparición del padre, cada uno de los hermanos creía poseer el mejor anillo con la piedra preciosa. Uno de ellos oyó esto y dijo: "Vamos a averiguar cuál es el anillo que puede expulsar las enfermedades y éste será el más precioso"». Resultó que dos de los tres anillos no causaban ningún efecto, mientras que el del hijo predilecto poseía virtudes curativas. El simbolismo que de ello se deriva se interpreta del modo siguiente: «Los tres hermanos son los tres linajes de la humanidad. El primer linaje [el que corresponde al hijo predilecto] son los hijos de Dios mediante la encarnación de Cristo, y los otros dos son los judíos y los sarracenos [musulmanes]. Ahora bien, es evidente que Dios ama más al pueblo de Cristo; por esto le ha legado el anillo que hace que los ciegos vean, cura las enfermedades, expulsa los demonios y obra todos los otros milagros. Este anillo es la fe verdadera...». En la colección de leyendas judías «Born Judas» de E. bin Gorion, en cambio, se halla contenida la parábola de las dos *piedras preciosas* (religiones), que parecen iguales; únicamente el «Padre celestial» debe poder decidir cuál de ellas es mejor. Este tema se conoce como el prototipo de la parábola de los anillos de Lessing.

Anj, la cruz ansada o egipcia, en latín Crux ansata, es un importante signo simbólico antiguo egipcio con el significado de «vida». Puede interpretarse como una cruz en T (tau) con un lazo arriba que sirve de asa. Por esta asa es agarrada la cruz por unos dioses o —en el caso de la religión solar de Ekhnaton por los rayos dadores de vida del *sol*— y sostenida hacia el hombre; sin embargo, también se la representa aisladamente en obras de escultura que tienen por objeto la supervivencia después de la muerte del cuerpo. En la época paleocristiana-copta, la cruz anj era utilizada en Egipto como símbolo de la vida eterna que le fue dada al hombre mediante la muerte en sacrificio del Redentor. Debido a su forma, que recuerda la de una *llave*, también se la designa con el nombre de «llave de la vida» o «llave del Nilo». En los últimos años se ha convertido también en emblema de diversas agrupaciones esotéricas.

Anj: la diosa Hathor con la cruz ansada. Menfis, hacia 1500 a.C.

Anticristo, en el uso actual del lenguaje, designación alegórica para una persona enemiga de la Iglesia o de la vida o un poder de esta índole. La personificación en forma del principio maligno de índole personal, también llamado contracristo (en Lutero, Endechrist), como adversario de Cristo en la lucha final antes del Juicio final del mundo, ya se remonta a antiguas concepciones dualistas (véase *Gog y Magog*). En la secta esenia de Qumrán a orillas del mar Muerto se escribieron libros sobre la lucha de los «hijos de la *Luz*» contra Belial (hebr. «Belija'al», maldad), como jefe de los poderes de las tinieblas. Posteriormente se designó como figuras del anticristo a perseguidores de cristianos (por ejemplo, Nerón) o heresiarcas. Ireneo de Lyón (s. II d.C.) escribe sobre el anticristo y dice que vendrá con gran poder del *diablo*, suprimirá los *ídolos* y se hará adorar él mismo como Dios, y diez *reyes* le darán poder para perseguir a la Iglesia. Establecerá su sede en *Jerusalén* y reinará tres años y seis meses, hasta que el Señor aparezca sobre las *nubes* y lo arroje al lago de *fuego* junto con sus partidarios. Sobre su nombre se hicieron muchas especulaciones, en relación con la profecía del «666» en el Apocalipsis de Juan (véase *números*), y, entre otros, «Euanthes, Lateinos, Teitan». Según una leyenda judía, nacerá un anticristo llamado Armillus de la unión carnal de paganos malvados con la estatua marmórea de una virgen hermosa. Desde el siglo XIII no fue raro que se designase el Pontificado como una institución del anticristo, sobre todo por parte de reformadores y fundadores de sectas. Desde el punto de vista de la historia de la cultura es interesante el incunable sin fecha y sin indicación del lugar de impresión, «Des Entkrist Leben» (Vida del anticristo) (hacia 1480) y la «Chronica» de Sebastian Franck (1536). También en leyendas populares de la gran batalla del tiempo del fin (véase *fin del mundo*) aparece no raras veces el anticristo como jefe de las huestes diabólicas.

Anticristo: incunable «Des Entkrist Leben», Estrasburgo, hacia 1480

Antonio Abad (anacoreta), santo, 251-356 d.C., convertido en figura simbólica a causa de su tentación plasmada en muchos cuadros, por parte de las huestes demoníacas del *diablo*, primera personalidad comprobada históricamente en la historia del monacato en el desierto de Egipto. Según su biografía, se retiró a una *cueva* para llevar en ella una vida solitaria de oración y meditación. Este género de vida, agradable a Dios, fue un reto para el diablo, el cual, primeramente en figura de mujeres de irresistible belleza y luego con la ayuda de espíritus demoníacos que le atormentaban, quiso apartarle, aunque sin éxito, de tan santa manera de vivir. Ya a la edad de 90 años, dirigióse Antonio al desierto para visitar a un anciano eremita de 110 años llamado Pablo, y un *lobo* le indicó el camino. Después, Antonio enterró al eremita, dormido en la paz de Dios, y él mismo murió posteriormente como prototipo de la persona piadosa que hace frente a cualquier clase de tentación. Su día se celebra el 17 de enero. La «legenda aurea» de Jacobo de Vorágine, originada hacia 1270, contiene numerosas leyendas sobre san Antonio con rasgos simbólicos; así, por ejemplo: «Un hermano se había apartado del mundo, pero no completamente, sino que conservaba en secreto una parte de sus bienes. A él le dijo san Antonio: "Ve a comprar carne". Y él fue y compró carne; pero mientras iba, se le echaron encima los *perros* y le mordieron. Entonces le dijo san Antonio: "El que renuncia al mundo y, sin embargo, quiere los bienes del mundo, es atacado y destrozado por *diablos*"». No hay que confundir a san Antonio Abad (anacoreta) con san Antonio de Padua (1195-1231), del que refiere la leyenda que predicaba a los *peces* y un *asno* dobló ante él la rodilla cuando el santo avanzó hacia el animal con la hostia consagrada en la mano. Por esto san Antonio es considerado también patrono de los animales, mientras que en la creencia popular ayuda a encontrar objetos perdidos cuando se le invoca con fe.

Antonio Abad: el santo del desierto en la leyenda de santos, de W. Auer, 1980

Antorcha, en el sentido simbólico y en ceremonias, algo más que un mero dispensador de *luz*. Se distingue por un *fuego* fuertemente llameante que es como si alumbrase y animase el entorno con una luz cambiante y por ello suele utilizarse en manifestaciones, en desfiles del Ku-Klux-Klan y en marchas políticas. Las antorchas desempeñan un papel en muchos cultos de misterios y se usaron, entre otros, en el ritual de Mitra para simbolizar la vida y la muerte: junto a Mitra, el dios solar matador del *toro*, se encuentran los genios Cautes (vida, *luz*) con antorcha levantada y Cautopates (muerte, *oscuridad*) con antorcha bajada. La antorcha apagada, como símbolo de la muerte, por ejemplo, en las manos de alegóricos amorcillos, puede verse en antiguas lápidas funerarias. Siete antorchas, mencionadas en el Apocalipsis de Juan, se interpretan como símbolos de las siete fuerzas o espíritus divinos (Apoc. 4, 5). Una antorcha es el atributo de mártires que con ella fueron torturados (Teodoto, Eutropia y otros) y un *perro* con una antorcha en la boca,

Antorcha: grabado en cobre de un libro de emblemas, W. H. Barón de Hohberg, 1675

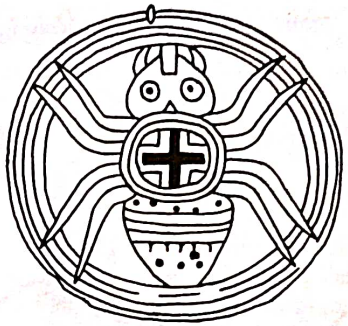
acompaña en algunas imágenes a santo Domingo, fundador de la orden dominicana (traducido en un juego de palabras con «domini canes», es decir, perros del Señor). En el libro barroco de emblemas de Hohberg (1675) luce la antorcha de la sabiduría divina: «Cuando en una noche tenebrosa tiene que viajar un caminante y ve brillar una antorcha, ¡cuánto se alegra al verla! Así también la luz de Dios guía a los píos cuando en medio de la oscuridad pasan sus pruebas».

Arado, un símbolo pacífico de las culturas agrícolas que vino a sustituir al palo, más antiguo, de cavar o de plantar (véase el cambio de las *espadas* en rejas de arado en Isaías 2, 4). En las culturas agrícolas de la Antigüedad se comparaba el arar la «madre tierra» con un acto sexual de carácter fálico. El arado de gancho, que abre la corteza de la tierra sin dar la vuelta a las glebas, es tipológicamente más antiguo que la reja de arado de hoy. Las culturas de la América precolombina no conocían el arado y labraban con el palo de arar y de plantar. En *heráldica* raramente aparece el arado (escudo de la ciudad de Straubing en Baviera, armas «parlantes» de la familia Von Pflugk, moderno escudo nacional de Etiopía). En algunas leyendas, los ángeles guían el arado del labrador san Isidro que durante la misa temía arar para su amo. Otros santos, como señal de su dominio sobre la naturaleza, podían realizar extrañas yuntas (san Gencio; *buey* y *lobo*; san Contigern: lobo y *ciervo*; san Jacobo de Tarentaise: osos). El juicio de Dios (ordalía), durante el cual personas inocentes podían caminar ilesas sobre rejas de arado que se habían puesto al rojo, limpió a la santa emperatriz Cunegunda de la sospecha de haber cometido adulterio contra su esposo el emperador Enrique II, como se muestra, entre otras cosas, por un relieve de Tilman Riemenschneider en la catedral de Bamberg. Véase también *hormiga*.

Arado por W. H. Barón de Hohberg, 1675

Arado: escena de la danza de la muerte por H. Holbein el Joven, 1547

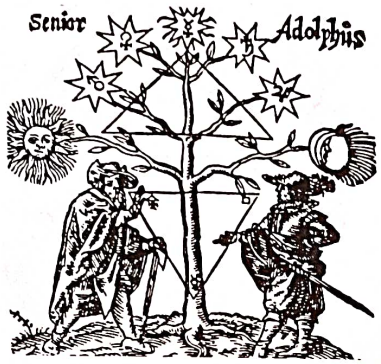
Araña. En los mitos de muchos pueblos, un animal simbólico con significado negativo; ocasionalmente una astuta criatura «tramposa», como en las fábulas de «Anansis» africanas occidentales, que a menudo asumen un carácter fluctuante. En primer término figura en general cierto sentimiento de distanciamiento frente a un ser que teje una *red* y espera pacientemente hasta poder paralizar en ella *moscas* y mosquitos con su mordedura venenosa y chuparles la sangre. En el pensamiento simbólico cristiano, la araña es la contraimagen «mala» de la «buena» *abeja* y casi siempre representa el instinto pecaminoso que chupa la *sangre* al ser humano. Sin embargo, en la creencia popular es también el animal del alma, en la suposición de que el alma de una persona que sueña puede abandonar la boca abierta del durmiente en figura de araña y luego regresar a su cuerpo (algo que también se contaba sobre el *lagarto*). Algunas expresiones del lenguaje demuestran aversión hacia este animal (véase «Die schwarze Spinne», La araña negra, de Jeremias Gotthelfs), pero en algunas regiones alpinas, se consideraba a la araña *crucera*, debido a la cruz que lleva dibujada en su cuerpo, un ser bendito y símbolo de buena suerte, y no se la debía matar. También en la antigua China significaba felicidad próxima, por ejemplo, el regreso de un «hijo perdido». La araña que desciende por un hilo se relaciona con la expectación de la alegría que baja del *cielo*. En las «Metamorfosis» de Ovidio, se dice que la diosa Atenea, de ordinario tan justa, era celosa e iracunda, y que envidiaba a Arachne (en gr. Araña), una princesa lidia y sobresaliente tejedora, a causa de su destreza. Cuando Atenea vio que Arachne había representado en un tapiz las aventuras galantes de los dioses olímpicos en un tejido perfecto que ni siquiera la misma diosa habría podido superar, desgarró la tela y convirtió a la orgullosa princesa en el animal por ella más odiado, en una araña que temerosa se escondió entre los pliegues del tapiz. Véase *huso*.



Araña, un ser mítico de los indios norteamericanos. Grabado de una concha, cultura mound del Mississippi

Árbol (en general). Como tiene sus raíces en la *tierra* pero eleva sus ramas hacia el *cielo* es, al igual que el mismo ser humano, una imagen del «ser de dos mundos» y de la creación mediadora entre *arriba y abajo*. No solamente fueron venerados en muchas culturas antiguas determinados árboles o todo un *bosque* o arboleda como morada de seres sobrenaturales (dioses, espíritus elementales), sino que se consideró al árbol muchas veces como *eje del mundo*, alrededor del cual se agrupa el cosmos, como, por ejemplo, el árbol cósmico Yggdrasil entre los germanos septentrionales o el sagrado árbol Ceiba o Yaxché de los mayas yacatecos, que crece en el centro del mundo y sostiene los estratos del *cielo*, y en cada una de las *cuatro* regiones del mundo hay un árbol de color de esta clase que sirve como pilastra angular del firmamento. Conocido es el papel de árboles tabuizados en el *paraíso* bíblico; para el budista, el árbol pipal (Ficus religiosa), bajo el cual alcanzó la iluminación Gautama Buda, es símbolo del «gran despertar». El antiguo Egipto veneraba el

Árbol: signos en forma de árbol y naves, imágenes rupestres de la edad del bronce, en Suecia



Árbol de los planetas con dos alquimistas. De «Azoth», Basilius Valentinus, 1659

sicomoro, del cual la diosa Hathor extrae reconfortante bebida y alimento para los muertos o para el ave de su alma (ba). Como árbol de la vida fue venerado el dios sumerio de la vegetación Damuzi (Tamuz). La China antigua veneraba el *melocotonero* y la *morera*, los druidas célticos la *encina*, que también fue atribuida como árbol sagrado al germánico dios del *trueno* y (entre los griegos) al rey de los dioses, Zeus. Árboles sagrados de esta índole —en parte reales, en parte idealizados y elevados a la categoría de símbolo cósmico— se encuentran en casi todos los pueblos antiguos.

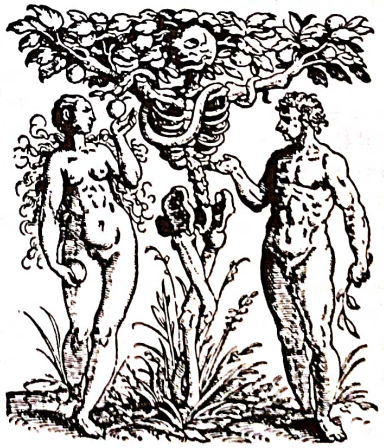
En la iconografía cristiana el árbol es símbolo de la vida querida por Dios y su paso a través del ciclo anual hace referencia a vida, muerte y resurrección; en cambio, el árbol estéril o muerto hace referencia al pecador. De la madera del paradisíaco «árbol del conocimiento» habrá de construirse posteriormente la *cruz* de Cristo, que en adelante se convirtió para el creyente en el árbol de la vida. Muchas veces se representaba la cruz con ramas y hojas o se la comparaba con el árbol genealógico de la «raíz de Jesé». El simbolismo del árbol y su veneración conservan finalmente un resto de la antigua religión de la naturaleza en la que los árboles no solamente son proveedores de leña y madera sino entidades dotadas de vida y habitadas por ninfas semejantes a elfos, y el hombre tenía con tales entidades una relación de sentimiento. Árboles con imágenes de santos en su tronco («Waldandachten», devociones arbóreas, en Austria) hacen referencia a esto, y también el árbol de Navidad que en mitad del invierno se halla hoy difundido en casi el mundo entero como símbolo consolador del reverdecer y del renacer.

Fue a María a quien se consideró, sobre todo, «árbol de la vida», bendecido por el Espíritu Santo, que dio al mundo como fruto el Redentor. Antiguos santuarios de aldeas y lugares de peregrinación parecen transmitir a la Edad Moderna la tradición de antiguos «árboles sagrados», revestida con el simbolismo mariano: Maria-Dreieichen (María Tresencinas), Maria-Grün (María Verde), Maria-Linden (María Tilo), etc.; el obispo Ezzo de Bamberg celebró la *cruz* como árbol dispensador de bendiciones: «Entonces tu rama sostuvo una carga celestial. En ti fluía la sublime sangre. Tu fruto es dulce y sabroso». En el Occidente cristiano se hallan ampliamente difundidas leyendas acerca de árboles o ramas

muertos que en señal de concesión de la gracia divina empezaron a reverdecer. La «cruz-árbol» con inicio de ramas de la escultura medieval guarda relación con este simbolismo de la resurrección que presenta el árbol con la caída de sus hojas y el reposo invernal antes de que vuelva a retoñar.

Una leyenda judía refiere que el patriarca *Abraham* adondequiera que llegase plantaba árboles que, sin embargo, no querían medrar bien; solamente uno que plantó en Canaán creció rápidamente. Mediante él podía Abraham reconocer si alguien creía o no en el Dios verdadero o si era un servidor de los ídolos. Sobre el creyente en la fe verdadera extendía el árbol sus ramas y le protegía con su *sombra*, pero no hacía lo mismo con el idólatra. En este caso, se apartaba, le rehusaba la sombra y levantaba sus ramas hacia arriba. Pero Abraham no se apartaba de ese idólatra, sino que procuraba que abrazase la verdadera fe. «Por haber comido Adán del árbol del conocimiento, trajo la muerte al mundo. Sin embargo, cuando vino Abraham, devolvía al mundo la salud por medio de otro árbol.» La leyenda del árbol salutífero tal vez deba remontarse al simbolismo cristiano del árbol de la cruz, que fue extrapolado al mundo del Antiguo Testamento. El texto del «Physiologus» paleocristiano habla del árbol índico «peridexion» cuyos frutos comen gustosas las *palomas*, mientras que la *serpiente* no puede aproximarse a él y rehúye su sombra. Es una referencia al Redentor, al «verdadero árbol de la vida», de cuyos frutos viven los fieles, mientras que no puede acercarse a él el *diablo*. En el «Bestiarium» medieval este árbol se llama «perindens»; protege contra el *dragón* a las palomas que viven a su sombra. «El fruto celestial del árbol es la sabiduría del Espíritu Santo que el hombre ha recibido en los sacramentos.»

Árbol: el «árbol del conocimiento» en el paraíso, configurado como símbolo de muerte, marca de imprenta de un libro; Francfort, 1531



Una contraimagen de los árboles del restaurado paraíso es, en la mitología islámica, el árbol Zaqqum, de cuyas hojas y frutos comen los pecadores condenados y los malvados después del Juicio final. «Pero sus ramas espinosas y sus frutos amargos se hincharán en sus vientres como metal fundido» (Beltz, 1980). El jardín del nuevo paraíso está lleno de árboles dispensadores de sombra con sabrosos frutos que se hallan a disposición del temeroso de Dios y que ha sido justificado. Otro árbol de la tradición religiosa del islam es aquel árbol cósmico en cuyas hojas están escritos los nombres de todos los humanos; las hojas que caen según la voluntad de Alá, el ángel de la muerte Israfil las recoge y luego saca de la tierra a los que están destinados a morir. (Véase *muerte, símbolos de*; *higuera*.)

Arca (del lat. arca; caja o cofre), la nave que, según el relato bíblico, salvó del *Diluvio* al patriarca *Noé* y a su familia, así como a parejas de animales. La interpretación simbólica ve en el arca el medio para la salvación del fiel, del mar devora-

Arca: «No se hunde, sino que es empujada hacia arriba». J. Boschius, 1702

dor de la impiedad por medio del bautismo, por una especie de *nave* que no se hunde en la tempestad del mundo: «El arca es la Iglesia, Noé es Cristo, la paloma es el Espíritu Santo, la rama de olivo la bondad de Dios» (según Juan Crisóstomo, hacia 360 d.C.). En el simbolismo francmasónico, una rama de la federación llevaba el nombre de «Royal Ark Mariners», marineros del arca real, y en una instrucción para «hermanas» de la federación (Baurnjöpel, 1793), se explica así una imagen didáctica del arca: «significa el corazón humano, que por las pasiones es zarandeado como esta caja por el Diluvio». «Disciplina del arcano» significa el saber secreto encerrado como en una caja, la tradición escondida a los profanos. El arca de la Alianza, que los israelitas llevaban en su peregrinar, se designa también como «arca de la salvación». En el simbolismo de la psicología profunda, el arca, como la casa, es una imagen del protector seno de la *madre*. (Véase *Caja*.)

Arce. El arce, en diferentes variedades tiene un significado simbólico tanto en la China como en el Canadá. En la China, este significado simbólico se basa en el hecho de que el nombre del árbol (feng) suena igual que el concepto de «confiar una categoría de dignidad». Cuando un mono coge un paquete atado sobre el cual está representado un arce, esto produce el signo fonético «feng-hou», en interpretación libre: el que recibe la imagen podría ser distinguido con el rango de conde. Por otro lado, la hoja de arce (mapleleaf) es desde el siglo XIX el símbolo nacional del Canadá. Se trata del arce sacarino, Acer saccharum; entre otras cosas, la fuente del jarabe de arce. Tres hojas de arce rojo se hallan representadas al pie del escudo de armas del emblema nacional del Canadá, y como joya del yelmo aparece representada otra hoja de arce sostenida por un *león*. También la bandera ostenta una hoja de arce rojo y tres de ellas pueden verse en los emblemas de las provincias de Ontario y Quebec.

Arco iris. Este impresionante fenómeno meteorológico es en muchas culturas un símbolo de manifestaciones divinas de carácter benevolente; así, por ejemplo, en la Biblia (Génesis 9, 11) encontramos la señal de parte de Dios de que a partir de ese tiempo ya no volverá a haber ningún *diluvio*. También el Juez del mundo en el fin de los tiempos aparece a menudo representado sentado sobre un arco iris. En la antigua Grecia la virginal diosa de este arco es Iris, quien desciende presurosa del Olimpo para comunicar a la tierra las órdenes de Zeus y de Hera; se la representa con *alas* y con el *caduceo*. Su vestido lo forman las gotas relucientes e «irisadas» del rocío. No es seguro que el *puente* Bifröst del concepto germánico del mundo deba interpretar-

Arco iris: la mensajera celeste Iris. V. Cartari, 1647

se como vía *Láctea* o como arco iris. En el simbolismo cristiano de la Edad Media, los tres colores principales del arco iris se conciben como imágenes del diluvio (*azul*), incendio del mundo (*rojo*) y la nueva tierra (*verde*) —como en Godofredo de Viterbo (hacia 1125-1192)—, o los *siete* colores como imágenes de los siete sacramentos y los siete dones del Espíritu Santo o también como el símbolo de María que reconcilia *cielo* y *tierra*. La antigua China consideraba el arco iris signo de la unión de *yin* y *yang*, y ocasionalmente también como señal de «lascivia extraconyugal» y suele representarlo como *serpiente* de dos cabezas. Se consideraba irrespetuoso señalarlo con el dedo. El antiguo Perú (el Imperio Inca) relacionaba el arco iris con el *Sol* sagrado y «los reyes incas lo llevaban en su escudo e insignias» (Garcilaso de la Vega, 1539-1616). En la creencia popular europea se relaciona con frecuencia el anuncio de futuras riquezas o del hallazgo de un *tesoro* (allí donde el arco iris toca la tierra). Unas monedas célticas prehistóricas de oro se conocieron con el nombre de «llavecitas de arco iris». En los mitos de la antigua Java el arco iris es también una serpiente de dos cabezas; una cabeza absorbe agua en el mar del Norte y la otra vuelve a escupirla en el mar del Sur.

Ardilla. En otro tiempo se miraba a las ardillas con recelo. En la mitología nortegermánica, se hablaba de Ratatöskr («diente de rata») que constantemente subía y bajaba por el tronco del *árbol del mundo* Yggdrasil e intrigaba entre el *águila* que se posaba en su copa y el dragón Nidhöggr, contando a cada uno lo que el otro había dicho de él. También se había relacionado a la ardilla con el fogoso Loki y luego, más tarde, ya en época cristiana, con el *diablo*, al que se veía encarnado en este animalito de color rojizo, que se escabulle raudo y es difícil de atrapar.

Sciurus.

Ardilla: grabado en madera en la obra del Pseudo-Alberto Magno, 1531

Armagedón, lugar simbólico de la guerra de los últimos días entre los poderes satánicos y los fieles (véase *Gog y Magog*). En realidad, se trata en este pasaje apocalíptico de los restos de la antigua ciudad de Megiddo, en árabe Tell el-Mutesellim, situada al este de Haifa. Desde los primeros tiempos de la edad del bronce, se encontraba aquí una población en sus tiempos muy fortificada, junto a la fron-

tera entre la zona de influencia egipcia y la sirio-babilónica, de suerte que aquí tuvieron lugar en diversas ocasiones grandes batallas. Aquí, por ejemplo, el ejército de Thutmosis III destruyó en el año 1478 a.C. una coalición sirio-palestina, y en 621 a.C., Josías, rey de Judá, intentó detener las tropas del faraón Neco que partían contra *Babilonia*; sin embargo, experimentó una aniquiladora derrota y él mismo encontró la muerte. Los adversarios de Egipto tuvieron que pagar como castigo «cien quintales de plata y un quintal de oro», lo cual evidentemente causó una profunda impresión en los autores de la Biblia, de modo que Megiddo-Armagedón se convirtió en el lugar de la gran batalla definitiva.

Armas de Cristo, se llamaron en la época del Barroco los instrumentos con que el Salvador sufrió su Pasión y Muerte en la cruz. Los instrumentos de la Pasión eran considerados como armas poderosas contra el pecado, que, en la contemplación espiritual de los dolores de Cristo, habían de extirpar todo germen de mal en el alma humana. Tales «armas» eran además de la *cruz* misma, *martillos*, *clavos* y tenazas, látigos y lanza, una vara con una esponja encima, la corona de *espinas* y una *mano* que dio la bofetada al torturado Jesús. Tales «armas de Cristo» forman no sólo el edificante apéndice de rosarios para la meditación del vía crucis, especialmente del siglo XVIII, sino que también se añadieron a cruces de devoción de esa época, que por ello se convirtieron en símbolos compuestos del hecho de la Redención.

Armas de Cristo: Cristo en el árbol de la Redención, que lleva los instrumentos de la Pasión. Ulm, 1485

Aro (botán. Arum maculatum), planta tuberosa con un espádice llamativamente «fálico», que con su tubérculo servía antiguamente como remedio contra el catarro y los dolores de estómago. A pesar de la forma de sus flores, en la Edad Media fue un símbolo de María, probablemente a causa de su nombre, que recuerda el bíblico Aarón. La prima de María, Elisabet, procedía de la casa de Aarón. También se dijo que la flor de aro «se asemejaba a un lirio que señalaba hacia el cielo». Se suponía que el bulbo podía

Aro: de «New Kreuterbuch» de L. Fuchs, 1543

emplearse como remedio contra la melancolía y «provocaba la expulsión de» molestas secreciones del cuerpo.

Arriba/abajo. Es, como binomio polar, el más importante y conocido de todos los *sistemas duales* con valor simbólico. Debió de arraigar en la psique humana cuando sus más antiguos exponentes aprendían a andar erguidos. El hombre, que hunde sus *pies* en la tierra, «levanta su cabeza hacia las *estrellas*» y sufre las inevitables miserias corporales como un pesado lastre del que desearía liberarse.

La región superior del *cielo* y de las *constelaciones* de donde vienen la *luz* y la *lluvia* fructificante, está reservada a los «poderes superiores», a los dioses, o a Dios y a los *ángeles*, mientras que la región terrenal queda para la humanidad mortal; y más abajo, en un extremo potencial de esta polaridad «arriba/abajo», se sitúa el *averno*, o imperio del mal.

Esta verticalización humana del cosmos requiere un *eje del mundo*, o bien un *árbol del universo* (Weltenbaum) que relacione tales niveles, y a través del cual los chamanes versados en ellos puedan comunicarse con los poderes y seres sobrenaturales de todos los planos existenciales, e influir en favor de los humanos.

Como «todo lo bueno viene de arriba» (compárese con expresiones tales como «superar un problema», o «situarse a la altura de las circunstancias»), en las sociedades patriarcales el *cielo* siempre es masculino, mientras que la *tierra* y los estratos inferiores son femeninos (no así en el antiguo Egipto: la dueña de los cielos, Nut; la de los terrícolas, Geb).

En el plano superior se aloja el espíritu, en el inferior la materia, y, siendo los hombres «seres de dos mundos», entre ambos deberán elegir su camino, ya que toda experiencia celestial tiene relación con la idea de Dios y con las exigencias éticas de dicha región.

La polaridad «arriba/abajo» hace también acto de presencia en ideologías no religiosas, en las que se traduce a veces en una especie de astrología acrítica, o en la búsqueda de navegantes extraterrestres (OVNIS) procedentes de las regiones celestes, los cuales, con sabiduría y espiritualidad «superiores», vendrían a prestar ayuda a una humanidad enredada en sus múltiples problemas.

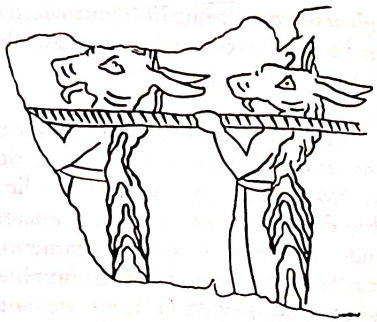
Compárese con *Luna*, *Sol*.

Arroz. Alimento básico que en Asia oriental tiene una importancia material y simbólica que corresponde al trigo o al *pan* en Occidente. En la antigua China se atribuía la introducción del arroz al mítico emperador Shennung, del cual se dice que introdujo, también por primera vez, el ritual anual de la plantación de arroz. En algunas provincias se consideraba al *perro* o la *rata* portadores de esta planta útil. A los muertos se les ponía arroz en la *boca* y a los antepasados, en los sacrificios, se les ponía una gran pila de arroz en los platos, lo cual, por lo demás, se consideraba impropio. Estaba prohibido tirar restos de arroz: el dios del *trueno* podía matar al que lo hacía. En el Japón se atribuía a la diosa solar Amaterasu la introducción del cultivo del arroz. Cuando el dios de la *tormenta* Susano-o devastó los campos de Amaterasu, la diosa se escondió encolerizada en una *cueva* y hasta muy tarde no se la pudo persuadir de que abandonase su exilio y volviese a alumbrar el mundo (véase *Baubo*). Según otras versiones, es el dios Inari el «portador del arroz», el cual hacia el año 800 a.C. se apareció en figura de anciano con dos haces de arroz y se reveló como señor protector del arroz. Son muy numerosos los santuarios de Inari, de los que habrá unos 40 000 en el Japón, y pueden reconocerse por los nume-

rosos *torii* erigidos uno tras otro. Dicen que comer arroz ceremonialmente en presencia de sacerdotes budistas asegura prosperidad y felicidad en la vida pública y privada.

Asfódelo, planta liliácea de hojas de color verde oscuro y flores pálidas; según la leyenda antigua, crecía también en los prados de los infiernos y alegraba las almas de los muertos. La planta estaba consagrada a las diosas Deméter y Perséfone; sus bulbos servían, según el mito del *más allá*, como comida de los muertos en el hades, pero en casos de necesidad también la comían los vivientes y constituía un remedio contra envenenamientos. Los pálidos racimos de flores, bajo la denominación latina de «hastula regia», servían para adornar imágenes de dioses. En los países mediterráneos, el asfódelo de la antigua tradición se considera todavía hoy como símbolo de luto, y, según la concepción antigua, podía también ahuyentar a los espíritus malignos y se le relacionaba con el planeta *Saturno*.

Asno, uno de los animales que se interpretan de modos muy diferentes desde el punto de vista de la simbología. En el antiguo Egipto se le relacionaba generalmente con el asesino de Osiris, Seth (Sutech), y al jeroglífico que representaba el asno se le dibujaba sobre los hombros un cuchillo para hacer mágicamente inofensivo el funesto signo. En Grecia se representaba al dios Dionisos montado sobre un asno, y los romanos veían en él una referencia al dios de la fertilidad Príapo y lo pusieron también en el cortejo de la diosa Ceres. Por otro lado, en ciertos relatos y fábulas se hacía del asno una criatura ridícula y un grabado inciso del Palatino hace burla de los cristianos como «adoradores de un asno crucificado» (hombre con cabeza de asno).



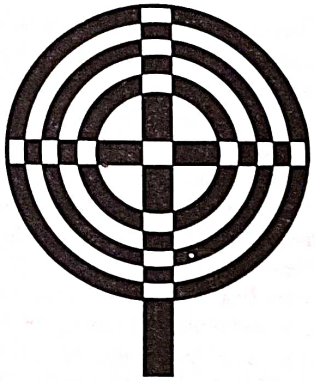
Asno: seres demoníacos con cabeza de asno. Pintura al fresco, Micenas, hacia 1500 a.C.

En la Biblia, se habla (Números 22), del asno profético Balaam que reconoce antes que el hombre cuál es la voluntad de Dios; Jesús hace su entrada en Jerusalén montado en una asna. El conocido cuadro de la escena navideña con el *buey* y el asno junto al pesebre del niño Jesús fue tomado de un Evangelio del pseudo-Mateo apócrifo (no reconocido por la Iglesia). Posteriormente se interpretó diciendo que el asno simbolizaba a los paganos y el buey a los judíos. A la concepción que considera el asno como el compendio de la humildad y la mansedumbre se opone la otra concepción según la cual representa la estupidez, la pereza y la testarudez, unido todo ello a una irrefrenable lascivia. Asno y *macho cabrío* se representan en las artes plásticas románicas como símbolos de pereza y obscenidad. La «estupidez» es también en la Edad Media la nula disposición a creer, por lo cual el apóstol Tomás —el que dudó de la resurrección de Cristo— y el judaísmo se representaron juntamente con figuras de asnos. Por otro lado, algunos cuadros ilustran la escena en la que un asno se arrodilló ante la hostia consagrada que san Antonio de Padua le muestra y que con ello rememora el asno de Balaam del Antiguo Testamento que reconoce lo que es santo. En el «Physiologus» paleocristiano se dice del onagro (asno silvestre) que el animal padre arranca de un mordisco las partes sexuales de sus hijos machos para convertirlos en eunucos, y que de ello aprendieron los persas la castración; de esto se deriva la doctrina de que es mejor «procrear hijos espirituales» mediante la ascética, porque la «nueva simiente» es la de la ascética, «la abstinencia voluntaria y el dominio de uno mismo». De la Edad Media se conoce la costumbre jurídica según la cual los adúlteros sentenciados eran obligados a exhibirse públicamente a lomos de un asno.

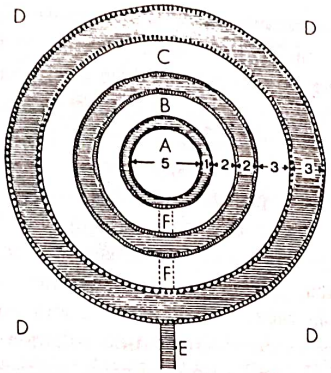
Asuero, en el libro bíblico de Ester, fue el rey persa Jerjes I (486-465 a.C.), «que desde la India hasta Etiopía gobernó como *rey* sobre más de 127 distritos», pero en la leyenda popular es la figura simbólica del «judío errante» que, como personificación de su pueblo diseminado, está obligado a vagar sin descanso por todos los países de la tierra. La atribución cristiana de la culpa para este destino hace del judío errante un zapatero de Jerusalén que un día rehusó, impasible, ofrecer a Jesús un banco para descansar, cuando se cruzó con él en el camino de éste hacia el Calvario, por lo que fue condenado a vagar eternamente hasta el día del Juicio final. Cuando los leñadores del Tirol hacían con el hacha una cruz en la superficie lisa de unos tocones, era, según se decía, para ofrecer un lugar de reposo al despiadado caminante (según otra versión, también a las «mujercitas de la madera», genios femeninos de la naturaleza del *bosque*, perseguidas por el «salvaje cazador»). (Véase *Caín*.)

Asuero o Ahasver: el «Judío Eterno», grabado en madera procedente de Caen, 1820

Atila, como «azote de Dios», figura simbólica del bárbaro exótico que amenaza a Occidente. Se desconoce el nombre auténtico de este rey de la tribu turca de los hunos (en chino hsiung-nu); Atila es la forma de diminutivo del gótico «attar», padre, o sea, «padrecito» (nórdico, «atli», en la Canción de los Nibelungos; véase *Sigfrido* — Etzel). El rey de los hunos gobernó desde el año 434 junto con su hermano Bleda y, a la muerte de éste (445), él solo, sobre sus grupos tribales y pueblos aliados. Su soberanía se extendía desde el Cáucaso hasta Hungría, desde donde avanzó todavía más hacia el oeste. En su invasión de la Galia le salió al paso un ejército de francos, borgoñones y visigodos al mando del general romano Aecio, que le venció en los Campos Cataláunicos, cerca de Troyes (451). Una incursión en Italia le llevó ante las puertas de Roma, pero luego volvió a retirarse a su cuartel general de Panonia, donde murió el año 453, en su noche de bodas con la germana Ildiko (Hildchen). Su Imperio pronto se desintegró, pero en leyendas y poemas épicos pervive su recuerdo. También llevó su nombre, hasta la primera guerra mundial, una casaca de húsares.



Atlántida: la llamada «cruz de la Atlántida» como emblema de círculos de investigación esotérica



Atlántida: plano de la ciudad real según la descripción de Platón

Atlántida, según dos Diálogos del filósofo Platón (427-347 a.C.), un reino insular hundido en el «okéanos» occidental, cuya ciudad real (Basileia) estaba construida sobre *círculos* concéntricos de tierra y *agua*. Al parecer, ese país, que originariamente hacía pensar en una especie de *paraíso*, bendecido por la naturaleza y gobernado por *reyes* sabios, hasta que sus habitantes se volvieron soberbios y viciosos y los dioses decidieron la ruina de la isla, se hundió en el *mar* occidental por una catastrófica inundación. Aristóteles (384-322 a.C.) tenía el relato por una mera fábula, pero desde la Antigüedad innumerables hombres doctos intentaron encontrar un fondo real de este mito y localizar la ubicación de aquel reino insular. Comoquiera que Platón pretende haber recibido del Bajo Egipto, a través de su antepasado Solón, la primera noticia sobre la gran isla es concebible que la «geografía mítica» del antiguo Egipto acerca de un país feliz (*Islas de los Bienaventurados*), situado en el lejano oeste, constituyera la base de la historia mítica que Platón configuró y reconstruyó, evidentemente con el gozo propio del narrador. Los motivos de un país isleño feliz en otro tiempo accesible, que desapareció por culpa de sus habitantes, así como los motivos referentes a los círculos de la ciudad regia, hacen pensar en el carácter simbólico del mito platónico discutido en innumerables libros y cuya fuerza de sugestión es innegable. Sus raíces están, evidentemente, en la idea ampliamente difundida de una remota *edad de oro*, que también posee una gran importancia en la mitología de otras culturas antiguas. Como «*cruz* de la Atlántida» se designa una combinación de círculos concéntricos y una estructura cruciforme, que corresponde aproximadamente a la descripción del esquema de la capital de la Atlántida que se hace en los escritos platónicos «Timeo» y «Critias». La ostentan como emblema algunos círculos esotéricos que pretenden hacer suya la herencia espiritual de la mítica cultura de aquel reino insular.

Atlas, hoy se designa con este nombre una colección de mapas geográficos, según el título y el frontispicio de la obra cartográfica mundial de Mercator (1595). Muchas representaciones artísticas muestran al titán Atlas sosteniendo sobre sus hombros la bóveda del cielo o el globo

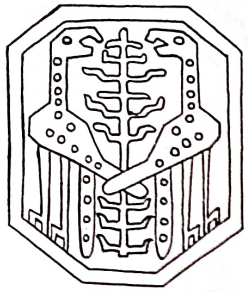
Atlas: detalle de una crátera de figuras negras, Hélade, hacia 540 a.C.

Ave con cabeza humana, un símbolo egipcio antiguo del alma («Ba») en el Libro de los Muertos

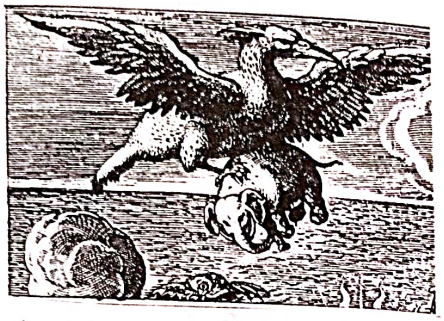
de la tierra. Atlas, en las diversas tradiciones griegas, es un hermano de *Prometeo*, un rey del reino insular occidental de la *Atlántida*, y también una personificación del *eje del universo* o de una columna de *piedra* que separa el *cielo* de la *tierra*. También se le describe como conocedor del *mar* y de sus profundidades. En el mito de Hesíodo era el aliado de Cronos (*Saturno*) en la lucha contra el hijo de éste, Zeus (véase *piedra*); cuando el ejército de los titanes fue vencido, se condenó a Atlas a sostener sobre sus hombros la bóveda del cielo. Esto recuerda los mitos del Asia Menor acerca del gigante Upelluri (véase *roca*). En la leyenda de Perseo era Atlas, sin embargo, un *rey* de Mauritania (hoy Marruecos) que rehusó dar hospitalidad al héroe. En castigo por ello, Perseo despojó ante él a la cabeza de la Medusa (*gorgonas*) del velo que la cubría, y el rey se convirtió en una gigantesca cadena de montañas rocosas que desde entonces lleva su nombre. La legendaria y altísima montaña del lejano oeste podría haber tenido como modelo el volcán del Teide en Tenerife (véase *Islas de los Bienaventurados*).

Ave. Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) escribió en su historia natural («Liber de subtilitatum») sobre las aves en general las siguientes frases: «Las aves son más frías que los animales que viven en la tierra, porque no son engendradas por un calor tan grande de concupiscencia. Su carne es más pura que la de los animales de tierra, porque no salen desnudas de su madre, sino cubiertas por una cáscara. Algunas viven de aire fogoso y por esto se estiran siempre hacia arriba como un fuego. Las que gustan de volar alto contienen más aire fogoso que aquellas que vuelan a ras de suelo» (véase *ave del paraíso*). «Las aves simbolizan la fuerza que ayuda al hombre a hablar reflexivamente y le induce a meditar muchas cosas antes de que se conviertan en acto radiante. De la misma manera que las aves se elevan en el aire mediante sus *plumas* y se mantienen en todas partes suspendidas en el aire, el alma dentro del cuerpo se eleva y se extiende por doquier.»

Desde el punto de vista de la simbología y de la mitología, las aves se valoran positivamente. Constituyen excepciones dentro de las leyendas antiguas, entre otras, las aves de Stinfal, imaginadas en



Ave: dos aves en estilización simétrica junto a un árbol. Decoración turcomana de un tapiz

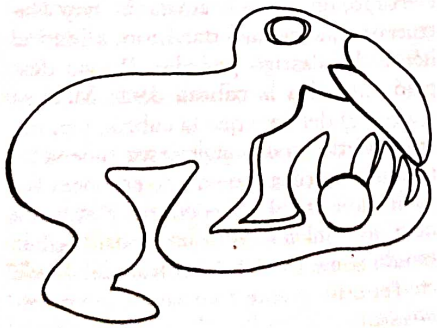


Ave: la legendaria Ave Roch, transportando un elefante. Grabado en cobre de J. Stradanus, 1522

una región pantanosa como personificaciones de demonios de la fiebre, que Heracles ahuyentó con una matraca de bronce, así como las arpías de figura de ave que capturaban a los criminales y los entregaban a las *erinias* para que los castigasen, con lo cual propiamente actúan también en el sentido de una ley moral, pero se las imagina como figuras para amedrentar. Por lo demás, los seres que con la ayuda de sus *alas* se aproximan al *cielo* son muchas veces personificaciones del deseo humano de desprenderse del lastre de lo terreno y alcanzar, como *ángeles* esferas más elevadas. No obstante, la leyenda de *Ícaro*, que con sus alas se acercó demasiado al *Sol* y cayó al *mar*, simboliza la advertencia ante la hybris, el desprecio de las leyes impuestas al ser humano. El alma humana desencarnada se representa muchas veces en forma de ave, también como ave con cabeza humana (al alma parcial Ba del mundo de ideas del antiguo Egipto) o —frecuentemente en pinturas rupestres prehistóricas— como ser humano con cabeza de ave (lo cual en parte se explica también con la representación simbólica de alucinaciones de vuelo en estados de conciencia alterada). Las aves, como mediadoras de expresiones de la voluntad divina, desempeñan un papel importante en los augurios —la interpretación por sacerdotes del vuelo de las aves— de la antigua Roma. El ave que lucha con la *serpiente* (por ejemplo, Garuda en la India), se considera la personificación de la superación de los instintos inferiores mediante la espiritualidad. En los Upanishads de la antigua India se habla de que en el *árbol* de la vida se hallan posadas dos aves; la una come los frutos (símbolo de la vida activa), y la otra está mirando (símbolo de la aspiración al conocimiento por medio de la meditación).

En los *cuentos* se dice a menudo que el que entiende el lenguaje de las aves recibe importantes conocimientos; asi-

Ave: «Makemake», ser mixto con cabeza de ave. Relieve rupestre en el sudoeste de la isla de Pascua



mismo, se afirma que las personas pueden convertirse en aves y que las aves llevan alimento a personas (santas). Dialectalmente, en muchos idiomas y modismos, se le da al ave un significado secundario de tipo sexual (por ejemplo, en chino, niao, que significa también el pene), en contraste con la corriente valoración simbólica que sobre todo se expresa en la figura del *fénix* o del *águila*. Véase también *urraca, lechuza, halcón, faisán, buitre, gallo, ibis, corneja, grulla, cuco, ruiseñor, ave del paraíso, pelícano, pavo del paraíso, cuervo, garza, golondrina, cisne, cigüeña, avestruz, paloma, abubilla, pluma*.

Ave del paraíso. Símbolo, en los textos alegóricos del Barroco, de la levedad, de la proximidad a Dios y del distanciamiento del mundo; es también un símbolo de María.

Debe su celebridad y su antiguo nombre, «Paradisea apoda» (ave del paraíso sin patas), a una costumbre de los aborígenes de Nueva Guinea y de las islas indonésicas, quienes, después de cazar

Ave del paraíso «se alza ingrávida». J. Boschius, 1702

esta ave y despellejarla con todo su *plumaje*, la curaban al humo, de tal manera que aun deshuesada y sin patas, conservaba intacta su figura. Muchas se vendieron y fueron traídas a Europa, donde producían gran sensación como «silfos» (espíritus del aire).

Muchos creían que se alimentaban exclusivamente de *rocío* (véase *fénix*), que permanecían toda su vida en suspensión, que eran puras desde su nacimiento y que nada sabían de los afanes del mundo terrenal: «El ave del paraíso pende muy cerca del cielo y jamás se roza con la tierra» (Hohberg, 1675). Esta etérea ave divina sobrevivió como fábula en las obras de los naturalistas del siglo XVIII (Buffon, 1775), pero las investigaciones zoológicas del siglo XIX acabarían con tan absurdo y misterioso símbolo.

Avestruz (zoolog. Struthio camelus). Animal conocido desde el siglo V a.C. en el ámbito mediterráneo y que existía ya entonces en el norte de África, lo cual viene confirmado por pinturas rupestres prehistóricas y de la historia primitiva. Aristóteles le atribuía una naturaleza de *ave* y mamífero terrestre. La *pluma*, como símbolo de la diosa egipcia Maat, es evidentemente una pluma de avestruz. El texto paleocristiano del «Physiologus» (siglo II) alaba las «bellas, multicolores y resplandecientes» *plumas* y dice que el avestruz «vuela a ras de suelo... Todo lo que encuentra le sirve de comida. También va a las herrerías, se come el hierro incandescente y lo devuelve en seguida a través de los intestinos, incandescente como antes. Pero este hierro por la digestión se ha vuelto más ligero y depurado, como lo vi yo en Quíos con mis propios ojos (!). Pone *huevos* y no los empolla como es usual, sino que se sienta frente a ellos y los mira con sus penetrantes *ojos*; se ponen calientes, y por el calor de los ojos

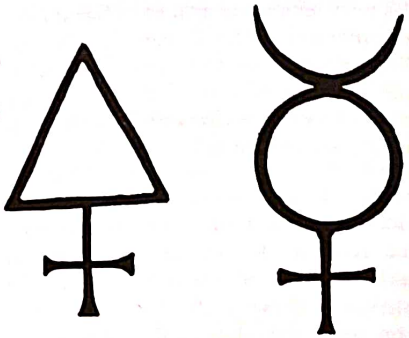
Avestruz representada a la manera de un águila. Bestiarium. Siglo XII, Bibl. de l'Arsenal, París

del avestruz salen los polluelos... Por esto en la iglesia se cuelgan los huevos para nosotros; cuando estamos allí juntos en oración debemos tener los ojos dirigidos hacia Dios, porque él nos ha quitado los pecados». La otra idea, según la cual el calor del *Sol* incuba los huevos de avestruz, sirvió como semejanza de la resurrección de Jesús del sepulcro, y el salir de los huevos los polluelos sin operación de los progenitores (algo zoológicamente falso, naturalmente) como símbolo de la *maternidad virginal* de María. La fábula según la cual el avestruz en situaciones críticas mete la cabeza en la arena y cree que así no lo verán («política del avestruz»), en vez de huir, lo convirtió en animal simbólico de la «sinagoga» (*ceguera*), como también de la pereza (véase *faisán*).

En los bestiarios medievales, la incapacidad de vuelo de esta ave corredora convierte al avestruz, lo mismo que al *cisne*, en el animal simbólico de la hipocresía. «Es verdad que suele extender las alas como para volar, pero no consigue elevarse del suelo, lo mismo que los hipócritas, que se dan un aire de santidad en sus acciones pero nunca son santos... Así, el hipócrita, por el oneroso peso de sus bienes terrenos y de sus preocupaciones, se ve impedido de elevarse hacia las cosas celestiales» (Unterkircher), a diferencia de *halcones* y *garzas*, cuyos cuerpos son más ligeros y no tienen tanto apego a lo terrestre. También en el arte heráldico desempeña un papel el avestruz, por ejemplo, en el escudo del célebre «Doktor Eisenbart» (J. A. Eisenbart, 1666-1727) y, a consecuencia de la leyenda de digerir hierro, aparece junto con herraduras en el escudo de la ciudad de Leoben (Estiria), que es sede de industria siderúrgica.

Avestruz como devorador de herraduras. J. Boschius, 1702

Azufre y mercurio, literalmente «azufre y mercurio» significan en el lenguaje simbólico de la *alquimia* dos esencias primarias o «*elementos*» en el sentido de un *sistema dual* que ve toda la materia formada por estos componentes, «ardiente» y «volátil», en diferente grado de pureza. En la medida en que se tomaba literalmente la síntesis del *oro* y se la consideraba un fin, estas dos sustancias fundamentales habían de purificarse y había de elevarse el contenido en mercurio, de aspecto espiritual. Paracelso (1493-1541), o un alquimista históricamente no identificable, llamado Basilius Valentinus, agregó como tercero de los elementos «filosóficos» la «sal», que había de constituir la «palpabilidad»: cuando arde la madera, se origina la llama del azufre, el mercurio asciende por el humo y la sal queda en forma de *ceniza*. Este pseudo-concepto de elementos recuerda el de la física atómica, según el cual la materia se compone en gran parte de protones, electrones y neutrones. Aquel antiguo concepto no se abandonó hasta la época moderna, cuando se vio que el auténtico elemento azufre no se encuentra en metales realmente puros. Véase *caduceo*.



Azufre y mercurio, símbolos alquímicos para «ardiente» y «volátil» como principios primarios

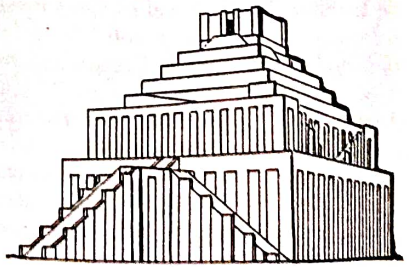
Azul, es, entre los colores, aquel que más se considera como símbolo de todo lo espiritual. En oposición al *rojo*, resulta «frío», y la mayoría de las personas lo encuentran un color contemplativo. Algunos psicólogos profundos lo relacionan con «una suavidad psíquica, con una configuración amable y superior de la vida». Es el color del *cielo*, asociado en el antiguo Egipto con Amón, dios del cielo. G. Heinz-Mohr designa el azul como «el color más profundo y menos material, el medio de la verdad, la transparencia del futuro vacío: en el aire, el *agua*, el *cristal* y el *diamante*. Por ello es azul el color del firmamento. Zeus y Yahvé ponen sus pies sobre azur». Los amuletos de color azul están destinados a neutralizar el «mal de ojo». El *manto* del dios nortegermánico Odín es azul, como lo es el de la *Virgen* María, a la que se llama también poéticamente «*lirio* azul». Vishnú, en el antiguo mito indio, lo mismo que Krishna, está coloreado de azul; Jesús enseñando a sus discípulos está representado con vestidura azul. «El azul, símbolo de la verdad y de la eternidad de Dios (porque lo que es verdadero es eterno), seguirá siendo siempre el signo de la inmortalidad humana» (P. Portal). La antigua China tenía una postura ambigua frente al azul. Seres con cara azul son, en el arte tradicional, demonios y espectros o el dios de la literatura, K'ui-hsing, que un día se suicidó por ambición contrariada. Originariamente no había ninguna palabra china propia para el azul, sino que «ch'ing» designaba todos los matices que van del gris oscuro al verde pasando por el azul, como el camino del sabio que se entrega al estudio a la luz de la lámpara. La palabra actual «lan» significa propiamente índigo, el color de la sencilla ropa de trabajo. *Flores*, *ojos*, cintas y franjas azules se consideraban feos y portadores de desgracia, mientras que en Europa la «flor azul del romanticismo» sugiere pensamientos espirituales. En China, el *elemento* madera se relaciona con el Oriente y el color azul. En el antiguo México, en los manuscritos con imágenes, la *turquesa* y el *agua* se reproducían con un verde azulado claro, pero en el simbolismo de los puntos cardinales no tenía lugar. En el simbolismo popular centroeuropeo, el azul se considera como el color de la fidelidad, pero también de lo misterioso (el cuento «La luz azul»), de la decepción y de la inseguridad. En el simbolismo político se asigna el azul a los liberales (o a los nacional-liberales). La «masonería azul» es el sistema tradicional

de la «*francmasonería* de Juan» (véase *rojo*). En el arte prehistórico, así como en el de los pueblos sin escritura, sólo raramente se utiliza el azul, porque casi no podían encontrarse las sustancias básicas para su obtención. Son apreciadas las telas teñidas de azul en el Sahara occidental y en los países meridionales que limitan con la zona del Sahel, por ejemplo, entre los nómadas ReGleibat del ex español Sahara occidental, entre los tuaregs y en Mauritania.

B

Babel, torre de, denominación del *templo*-zigurat de la ciudad de Babilonia, Etemenanki (piedra fundamental del cielo y la tierra), quizá también de una construcción parecida, de 50 metros de altura, en Borsippa (hoy Birs Nimrud), al sur de Babilonia, santuario del dios Nabu o Nebo, dios babilonio de la sabiduría y del arte de la escritura. Borsippa estaba unida a Babilonia por un canal. La bíblica «construcción de la torre de Babel» simboliza la «hybris», la arrogante manía de grandezas del ser humano que con sus medios terrestres quiere tomar el cielo por asalto, y, desde el punto de vista bíblico, un intento desmedido y desesperado de la humanidad de «restablecer, en caso necesario, contra la voluntad de Dios, el eje entre el *cielo* y la *tierra*, roto por la caída en el pecado» (Lurker, 1987); véase *eje del mundo*. Una leyenda judía del Talmud indica como la causa del castigo divino el desprecio de las vidas humanas por parte de los constructores: un obrero de la construcción cayó del andamio desde una altura extraordinaria y encontró la muerte, dice la leyenda, pero «los arquitectos están completamente obsesionados por sus preocupaciones y el deseo de terminar rápidamente la obra con la que quieren hacerse famosos. Por esto apenas dan importancia al accidente, se limitan a hacer retirar el cadáver, sin interrumpir el trabajo. Unos pocos días después se afloja una piedra y cae al suelo una porción de muro. Entonces los constructores se lamentan, piensan en el tiempo perdido y quizás en sus costes. La piedra que se desprende es para ellos más importante que un trabajador que se mata al caer. Ésta es una de las razones por las que Dios se decide a castigarles» (R. Aron, 1973). El nombre bíblico de Babel se relaciona, mediante la raíz verbal «bll» (confusión), con la leyenda de la formación de lenguas diversas en el seno de la humanidad, con lo que se impidió para siempre la realización temeraria del propósito de asaltar el cielo. El milagro de Pentecostés, la bajada del Espíritu Santo (véase *lengua*), es símbolo de la facultad del hombre inspirado por Dios de dominar espontáneamente lenguas extranjeras y superar las fronteras existentes en el Nuevo Testamento. El *simbolismo francmasónico* relaciona con la construcción de la torre de Babel, entre otras cosas, la posterior difusión de la arquitectura por todos los países de la tierra. Una instrucción a «hermanas» masonas (Baurnjöpel, 1793) interpreta la referencia a la cons-

Babel, torre de: reconstrucción de la construcción del zigurat según el estado en que se encontraba en el siglo VI a.C.



Babel, torre de: incompleta a causa de la discordia. J. Boschius, 1702

trucción de la torre moralmente como símbolo de la soberbia «de los hijos de la tierra, construcción que sólo puede emprenderse seguramente cuando se hace con un corazón razonable y sincero». El esperanto, la lengua (artificial) mundial,

Babel, torre de: la torre babilónica como construcción en espiral. G. Doré (1832-1883)

es un intento francmasónico de superar la confusión de las lenguas; en el año 1905 se fundó el «esperanto-fremasona» para hacer olvidar racionalmente las separadoras fronteras del lenguaje.

Babilonia, uno de los más importantes centros culturales del antiguo Oriente, situado junto al curso inferior del *río* Éufrates. El nombre antiguo era Bab-ilu o Bab-ili, *puerta* del *cielo* o de los dioses. En la Biblia se habla de «la gran *ramera* Babilonia», porque ésta representa la potencia enemiga que, bajo el rey Nabucodonosor II, en el año 598 a.C., saqueó *Jerusalén* y llevó a la mayor parte de su pueblo al «cautiverio babilónico», en el que, hasta su regreso, lloró a la patria perdida. El rey reconstruyó el recinto

Babilonia, la ciudad de Satán, lucha contra la ciudad de Dios. Detalle de la edición de Basilea, 1489 del «De civitate Dei» de san Agustín

de templos Esagila con el *templo-torre escalonada* Etemenanki y con ello, a los ojos de los judíos, sirvió llamativamente a la «idolatría». El profeta Isaías (14, 13-14) pone en boca del orgulloso rey babilónico las palabras siguientes: «Quiero subir al cielo y levantar mi trono encima de las estrellas de Dios, quiero sentarme en la montaña de la Congregación (la montaña de los mundos) en el lejano

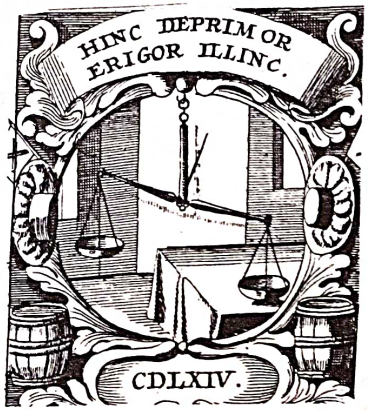
norte. Quiero viajar por encima de las altas nubes y ser igual al Altísimo». Esta «hybris» (arrogancia desmedida) y el oprobioso cautiverio para los judíos duraron hasta la derrota del rey babilónico Bel-schar-usur (Belsazar) por los persas, en 550 a.C., con lo cual tocó a su fin el exilio de los judíos. Pero Babilonia permaneció como símbolo de los abominables cultos: «Del vino de su fornicación fueron embriagados todos los habitantes de la tierra». En el Apocalipsis de Juan es Babilonia la contraimagen de la ciudad santa *Jerusalén* y se la representa por una mujer vestida de escarlata y púrpura, con una copa llena de inmundicias y atrocidades en la mano, «ebria de la sangre de los santos y de los testigos de Jesús». Aquí, ciertamente Babilonia es todavía sólo una denominación enmascarada de Roma, la capital del mundo antiguo en la época del vidente.

Baco, se transformó del antiguo dios del éxtasis de la embriaguez en un símbolo y en una figura distintiva de tabernas y mesones, junto con un «dios de la cerveza», Gambrinus, que no posee ningún prototipo antiguo. Baco o Dionisos era, según el mito, un hijo de Zeus, creador de la *vid* y remediador de preocupaciones, que, con su cortejo de *sátiros*, silenos y ménades (mujeres furiosas en éxtasis), recorría las tierras. Sus atributos eran la parra y la cepa, así como el *tirso*, y junto a él se representaba a animales vitales como *machos cabríos* y *toros*. Mitos acerca de su muerte, con la figura de «Zagreus», y su renacer le sitúan en la línea de las figuras divinas que mueren y resucitan. El nombre Dionisos en la forma di-wo-no-so-jo aparece documentado en las tablillas de arcilla de la escritura creto-micénica «lineal B» en la época preclásica. La forma del nombre Bakchos, de la que se desarrolló el nombre latino de Bacchus, es posible que proceda de Lidia (Asia Menor). (Véase *Rayo*.)

Baco como dios ebrio y su cortejo, V. Cartari, 1647

Balanza, no solamente símbolo de un signo del zodíaco (libra), sino en general símbolo de la justicia y del recto comportamiento; en muchas culturas, símbolo de la jurisdicción, de la justicia terrenal, de la Justicia con los ojos vendados que al sopesar la culpa no se deja influir. También en el *más allá*, según la doctrina de la retribución ética de muchas religiones,

Balanza y fasces, atributos de la justicia. V. Cartari, 1647



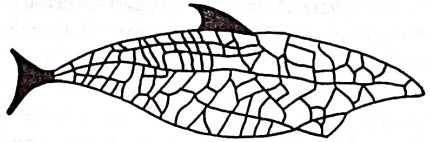
Balanza: aquí empujada hacia abajo, allá levantada hacia arriba. J. Boschius, 1702

Balanza: nivel de albañil, ayuda a levantar. J. Boschius, 1702

tiene lugar un juicio que decide sobre el peso de las buenas y de las malas acciones realizadas en la tierra, como por ejemplo, el juicio de los muertos de los antiguos egipcios, en el cual el dios Osiris en presencia de Maat, la diosa de la justicia, pesa el *corazón* del muerto y decide acerca del futuro del difunto en el más allá. El pesar las acciones terrestres aparece también en los juicios de ultratumba de los antiguos persas y de los tibetanos. En Grecia, Zeus con la balanza da a los hombres el destino que se merecen. En el cristianismo, la balanza es primordialmente símbolo y atributo del Juez del mundo en el fin de los tiempos, el cual con ella en la mano decide si el que está de pie ante el tribunal divino tiene que ir al paraíso del *cielo* o a los tormentos eternos del *infierno*. Más que un símbolo era la balanza de las *brujas*, en la ciudad holandesa de Oudewater, que debía determinar si una persona acusada era levitada (hecha ligera) por el *diablo* o presentaba el peso del cuerpo de una persona normal. El significado astrológico de las *estrellas* de la eclíptica designa la balanza (libra) como el séptimo de los doce signos zodiacales y atribuye a los nativos de este signo cualidades tales como la moderación, la reflexión, la equidad, la armonía, un temperamento apacible y tendencia a la vacilación, llegando a su expresión la mentalidad del significado de los nombres («Nomina sunt omina», los nombres son presagios). «La balanza falsa es abominable a Dios, mas la pesa cabal le agrada.» (Proverbios 11, 1.) Una balanza *hidrostática* es, en el simbolismo de la francmasonería, el distintivo del inspector de la logia, con la cual él vigila que «en aquellas logias se mantenga la igualdad sin diferencias» (Baurnjöpl, 1793).

Baldaquín, llamado también dosel o palio, tienda plana que se sostiene sobre cuatro pértigas y se lleva en las procesiones, proviene de Oriente. En la antigua China, se compara el cielo con un baldaquín redondo sobre un *carro*. En Occidente, de forma más bien cuadrada, se parece al esquema de las «esquinas del mundo», y debe formar un techo protector encima de altos personajes; se le comparó, efectivamente, a un techo celeste microcósmico. Se extendían baldaquinos por encima de *tronos* y altares, y, arquitectónicamente, se transformaron también en piedra en el interior de las iglesias, encima de la mesa del altar y del tabernáculo. También los púlpitos (¿por motivos acústicos?) se cubrieron con baldaquinos redondos, a modo de bóveda, a menudo adornados con *estrellas*, así como las tumbas de santos y las imágenes de santos. Imágenes de escenas de los Evangelios distinguen a personas especialmente importantes, por ejemplo, santa María, a menudo mediante la representación de construcciones en forma de baldaquín.

Baldaquín: protege «del sol y de la lluvia», J. Boschius, 1702



Ballena, grabado rupestre de la edad de piedra. Skogerveien cerca de Drammen, Noruega

Ballena. Se concibe tradicionalmente como ballena el monstruo *marino* Ketos (lat. cetus) que el héroe Perseo mató para liberar a la princesa Andrómeda; análogamente, en la Biblia es el «gran pez» del Libro de Jonás que se tragó a éste. «Jonás estuvo en el vientre del pez por tres días y tres noches, y él rogaba al Señor... Y el Señor dio orden al pez y éste vomitó a Jonás en la playa» (Jonás 2). En el sentido del «presentimiento» de escenas de los Evangelios en el Antiguo Testamento, se encuentra en Mateo (12, 40) la predicción de Jesús concerniente a su Resurrección: «Como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra». Una y otra vez se concibió y representó artísticamente este pasaje como símbolo general de la resurrección de entre los muertos. En la leyenda de la navegación de san Brandano («Navigatio Sancti Brandani») se contiene a la manera de Simbad el motivo de que unos monjes fueron a parar sobre el lomo de una ballena que dormía. En general, en el «Bestiarium» medieval se dice sobre esto: sobre el lomo

Ballena: el profeta Jonás, tragado y vomitado por la ballena. Catedral de Rovello, siglo XII

del monstruo marino crece incluso vegetación y «por ello creen los marineros que se trata de una isla, atracan allí sus naves y encienden fuego. Pero tan pronto como el animal nota el calor, se sumerge repentinamente en el agua y arrastra la nave hacia las profundidades» (algo de lo que se salvaron san Brandano y sus cofrades). «Así les va también a aquellas personas que no saben nada de la astucia del diablo...» Entonces junto con él se hunden

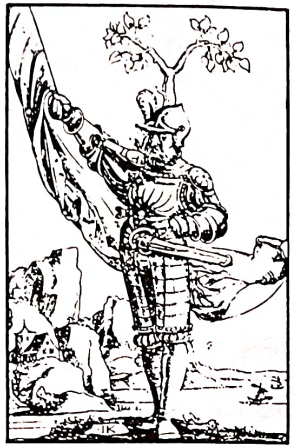
en las profundidades del fuego infernal. También se refiere que las fauces abiertas de la ballena exhalan un olor (véase *pantera*) y que con él atrae *peces* para tragarlos. «Exactamente lo mismo les sucede también a aquellos que no tienen una fe firme, se abandonan a todas las seducciones y después, de repente, el diablo se los traga» (Unterkircher).

Bambú. El bambú desempeña un gran papel en el arte y el simbolismo en Asia oriental; su «*corazón* vacío» simboliza modestia, su invariabilidad siempre *verde* y su flaqueza, la ancianidad. Los trozos de bambú puestos en el *fuego* estallan con fuerte estrépito y ahuyentan a

Bambú: detalle de una pintura china a la aguada, s. XVII

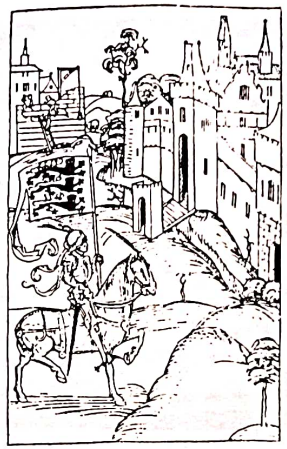
los espíritus malignos. Una rama de bambú es el atributo de la dulce Kuan-yin, la diosa de la misericordia. Por ello, en la pintura a la aguada suele representarse el bambú junto con crisantemos, pinos y flores de ciruelo. Muchas veces se concibieron los nudos del bambú como peldaños del camino del conocimiento superior. En el Japón, los brotes de bambú simbolizan eterna juventud y fuerza indomable.

Banderas y otras clases de insignias fueron al principio primordialmente medios



Banderas: portaestandarte. Jakob Köbel, 1545

auxiliares estratégicos con el fin de que incluso de lejos pudiera distinguirse mejor el movimiento de columnas de tropas. Sólo posteriormente se les atribuyó la dignidad de símbolos para el honor de las secciones militares que las designaban. Mientras que los estandartes romanos («signa») constaban de madera y metal y a menudo estaban coronados por una águila (la inscripción SPQR significa Senatus Populusque Romanum, es decir, Senado y Pueblo Romano), la forma corriente actual formada por un palo y un paño apareció en Oriente y los griegos y los romanos la adoptaron como estandarte más fácil de llevar por un jinete. Aproximadamente en el siglo IX, esta forma se conocía en todo Occidente. También en Asia oriental había banderas con signos simbólicos. Gengis Khan llevaba primero una bandera blanca a la que más tarde se añadió una *luna* negra. Banderas *amarillas* eran los estandartes de los emperadores chinos, en época más reciente adornadas con un *dragón* y un *sol rojo* o una *perla*. En el reino azteca del antiguo México eran usuales los estandartes adornados con guirnaldas de plumas. En



Banderas: caballero con estandarte con leones ante la puerta de una ciudad. Lirer Chronik, 1486

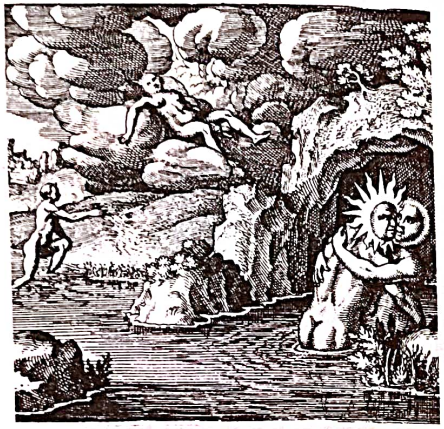
Europa, las banderas ondeantes simbolizan la marcha hacia la victoria, y todos los símbolos de la *heráldica* encuentran en ellas su importancia. El Diccionario de las religiones de Bertholet designa la bandera como «un fetiche hecho de palo y tejido, especialmente empleado en lo militar y en el ritual divino, posteriormente rebajado a la categoría de mero símbolo político-militar». En la iconografía cristiana, el Cristo resucitado se representa a menudo con una bandera de victoria (*labarum*), también como *cordero* (Cordero pascual) que ha vencido a los poderes de las tinieblas; de manera parecida, el arc*ángel* Miguel, vencedor del rebelde Lucifer, así como algunos santos guerreros (Juana de Arco, la *doncella de Orleans*; el caballero Jorge, matador del *dragón*; el duque Leopoldo el Santo; Juan de Capistrano, predicador contra el peligro turco en Viena, etc.). La ciencia que se ocupa de banderas, insignias, estandartes, etc., recibe el nombre de «vexilología» (lat. vexilla, bandera).

Banderas: bandera de un templo lamaísta (Dhavaja). Tíbet

Bandido. Como noble campeón de la compensación social de saquear a los ricos y repartir entre los pobres sus bienes injus-

Bandido: retrato y salvoconducto de un bandolero alemán. Según Avé-Lallement

tamente adquiridos, el bandido es la romántica figura simbólica de la protesta de los bienes repartidos desigualmente y, también en el sentido psicológico, probablemente personificación de la rebelión de los jóvenes adolescentes contra la autoridad y contra la potestad paterna (Robin Hood). Literalmente, sobre todo en la literatura banal, pero también en «Los Bandidos» de Schiller, se ha tocado frecuentemente este tema, de forma que la serie de bandidos famosos se extiende hasta el siciliano Salvatore Giuliano, pasando por Rinaldo Rinaldini, Fra Diavolo, Jesse James y Gasparone. Véase *bosque*.



Baño: la piedra de los sabios es engendrada en el baño y nace en el aire. Símbolo alquímico; M. Maier, Atalanta, 1618

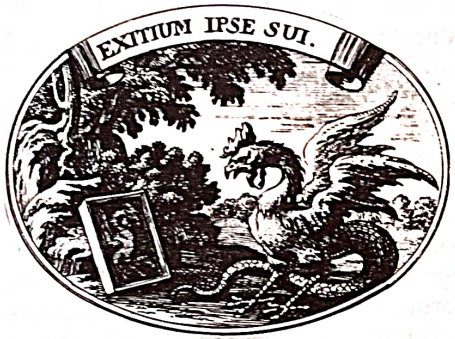
Baño. Muy pronto sirvieron ya los baños no sólo para la limpieza corporal, sino que la «pureza» se convirtió también en símbolo de estar libre de la «inmundicia del pecado», de la cual liberaba el *agua*. Famoso es, por ejemplo, el «gran baño» de la ciudad cultural del Indo, Mohenjo-Daro (hacia 2500 a.C.), con las dimensiones de 12 × 7 metros, que recuerda estanques sagrados indios más recientes para la purificación ritual. También eran usuales, por motivos análogos, baños nocturnos en el México antiguo. Más frecuentes eran todavía en casi todas las culturas antiguas, lavados rituales de partes del cuerpo; por ejemplo, todavía hoy en el islam. En la antigua China se bañaban la novia y el novio antes de la boda; en un día del 12.° mes se bañaban en los templos las figuras de Buda y los baños designaban cada nueva sección de la vida. En el transcurso de los misterios de Eleusis, estaba previsto para los que tomaban parte en el culto un baño en el mar. Los bautismos efectuados por Juan el Bautista no eran un mero rociar la cabeza, sino una inmersión en el río: rito al que también Jesús se sometió. Es profano el baño en la *fuente* de juventud del arte europeo (especialmente del Renacimiento), símbolo del renacer; en el ámbito eclesiástico, la confesión de los pecados y la absolución equivalen a un baño de purificación del alma, que también puede ser purificada de las manchas del pecado por lágrimas de arrepentimiento. El martirio equivale a «bautismo de *sangre*». En la iconografía de la *alquimia* la disolución de las dos esencias primarias, *azufre y mercurio*, se designa como «baño» de *rey* y *reina*. En la época paleocristiana, los baños públicos de la cultura romana recibieron a los ojos de los conversos un contenido simbólico negativo como lugares de obscenidad y afeminamiento. La cultura balnearia de la Edad Media, a la que se hace referencia, entre otros lugares, en las viñetas del más antiguo —y lujoso— manuscrito alemán de la Biblia, la «Biblia de Wenzel» (Biblioteca Nacional de Austria), a comienzos de la Edad Moderna halló un brusco final a causa de la propagación de enfermedades venéreas. La psicología profunda ve en la imagen del baño la tendencia a regresar al seno materno.

Barba, señal de virilidad madura. Héroes, *reyes* y dioses, en tanto que no debían caracterizarse explícitamente como juveniles, siempre aparecían representados con barba. A la reina egipcia Hatschepsut, para indicar su función, se la representó a menudo con una barba artificial. Ocasionalmente, algunas mujeres llevan un tatuaje en forma de barba, como por ejemplo, entre los ainos, pueblo primitivo del norte del Japón. En la antigua China era señal de valentía y fortaleza sobre todo una barba roja. Aunque los chinos tienen por naturaleza escasa barba, en los cuadros y en la escena siempre se representa con barba a los hombres famosos. También era rara la barba en la América Central precolombina, pero les fue atribuida a algunos dioses, por ejemplo, a Quetzalcóatl (Kukulcan entre los mayas, o sea, *serpiente* emplumada). También en las culturas de la Sudamérica andina hay figuras de barro de dioses con luengas barbas, lo cual en ocasiones fue interpretado como referencia a olvidados contactos con extranjeros europídas. En el arte de la Antigüedad, casi siempre se representó a los celtas con barba. En la Creta minoica, a los hombres se les representaba imberbes, aunque en la época homérica se afeitaban primordialmente el bigote. En Roma, el afeitado de la barba fue usual hasta el tiempo del emperador Adriano y se impuso de nuevo con Constantino el Grande. En el ámbito bizantino, los emperadores eran imberbes, mientras que los sacerdotes de la iglesia de Oriente llevaban barba. Los sacerdotes occidentales que no querían manifestar un papel decididamente varonil iban casi siempre sin barba, a diferencia de los pertenecientes a algunas órdenes y a los ermitaños, que consideraban el rasurado como señal de vanidad. En el arte paleocristiano se representó a Cristo

Barba: imagen publicitaria de una pomada para el bigote, 1911

(como un *ángel*) como un adolescente imberbe. La manera usual de representarle en la actualidad, con largos cabellos y barba, sólo se impuso posteriormente. Una «*virgen* barbuda» de la leyenda cristiana es santa Kummernus, llamada también Wilgefortis o Liborada. Una imagen del Crucificado en Italia, Volto Santo de Lucca, muestra a Cristo con larga vestidura bizantina. Por ello, unos peregrinos de Italia lo tuvieron por la representación de una muchacha que se negó a obedecer a su padre, que le ordenaba casarse con un pagano. Atendiendo a su súplica, Dios la desfiguró mediante el crecimiento de una barba, ante lo cual el enfurecido padre la hizo crucificar (Kummernus podría ser un cambio del nombre bizantino Komnenos). Es proverbial en el ámbito islámico jurar «por las barbas del Profeta»; una barba de Mahoma se venera como reliquia en la ciudad de Srinagar. El hecho de que también en Occidente se equiparasen barba y dignidad de varón (pars pro toto) lo indican locuciones como el juramento medieval «por mi barba» (por mi honor), mientras que «discutir sobre la barba del emperador» probablemente significaría «discutir sobre la barba del macho cabrío» en el sentido de la pregunta ociosa mencionada por Horacio de si debía designarse o no como lana una barba de *macho cabrío*.

Basilisco (griego, con el significado de «pequeño *rey*»), es un ser fabuloso pleno de simbolismo sacado del mundo de las *serpientes*, acerca del cual escribió santa Hildegarda de Bingen (1098-1179): «Cuando el sapo se sintió una vez preñado, vio un *huevo* de serpiente, se sentó encima para incubarlo hasta que vinieron al mundo sus propias crías. Éstas murieron, pero él siguió incubando el huevo de serpiente, hasta que se movió la vida en su interior, vida que en seguida se vio influida por la serpiente del paraíso. La cría rompió el cascarón, salió del huevo, pero inmediatamente sopló de sí un hálito como *fuego* violento... que mata todo lo que se interpone



Basilisco: según W. H. Barón de Hohberg, 1697

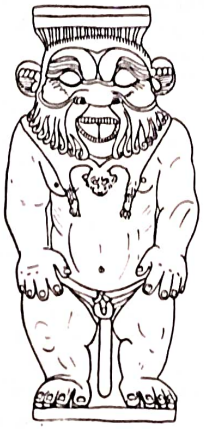
en su camino». Otras tradiciones hacen que el huevo sea puesto por un viejo gallo e incubado por un *sapo* venenoso. Como el basilisco es rey de las serpientes, el *diablo* es rey de los demonios, se lee en san Agustín. En bestiarios medievales aparece el basilisco como serpiente *coronada* a la que sus súbditos rinden pleitesía. Entre los pecados mortales simboliza la lujuria, y junto con el *león* y el *dragón* es combatido por Cristo. A finales del siglo XVI, la sífilis (lues), que se iba extendiendo, fue designada como veneno de basilisco. En libros barrocos de emblemas se dice que solamente puede vencerse al basilisco haciendo que mediante un *espejo* vuelva a lanzar retroactivamente su «ponzoñosa mirada» sobre sí mismo: «El malvado basilisco chupa de un claro espejo / el veneno de sus ojos para su propia perdición; / El que está inclinado a hacer mal al prójimo / es justo que recaiga en él su ataque asesino» (Hohberg, 1675).

Baubo, figura muy enigmática del simbolismo y la mitología de la Grecia antigua. Según el mito cultural de Eleusis, Baubo era una muchacha que mediante una obscena danza que dejaba su vientre al descubierto, provocó la risa de la diosa Deméter, y la alegró a pesar de su duelo por su hija Perséfone, raptada por el dios del hades. Se la representa, o bien como una figura cuya cara se halla encima de la parte inferior ampliada del cuerpo o bien como «dea impudica» montada sobre un cerdo y separando los muslos. Así se designa también a Baubo como «vulva personificada», como expresión drástica de la sexualidad femenina, que

Baubo: estatuilla de terracota de Priene, Asia Menor, s. V a.C.

se corresponde con el dios fálico Príapo, que simboliza la sexualidad masculina. Desde el punto de vista de la historia de las religiones, Baubo pudo ser originariamente una diosa del Asia Menor de índole terrorífica, un demonio nocturno quizá relacionado con la desnudación y la risa en determinados rituales, lo cual se transformó en la época clásica en escenas de grosera comicidad en el marco del mito de los misterios de Eleusis. Incluso en la escena del Blocksberg del *Fausto* de Goethe aparece «Frau Baubo» como conductora de las *brujas*. (Véase *Bes*.) Es interesante que también en el mito japonés antiguo existe una figura que corresponde a la de Baubo: la diosa Ame-no-uzume. Ella atrajo a la diosa del *sol* Amaterasu, haciéndola salir de la *cueva* en la que se había escondido por temor a la furia del dios de la *tormenta*. La atrajo ejecutando una danza obscena con la cual despertó la curiosidad del sol y éste pronto volvió a iluminar la tierra (véase *arroz*).

Bes, grotesca figura demoníaca del antiguo Egipto que se consideraba como símbolo de la protección contra el mal de ojo, contra la amenaza de la magia y contra los animales peligrosos. Se representaba a Bes como figura rechoncha de *enano*, cara grotesca y puntiagudas orejas de animal, a menudo fálico (con el miembro erecto) o vestido con pieles. Es fácil de comprender que esta figura rechazadora del mal se convirtiera también con ello en portadora de alegría en las orgías y en símbolo de la potencia sexual. A partir, aproximadamente, del 2000 a.C. había también una figura paralela femenina llamada Beset y que correspondía más o menos a la griega *Baubo*. La vista grotesca de Bes causaba hilaridad, pero su imagen se puso también en los edificios contiguos a grandes templos. Debía proteger sobre todo a mujeres encintas de influencias perniciosas de toda índole.



Bes: genio protector egipcio, hacia el 500 a.C.

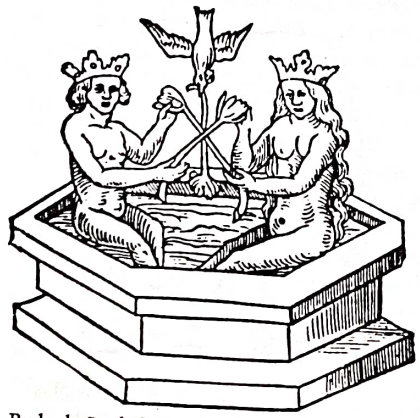
En el Egipto copto-cristiano anterior a la islamización, la presencia de Bes en tales lugares «paganos» se experimentaba como una realidad, como figura espectral que asustaba a los humanos y los dañaba.

Blanco. El blanco puede entenderse o bien como «todavía ningún color» o como unión completa de todos los *colores* del espectro de la luz, como símbolo de la inocencia aún no influenciada ni enturbiada del antiguo *paraíso* o como fin definitivo de la persona purificada en la que se ha restablecido ese estado. Vestiduras blancas o, en general, sin color son en muchas culturas la vestidura sacerdotal con el valor simbólico de la pureza y la verdad. Los cristianos recién bautizados llevaban vestidos blancos y con tales vestidos están también representadas las almas de los perdonados después del Juicio final. Transfiguración, gloria y camino del cielo son los valores simbólicos de la blanca vestidura del papa; ya *Pitágoras* había recomendado a los que cantaban himnos sagrados que

llevasen túnicas blancas. Animales blancos para el sacrificio se destinaban a los dioses celestes, y los *negros* a los del mundo subterráneo. El Espíritu Santo se representa como blanca *paloma*. No obstante, lo blanco tiene también simbológicamente aspectos negativos, ante todo a causa de la «palidez de la muerte». En los sueños, el «*caballo* blanco suele relacionarse con el presentimiento de la muerte. El "jinete del caballo blanco" aparece cuando puede ocurrir algo mortal» (Aeppli). En muchas culturas se ven espectros como figuras blancas, en cierto modo, lo inverso de la *sombra*. En el simbolismo tradicional de la China el blanco es el color de la vejez, del otoño, del oeste y del infortunio, aunque también de la virginidad y de la pureza («Loto Blanco» se llamaba una sociedad secreta que se proponía establecer costumbres más puras). En general, en la China se considera que el blanco es el color del luto por los muertos, y de ahí viene la intención de lo «incoloro» de los vestidos de luto sin teñir. En la *alquimia*, lo blanco (albedo) es la señal de que, después de lo negro (nigredo), la materia primaria se encuentra en el camino que conduce a la *piedra* filosofal. Véase *lirio*.

Boca, en la comprensión simbólica, la boca es no solamente el órgano de la toma de alimentos y del lenguaje, sino también el lugar del hálito de vida. La ceremonia de apertura de la boca en el sepelio de momias en el antiguo Egipto (en forma de un contacto de la cara con una horquilla de pedernal y un hacha transversal doblada) es un hechizo que estaba destinado a devolver al muerto la energía vital. En el mito de Heliópolis (On), de la boca del dios Atum sale la pareja divina Schu (aliento) y Tefnut (más o menos: saliva) (véase *Nueve*), mientras que en el antiguo mito indio de la Creación, de la boca del ser primigenio Prajapati salen los dioses, y de su miembro de la procreación (*Lingam*) nacen los hombres (y del ano, los demonios). Boca y seno *materno* están unidos simbólicamente en muchos respectos. La boca de los sacerdotes del fuego del parsismo estaba cubierta con un paño para impedir la contaminación del *fuego* sagrado mediante el aliento, mientras que en el jainismo la venda de la boca debía impedir que involuntariamente se tragaran insectos. Para santa Hildegarda de Bingen (1098-1179), la boca del ser humano se halla sujeta a la más alta responsabilidad moral, ya que por ella «se conserva la persona entera. De la misma manera que el mundo es alumbrado por el resplandor del sol, así también por este (su) aliento es moderado y excitado cualquier aliento algo elevado». En la presentación del Juicio final (*fin del mundo*), sale de la boca del Juez del mundo una *espada* «para que con ella hiera a las naciones» (Apocalipsis de Juan 19, 15). En cuadros medievales del exorcismo, en los que se expulsan demonios del cuerpo del poseso, de la boca de la persona sanada salen figuras *negras* del *diablo*, mientras que de la boca de los que rezan salen hilos *dorados* que unen a éstos con el *cielo*. En algunas losas sepulcrales del Barroco, un paño suele cubrir una parte del rostro de mujeres arrodilladas, lo cual simplemente significa que con ello se representan esposas que en el momento de realizar el epitafio ya habían muerto.

Boda, matrimonio, casamiento como símbolo. Aquí no tratamos de las costumbres simbólicas relacionadas con el enlace matrimonial (*casamiento*). La boda misma es un símbolo difundido casi mundialmente de la unión de los más diversos pares de puestos o *sistemas duales* que ya no actúan contraria y competitivamente sino de manera complementaria y que, en su hecho de complementarse mutuamente, se convierten en una unidad superior, como un todo que significa más que simplemente la suma de los dos componentes. En las culturas antiguas, las sagradas bodas (en griego «hieros gamos») simbolizaban la unión creadora entre el *cielo* y la *tierra*, elemento masculino y femenino, dios y diosa, expresada a menudo ritualmente mediante la copulación del *rey* con una sacerdotisa, la cual por su parte personificaba a la diosa o a los elementos femeninos del universo. Solamente con ello podía asegurarse para el año venidero la fertilidad y el orden cósmico; así ocurría, por ejemplo, en la fiesta del año nuevo en las antiguas culturas de Mesopotamia. Muchas veces el aspecto sexual se interpretaba espiritualmente y se concebía como imagen de otros polos contrarios que se unían: por ejemplo, como símbolo de la mística fusión de Dios y hombre, que tiene lugar en el momento de la iluminación; como símbolo de la comunidad «conyugal» de Dios y su pueblo (de Yahvé con los israelitas, de Cristo y su Iglesia), con lo cual incluso el canto nupcial del Antiguo Testamento, el «Cantar de los Cantares de Salomón», se tomó sólo en sentido metafórico: la Iglesia es «la novia de Cristo». También las monjas, al ingresar en el convento, reciben el velo nupcial y se convierten así en «místicas esposas» del Salvador. En la *alquimia*, las representaciones a menudo gráficas de la boda, incluso de la unión sexual de *rey* y reina (Gabricius y Beia), son un símbolo de la unión de los hipotéticos elementos primarios *azufre* y *mercurio*, que luego, también como *andrógino*, representa una unidad superior en la que se disuelve la originaria dualidad de *Sol* y



Boda: baño de los principios primarios casados en la fuente. Alegoría alquímica, Rosarium philosophorum, 1550

Luna, Marte y *Venus*, etc. en la «boda química», análogamente a las ideas antiguas gnósticas de la unión de Sophia (sabiduría) y Dynamis (fuerza), que pervivieron en la alquimia en forma encubierta.

Boj. El boj (gr. pyxos, lat. buxus), como árbol siempre verde, plantado en la Antigüedad frecuentemente como adorno de cementerios junto el ciprés y el tejo, fue por ello consagrado a las divinidades del mundo subterráneo y a la diosa madre Cibeles. La madera de boj solía emplearse para hacer cajitas (pyxis, de pyxos) y estatuillas de dioses (en honor del Apolo de Olimpia); en la época moderna, el *martillo* de maestro de los *francmasones*. Las hojas correosas del boj son siempre *verdes*, y, como símbolo de perennidad, se bendicen junto a la flor de sauce en los ramos del Domingo de Ramos de los países alpinos y se guardan durante todo el año.

Bosque, a diferencia del *árbol* solo, el bosque es un símbolo ampliamente difundido de un modo que, como mundo externo, se contrapone al pequeño cosmos de

Bosque: dios ilírico-romano del bosque (¿Silvano?). Duvno, Bosnia (Museo Nacional de Sarajevo)

la tierra roturada. En leyendas y *cuentos* el bosque está habitado por seres enigmáticos, casi siempre amenazadores (*brujas*, *dragones*, *gigantes*, *enanos*, *leones*, *osos*, etc.), los cuales personifican los peligros a los que tiene que enfrentarse el adolescente durante su iniciación («prueba de madurez») si quiere convertirse en persona responsable: imagen que se remonta a aquellos tiempos en los que los bosques cubrían extensas regiones y tenían que roturarse para ganar tierra de cultivo. En los sueños, el «oscuro bosque» indica una fase de desorientación, el terreno inconsciente que la persona consciente titubea en pisar. La *luz* que aparece frecuentemente en los cuentos y que brilla por entre los troncos de los árboles caracteriza la esperanza en el lugar de la verificación. El bosque mismo, como desordenada naturaleza salvaje, se siente como algo misterioso y amenazador y la fantasía suele poblarlo de *hombres salvajes*, pero también de hadas, que pueden resultar auxiliares. Por otro lado, el bosque puede convertirse para la persona espiritualizada en el lugar que la protege cuando se aparta del ajetreo mundano. Los eremitas no temen sus peligros, sino que están protegidos por poderes superiores. A diferencia del *bosque*, el sagrado bosquecillo es un lugar de la naturaleza numinosa no inmensamente extendido sino de dimensiones modestas. Desde el punto de vista de la psicología profunda, el bosque suele concebirse como símbolo de lo femenino que al hombre joven se le aparece como algo misterioso y que debe explorar por sí

Bosque: Caperucita Roja, ilustración del cuento por Ludwig Richter (1803-1884)

mismo. De un modo completamente general reina en él, en este sentido, «el verde crepúsculo, ora iluminado, ora sombrío, de la vida inconsciente, no visible desde fuera»; el bosque como símbolo *onírico* contiene «múltiples seres —inocuos o peligrosos—, y en él puede reunirse lo que quizás una vez aparezca en las secciones de nuestro paisaje cultural psíquico, iluminadas por la luz del día» (Aeppli). En este modo de vivencia, los

bandidos son personificaciones de una «parte primitiva y peligrosa de nuestro ser que al fin y al cabo no es solo buena».

Bosquecillo. En tanto que el «tenebroso *bosque*» se considera símbolo del temor del hombre ante la naturaleza inexplorada, «indómita», el bosquecillo espacialmente limitado, que sólo necesita constar de unos pocos árboles, es un lugar de recogimiento y de silencioso encuentro con poderes y seres suprahumanos. El sagrado bosquecillo de Dodona en el Epiro era un lugar de adoración de Zeus, que en el rumor de las *encinas* a él consagradas manifestaba su voluntad en forma de oráculo. La antigua Roma conoció el sagrado bosquecillo de Aricia junto

Bosquecillo sobre una colina con liebre en busca de refugio. Detalle de la decoración de un vaso etrusco, Caere, hacia 580 a.C.

al lago Nemi, consagrado a *Diana* Aricina, en el que un *rey* sagrado custodiaba los árboles consagrados. Tales bosquecillos solían ofrecer asilo a los fugitivos. También para celtas y germanos eran lugares santos en los que los dioses se manifestaban. Un paso más allá, desde el bosque indómito hacia la naturaleza dominada, cultivada, nos lleva, desde el punto de vista simbológico, al *jardín*.

Brujas. Las brujas, en leyendas, cuentos, mitos y con referencia a su figura simbólica, no deben relacionarse primordialmente con la horrible realidad de las persecuciones centroeuropeas de brujas. En innumerables pueblos exóticos existe la creencia en las brujas y el convencimiento del demonismo de algunas mujeres consideradas caníbales, hechiceras, asesinas y destructoras de la potencia masculina (por ejemplo, mediante su vagina provista de dientes, lat. vagina dentata). Figuras brujeriles de esta índole son símbolos del lado negativo de lo femenino, su aspecto oscuro, temido por el hombre (neurótico). Por esto él las combate con furiosa agresión y trata consecuentemente de destruirlas por medio del *fuego* cuando el elemento puro, *agua*, no las ha acogido en sí en el «juicio de Dios» de la prueba del agua (esto en la Edad Moderna en Europa). La psicología profunda de C. G. Jung ve la figura de la bruja como personificación imaginaria del «aspecto oscuro del alma, del aspecto femenino del hombre», representado, por ejemplo, mediante Kali, la diosa *negra* de la mitología india o mediante la bruja Rangda en las representaciones dramáticas de Indonesia. A tales desarrollos fallidos debe primordialmente conducir una perturbada relación maternal del hombre adolescente. A los símbolos caracte-

Brujas en forma de demonios con cabeza de animal. Molitor(is), 1489

Brujas abrazadas por su amante el diablo y brujas voladoras montadas en el macho cabrío. Hans Schaeufelein, hacia 1480

rísticos del temido ser de las brujas pertenecen las aves nocturnas (*lechuza*, mochuelo) en las que las brujas pueden transformarse, *sapos, serpientes, gatos* negros; entonces, entre su belleza seductora y su repulsiva fealdad, nada raramente también su *desnudez* en rituales que dícese que se celebran bajo la presidencia del *diablo* —a menudo en figura de un demoníaco *macho cabrío*— en *montes* solitarios (¡Blocksberg!). Esta imagen de bruja, tal como la representa la tradición popular europea, es solamente un caso especial de un temor difundido casi mundialmente ante el sexo femenino que se manifiesta en algunas culturas con otras variantes externas (en el antiguo Japón, por ejemplo, figuras de mujeres demoníacas se transforman en *zorros*, en ciertas tribus siberianas en *lobos*, etc.). La persecución europea de las brujas dotó a este mundo de ideas de un aparato pseudocientífico y se convirtió en una práctica asesina. En los últimos años, la figura de la bruja se ha convertido en el símbolo de algunas corrientes feministas, un signo de protesta contra el dominio social del mundo masculino.

Buda barrigudo. Hoy se ofrecen en innumerables establecimientos comerciales del Asia oriental unas figurillas de porcelana de un hombre calvo, desnudo de la parte superior del tronco y que sonríe alegremente. Se trata del chino Mi-lo fo, es decir, propiamente una posterior encarnación de Buda, en indio Maitreya, que ha de aportar a las edades venideras la liberación de los sufrimientos de la existencia. Es evidente que esta idea espiritual tomó cuerpo en la China de un modo diferente a como habría podido concebirse en la India. Hacia el año 1000 d.C., Mi-lo fo gozó del favor popular en toda el Asia oriental, como símbolo de alegría despreocupada, con un saco en la mano lleno de dádivas y a menudo rodeado de niños juguetones. La infelicidad y la miseria del mundo real debían ser vencidas por esta amistosa contrafigura, para así dar lugar a la perspectiva de una felicidad puramente terrena. En el Japón recibe el nombre de «Hotei» y se dice que como dios doméstico aporta paz y bienestar, incluso en el círculo de los «siete *dioses de la fortuna*».

Buda barrigudo: Hotei, figurilla japonesa de porcelana, siglo XIX

Buey. Desde una perspectiva alegórica e histórico-cultural, el equivalente amansado (castrado) del *toro* salvaje, y representación de la domesticidad paciente y de la fuerza apacible; adecuado, en consecuencia, como víctima propiciatoria, aunque siempre respetado.

En la antigua China se consideraba inmoral comer la carne de este copartícipe en los trabajos de labranza. Basándose en un texto apócrifo (no aceptado como auténtico) del evangelio según san Mateo, la iconografía cristiana lo hace aparecer junto al *asno* en el portal de Belén. También aparece como atributo de san Cornelio (quien llegó a Bretaña sobre un *carro* arrastrado por bueyes, y cuyos perseguidores quedaron convertidos en hileras de bloques de piedra, o *menhires*) así como de san Leonardo (también Silvestre o Wendelin), patrón del ganado. En muchas leyendas los bueyes, arrastrando un carro, trasladan las reliquias o el cuerpo de un santo hasta un cierto *lugar de peregrinaje*, participando así en una despedida divina.

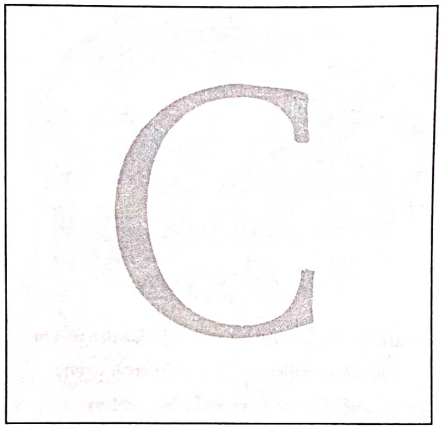
Por razones que se ignoran, los bueyes representados en los capiteles románicos simbolizan la noche. «Donde no hay bueyes, el pesebre está vacío» (Proverbios de Salomón, 14,4). Böckler (1688), inspirándose en consideraciones más prácticas, pondera la fuerza y utilidad del buey, «que es un animal benéfico, pues no sólo es útil en trabajos agrícolas y de otra índole, sino que también es comestible». En suma: nada hay en el buey que no sea aprovechable.

Buitre. Los buitres, en comparación con las águilas, se consideran menos «regios» simbólicamente, porque sólo se les conoce como animales necrófagos; los iberos y persas les abandonaban los cadáveres (especialmente de individuos caídos en la batalla) para que los devorasen, tal como todavía hoy es costumbre en el Tíbet, y también en el parsismo, donde se dejan en las dakhmas («torres del silencio») los cadáveres para alimento de los buitres. Solamente en el antiguo Egipto gozó de gran veneración el buitre, primordialmente en figura de Nechbet, la diosa buitre de Elkab en el Alto Egipto. Muchas veces se representaba el buitre flotando protectoramente sobre la cabeza del faraón mientras la reina llevaba un tocado en forma de cabeza de buitre. Se consideraba a Nechbet protectora de los nacimientos o en general de la maternidad. Los buitres aparecen también como «diosa Mut» (Mw.t), y junto con la *serpiente* constituyen el adorno de la corona del Rey. En la Antigüedad se observó que los buitres a menudo seguían a los ejércitos y probablemente se dedujeron de esto sus dotes proféticas: decíase que se congregaban con tres días de anticipación en lugares de futuras batallas. Zeus puede manifestarse también como buitre, y en la «Ilíada» (7, 59) de Homero, Apolo y Atenea se posan en un árbol en figura de buitre. Al demonio Eurynomos, del mundo subterráneo, se le representa sentado sobre un pellejo de buitre, y unos buitres devoran el hígado de *Prometeo*. Entre los romanos, el buitre estaba consagrado al dios de la guerra y matarle se consideraba una acción sacrílega. Su importancia como animal de oráculo en el «augurium», por ejemplo, en la fundación de Roma, se remonta probablemente a tradiciones etruscas.

Buitre: cozcacuauhtli, símbolo del calendario azteca. Codex Borgia

Muchas veces predominó la idea de que los buitres nacían sin ningún acto de procreación, porque el *viento* del este fecundaba a las hembras. Por ello esta ave fue considerada como símbolo de la *Virgen* María. El texto paleocristiano del «Physiologus» afirma que el buitre, cuando está «preñado», vuela hacia la India, desde donde traerá la *piedra* de parto. Esta piedra de parto está hueca y en su interior tiene un núcleo de piedra que hace ruido como un cencerro (también se habla de la «piedra de águila», aceites). «Cuando la hembra del buitre siente dolores, coge la piedra, se sienta sobre ella y da a luz (!) sin dolor.» La interpretación simbólica dice: «Así también tú, hombre, que estás preñado por el Espíritu Santo, tomarás la piedra de parto espiritual —que fue rechazada por los constructores y ha llegado a ser piedra angular—, y sentándote encima de ella, parirás... el espíritu de salvación... Porque realmente esta piedra de parto del Espíritu Santo es el Señor Jesucristo, piedra labrada sin el trabajo humano, es decir, nacido de una virgen sin simiente humana. Y como la piedra de parto lleva en sí otra piedra que hace ruido, así también el cuerpo del Señor lleva en sí la sonora divinidad». En la India, el buitre es la cabalgadura de Shani o Manda, el personificado planeta *Saturno*, considerado como viejo, cojo y feo. En el antiguo México, el buitre representa el 16.º de los 20 signos de días (cozcacuauhtli), y se dice que podía llegar a una edad muy provecta porque el buitre real (Sarcorhamphus papa) es calvo.

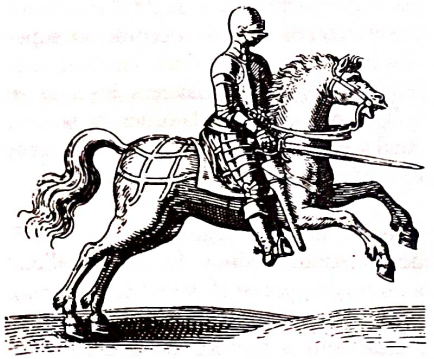
Buque fantasma, El (El holandés errante). Una figura simbólica del hombre eternamente sin descanso en el *mar*, comparable al *Ahasvero* por tierra, especialmente famoso por la ópera de Richard Wagner (1843). Un *buque* fantasma, cuya aparición anuncia desgracias para todos los que le divisan, se relacionó con los penosos esfuerzos realizados para doblar el cabo de Buena Esperanza (1497). Se dice que un tal capitán Van der Decken hizo el blasfemo juramento de que no renunciaría a su intento por toda la eternidad y disparó su pistola hacia la constelación de la «cruz del sur»; desde aquel momento —según la leyenda que se hizo popular a comienzos del pasado siglo— está condenado a surcar eternamente los mares. La leyenda del buque fantasma que navega sin descanso se ha relacionado también con el capitán Barent Fokke, que siempre llevaba consigo un *perro* negro, había vendido su alma al *Diablo* y ahora debe vagar por toda la eternidad en el Atlántico sur entre el Cabo de Hornos y el de Buena Esperanza, sin atracar jamás en ningún puerto.



Caballero, miembro de una clase de guerreros, orden o grado de nobleza con un determinado código de honor y un modo de comportamiento establecido convencionalmente, hoy elevado a símbolo mediante el concepto de «caballerosidad». La clase de los caballeros de la antigua Roma distinguía entre «equites equo publico», jinetes con *caballo* procurado por el Estado, y «equites equo privato», que podían proporcionarse el caballo y los pertrechos. El «eques romanus» se convirtió en la época del florecimiento del Imperio cada vez más en una clase privilegiada a la que pertenecían, junto con los oficiales, terratenientes, oradores y gramáticos. En la época imperial se reforzó la importancia de los *equites romani*, vinculados al *emperador* y salidos del patriciado y de la nobleza, que fueron elevados a la condición de prefectos, procuradores y otros altos funcionarios del Estado y en el siglo II d.C. se convirtieron en los puntales de la burocracia imperial. En la Edad Media, bajo el término de «caballero» se entendía ante todo el perteneciente a la clase del soldado profesional que se unió a cada uno de los *reyes* y a partir de la cual se desarrollaron hacia el año 1000 las formas actualmente corrientes de la caballería. Al principio la dignidad de caballero no era hereditaria, sino que debía adquirirse mediante acciones propias y las distinciones que de ellas se derivasen. No fue hasta 1186 que empezó la nobleza hereditaria, distinguiéndose entre una caballería dependiente directamente sólo del emperador y una caballería indirecta (rural). La educación empezaba a los siete años de edad como paje, que a los catorce era elevado a escudero y generalmente era «armado caballero» a los veintiún años. Para esta ceremonia, llamada acolada, se le colocaba sobre el hombro o sobre la nuca la espada plana. Un episodio de la guerra de los cien

Caballero luchando contra el dragón. Historia de Tristán e Isolda, 1484

Caballero: jinete con armadura de la obra de Wallhausen «Kriegskunst zu Pferdt», 1616



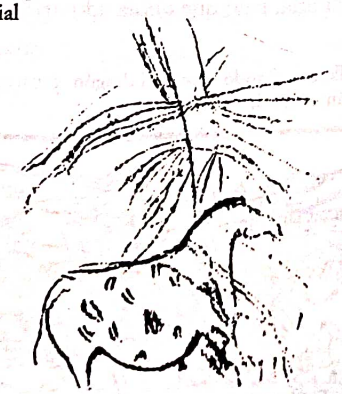
Caballero: símbolos del «vano poder». W. H. Barón de Hohberg, 1647

Caballero: san Jorge como el caballero matador del dragón. Leyenda de Santos de W. Auer, 1890

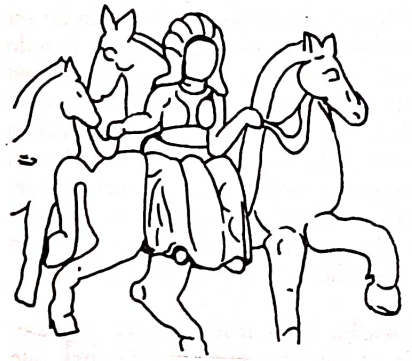
años (véase *doncella de Orleans*) ilustra la importancia de este ritual: un pequeño hidalgo de provincia se disponía a prender al conde de Suffolk. Éste le preguntó si era un auténtico caballero, y al no serlo le dio la acolada y después de esto se dejó prender. Le repugnaba dejarse prender por un hombre de rango inferior. En el ámbito bávaro-austríaco, «caballero» (Ritter) era la denominación de un grado de nobleza entre «barón» (Freiherr) y el noble sin título. En Inglaterra, el *rey* (o la *reina*) concedían de por vida el título de «knight», casi siempre junto con una condecoración superior (tratamiento de «sir»). También suelen denominarse caballeros los que se hallan en posesión de la orden de la Casa Real y de la corte o de diversas órdenes del mérito (cruces de caballero).

Caballo, desde el punto de vista simbólico personificación de fuerza y vitalidad a un nivel superior al del bóvido (el *toro*). Ya en el arte de las cavernas de la época glacial constituyen los équidos y los bóvidos salvajes los motivos más importantes de la pintura, y se ha supuesto que estas dos especies animales formaban parte de un programa dualístico de los pintores prehistóricos (A. Leroi-Gourhan, entre otros). La doma del caballo no se efectuó hasta milenios más tarde en Europa oriental o en Asia central, con lo cual los pueblos nómadas de jinetes

Caballo: yegua salvaje preñada bajo la red (?). Pintura rupestre, cueva La Pileta, Andalucía, época glacial



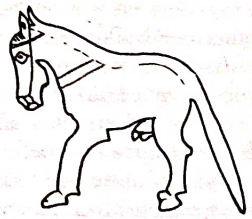
Caballo: pintura de la época glacial con el contorno de un caballo, cueva «Las Monedas», España (prov. Cantabria)



Caballo: relieve galorromano de la diosa celta de los caballos Epona, Briganza (Vorarlberg)

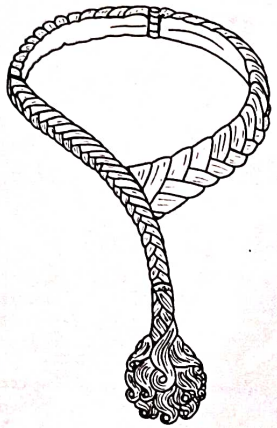
inquietaban a los sedentarios establecidos a orillas del mar Mediterráneo (véase *Centauros*). Como animal originariamente misterioso se le relacionó muchas veces con el mundo de los muertos (*ejército salvaje*) y se le subordinó a éstos, pero posteriormente, a causa de su rapidez y capacidad para el salto ascendió también a la categoría de símbolo *solar* o a la de animal de tiro del *carro* celeste (de Apolo, de Mitra, del carro de fuego de Elías). Muchas veces el contenido simbólico permaneció ambiguo, como lo indican por un lado el caballo de radiante blancura del «Christus triumphator», y por otro las monturas de los «jinetes apocalípticos» (Apocalipsis de Juan). Los Padres de la Iglesia atribuyen al caballo soberbia y lujuria (dicen que relincha con lascivia cuando ve una mujer); pero al propio tiempo aparece como símbolo de la victoria (por ejemplo, de los mártires sobre el mundo). El aspecto positivo ya se anticipó en la Antigüedad clásica mediante el caballo *alado Pegaso*. En algunos *cuentos* aparecen muchas veces los caballos como seres que conocen hechizos y hacen predicciones, que hablan con voces humanas y procuran buenos consejos a las personas que confían en ellos. Como santos jinetes de la leyenda cristiana aparecen, entre otros, san Jorge, que mató el *dragón*; san Martín, el que compartió su *capa*; san Huberto y san Eustaquio. En unos cuadros de la Crucifixión, los caballos que sirven de cabalgadura a los romanos, con la cabeza que apartan de la figura de Cristo, señalan hacia la incredulidad de sus jinetes. Los cráneos de caballo en los aguilones de las casas poseían una función apotropaica (que ahuyentaba la desgracia). El sacrificio germánico de caballos, unido al consumo de la carne del animal sacrificado, condujo a que esto fuera mal visto después de la cristianización y que todavía hoy se considere como algo «insocial». La simbología de orienta-

Caballo: relieve ibérico de piedra, santuario «El Cigarralejo» (prov. de Murcia). Hacia 380 a.C.



ción psicológica ve en el caballo un ser «noble» e inteligente pero que cuando está sobresaltado puede convertirse en un animal miedoso; el «ello» (la esfera de lo instintivo) y el «yo» se conciben como caballo y jinete; en una relación recíproca perturbada, se presentan sueños de caballos que dan coces a ciegas y que con ello pueden tener la función que exhorta a la integración.

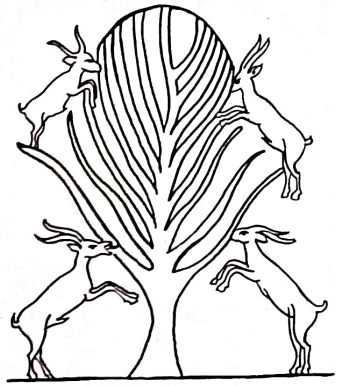
Cabello. Según la idea popular, el cabello es portador de la energía vital, que incluso después de la muerte de la persona continúa creciendo y, por ejemplo, en el héroe bíblico Sansón constituye el asiento de su fuerza. Los nazarenos atados por un voto (Números 6, 5) no debían permitir que una navaja tocase su cabello y tenían que abstenerse de la vid, lo cual se interpreta como protesta contra las costumbres de los cultivadores sedentarios y como aspiración a la pureza de la época del antiguo nomadismo. Incluso los penitentes y profetas que vivían fuera de la civilización se dejaban crecer el cabello (por ejemplo, Juan el Bautista y los monjes egipcios del desierto). Largos cabellos que cubren el cuerpo, en penitentes como la legendaria María Egipcíaca, hacen referencia a una vida apartada del mundo que prescinde de la suntuosidad del vestido, pero, no obstante, cubre el cuerpo. Por otro lado, en la Edad Media, el cabello largo es símbolo de lujuria, de las sirenas seductoras de hombres y del rebelde Absalón (II Libro de Samuel 18), que quedó atrapado con su cabellera en la rama de un árbol y fue muerto (Absalón, en la interpretación cristiana, llegó a simbolizar a los judíos, que han quedado atrapados en los largos cabellos del error). Dado que en la región germánica el cabello largo era distintivo del hombre que había nacido libre, a los esclavos o condenados se les



Cabello: adorno para el cuello de la caballeresca «Sociedad de la trenza», de plata dorada. Austria, hacia 1380

rapaba la cabeza. La tonsura de los monjes se interpreta como referencia a la renuncia a libertades civiles. En celebraciones de duelo en muchas culturas se ofrecía el cabello en sacrificio; las trenzas cortadas son también símbolos de la entrada de mujeres en el convento. En culturas exóticas, determinados peinados establecidos con precisión suelen ser distintivos para una específica posición social o profesión. A los niños se les suele cortar el cabello cuando han pasado el estadio de la primera infancia o se les deja un rizo especial hasta llegar a la pubertad (por ejemplo, al Horus-Harpókrates infantil en el antiguo Egipto). Seres sobrenaturales y demonios se representan con frecuencia con cabellos en forma de *serpientes* (furias, el dios etrusco del mundo subterráneo Charun, Medusa), mientras que el color *rojo* del cabello se consideraba a menudo «diabólico». Los largos cabellos en individuos pertenecientes a modernas culturas alternativas y subculturas se conciben como expresión del deseo de independizarse de normas burguesas civilizatorias o como

protesta contra ellas. El mencionado motivo de *vírgenes* desnudas cubiertas por sus largos cabellos se ha descrito también a menudo en leyendas y cuentos y se refiere, entre otros personajes, a santa Inés y a santa María Magdalena, cosa que encontramos también en antiguos romances españoles. Es sabido que en ritos mágicos suele aparecer el hechizo del cabello, por ejemplo haciendo *nudos* con los cabellos de personas en las que se debe infundir amor. En el siglo XIX estuvo muy extendida la costumbre de llevar dentro de medallones los rizos de personas amadas.



Cabra: cuatro cabras mordisqueando un árbol. Fresco egipcio. Reino Antiguo

Cabra (gr. Chímaira —véase *quimera*, lat. capra); como en el caso de, por ejemplo, el *toro* y la *vaca*, también aquí es diferente el valor simbólico del macho y de la hembra. En tanto que el *macho cabrío* (gr. tragos) muchas veces se considera personificación de lascivia y vitalidad, y a menudo es visto negativamente, en los mitos de la Antigüedad clásica goza de gran atención la sobria cabra como nutricia: la cabra Amaltea amamantó a Zeus niño. Del atavío típico de la diosa Pallas Atenea forma parte la égida (aigis), una piel de cabra, que, según Heródoto (Libro IV 189) es una prenda de vestir de las mujeres libias y que (como el *olivo*, que estaba consagrado a Atenea y en su forma cultivada también procede de Libia) hace referencia al origen norteafricano de la diosa del lago Tritón, el actual Schotts (Athene Tritogeneia). Un cuerno de cabra es también símbolo de la fértil naturaleza (*cornucopia*, cornu copiae, cuerno de la abundancia). En el mundo de los símbolos cristianos, la cabra no desempeña ningún gran papel y aparece ocasionalmente en cuadros del nacimiento de Cristo junto a la *oveja* como «muda criatura» que escucha piadosamente. En el «Bestiarium» medieval se dice que a la cabra le gusta escalar altas montañas, lo cual se interpreta alegóricamente: porque «como la cabra, también Cristo ama las altas montañas, que son los profetas y los apóstoles. En el Cantar de los Cantares se dice: "He aquí que mi pariente viene como una cabra, que salta sobre los montones, corre a través de las colinas y en los valles pace". Los penetrantes ojos de la cabra señalan asimismo hacia el Señor, que todo lo prevé y lo reconoce desde lejos» (Unterkircher).

Cabra montesa. Este animal de montaña, de cuernos curvos, ha sido relacionado en ocasiones con el dios de la *Luna*, por ejemplo, por los sudarábigos sabeos con el nombre de ta'lab. Como signo zodiacal (capricornio), se llamaba primeramente en el antiguo Oriente «pez-*cabra*», un animal acuático con forma de *pez* y con *cuernos*. Sólo más tarde, el décimo signo del zodíaco recibió su nombre actual (gr. aigokeros, lat. capricornus). El emperador Augusto mandó acuñar monedas con este su signo de nacimiento. Se le considera signo «*saturnino*» y se le atribuye el metal *plomo* y el *color negro*. El Sol lo recorre entre los días 21 de diciembre y el 19 de

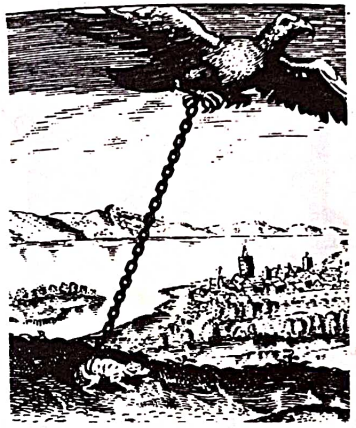
Cabra montesa, como ser alado de la tapa de un recipiente. Persia, hacia 350 a.C.

enero, por lo cual se le atribuye un aspecto positivo a causa del solsticio de invierno y de que los días se vuelven más largos. Sin embargo, en la era cristiana se miraba también con recelo a la cabra o al *«macho cabrío»* por la asociación de este animal con la figura del diablo, y se le atribuyeron cualidades astrológicas tales como error, engaño, avaricia y restricción, aunque por otra parte también conceptos como riqueza, discreción, concentración y fuerza mediante perseverancia. Como «signo de *tierra*», en el que Saturno tiene su «casa», rige las cualidades primarias de «seco» y «frío», correspondientes a los días invernales en los que gobierna su signo *estelar*.

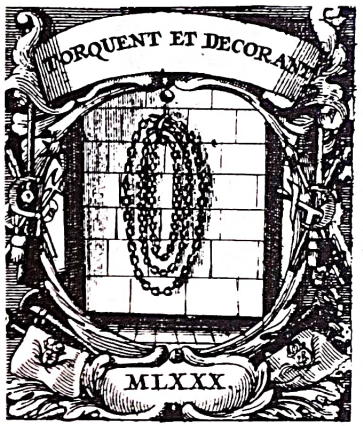
Cabra montesa, según E. Topsell, The History of Fourfooted Beasts, 1658

Cadena, ante todo es símbolo de encarcelamiento y esclavitud, o de haber sido vencido. Así, en la iconografía cristiana, a menudo se representa al *diablo* encadenado en el abismo, después del Juicio final al fin de los tiempos; pero también las cadenas que un día retuvieron preso a san Pedro se convierten en símbolo, en este caso de la liberación de la persona fiel mediante la intervención divina. Cadenas rotas son, en un contexto variado, símbolos de servidumbre vencida. Un sentido positivo posee la cadena de *oro* —lat. catena aurea— que, conforme a una antigua concepción, une el *cielo* y la *tierra* y representa en el neoplatonismo el principio primario con sus emanaciones. Macrobio (hacia 400 d.C.) lo formula así: «Puesto que el espíritu procede del Dios supremo y éste a su vez crea sucesivamente todas las cosas y las llena de vida... y puesto que todas las cosas siguen una tras otras en sucesión continua y descienden hasta lo más bajo de esta sucesión, el observador atento descubrirá una unión de las partes que va desde el Dios supremo hasta la hez ínfima, las cuales están unidas unas con otras sin interrupción. Ésta es la cadena

Cadena: vendedor de cadenas-amuletos. Hortus sanitatis, 1493



Cadena entre águila y sapo, emblema alquímico de la tensión entre «sólido» y «volátil». M. Maier, Symbola, 1617



Cadena: oprime y adorna al mismo tiempo. J. Boschius, 1702

dorada de Homero a la que Dios, según el poeta, ordenó que pendiese desde el cielo hacia la tierra». Una cadena de oro es, según Dionisio Areopagita (hacia 500 d.C.), la oración del cristiano, que con su luz salva el abismo entre criatura y Creador.

En el *simbolismo francmasónico* la «cadena fraternal» es expresión de unión y se hace presente mediante el darse la *mano* en círculo al final del trabajo de la logia. La asociación misma se entiende como cadena fraternal que abarca la tierra por encima de las fronteras. Ya en 1817 se informa de que el «enlace de la cadena» se menciona en rituales más antiguos, y el recién admitido cuando ve la *«luz»* ve a los hermanos «de pie en la cadena». En este sentido, el concepto simbólico de cadena se halla contenido frecuentemente en nombres de logias. Con respecto a la heráldica, Böckler (1688) ve la cadena como una multiplicación de los *eslabones*: «Los eslabones de la cadena cerrados unos en otros llevan la interpretación de una unidad constante y firme...».

Caduceo, vara de Mercurio, en griego karykeion o kerykeion, símbolo del dios *Mercurio* (griego Hermes), el heraldo de los dioses. Consiste en una vara alrededor de la cual se enroscan dos *serpientes* simétricamente, con las cabezas vueltas la una hacia la otra (véase *vara de Esculapio*). En ocasiones se representa el caduceo con un par de *alas* en su extremo superior. Parece ser que originariamente la vara de mensajero estaba adornada, en vez de con serpientes, solamente con cintas flotantes. La especulación simbológica en el sentido psicoanalítico ve también en el caduceo un falo (véase *lingam*), junto al cual se aparean dos serpientes. En realidad, zoológicamente se conoce un ritual de apareamiento de algunas especies de serpientes en cuyo transcurso los dos animales se yerguen como en una danza (por ejemplo, las cobras). En el simbolismo moderno, el caduceo es símbolo del complejo de ideas «comercio y tráfico». En el mundo de imágenes de la *alquimia*, las dos serpientes se interpretan como símbolos de las sustancias básicas *azufre* y *mercurio* en equilibrio, es decir, como un *sistema dual* de los prin-

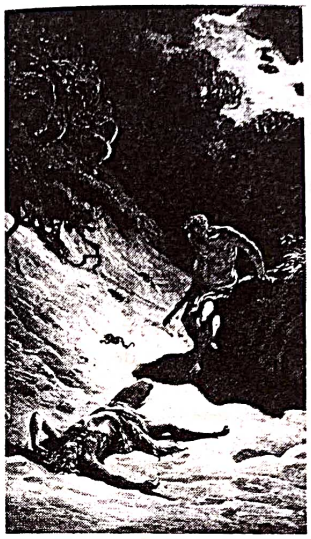
Caduceo y cornucopias, emblema del éxito comercial; V. Cartari, 1647

cipios de fugacidad y de combustión, en el que el mercurio fue representado también por el dios Mercurio mismo. Además de Hermes, también a *Iris*, la diosa de la aurora, se la representó con el caduceo, puesto que precedía inmediatamente al *sol* como una mensajera. El antiguo mito que explica el caduceo lo resume así G. S. Böckler (1688): el símbolo proviene de que Mercurio recibió de Apolo una vara. Cuando llegó con ella a Arcadia, «encontró dos serpientes que se estaban mordiendo; tiró la vara en medio de ellas y entonces hicieron las paces y por esto ha pasado a ser una señal de paz, lo cual no significa otra cosa sino que el veneno de la guerra se destruye con las buenas palabras apacibles. Otros comparan el caduceo con la dialéctica, la cual, con cabezas llenas de confusión, habrá decidido lo que es correcto y lo que no lo es».

Caín, figura bíblica simbólica del fratricida que ejecutó su mala acción porque se irritó por el desprecio que de su sacrificio le hizo el Dios creador, y mató a su hermano Abel, cuyo sacrificio aceptó Dios «con benevolencia» (sin que en el libro del Génesis se explique la causa de esta diversa valoración de los sacrificios).

Caín: Dios (mano) le pide cuentas de la muete de su hermano Abel. Detalle del bajorrelieve de la puerta de Bernward, Catedral de Hildesheim, hacia 1015

En el arte medieval, el fratricidio entre los hijos de *Adán y Eva* se toma a menudo como prototipo en el que Caín aparece como modelo del pueblo judío que mató al Redentor (prescindiendo del hecho de que éste mismo era judío). A Abel, en cambio, la víctima inocente, se le consideró prototipo de Cristo, «el buen pastor». Caín debe convertirse en un «fugitivo que va errante por la tierra» (véase *Ahasvero*), pero no se le puede dar muerte por venganza, porque la «señal de Caín» que Dios le puso le protege, y «al oriente del Edén» llega a ser patriarca de personas creativas, por ejemplo, de Tubalcaín, el primer «forjador de toda clase de utensilios de cobre y de hierro» (Génesis 4-22). En el texto gnóstico «Escrito secreto de Juan» (Hallazgo de Nag-Hammadi) se encuentra un mito simbólico que resulta extraño para la mentalidad cristiana. Según este mito,



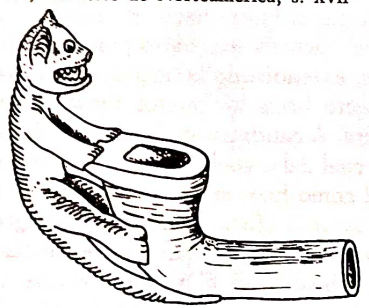
Caín, el asesino de su hermano Abel. G. Doré (1832-1883)

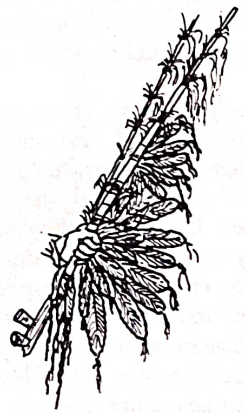
Adán engendró dos hijos: Jave, con aspecto de *oso*, y Eloim, con aspecto de *gato*. «Son aquellos que en las generaciones de todos los humanos se llaman Caín y Abel.» Sus nombres son los nombres de Dios del Antiguo Testamento, y se conoce a Eloim como el justo y a Jave como el injusto. Ellos gobiernan sobre los *cuatro elementos* de la materia: Eloim sobre el *fuego* y el *viento*, Jave sobre el *agua* y la *tierra*. Únicamente el hijo de Adán llamado Seth representa en sus descendientes la humanidad redimida, por lo cual a los gnósticos de esta tendencia se les conoció también como «sethianos». A Caín o «Jave cara de oso» se le considera regente de los elementos más pesados, más manchados de materia. En el misterioso culto de las brujas de «*Diana*», dícese que en el siglo pasado se conjuraba también al Caín carente de reposo: «Yo te conjuro, oh Caín, tú que nunca encontrarás el descanso y la paz hasta que seas liberado de la *luna*, que es tu prisión, yo te suplico, hazme saber mi destino». (Caín parece aquí imaginado como «hombre en la luna».)

Caja, recipiente que corresponde al arca latina (véase *arca*). La caja mística de Dionisos (véase *Baco*), era un recipiente de objetos simbólicos, del que, en las celebraciones de los misterios, salía una *serpiente*, y que algunos sacerdotes, denominados los cistóforos, transportaban. Era más bien un cesto que una caja de madera. La imagen religiosa de la Deméter (lat. Ceres) de los misterios de Eleusis se transmitió sentada sobre una arca. En la época romana, la «cista» se convirtió en un símbolo general de las religiones esotéricas de misterios.

Calumet, la «pipa sagrada» de los indios norteamericanos de alrededor del curso superior del Mississippi; en Europa se la denomina casi siempre «pipa de la paz», y «fumar juntos una pipa de la paz» («zusammen eine Friedenspfeife rauchen») es también en el ámbito de habla alemana una jocosa manera de referirse al cese de hostilidades (ya en la primera mitad del pasado siglo; luego sobre todo por los libros de Cooper y de Karl May se convirtió en una frase proverbial). En realidad, la pipa sagrada era un objeto ritual y simbólico, también un distintivo del mensajero como en

Calumet: tabaquera de arcilla con figura de oso, iroquesa, nordeste de Norteamérica, s. XVII





Calumet de los indios mandan, adornada con plumas. Según Catlin, 1839

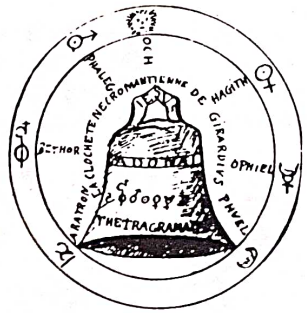
la antigüedad de Europa el *caduceo*. Unas *plumas blancas* adornando la pipa significan paz; *rojas*, en cambio, guerra. Por lo demás, frente al uso corriente del lenguaje, no toda pipa india para tabaco puede llamarse calumet en sentido propio. En el primer significado de la palabra, aparece el calumet a pares, un *sistema dual* (*cielo*-masculino frente a *tierra*-femenino). Ambas varas de plumas con tubo de pipa representaban juntas el ser simbólico del *águila*. En las ceremonias de bendición se las agitaba por encima de los deudos reunidos de las tribus de la pradera. En el acto ritual de fumar «se encendía el tabaco y se entregaba la pipa al que dirigía la palabra, el cual daba algunas chupadas y enseguida dirigía el humo hacia el cielo, la "madre" tierra y los cuatro puntos cardinales, extendiendo la boquilla del sagrado objeto hacia los puntos tomados como mira. A continuación hacía pasar la pipa, la cual daba vueltas entre los presentes, tal como hace el sol desde el este hacia el oeste... (Esta ceremonia) protegía al huésped que había participado en ella de toda hostilidad, al menos mientras estuviese en el campamento» (H. Hartmann, 1973). Todas las pipas sagradas eran objetos simbólicos sustraídos al uso cotidiano; la cabeza de la pipa consistía casi siempre en piedra de pipa (catlinita) tallada figurativamente. Parece ser que las tribus de la pradera adoptaron esta costumbre de los cultivadores sedentarios del maíz del este de Norteamérica. El tabaco (kinni-kinnik) se preparaba conforme a determinadas reglas y se mezclaba con hojas de sumach, uvas de oso y la corteza triturada de ciertos árboles. En retratos de jefes del siglo XIX los que aparecen representados suelen tener pipas sagradas en las manos.

Camello. Animal que por sus escasas exigencias hizo transitables para el hombre las estepas y los desiertos de Asia y del Norte de África; desempeña un doble papel en el simbolismo. No es extraño que se le considerara compendio de moderación y sobriedad y que san Agustín (354-430 d.C.) hiciese de él el símbolo del cristiano que transporta humildemente su carga. Sin embargo, debido a su fisonomía —que al hombre le parecía arrogante— muchas veces se le consideró símbolo de soberbia y testarudez. En la Edad Media, a causa de su capacidad de aceptar sólo cargas fáciles de transportar se le consideró símbolo de la facultad de discernimiento (discretio); el que no estaba familiarizado con este animal le convirtió en símbolo de la pereza. Se observó como positiva su propiedad de arrodillarse «obedientemente». En imágenes de los tres magos de Oriente (los «tres santos *reyes*») aparece el camello como animal de carga y a menudo personifica el continente de Asia. Como los santos Cosme y Damián habían de tener una tumba común, un camello empezó a hablar y apoyó este deseo; pero también el *diablo* se personificó en un

Camello, grabado en madera de la obra del Pseudo-Alberto Magno, Francfort, 1531

enorme camello para inquietar a san Macario. La palabra de Cristo acerca del camello que puede pasar por el ojo de una aguja más fácilmente que un rico pase por la puerta del cielo, se explicó hipotéticamente haciendo referencia a un posible defecto de traducción (en arameo, gamlá también significa cuerda), pero se trata más bien de una exageración paradójica oriental de la imagen de la imposibilidad. En el Talmud babilónico se usa análogamente la imagen de personas que realizan lo imposible: hacen «pasar un elefante por un ojo de aguja». En el simbolismo asiático, el camello no representa ningún gran papel. Entre otras cosas, se le muestra llorando alrededor de Gautama moribundo en compañía del búfalo, el *elefante* y el *tigre*.

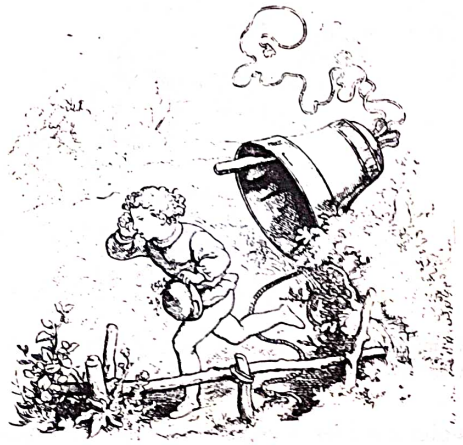
Campana. Las campanas eran en muchas culturas del Viejo Mundo tanto instrumentos musicales como utensilios de culto, cuyo sentido decíase que convocaba a los seres sobrenaturales como también a los humanos. Por ello asumían muchas veces el carácter de símbolos religiosos. En el Asia oriental las hacen sonar desde el exterior con un palo. En la antigua China se conocían muchas leyendas de campanas que, por ejemplo, podían



Campana: campana de conjuros mágicos. Manuscrito de hechicería francés, siglo XVIII

volar a través del aire a un lugar determinado (análogamente a como en la Europa central católica «volaban hacia Roma» las campanas que callaban durante el silencio del Viernes Santo) y según el tono de su sonido anunciaban suerte o desgracia. En carros suntuosos se colgaban campanillas y también en aves de adorno en el *jardín* para alegrar a las personas con su sonido. La palabra que significa campana (chung) es igual que la que significa «salir airoso de un examen», por lo que los cuadros con representaciones de campanas han de entenderse como simbólicos juegos de palabras en el sentido de un ascenso en la jerarquía de los funcionarios. En el Japón se conocen campanas de bronce (dotaku) desde aproximadamente el año

Campana: campana de mano (Ghanta), utensilio de culto lamaísta, Tíbet



Campana: ilustración de la balada de Goethe «Die wandelnde Glocke». Ludwig Richter (1803-1884)

300 d.C. Tales campanas penden a la entrada de los santuarios shintoístas y se hacen sonar con ayuda de una cuerda; los fieles ofrecen una pequeña moneda, baten palmas dos veces y pronuncian un deseo que debe cumplirse. En la época paleocristiana, en las catacumbas romanas se utilizaban campanas (frecuentemente de *plata*) para convocar al sacrificio de la misa. Se usaron campanas grandes primeramente en los conventos —se mencionan a partir del siglo VI—, y hasta finales de la Edad Media no se habla de la difícil fundición de campanas de muy gran tamaño. Muchas leyendas refieren que las campanas obligan a marcharse a seres sobrenaturales, por ejemplo, a los gnomos mediante su sonido o impiden al *diablo* llevarse un niño por él deseado; también se dice que tenían el poder de ahuyentar el mal tiempo (o sea, expulsar a las *brujas* del tiempo). También en la magia ritual (conjuro de demonios) las campanas desempeñan un papel. La balada de Goethe «La campana que anda» y la «Canción de la campana» de Schiller permiten intuir la importancia de las campanas tanto en la creencia popular como en el simbolismo. Como atributo de santo, una campana suspendida en un palo en forma de T (*cruz* en forma de tau) pertenece al santo egipcio del desierto san *Antonio* y sirvió para ahuyentar los demonios que le tentaban.

Candelero. En la Antigüedad, el importantísimo soporte de luces (cirios) para las horas de la noche, mientras no se utilizaban las lámparas de aceite, a menudo adornadas con símbolos. Los candelabros mismos recibieron valor simbólico, por ejemplo y sobre todo la Menorá, el candelabro de siete brazos del judaísmo, que se remonta a un precepto de Éxodo 25, 31s.: «Y tienes que hacer un candelabro de oro puro. De labor a martillo se ha de hacer el candelabro. Su base, sus brazos, sus copas, sus globos y sus flores han de proceder de él. Y seis brazos salen de sus costados, tres brazos del candelabro de un costado y tres brazos del candelabro del otro costado. Hay tres copas en forma de flores de almendro en uno de los juegos de brazos, con globos y flores de forma alternativa, y tres

Candelabro: la Menorá de siete brazos; relieve en piedra de la sinagoga de Priene, hacia 300 d.C. (Rollos de la Torá sobre el zócalo de tres pies)

Candelabro: encendiendo el candelabro del sábat. Grabado judío en madera, hacia 1680

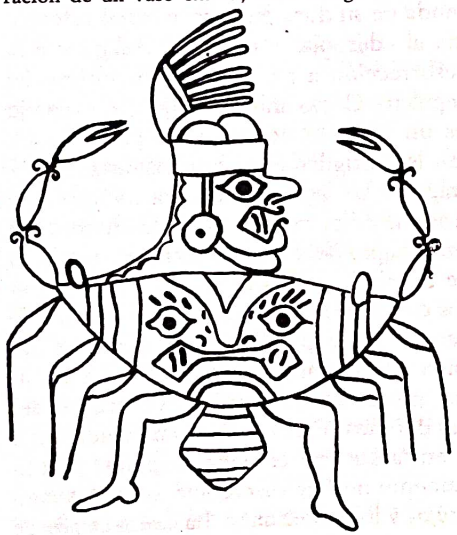
copas en forma de flores de almendro en el otro juego de brazos, con globos y flores en alternación. De esta manera sucede con los seis brazos que salen del candelabro. Y en el candelabro hay cuatro copas en forma de flores de almendro, con sus globos y flores dispuestos alternativamente. Y el globo debajo de dos brazos procede de él, y el globo debajo de los otros dos brazos procede de él, y el globo debajo de otros dos brazos procede de él, para los seis brazos que salen del candelabro. Sus globos y sus brazos proceden de él. Todo ello es una sola pieza de labor a martillo, de oro puro...». Originariamente había sobre los brazos del candelabro lámparas de aceite y posteriormente se utilizaron a menudo cirios de cera. La Menorá hace referencia probablemente, con sus atributos vegetales, a una especie de *árbol* cósmico conforme a prototipos babilónicos, y significa el número *siete* de los *planetas*. Se encontraba en el *templo* de *Jerusalén* y, tras la conquista por los romanos éstos lo robaron (relieve del Arco de Tito en el Foro Romano). En el arte medieval es con frecuencia emblema del judaísmo. «El candelabro es un árbol de luz, que se despliega en su más alto florecer. La luz irradia ascendiendo hasta Dios y todas las otras luces irradian hacia él para fundirse en él... Esto es la Menorá que, según la tradición, en tiempo de los heroicos Macabeos, ardió durante ocho días para la fiesta de la consagración del segundo Templo, aunque sólo se la alimentó con un jarrito de aceite, que se halló entero (De Vries, 1986). Los candelabros de la Janukka de los judíos presentan *ocho* cirios; el brazo central no lleva ninguna luz, sino frecuentemente una figura (por ejemplo, Judit con la cabeza de Holofernes). Un *noveno* brazo lleva el cirio «Sham(m)ash» (servidor de la luz), nombre que también dios *Sol* babilónico; con él se encienden los otros cirios. En el ámbito cristiano, el gran candelabro del Cirio de Pascua se configuró con especial suntuosidad, por ejemplo, el de la catedral de Hildesheim (del año 1015).

Cangrejo. Este animal articulado parecía muchas veces un portador de desgracia a causa de su caminar hacia atrás, pero también se empleaba en la magia de la *lluvia*. En el simbolismo cristiano, a causa de la muda de su dura piel, sirve como referencia al «despojarse del viejo *Adán*» y a la resurrección a partir de la envoltura del sepulcro. Como animal de *agua*, el cangrejo es un símbolo de las aguas primigenias. En la Antigüedad se lo consideraba enemigo de las *serpientes*, que ya comenzaban a sentir dolor cuando el *sol* se encontraba en el signo del cangrejo (cáncer); también se escribió que los *ciervos* comen cangrejos como antídoto contra la mordedura de serpientes, y que el agua en la que se habían puesto cangrejos durante una semana, protegían las siembras contra los seres dañinos. En el simbolismo tradicional y en la antigua creencia popular, prácticamente no hay diferencia entre los cangrejos y los camarones. La *constelación* de

Cangrejo, en realidad, un camarón. Imagen del signo zodiacal en el MS «Liber Astrologiae», hacia 1350

Cáncer (Cangrejo) pertenece al zodíaco, cuyo cuarto signo ha recibido de ella su nombre. El sol pasa por este signo entre los días 22 de junio y 22 de julio (signo de agua con «naturaleza femenina»). Aquí tiene su «casa» la *Luna*, el metal correspondiente es la *plata*, y la «piedra del mes» la *esmeralda*. Astrológicamente se relacionan con este signo conceptos como preñez, cárcel, bautismo y renacer, despertar de la conciencia y tendencia al encapsulamiento. Hipócrates (hacia 460-370 a.C), por razones que no se conocen con exactitud, designó unos tumores con la palabra griega que significa cangrejo, karkinos (lat. cancer), quizá según un demonio de la enfermedad de forma animal en la creencia popular. Según la leyenda griega de las estrellas, el cangrejo es un animal que trató de obstaculizar a Heracles en su lucha contra la hidra de Lerna, una *serpiente* monstruosa de *nueve cabezas*, atenazándolo en el talón. El héroe aplastó al cangrejo al que se colocó entre las estrellas en reconocimiento a su valor hasta la muerte.

Cangrejo: ser mixto de hombre y camarón, decoración de un vaso chimú, Perú antiguo



Caos. Puesto que la idea cristiana de una Creación únicamente por medio de la palabra divina a partir de la nada no resulta visualizable, generalmente se la sustituye simbológicamente por el concepto de un orden en el que se da una mezcla de los elementos en el comienzo de los tiempos, el «tohu wa bohu» bíblico, del cual surgió luego el cosmos ordenado y con sentido (en lat. la leyenda, «ordo ab chao» del rito escocés de la *francmasonería*). El estado caótico de la materia primigenia, aún no vitalizada por el espíritu creador, se ha representado a menudo gráficamente por medio de remolinos de nubes, aguas y corrientes de *fuego*; así, por ejemplo, en las obras del rosicruciano Robert Fludd (1574-1637). Otros sistemas de mitos colocan en este lugar un espumeante océano sin límites o, como los germanos nórdicos, el «abierto abismo» Ginnungagap. En la iconografía de la *alquimia*, el caos es una designación de la «materia prima» aún no ennoblecida. De la palabra caos dícese que derivó el concepto de «gas» el alquimista J. B. van Helmont (1579-1644). Como símbolo abstracto, la palabra caos significa todo lo desordenado y opuesto a la cultura, por ejemplo, una recaída en las condiciones anteriores al orden establecido por el Creador, encaminado hacia un fin.

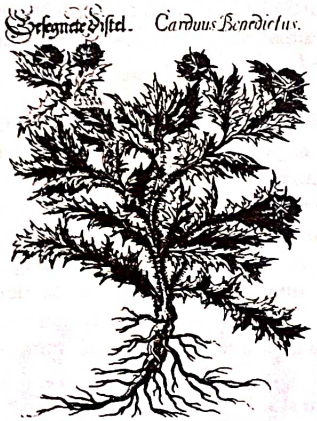
Caos: el caos de los elementos en el principio de la creación del mundo. R. Fludd, Utriusque Cosmi Historia, 1617

Caracol. Molusco conocido popularmente sobre todo por la lentitud con que se desplaza, que también recibió de la simbología por su concha construida armoniosamente en espiral. La observación de que los caracoles de viñedo se encierran en su concha con una cubierta de cal, pero que tras el frío invernal o el tiempo seco rompen esta cubierta y vuelven a salir, convirtió a estos animales en criaturas que simbolizan la resurrección de Cristo. Además, el transportar la propia casa se consideró también alegoría de sobriedad: el caracol es el animal que lleva consigo todas sus pertenencias. Hildegarda de Bingen se extendió sobre la acción medicinal de preparados de caracol (las conchas de caracol pulverizadas libran de lombrices; preparados de babosas actúan de un modo parecido a los de lombrices de tierra contra las úlceras). Los caracoles fueron designados con el nombre de *tortugas* (testudines).

Caracol, que «lleva consigo sus pertenencias». J. Boschius, 1702

Cardo, una planta que actualmente sólo se relaciona con el «carácter arisco». En épocas anteriores, diversas especies de cardo se apreciaban enormemente a causa de los medicamentos que se elaboraban a partir de ellas y también por su simbolismo,

Cardo, cobre emblemático de W. H. Barón de Hohberg, 1675

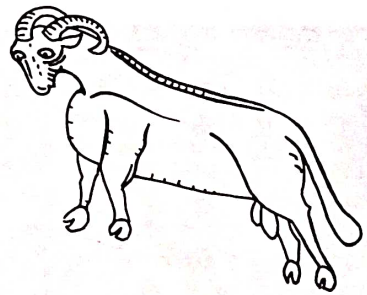


experimentado de maneras diversas. En la Antigüedad se decía que el cardo podía anular malos presagios y expulsar a los poderes demoníacos. Aunque de ordinario sólo lo comen los *asnos*, puede también servir de alimento a las personas; si lo come una mujer embarazada, dará a luz un niño varón. La especie de cardo denominada «Centum capita» despierta amor irresistible en el otro sexo (afirmación que se atribuye a Pitágoras). Dado que los cardos cortados no pierden su forma, sirven como símbolo de constancia y longevidad (China). En el Occidente cristiano, esta planta espinosa evocaba los sufrimientos de Cristo y de los mártires, particularmente la cardencha («cuanto más daño se le hace, más crece»). El cardo mariano o lechero, de motas *blancas*, recordaba la *leche* materna de María y se consideraba como un remedio. Las imágenes de los mártires aparecen a menudo rodeadas por ramitas de cardo. El cardo llamado Cnicus benedictus es una antigua planta medicinal que se utilizó en padecimientos internos. Sobre ella escribió W. H. von Hohberg en 1675 versos ramplones simbólico-edificantes: «El cardobenedict es amargo; en la boca es desagradable, pero es saludable en el estómago. Por esto suena duro al oído su nombre, pero aporta a las almas salud y vida». (Véase *lenguaje de las flores*.)

Caridad, figura que simboliza el solícito amor al prójimo, una de las tres *virtudes* cristianas personificadas (junto con la fe y la esperanza). Se la representa como una mujer hermosa en medio de una multitud de niños. También la imagen de Pera, una doncella romana, se designa como «Caridad humana». Al parecer, visitaba a su anciano padre, Cimón, en la cárcel y le daba el pecho para impedir que desfalleciese de hambre y de sed.

Carnero. El carnero (aries), el macho de la *oveja*, marca en el simbolismo celeste de la astrología el comienzo del zodíaco (véase *estrellas*). En el orden mesopotámico de los signos zodiacales, este sector del cielo tenía el nombre de «el Jornalero». La leyenda astrológica griega describe el carnero como aquel animal que en otro tiempo llevaba el «vellocino de oro» y que sobre su lomo transportó a los príncipes Phrixos y Helle por encima del mar hacia el país de Cólquida. En recompensa fue puesto entre las estrellas, pero su dorada piel permaneció en el país de los colquios, por lo cual la constelación en el cielo brilla sólo débilmente. Los astrólogos agrupan al carnero (aries) junto con el *arquero* (sagitario) y el *león* (leo) entre los signos de *fuego*; *Marte* tiene en él su «casa diurna», y por ello su color correspondiente es el *rojo* y su metal el acero. Su piedra del mes es la *amatista*. Se dice que los nacidos bajo su signo, entre el 21 de marzo y el 20 de abril, según la tradición, se distinguen por cualidades que se relacionan con conceptos como inclinación a la lucha, espíritu de contradicción, derroche de amor y energía y aspiración al progreso. En el pueblo de los yoruba, del África Occidental, el carnero es símbolo y atributo del dios del trueno Schan-

Carnero: «carnero solar» y ser humano en actitud de oración. Imagen rupestre del Fezzan, Norte de África

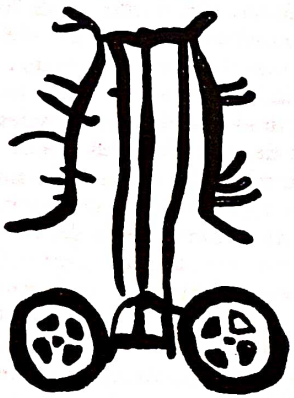


Carnero: mosaico paleocristiano del Norte de África (Rusguniae)

go, el portador del *hacha*, y el *trueno* se interpreta como un ensordecedor balido de carnero. También el dios germánico de las tormentas Thor (en germánico meridional Donar), el que agita el *martillo*, se relaciona con el carnero, y también el dios egipcio Chnum; en época posterior tenemos a «*Júpiter* Ammón» con cuernos de carnero y el griego Hermes aparece en ocasiones representado como «Kriophoros» (portador del carnero) y dios pastor. Con respecto al simbolismo de la psicología profunda, según E. Aeppli, el carnero —comparado con el *toro*— es «un símbolo salvaje de las fuerzas creadoras de la naturaleza, pero vinculado a problemas del espíritu» y por ello contiene menos la signatura de la vitalidad destructiva, elementa. En la Biblia el carnero es también el sustitutivo de un sacrificio humano que el patriarca *Abraham* estaba dispuesto a realizar en su hijo Isaac. «Rabbi Hanina ben Dosa cuenta que del animal no queda ningún resto que no sea aprovechado. La ceniza (¿brasas?) era parte integrante del fuego que ardía en el altar interior del templo. El carnero tenía diez tendones, por ello el arpa en la que *David* tocaba tenía diez cuerdas. De la piel se hizo el cinturón de Elías. En cuanto a los dos cuernos del carnero, en el izquierdo sopló el Señor en el monte Sinaí, tal como se dice: el sonido de la *trompeta* se hace cada vez más fuerte [trompeta se refiere al instrumento de viento shofar, hecho del cuerno del carnero]. Pero el derecho se hizo más grande que el izquierdo y en éste soplará un día el Señor cuando vaya a reunir a los dispersos del exilio, de lo cual está escrito: en aquel tiempo se hará sonar una gran trompeta.» Véase *macho cabrío*.

Carros. Desde la invención de la *rueda*, los carros suelen ser en las más antiguas civilizaciones atributo de divinidades que se presentan majestuosas, primordialmente de dioses del *Sol* (Helios/Apolo, Zeus, pero también de diosas como Cibeles y Freya) y dioses del trueno (Thor/Donar, el fragor de un carro que rueda por un terreno escabroso recuerda el retumbar del *trueno*). El camino del *Sol* a través de la bóveda *celeste* se ha relacionado a menudo con la rueda y el carro, como lo indica, por ejemplo, el germánico «carro solar de Trundholm». Un «carro de fuego» arrebata al profeta Elías hacia el *cielo*: en la visión de Ezequiel desempeñan un papel importante unas ruedas que giran. Carros sagrados hacen referencia a viajes triun-

Carros: imagen rupestre de la edad del bronce septentrional (Frännarp, Suecia)



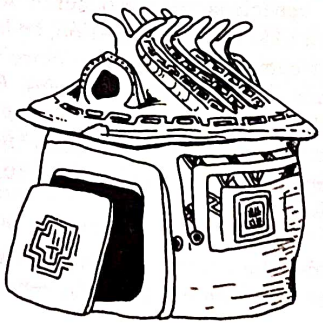
Carros: la diosa Ceres en el carro tirado por serpientes, V. Cartari, 1647

Carro del dios del Sol en estilización barroca. J. Boschius, 1702

fales simbólico-míticos de divinidades a través de los países, como por ejemplo, el «carro sagrado de Strettweg» de la edad del bronce, con una figura femenina alta, con una copa en la mano, en el centro. En tales carros dioses de la vegetación y de la fertilidad podían, por ejemplo, visitar y bendecir los campos, como la diosa Nerthus, mencionada por Tácito, una madre *tierra* de los germanos nórdicos, la cual aparece sentada en un carro sagrado tirado por *vacas*. Un carro *naval* (carrus navalis) desempeñaba un papel en el culto de Isis de la Antigüedad tardía. Los animales de tiro de carros de dioses reflejan el carácter de estos dioses; las *águilas* tiran el carro de Zeus, las *palomas* o *cisnes*, el de Afrodita, los *machos cabríos* salvajes, el de Donar. De la misma manera, en un cuadro de Tiziano aparece el carro triunfal de Cristo tirado por los cuatro seres simbólicos de los *evangelistas* (*águila*, *toro*, *león*, hombre). La rueda como símbolo solar se reproduce frecuentemente por medio de una cruz de rueda, mediante un *círculo* con una *cruz* dentro. El cochero se consideraba ya en la Antigüedad la figura simbólica de una vida gobernada, guiada por la razón. El escritor bizantino Dionisio Areopagita interpreta así los carros de la visión bíblica de Ezequiel: «Significan la igualdad que une a los seres del mismo orden». El hecho de que entre las constelaciones *boreales* se conozca a la «Ursa Maior» como «Gran Carro» se relaciona seguramente con el símbolo del viaje cósmico de los astros y dioses en vehículos sagrados.

Casa. Desde el final del nomadismo de cazadores de la época glacial, la casa es el símbolo del medio existencial para los hombres que se volvieron sedentarios, construida casi siempre según reglas de orientación cósmica, con cuya ayuda se determina el lugar (como en la fundación de ciudades). Las casas más antiguas conocidas en el sentido actual de viviendas fijas y permanentes fueron excavadas en Jericó (véase *siete*) y Çatal Hüyük (meseta anatólica) y proceden de la época que oscila alrededor del 6500 a.C., es decir, de una época muy anterior a la aparición de las culturas urbanas propiamente dichas, y también antes del desarrollo de la verdadera ganadería y de la agricultura como tales. La casa fue el punto de cristalización en el desarrollo de los diversos logros civilizadores, símbolo del hombre mismo que ha encontrado su puesto duradero en el cosmos. Ya antes de la invención de la alfarería se originaron en este espacio del próximo Oriente auténticas casas de adobes secados al aire, en Çatal Hüyük, con lugares para el culto y para sepulturas (bajo el suelo). En el uso del lenguaje, «casa» se encuentra a menudo para «persona» (una buena casa, una docta casa) y su procedencia («de buena casa») o para un grupo de descendencia (casa de Habsburgo, casa de Rothshild); la iglesia es la «casa de Dios» (véase *torre*); la tumba es la «última» o «eterna casa» o morada (lat. domus aeterna) hasta el Juicio final (*fin del mundo*). En culturas extrañas es la casa también punto de encuentro para deliberaciones comunes, fiestas y ritos, como la casa de los hombres en asociaciones rituales y clases de edades (tambaran en Nueva Guinea) o la casa larga como símbolo de la liga de tribus iroquesas, donde la forma de la casa se convirtió en el centro de la asociación (Hodenosyauné, Gente de la casa larga) y en distintivo de la alianza. Para el psicólogo profundo, la casa es un símbolo importante, por ejemplo, en el sueño: «Sueños importantes hablan de la casa sin más... Lo que ocurre «en la casa», ocurre dentro de nosotros. Nosotros mismos somos a menudo la casa. Se sabe ciertamente que la psicología freudiana ha atribuido la casa simbólica a la mujer, a la madre, en un sentido sexual o «de nacimiento». También hay en la esencia de la casa más elemento femenino-maternal que masculino. No obstante, todo soñador puede ser él mismo la casa bien ordenada, la descuidada, la vieja o la renovada de su sueño» (E. Aeppli).

Casa: urna cineraria de terracota como simbólica casa de los muertos. Etrusca, hacia 780 a.C.



Casamiento. La ceremonia del casamiento va acompañada en todo el mundo de actos simbólicos y muchas veces se concibe como contraimagen de uniones ideales de diversos elementos cósmicos (véase *bodas*). Se trata casi siempre de efectuar claramente un anuncio a todo el grupo social de que se ha contraído el nuevo estado que viene a sustituir el de hombres jóvenes y de *vírgenes* y que conduce a la adopción, reconocida pública y jurídicamente, de nuevos deberes y derechos. Especialmente en sociedades monógamas, el matrimonio se considera solemnemente un vínculo indisoluble con fuerza de ley, considerándose con gran frecuencia la novia como persona principal de la pareja y que encuentra especial atención en el uso simbólico. Esto ha hallado su expresión en los vestidos suntuosos, adornos, velos y *coronas*, al lado de lo cual generalmente aparecen más modestas las galas del novio. El intercambio de los *anillos* hace referencia al símbolo del *círculo*, que no tiene comienzo ni fin y con ello alude también al dicho de que los matrimonios «se conciertan en el *cielo*» (ya están predeterminados desde el nacimiento). Esto corresponde no sólo a la concepción europea, sino que también se entendía así en la antigua China. Allí era el «anciano de la *Luna*» el que de noche ataba juntas con un invisible hilo mágico *rojo* las piernas de niños y niñas recién nacidos, lo cual tenía como consecuencia que al crecer am-

Casamiento de Gabricius y Beia, imagen de un emblema alquímico. M. Maier, Symbola, 1618

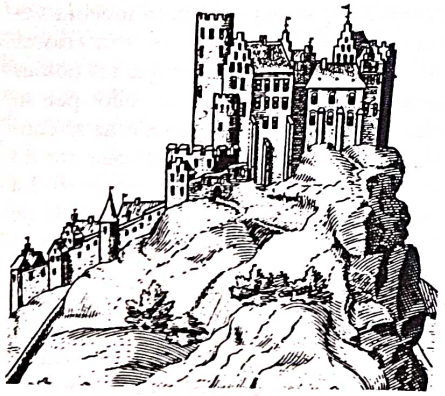
bas personas se sintieran atraídas por un fuerte lazo y finalmente se casaran. Costumbres modernas en la celebración del matrimonio, como por ejemplo arrojar a la pareja de novios granos de *arroz* (símbolo de fertilidad), son, como los mismos granos, de origen asiático y sin tradición en Occidente. En sociedades polígamas, los casamientos suelen celebrarse con menos pompa. Allí donde se exigía la continencia prematrimonial, muchas veces la virginidad de la novia debía documentarse después de la «noche de la primera cohabitación» y de la «consumación del matrimonio» con la exhibición pública de la sábana manchada de *sangre* (véase *zapatilla, sombrero*).

Casandra, figura trágica femenina del mito griego, hija del *rey* troyano Príamo y de su esposa Hécuba. Como vidente y sacerdotisa de Apolo, veneraba al dios del oráculo, el cual le otorgó el don de la predicción y esperaba hacer de ella su amada. Casandra aceptó el don, pero se mostró fría y desabrida, y Apolo, decepcionado, unió aquel don con la condición siguiente: Casandra predeciría ciertamente el futuro, pero nadie la creería. Ni su advertencia ante París niño, de que acarrearía la desgracia sobre Troya, ni posteriormente, antes de partir para Esparta y tampoco, al final, su predicción de la ruina que causaría el *caballo* de madera de los griegos; nada de esto fue tomado en serio; Troya cayó, Casandra fue llevada como esclava a Micenas y allí fue asesinada poco después. En las proximidades de Amiclae, lugar de su sepultura, se la veneró en un templo bajo el nombre de Alexandra. Los «gritos de Casandra» se han convertido proverbialmente en expresión de algo que suena sin ser escuchado, pero que designa advertencias justificadas.

Casanova, en el uso actual del lenguaje, figura simbólica del seductor de mujeres, vanidoso y hambriento de vida, que rehúye la capacidad de entrar en una relación duradera y satisfactoria y busca constantemente nuevas aventuras eróticas. Giacomo Girolamo Casanova, Chevalier de Seingalt, 1725-1798, era un «galante» estafador y charlatán que se jactaba de conocimientos alquímicos y cabalísticos, poseía talento diplomático y superaba a la mayoría de sus contemporáneos en ingenio e inteligencia. En sus memorias, junto a la mención de relaciones efímeras con unas 200 mujeres, destaca la descripción de su fuga de la cárcel llamada los Plomos de la Inquisición veneciana, supuestamente segura contra todo intento de evasión, en la que debía cumplir una pena de cinco años a causa de unos escritos impíos. Casanova pasó los últimos años de su vida como bibliotecario en el Palacio Dux de Bohemia, donde escribió también sus memorias.

Castillo. La contemplación de una fortaleza en el sentido simbólico es un fe-

Castillo: fortaleza junto a la playa, asaltada y defendida por las olas. J. Boschius, 1702

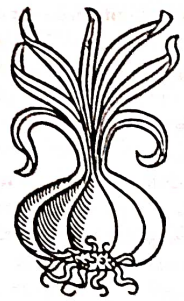


Castillo: el castillo de Segeberg en Holstein. Braun-Hogenberg, 1617

nómeno especialmente occidental («Un fuerte castillo es nuestro Dios», Lutero). Ya en el Antiguo Testamento hay esta comparación: «El Señor es mi ayuda y mi castillo, mi protección y mi salvador» (Salmo 144, 2). Debido a la situación insegura de Palestina por guerras e invasiones de todas clases, se comprende que el hombre anhelase un seguro refugio y lo encontrase en la confianza en Dios. También la fe cristiana, según san Juan Crisóstomo, debe proteger como un baluarte con muros y torres contra las asechanzas del *diablo*. Ocasionalmente se describe también la «Jerusalén celestial» como prototipo de un castillo, que ya ahora protege al creyente. Como antítesis pudo también dotarse visionariamente al reino de los infiernos de un castillo de Satán que arde en un *fuego* interno o que lo envuelve. Auténticos castillos sobre *montañas*, correspondiendo realmente a la concepción visual europea, son las fortalezas conventuales del Himalaya, como el famoso Potala de Lhasa, en el Tíbet. Por lo demás, en el tiempo de las incursiones turcas en el sudeste de la Europa central, muchas iglesias se construyeron rodeadas de muros y se convirtieron en iglesias defensivas, con lo cual el símbolo tradicional del castillo de Dios se hizo temporalmente realidad. En *heráldica*, no es raro que el «castillo» se reproduzca como blasón en forma muy simplificada, de frente, con torres y puerta, por ejemplo, para documentar la gran fortificación de algunas ciudades.

Cebolla (Allium cepa). Ya en el antiguo Egipto figuraba la cebolla entre los alimentos populares y se la menciona frecuentemente también en la antigua Grecia (Homero, Aristófanes). En épocas posteriores, a los puerros, ajos y cebollas, por su olor

Cebolla del «Hortus Sanitatis», J. Meydenbach, 1491



penetrante, se los consideró muchas veces habituales entre las capas inferiores de la población, mientras que los nobles se apartaban indignados de ellos por su olor vulgar (en la época moderna se consideró precisamente que este olor era un eficaz medio repelente de vampiros). La medicina popular hizo un uso variado de la cebolla como remedio casero contra la impotencia, la hidropesía, los trastornos digestivos, el catarro, el escorbuto, la caída del cabello y molestias parecidas. En general, la cebolla se considera símbolo del ser superficialmente despreciado que alude a los agobios de la vida pero que, no obstante, es muy útil.

Cedro, según W. H. Barón de Hohberg, 1675

Cedro (gr. kedros, lat. cedrus), *árbol* de los países mediterráneos, perteneciente a las coníferas, y apreciado como el *ciprés* por su resistencia, que ya en las primeras épocas de la historia de Egipto se exportaba desde el Líbano al país pobre en madera de las orillas del Nilo. Su madera era apreciada también por el olor aromático de la resina y se utilizaba en Egipto para la construcción de barcos, muebles, sarcófagos de momias y utensilios. El rey *Salomón* empleó madera de cedro en la construcción del *Templo* de *Jerusalén*. «Florecerá el justo como la palma, crecerá como el cedro del Líbano», se dice en el Salmo 92, 13. El padre de la Iglesia Orígenes de Alejandría (185-254 d.C.) formuló la aplicación simbólico-moral del concepto de durabilidad: «El cedro no se pudre. El hacer de madera de cedro los postes de nuestras casas, quiere decir preservar el alma de la corrupción». El patriarca Cirilo de Alejandría (412-444) comparaba la madera de cedro con la carne de Cristo, que permaneció incorrupta. Solamente la ira de Dios es más fuerte que el cedro: «La voz del Señor rompe los cedros, troncha los cedros del Líbano» (Salma 29, 2). Sin embargo, W. H. Barón de Hohberg (1675) hace resaltar la cualidad de la durabilidad: «El templo de Salomón fue construido con cedros, / porque este árbol ve muchos años sin rotura ni carcoma. / Cuando Dios viene a bendecir con paz lo que es suyo, / a su propiedad no puede afectarle pérdida ni desgracia alguna». Desgraciadamente, el árbol heráldico de la desdichada república del Líbano está en la naturaleza de aquel país casi extinguido por completo.

Ceguera. La ceguera es, por un lado símbolo de la ignorancia y la ofuscación, y por otro también de la imparcialidad y del estar entregado resignadamente al destino, así como del desprecio del mundo exterior frente a la «*luz* interior». Por esta razón, en la antigua Grecia se representó ciegos a profetas (Tiresias) y poetas (Homero) y suele decirse con respecto a ello que los ciegos habían contemplado secretos reservados a los dioses. En la antigua Roma se representó con frecuencia a *Amor* (Cupido) con los *ojos* vendados, como símbolo del amor terrenal que desprecia toda razón. Cuando, según los evangelios, Jesús devolvió la vista a ciegos, esto se consideró en el cristianismo primitivo como símbolo de la iluminación espiritual por medio de la doctrina de la salvación. Isidoro de Sevilla (570-636 d.C.) concebía la caída en el pecado de nuestros primeros padres como un oscurecimiento cegador del mundo, que sólo se remedió mediante la aparición de Cristo. Por consiguiente, en la Edad Media se representó a la «sinagoga», personificación del judaísmo, con los ojos vendados, porque rehusaba ver la *luz* de la salvación. Con ojos vendados se representó también a la diosa *Fortuna* y también a la *justicia*, que sopesa (*balanza*) las decisiones «sin mirar a la persona», sin hacer acepción de personas. En el ritual de recepción de los *francmasones*, el quitar la venda de los ojos al entrar en la «luz», desempeña un papel importante como símbolo profundamente sentido de la superación de la cautividad en la invidencia de valores superiores. «Hasta el año 1763 no se vendaron en Hamburgo los ojos a los que buscaban. Goethe rehusó dejar que se los vendasen, y prometió sólo que no los abriría durante el ritual de recepción, lo cual le fue concedido» (Lennhoff-Posner).

Ceguera: escultura gótica, portal meridional de la catedral de Estrasburgo («sinagoga»)

Ceniza. Aquello que queda cuando el *fuego* lo ha consumido todo contiene, según la idea de muchas culturas antiguas, en forma concentrada, las fuerzas de lo quemado; pero, por otra parte, es también símbolo de lo perecedero de toda forma terrestre. Como residuo limpiado y enfriado de un incendio, es la ceniza también símbolo de la muerte, de la materia que se desintegra como polvo. En rituales que tienen que ver con la muerte y el renacer —por ejemplo, en fiestas del paso de la pubertad a la madurez viril en pueblos carentes de escritura—, a los candidatos muchas veces se les espolvorea con ceniza para darles un aspecto espectral. La ceniza marca aquí un «rito de transición» («rite de passage»). En el ámbito cultural del Mediterráneo se conoce la ceniza como símbolo de la muerte, de purificación y de pensamientos que giran en torno a lo efímero de la vida terrena. Expresión de duelo era, entre egipcios y griegos, sentarse en la ceniza o revolcarse en ella (algo parecido se puede afirmar de árabes y judíos). Por otra parte, se atribuía una virtud limpiadora a la ceniza de animales sacrificados ritualmente (probablemente como consecuencia de la observación de que la lejía de ceniza tiene efecto detergente). La ceniza del político Solón fue esparcida sobre la isla de Salamina para unir esta isla permanentemente con Atenas. En cambio, la ceniza de *brujas* a menudo se esparcía en agua corriente para exterminar consecuentemente todo vestigio de tierra e impedir una reaparición sobrenatural. La ceniza no es solamente un símbolo de humildad («andar en saco y ceniza»), duelo y arrepentimiento («*cruz* de ceniza» sobre la frente del fiel católico el miércoles de ceniza), sino también de esperanza de una nueva vida: el *fénix* es purificado por el fuego y sale rejuvenecido de la ceniza. Según doctrinas rosicrucianas, a partir de esta materia semejante a

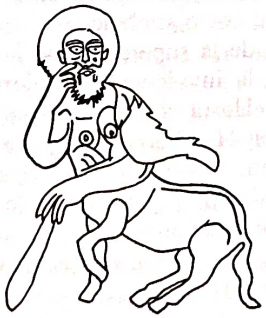
polvo puede reconstruirse la imagen de aparición de flores quemadas y reducidas a ceniza.

Centauros, seres mixtos, formados por un cuerpo de *caballo* y un tronco humano (masculino) en lugar de cuello. Desde la Antigüedad griega, los centauros han sido criaturas simbólicas escindidas. Su origen se interpreta como imagen de recuerdo de la primera aparición de pueblos de jinetes de las estepas surasiáticas ante los cuales se aterraron los habitantes sedentarios de los países mediterráneos (de forma análoga interpretaron los indios centroamericanos la aparición de los jinetes españoles conquistadores, a quienes tomaron de momento por seres mixtos de animal y humano). Los centauros, también llamados hipocentauros, se representaron a menudo en la Hélade como adversarios de la tribu humana de los lapitas, un pueblo de las montañas de Tesalia de los cuales habían tratado los hombres-caballos de raptar a sus mujeres en estado de embriaguez (véase *hombres salvajes*). En relación con esto, se les consideró simbólicamente encarnaciones de la animalidad, de la ruda fuerza de la naturaleza y de los instintos, puesto que los componentes humanos sólo dominan la naturaleza de manera imperfecta. En el «Physiologus», de la antigüedad tardía, el centauro es símbolo del hereje, el cual ciertamente conoce las enseñanzas del cristianismo, pero no las aplica correctamente y por ello se encuentra internamente dividido. En la iconografía medieval, el centauro es la contraimagen del noble *caballero*, porque no ha superado su naturaleza animal y a menudo es también la personificación del vicio de la soberbia.

En oposición a ello, a algunos centauros en la Antigüedad se les atribuyeron también cualidades positivas, sobre todo a causa de su relación con la naturaleza. Héroes como Jasón y Aquiles fueron en su juventud alumnos del sabio centauro Quirón, que les familiarizó con las hierbas medicinales. La hierba llamada centáurea debe su nombre a aquel centauro bienhechor, a quien Heracles alcanzó con una *flecha* envenenada debido a una distracción, renunció a su inmortalidad en favor de Prometeo y al que puso finalmente en el *cielo* como la constelación de Sagitario. Un linaje griego de médicos remontaba su ascendencia a este noble centauro. En el simbolismo astrológico, el noveno signo zodiacal sagitario se representa como un centauro arquero

Centauros: lucha de centauros y lapitas. Friso del Partenón, Atenas, hacia 445 a.C.

Centauros: el ser mixto en un mosaico de pavimento del siglo v d.C., Palestina

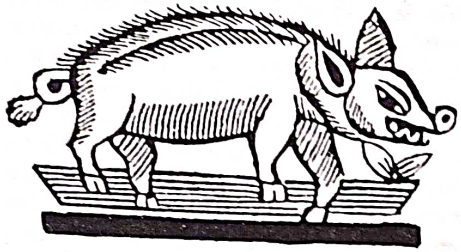


Centauros: minotauro en figura de centauro luchando con Teseo. En «Vitae virorum illustrium» de Plutarco, Venecia, 1496

(véase *estrellas*), un «signo de *fuego*» que se dice que otorga a sus nativos cualidades tales como conciencia de propósito, combatividad, viveza y aspiración a la luz, fuerza y poder.

Cerdo. Este animal, que entre nosotros se concibe primordialmente como símbolo de suciedad, en culturas antiguas fue quizá un símbolo de fertilidad y prosperidad. En la Malta neolítica aparece representada una cerda amamantando a trece cochinillos, y la diosa nortegermánica Freya llevaba el sobrenombre de Syr (Cerda); y entre los celtas, la «Vieja Blanca» Ceridwen era una diosa cerda y el héroe Manannan tenía un cerdo como atributo. En los misterios griegos de Eleusis era el cerdo un animal sagrado de la diosa Deméter. En la isla canaria de Hierro, entre los primitivos habitantes prehispánicos, un cerdo era un mediador ante la divinidad, a la que se pedía la *lluvia*, mientras que en la antigua China el cerdo era el último de los 12 signos del zodíaco y simbolizaba el «vigor viril». En el antiguo Egipto, la cerda que devora sus cochinillos era un símbolo de la diosa Nut, la diosa del cielo, cuyos hijos —las *estrellas*— por la mañana desaparecen, pero por la noche vuelven a nacer. Por ello había amuletos en figura de cerdo, aunque por lo demás el cerdo estaba asociado al séquito de Seth (Sutech), el matador de Osiris. Aunque se consumía y se le consideraba animal doméstico, era tenido por impuro, no de forma consecuente como entre los judíos o en el Islam. Generalmente se indica como causa para ello la triquinosis, pero probablemente se trata también de una diferenciación consciente de los pueblos «paganos», en los cuales el cerdo simboliza fertilidad y riqueza y solía ser sacrificado y comido. En la iconografía cristiana se representa a menudo el exorcismo de Jesús, que sacó los demonios de los cuerpos de unos poseídos y los hizo entrar en una manada de cerdos que a continuación se precipitaron al mar. El cerdo es símbolo de voracidad e ignorancia y también imagen burlesca del judaísmo (la «sinagoga» es a menudo representada montada sobre un cerdo). En el sentido positivo, la cerda era un atributo del ermitaño san Antonio, porque se consideraba que su grasa era un remedio contra la enfermedad llamada «fuego de san Antonio».

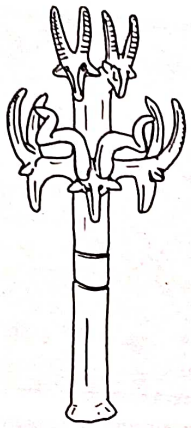
El cerdo, como símbolo de buena suerte (por ejemplo, en Año Nuevo), se remonta probablemente a la antigua costumbre de entregar un cerdo en las competiciones (como en fiestas de tiro al blanco) al que quedaba en último lugar, como premio de burla o de consolación. La figura del *jabalí* tiene otro contenido simbólico diferente. El psicólogo profundo Aeppli hace referencia al hecho de que no solamente la anatomía del cerdo se parece a la del hombre más que la de la mayoría de los otros mamíferos, sino también a que «el inconsciente humano afirma claramente al cerdo». Como símbolo onírico se le concibe un signo afortunado. «Una ojeada



Cerdo como símbolo de la buena suerte en el juego. Grabado en madera de una baraja de naipes, 1660

a una pocilga con cochinillos demuestra que la cerda es una *madre* diligente y cariñosa... Un rayo de luz sobre esta radiante y serena maternidad se proyecta todavía hoy en el *sueño* que tiene por objeto este animal...» La alta valoración que se concedía a este animal doméstico antes del cristianismo y que se halla en oposición a la mayoría de los aspectos de la iconografía cristiana se comprende sin dificultad en vista de esta declaración basada en una abundante experiencia psicoterapéutica.

Cetro, insignia del poder del *rey* o del *emperador* que en las ceremonias sostiene el soberano en la mano, como en el caso del globo imperial. Grados previos tipológicos del cetro son o bien el báculo pastoral o bien la vara de dignatario, ramas o clavas rituales. En Europa, el cetro lleva un botón esférico, la sphaira, como símbolo del poder abarcador. En el lamaísmo, la «piedra del *rayo*» (sánscrito, vajra; tibetano, dorje) se designa también como cetro de *diamante* y como «símbolo de la sabiduría indestructible». En la región meridional de los mayas de la América Central se conocía una peculiar forma del cetro, el «cetro del hombrecillo», que muestra en el extremo superior una grotesca figura de ídolo con una larga nariz, como trompa



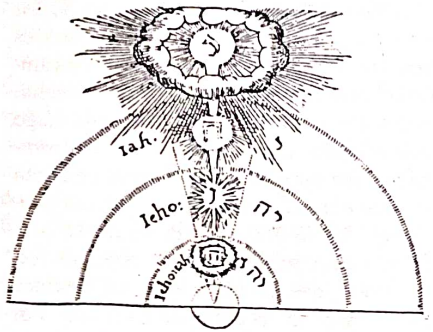
Cetro con cabezas de macho cabrío. Bronce, Nahal Mishmar junto al mar Muerto, hacia 3200 a.C.

de elefante, probablemente una estatuilla de Chac, el dios de la *lluvia*. No es raro que el extremo inferior de este cetro maya termine en cuerpo y cabeza de serpiente. En la iconografía cristiana, soberanos que han sido declarados santos llevan el cetro como atributo (por ejemplo, Carlomagno, Esteban de Hungría, Enrique II, Luis el Santo, Segismundo). En la Pasión de Cristo, pusieron en la

Cetro con anillo, corona y diamante. W. H. Barón de Hohberg, 1675

mano del Salvador una caña como cetro de burla (como la corona de *espinas*), tal como se representa en los cuadros del «Ecce Homo». En la China, el cetro (ju-i) no era insignia de soberano, sino una vara de dignatario con el significado verbal de «como se desea»; se tallaba en *jade* y se regalaba a hombres ancianos honorables o en fiestas de bodas tradicionales, así como a la familia de la novia. En composiciones de cuadros expresa el deseo de éxito.

Cielo. En la mayoría de las lenguas, el cielo designa la región de las *nubes* y de las estrellas y al mismo tiempo también la morada de los dioses o de Dios y de sus «ejércitos celestiales», y, con ello, también el lugar de residencia de los humanos difuntos por ellos elegidos. El concepto mezcla por ello observaciones y especulaciones meteorológicas, astronómico-astrológicas y teológicas con ideas sobre el origen del cosmos. Mitos de la creación nos hablan en muchas culturas antiguas de una unidad, remota en el tiempo, de *cielo* y *tierra*, en forma de una mezcla como *caos* o en forma de unión sexual de mujer celeste con hombre terrestre o mujer terrestre, que sólo posteriormente fueron separados con el fin de dejar sitio para el aire y el ser humano. Al cielo se le prestó atención religiosa, porque de *arriba* vienen la luz y la vida, y a menudo se convirtió en expresión simbólica de la divinidad misma. Con frecuencia se contempló el cielo como una cúpula fija (firmamento), en la que viven los dioses de las estrellas, trazan sus órbitas y observan a los humanos desde arriba para enviarles, según su comportamiento, *lluvias* fertilizantes, nubes, sequía o el *rayo*. En la Biblia, el cielo es el *trono* de Dios y a él sube también Cristo después de su resurrección. Según la concepción bíblica, el cielo está



Cielo: las esferas del cielo y las sílabas del nombre de Dios. Robert Fludd, 1617

dividido en niveles (hebr. shamayim, una forma de plural), en otras cúpulas esféricas encima de la visible, donde habitan los diversos órdenes o jerarquías de los *ángeles*, sobre los cuales escribió Dionisio Areopagita (hacia 500 d.C.). Los edificios con cúpula de las iglesias, a menudo adornadas con escenas del mundo celestial, son por ello contrafiguras simbólicas de lo que se consideró el mundo de Dios; la *puerta* de la iglesia se concibe como puerta del cielo o todo el edificio como sala del *trono* de Dios o «Jerusalén celestial». Un simbolismo de *arriba-abajo*, evidentemente innato en el hombre (él levanta la cabeza hacia las *estrellas*, mientras que sus pies se apoyan en el polvo) condujo a un *sistema dual* ético que, como contraposición polar al «buen» cielo, postulaba un *infierno* «malo». En la antigua imagen china del cosmos, el cielo es el símbolo del poder del destino que dirige todo el acontecer terrestre. El *templo* del Cielo de Pekín (hoy Beijing) es la expresión arquitectónica del deseo de establecer una relación de armonía entre estos dos planos cósmicos, en los que sobre la tierra el *emperador* representa la autoridad celeste. En el «Libro de los Cánticos» se lee: «Hacia el templo del Cielo se encamina el sublime emperador-padre. Hace una reverencia en el in-

móvil centro del reino del Medio. Dice: las *espinas* y los arbustos silvestres en mis posesiones han sido quemados. Los campos labrados dan abundante cosecha. Nuestros graneros están repletos, hago una ofrenda al poderoso cielo... Las campanas, los tambores y las flautas celebran la ofrenda». El emperador Tschao pronunció hacia 100 a.C. la siguiente oración: «¡Muy sublime Cielo, soberano desde arriba, que envuelve la tierra, produce la vida y dirige el curso de las aguas! Yo, el primero de los humanos, emperador Tschao, te doy las gracias por todos tus beneficios. La muy fecunda tierra que el cielo gobierna, el sol y la lluvia hacen crecer tus dones...». Es evidente que en esta imagen del mundo el cielo no representa ningún simbolismo «extramundano» y del *más allá*, sino la esfera de la máxima autoridad para los asuntos terrestres, esfera que ciertamente se encuentra por encima del mundo de los hombres, pero traída a la existencia por la personalidad mediadora del emperador.

El campo de conceptos «cielo» del Occidente está dotado ciertamente con frecuencia de atributos terrestres para seguir siendo imaginable, y supera hasta el límite todo lo bello que pueda experimentarse en la *tierra*, pero es más bien un objetivo final en el más allá perseguido por el que peregrina sobre la tierra. Sólo en casos excepcionales se estableció una idea del cielo situada en planos más espirituales, sin los atributos de la bóveda celeste con *nubes* y *estrellas* y las alegrías de sabor terrestre en el más allá. Un ejemplo de una idea completamente ingenua de un bendito país celestial se ha conservado en la «Legenda aurea» de Jacobo de Vorágine (hacia 1270). Un soñador ve «un hermoso prado... en él había muchas hermosas flores; en las hojas de los árboles había una suave brisa, emitían un dulce sonido y de ellas emanaba un suave perfume. Había frutos magníficos de contemplar y sabor agradable; había bancos de oro y piedras preciosas y brillantes lechos, adornados con preciosas mantas. Después fue introducido en la ciudad misma, cuyos muros eran de oro puro irradiando maravillosa claridad. Pero en los aires entonaban celestiales huestes un canto como jamás haya percibido oído humano alguno; y una voz dijo: ¡ésta es la ciudad de los Bienaventurados!». En contraste con este simbolismo ingenuo, es de naturaleza más espiritual la concepción que presenta santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) en su obra «De operatione Dei». En ella se llaman «cielos los que allí contemplan a Dios, y cielos que lo profetizan; y hubo cielo cuando el Hijo de Dios se manifestó en su naturaleza humana. Cielos se llaman también los que del resplandor de la faz de Dios brillan como *chispas* de fuego y mediante los cuales ha vencido Dios a todos sus enemigos. Pero cuando Dios creó el cielo y la tierra, colocó al hombre en medio del universo... El Señor se ha preparado el trono en el cielo y su reino gobierna sobre el universo (Salmo 102, 19). Esta palabra quiere comprenderse así: el Hijo de Dios... se prepara el trono en el cielo tal como el pensamiento del hombre fija el instrumento de su obra conforme a su deseo... Por ello su reino gobierna en el todo, en el cielo y en la tierra». El concepto cielo se distingue aquí claramente de «firmamento» (la «cúpula celeste» experimentable como realidad), que «con las fuerzas de los astros está asegurado como con llaves, tal como el hombre asegura su casa con llaves para que no se eche a perder... El firmamento es el trono de toda belleza, a saber, la tierra que lo sostiene». También los conceptos de «cielo» y de *paraíso* son distintos en algunos sistemas religiosos, siendo el cielo un reino espiritual; en cambio, el paraíso restaurado después del Juicio final debe ser un nuevo «*jardín* de Edén» terrestre.

Cielo: grabado emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675

Como ámbito extraeuropeo con una valoración simbólica del cielo que corresponde completamente a la imagen del Viejo Mundo, cabe citar, por ejemplo, el antiguo Perú, acerca de cuya estructura cósmica —ciertamente ya en la época colonial— refiere lo siguiente el inca Garcilaso de la Vega (1539-1616): «Al cielo lo llamaban Hanan Pacha, que significa "mundo superior", al que iban —creían ellos— los buenos como recompensa por sus virtudes. Hurin Pacha llamaban ellos el mundo de la procreación y de la corrupción, lo cual significa "mundo inferior". Uru Pacha llamaban al centro de la tierra, que significa "mundo debajo del otro", al cual iban, según decían, los malos; y —con el fin de hacerlo más claro— todavía le daban otro nombre, Zupaya Huacin, que significa "casa del *diablo*"... Ellos creían que la paz del mundo superior significaba una vida descansada y libre de las preocupaciones y dificultades de esta vida... Atribuían goce, paz y alegría a los que habían sido buenos. Los placeres de la carne no los contaban entre los goces de la otra vida (después de la muerte), pero sí la paz de espíritu libre de preocupaciones y el descanso libre de penalidades físicas para el cuerpo». Sin embargo, cabe preguntarse si aquí no puede observarse ya la influencia de los misioneros sobre la imagen de conjunto de los descendientes de los incas. No obstante, existen en el Egipto antiguo paralelismos con el texto peruano, pasajes que prometen alegrías «no terrestres» en el más allá; así, en el Diálogo del Libro de los Muertos egipcio: «Tú vives en la paz del corazón. ¡Pero allá no existe placer sexual! Yo te he dado ilustración en vez de agua, aire y deseo sexual, y paz de corazón en vez de pan y cerveza» (Libro de los Muertos, Dondelinger 1987).

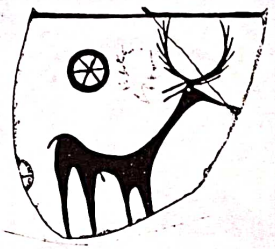
Ciervo, importante animal simbólico de las culturas del Viejo Mundo. Junto con el *toro*, parece haber formado un sistema dual mítico-cosmológico, como el *caballo* y el toro salvajes en el arte rupestre, según la hipótesis de prehistoriadores franceses. El ciervo, a causa de su cornamenta parecida a un *árbol*, que se renueva periódicamente, se le consideró ya símbolo de la vida que continuamente se rejuvenece, del renacer y del correr del tiempo. En la antigua mitología nórdica, cuatro ciervos pacen en la copa del árbol cósmico Yggdrasil. Allí comen los retoños (horas), flores (días) y ramas (estaciones del año). Se interpretó que la cornamenta del ciervo eran los *rayos* del sol. En la Antigüedad, se consideró al ciervo enemigo de las *serpientes* venenosas, la piel de ciervo como amuleto contra la mordedura de ser-

Ciervo: grabado de una cajita de rapé del Tirol meridional, siglo XIX

Ciervo: atributo de san Huberto y de san Eustaquio. Leyenda de santos, de W. Auer, 1890

piente y el polvo de sus cuernos como protección del trigo semental contra los maleficios. En la antigua China, el ciervo (lu), a causa de la correspondencia fonética con la palabra que significa riqueza, fue considerado como símbolo de vida desahogada; además, como símbolo de piedad filial (según la fábula, un joven se disfrazó con una piel de ciervo para obtener leche de cierva como remedio para los ojos de sus padres ciegos) y como acompañante del dios de la longevidad, Shouhsing.

La iconografía cristiana se basa ampliamante en el Salmo 42 de David: «Como el ciervo anda en pos de agua fresca, así mi alma, oh Dios, anda en pos de ti». En el «Physiologus» paleocristiano, se dice que el ciervo escupe agua dentro de cada hendedura de la tierra, en la que se esconden serpientes venenosas para hacerlas salir, y luego las mata pisoteándolas. «Así ataca también nuestro Señor con el agua del cielo a la serpiente, el diablo... También los ascetas se parecen de otra manera al ciervo. Con las lágrimas del arrepentimiento apagan los dardos encendidos del maligno y pisotean la gran serpiente, que es el diablo, y lo matan.» También se dice que el ciervo puede hacer salir las serpientes chupando agujeros y protegerse de su veneno bebiendo en el espacio de tres horas agua de manantial: Entonces vivirá otros cincuenta años. «Si tú tienes la serpiente en el corazón, o sea, el pecado, corre hacia los manantiales de agua, hacia las venas del Espíritu Santo, y bebe el agua viva... y no mueras por el pecado.» Todo esto lo repite también el texto del Bestiarium medieval, y aún añade lo siguiente: los ciervos descubrieron la virtud milagrosa de la hierba díctamo (dictamnus), puesto que cuando tienen clavadas en el cuerpo flechas de cazadores, el comer la planta hace que las flechas salten fuera y se curen las heridas. Cuando los ciervos atraviesan un río, «colocan las cabezas debajo de las partes posteriores de los que nadan delante de ellos, aligerándoles así su peso. Si llegan a un lugar sucio, saltan por encima de él con rápida carrera. Así deben también los cristianos... ayudarse y apoyarse mutuamente: deben saltar por encima de un lugar de sucio pecado, y cuando tienen en el cuerpo el veneno de la diabólica serpiente, deben correr hacia Cristo, la verdadera fuente, para confesarse y así rejuvenecerse» (Unterkircher). Se dice también que el cuerno del ciervo es un remedio eficaz, y que actúa más poderosamente la parte *derecha* que la *izquierda*; y que el cuerno de ciervo quemado ahuyenta a las serpientes. La carne de ciervo cura la fiebre y un ungüento hecho con la médula de huesos de ciervo es asimismo un eficaz remedio contra ella.

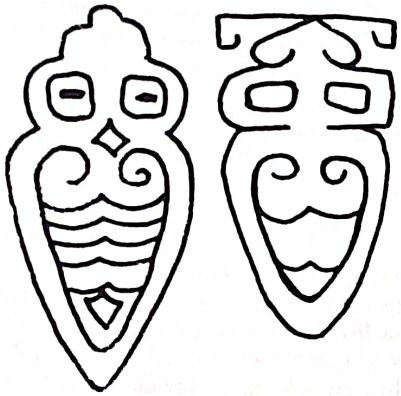


Ciervo en un fragmento de vasija de barro de la primera época glacial, con un motivo de rueda, Anatolia Central.

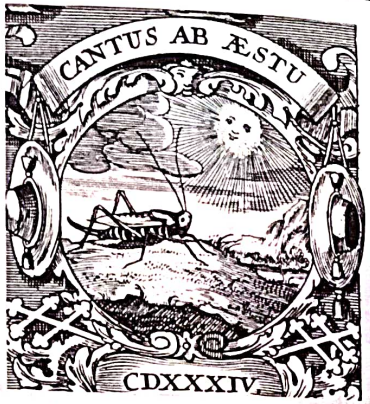
No es raro que el ciervo aparezca en la heráldica porque tiene «el significado de la mansedumbre y la benignidad, puesto que se dice que no tiene hiel, y esto debe de ser la causa de su larga vida que se extiende hasta cien años» (Böckler, 1688). Asimismo la cornamenta sola está representada en *heráldica* y, según Böckler, tiene «el significado de fuerza». También aquí se explica el simbolismo del marido «cornudo»: «El emperador griego Andrónico mandaba poner sobre las casas de las mujeres con las que se había acostado unos cuernos y les confería el derecho de caza... También en la época de Galeati Sfortiae (Galeazzi Sforza), duque de Milán, las mujeres no tenían por deshonra el acostarse con los príncipes, porque sus maridos no sacaban de ello cuernos malos, sino cuernos de oro y se veían ascendidos a grandes honores». En el antiguo mundo mítico de los celtas, los ciervos eran considerados «bueyes de las hadas» y mensajeros entre el mundo de los dioses y el de los hombres. Al dios celta Cernunnos se le representaba con una cornamenta de ciervo sobre la cabeza, como los chamanes de las antiguas tribus. En el arte simbólico de la Edad Media cristiana (escultura), el ciervo se representa en ocasiones mordisqueando uvas, como símbolo del hombre que ya en la tierra puede participar de los bienes celestiales de la gracia. Su búsqueda de las *fuentes* es símbolo del deseo de la purificadora agua bautismal: «Como el ciervo que devora la serpiente / y después salta hacia la fresca agua / y así vuelve a estar libre de veneno, / así le ocurre también al hombre / que queda curado del pecado / cuando se ha lavado en el bautismo». Por esto a menudo se reproducen ciervos en relieves de pilas bautismales.

El mundo iconográfico de la *alquimia* ve al ciervo como símbolo en relación con el antiguo mito del cazador *Acteón*, que fue convertido en un ciervo por la diosa *Diana* (Artemis), y ello como referencia a la posible trasmutación de los metales en relación con el mundo «lunar» femenino de la *plata*. Las leyendas de los santos Eustaquio y Huberto hablan de la aparición de una *cruz* en la cornamenta de un ciervo perseguido. También otros santos (Meinulfo, Meinholdo, Oswaldo, Procopio de Bohemia) se representan con ciervos como atributo. En la Centroamérica precolombina, unos animales con cornamenta parecidos a ciervos son animales simbólicos del 7.° de los 20 signos de días del calendario (en azteca: mazatl; en maya: manik). Al igual que estos animales salvajes, los nacidos bajo este signo andan vagando por el mundo de la naturaleza, anhelan la lejanía y desdeñan las residencias fijas. (Véase *corza*.) En el sintoísmo japonés, se considera que el ciervo es la cabalgadura de los dioses y, junto con sus símbolos, aparece a menudo representado en imágenes en los santuarios.

Cigarra (gr. tettix, lat. cicada), «grillo de árbol» de los países mediterráneos. Según



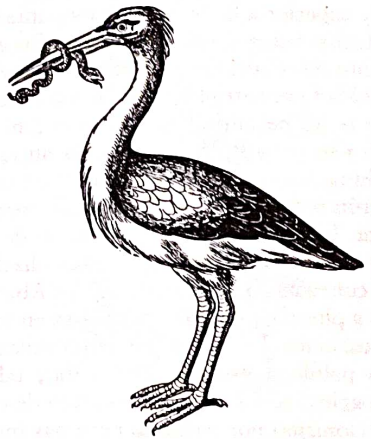
Cigarra: antiguo adorno chino de forma de cigara, símbolo de inmortalidad, hacia 1200 a.C.



Cigarra, inducida a cantar por el calor del verano. J. Boschius, 1702

la leyenda, Tithonos, el hermano del rey troyano Príamo, era el amado de *Eos*, la diosa de la aurora. Ésta pidió a Zeus que hiciese inmortal a Tithonos, pero olvidó pedir también la juventud eterna para su amado. Así, éste vivió eternamente, pero estaba cada vez más débil y parloteaba para sí mismo con palabras sin sentido, hasta que se encogió completamente y se convirtió en la cigarra que chirría continuamente. El estridente chirriar de la cigarra, en la antigua literatura clásica se percibe en parte como algo agradable, y en parte como algo molesto. Calímaco (hacia 300-240 a.C.) lo declaró símbolo del «fino» arte poético, y la cigarra fue en ocasiones símbolo del poeta infatigable, su ayudante o atributo de las *musas*. En China la cigarra (shan) simbolizaba en tiempos antiguos la inmortalidad o la existencia después de la muerte, y a los difuntos se les ponía en la boca un amuleto en forma de cigarra, hecho de *jade*. Se dice que una reina del Estado vasallo Ch'i en el Este, se convirtió después de su muerte en una cigarra, por lo cual al insecto también se le llamaba «doncella de Ch'i». El adorno en forma de cigarra estilizada se entendía también como metáfora de «fidelidad a los principios».

Cigüeña. Aunque la Biblia clasifica a todas las aves zancudas entre los «animales impuros» (véase *Ibis*), la cigüeña se considera de ordinario símbolo de la buena suerte, principalmente porque también extermina *serpientes*. Con ello hace referencia a Cristo y a sus discípulos, los cuales destruyen criaturas satánicas. En los países septentrionales su periódico reaparecer en primavera se interpreta como paralelismo de la fiesta de la resurrección. Probablemente se relaciona con ello su papel de portadora de niños, aunque de ello son también responsables otros componentes (por ejemplo, contacto con las «*aguas* de la *creación*», de las que procede toda fertilidad). Una antigua leyenda refiere que la cigüeña alimenta a su anciano padre, lo cual la convirtió en símbolo del amor filial. También se le atribuía muchas veces una larga vida y por ello —sobre todo en la China— era símbolo de la longevidad. Su postura de descansar sobre una sola pata causa un efecto de dignidad, reflexión y vigilancia, lo cual hizo también

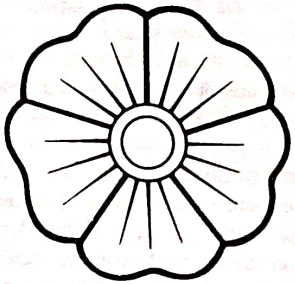


Cigüeña como devoradora de serpientes. C. Gesner, Icones Avium, 1560

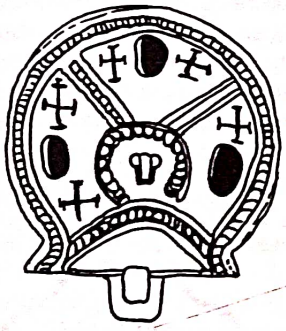
de la cigüeña un prototipo de la meditación y de la contemplación. El antiguo nombre alemán «Adebar» ha sido derivado del verbo «bern, bero» (llevar, producir) y «Od» (bien, posesión) o «Atem» (aliento), por lo cual la cigüeña fue designada como dadora de dádivas o posesiones pero también como productora del aliento (de la vida, de los hijos). La interpretación simbólica psicoanalítica ve el pico de la cigüeña como imagen de falo, la «fuente de hijos» como símbolo del regazo *materno*.

Cinco, un importante principio de orden entre los *números*, que se expresa en el *pentagrama*. En él puede inscribirse de pie el hombre con cabeza, brazos y piernas cuando muestra una punta hacia arriba (el pentagrama invertido se interpreta como «signo de *magia negra*»). El Pentateuco, los cinco libros de *Moisés*, forman la «Tora» en el Antiguo Testamento. Jesús alimentó con cinco *panes* a 4 000 personas, y se hace memoria de sus cinco llagas mediante otras tantas *cruces* en las piedras del altar. Los «cinco sentidos del ser humano» los vio simbolizados el simbolista medieval en los cinco pétalos de muchas *flores*. En la antigua China era el cinco (wu) con las otras tantas direcciones del mundo (incluido el centro) un número sagrado al que correspondían cinco colores fundamentales, notas, costumbres, especias, especies de animales (peludos, con plumas, con concha, con escamas, desnudos), relaciones humanas y los «cinco clásicos»: el Libro de los documentos, el Libro de los cánticos, el Libro de las transformaciones (*I-Ching*), el Libro de los ritos y el Libro de las ceremonias. Además, se mencionaban cinco *elementos* según las direcciones del cielo (madera, *fuego*, *tierra*, metal, *agua*) a los que correspondían los *colores*. Cinco bienes son riqueza, longevidad, paz, virtud y salud; cinco cualidades morales humanidad, sentido del deber, sabiduría, confianza y buen comportamiento ceremonial; cinco cosas puras son la *luna*, el *agua*, el *pino*, el *bambú* y la *ciruela*. Se nombran además de esto cinco rangos de nobleza, especies de cereales, castigos y soberanos míticos de la Antigüedad. Esta estructuración debió de elaborarse en el siglo IV y combinarse con el confucianismo clásico durante la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.). La tradición japonesa conoce cinco *dioses de la fortuna*.

Cinco: flor de cinco pétalos (flor de ciruelo) como símbolo de buena suerte (de los «cinco dioses de la fortuna»)



Cinturón, en el simbolismo, es más que un mero elemento del vestido, que también sirve para la sujeción de armas y objetos de uso. El «ceñirse los riñones» es, en la Biblia, símbolo de estar dispuesto para la marcha y para la lucha; al propio tiempo, es símbolo del vestir correctamente y de moralidad, ya que el cinturón, cerrado en círculo, separa la mitad inferior del cuerpo de la superior (véase *arriba/abajo*). Los cierres de cinturón están a menudo adornados heráldicamente y provistos de signos de soberanía. La vía Láctea es a menudo designada con el nombre de «cinturón del firmamento»; el «cinturón de Afrodita» es, en Homero, probablemente símbolo de la soberanía general del amor. En Israel, al cinturón del sacerdote se le atribuye un valor especial mediante una faja de lana y seda marina. El cinturón hace referencia a un afán de reprimir la sexualidad y por ello, ya en época temprana, se convirtió en símbolo de continencia y castidad (por ejemplo, en



Cinturón: parte de un cierre de cinturón franco con cruces, siglo VII

el hábito de los monjes o como cíngulo del sacerdote en la misa). Al ingresar en la orden benedictina, se dice: «La justicia sea el cinturón de tus riñones. Piensa que otro te ceñirá...» (sumisión a una ley superior a la de la propia voluntad). Muchas veces el «cinturón de novia» era junto con el velo nupcial símbolo de virginidad prematrimonial; a las meretrices no se les permitía llevar ni lo uno ni lo otro so pena de castigo. En la antigua China, los funcionarios llevaban un cinturón propio (tai) con una hebilla metálica. El acto de quitar el cinturón de la novia en la noche de bodas simbolizaba la consumación del matrimonio. Abanico y pincel de escribir se llevaban en una cinta junto al cinturón y sujetos mediante un palillo adornado con figuras; tales «toggles» son actualmente objeto de coleccionismo por parte de personas interesadas en historia del arte. Desde el punto de vista simbológico, es interesante la costumbre mongólica del «hijo del cinturón»; el hombre que tiene una relación con una mujer, al despedirse de ella le entrega su cinturón, y si la mujer da a luz un hijo, queda «casada con él» y da a sí misma y al hijo el nombre del padre ausente.

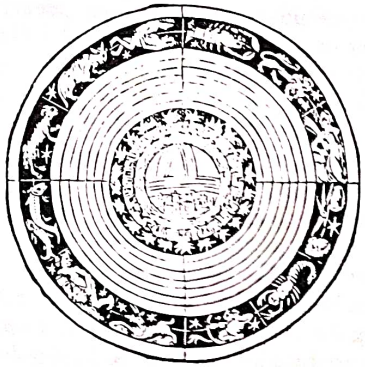
Ciprés, hoy un típico «*árbol* de cementerio»; en el antiguo ámbito mediterráneo, en cambio, un símbolo y atributo de Cronos (*Saturno*), pero también de Asclepios (*Esculapio*) y de Apolo (probablemente a causa de la forma de la copa, que semeja una llama), pero, al mismo tiempo, también atributo de muchas divinidades femeninas (Cibeles, Perséfone, Afrodita, Artemis, Eurinome, Hera, Atenea). También las hijas del rey Eteocles de Orcomenos fueron convertidas en cipreses, al igual que, según otra tradición, un joven llamado Kyparissos, que había dado muerte a un *ciervo* sagrado. Muchas cosas sugieren que el ciprés, ya en la época prehelénica, fue un árbol simbólico religioso al que más tarde se relacionó con cultos del mundo subterráneo; por este motivo fue plantado a menudo

Ciprés, según W. H. Barón de Hohberg, 1675

junto a sepulcros, y además, a causa de su virtud de repeler hechizos malignos, también fueron cercados. Decíase que unas ramitas de ciprés puestas debajo de las semillas preservaban a éstas de los elementos dañinos. Este árbol de hojas siempre *verdes* y de larga vida con su duradera madera era también símbolo de longevidad. Dado que también se le representa en cuadros del paraíso, pudo plantarse junto a tumbas cristianas como símbolo de la esperanza en el más allá y representarse en sarcófagos, aunque anteriormente muchos *ídolos* se habían tallado de madera de ciprés. «La madera de ciprés resiste y dura mucho tiempo. / Parece como si desafiase la carrera de la mortalidad. / El que mediante el espíritu de Dios se prepara para la muerte, / sabiamente guiará su navecilla hacia la vida verdadera» (Hohberg, 1675).

Circe, semidiosa de la mitología griega, con *rasgos brujeriles*, hija del dios del Helios (el Sol). Se le atribuyen varias transformaciones en animales de hombres a los que amó; al hijo de *Saturno*, Picus, le transformó en un pico o pájaro carpintero. En el caso del joven dios marino Glauco no logró algo parecido cuando éste le pidió un filtro amoroso, pero, en cambio, Circe convirtió a Escila, la amada de Glauco, en un horrible monstruo marino, que, bajo la figura de monstruosa *criatura acuática*, amenazaba a los navegantes. Especialmente conocida es la aventura de Circe con el navegante Ulises, a cuyos compañeros convirtió ella en *cerdos*. Solamente el propio Ulises, a quien el dios Hermes (*Mercurio*) regaló la hierba mágica moly, se salvó de ser hechizado. Ulises obligó a Circe a devolver la prístina personalidad a sus compañeros, permaneció un año con la enamorada hechicera y finalmente fue despedido con buenos consejos. Circe es la figura simbólica de las mujeres seductoras, con cuyos hechizos pierden la dignidad sus adoradores.

Círculo, símbolo geométrico, probablemente el más importante y el más difundido, cuya forma ya viene dada también por la imagen aparente del *Sol* y de la *Luna*. Según las especulaciones de los filósofos platónicos y neoplatónicos, el círculo es la forma más perfecta; el legendario templo de Apolo en el país de los hiperbóreos se describe en forma circular (¿referencia al monumento de culto prehistórico de Stonehenge en el sur de Inglaterra?), y la ciudad del rey en la «isla de *Atlántida*» de Platón como sistema de círculos concéntricos de tierra y de agua. En sistemas místicos se parafrasea a Dios como círculo con el centro omnipresente para significar la perfección y la imposibilidad de comprensión para los conceptos humanos (infinitud, eternidad, lo ab-



Círculo: cosmograma con los signos del zodíaco en la periferia. Practica compendiosa artis Raymundi Lulli, 1523

Círculo: «pentáculo» circular con nombres de Dios y el hexagrama para expulsión de demonios. Inglaterra, hacia 1860

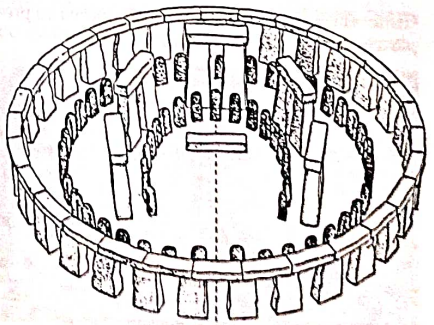
soluto). En el círculo no puede verse comienzo ni fin, ni dirección ni orientación, y se concibe «el pabellón del *cielo*» como una cúpula redonda —también a consecuencia de las órbitas circulares de las *estrellas* alrededor del polo celeste—, por lo cual el círculo simboliza también el cielo y todo lo espiritual. Si se le dibujan radios se convierte en símbolo de la *rueda* que, sin embargo, expresa adicionalmente la dinámica, en oposición a la invariabilidad del círculo. El símbolo egipcio para eternidad es un cordón anudado en forma de *anillo*; en cambio, el símbolo antiguo es la *serpiente* que se muerde la cola (*Uroboros*). También se originan círculos concéntricos cuando se arroja un objeto al *agua*; las frecuentes imágenes de esta clase incisas en las tumbas megalíticas prehistóricas pueden identificarse como símbolos del hundirse en las aguas de la muerte (véase *más allá*), o quizá también del maravilloso resurgir de ellas, en el sentido de una doctrina de muerte y renacimiento, que se simboliza mediante círculos de ondas u ondas anulares. Un círculo con un punto central inscrito es en la astronomía tradicional el signo que simboliza el Sol, y en la *alquimia* el que simboliza el oro, su metal análogo. En las enseñanzas mágicas, el círculo tiene la función de proteger contra los malos espíritus, que en las ceremonias de conjuro se traza alrededor del mago y no se puede traspasar.

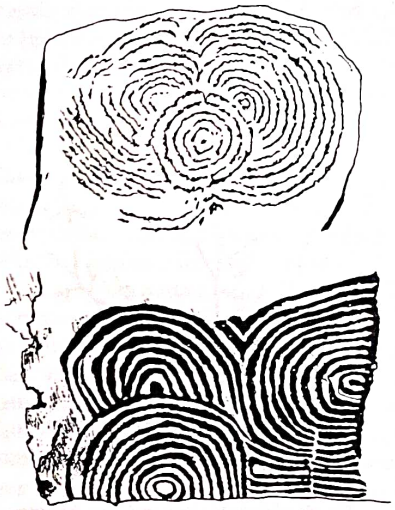
Desde el punto de vista de la simbología, forma contraste con el círculo el *cuadrado*, que en oposición a él designa el mundo terrestre y lo material. El círculo simboliza Dios y cielo, el cuadrado tierra y hombre. El proverbial problema de una «cuadratura del círculo», la conversión de un cuadrado en un círculo de igual superficie (con medios puramente geométricos) significa por lo tanto el esfuerzo del hombre por hacer pasar su propia sustancia a la de la divinidad, o sea, purificarse para llegar a lo divino. El problema de la transformación, insoluble con aparatos geométricos normales, es una alegoría que aparece con frecuencia en el Renacimiento y que representa el esfuerzo humano por la «divinización», que también desempeña un gran papel en el *simbolismo alquímico*. Sin entrar en el problema de la igualdad de superficie, también la Cábala se ocupa del círculo y el cuadrado: el círculo

dentro de un cuadrado se entiende como símbolo de la «chispa» divina en el interior de la envoltura material. En la iconografía cristiana, el *nimbo* de los santos se representa casi siempre de forma circular, y los círculos concéntricos representan también la creación originaria de Dios, el «círculo de la tierra» dentro del cual sólo más tarde se colocará al hombre; el Creador lo dibuja con un *compás* (Bible Moralisée, siglo XIII), o se revela someramente en figura de una *mano* que sobresale del centro de varios círculos y llega a la periferia «trascendiéndolos» (fresco románico, Sant Climent de Tahull, Cataluña, hacia 1123).

Naturalmente, el círculo como símbolo no se limita a las culturas superiores; «simboliza, por ejemplo, en los diversos grupos de indios, las acciones cósmicas del "Gran Espíritu"; porque la órbita de la Luna y (desde el punto de vista del que observa desde la Tierra) la "órbita del Sol" y el "movimiento de las estrellas", pero también el crecimiento natural, generan formas redondas. Por esto el círculo está en la base de los campamentos, en la disposición de los asientos» (Nixdorff, en Sterck 1987). Las danzas en corro pueden entenderse como

Círculo: reconstrucción del santuario megalítico de Stonehenge, Inglaterra meridional, hacia 1800 a.C.

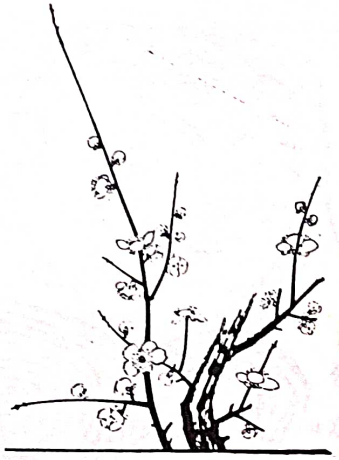




Círculo: signos de «ondas anulares» en construcciones funerarias megalíticas, Irlanda (Sess Killgreen y Bretaña) (Gavr' Inis)

«círculos danzados». En el budismo zen, el círculo significa la iluminación, la perfección del hombre en la unidad con el principio primario. En el símbolo del *yin-yang* chino está incluida la dualidad en el círculo (T'ai-chi, el uno primario). En Europa, la visión de las esferas cósmicas formando capas superpuestas en proyección circular domina la imagen del mundo de la Edad Media y viene representada poéticamente en la «Divina Comedia» de Dante en la forma de los círculos de mundo superior y mundo inferior; las jerarquías de los *ángeles* dominan este gran orden como guardianes de las esferas. La *Trinidad* se simboliza a menudo por tres círculos que se interpenetran. Véase *baldaquín, mandala, espiral*.

Ciruela, en el Asia oriental, símbolo popular de la muchacha joven, porque las flores del ciruelo (en chino mei-hua) aparecen ya antes de que el árbol se cubra de

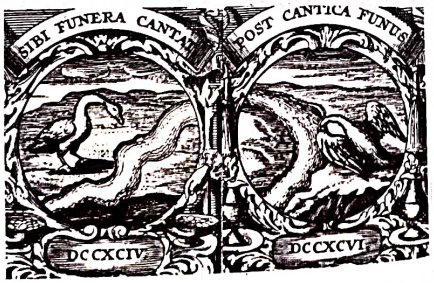


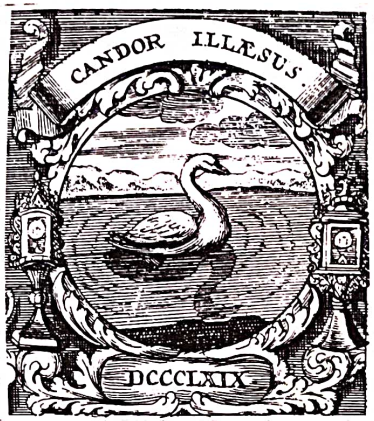
Ciruela: rama de ciruelo en flor, China, s. XIX

hojas. El significado secundario erótico resulta también de la denominación «manta de las flores de ciruelo» para referirse a la cobertura de la cama de la novia. La flor del ciruelo de *cinco* pétalos simbolizaba los cinco *dioses de la suerte* de la antigua China, así como un determinado oráculo; la unión de ciruela, *pino* y *bambú* constituye los «tres amigos de la fría estación del año». Para el psicólogo profundo (E. Aeppli), la ciruela promete «en algunos sueños de hombres una buena suerte sexual muy realista». El nombre antiguo griego para la ciruela es kokkymelon, es decir, manzana de *cuco*.

Cisne (gr. kyknos, lat. cygnus u olor), importante animal simbólico en la Antigüedad (a pesar de su escasa presencia en el ámbito del Mediterráneo), cuyo flexible y elegante cuello y *blanco* plumaje lo convirtieron en compendio de noble pureza. Por ello escogió Zeus esta figura para aproximarse a la inocente Leda. Es interesante que ya Homero (Hymnos 21) alaba la voz del cisne canoro que —a diferencia del cisne mudo—sólo aparece en el norte. Se relaciona con Apolo, que también se dice que era especialmente venerado por el mítico pueblo de los hiperbóreos. El cisne se halla presente en el nacimiento del dios, lo transporta por el aire y posee la virtud de profetizar. En ocasiones se designa al cisne como contrincante y enemigo del *águila* y (como ésta) también de la *serpiente*. El famoso «canto de cisne» con que se designa la última e importante manifestación de grandes personajes se remonta al don profético, ya mencionado en Esquilo (525-456 a.C.), del ave de Apolo que conoce su inminente muerte y deja oír admirables sonidos lastimeros. En efecto, el cisne canoro nórdico (Cygnus musicus) puede producir un sonido de trompeta fuerte alto y bajo más débil, incluso cuando se halla casi paralizado por el frío extremo. Cuando varios cisnes cantores emiten sus sonidos a la vez, producen la impresión del canto. Según la creencia germánica, unas *vírgenes* podían transformarse en profetizadoras muchachas-cisnes (Canto de los Nibelungos). En la época cristiana, el cisne cantor se convirtió en el símbolo del Salvador que en la *cruz* grita en su mortal agonía. Están muy difundidos los *cuentos* de mujeres-cisnes sobrenaturales que pueden despojarse de su vestido de *plumas*. Muchas veces representa el cisne la gracia feme-

Cisne: el cisne cantor, que al morir entona su propio canto fúnebre. J. Boschius, 1702





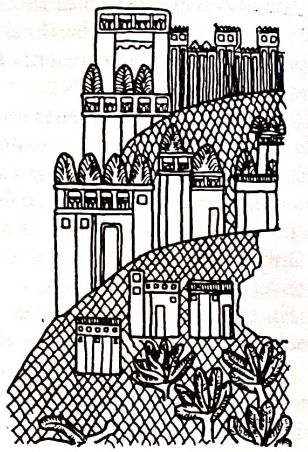
Cisne: «Esplendor inalterado». J. Boschius, 1702

nina; Afrodita y Ártemis (*Diana*) se representan a menudo acompañadas de cisnes. En la iconografía de la *alquimia*, el cisne simboliza la sustancia primaria (*azufre y mercurio*), el principio volátil. También en *heráldica* aparece con frecuencia el cisne (entre otros lugares, en los escudos de Boulogne-sur-Mer y de Zwickau, lat. Cygnea, en Sajonia). En 1440 se fundó una «Orden del Cisne» como orden de caballería, renovada en el año 1843 como orden secular caritativa por el rey alemán Federico Guillermo II, aunque prácticamente nunca hizo su aparición.

Una curiosa valoración simbólica negativa del cisne se expresa en algunos bestiarios medievales. En ellos se indica que, contrastando con su plumaje blanco como la nieve, tiene una «carne completamente *negra*»: «Por esto es una imagen del hipócrita cuya negra carne de pecado está cubierta por blanca vestidura. Si el cisne es despojado de su blanco plumaje, su carne es asada en el fuego. Así al morir es despojado el hipócrita de todas sus galas mundanas y desciende al fuego del infierno» (Unterkircher). En cambio, leemos en Böckler (1688) que los cisnes luchan incluso contra *águilas* cuando son atacados. «Son los reyes entre las aves acuáticas y ostentan la interpretación de la blanca paz.» Esta poética formulación hace pensar en el Caballero del Cisne, Lohengrin.

Ciudad, criterio para que el historiador pueda juzgar si una cultura puede designarse como cultura superior (civilización urbana y con escritura). La ciudad no es solamente una acumulación de casas fijas, sino que a menudo viene determinada por un centro de orden religioso y civil, y muchas veces también por murallas (muy raramente existentes en el Nuevo Mundo). Simbológicamente la ciudad es una copia microcósmica de las estructuras cósmicas, que no crece sin un plan, sino que está orientada según las coordenadas, teniendo como centro la contraparte terrestre del eje celeste (*omphalos, mundus, eje del mundo*). Aquí se encuentra muchas veces el santuario del dios protector de la ciudad (en la China: ch'eng huang-shen), o de un héroe igual a un dios, de una deidad local con la categoría de *rey*. Este desarrollo puede comprobarse no solamente

Ciudad: representación asiria de una ciudad fenicia. Nínive, siglo VIII a.C.



en la polis griega, sino también en la antigua Mesopotamia y en Egipto. En fundaciones de ciudades expansivas, el dios protector de la polis central suele convertirse en dios del Estado, que reúne en su panteón a los dioses protectores de otras ciudades y está representado en la tierra por el *emperador*. En el ámbito cristiano, el santo patrono de una ciudad suele asumir en forma muy atenuada el papel de antiguos dioses tutelares. En el Occidente la ciudad ideal es *Jerusalén*, con la antigua contraimagen de *Babilonia*, que más tarde se transfiere a la Roma pagana. La «Ciudad de Dios» es también símbolo de la «*Madre* María» y durante la Edad Media no es raro que el tabernáculo y los relicarios se adornen como una ciudad con murallas y torrecillas. Como símbolo psíquico, la ciudad representa el centro regular de la vida, al que a menudo sólo puede llegarse cuando se ha alcanzado un estadio elevado de madurez psíquica, cuando se puede franquear conscientemente la *puerta* que conduce al centro de la vida espiritual.

Clavel (dianthus), flor de la que se conocen unas 300 variedades con muchas formas de cultivo. Por la forma de los frutos fue el clavel una planta simbólica de la Pasión de Cristo. El clavel *rojo* carmín aparece a menudo representado en cuadros de la Virgen con el Niño. Como prenda de amor se le representa en cuadros de esponsales del Renacimiento. En la época moderna, el clavel rojo fue en Francia el símbolo floral de los realistas, y más tarde el de la democracia social en el ámbito de habla alemana (sobre todo, en el «Día del Trabajo», el 1 de mayo). En cambio, los miembros del partido social-cristiano llevaban un clavel *blanco*. En alfombras turcas y caucásicas aparece el clavel como símbolo de buena suerte. Véase *clavo*.

Clavel en el «Hortus Eystettensis», B. Besler, 1613

Clavo. En muchas imágenes arcaicas del mundo de pueblos septentrionales, el clavo está relacionado con la *estrella* polar como *eje del mundo* alrededor del cual gira la cúpula celeste. En el África central se encontraron numerosas figuras humanas de madera que estaban cubiertas de clavos («fetiche de clavos»). Casi siempre son hechiceros los que colocan los clavos en rituales para recordarle al ser imaginado en la figura su deber de vigilancia y para conceder su protección. Con la acción de clavar clavos también pueden relacionarse intenciones malignas; el clavo constituye la señal de que el ser que se halla en el *ídolo* atiende realmente a la persona que tiene un propósito. En Centroeuropa, el clavar clavos en árboles destacados o en figuras de madera suele ser la señal tradicional de la presencia de un forastero o de su visita. En el acervo de símbolos cristianos, el clavo recuerda la crucifixión de Jesucristo. En la Alta Edad Media se representaron *cuatro* clavos de la cruz, y más tarde (con los dos pies superpuestos del Crucificado) solamente tres. Tres clavos pertenecen también al «*Arma Christi*». Los clavos forman parte de los atributos de mártires que fueron muertos con ellos (san Ciro o Quirino, Pantaleón, Severo, santa Engracia). El *clavel* se consideró muchas veces símbolo vegetal de los clavos de la Crucifixión, especialmente por la forma de los frutos secos que se emplean como condimento.

Cobre, gr. khalkos, lat. aes cuprum, es decir, «metal de Chipre», nombre de la isla en cuya orilla surgió Afrodita (*Venus*) de la espuma del mar. Por ello en el antiguo simbolismo de los metales es el cobre el análogo terrestre del *planeta* Venus y con el mismo signo *astrológico* se hace referencia a él en escritos alquímicos. A diferencia de ello, en la religión de Mitra no era el cobre, sino el estaño, el metal de Venus, o sea, el elemento que con el cobre formaba la aleación llamada bronce. Según una antigua tradición (Hesiodo, Ovidio), a la *edad de oro* siguió la de la *plata*, y antes de la actual edad de *hierro* hubo una de cobre como eslabón entre las edades de los metales nobles y la actual. El cobre, como metal que aparece nativo en la naturaleza, solía trabajarse en frío (por ejemplo, en la América del Norte prehistórica) y por ello era algo más duro que el fundido. Asimismo, en el África Occidental el cobre era muy apreciado como símbolo terrestre de calor y *luz*. Al igual que en la Antigüedad europea, en la antigua China apenas se distinguía entre el cobre puro (t'ung) y las aleaciones bronce y latón. Servía para la fabricación de monedas con un agujero cuadrado en el centro por el cual se ensartaban. Comoquiera que la palabra t'ung también significa «junto», en las camas de las novias se ponían monedas de cobre para asegurar a la pareja una permanente comunidad. En los «*infiernos*» deben los pecadores beber cobre derretido o, si se trata de lujuriosos, bailar con parejas que en el abrazo se convierten en incandescentes columnas de cobre. De cobre se fabricaban también tambores y *campanas* para el uso religioso.

Cocodrilo. El gran reptil acuático, cuya figura recuerda la del *dragón*, es probablemente idéntica a la del monstruo mencionado en la Biblia, Leviatán, una de las criaturas del *caos* de los tiempos primitivos. En el antiguo Egipto fue representado por el dios Sobek (gr. Sukhos) y venerado sobre todo en la ciudad de Schedit (gr. Krokodilopolis) («Gloria a ti, que te has elevado desde el cieno primigenio...»). Por lo demás, se le consideraba naturalmente un peligroso animal de presa acuático y fue atribuido al séquito del dios adversario Seth (Sutekh). No obstante, los adoradores de Sobek le veneraban y después de muerto se le momificaba. En Roma reinaba la creencia de que podía nadar indemne entre cocodrilos el que estuviera ungido con grasa de cocodrilo, y que una piel de cocodrilo a la puerta del patio protegía la casa contra los daños del granizo. En la Edad Media, el cocodrilo con sus grandes fauces simboliza la boca del infierno. El «Physiologus» de la Antigüedad tardía hace del cocodrilo un *sistema dual* con la *serpiente* de agua y refiere que ésta se deja devorar por el cocodrilo, pero entonces le destroza las entrañas y vuelve a salir viva de su interior. Por ello la *serpiente*, de ordinario una imagen de animal maligno, se convierte en el símbolo del Salvador, que entre la muerte y la resurrección bajó al «*Limbo*» para redimir las almas que allí estaban esperando. Además, el cocodrilo es también símbolo de la hipocresía, porque, según la creencia popular, cuando ha terminado de devorar su presa, llora compasivo («lágrimas de cocodrilo»). En la América Central precolombina, el primero de los 20 nombres de

días lleva el nombre de un reptil parecido al cocodrilo (azteca: cipactli, maya: imix), un signo que promete fertilidad y riqueza, que, en opinión de los sacerdotes vaticinadores de presagios, traía consigo bendición en forma de niños, buena suerte y poder. Una criatura parecida al cocodrilo es en algunos mitos del antiguo México también (junto con el *sapo*) símbolo de la *tierra* primigenia o en general un animal terrestre.

Para la psicología profunda (Aeppli), el cocodrilo se parece al dragón, «sólo que es todavía de una antigüedad más remota, un animal perezoso, despiadado, que trata de devorar la vida humana y con ello es un símbolo negativo de nuestras energías internas, de una sorda y maligna postura vital en las profundidades del inconsciente colectivo». De análoga manera negativa valoraron al cocodrilo los «Bestiarios» medievales. En ellos se dice que el cocodrilo sólo puede mover la mandíbula superior, mientras la inferior yace inmóvil en el barro. De los excrementos de cocodrilo se prepara un afeite que ciertamente pronto desaparece; de ello concluye la doctrina moralizante de esta imagen simbólica de la naturaleza: «El cocodrilo es una imagen de los hipócritas, avaros y lujuriosos. Aunque éstos están inflados por la baba del orgullo, manchados por la peste de la lujuria, poseídos de morbosa avaricia, se pasean, sin embargo, ante los hombres como cumplidores de la ley, orgullosos e intachables. Como el cocodrilo vive de noche en el agua, así estas personas llevan en lo oculto una vida desenfrenada... Con la parte superior de su boca hacen ver a los otros los ejemplos y saludables enseñanzas de los santos padres, mientras la parte inferior de la boca permanece rígida, porque lo que dicen en modo alguno lo practican ellos mismos. De la misma manera que del excremento del cocodrilo se hace un ungüento, así gozan los malos del favor del mundo que como un ungüento marca sus maldades con el sello de heroicidades. Sólo cuando el severo Juez descargue su ira sobre las malas acciones cometidas, entonces desaparece todo el brillo del falso ungüento» (Unterkircher). En realidad, al hombre le parece difícil comprender sin distanciamiento y temor la antiquísima fisonomía de saurio del cocodrilo y sus movimientos aparentemente mecánicos, extraños en un mamífero, e incorporarla a su escala de valores.

Cocodrilo: el dios cocodrilo egipcio Sobek con cetro y corona de plumas

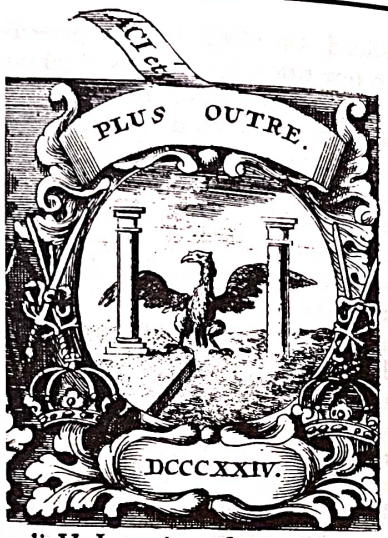
Color violeta. El color de las violetas es una mezcla de *azul* y *rojo* y simboliza tradicionalmente espiritualidad, unida a la sangre del sacrificio. En el uso litúrgico, el color violeta se vincula al campo de conceptos de la penitencia, con expiación y conversión. Los *colores* básicos combinados a partes iguales unen sabiduría y amor; en antiguos cuadros de la Pasión, el Redentor lleva un *manto* violeta. Asimismo, es el violeta el color de la Iglesia durante el tiempo de reflexión de Adviento que lleva a la fiesta de la Navidad. Un matiz de color parecido, pero que tira más a rojo, es el púrpura de los antiguos mantos *imperiales* y las vestiduras suntuosas de los ricos, color obtenido de la secreción de dos especies de caracoles marinos y sumamente caro; por ello los tejidos de púrpura eran un símbolo apreciado de la categoría social. En la Antigüedad y en la Edad Media se utilizaba el jugo de la orchilla (Rocella tinctoria) para la obtención de un «sucedáneo de la púrpura», planta que se cosechaba principalmente en las costas de las islas Canarias (*Islas de los Bienaventurados*). Véase *amatista*.

Colores, simbolismo de los. Es un campo tan vasto que aquí sólo podemos mencionarlo de paso. Indiscutiblemente, los colores tienen su propio valor de expresión y pueden influir directamente sobre la psique, como se revela por los modernos intentos de crear una cromoterapia que se ocupa positivamente de trastornos psíquicos y enfermedades psicosomáticas. Hay que tener en cuenta que los colores no despiertan emociones y afectos por igual en todas las personas, sino que existen diferencias en los valores cromáticos preferidos o rechazados, lo cual se explota en el test de colores de Lüscher con fines de diagnóstico. Para ello se seleccionan 23 colores de test según los matices más agradables y más desagradables. La interpretación psicológica de la «pirámide de colores», según Pfister-Hei*β*, atribuye por ejemplo al color *azul* un efecto de expresión moderadora en relación con el dominio de la vida afectiva e instintiva. El *rojo*, en cambio, es un color afectivo y se relaciona con la capacidad de poder recibir y descargar inmediatamente estímulos externos. El color anaranjado (para el cual no hay una palabra antigua propia) actúa sobre el afán de rendimiento y de notoriedad; el *marrón*, sobre la relación positiva con la «madre *Tierra*».

A pesar de las diferencias individuales en la valoración de los colores, las culturas antiguas elaboraron modos de simbolismo cromático determinados convencionalmente, y, por cierto, generalmente en relación con el afán básico de orientarse en el mundo de lo múltiple e introducir principios de orden. Así, muchas veces se relacionaron los colores fundamentales con los puntos cardinales y con los *elementos* y se los inscribió en un esquema de *cruz* o de cuadrado. El lenguaje popular ha encontrado su propia comprensión del simbolismo de los colores: *verde* es la esperanza; *azul*, la fidelidad; *amarillo*, los celos; *rojo*, el amor; *blanco*, la inocencia; y el *negro* es la muerte. La iconografía de la *alquimia* desarrolló un particular simbolismo de los colores, según el cual, por ejemplo, el verde significa un fuerte disolvente; el rojo y el blanco, en cambio, significan el *sistema dual* de los principios primarios *azufre y mercurio*. Entre los antiguos mayas de la América central, los puntos cardinales en el orden de sucesión de este, norte, oeste y sur se relacionaban con rojo, blanco, negro y amarillo, mientras que en la antigua China este, sur, oeste, norte y centro al mismo tiempo significaban los colores azul, rojo, blanco, negro y amarillo. Si en la comprensión del simbolismo europeo de los colores las *rosas* rojas representan la expresión del amor ardiente, en el antiguo Egipto todo lo rojo (coloreado con ocre) se tenía por amenazador y dañino. En heráldica rige en primer lugar la idea de que todos los colores tienen el mismo valor, pero en el Renacimiento se desarrolló un complicado simbolismo de los colores heráldicos; por ejemplo, en relación con los *planetas*: amarillo (*oro*) - *Sol*; blanco (*plata*) - *Luna*; rojo - *Marte*, hierro; azul - *Júpiter*, estaño; negro - *Saturno*, plomo; verde - *Venus*, cobre; púr-

pura - *Mercurio*, mercurio. Según Böckler (1688), oro o amarillo significa virtud, entendimiento, prestigio y majestad; blanco o plata, pureza, inocencia, alegría; rojo, «ansia ardiente de virtud» y un «corazón entregado a Dios, que está dispuesto a derramar su sangre por la palabra de Dios»; azul significa constancia, lealtad, ciencia y «cordial devoción para con Dios»; negro, «tristeza, humildad, infortunio y peligro»; verde, libertad, belleza, alegría, salud, esperanza y mansedumbre; púrpura o violeta, «vestidura regia»; anaranjado, fama inconstante y propia, el color de la piel, «inconstancia y veleidad». A ello se añaden todas las fantásticas declaraciones simbólicas posibles de las combinaciones de colores: azul con oro, descortesía; negro con oro, honor y larga vida; negro con azul, apacibilidad; verde con oro, testarudez; verde con azul, alegría constante; rojo con plata, deseo de vengarse; rojo con verde, audacia de la juventud, etc.; sin embargo, semejantes especulaciones eran ajenas a la *heráldica* en la Edad Media y no se hicieron hasta que el arte heráldico ya no tenía nada que ver con la caballería en el sentido antiguo. Por lo demás, hay que tener en cuenta que la elección de los colores tenía que ver también con la disponibilidad de los colorantes. En la pintura rupestre prehistórica, por ejemplo, no aparece un auténtico azul, porque no existía para ello la sustancia básica apropiada.

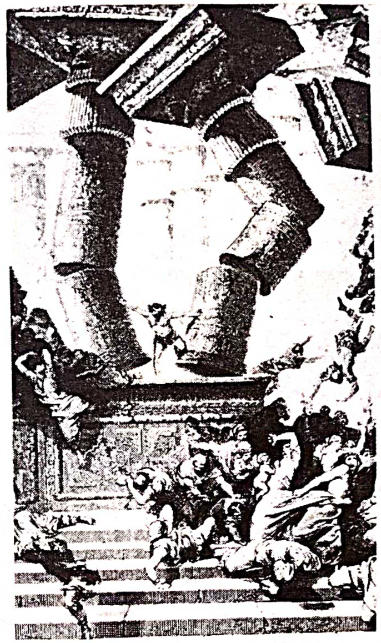
Columnas. Las columnas no son solamente elementos arquitectónicos con función sustentadora, sino que tienen un rico significado simbólico. A menudo flanquean la entrada de santuarios, o en éstos la del lugar santísimo, y están relacionadas conceptualmente con pilares cósmicos (*eje del mundo*): conocida es la antigua idea de las «Columnas de Hércules» al borde



Caroli V. Imperium ſuum in novum orbem proferentis. Aquila ſupra Columnas Herculis evolans. L. PLUS OUTRE : PLUS ULTRA.

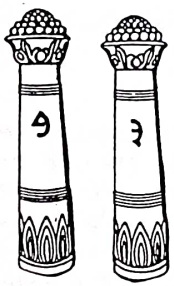
Columnas de Hércules (= Rocas de Gibraltar): «Plus ultra». Encima, la divisa del emperador Carlos V, J. Boschius, 1702

de la ecumene o mundo habitado, junto al límite del Okéanos que lo circunda. En la Biblia (*Job* 9, 6), solamente Dios tiene el poder de derribar las columnas que sostienen el mundo el «día del Juicio final», como hizo Sansón en la sala del banquete de los filisteos (Jueces 16, 25-30). Las columnas colocadas a pares evocan la costumbre egipcia de erigir *obeliscos* de esta forma como puerta de un templo. Son famosas —sobre todo por el *simbolismo francmasónico*— las dos columnas de bronce «Jachin» (Dios hace fuerte) y «Boas» (En Él reside la fortaleza) del edificio del *Templo* de *Salomón*, que se dice que tenían unos nueve metros de altura (también la columna sagrada «*Djed*», del antiguo Egipto, representaba duración y consistencia). En el lenguaje gráfico de los *francmasones* ex-



Columnas: Sansón derribando las columnas del templo. G. Doré (1832-1883)

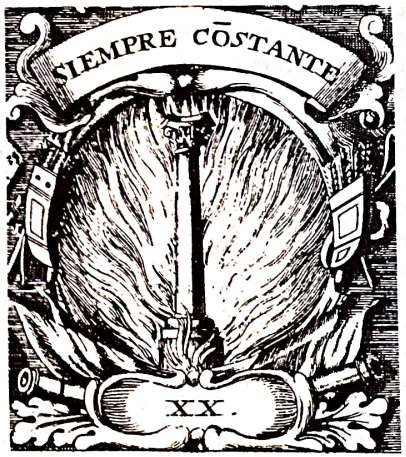
presan «Justicia y Benevolencia», los pilares básicos de la humanidad. Se puede concebir relaciones de las columnas con un *sistema dual* esotérico, por ejemplo, con las sustancias primarias *azufre y mercurio* de la alquimia. La imagen de las dos columnas fue completada más tarde con la de los tres pilares sustentadores (Sabiduría, Fortaleza, Belleza —correspondientes a los tres principales funcionarios de la logia—; en francés Sagesse, Force, Beauté). Véase *nudo*. Según una leyenda copta, en una columna que el rey Salomón mandó traer por un «espíritu *alado*», se sepultaron todos los bienes de sabiduría del mundo que a partir de entonces estaban a disposición del soberano experto en artes mágicas. Hay que observar que la columna de *fuego* y *nubes* mencionada en la Biblia, y que acompañaba a los israelitas en su mar-



Columnas: las columnas Jachin y Boas de la entrada del templo de Salomón en Jerusalén como símbolos francmasónicos

cha por el desierto, probablemente se relaciona idealmente también con las columnas del templo salomónico. Las «*siete* columnas de la Sabiduría» (Proverbios de Salomón 9, 1) se refieren en el cristianismo a los «siete dones del Espíritu Santo»; los apóstoles de Cristo son en el Apocalipsis de Juan las columnas de la «*Jerusalén* celestial». Las columnas no siempre tienen carácter religioso, sino que pueden ser también monumentos triunfales (por ejemplo, la Columna Trajana en Roma). Con frecuencia se relacionan con el simbolis-

Columnas, hasta en el fuego «siempre constantes». J. Boschius, 1702



mo del *árbol*, mientras que el psicoanálisis hace referencia a su carácter fundamentalmente fálico.

Compás, en Occidente, particularmente desde la Edad Media, el instrumento para dibujar un *círculo* impecable, un símbolo de la geometría, el orden cósmico y la acción planificadora. A este respecto ha conferido una especial dignidad simbólica a este instrumento de dibujo sobre todo la tradición secreta de los constructores de las catedrales. Ilustraciones de libros medievales muestran al Creador del mundo como geómetra que con el compás construye el orbe. Como atributo aparece este instrumento en personificaciones de «artes liberales» como Astronomía, Arquitectura y Geografía. Todavía hoy, en el mundo de *símbolos francmasónicos*, el compás (junto con el sagrado *libro* y la *escuadra*) es una de las tres «grandes *luces*», y sobre todo en el sentido de la referencia al círculo ideal del «abarcador amor al prójimo». Con ello debe dar expresión a la actitud regulada frente a los hermanos de la liga y a la humanidad entera. En ritos de iniciación se enseña que una punta del compás está fija en el propio *corazón*, mientras que la otra une al iniciado con todos los hermanos. Frecuentemente se representa como emblema la combinación de compás y escuadra, facilitando el compás el dibujo del círculo y la escuadra el del cuadrado. En el sentido de especulaciones cosmológicas muy difundidas, el círculo y el cuadrado representan la unión de *cielo* y *tierra*, por ejemplo, en la arquitectura del Templo del Cielo de Pekín (hoy Beijing). En el simbolismo francmasónico también se tiene en cuenta la abertura de las piernas del compás (la abertura en ángulo recto hace referencia al equilibrio ideal de cuerpo y espíritu), y también a cuál de los

Compás: el centro permanece invariable. Emblema barroco de J. Boschius, 1702

instrumentos mencionados se sobrepone al otro. La escuadra sobre el compás expresa una preponderancia material; el equilibrio de ambos elementos se refleja en una penetración o un cruzamiento; en cambio, el compás sobre la escuadra representa el dominio magistral de la materia por el espíritu. J. Baurnjöpl (1793) resalta que sobre el tapiz de la logia de adopción el compás con las dos puntas señala abiertamente «hacia la salida» (hacia «Oriente»), porque el «hermano francmasón» debe manifestarse abierto con respecto al mundo entero, «como un hombre probo y leal que trabaja para la paz y la dicha suprema».

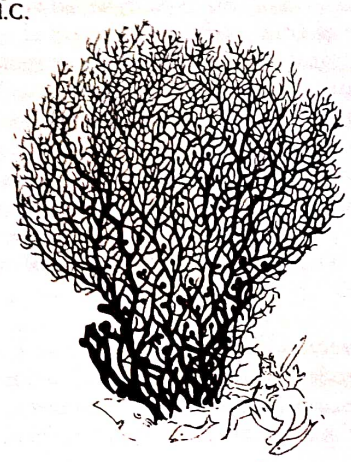
Conchas. Simbológicamente se relaciona la concha con la idea de los órganos del nacimiento (véase *perla*) y de la vulva (en latín concha significa ambas cosas); ciertamente se conocían en la Antigüedad varias clases de conchas (ostrea, ostra; pecten, venera, etc.). Después del fin de la época glacial, las conchas fueron un alimento principal de habitantes

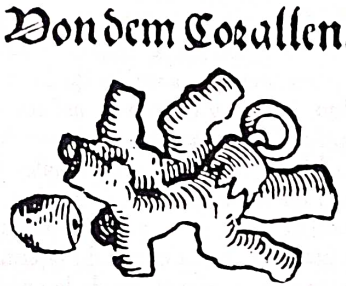
Concha en la boda de mar y cielo. J. Boschius, 1702

de las costas, como lo atestiguan los montones de desperdicios de conchas de varios metros de altura (en danés, kjökkenmöddinger, en español concheros) de esa época. En la iconografía de la antigua India, el dios Vishnú lleva una concha, símbolo del océano como también del primer hálito de vida y del sonido articulado primigenio. El nacimiento de *Venus* (Afrodita) de la espuma del *mar* está representado ya en frescos de Pompeya y posteriormente en Botticelli y Tiziano, en la forma de la diosa de pie en la concha. La concha, como ser acuático, une el simbolismo sexual con la idea de la procreación y de la fertilidad, lo que la convierte en atributo de la diosa del amor. El simbolismo cristiano no quiso saber nada de ello, sino que vio la concha como imagen del sepulcro que abraza al hombre después de la muerte antes de que pueda resucitar. La idea de la fecundación de la concha considerada bisexual mediante la *tau* del cielo la convirtió también en símbolo de María (véase *perla*). La venera (Pecten pilgrimea) era el distintivo de *peregrinos* y atributos de santos como Jacobo el Mayor, en español Santiago, a cuyo santuario en Santiago de Compostela se encaminaban muchos peregrinos, y también de los santos Sebaldo, Roque y Colomán, así como del *arcángel* Rafael como acompañante de Tobías. El libro medieval de animales (Bestiarium) menciona que «la naturaleza, por mandato de Dios, aseguró con sólidos muros la blandura de la carne de la concha, de suerte que en el interior de la envoltura quede protegida como en un regazo» (Unterkircher). Los *cangrejos*, símbolos de hombres seductores e infames, superan, sin embargo, este muro protector, introduciendo piedrecitas entre las valvas y comiéndose el animal.

Corales. En el simbolismo de la creencia popular, los corales se emplean como *piedras preciosas*, a pesar de su origen orgánico, y como tales se los considera. En la «Metamorfosis» de Ovidio se dice que se originaron a partir de la cabeza cortada de la *Gorgona*, cuando las gotas de su *sangre* cayeron sobre la arena. Esto se refiere a las ramas de coral *rojo*, que por ello hallaron su empleo como amuleto para pro-

Corales: «Árbol del mar», Enalia drus, herbario figurativo de Dioscórides. Época bizantina, 512 d.C.



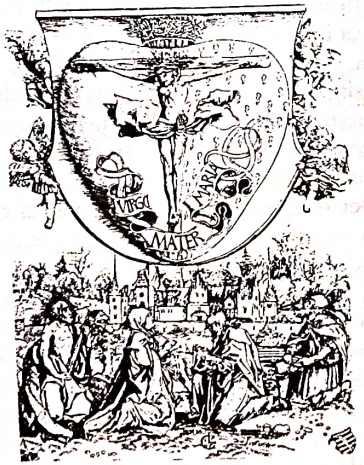


Coral en el «Libro de la naturaleza» de Konrad von Megenberg, 1350 (1535)

teger contra el «mal de *ojo*». El médico antiguo Pedanios Dioscúrides escribe sobre su efecto medicinal y los llama «árboles de mar». El coral simboliza las energías formadoras de imágenes del mundo *acuático*; y en la antigua China, longevidad. En estado pulimentado, el color rojo convertía las ramitas de coral en un material de adorno asignado a *Marte*. También se le configuraba en forma de manecita con el gesto de la *higa* para rechazar fuerzas demoníacas o se hacía resaltar por el mismo motivo la forma fálica (véase *Lingam*) pulimentando las ramas. Especialmente en Italia gozan incluso hoy de predilección amuletos de coral rojo (más raramente de coral *blanco* u oscuro). En la Antigüedad se creía que el coral podía transformar el agua amarga en agua potable y hacer inmune contra el veneno. En el alquímico «Atalanta fugiens» (1618), se reproduce un pescador que saca del agua salada del *mar* los corales rojos y blancos, símbolos de la sustancia primigenia, «materia prima» que ya existe en potencia pero que todavía no se ha solidificado (fijado) en el aire.

Corazón. «El corazón es el que hace surgir todo conocimiento», y «El obrar de los brazos, el caminar de las piernas, el movimiento de todas las partes del cuerpo, se efectúa conforme al mandato que sale del corazón». Unos textos egipcios antiguos expresan así las funciones atribuidas al corazón, sobre todo aquellas que actualmente se asignan al cerebro. Como órgano central de la circulación de la sangre, imprescindible para el mantenimiento de la vida, y especiales situaciones señalizadas por sorprendentes «latidos del corazón», en muchas culturas antiguas se le atribuyeron al corazón unos papeles que, considerándolo racionalmente, no le corresponden. Cierto que no es seguro lo que haya en ello de imagen meramente retórica y de pensamiento expresado literalmente. Para el egipcio de la época de los faraones, el corazón era la sede de la inteligencia, de la voluntad y de los sentimientos. El dios creador Ptah primero trazó el plano del cosmos en su corazón antes de conferirle su forma mediante la palabra. En el juicio de los muertos, el corazón de los muertos es pesado contra una *pluma* (símbolo de Maat, la justicia) para demostrar que no se ha vuelto pesado por me-

Corazón: cuatro santos venerando el escudo de una cofradía del Corazón de Jesús. L. Cranach, 1505



dio de malas acciones; corazón se equipara aquí simbólicamente a «conciencia». En la Biblia, el corazón es la «persona interior», puesto que mientras la persona mira a los *ojos*, Dios mira al corazón (I de Samuel 16, 7). De Dios mismo se dice que «tuvo pena en su corazón» (Génesis 6, 6). En el Nuevo Testamento se dice que por medio de la fe habita Cristo en el corazón (Efesios 3, 17). En la India, el corazón es muchas veces la sede del Atman, la contrafigura del Absoluto (Brahman) en el hombre. El islam ve el corazón envuelto en varias capas como asiento físico de espiritualidad y contemplación. En el Imperio Azteca reinaba la idea de que el *sol* había perdido su fuerza durante su viaje nocturno a través del mundo subterráneo, había enflaquecido hasta quedar como un esqueleto y sólo podía ser reforzado de nuevo mediante la *sangre* del corazón de hombres sacrificados ritualmente. El corazón, yollotli, era considerado como el asiento de la vida y del alma. A los muertos, antes de que se quemaran sus cadáveres, se les metía en la boca una *piedra preciosa* verde, que debía significar el corazón. A partir de la Alta Edad Media, el corazón se romantiza en la poesía amorosa (por ejemplo, «El corazón encendido de amor» de René d'Anjou); en el arte pronto se estilizó y se representó con su borde superior en forma de *senos* y se relacionó en parte con amor terreno, en parte con amor místico-celestial (en este caso, como altar místico sobre el cual los movimientos de la carne son consumidos por el *fuego* del Espíritu Santo). El corazón traspasado por *flechas* es símbolo del Redentor que ama a los hombres y sufre por ellos, y ciertas visiones (María Margarita Alacoque, hacia 1647) hicieron que naciese la devoción del corazón de Jesús, especialmente propagada en el Barroco y todavía hoy practicada en regio-

Corazón: símbolo de ardiente amor (Wilhelm Busch)

nes rurales (la fiesta del Corazón de Jesús se celebra desde 1765 el viernes o el domingo después de Corpus). El corazón de María, conforme a la predicción del anciano Simeón («También tu alma será atravesada por una *espada*», Lucas 2, 35) se representa traspasado por una o por *siete* espadas (la fiesta del Corazón de María se celebra desde 1805 el domingo después de la Asunción de la Virgen). «Un corazón alegre alegra la cara, la pena del corazón oprime el alma. El corazón del inteligente busca conocimiento...» (Proverbios de Salomón 15, 13s).

Cordero. El *cordero*, por su carácter puro y conmovedora «inocencia» es símbolo de la criatura pura e inocente que entre los israelitas se sacrificaba como cordero pascual. La imagen del divino pastor que conduce los rebaños de su pueblo, y también la imagen del siervo de Dios al que se lleva como un cordero al sacrificio (Isaías 53, 7) dio la imagen neotestamentaria del «buen pastor» Jesús que busca corderos extraviados. Juan el Bautista (Juan 1, 29) señala a Jesús como el «Cordero de Dios» que carga sobre sí los pecados del mundo. En el Apocalipsis de Juan (14, 1) se habla del Cordero triunfante: «He aquí que un cordero estaba de pie sobre el monte Sión». El Cordero de Dios como sím-

Cordero: Agnus Dei en una llave de la abadía de Cluny, s. XII

Cordero: «Agnus Dei» con nimbo y cruz, símbolo del sacrificio de muerte de Cristo

bolo de Cristo se encuentra ya representado en las catacumbas romanas, mientras que en la iconografía bizantina quedó prohibido por el Concilio de Trulo, a finales del siglo XVII, representar a Cristo como cordero. En cambio, en Occidente, el cordero pascual triunfante con el *estandarte* de la victoria sobre la muerte

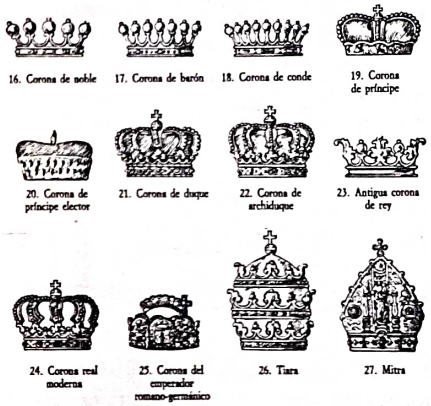
Cordero con estandarte de la cruz y rosa con cruz, «Copyright-Vermerk» de Martín Lutero

fue un símbolo predilecto de la Resurrección y se usó como amuleto en forma de figura hecha de cera bendita. El Cordero de Pascua es también símbolo de los mártires, como por ejemplo el cordero entre *lobos* en la catacumba romana de Pretextato. Un cordero fue lo que sacrificó en el Antiguo Testamento el pastor Abel, y posteriormente fue atributo de santas como Susana e Inés (juego de palabras: Agnes-agnus) y de san Wendelino, patrón de los pastores de ovejas. Los «dramas bucólicos» del Barroco crean una aureola de romanticismo alrededor de la profesión del pastor de ovejas de una manera dulzona y coquetean con la inocencia del corderillo en el sentido de confusión y perplejidad eróticas.

Corneja, pájaro que en el simbolismo no se diferencia del *cuervo*. También se cuenta de la corneja que su plumaje era originariamente *blanco*. En la leyenda griega se relata que el dios del *sol* Apolo hizo vigilar a su amada, la princesa Coronis, por una corneja blanca como la nieve. Ésta no pudo, sin embargo, impedir que la amiga del dios, ya preñada, tuviese relaciones con un príncipe arcadio. Apolo maldijo a la negligente guardiana, volvió *negras* sus plumas y luego mató con sus *flechas* a la amada infiel; su cadáver fue colocado en la pira para su incineración, pero Apolo sacó del *fuego* al niño aún no nacido, el semidiós Asclepio (*Esculapio*). La corneja fue en lo sucesivo considerada un animal oráculo que predecía el futuro, y ocasionalmente también representada como atributo del dios Kronos (*Saturno*, véase *Chronos*) y del dios celta Bran.

Cornucopia (lat. cornu copiae, cuerno de la abundancia). Atributo de *Flora*, también de la diosa de la buena suerte *Fortuna*, al mismo tiempo símbolo de los inagotables dones que al hombre se le regalan sin intervención directa de su parte: una especie de cuerno del que manan sin cesar frutos y otras dádivas deleitables. En el mito griego pertenece la cornucopia a la *cabra* Amaltea, ninfa de figura animal que en una cueva de la isla de Creta amamantó a Zeus en su infancia aún desvalida y le procuró todas las cosas necesarias para la vida. Heracles, que luchó con el dios del *río* Aqueloos, de figura de *toro*, y le rompió un cuerno, devolvió generosamente éste al vencido y a cambio fue indemnizado con la cornucopia de Amaltea. La existencia de cuernos como vasijas sacrificiales para libaciones ya está demostrada mediante representaciones prehistóricas; por ejemplo, la «*Venus* de Laussel».

Coronas:



Corona, tocado que hace aparecer más alta la cabeza del que lo lleva y junto con el adorno lo eleva por encima del Círculo de sus semejantes. Por ello queda legitimado como ser sobrehumano, vinculado con el mundo superior. Tocados en forma de coronas de *plumas, máscaras* con cuernos, etc., aparecen ya en pueblos de cultura sin escritura, pero las coronas en forma de aro son símbolos de la *realeza*. La estructura circular asume el contenido simbólico del *círculo* sin fin, y las *piedras preciosas* añaden a la cualidad de lo suntuoso su especial expresión simbólica. Los dientes en forma de rayos hacen pensar en los rayos del *Sol*, que es como hay que concebir generalmente a los soberanos como representantes de una imagen cósmica patriarcal-solar. Por esto las coronas de los *reyes* se hacen casi siempre del metal solar *oro*. En la iconografía cristiana, la corona no sólo designa la «Maiestas Domini», sino también el grado de existencia más alto que pueda alcanzarse, por ejemplo, en la Coronación de María (ésta suele ostentar una corona de 12 *estrellas* o de 12 piedras preciosas) o en la representación de mártires, que a menudo se representaban con coronas en *manos* envueltas por un velo. En el *simbolismo francmasónico*, a los «Cuatro Santos Coronados» (Quattuor Coronati), mártires de su fe, se les considera patronos de la logia de investigación del mismo nombre. En la plástica medieval, se representan coronadas las *virtudes* de la Fe, la Esperanza y la Sabiduría (*sophia*), al igual que la Iglesia (ecclesia), mientras que la Sinagoga, personificación del judaísmo, tiene que llevar a menudo una corona ladeada sobre la cabeza (y también se la reproduce con *ojos* vendados). Una triple corona (*tiara*) designa al Papa, una quíntuple simboliza a Dios *Padre*. En el simbolismo del este asiático, una corona de forma parecida a una flor se considera signo simbólico del anhelo de elevado grado de desarrollo y de elevación del elemento espiritual sobre la corporalidad. Los príncipes de los sacerdotes de los mayas del Yucatán ostentaban coronas de fantásticas formas, mientras que la doble corona del antiguo Egipto hace referencia a la unión del Alto y el Bajo Egipto. Los sumos sacerdotes judíos y los reyes del imperio azteca llevaban coronas en formas de diadema. Desde el punto de vista de la simbología, en Occidente hay afinidad entre las coronas

Corona: adorno de la cabeza de un rey, bronce sasánida (Persia), siglo VI-VII d.C.

de novias y las coronas de difuntos, que hacen referencia a la transición a un nuevo estado de existencia, pero son de forma más sencilla y pueden más bien considerarse un adorno. Véase *buitre*.

Corona (griego stephanos, lat. corona), un entrelazamiento circular de hojas y flores que hace referencia a una distinción temporal, objeto perecedero y distinto de la *corona* que simboliza soberanía. No siempre se ostentan las coronas como adorno de la cabeza, sino que sirven también como dones con el símbolo del *círculo* (durabilidad) en actos honoríficos y celebraciones fúnebres. En la Antigüedad, se relacionaba así el símbolo del *anillo* con el de la fuerza vital de las plantas. Se coronaban los vencedores en juegos de competición, pero no sólo a los triunfadores, sino también, por ejemplo, a los animales de sacrificio. En el simbolismo cristiano, la corona es a menudo símbolo de la victoria sobre la oscuridad y el pecado, como la corona de las *vírgenes* o la pequeña corona que llevan las niñas en la primera comunión en la Iglesia católica, de un modo parecido a la corona de las novias. En la Biblia (Isaías 28, 5), se comparan con una «preciosa corona» los restos nuevamente reunidos del pueblo extraviado. Las coronas de flores se consideraban muchas veces símbolos de las alegrías de este mundo y de una vida disipada, como por ejemplo, la corona de *hiedra*, que, según una antigua creencia popular, debía proteger contra la embriaguez. Actualmente, en las fiestas eclesiásticas, las iglesias suelen adornarse con entrelazados, parecidos a coronas, de ramitas y flores, símbolos de la vida eterna, de la resurrección y de la alegría. La corona de *espinas* de Jesús debe concebirse como parodia de la corona de *rosas* de los césares romanos y en conexión con ello se considera como atributo de santas como María Magdalena, Verónica y Catalina de Siena, mientras que una corona de rosas adorna las sienes de santa Cecilia y santa Flavia. Las auténticas coronas se configuran a veces como coronas metálicas. Las coronas de *laurel* eran símbolo de Apolo, las de perejil lo eran de Zeus en los Juegos de Nemea (en otras ocasiones, coronas de olivo); las coronas de espigas estaban consagradas a Deméter (lat. Ceres), las de pino a Poseidón, las de hinojo al dios frigio de la agricultura,

Corona: «Confiere paz a la victoria». J. Bochius, 1702.

Sabazios. Coronas de hojas de *encina* adornaban las sienes de los salvadores de peligro mortal.

Corza, en muchos mitos, símbolo de la naturaleza animal femenina que puede tener carácter demoníaco, aunque la corza nos parezca una criatura mansa y suave. La segunda de las proezas de Heracles fue la captura de la corza de Keryneia (la «corza cerinítica»). El carro de la diosa de la caza Artemis (lat. *Diana*) estaba tirado por corzas. Las corzas desempeñan también un papel importante en los mitos de los pueblos asiáticos. En el ámbito uraloaltaico, la corza es la antepasada sobrenatural de varias tribus (véase *tótem*). Según la leyenda del origen de los húngaros, una corza que huía atrajo hacia un pantano a dos cazadores, y en el pantano se transformó en dos princesas que se unieron a los dos cazadores y se convirtieron por un lado en antepasados de los húngaros y por otro lado de los hunos. También en el árbol genealógico de Gengis Khan, la corza es la madre primigenia, y un *lobo* el padre. Dícese que a unos guerreros francos que huían, una corza les indicó un vado salvador a través del lecho del río Main. En muchos cuentos antiguos europeos, mujeres jóvenes y muchachas se transforman en corzas. Una antigua leyenda china habla de una corza que da a luz una niña humana, que más tarde es criada por un hombre; sin embargo, al morir desaparece su cadáver y con ello se manifiesta su origen sobrenatural. Es posible que en ritos prehistóricos de consagración de la juventud, las corzas fueran animales simbólicos de mujeres que habían de ser iniciadas. En los mitos de los mayas del Yucatán aparece un dios de la caza, Zip, que bajo el nombre de A Uuc Yol Zip está representado en las antiguas inscripciones jeroglíficas como

Corza: atributo de san Egidio. Leyenda de santos de W. Auer, 1890

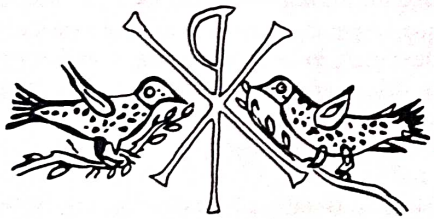
un hombre con cornamenta en unión sexual con una corza.

Crisantemo, una flor altamente apreciada en el Asia oriental, emblema imperial en el Japón, en la China símbolo del otoño, como lo es de la primavera la flor del *ciruelo*. Su nombre (chü) suena lo mismo que «esperar, permanecer», e induce a reflexionar, lo cual se expresa también en la lírica («Al resplandor de mi pequeña lámpara, oh amarillos crisantemos, os habéis puesto intensamente pálidos» o «En tardío esplendor florecen los crisantemos»). Motivos florales a base de crisantemos solían adornar las suntuosas vestiduras.

Crismón, el monograma formado por las dos letras iniciales de la palabra Christos, X (chi) y P (rho), símbolo literal para el Cristianismo desde el tiempo de Constantino el Grande y representado a menudo en estandartes de la Iglesia, con frecuencia rodeado de un *círculo* o corona de

Crismón: el monograma ji-ro (jris)

victoria. En el *lábaro*, bandera de la cruz, este signo debió de acompañar a la victoria de Constantino sobre Majencio en el año 312 d.C., según la profecía hecha a Constantino, «In hoc signo vinces» (Bajo este signo vencerás); pero está demostrado que ya se había utilizado anteriormente. Designa el triunfo del cristianismo sobre el orbe terráqueo o el triunfo del Redentor sobre el dominio del pecado. Ocasionalmente se representa el XP (chi-rho) dentro de un triple círculo (referencia a la *trinidad*) y combinado con las letras *alfa y omega* a los lados. En el círculo, el monograma de Cristo actúa como símbolo solar en forma de *rueda*, lo cual refuerza el carácter triunfal del signo.



Crismón: pintura mural de las catacumbas con palomas y ramos de olivo

Cristal, en la simbología, expresión de las fuerzas formadoras de figuras en el mundo mineral. Cristales de todas clases, especialmente las *piedras preciosas* pulimentadas o piedras semipreciosas naturales, poseen, más allá del valor material, una innegable fascinación, atraen la mirada del observador hacia sí mismo y pueden servir como ayudas para la meditación y la concentración, como los diagramas de *Yantra* dibujados o pintados. Dado que en los cristales se presentan múltiples fenómenos de *reflejo* y de refacción de la luz, a algunas personas les excitan poderosamente la fantasía y pueden provocarles imágenes visionarias que desempeñan un gran papel en la magia adivinatoria (cristalomancia). Sin embargo, la bola de cristal de los «clarividentes» hoy no es casi nunca de origen mineral, sino una bola lo más ideal posible de vidrio claro. En el simbolismo cristiano, el cristal de roca, que no brilla por sí mismo pero refleja la luz de *sol*, es un símbolo de María. Puesto que los cristales son palpablemente materiales aunque también transparentes, representan «lo incorpóreo dentro de lo corpóreo». Véase *diamante*.

Cristóbal, una leyenda de santos personificada; detrás de ella no se encuentra ninguna personalidad que pueda captarse históricamente, pero este santo imaginario ya fue venerado en el siglo V y se le considera como uno de los «14 santos auxiliares». La leyenda hace de él un *gigante* llamado Offero o Reprobus de la salvaje tribu de los cinocéfalos (cabezas de *perro*), el cual quería ofrecer sus servicios solamente al más fuerte. Un *rey* y el *diablo* resultaron ser miedosos, pero quedaba el niño Jesús. El gigante debía pasar al Niño a través de un *río* (símbolo del paso; véase *más allá*), y el niño se volvió tan pesado que con su peso hizo que el gigante se hundiera en el agua y entonces le bautizó con el nombre de Christophorus, portador de Cristo. Dícese que murió como mártir bajo el emperador Decio y su día era el 25 de julio. Cristóforo o Cristóbal fue representado

Cristóbal: grabado en madera, Buxheim, 1531

como gigante con una vara o bastón *verde* en la mano (símbolo de la justificación por la gracia divina) y con el niño Jesús sobre el hombro, sosteniendo en la mano el símbolo del mundo en forma de *manzana* imperial. Los frescos de san Cristóbal en el interior de las iglesias se explicaron con la creencia popular de que todo aquel que miraba aquella imagen aquel día no moriría (lo cual animó a visitar con mayor frecuencia la iglesia). Por consiguiente, Cristóbal fue considerado como protector contra la muerte repentina, y por ello en la actualidad como patrono de los automovilistas. Prototipos iconográficos podrían ser representaciones egipcias tardías de Anubis con cabeza de *perro* con el niño Horus o imágenes de Heracles con el niño Eros sobre el hombro. El santo imaginario se considera como símbolo del creyente, que, confesando a Cristo, lo lleva por el mundo y con ello salva su alma. La «Legenda aurea» de Jacobo de Vorágine (hacia 1270) refiere sobre él: «Él llevó a Cristo de cuatro maneras: sobre los hombros cuando lo transportó a través del agua; en su cuerpo mediante la mortificación que se infligía; en su espíritu por medio de su ferviente devoción; en su boca mediante su confesión y su predicación». En leyendas judías e islámicas, el patriarca *Abraham*, que sólo quería servir al señor más alto y de este modo llegar al conocimiento de Dios, desempeña a este respecto el papel de Cristóbal. (Véase *estrellas*.)

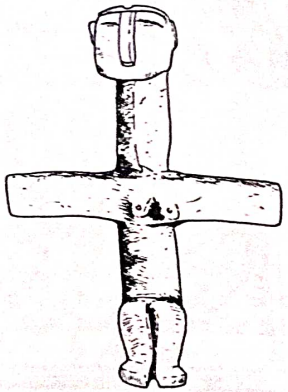
Cronos, símbolo personificado del tiempo, que a menudo no se distingue del dios Kronos (lat. *Saturno*); por ello Saturno se representó a menudo con símbolos de la inconstancia de las cosas humanas, símbolos que propiamente son adecuados para Kronos: reloj de arena y guadaña. El Cronos que devora a sus hijos se convirtió en símbolo del tiempo, que crea y destruye de nuevo. En las antiguas religiones de misterios era Cronos un dios primigenio del cosmos, llamado también Aión, el creador del mundo surgido de la *oscuridad*, el que crea del éter el *huevo* primario de plata. En muchos relojes del Barroco se hallan representadas figuras de Cronos, custodio del tiempo. La fugacidad del tiempo que corre se insinúa a menudo mediante sus *alas*, su cruel inflexibilidad mediante la *guadaña* con la que (en la Teogonía de Hesíodo), había castrado al dios Urano, de cuyas gotas de sangre que entonces se filtraron en la tierra nacieron las furias (griego *erinios*).

Cronos como ser alado. St. Hawes, The Pastyme of Pleasure, 1509

Cruz, el más universal entre los signos simbólicos, de ningún modo limitado al ámbito cristiano. En primer lugar reproduce la orientación en el espacio, el punto de intersección de *arriba/abajo* y de *derecha/izquierda*, la unión de muchos *sistemas duales* en forma de una totalidad que corresponde a la figura humana con los brazos extendidos. Representa con respecto a los puntos angulares la *cuaternidad*, pero también el número *cinco*, con inclusión del punto de intersección (del punto de vista propio). Junto con el círculo es un elemento estructural de muchas imágenes de meditación de mandalas y planos de templos e iglesias. A menudo se disponen en forma de cruz en muchas culturas representaciones de la imagen del cosmos (por ejemplo, en el «Codex Fejérváry-Mayer» del antiguo México). También se representó de esta manera el *paraíso* bíblico con los cuatro *ríos* que nacen de él. La cruz dentro de un círculo (cruz de *rueda*), junto al significado cosmológico, es también símbolo de la división del año en cuatro secciones. Con respecto al eje vertical, la cruz, que une el cenit y el nadir, tiene también relaciones simbológicas con el *eje del mundo* (véase *árbol, montaña, estaca*). Horizontalmente, la cruz divide los *cuadrados* en cuartos iguales, como la disposición ideal de la ciudad romana con las calles Decumanus y Cardo, existentes en todos los campamentos, que se cruzan en el centro. Antiguos establecimientos de ciudadanos se dividen también en época posterior en auténticos «cuartos de ciudad» (barrios); también hay mapamundis medievales que están construidos a menudo (junto al esquema en T) en forma de cruz con *Jerusalén* en el centro. Las encrucijadas se relacionan a menudo con las intersecciones de las calles de los vivientes y de los muertos, como por ejemplo, en el simbolismo de pueblos africanos. En prescripciones de conjuros mágicos, tales encrucijadas se recomiendan frecuentemente porque retienen a los espíritus que están indecisos sobre qué camino podrían tomar.

Muchas veces los cristianos interpretaron erróneamente que las cruces existentes en otras culturas eran indicio de olvidados misioneros cristianos, como por ejemplo, la cruz de hojas parecida a un

Cruz: estatuilla en forma de cruz, de piedra, de 6 cm de altura. Lemba-Lakkous, Chipre, hacia 2500 a.C.

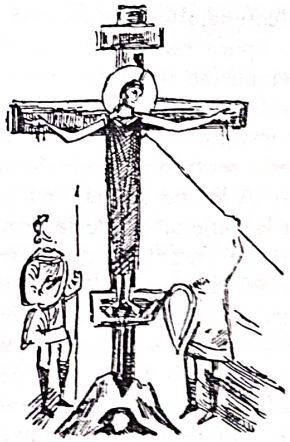


Cruz: cruz de burla de un no cristiano, grafito, siglo II («Alexamenos venera a su dios»); asno crucificado

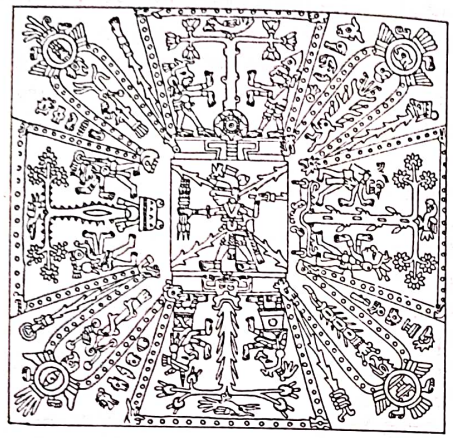
árbol en el «temple of the Foliated Cross» de la ciudad maya de Palenque en el Yucatán, que, sin embargo, representa un *árbol* cósmico. La especulación cristiana con los símbolos relaciona imágenes de orientación cruciformes con un centro ideal con la imagen de la Cruz de Cristo, por ejemplo, en la historia transmitida extraeclesialmente del «Libro de *Adán*» (véase *caverna*): por mandato de *Noé*, el hijo de éste, Sem, y su nieto Melquisedec, guiados por un *ángel*, trasladan a un nuevo lugar, «al centro de la tierra, los huesos de Adán enterrados en una cueva. Y allí coinciden cuatro extremos. Porque cuando Dios creó la tierra, su fuerza se extendió ante ella y la tierra corrió hacia ella desde cuatro lados como viento y suave brisa. Y allí (en el centro) se detuvo su fuerza y reposó. Allí se realizará la Redención... Cuando ellos llegaron al Gólgota, que es el centro de la tierra, el ángel mostró a Sem este lugar... Entonces las cuatro partes se separaron y la tierra se abrió en figura de una cruz, y Sem y Melquisedec depositaron allí el cadáver de Adán..., los cuatro lados se movieron y rodearon el cadáver de nuestro padre Adán, y se cerró la puerta de la tierra exterior. Y a este lugar se le llamó "lugar de la calavera", porque en él se puso la cabeza de todos los humanos...». Por esto algunos cuadros medievales de la Crucifixión suelen mostrar al pie de la Cruz de Cristo en el Gólgota la calavera del patriarca Adán (W. Müller, 1961). El simbolismo cristiano corriente de la cruz se refiere a un instrumento de la ejecución de Cristo, un instrumento de excesiva crueldad, que, sin embargo, mediante la Resurrección, se convirtió en un símbolo de la vida eterna. En el cristianismo primitivo, a causa del oprobio que representaba aquella especial manera de ejecución, en Europa se aceptó al principio solamente con reparos (comparable, por ejemplo, con la horca de época posterior) y sólo pasado algún tiempo (en la época románica) fue reconocida como símbolo del triunfo sobre la muerte. La cruz de fecha más antigua en este sentido procede del año 134 (Palmira). A los no cristianos les parecía grotesca la veneración de la cruz, como lo demuestra un grafito de hacia el año 240 d.C. del Palatino, en Roma, que muestra un crucificado con cabeza de *asno* y con la inscripción «Alexamenos venera a su dios» (Crucifijo de burla). Como cruz disimulada puede considerarse la forma de *ancla* (cruz sobre una media luna en forma de U).

En el caso de la crucifixión de Jesús, la cruz tenía probablemente la forma de T (patibulada), y como «cruz en forma de tau» —también llamada cruz de san *Antonio*— constituía un antiguo símbolo de la elección divina, mencionado en el Antiguo Testamento (por ejemplo, en Ezequiel 9,4). Desde un punto de vista formal recuerda también el símbolo del *martillo* (el martillo de Thor era uno de los amuletos preferidos de los germanos). Coronada por un círculo o lazo oval, se convierte en la cruz egipcia de la vida (cruz *anj*, cruz ansada, cruz ansata), representada a menudo en la mano de dioses o de faraones, por ejemplo, de Atón, dios del *Sol* en el monoteísmo de Ekhnatón (Amenofis/Amenhotep IV). Los cristianos egipcios (coptos) aceptaron la cruz ansada como símbolo de la vida eterna que nos mereció la muerte sacrificial de Cristo; aparece grabada en piedras sepulcrales de los siglos VI-IX. Actualmente la utilizan como emblema diversos grupos esotéricos que apelan a la «sabiduría antigua».

Entre las numerosas variantes de cruz con significado diferente cabe mencionar también la Cruz de San Andrés en forma de X, Crux decussata, en la que se dice que fue ajusticiado el apóstol Andrés, y



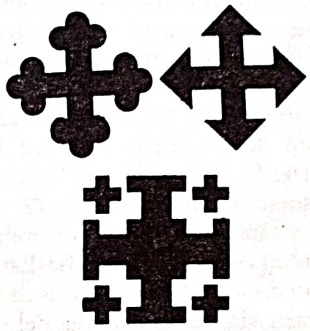
Cruz: muerte de Cristo en la cruz, de un saltario bizantino del British Museum, del año 1066



Cruz: cosmograma estructurado en forma de cruz del «Codex Fejérváry-Mayer» del antiguo México

que aparece como marca tanto en hallazgos prehistóricos de huesos como también en utensilios mágicos (por ejemplo, en el cuchillo destinado a ahuyentar las *brujas* del tiempo); asimismo la Cruz de San Pedro, cuyo travesaño está puesto muy bajo porque se dice que el Apóstol fue ejecutado en una cruz invertida. Las cruces potenzadas son cruces en T multiplicadas en forma de cruz que aparecen en la época merovingia y fueron acogidas en el arte sacro como «cruces litúrgicas». La «cruz rusa» consiste en una cruz con letrero (Titulus) y travesaño para los pies colocado en forma oblicua. La cruz en Y ahorquillada o cruz del buen ladrón va provista a menudo de ramas y hace referencia a antiguas imágenes simbólicas del *árbol* de la vida.

En *heráldica* se conocen numerosas formas de cruces que en parte poseen un significado simbólico. Cabe mencionar, entre otras, la Cruz de Jerusalén, una cruz potenzada con cuatro pequeñas cruces en las esquinas, que fue el escudo del Reino de Jerusalén durante las Cruzadas. Las *cinco* cruces (juntas) hacen referencia a las cinco llagas del Crucificado. La combinación de cruz y *círculo*, en la que los maderos rebasan el círculo, como en la «cruz irlandesa», se llama «cruz de queste», o abreviadamente «queste», significando «queste» la búsqueda de aventuras caballerescas como prueba de valor. Se designa como cruz de *lirio* una imagen heráldica en la que los cuatro extremos de la cruz muestran el símbolo simplificado del lirio. Aparece también en la variante de la cruz de lirio cuyo brazo inferior termina en punta. La cruz de lirio es el distintivo de la orden militar de caballería de Alcántara en Castilla, fundada en el año 1156. La cruz de *flecha* presenta en los extremos de la cruz puntas de flecha; es un símbolo *político*, llamado en Hungría nyilaskereszt, y como emblema del partido fascista de allí en los años treinta debía recordar las flechas de los conquistadores magiares del país húngaro y con ello la grandeza de entonces. En Austria la cruz potenzada era al mismo tiempo el símbolo político de «Frente Patriótico» que con ello esperaba establecer un signo contrario a la cruz gamada (*esvástica*) del nacionalsocialismo que reinaba



Cruz: formas de cruz heráldicas (cruz trebolada, cruz de flechas y cruz de Jerusalén)

en Alemania. Esta última era el distintivo de la «Sociedad de Thule» fundada en 1918 y de la «Brigada Ehrhardt» y fue incorporada en 1920 a la bandera del Partido Nacionalsocialista, y concebida por Hitler como símbolo de la «lucha del hombre ario». Otras cruces empleadas en heráldica son, por ejemplo, la cruz *trebolada* como símbolo de san Patricio, la cruz de Malta con los brazos escindidos, etc.

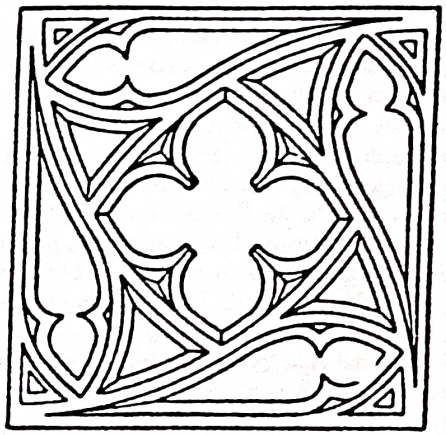
Una referencia a la omnipresencia del símbolo de la cruz se halla en el relato de Garcilaso de la Vega, descendiente de los incas, que escribe: «Los reyes Incas poseían en Cuzco una cruz de mármol rojiblanco que recibe el nombre de "jaspe cristalino"; no se puede decir desde cuándo la poseían... La cruz era cuadrada, tan ancha como alta; mediría unos tres cuartos de vara, tal vez menos, cada brazo de tres dedos de ancho y de igual profundidad. Estaba tallada de un solo bloque, las esquinas finamente trabajadas, el mármol bien pulimentado y reluciente. La guardaban en una de sus casas reales que ellos llaman huaca, que significa "lugar sagrado". No la adoran, pero la veneran, posiblemente por su bella forma o por otro motivo que no pueden decir». También se encontró una parecida cruz de piedra en la base de un esquema de construcción cuadrada entre los restos de la Creta minoica, sin que este paralelismo significase más que una referencia a la presencia de un símbolo primitivo en diversas provincias culturales de la tierra; se trata evidentemente de una cruz de coordenadas que facilita al hombre la posibilidad de orientarse en el espacio y en el tiempo.

Cuadrado (en griego tetragon), símbolo geométrico que expresa la orientación del ser humano en el espacio, la organización del ámbito de la vida según las regiones del mundo y sus guardianes sobrenaturales en el sentido de una «localización cuádruple». Al igual que en la *cruz*, también en el cuadrado se halla en primer término el deseo de encontrar el camino en un mundo que aparece como caótico, mediante la introducción de direcciones y coordenadas. La cuadratura lleva en sí un principio de orden que parece innato al hombre y, en el sentido de un *sistema dual*, se opone al *círculo*, que representa potencias celestiales. La mística «cuadratura del círculo» (propiamente: transformación de un círculo en un cuadrado de igual superficie con instrumentos geométricos) simboliza el deseo de llevar los dos elementos «celeste» y «terrestre» a una coincidencia ideal (lat. coincidentia oppositorum). Muchos *templos* se han construido conforme a planos en forma de cuadrado que en su estructura escalonada deben corresponder a la *montaña* cósmica, como por ejemplo, en los templos de Angkor en Camboya. En relación con el círculo se manifiesta el cuadrado en el plano del Templo del *Cielo* de Pekín (Beijing) o en el Borobudur de Java. También ciudades imaginarias, como la «*Jerusalén* celestial» del Apocalipsis de Juan o la «Cristianópolis» de J. V. Andreäs (siglo XVII), reproducen este tipo de ciudad ideal

según el cual se organizó la construcción de las ciudades romanas antiguas con sus barrios uniformes. Este tipo de construcción se considera reproducción del cosmos a escala humana, en cuyo centro se imagina el pilar celeste (el *eje del mundo*). En la antigua China, en Persia y Mesopotamia, la imagen de la Tierra se ha representado en forma de cuadrado y en la antigua India aquélla se llamó «chaturanta» (de cuatro extremos). Según tradición de la antigua China, una vez salió del Hoangho un cuadrado subdividido en nueve campos, el «Plano del *Río*» (ho-t'u), un «cuadrado mágico» cosmológico. Tales cuadrados en el mundo antiguo se construían en diversa relación con letras y números y la armonía de las sumas finales o la intercambiable legibilidad de las letras simbolizaban la concordancia con las leyes del plan arquitectónico del cosmos.

También en ciertos *juegos* se expresa la cuádruple orientación de la imagen del mundo, por ejemplo, en el patolli del antiguo México o en el ajedrez del antiguo mundo. Esto se ve aún más claramente en el juego de «*tres en raya*», que consiste en tres cuadros dibujados concéntricos con senderos de unión (en parte también en los puntos de las esquinas, de ordinario solamente en el centro de cada uno de los lados) y aparece en el ámbito de los Alpes (Austria, Italia), Francia, Inglaterra (isla de Man), en los Balcanes, en Afganistán (región del Pamir), y también en cerámica prehistórica (cultura de Villanova y de Este, Italia), así como en figuras beocias de ídolos. Un valor simbólico más allá del significado como tablero de juego es por ello incontestable y sólo se puede reconocer en relación con antiguos cosmogramas. Signos de meditación de *mandala* indobudistas generalmente combinan el círculo como símbolo de la iluminación (bodhi) con la mirada puesta en la comunidad (sangha) con el cuadrado para llegar a una figura total armoniosa (*yantra*). Véase *Tierra*, *cubo*.

Cuadrado: redientes de ventana gótica, ajustados dentro de un cuadrado



Cuatro. El cuatro tiene entre los *números* simbólicos un mayor potencial de asociaciones de lo que cabría suponer a primera vista, porque el número tres queda anclado mucho mejor en lo consciente. El cuatro se relaciona con la *cruz* y con el *cuadrado* (cuatro estaciones del año, *ríos* del *Paraíso*, temperamentos, humores corporales, puntos cardinales, *evangelistas*, profetas mayores —Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel— y Padres de la Iglesia —Agustín, Ambrosio Jerónimo, Gregorio el Grande—), pero sobre todo hay que mencionar las cuatro letras del nombre de Dios, el Tetragrámmaton: YHVH, Yahvé(h), con frecuencia vocalizadas con «Jehovah», mientras que el creyente judío sólo lo deletrea por respeto. La antigua China conocía las cuatro *puertas* de la residencia imperial, que se situaba en el topos «centro», cuatro *mares* legendarios alrededor de su reino, cuatro *montañas* (también nombre de los

Cuatro estaciones del año en figura de amorcillos. W. H. Barón de Hohberg, 1675

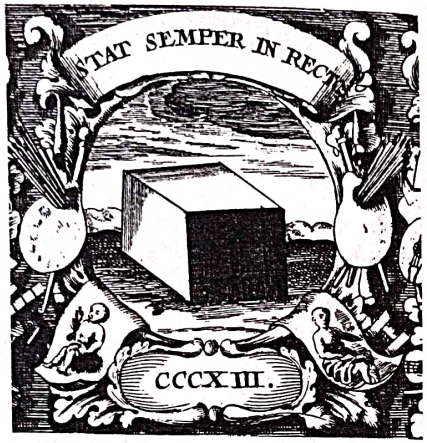
señores feudales), y se dividían las cuatro estaciones del año de modo que hubiera siempre cuatro secciones de quince días. Cuatro grandes reyes legendarios protegían al emperador del *jade*, la suprema divinidad de la religión nacional, Yü-huang-ti; cuatro amuletos repelen influencias demoníacas; las cuatro artes están simbolizadas por el *libro*, el cuadro, la guitarra y el tablero de ajedrez. Los cuatro tesoros de los sabios son la moleta para triturar los colores, la tinta china, el pincel y el papel. Como las «cuatro cuerdas» de la moral se alaban la incorruptibilidad, la vergüenza, la conciencia del deber y el correcto comportamiento ceremonial. «Cuatro verdades nobles» son el fundamento del budismo, mientras que el maoísmo criticaba las «cuatro maneras de vivir anticuadas»: la antigua cultura feudal, la rutina, las viejas costumbres e ideas.

También en el Nuevo Mundo el número cuatro con los puntos cardinales figura entre las ideas cosmológicas más importantes. A ellos se les atribuyen, entre los mayas, colores y «portadores del año» del calendario. En la iconología azteca, cuatro *árboles* cósmicos sostienen el cielo, comparables con los árboles ceiba de colores de la cosmología maya. «Las cuatro principales direcciones del cielo deben de ser el lugar donde se originan los vientos y allí deben de estar las cuatro grandes tinajas de *agua* de las cuales procede la *lluvia*» (Anders, 1963), análogos a los cuatro Bacab, los dioses de los puntos cardinales, que también habían sobrevivido a la «destrucción del mundo por inundaciones» (véase *Diluvio*). La orientación a base de cuatro puntos pudo haber sido una característica simbólica de todas las culturas, que trataban de establecer una posición regular en el cosmos conocido.

Cuco, el «pájaro que dice su propio nombre» (griego, kokkyx, kukkos, lat. cucullus). En muchos pueblos se lo consideraba pájaro de las almas, anunciador del futuro o mensajero de la primavera. El *cetro* de la diosa Hera llevaba un cuco porque Zeus, antes de su *boda* con ella, se había convertido en uno de tales pájaros. La peculiaridad de poner sus *huevos* en nidos ajenos se conocía ya en la Antigüedad. Como «huevo de cuco» se considera todavía hoy un regalo de dudoso valor o el hijo engendrado por un padre ajeno. En la costumbre popular, el número de los gritos de cuco escuchados se consideraba también símbolo de los años de vida que aún le esperaban al interesado o los años que le faltaban hasta su boda. El cuco (por lo menos a partir del siglo XVI) es también un eufemismo de «*diablo*», como en el caso de «*trueno*» o «*buitre*»: «Que el cuco te lleve, vete al cuco». «Yo no quiero ser el cuco, que constantemente grita su nombre» significa: yo no quiero alabarme a mí mismo. Al oír este grito en el ámbito alpino, es usual hacer sonar unas monedas, lo cual jocosamente se explica con la su-

perstición de que durante el año siguiente nunca faltará el dinero. También aquí es evidente que el gran número de gritos de cuco que cabe esperar se relaciona con el gran número de monedas que se espera obtener. En el «Libro de los pájaros» tibetano, que contiene pensamientos lírico-religiosos, el cuclillo es una figura encubierta del Bodhisattva (Redentor) Avalokitéshvara o Tschenresig, que, por lo demás, se personifica en el Dalai-Lama.

Cubo o dado, simbológicamente, la expresión tridimensional del *cuadrado*, un símbolo de lo sólido y duradero; el cristal de la sal de roca que se encuentra en la naturaleza tiene forma cúbica y se considera una prueba evidente de las armónicas «fuerzas de formación de la naturaleza». Seguramente se relaciona con ello la designación alquímica del *«elemento»* sal como símbolo de lo palpable. Entre los «cuerpos regulares» de Platón, al cubo se le atribuye el elemento tierra. En el *simbolismo francmasónico* el cubo representa la *«piedra labrada»*, surgida de la «piedra tosca» del aprendiz mediante el *trabajo* que le da forma y simbolizando al oficial. Ahora ya puede encajar en el fundamento del *templo* de la humanidad. Con ello se interpreta la formación como autoeducación moral y la forma armónica como indicación de la atención necesaria que hay que prestar a las normas morales, y por ello el cubo de piedra se convierte en el símbolo social de la francmasonería. El cubo, como dado de juego de azar, está provisto de puntos de manera que cada dos superficies de las caras contrapuestas dan la suma de 7 puntos. En los dados etruscos no figuraban puntos, sino las palabras correspondientes a los números. La locución de «los dados han caído» (la suerte está echada) se remonta a lo que dijo Julio



Cubo: «Siempre está derecho». J. Boschius, 1702

César al pasar el Rubicón en el año 49 a.C., una cita de Menandro (342-291 a.C.) latinizada libremente por Suetonio como «alea iacta est» (en griego «anerrhiphto kybos», «caiga el dado»). Con el humanismo pasó esta sentencia al acervo de citas simbólicas de las personas cultas. En numerosas leyendas y cuentos desempeñan los dados el papel del instrumento que decide la suerte y que manifiesta la decisión sobrehumana. Casi siempre se presta poca atención al hecho de que la ciudad ideal de la *«Jerusalén* celestial» en el Apocalipsis de Juan (21, 16-17) se describe de forma cúbica: «La longitud, la anchura y la altura de la ciudad son iguales», un cubo con la longitud de lado de 12 000 estadios (2 220 km), un cuerpo perfecto sobre la base del número doce. También es de forma cúbica la Kaaba en el santuario de La Meca alrededor de la cual debe caminar todo fiel musulmán.

Cuentos. Los cuentos (populares tradicionales) constituyen una mina de hallazgos para el investigador de símbolos no solamente en el ámbito occidental. También la documentación del acervo de

cuentos de pueblos exóticos carentes de escritura ha sacado a la luz en este campo ricos tesoros de motivos con fondo simbólico. El orden cósmico que aquí reina es el de «otra realidad»; nos hallamos en un mundo de símbolos, de imágenes significativas que llevan en sí su importancia (L. Schmidt)... «La exploración de los motivos de cuentos, en un estudio más preciso de las variantes, debe ir más allá del género. Hay que formular la pregunta acerca del origen: por ejemplo, motivos antiguos y cristianos en el cuento alemán... Una interpretación sólo puede realizarse con la ayuda de todas las posibilidades, desde la investigación de la narración especial pasando por la etnología, la historia de las religiones, la historia del derecho, etc., hasta la investigación especial de los símbolos» (E. Hörandner en Lurker, 1979). Las posibilidades de inserción de diversas disciplinas, en parte rivales entre sí, condujeron a diferentes concepciones en el decurso de los últimos decenios. Las posibilidades de interpretación psicológica, sobre todo de la psicología profunda, en el sentido de C. G. Jung (1875-1961), se ofrecieron a un sector más amplio de lectores mediante innumerables investigaciones aisladas. El punto de partida es la teoría concerniente a la existencia de los arquetipos, es decir, de formas primarias innatas de la humanidad, en las que están infundidos los contenidos de las experiencias y una y otra vez —sin que pueda percibirse una relación histórica— conducen a la formación de imágenes y cadenas de motivos de la misma índole. Esto es cierto en el sentido de esta concepción no sólo para cuentos y mitos, sino también para *sueños*, visiones y ritos que han de concebirse como «exégesis de los símbolos». Se originan, en el sentido de la psicología analítica, no a partir de las experiencias individuales de

Cuentos: grabados para «Caperucita Roja» por Ludwig Richter (1803-1884)

la persona, sino del «inconsciente general (colectivo)», o sea, de un fondo que rebasa las posibilidades del individuo. La índole histórico-etnológica de la discusión concerniente al acervo de los símbolos de los cuentos procede de un modo muy diferente y pone en primer término las peculiaridades especiales del narrador, de su entorno interior y exterior, más allá de la clase de transmisión, de la transformación mediante los documentos y análogos criterios, captándose también detalles de la historia de la cultura que carecen de importancia para el psicólogo. Según Lutz Röhrich, «la equiparación de cuento y sueño aprovecha más al psiquiatra que al cuento», lo cual ciertamente no debe tener un sentido negativo, ya que toda clase de discusión sobre un tema tiene su justificación. También se han publicado

repetidas veces en los últimos decenios los intentos de interpretación por parte de la antroposofía y la psicología. Entre tales intentos se encuentra, en primer término, la observación de grados de madurez intrapsíquica en relación con el argumento de los cuentos y sus motivos simbólicos, para documentar tipológicamente los grados de espiritualización. En toda clase de investigación de los cuentos hay que retener, en general, el reconocimiento de que la manera tradicional popular de contarlos no coloca arbitrariamente imágenes unas detrás de otras, sino que una determinada existencia de motivos va ligada a un consecuente argumento que conduce a un fin predeterminado con la regularidad de una estructura interna. Esto es cierto primordialmente para los cuentos transmitidos completos, mientras que en los pueblos exóticos las cadenas de transmisión ya se han roto en muchas ocasiones y el investigador que trata de documentarse sólo dispone de fragmentos —que a menudo no se entienden totalmente— del acervo de hechos relatados. Muchos de los temas simbólicos tocados en el presente libro desempeñan también un papel en los cuentos, por ejemplo, *águila, hormiga, manzana, ojo, baño* (baño de rejuvenecimiento), *bola* (bola de oro), *oso, árbol, monte, mendigo, abeja, rayo, flor, sangre, pan, puente, fuente, castillo, trueno, dragón, oscuridad, jabalí, piedras preciosas, huevo, lagarto, unicornio, urraca, ángel, asno, lechuza, antorcha, halcón, pluma, roca, fuego, peces, ala, río, rana, zorra, ganso, jardín, oro, grifo, gallo, bosquecillo, martillo, liebre, corazón, bruja, ciervo, perro, islas, virgen, gato, rey y reina, escala, lirio, león, luna, molino, ruiseñor, horno, perla, puerta, cuervo, bandido, gigante, anillo, rosa, sal, sombra, golondrina, cerdo, espada, plata, Sol, araña, estrellas, toro, cigüeña, paloma, diablo, torre, pájaro, carro, bosque, agua y seres acuáticos, vino, lobo, enanos.*

Cuernos. Los cuernos son una característica de las divinidades de forma de *toro*, y también se representan cuando estos seres sobrenaturales se reproducen gráfica y plásticamente en figura humana, también aisladamente de sus portadores propiamente dichos (por ejemplo, en la antigua Creta los «cuernos cultuales», entre los cuales a veces se plantaba la *doble hacha*), con lo cual se convierten en símbolos en sentido estricto. Los cuernos son las armas de los bóvidos, y de ahí la expresión de su fuerza y agresividad. Muchas veces debían representar en forma visual el poder de las deidades dotadas de cuernos, por ejemplo, en relación con animales fuertes como el búfalo salvaje en el arte rupestre postglacial del Norte de África, entre cuyos cuernos se colocaba un disco solar. En el antiguo Egipto, la diosa del cielo Hathor representada a menudo con cabeza de vaca, también lleva el disco solar entre los cuernos. En época más reciente, el dios Amón (en egipcio Amûn) se representaba en el oasis de Siwa frecuentemente con una cornamenta de *carnero*, de donde recibieron su nombre los fósiles de forma parecida llamados ammonitas (cuernos de Amón). A *Alejandro* Magno se le representó también con este tocado después de una visita del santuario como «Hijo de Zeus-Amón». En la Biblia se mencionan altares con cuernos guarnecidos con chapa metálica en los ángulos que se embadurnaban con la sangre de animales de los sacrificios y los reos encontraban asilo cuando podían llegar al templo y tocar tales cuernos. Cuando Yahvé (Amós 3, 14) los corta y los hace caer al suelo, esto significa un terrible juicio de Dios. Es discutible la traducción del pasaje bíblico del Éxodo

Cuernos: figura votiva, guerrero con casco de cuernos. Cerdaña, hacia 1000 a.C.

34, 29s, según el cual *Moisés* al bajar del *monte* Sinaí llevaba unos «cuernos» (karan) en la cabeza. El orientalista A. Jirku hace referencia a unas máscaras hechas de partes de cráneo con cuernos que no se desconocían en la antigua Palestina, y la traducción Vulgata habla de «facies cornuta», una cara que lleva cuernos. Por esta razón, también en la estatua del Moisés de Miguel Ángel el patriarca aparece representado con cuernos. En cambio, versiones más modernas de la Biblia traducen la susodicha palabra por «rayos de luz». Da que pensar el hecho de que en rituales chamanistas de los yacutos siberianos se dice que en tiempos más antiguos los sacerdotes en estado de trance «bramaban como *toros* y les crecían en la cabeza unos cuernos traslúcidos» (según Ksenofontov, lo cual probablemente deba atribuirse a una alucinación de los espectadores). El cuerno como símbolo de fuerza divina se menciona tambien en Lucas (1, 69): Dios «ha plantado un cuerno de salvación en la casa de su siervo David». En el Apocalipsis de Juan lleva el *«cordero» siete ojos* y siete cuernos, que «son los siete espíritus de Dios»; el satánico *Dragón* (12, 13), en cambio, tiene diez cuernos como símbolos de su poder infernal. También el *Diablo* aparece representado cornudo (con cuernos de *macho cabrío*) en la iconografía cristiana. Los cuernos como vasija para libaciones y como cuernas en la esfera del culto estaban muy difundidos. Trompas de caza como atributos las ostentan los santos Huberto, Oswaldo y Eustaquio, y también san Cornelio, por la semejanza del nombre con «cornu» (cuerno, en latín). Véase *cornucopia*. También el tocado de *plumas* de los indios de la Pradera norteamericanos llevaba frecuentemente a los lados de la cabeza un par de cuernos finamente pulimentados (cuernos de búfalo), lo cual les confería una especial importancia. «Este tocado con cuernos sólo se lleva en ciertas ocasiones... sólo se le permite a aquel cuyo valor y prestigio han sido reconocidos por toda la tribu y cuya voz en el consejo tiene tanto peso como la de un jefe de primer rango... Este tocado guarda una sorprendente semejanza con el atavío judío con cuernos que los jefes abisinios y los hebreos llevaban en procesiones y fiestas de victoria como señal de poder y autoridad» (George Catlin, 1796-1872). El famoso pintor de indios hace referencia para ello al pasaje bíblico del I Libro de los Reyes (22, 11), donde se dice: «Sedecías, el hijo de Canana, se había hecho unos cuernos de hierro y gritó: Así habla el Señor, con éstos derrotarás a los arameos hasta que los hayas destruido»; pero es probable que se hablara alegóricamente.

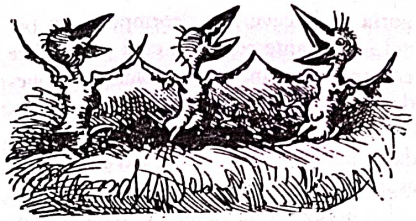
Cuervo, en la mitología y en la simbología se interpreta predominantemente de modo negativo, pero se le aprecia en algunas ocasiones por su inteligencia. En la

Cuervo: grabado en madera de la obra del Pseudo-Alberto Magno, Francfort, 1531

Biblia, *Noé* envía el cuervo fuera del *arca* para ir en busca de tierra, y también el cuervo lleva *pan* y carne al profeta Elías en el desierto (posteriormente también a los eremitas *Antonio* y Pablo). Es negativo su significado en el calendario babilónico, en el cual rige el mes 13 (intercalado). En la mitología clásica el cuervo se interpreta negativamente porque por su indiscreta charlatanería no pudo continuar siendo el compañero de la diosa Atenea, la cual por esta razón eligió a la *lechuza* en lugar de él. También se cuenta que su plumaje era al principio *blanco*, pero Apolo lo ennegreció como castigo por su indiscreción, o que Apolo le envió a por agua y él, sin embargo vio una higuera con higos verdes y esperó bajo ella hasta que los higos madurasen, en vez de ir a cumplir el encargo. El dios lo puso como constelación Corvus entre las *estrellas*, donde la Hidra (constelación) le impide beber de la Cratera (constelación). No obstante, el cuervo era considerado acompañante del dios del *sol* Apolo (al igual que en China, donde se imaginó en el *Sol* un cuervo de tres patas). Es curiosa la antigua creencia popular según la cual los cuervos ponen sus *huevos* por el pico, por lo cual las parturientas debían mantenerse alejadas del cuervo, para no sufrir graves dolores. Plinio menciona la voz «como estrangulada» de este pájaro mensajero de infortunio y dice que es el único de entre todas las aves que parece entender sus presagios. Aparece positivo cuando en su figura de cuervo Apolo guía a los habitantes de Thera (Santorín) hacia Cirene, o cuando un cuervo blanco conduce a los emigrantes beocios y dos cuervos indican a *Alejandro Magno* el camino que lleva al santuario de Ammón (véase *cuerno*). También se hallan a menudo cuervos representados en obras de arte plástico del culto de Mitra. En el cristianismo primitivo se le reprocha al cuervo que no informase a Noé del fin

Cuervo: el héroe cultural Cuervo (Yehl, Yelch) en la iconografía de los indios de la costa noroeste de Norteamérica

Cuervo: la constelación «El cuervo» en el mapa celeste de Abderahman-as-Sufi (copia del s. xv, Gotha)



Cuervo: crías de cuervo (Wilhelm Busch)

del *diluvio*, y se convirtió en símbolo de la persona que está atrapada en los placeres y va demorando su conversión; por ello grita el cuervo «cras, cras» (mañana, mañana). También se le reprocha que coma carroña y que, según se dice, descuide a sus hijos, todo lo cual le convierte en «cuervo de desgracias», que anuncia la enfermedad, la guerra y la muerte y se alimenta de «carne de ahorcado». En cambio, entre los germanos septentrionales, son dos cuervos, Hugin y Munin («Pensamiento» y «Recuerdo») los acompañantes del dios Odín, a quien informan de todo cuanto ocurre en el mundo. En numerosos cuentos, los cuervos desempeñan el papel de personas malditas: en los mitos de los indios norteamericanos de las tribus de la costa noroeste representa incluso el papel de un ser creador sobrenatural. Algunos santos cristianos aparecen representados con cuervos (Benito, Bonifacio, Osvaldo y sobre todo Meinrad: sus dos cuervos domesticados ayudaron a encontrar su cadáver, y fueron cuervos los que defendieron también a san Vicente contra las fieras).

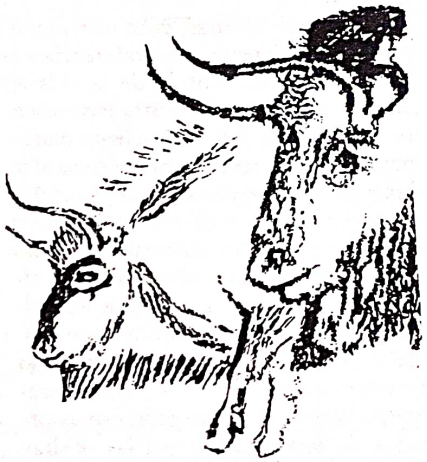
En el *simbolismo alquímico* el cuervo representa la «materia prima», ennegrecida en el camino hacia la *piedra* filosofal, y se le suele representar con una cabeza blanca, símbolo de la esperada iluminación en el proceso de transformación. La antigua China veía, como ya se ha mencionado, el cuervo de tres patas como animal solar, y se cuenta que una vez diez de semejantes pájaros difundieron un calor insoportable, hasta que un arquero abatió *nueve* de ellos. Un cuervo *rojo* simbolizaba a los reyes de la dinastía Chou (hasta 256 a.C.), que se equiparaban al Sol. Unos cuervos son mensajeros de la diosa de las hadas, Hsi-wang-mu, y le llevan la comida, y en los torneos celestes sólo temen a los *unicornios*. En heráldica el cuervo está representado desde la Edad Media, por ejemplo, en el escudo de la familia Corbet, de la casa señorial Ravenstein, de la ciudad sajona Rabenau; en el de la familia Biron (Curlandia); y en el del monasterio de Einsiedeln (Schwyz, aquí como atributo de san Meinrad). En boca del pueblo al cuervo se le considera «ladrón» (como la urraca) y en Islandia se dice que los niños no deben usar a modo de paja para beber ninguna caña de pluma de cuervo, porque, si lo hicieran, se volverían ladrones ellos también. Una leyenda ucraniana relatada por san Golovin tiene un efecto poético-simbólico. Según esa leyenda, los cuervos tenían en el *paraíso* plumas multicolores, pero después de la caída de *Adán* y *Eva* en el pecado comenzaron a comer carroña y se volvieron *negros*. Hasta el fin de los tiempos en el nuevo paraíso no se restablecerá su anterior belleza, y entonces su graznar se convertirá en música melodiosa que alabará al Creador. Por todo lo dicho es evidente la gran importancia del cuervo como símbolo en el sentido de la psicología profunda. Está cerca del lado oscuro de la psique, pero también puede actuar positivamente si el hombre es capaz de tratar con él de una manera consciente y con finalidad positiva.

Cuevas. Como puertas misteriosas a un mundo subterráneo, muchas veces llenas de extrañas concreciones calcáreas, son objeto de muchos cultos, mitos y leyendas

simbólicos. Como santuarios más antiguos de la humanidad, provistos de pinturas y grabados en sus paredes, muchas cuevas fueron sentidas ya en la época glacial como ámbitos «de otro mundo». No eran lugares para habitar, sino lugares de culto. Muchas veces pueden interpretarse como símbolos del seno materno, como ocurre en los mitos del origen del mundo y de la humanidad de muchos pueblos indios, por ejemplo, en las cuevas de nacimiento de Chicomoztoc de la mitología azteca. A menudo se las consideraba como lugares de nacimiento de dioses y héroes, como residencia de sibilas pronosticadoras y de eremitas. En la iconografía del antiguo Egipto, el Nilo surgía de una cueva de la roca. El mundo religioso crético-micénico conocía muchas cuevas sagradas. Posteriormente actuaba en una de ellas el oráculo del héroe Trofonio, que sólo se lo daba al que lo pedía después de efectuar unos ritos de iniciación.

Es lógico percibir las cuevas como escenario del mundo simbólico y religioso ctónico (es decir, relacionado con la *tierra* y el mundo subterráneo) como lugar de toma de contacto con las fuerzas y poderes de las profundidades que más tarde emergen a la luz. Así el espacio de culto del dios romano tardío Mitra se configuró también como cueva en la roca. Un sustitutivo de las cuevas naturales son las grutas y los templos dentro de grutas excavadas por el hombre (Egipto: Abu Simbel; India: Ajanta, Ellora). En la iconografía cristiana, el estàblo de Belén está representado como una gruta en la roca, y en un sepulcro en la roca fue sepultado Jesús. Según la tradición de la Iglesia oriental, el evangelista Juan recibió en una cueva de la isla de Patmos su poderosa visión del tiempo del fin (el Apocalipsis). En el lenguaje simbólico filosófico de Platón (427-347 a.C.), la «alegoría de la caverna» desempeña un papel importante según el cual el hombre encerrado en una cueva solamente puede reconocer *sombras* de las ideas, es decir, meras reproducciones de una realidad superior y verdadera, cuya visión le está vedada por su limitadas facultades.

En la región maya de Centroamérica, se presta mucha atención, incluso por parte de los actuales descendientes de los antiguos pueblos naturales indios, a las numerosas cuevas de la región peñascosa y árida del país. Algunas de ellas, ya en épocas antiguas fueron visitadas regularmente para fines rituales, y en ellas se encontraron sobre todo vasijas de sacrificio para el dios de la *lluvia*. Algunas de estas cuevas muestran en sus paredes pinturas en el típico estilo maya, sobre todo la gruta de Naj-Tunich, cuyos frescos permiten deducir rituales de carácter sexual. Imágenes de criaturas como *enanos* permiten intuir una asociación de ideas de los campos de conceptos fertilidad, *lluvia*, enano y cueva. Los órganos femeninos (vagina, útero), como indican los relatos de antiguos cronistas, se relacionaron con las cavernas, asociándose la sexualidad con la fertilidad en el sentido general. También se imaginó a los minúsculos dioses aztecas de la lluvia, que llevaban una vara fálica, como habitantes de las cuevas, mientras que entre los mayas, se relacionó a la diosa de la *luna* ocasionalmente con cuevas y con el *agua* dadora de vida, así como con la sexualidad (relación sexual con el dios del planeta *Venus*). Evidentemente, en la región de cultura avanzada de Centroamérica, el «submundo» de las cuevas en el vientre de la *tierra* (como también en otros lugares) fue «señalado como femenino», y asignado por lo tanto también al ámbito general de conceptos de la fertilidad. Para el Viejo Mundo, asociaciones análogas, que también se refieren al ámbito de temas «tiempos primitivos», son muy verosímiles. En el ámbito cristiano, sin embargo, los símbolos de la sexualidad se reprimieron mucho. Resuena como una reminiscencia de épocas remotas, cuando un texto extraeclesiástico de tiempos paleocristianos, llamado «La cueva del tesoro» o «El libro cristiano de Adán de Occidente», comienza su relato en una caverna, en la que, tras una dura lucha por la vida (después de la expulsión del *paraíso*), fue sepultado el primer padre Adán (siglo v d.C.). El anciano *Noé*, el superviviente del *diluvio*, ordena a su hijo Sem que saque de la cueva los huesos del primer hombre y luego vuelva a enterrarlos «en el punto central de la tierra» (véase *cruz*).

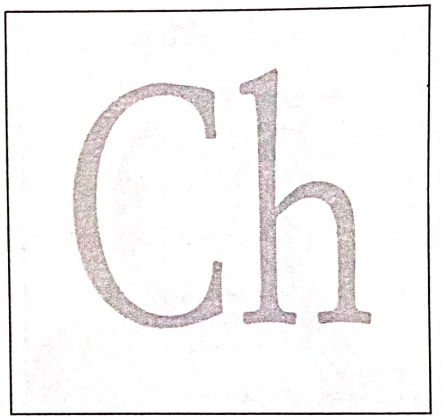


Cueva: representación de bisontes en la cueva cultual de Niaux (Ariège, Francia) de la época glacial, hacia 10000 a.C.

En muchas leyendas populares, las cuevas son generalmente lugares de residencia de gnomos, espíritus de la montaña y *dragones* guardianes de tesoros, inaccesibles y muy peligrosas para los humanos del mundo exterior. Se dice que en cuevas de determinadas *montañas* (Kyffhäuser, Unterberg cerca de Salzburgo) *reyes* de tiempos antiguos, sustraídos a la realidad (Carlomagno, Barbarroja), están esperando su resurrección en el instante de la batalla final entre el bien y el mal (véase *sistemas duales*). En la cosmología mítico-simbólica de la antigua tradición irlandesa (véase *piedra*), desempeñan un papel importante las leyendas que hablan de cuevas (uatha). De la cueva de Cruachan (también llamada puerta del *infierno*), dícese que salió revoloteando una bandada innumerable de *pájaros blancos* que con su aliento hicieron que se secasen hombres y animales. La terrible diosa Morrígan (*cuervo*) se alojaba en otra cueva, y los héroes Conan y Finn se enredaron en el hilo tendido por las *brujas* que allí acechaban y casi fueron arrastrados al mundo subterráneo. La más famosa entrada del mundo subterráneo, parecido al infierno, es el «*purgatorio* de San Patricio», en una isla del Loch Derg. Antiguamente se hacían encerrar allí los peregrinos durante cuatro horas para experimentar los tormentos del purgatorio. El que entonces se quedaba dormido, decían que el *diablo* se lo llevaba al infierno. Un *caballero* de la Edad Media llamado Owen describió unas visiones del más allá parecidas a las de Dante de la «Divina Comedia». Los peregrinos actuales que pasan una noche sin dormir en la capilla que ahora circunda el «purgatorio» describen la experiencia de un lugar siniestro en el que «coexisten dos mundos». En la arquitectura simbolizante, la hornacina es a menudo un sustitutivo de una «cueva cósmica» que se halla incluida en un cosmos más grande. Esto puede ser tan válido para la hornacina de oración (Mihrab) de la mezquita islámica como para el ábside de la iglesia cristiana. Con ello se refuerza aún el encierro seguro en el ámbito del culto. En el simbolismo de los sueños interpretados desde el punto de vista de la psicología profunda, el peligroso camino a tra-

vés de cuevas oscuras, debe interpretarse primordialmente como referencia a la búsqueda de un sentido de la vida en las profundidades de estratos inconscientes, heredados, del inconsciente materno; en otro contexto, también como símbolo de una regresión a la oscuridad protectora de la vida prenatal. Así, la fascinación que los sistemas de cuevas ejercen sobre muchos aficionados a la espeleología no debe interpretarse exclusivamente como el deseo de ampliar el material de la investigación científica, sino también como el afán, sólo simbológicamente explicable, de un descenso, aportador de conocimiento, en las ocultas profundidades de la propia personalidad. Éste es el resultado de una interpretación de la cueva desde el punto de vista de la psicología profunda: «El regreso al interior de la cueva es un hecho primario. Es simplemente la seguridad y la protección. Entrar en la cueva significa, expresado piscológicamente, el retorno al vientre de la madre, la negación del nacimiento, el sumergirse en las sombras y en el mundo nocturno de lo indiferenciado. Es la renuncia de la vida terrena en beneficio de la innata vida superior... (En la cueva) no existe tiempo, no hay ni ayer ni mañana, puesto que tampoco el día y la noche son en ella diferenciados. En el aislamiento, según Eliade (1980) reside una "existencia larval", como la del muerto en el más allá» (E. Kasper, 1988). Por esta razón se ofrece continuamente este espacio incluso para formas simbólico-rituales de la iniciación y también para el renacer a un plano de existencia supraordenado que se expresa en diversos contextos en muchos grados de cultura.

Chacal, un animal que merodea alrededor de las sepulturas, por lo cual casi siempre se le considera presagio de la muerte. Normalmente se designa a Anubis, dios de los muertos, en el antiguo Egipto, como un dios con cabeza de chacal, pero probablemente se trata más bien de un ser mixto de *perro* salvaje y lobo, y con figura humana. En la iconografía se representaba a este custodio divino del camino hacia el reino de los muertos de color *negro*, o sea, del color de la sagrada resina de los embalsamadores, que hacía referencia a la creencia en la pervivencia en el más allá. En la fábula india de los animales, el chacal suele tener el papel que en Occidente se asigna a la *zorra*.



Chispas. Las chispas son, desde el punto de vista simbológico, auténticas partículas de *luz* que suben flotando en el aire y en el sentido dualístico se dirigen desde el reino de la materia inferior hacia regiones más elevadas (*arriba/abajo*). El *sistema dual* espíritu/materia, como resulta evidente en la religión de los misterios órficos, entre los pitagóricos, entre los esenios judíos y otros grupos de tendencias gnósticas, parte del hecho de que finísimas partículas del espíritu divino o del éter sutil yacen sepultadas en los humanos y llegan al reino de la *luz* como almas desencarnadas, cuando se han desembarazado de las escorias de la «esclavitud de la carne». El místico jasídico Rabbi Samuel, Raw Schmelke de Mikulov (Nikolsburg, m. en 1778), formuló así la doctrina dualista: «Todas las almas son chispas de lo divino. Cuando alguna chispa se ha hundido en el pantano y en el barro, ¿no sentiremos lástima de tal chispa? ¿No la ayudaremos a liberarse, para que pueda volver a brillar en todo su esplendor? Puesto que es una parte de Dios mismo...» (G. Langer, 1983).

D

Dafne, figura de efecto simbólico de la mitología griega, personificación de la eterna *virgen* que rechaza a los hombres. Según la leyenda, el dios del amor Eros había herido a Apolo con una *flecha de oro*, y Apolo se enamoró locamente de la ninfa Dafne, la cual, sin embargo, fue herida con una flecha con punta de *plomo* y la frialdad de este metal hizo que la ninfa rechazase cualquier intento de aproximación por parte de un varón. Apolo la persiguió lleno de deseo, mientras ella huía a través de los bosques e invocaba a Gea, diosa de la tierra, implorando su ayuda. Mientras el dios quería abrazarla, la ninfa se transformó en un laurel (griego daphne, *laurel*). El decepcionado dios tuvo que limitarse a desgajar una rama y lucirla sobre la cabeza como una *corona*. Desde entonces el laurel está consagrado a Apolo. En la alegoría alquímica, la transformación de Dafne es un prototipo de las posibilidades de cambio generales en el reino de la naturaleza.

Dafne en el instante de la metamorfosis, acosada por Apolo. V. Cartari, 1647

Dafnis, figura que simboliza el lado funesto del amor que termina trágicamente a causa de un rechazo. Dafnis, discípulo de su medio hermano Pan, dios de la naturaleza, tocaba la zampoña, y a causa de su belleza era amado por todas las ninfas. A una de ellas juró Dafnis fidelidad eterna, pero pronto quebrantó este juramento y fue castigado por la ninfa, que le arrastró hacia el *agua* y le ahogó. Otra versión afirma que la diosa del amor, Afrodita (lat. *Venus*), le llenó de un amor tan inextinguible que falleció a causa de esta pasión.

Danza de la muerte, una configuración simbólica de la idea de que en la muerte todas las personas se hacen iguales y que ya no tienen valor las diferencias de estamento. Probablemente salió de la costumbre eclesiástica española la serie de cuadros (entre otros, de H. Holbein el J.) en que unos esqueletos obligan a personas de toda edad y condición social a bailar una frenética danza (en francés danse macabre), o las llevan arrastradas a paso de danza, resistiéndose a ello generalmente las personas distinguidas, mientras que los pobres se rinden humildemente a su destino. Este motivo de

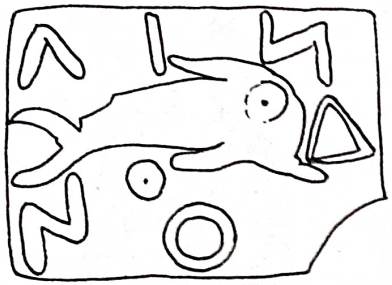
Danza de la muerte: la muerte y un comerciante. Grabado, 1465

David con el arpa, pintura de un libro judío de Italia, hacia 1460

danza tardomedieval pasa a segundo término en favor de una representación más serena de la idea de «media vita in morte sumus» (en mitad de la vida estamos rodeados por la muerte). Los cuadros de la danza de la muerte proceden principalmente de épocas en las que en Europa causaban estragos grandes epidemias (peste, cólera). Sin embargo, se conocen también imágenes de *esqueletos* danzantes con instrumentos musicales (flautas, matracas) del reino chimú de la región litoral del norte del Perú, en las que se representaban escenas del reino de los muertos.

David, no sólo una personalidad de la historia judía, sino también una famosa figura simbólica del arte. Vivió en el siglo x a.C., fue escudero y tañedor de arpa del rey Saúl y más tarde fue él mismo *rey* de Judá e Israel, conquistó Jerusalén y la convirtió en el centro de su reino. Su victoria sobre el *gigante* Goliat hace de David el prototipo tipológico de Cristo, quien venció a Satán, y el hecho de tocar el arpa le convierte en el modelo de músico regio, cuyas representaciones evocan ocasionalmente las del antiguo *Orfeo*. A ello se añade el arte poético inspirado de sus Salmos contenidos en la Biblia, que en la Edad Media fueron el libro bíblico más leído y copiado en manuscritos. Como profeta de la Crucifixión («padecimientos y gloria del Justo» con las palabras «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?») se representa en ocasiones a David en imágenes de la crucifixión. «De la casa de David» había de venir el Mesías, y el cristianismo ha hecho de la fe en el «Hijo de David» el centro de la religión.

Delfín. Este mamífero, marino inteligente y amigo del hombre, ya suscitó atención en el ámbito mediterráneo en época muy temprana. Al parecer, un delfín salvó al cantor griego Arión y lo transportó hasta la playa después de un naufragio. Según una leyenda, Apolo tomó la forma de un delfín para llevar a unos cretenses a Delfos, donde le construyeron el templo. El nombre de «Apollon Delphinios» (señor de los delfines) puede significar que



Delfín en una moneda griega antigua, Lindon, 560-520 a.C.

Apolo fue venerado en las regiones minoicas con un símbolo en forma de delfín. No está claro si de ello puede derivarse el nombre de Delphi (Delfos). Aparte de ello, el delfín era atributo del dios del mar Poseidón y un delfín dícese que instituyó el matrimonio entre el dios del mar y su esposa Anfítrite. A Poseidón también se le recordaba con el *caballo* como atributo (las olas del *mar* fueron comparadas con caballos marinos), creó de una *roca* el primer caballo y ocasionalmente él mismo se transformó en caballo), y en algunos hipódromos se pusieron figuras de delfines para indicar el número de vueltas recorridas. Dícese que el dios de la embriaguez Dionisos transformó unos piratas en delfines. La Afrodita (*Venus*) nacida del mar aparece también representada a menudo con delfines. En el arte funerario de los etruscos, unos delfines conducen frecuentemente las almas de los muertos a las islas de los Bienaventurados, ya que hasta una época más tardía no se abrió paso una idea siniestra del *más allá* parecida al hades. En heráldica se representa el delfín como «puerco marino con escamas», por ejemplo, en el escudo del delfinado. Los sucesores al trono de Francia ostentaban delfines en su escudo personal (y fueron llamados «delfines»). La observación «ad usum delphini» (para el uso del delfín) en libros significa que se trata de ediciones «aptas para la juventud», expurgadas de detalles «inmorales».

Delfín: niño sobre el delfín en la concepción renacentista. V. Cartari, 1647

Derecha e izquierda. Los dos lados forman un *sistema dual* que casi siempre otorga la preferencia al lado derecho, al que considera el positivo. El hecho de que el hombre se caracterizaba ya de manera predominante por la dexteridad se deduce de la silueta en negativo de la *mano* en grutas de culto de la época glacial. Probablemente por esto se tuvo el lado derecho mayoritariamente por el lado mejor y que traía buena suerte. Puede ser también significativo el hecho de que tradicionalmente el brazo izquierdo era el que sostenía el escudo y permanecía pasivo, mientras que el derecho era el que manejaba el arma. En Occidente, el asiento a la derecha del señor de la casa durante la comida era el sitio de honor. En el Juicio final, a los buenos se les asigna el lugar de la derecha y a los condenados el de la izquierda, y Cristo resucitado «está sentado a la diestra de Dios». Cuadros de la Crucifixión muestran al «ladrón» arrepentido a la derecha de Cristo y al impenitente a la izquierda. En la tradición de la Cábala se expresa la dualidad de las manos de Dios, que, al fin y al cabo, no pueden tener ningún aspecto negativo, en el hecho de que su derecha (la mano de bendición) simbolizaba misericordia y la izquierda (la mano de rey), justicia. En muchas culturas se concibe el lado derecho como el masculino y el izquierdo como el femenino, lo cual se relaciona con una valoración negativa de lo femenino, aunque también puede expresar que la mano derecha está asignada a las actividades cotidianas y la izquierda a la magia. Hay magos africanos que realizan acciones sacrales con la derecha y preparan venenos con la izquierda. La antigua China, con su concepción complementaria de *yin y yang*, no conoce una preferencia declarada por uno de los lados; en la casa, el amo se sienta a la izquierda y la esposa a la derecha, pero por la noche se cambian los lados. Grupos de imágenes de dioses muestran divinidades masculinas a la derecha y femeninas a la izquierda, mientras que la iconografía tibetana exige un orden inverso. En la magia occidental, el «sendero de la derecha» se denomina «magia *blanca*» y el de la «izquierda» «magia *negra*». No se sabe exactamente de dónde proviene la denominación de los partidos políticos (a la derecha, conservadores, a la izquierda, progresistas), según la cual se establece el orden de asientos en los parlamentos. Probablemente los partidos «tory» (de la nobleza) exigieron desde un principio para ellos el lado «mejor» (derecho) y dejaron a la oposición el lado menos apreciado.

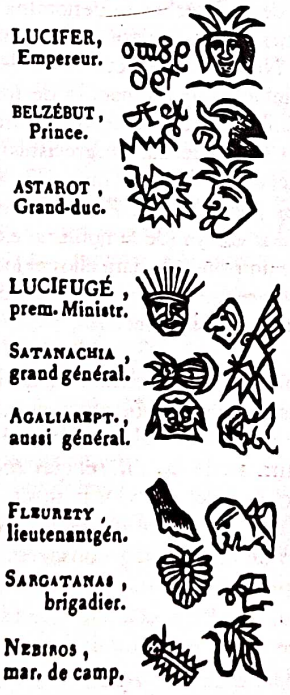
Desnudez. En el sentido de la simbología, la desnudez debe representar el «estado primitivo» del ser humano sin los distintivos de las diferencias sociales y jerárquicas del vestido. Éste suele ser el caso sobre todo en el transcurso de rituales de iniciación y consagración, por ejemplo, en el culto, en la Antigüedad tardía, de Mitra, cuando el candidato se ofrece como un recién nacido. Otras exigencias del culto estriban en entregarse a poderes superiores en lo cual la persona se desprende de todas las ataduras y *nudos* de su vestido e incluso deja al descubierto los genitales, de ordinario protegidos contra todos los ataques (por ejemplo, del «mal de ojo»). La idea de una legendaria «inocencia primigenia» en el *paraíso* antes de la caída en el pecado de nuestros primeros padres resultó decisiva en varias sectas de «adamitas» antiguos y modernos para que se despojasen de sus vestidos en sus reuniones, tal como es usual todavía hoy en la secta —procedente de Rusia— de los dukhobortses del Canadá (British Columbia, Saskatchewan). Ciertas ideas ascéticas, como, por ejemplo, renunciar a los vestidos, son decisivas para la desnudez entre los «digambara» («vestidos de aire») en el jainismo indio. En pueblos sencillos, sin escritura, de regiones tropicales, los motivos eróticos no son responsables de la desnudez, ya que «se hace caso omiso» de las regiones genitales y el comportamiento sexual se caracteriza por una actitud declaradamente decente. Esta actitud se deja de lado sólo en ocasiones especiales del rito. En el arte cristiano europeo se representan desnudos *Adán y Eva* (aunque casi siempre con los genitales tapados por plantas y el cabello), y también las *brujas* (Hans Baldung Grien), en este caso con la malicia de representar su desenfreno. Hasta el Renacimiento no volvió a representarse desnudo el cuerpo humano a imitación de modelos de la Antigüedad clásica, con lo que se rehabilitaba así el tema clásico. Así pudieron mostrarse desnudos prototipos simbólicos y figuras mitológicas, a pesar de la mojigatería que reinaba, manifestada, entre otros ejemplos, en las superposiciones de pintura en el Juicio final de Miguel Ángel.

Diablo (gr. diábolos), el Adversario y Perturbador (Satán) es la contraimagen de Dios en el *cielo* como regente del *infierno*.

Diablo: figuras de demonios del escrito polémico «Contra el papado de Roma fundado por el diablo» (L. Cranach, 1545)

Sus atributos provienen probablemente en primer lugar del demonio etrusco del mundo subterráneo, Charu: *nariz* de pico de buitre, *orejas* puntiagudas de animal, *alas*, y dientes como colmillos (como los del demonio Tuchulcha), que como símbolo de la muerte lleva un *martillo*. A ello se añaden propiedades corporales del *macho cabrío*, como *cuernos*, patas y rabo, con lo cual esta imagen simbólica recuerda al dios de la naturaleza *Pan*. Más raramente se le atribuyen cascos de *caballo* (o, como señal de división, un pie humano y un pie de caballo). Para diferenciar sus alas de las de los *ángeles* se le suele dotar con las alas del *murciélago* que revolotea por las noches. En cuadros de aquelarre de las brujas en *montes* de mala fama, suele llevar en el trasero un segundo rostro que sus súbditos deben besar (osculum infame). Amplificaciones legendarias del pasaje bíblico de Isaías 14 hacen remontar la existencia del diablo (Lucifer, phosphoros = portador de luz) a su rebelión contra Dios y su precipitación en el mundo subterráneo. (Véase *Grial*.) Sin embargo, no siempre se representa como figura amedrentadora. En ciertas leyendas populares aparece como cazador con vestidura *verde* o *roja*, y en obras plásticas medievales también como hermoso y seductor «príncipe de este mundo», cuya espada, sin embargo, está roída y carcomida por *sapos*, *serpientes* y gusanos. Por lo demás, serpientes y *dragones* son sus símbolos, y contra ellos luchan los santos. A causa de su poder y de su reino que lucha contra Dios, el *león*, que de ordinario es simbólicamente positivo, figura también entre sus animales simbólicos, en el sentido de 1 Pedro 5, 8: «El diablo anda en derredor como león rugiente y busca a quien devorar». El *zorro*, con su astucia y maldad, es también un símbolo del Diablo. Como contraimagen de la *Trinidad* ce-

Diablo: sellos e imágenes simbólicas de los príncipes del infierno. Del libro de hechicería «Le Véritable Dragon Rouge», 1822



lestial, el príncipe del infierno aparece a veces representado con tres caras, por ejemplo, en la «Divina Comedia» de Dante. Criaturas simbólicas del Diablo son a menudo también un *pájaro* rojo, la rojiza *ardilla*, el *basilisco* y el *cuco*. La carta XV de los «arcanos mayores» del tarot, el diablo, muestra un príncipe del infierno con cuernos y con alas de murciélago encima de un estrado en el que se hallan encadenadas dos personas convertidas en diablos. Interpretación: castigo, culpa, esclavitud de los instintos.

Diamante, la «más preciosa de las piedras preciosas», también llamada «Regina gemmarum», ostenta simbológicamente el sello de la perfección, de la pureza y de la invulnerabilidad. En el budismo se conoce como «sede de la iluminación» un *trono* de diamante, y una piedra del *rayo* de diamante aplasta las pasiones terrestres. En la Antigüedad occidental, Platón utilizó la imagen de un *eje del mundo* de diamante. Según la creencia popular, el diamante vuelve invisible, puede ahuyentar a los espectros y lograr el favor de las mujeres. El «adamas» o «adamante», según el «Physiologus», obra de la Antigüedad tardía paleocristiana, no puede ser tallado ni cortado por el *hierro*, pero su dureza, de ordinario inquebrantable, cede ante el calor de la sangre de un *macho cabrío*, y solamente se le encuentra de noche en Oriente. Por ello es símbolo del Redentor Jesucristo, porque éste nació en una noche en Oriente y todos los poderes del mundo habían tratado en vano de dañarle, según la palabra del profeta Amós (7, 8-9): «Aquí estoy colocando un diamante en medio de mi pueblo Israel y serán destruidos los altares de la risa». Pero Cristo sólo fue ablandado por (su propia) *sangre* caliente. El griego «adamas» significa «indomable». En el tradicional simbolismo de las *piedras preciosas*, el diamante (como también el *cristal* de roca) corresponde al *sol*. Hildegard von Bingen (1098-1179) escribió: «El diablo tiene sentimientos hostiles contra esta piedra, porque ella resiste a la fuerza del diablo; por lo tanto, el diablo abomina de ella de día y de noche». El botánico renacentista Lonitzer (Lonicerus) tenía el diamante por eficaz contra la guerra, la disensión, el veneno y los ataques de la imaginación y del espíritu maligno. También la imagen simbólica alquímica de la «piedra de los sabios» o «piedra filosofal» pudo haber recibido la influencia de semejantes mitos sobre las piedras preciosas. Al diamante sólo se le atribuyen propiedades positivas: como por ejemplo, símbolo de *luz* y de vida, de constancia en el amor y en el sufrimiento, de inquebrantable sinceridad y pureza suprema. Naturalmente, el diamante fue también siempre muy apreciado como joya de corona y como talismán. Cetro de diamante: véase *rayo*.

Diana, desde el Renacimiento en Europa, denominación latina de moda de la diosa de la caza, en griego Ártemis, que, sin embargo, en esa época sólo conservaba un valor de expresión alegórica-simbólica. Estatuas de Diana con la media *luna* en el pelo, arco y *flechas* en la mano y acompañada de *perros* de caza adornaban los jardines de la época del Barroco. En ocasiones se representa también la escena de la antigua leyenda en la que *Acteón*, que había observado a la casta diosa en el baño, es convertido en *ciervo* y despedazado por su propia jauría. La media luna se remonta al hecho de que la antigua diosa itálica Diana se veneraba originariamente como diosa de la luna y sólo más tarde los mitos se transfirieron a la griega Ártemis, señora de los animales (Potnia theron). Diana parece haber pervivido no sólo como escultura alegórica de los jardines,

Diana con la media luna. V. Cartari, 1647

sino también como personaje mítico de la creencia popular italiana en el mundo subterráneo. El mitólogo americano Charles G. Leland (1824-1903) informó en su libro «Arcadia», publicado en 1899, acerca de un culto de las *brujas* (streghe) que veneraban a Diana y la invocaban como gran diosa: «¡Diana! ¡Diana! ¡Diana! ¡Reina de todas las hechiceras y de la noche tenebrosa, de las estrellas y de la luna y de todo el destino y de la felicidad! ¡Tú que dominas las mareas, tú que por la noche brillas sobre el mar, arrojando tu luz sobre el agua! Tú que eres la reina del mar en tu barca como una media luna...». (Así dice un himno de una leyenda en la que «Melambo» —Melampus— pide a su madre el arte de entender el lenguaje de las *serpientes*.)

Diente. Por razones no del todo esclarecidas los dientes tienen frecuentemente el sentido simbólico de vitalidad, procreación, potencia sexual y esperma. En leyendas de la Antigüedad clásica, de dientes de *dragón* sembrados en la tierra pueden surgir hombres armados; los dientes poseían un «significado oculto» (Stemplinger, 1948). Si una persona enseña los dientes a un *espejo*, éste se empaña. Hubo cristianos norteafricanos que se burlaban de los *ídolos* o los combatían enseñándoles los dientes, y «el primer diente de un niño que al caer no tocaba la tierra impide los dolores genitales; el diente de un muchacho de siete años, engastado en oro o plata, impide el embarazo». En el *simbolismo de los sueños*, según Aeppli, los dientes tienen significado sexual; dientes vigorosos que cogen la comida y la destrozan tienen un efecto vital, y «son significativos los deseos de morder en el amor erótico. A uno le gustaría "comerse al otro por amor". Sueños de que se caen los dientes... tienen que ver, como el dolor mismo de los dientes, con el problema de la potencia y la impotencia. Sobre todo el onanismo produce sueños de pérdida de dientes, como expresión de la debilitación de la energía». En China reinaba la opinión de que el sueño de la pérdida de un diente incisivo presagiaba la pronta pérdida del *padre* o de la *madre*. Decíase que el rechinamiento de los dientes ahuyentaba a los espectros. En la iconografía cristiana se representa a santa Apolonia con dientes y unas tenazas, porque durante su martirio le fueron arrancados los dientes. Por ello se la considera la patrona de los dentistas.

Diluvio, es decir, la gran inundación, una catástrofe que exterminó a casi toda la humanidad. Este motivo mitológico lleno de significado simbólico, conocido a través del relato bíblico, se describe ya en la epopeya sumero-babilónica de Gilgamesh, en la que el héroe encuentra en la isla de Dilmun (*Islas de los Bienaventurados*) al superviviente del Diluvio (Ziusudra o Ut-napishtim), el cual le cuenta lo sucedido. Aparecen en muchas culturas motivos análogos del castigo de la im-

Diluvio: el Diluvio según el relato bíblico. G. Doré (1832-1883)

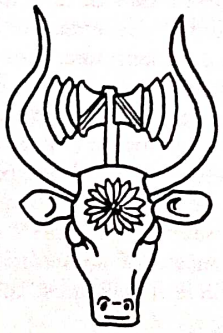
perfección humana mediante una especie de *fin del mundo* limitado que, no obstante, puede ser revocado. En la India, la primera encarnación del dios Vishnú en figura de *pez* salva de la gran inundación en los *montes* del Himalaya a Manú, patriarca de la humanidad. En la mitología griega, los supervivientes del Diluvio son Deucalión y su mujer Pirra, los cuales hacen surgir de las *piedras* un nuevo género humano. En muchas leyendas sobre el Diluvio la salvación de la humanidad amenazada son unas *naves*, como por ejemplo, el *Arca* (lat. arca, caja) del bíblico *Noé* y su familia, que en la Edad Media se comparó con la «nave de la Iglesia» mediante la cual se preserva a los hombres de perecer en el pecado y en la corrupción. En el Talmud, el paso de los judíos a través del mar Muerto se considera una especie de «antidiluvio», porque «el agua se separa de la tierra y hace aparecer lo seco. Esta inversión es una señal con la que Dios da a entender a la humanidad que él ha adoptado frente a ella una actitud diferente... (con ello se trata de) una declaración solemne de Dios a Israel de que Él conducirá a este pueblo a la salvación bajo todas las circunstancias y que nunca más lo destruirá» (R. Aron, 1973). Leyendas sobre inundaciones y otras tradiciones de catástrofes, símbolos míticos de la amenaza general que se cierne sobre el hombre por medio de acontecimientos de la naturaleza y de la confesión de la propia culpabilidad, se hallan casi mundialmente difundidas y se relacionan también con la imagen arcaica de una creación que se desarrolla en ciclos, y que de vez en cuando los dioses aniquilan para volver a empezar: una imagen que también era corriente en las culturas del antiguo México, en forma de «soles» que se suceden uno a otro. La era del «sol de agua», por ejemplo, tocó a su fin al producirse una gran inundación en el transcurso de la cual los hombres de entonces se convirtieron en *monos*. Véase *pez, omphalos*.

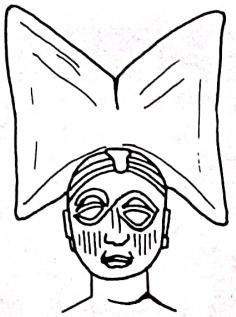
Dios de la suerte (los *siete* dioses de la suerte). Interesante combinación, desde el punto de vista de la simbología, de siete personificaciones de la felicidad terrestre que puede observarse en la religión popular del Japón. En primer lugar está Hotei (*Buda barrigudo*), encarnación de la alegría de vivir. Los restantes son Bishamonten, el Guardián; Fukurokuju, dios de la longevidad; Jurojin, dios de la erudición; Daikoku, dios de la alimentación; Ebisu, dios de la pesca, y Benzaiten, diosa de la música. Al igual que los «Shichi fukujin», se utilizan como figuras individuales o colocados sobre un joyero y a menudo se llevan también como amuletos, por ejemplo, en forma de figurillas «netsuke» de madera o de marfil, que sobre todo servían como botones para sujetar cinturones de kimono. En la actualidad se concede a los

siete dioses de la suerte sobre todo una importancia decorativa. La iconografía de la antigua China conoce *cinco* dioses de la suerte; se representan como ancianos con la vestidura roja de los funcionarios. Uno de éstos, «Wu-fu», personifica la larga vida y posee como atributos una *grulla* y *flores*; los otros simbolizan riqueza, bienestar (atributo: jarrón), virtud y salud. A veces se les representa con sendos *murciélagos*; también los «cīnco murciélagos» solos se consideran un símbolo de la buena suerte.

Doble hacha, llamada en griego (de una palabra prehelénica) labrys, una hacha con filos colocados simétricamente a ambos lados del mango. Como herramienta la utilizaban los carpinteros, como arma bélica (en Homero) los enemigos de los helenos. Tuvo especial significado como símbolo religioso, probablemente en su origen como afilada *hacha* de piedra y, según R. von Ranke-Graves, fue atribuida primeramente a la titana Rhea, y posteriormente usurpada por los dioses olímpicos y atribuida a Zeus como piedra del rayo. Antes había tenido gran importancia en el culto de la Creta minoica, en el que la especulación sobre los dos filos en forma de media *luna* hace que aparezca como un símbolo lunar y

Doble hacha encima de una cabeza de toro (bukranion). Grecia micénica

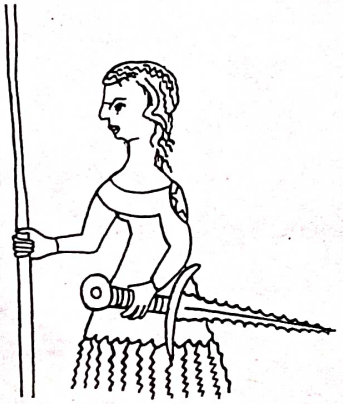




Doble hacha: extremo superior de la clava de danza de Shango en forma de doble hacha. Yoruba, África occidental

también como alusión al «doble filo» de cualquier poder. En los sillares de piedra de palacios de la antigua Creta aparecen incisos los signos de la doble hacha, quizá como referencia a la protección divina de los edificios. El arma misma pudo haberse aclimatado en el Asia Menor y aparece a menudo representada en la mano de las legendarias *amazonas*. La moderna literatura feminista relaciona el labrys con las fases de la *luna* y con el matriarcado. Posteriormente, fue instrumento para el sacrificio de animales y en la época romana la ostentaba como atributo el dios de los soldados «*Júpiter* Dolichenus». El dios etrusco de los muertos Charum lleva una insignia parecida, que, no obstante, más bien podría llamarse un *martillo*. Clavas ceremoniales del África occidental de los yoruba, que éstos llevan en sus danzas en honor de Shango, dios del trueno, también recuerdan el labrys de los cultos antiguos del ámbito mediterráneo oriental. Esto vale también para el instrumento del culto del dios del *rayo* y del trueno Xangô en el ritual del Candomblé afrobrasileño, la doble hacha de madera «Oxé», en el que los cultos yorubas perviven transformados en el Nuevo Mundo (E. Kasper, 1988).

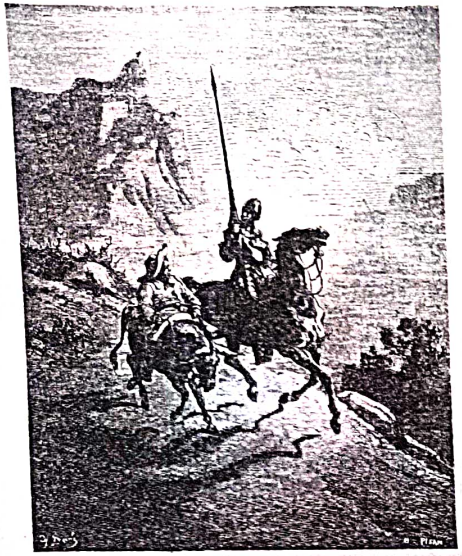
Doncella de Orleans, Juana de Arco, 1412-1431, una figura simbólica nacional de Francia, como Guillermo *Tell* lo es de Suiza. La muchacha campesina de Domrémy, junto al Mosa, era una visionaria que alardeaba de conversar con el arcángel Miguel y con las santas Catalina y Margarita y de estar inspirada por Dios en el restablecimiento de la grandeza de Francia. Por su «carisma» consiguió conducir a Carlos VII a Reims para que fuera coronado y lograra varias victorias en la Guerra de los Cien años, antes de que la suerte le resultara desfavorable y en 1430 los borgoñones la capturaran y la entregaran a los ingleses. Se la acusó de blasfemia, del porte contranatural de prendas de vestir masculinas y también de brujería, e indultó primeramente tras interrogatorios con tortura, pero luego, en una época en que aumentaba cada vez más el temor a las *brujas*, se la sentenció a morir en la hoguera. Durante sus éxitos se afirma, entre otras cosas, que vio revolotear alrededor de su *bandera* una multitud de *mariposas blancas*. A su muerte por el fuego, un soldado inglés vio cómo una *paloma* blanca se elevaba hacia el cielo. Juana tenía en aquel momento sólo 19 años. La rehabilitación jurídico-eclesiástica que se produjo poco después (1456) y su fama inmaculada a pesar de todas las calumnias contribuyeron a que su papel ejerciera una fascinación cada vez mayor en amplios sectores y que se la glorificase, no sólo en el drama de Schiller, ya que también Shaw y Anouilh se ocuparon de Juana, a la que se canonizó en el año 1920. Por lo demás, uno de sus compañeros de combate fue Gilles de Rais (1404-1440), que también se convirtió en una figura simbólica (negativa, ciertamente). Se entregó a ritos satánicos de conjuración y, como resultó del proceso incoado contra él, asesinó a numerosos



Doncella de Orleans: dibujo originario en vida de Juana de Arco, Clément de Fauquembergues

niños en sus rituales de magia *negra*. En la imaginación popular encontró su puesto no como asesino de niños, sino como sanguinario «Barbazul» que, finalmente, tuvo que pagar sus crímenes con la muerte.

Don Quijote de la Mancha, figura simbólica del romántico de conmovedora heroicidad, ajeno a la realidad del mundo, que confunde el sueño con la dura realidad y por ello «lucha contra los molinos de viento». Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) creó la figura al trazar una parodia de las ampulosas novelas de caballería, pero en cierto modo ha desarrollado una vida propia y ha hecho saltar los originarios límites del programa. La primera parte (1605) trata ya de todas las cualidades del «caballero de la triste figura» que huye de la realidad y que, en una especie de *dualismo* personificado, va acompañado de su escudero Sancho Panza, hombre de carácter «groseramente materialista». Los diálogos inevitablemente discrepantes de las figuras anticipan precisamente la situación de parejas de cómicos modernos, aunque, sin embargo, permanece el matiz trágico en la vida del «loco



Don Quijote y Sancho Panza (Gustavo Doré)

caballero» en su «búsqueda» de aventuras que valgan la pena. En el segundo volumen (1615), el autor retiene a su héroe en la árida realidad y le hace terminar llevando una vida santa. Es evidente que Cervantes se esforzó en ironizar la sentimentalmente exagerada «búsqueda de la belleza» porque él mismo amaba el elemento noble y generoso de la aventura y rechazaba las superficiales novelas de caballerías de su tiempo. Así, Don Quijote se ha convertido proverbialmente en «una protesta contra la falsa poesía de la literatura en nombre de la auténtica poesía de la vida... El que ríe y siente con Cervantes, ya le ha comprendido, no importa si le considera como un libro infantil, un escrito de entretenimiento, una crítica y una enseñanza o una obra literaria alta y profunda» (Karl Vossler).

Dovelas son, en arquitectura, aquellos sillares que adornan y sujetan el extremo superior de una bóveda o de una cúpula. En tales claves de bóveda, en las catedrales medievales se encuentran a menudo grabados los signos de picapedrero de los arquitectos que tomaron parte en la construcción. En el arte arquitectónico de los mayas centroamericanos, que no conocía ninguna bóveda auténtica («vitruviana»), sino que utilizaba la bóveda «falsa» o de saledizo, las losas de cubierta que unían las paredes solían decorarse con pinturas que representaban figuras de dioses o príncipes y presentaban textos jeroglíficos. Con ello adquiría su dignificación simbólicamente el «final que coronaba» una obra arquitectónica.

Drácula, la típica personificación del vampiro «no muerto», del horrible monstruo chupador de *sangre* del folclore europeo oriental, es solamente en parte una imaginaria figura literaria del escritor irlandés Bram Stoker (el libro, que ha sido llevado varias veces al cine, se publicó por vez primera en 1897). Prototipo de la leyenda del vampiro es el histórico Vlad Tepes, llamado «Dracul», de Transilvania, que luchó contra los turcos y que por su crueldad en la lucha contra éstos y en el trato con sus súbditos se granjeó siniestra fama. Su castillo fue destruido en 1462 por el sultán Mehmed el Conquistador, pero Vlad Tepes —«el empalador»— pervive aún en la tradición popular de Rumanía. El recuerdo se mezcló con el motivo legendario según el cual algunos enterrados regresan al mundo de los vivos y les chupan a éstos la *sangre*, elixir de vida, con lo cual les convierten a su vez en vampiros. Ya en 1745 se explica así en un directorio (J. H. Zedler) cómo se formó esta idea: «Entre esas gentes se extendió una enfermedad a las que se vieron arrastradas repentinamente las personas. Pero debido a que tal enfermedad perturba también su imaginación, creen que están oprimidos por los muertos y que éstos les han chupado la sangre».

Dragones. Los dragones constituyen en la iconografía de muchos pueblos un importante material básico de gran fuerza simbólica. Se configuran completamente como reptiles, que recuerdan ocasionalmente a cocodrilos alados o *serpientes* gigantes. La alusión a «dragones» que

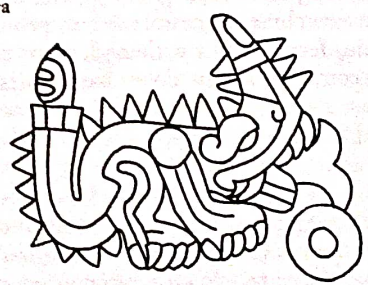
Dragones: el dragón de siete cabezas del Apocalipsis con la gran ramera Babilonia. Hans Burgkmair, 1523

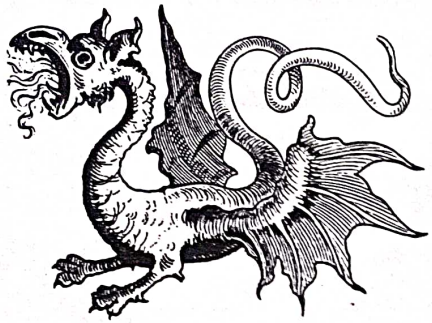
un día existieron realmente, los dinosaurios del período mesozoico de la tierra, resulta poco convincente, porque estos animales nunca fueron contemporáneos del hombre, cuya aparición en la tierra no se efectuó hasta unos 100 millones de años después de su extinción. La teoría del investigador E. Dacqué (véase *gigantes*) suponía un recuerdo primigenio que abarcaba mayores profundidades en el tiempo, a través del mundo humano propiamente dicho, recuerdo que ha conservado la imagen del dinosaurio. En los

Dragón del diablo, calcografía emblemática, W. H. Barón de Hohberg, 1675

mitos de la Creación, los dragones son generalmente criaturas primitivas poderosas y violentas que deben ser vencidas por los dioses. Posteriormente, héroes y antepasados de linajes nobles asumen el papel de matadores de dragones (dominio del mundo indómito de la naturaleza por el hombre mentalmente superior). La victoria sobre el dragón es, a menudo en cuentos y leyendas, una prueba a que es sometido el héroe, que mediante ello logra un teso-

Dragón: el animal simbólico «Cipactli» del calendario del antiguo México con cola de cuchillo de piedra





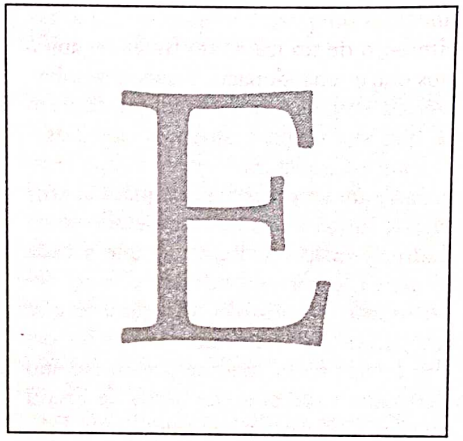
Dragones, ilustración de un libro infantil de Franz Pocci, 1846

ro o salvar a una princesa cautiva. El dragón es en este sentido símbolo de la animalidad salvaje que debe ser domeñada por la energía disciplinada. El simbolismo cristiano ve el dragón como personificación de lo diabólico o del satánico Lucifer, al que el arcángel Miguel vence y arroja a las profundidades del *infierno*. Por consiguiente, los dragones se relacionan frecuentemente con el elemento *fuego* y se les representa escupiendo fuego, cuando en general no se los concibe como engendros del *caos* de tiempos muy remotos que sólo pudieron ser aniquilados mediante la denominada energía mental y física.

A diferencia de esta concepción occidental, en Asia oriental se concibe el dragón generalmente como símbolo de la buena suerte, capaz de producir la bebida de la inmortalidad. Representa la esencia primaria yang (*yin y yang*) de la imagen china del cosmos, o sea, generación, fecundidad y actividad, y por ello se convierte a menudo en motivo decorativo con función ahuyentadora de demonios. En muchas leyendas y cuentos desempeñan los dragones un papel predominante y en el arte plástico y en la artesanía constituyen un motivo principal. El número de dragones en las vestiduras de brocado de los generales de la antigua China estaba exactamente reglamentado y el vestido del emperador sólo debía exhibir *nueve* dragones. Desde la dinastía Han (206 a.-220 d.C.) se considera el dragón verde azulado (lung) como símbolo del emperador, como patrono del quinto signo del zodíaco chino y como símbolo de Oriente, de la salida del sol y de la *lluvia* de primavera; el dragón *blanco*, en cambio, rige el Occidente y la muerte. En invierno, dice la tradición popular, los dragones habitan bajo tierra, pero en el mes segundo salen de ella y ocasionan el trueno y las primeras *lluvias*. Muchas veces se organizan en el segundo día del mes segundo fiestas de dragones con fuegos artificiales. En el arte decorativo suelen representarse dos dragones que juegan con una *perla* (la *bola* del trueno), con lo cual provocan la lluvia fertilizadora. También en el Japón personifica el dragón al dios de la lluvia; por ello en los recintos de los templos, dragones de bronce sirven a menudo de gárgolas de fuentes.

En cambio, en África y en el Nuevo Mundo no se puede demostrar la existencia de un manifiesto simbolismo de dragones, aunque el México antiguo conoció un marcado simbolismo de las míticas *serpientes* y del caimán (véase *cocodrilo*).

Edad de oro, un símbolo de la historia de las ideas que se refiere a una época pasada de un saber superior y de un mayor acercamiento a Dios, anterior a la época histórica. El mito del *paraíso* perdido o de la sumergida isla de *Atlántida* se basa en un fundamento parecido, en la certeza de que en un tiempo anterior tuvo el hombre un acceso directo a las fuentes de aquel saber que se perdieron como consecuencia de un pecado cometido por la humanidad (hybris, acción de tomar unos frutos prohibidos). En el aspecto psicológico puede resultar decisivo el hecho de que la experiencia en la fase de la infancia es más intensa y profunda que en los posteriores estadios del desarrollo personal en los que el ser humano se enfrenta a los múltiples fenómenos del entorno de una manera más racional y objetiva. Cada persona es de la opinión de que los inviernos en su infancia eran más románticos y abundantes en nieve que «ahora», que las maravillas y misterios en épocas más antiguas debían ser más intensos que en la actualidad. A ello se añade el convencimiento de un desarrollo cíclico de la historia de la humanidad en la que una época es sustituida por otra menos próxima a Dios o a los dioses, y de que ciertas catástrofes (*diluvio*, *fin del mundo*) pondrán fin a las épocas precedentes (así, no sólo en el Viejo Mundo, sino, por ejemplo, también en el antiguo México). Hesíodo describe una edad de oro del mismo modo que posteriormente, en forma poética, la describe Ovidio (Publius Ovidius Naso, 43 a.C.-17 d.C.) en sus «Metamorfosis». En primer término se encuentra una visión pesimista del mundo de una época cuyo período juvenil exento de pecado ya ha pasado y tiene que ceder el paso a una «edad de hierro» que se caracteriza por una despiadada lucha por la existencia. A ello se agrega el anhelo



de un retorno de la edad de la antiquísima proximidad de Dios, el anhelo de un retorno del paraíso en forma ennoblecida, por ejemplo, como una «Jerusalén celestial» en forma precristiana ya anunciada por Virgilio (Publius Vergilius Maro, 70-19 a.C.). Teorías y doctrinas escatológicas influyen una y otra vez en grupos marginales de la cultura con promesas de una nueva era en la que podrán alcanzarse condiciones de vida paradisíacas. (Véase *Virgen*.)

Edipo. Del griego oidipus, oidipodes, que significa «*pie* hinchado». Héroe principal de un ciclo de leyendas de la Tebas griega. Según este mito, frecuentemente poetizado, Edipo acertó en sus respuestas a los enigmas de la *Esfinge*, asesinó inconscientemente a su *padre*, Layo, y se casó con Yocasta, ignorando que era su *madre*. Como castigo de sus involuntarios crímenes, los dioses enviaron una epidemia que no habría de cesar hasta que los culpables expiasen su culpa. Yocasta se ahorcó y Edipo se sacó los *ojos*. Más tarde los dioses convertirán a este reo inocente en héroe purificado. Los rasgos esenciales del mito encuentran paralelo en numerosas

historias referentes en su mayoría al nacimiento de un niño con funestos augurios que es abandonado, y que, al resolver ciertos enigmas, hace involuntariamente que se cumplan antiguos oráculos.

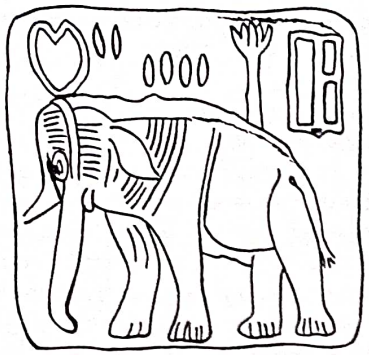
Ranke-Graves cree ver en Edipo la figura de un «*rey* nuevo» que mata al «rey viejo», simbólicamente considerado como padre, y ocupa su lugar, ya que a cada monarca le corresponde un tiempo determinado de reinado, «costumbre que los patriarcas victoriosos (sobre un orden social previo) malinterpretaron como parricidio e incesto». La teoría de Freud en el sentido de que «el complejo de Edipo» es instintivo en el hombre, se basa en esta errónea interpretación histórica, pues es evidente que nuestro héroe nunca deseó a su madre a sabiendas de que lo era, sino que asumiendo los derechos de ésta, se hizo con el reino por matrimonio, tal como suele ocurrir en muchas historias en las que un artesano ambulante, al conseguir la *mano* de la hija del rey, consigue también el reino. La configuración poética del tema le presta profundidad al afrontar el problema ético de la culpabilidad, problema que juega un papel decisivo en los dramas de Sófocles (496-406 a.C., «Edipo Rey», «Edipo en Colona») y en «Las fenicias» de Eurípides (480-406 a.C.).

Egipto, como compendio de civilización superior —probablemente la más antigua— de la humanidad, es considerado quizá como símbolo de todo lo remoto y misterioso. La *Esfinge* o las Pirámides son, a los ojos de muchas personas, la prueba de que Egipto, con sus momias, el «Libro de los muertos», las divinidades con figuras o cabezas de animales, personificaba una espiritualidad que dominaba insospechadas sabidurías de épocas perdidas (véase *Atlántida*). La hipótesis de que en tiempos más antiguos la humanidad estuvo más cerca de la verdad divina que en épocas posteriores se refleja también en la imagen simbólica de la «edad de oro» en el pasado remoto. Sin embargo, en realidad, en aquellas épocas la lucha por la vida era generalmente más encarnizada que en tiempos más recientes. Algo que hay que tener en cuenta es que en el valle del Nilo ya se dio el paso hacia la formación de Estados y reinos fijos, hacia la construcción en piedra y hacia la práctica de la escritura, en una era en la que la cultura ostentaba aún el sello del neolítico y la vida espiritual estaba dominada por rasgos muy primitivos (ideas de animales totémicos). Estas ideas le parecen al hombre de culturas más recientes enigmáticas e incomprensibles, lo cual suscita la sospecha de que en ellas se escondían sublimes misterios. Dado que muchas cosas de la civilización egipcia permanecieron «momificadas sin cambiar, durante casi tres milenios, hasta que tuvieron noticia de ellas las culturas mediterráneas en la época del helenismo, Egipto tuvo que ser para griegos y romanos un centro de grandes misterios. Heródoto (485-425 a.C.) escribe en el II libro de sus *Historias*: «Los egipcios fueron los primeros en determinar la duración del año y en dividirlo en sus doce secciones. Las estrellas, decían ellos, les habían impulsado a hacerlo. Su modo de calcular es más inteligente que el de los helenos, según a mí me parece... También el hecho de que un círculo de doce dioses reciba una denominación especial se remonta a los egipcios, de quienes, al parecer, lo tomaron los helenos. Asimismo, fueron los egipcios los primeros que erigieron a los dioses altares, imágenes y templos y tallaron figuras en piedra... Son extremadamente temorosos de los dioses, más que todos los demás pueblos». El carácter enigmático de la cultura de Egipto se basa primordialmente en la antigüedad de la vida espiritual de ese ámbito geográfico a pesar de sus fascinantes logros de civilización. En épocas más recientes pasó a ser usual designar como «egipcias» muchas cosas «enigmáticas» en el sentido más amplio de la palabra, desde el «Libro de los *sueños*» hasta ideas del *simbolismo alquímico*. Algunos historiadores no tomaron esto en serio; sin embargo, observando las cosas más de cerca resulta que, en realidad, algunas peculiaridades de religiones antiguas, enseñanzas sobre los misterios y símbolos, se remontan en último término al antiguo Egipto.

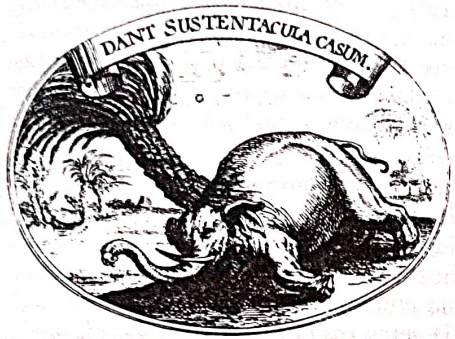
Eje del mundo (lat. axis mundi), una imagen ampliamente difundida de la arquitectura cósmica de las culturas antiguas. En ello el propio ámbito vital se concibe como «reino del centro», como centro de la *tierra*, mientras que el punto del cenit se establece en la estrella polar, alrededor de la cual parece girar el cielo estrellado. Se cree que el imaginario pilar de apoyo de la cúpula del *cielo* es un eje que gira como un *huso*, de sustancia cristalina, o —estáticamente— una montaña cósmica sustentadora (*montaña*) o *árbol* cósmico. En pueblos de cultos de estado de trance chamanísticos se considera que el eje del mundo es también camino de unión en el cual el chamán puede alcanzar los otros planos de la estructura cósmica para en ellos comunicarse con seres supra e infraterrestres (dioses, demonios) en el servicio de su comunidad. Representaciones gráficas del eje del mundo simbolizan con ello también la idea del orden de la creación y del tener la patria en un universo consistente y bien trabado. También el *poste* sagrado, el *menhir* y el *obelisco* son originariamente formas de expresión de esta arcaica imagen del mundo. Véase *omphalos*, *cuadrado*, *columna*, *templo*.

Eldorado, en el uso general del lenguaje, un lugar simbólico de la mayor abundancia y de la mayor riqueza en cosas codiciadas que en modo alguno tiene por qué guardar relación con objetos preciosos en el sentido corriente (por ejemplo, «un verdadero eldorado para los buscadores de setas»). Sin embargo, originariamente el concepto se refería a una persona, a la que se designaba con el nombre de «el dorado». Se trataba de un cacique del antiguo reino chibcha en la actual Colombia, de quien intentaban apoderarse los conquistadores españoles a causa de la fabulosa riqueza en *oro* de su país. El rey de un reino indio, en un día de fiesta, solía dirigirse a la laguna de Guatavita en una balsa, cubierto todo su cuerpo de polvo de oro y luego, mientras se sumergía, dejaba en el agua, como una ofrenda, el noble metal. Tras la conquista del país por los españoles se vio que la riqueza en oro no era tan grande como se había creído.

Elefante, animal cuyo significado simbólico se considera positivo y que en Asia se domaba como cabalgadura regia y era altamente estimado a causa de su inteligencia. Un elefante *blanco* anunció el nacimiento de Gautama Buda y es también el símbolo del «vahan» del Bodhisattva, que salva de las ataduras de lo terrenal. En el hinduismo, Ganesha, dios del arte de la escritura y de la sabiduría en general, tiene una cabeza de elefante (con un solo colmillo) y es que va delante en el séquito del dios Shiva. En la antigua China, el elefante era el símbolo de la fuerza y de la inteligencia, como en la Antigüedad occidental, en la que este exótico animal era considerado por su inteligencia como atributo del dios *Mercurio*. Además, por su longevidad se le consideraba como



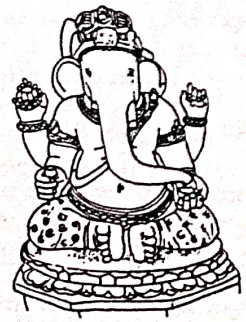
Elefante: sello de la cultura del Indo, hacia 2000 a.C.

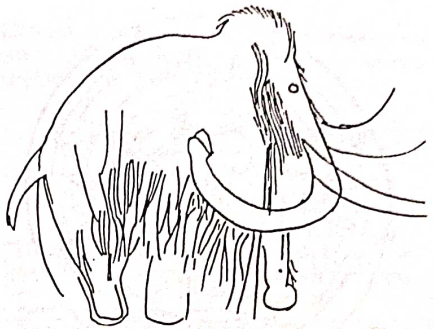


Elefante: un elefante que cae junto con el árbol medio aserrado en el que se apoya. W. H. Barón de Hohberg, 1647

símbolo de la victoria sobre la muerte. En la iconografía cristiana del «Physiologus» tardo-antiguo y de los bestiarios medievales, se alaba la castidad del elefante, cuya disposición a la procreación sólo puede activarse comiendo la raíz de la *mandrágora*. En tales escritos se refiere que la hembra del elefante trae al mundo sus crías en el pantano, mientras el macho la protege de la enemiga *serpiente*. Entretanto, si el elefante se apoya en un árbol que se ha empezado a aserrar, se cae, y no pueden levantarle ni siquiera otros doce elefantes, sino que el pequeño elefante le levanta desde abajo con su trompa. La interpretación simbólica: *Adán y Eva* no conocían aún en el Paraíso ninguna atracción sexual y sólo después de haber comido la *manzana* (el fruto de la mandrágora) maduraron para «conocer» a la pareja. Entonces Eva parió a Caín «en las infames aguas». La ley no puede levantar al caído Adán, ni tampoco el coro de los profetas, sino solamente Cristo, el «espiritual y santo elefante». La fábula acerca de la rigidez de las patas del elefante, también atribuida al alce en la Antigüedad, está todavía elaborada poéticamente en el libro de emblemas barrocos de Hohberg (1675): «El tonto elefante se apoya en un árbol que está medio aserrado, y junto con él cae al suelo. Por lo tanto, cuando alguno se cree más seguro / cae ridículamente al suelo cuando en el mundo confía». En el «Physiologus» se dice además que el elefante atacado por una serpiente que le chupa la sangre y que se derrumba debilitado, al caer muerto aplasta también a su enemiga. «Procura, hombre, que la serpiente no te encuentre nunca... y te chupe la fe correcta, de suerte que perezcas junto con ella» y en el Juicio final tengas que oír: «¡Apartaos de mí, condenados y marchad al *fuego* eterno, preparado para el *diablo* y sus ángeles!». Finalmente, se refuerza la interpretación positiva del elefante mediante el hecho de que quemando pelos o huesos de elefante aumenta su poder de tener alejados los demonios.

Elefante: el dios indio de la sabiduría Ganesha de cabeza de elefante (escultura religiosa de bronce)





Elefante: mamut, grabado en la roca de la gruta Les Comberelles, Francia, de la época glacial

La «castidad» del elefante, que se supone que sólo (escondido) en el *agua* engendra hijos, se elegia en la antigua China. En Europa, junto con el *unicornio*, formaba parte de aquellos extraños animales que sólo desempeñan un papel ocasionalmente en las fábulas de animales. En imágenes del *paraíso* se le representa con bastante frecuencia y, después del tiempo de las cruzadas, aparecen incluso como animal heráldico (condes de Helfenstein; en el escudo de Oxford). En 1464 se fundó en Dinamarca una orden del elefante. Un elefante blanco fue hasta 1910 el animal heráldico del reino de Siam (Tailandia). La interpretación simbológica de la psicología profunda concibe el elefante, a causa de su trompa, como «criatura fálica», pero al mismo tiempo también como encarnación de la sabiduría y falta de agresividad en una fuerza reposada. En los sueños representa la «realidad terrestre» para personas cuya relación con la realidad no está marcada de un modo suficientemente claro; también se le considera como manifestación de la grandiosidad de la vida. Una valoración positiva tuvo en la China el animal simbólico Hsiang (elefante). «Cabalgar sobre un elefante», como lo hacían a menudo los héroes de la leyenda, significa «suerte» en la lengua china por la semejanza de los sonidos en la pronunciación.

Elementos. No son solamente principios de ordenación de las imágenes tradicionales del mundo, no relacionados con el moderno concepto de elemento de la química y de la física, sino que son también símbolos de la orientación y de muchos sistemas de correspondencia que se restringen mutuamente. Así, se relacionan continuamente con los puntos cardinales y con colores. Es corriente la ordenación conjunta de conceptos que en el actual estilo de pensamiento proceden de diversos ámbitos. La Antigüedad distinguía entre las dos cualidades primarias («stoicheia») de lo activo y lo pasivo (lo cual recuerda el orden de dualidad asiático oriental de *yin y yang*), de las cuales surgen por un lado las cualidades primarias de «seco» y «húmedo» (activo) y «frío» y «caliente» (pasivo). De su combinación se producen los elementos siguientes: «seco» y «frío» forma la *tierra*, «seco» y «caliente» el *fuego*, «húmedo» y «caliente» el *aire* y «húmedo» y «frío» el agua. De aquí se derivan numerosas series de analogías. El elemento tierra se halla en correspondencia con el otoño, la atrabilis, el bazo y el color del *plomo*, de lo cual se deriva el «temperamento» del melancólico; al aire corresponde la primavera, la *sangre*, el *corazón*, los *colores* brillantes y el temperamento del sanguíneo; el agua gobierna el invierno, el humor viscoso del cuerpo, el cerebro, el color *blanco* y el temperamento del flemático; finalmente, el fuego rige el verano, la bilis *amarilla*, el hígado y el tempe-

ramento del colérico, que representa el «color de fuego». Las antiguas teorías curativas, vivas hasta bien entrada la Edad Moderna, tenían por objeto la armonización de estos componentes en el ser humano, sin permitir que ninguno de ellos tuviera el predominio absoluto en detrimento del equilibrio. Es interesante la equiparación simbólica de los «cuatro elementos» con cuerpos geométricos en el «Timeo» de Platón, donde se dice: «A la tierra queremos asignarle la figura del cubo, porque es el elemento más inmóvil y más dúctil... al agua, en cambio, le damos de entre las restantes figuras la que es difícil de mover (el icosaedro); al fuego la más fácil de mover (el tetraedro) y al aire la mediana (el octaedro); el más pequeño de aquellos cuerpos elementales lo asignamos al fuego, el más grande al agua, el mediano al aire; finalmente, el más puntiagudo al fuego, el de segundo rango al aire y el de tercer rango al agua». El dodecaedro simbolizaba el todo del mundo. En la complicada iconografía de la *alquimia*, se prestaba la máxima atención a los dos principios primarios del *azufre y el mercurio*, para, mediante la manipulación de sus proporciones y de su concentración en «fijos» y «volátiles», obtener la *«fijeza solar»* del *oro*. Como tercero de estos «elementos filosóficos», Paracelso (1493-1541) añadió la *sal* con el fin de expresar la «palpabilidad». Sólo el progreso de las ciencias naturales llevó al reconocimiento de que esta visión simbólica de la naturaleza no puede compaginarse con los hechos concretos químico-físicos y que sólo posee una significación teórico-filosófica.

Comparado con ello es digna de tenerse en cuenta la imagen asiático-oriental del mundo, elaborada en la antigua China, que parte de los principios primarios *yin y yang* y que no conoce solamente cuatro, sino *cinco* regiones del cielo (incluido el lugar del «centro»). Los elementos son aquí agua, madera, fuego, tierra y metal; el aire no entra en consideración. Un antiguo verso mnemotécnico dice: «El agua crea la madera, pero destruye el fuego; el fuego crea la tierra, pero destruye el metal; el metal crea el agua, pero destruye la madera; la madera crea el fuego, pero destruye la tierra; la tierra crea el metal, pero destruye el agua». En el «Libro de los documentos» se explica: «En la naturaleza del agua reside el humedecer y el fluir hacia abajo; en la del fuego llamear e ir hacia arriba; en la de la madera el doblarse y poner recta; en la del metal el

Elementos: el esquema de cuatro en combinación con la división del año. Augsburgo, 1472

Elementos: el hombre en el punto crucial de los cuatro elementos. H. Weiditz en la «Historia naturalis» de Plinio, Francfort, 1587

Elementos: correspondencias en la imagen antigua y medieval del mundo (doctrina de los cuatro humores)

Cualidades primarias pasivas		Cualidades primarias activas	
SECO	HÚMEDO	FRÍO	CALIENTE

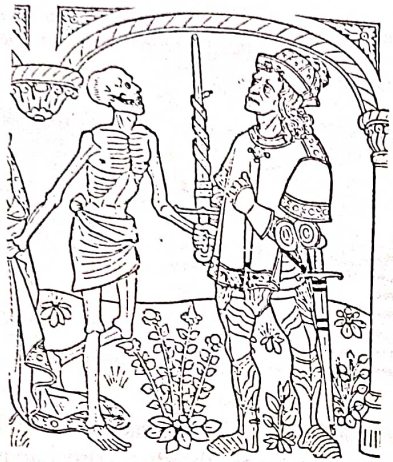
Elementos:	TIERRA	AIRE	AGUA	FUEGO
Épocas del año:	Otoño	Primavera	Invierno	Verano
Símbolos alquímicos	▽	△	▽	△
Humores del cuerpo:	Atrabilis	Sangre	Mucosidad	Bilis amarilla
Temperamentos:	Melancólico	Sanguíneo	Flemático	Colérico
Órganos principales:	Bazo	Corazón	Cerebro	Hígado

ser obediente y dejarse modelar; en la de la tierra el ser labrada y cosechada». A la madera le corresponde el este y el color *azul*, al fuego el sur y el rojo, al metal el oeste y el blanco, a la tierra el centro y el amarillo. Así los elementos («wu-hsing») forman también aquí el principio para el orden simbólico del mundo con los cinco *planetas* conocidos, tendencias del gusto (salado, amargo, ácido, agrio, dulce), órdenes de animales (con pelo, con pluma, con escamas, con caparazón, desnudos) y órganos principales del hombre. Además de este orden de cinco, se estableció un orden de ocho para sistematizar mentalmente el cosmos (véase *ocho inmortales*, *I-Ching*). Mito de símbolos gnósticos sobre los regentes de los cuatro elementos: véase *Caín*. El nombre general sánscrito de los elementos es tattwa: la tierra, prithivi; el agua, apas; el fuego, tejas; el aire, vayu; el éter, akasha. Viajes meditativos hacia estos «estados elementales de vibración del cosmos» en conexión con las enseñanzas yóguicas y tántricas junto con los símbolos gráficos teosóficos (tierra, *cuadrado* amarillo; agua, creciente lunar yacente *plateado*; fuego, triángulo rojo con la punta dirigida hacia arriba; aire, disco azul claro; éter, forma oval *violeta*) se han elaborado en el esoterismo moderno en un sistema de «terapia de tattwa» (Tegtmeier, 1986).

Emperador. Su figura está menos anclada que la de *rey* en la comprensión europea de los símbolos. Es menos frecuente en cuentos, leyendas, modismos, etc. La palabra «emperador» deriva del lat. Imperator. Julio César se hacía interpelar como «*Jupiter* Julius»; Octavio Augusto admitió el culto que ya en vida se le tributaba en relación con la deidad Roma, protectora de la ciudad. En la incineración de su cadáver, el Senado le elevó oficialmente a la categoría de dios con sacerdocio propio y un *águila* ascendió al *cielo*, llevándose simbólicamente su alma. Cómodo (180-192 d.C.), ya en tiempo de su gobierno, se hizo venerar como un dios; Aureliano (270-275) se llamaba a sí mismo «Dominus et Deus» (Señor y Dios). Con ello debía crearse una legitimación sobrenatural para la cohesión del Imperio, legitimación que al incipiente cristianismo debió de parecerle blasfema. Un destello del imperio divino es en Occidente la idea de la persona sagrada del emperador que el Papa coronó, lo cual debía con-

Emperador: Shi-Huangti, el primer emperador del Imperio chino

Emperador: el emperador y los príncipes electores. Incunable de Schwabenspiegel, Augsburgo, 1472



Emperador: la muerte acudiendo a buscar al emperador. De una Danza de la Muerte (Danse macabre), París, 1486

vertir al soberano en protector de la Iglesia y en órgano ejecutivo del poder divino en la tierra.

En culturas extrañas se conocen ideas análogas; por ejemplo, ya en el antiguo Egipto, en la persona del faraón, del dios viviente (a *Alejandro* Magno se le saludó allí en el año 332 a.C. como «Hijo de Amón»), o el fundador del Imperio babilónico, Sargón (Scharrukin, hacia 2300 a.C.), que se llamaba a sí mismo «Rey de las cuatro regiones del mundo» y anteponía a su nombre el símbolo de los dioses. En la antigua China, el emperador era «Hijo del Cielo», y el tenno japonés alardeaba de ascendencia divina. El soberano se siente órgano de la autoridad divina y se identifica grandemente con ella. Por ello no es solamente portador de una idea simbólica, sino que es símbolo él mismo.

El emperador Enrique IV, Crónica mundial de Ekkehart von Aura, 1113-1114

Enanos. Se consideran casi siempre símbolos de fuerzas misteriosas, de habilidad artística y del conocimiento de *tesoros* escondidos, que en la creencia popular desempeñan un papel ambivalente. Por un lado son seres de un orden de creación más antiguo y, al igual que los *gigantes*, personificación de un mundo prehumano, tímidos para con los hombres y celosos guardianes de sus tesoros en las entrañas de la tierra (*cuevas*), y se presentan como enemigos y vencedores su-

yos héroes como Teodorico de Berna. También suelen disponer de gran fuerza a pesar de su pequeña estatura; así, se dice que los pequeños corrigans de las leyendas bretonas fueron los que edificaron las construcciones megalíticas. En la mitología nortegermánica, enanos y albos —particularmente los albos negros— suelen desempeñar el papel de seres muy ingeniosos, pero más bien hostiles a los humanos y a los dioses, que también disponen de virtudes mágicas y sólo pueden ser vencidos por medio de la astucia, por ejemplo, embrollándolos en juegos de acertijos e impidiéndoles que desaparezcan, hasta que los alcanza un rayo de sol y entonces se convierten en *piedra*. Debido a su lugar subterráneo de residencia, se relacionan con el mundo de los muertos y a menudo son, como «pequeño pueblo», algo así como seres del más allá. Las leyendas populares interpretan los enanos como seres de la naturaleza difíciles de percibir, caprichosos y desconfiados, casi siempre imaginados como viejos hombrecillos (en ocasiones con pies de *ave*) que a veces también pueden presentarse como seres agradecidos y serviciales. En este sentido el «enano de jardín» también es símbolo de las fuerzas de la naturaleza, percibidas como amistosas y misteriosas, que aportan bendición a los vegetales de la Tierra. Esta concepción podría remontarse a ideas precristianas acerca de misteriosos protectores de la tierra, siendo Paracelso (1493-1541) quién la formuló, a principios de la Edad Moderna (gnomos, custodios del elemento *tierra*). En leyendas de mineros suelen aparecer tales seres como guardianes de vetas de metales preciosos que castigan a los mineros de modales groseros, aunque, liberan de minas hundidas a los mineros considerados. Sin embargo, en el simbolismo aparece casi siempre en primer término la naturaleza bromista y maliciosa de los enanos y sus diabluras así como su incontrolabilidad (gnomos; leprechauns de las leyendas irlandesas). También en el Nuevo Mundo (Centroamérica) se hallan difundidas las ideas acerca de enanos, relacionándose estos pequeños seres de la naturaleza con las *cuevas*, la caza, la lluvia y la fecundidad o sexualidad («chaneques» en Veracruz, tlaloques entre los aztecas). Véase *Bes*. En la mitología hinduista el enano Vamana es la quinta encarnación (avatara) del dios Vishnú y con tres pasos pudo recorrer el mundo y vencer al demonio Bali.

Encina, entre los *árboles*, una planta de gran fuerza simbólica, símbolo muchas veces de inmortalidad o de perennidad a causa de la dureza de su madera. Dado que, según la frase aún hoy corriente de que la encina a menudo es herida por el *rayo* («De la encina debes apartarte cuando amenaza una tormenta»), estuvo en la Antigüedad consagrada a Zeus/*Júpiter*, dios del rayo y del cielo, que comunicaba su voluntad en el rumor de las hojas de encina en el *bosquecillo* de Dodona. En la Antigua Roma, a orillas del lago Nemi estaba consagrado a *Júpiter* un encinar gobernado por un *rey* del bosque, y las coronas de hojas de encina eran el distintivo de los gobernantes de la antigua Italia. También entre los druidas célticos gozaban de gran prestigio las encinas, sobre las cuales crecía el *muérdago*, y también entre los germanos, donde a menudo las encinas cubrían con su sombra los anfiteatros donde se celebraban los «things» y estaban consagradas al dios del trueno Thor/Donar, análogamente a lo que sucedía con el dios Perkunas entre los lituanos. Un dios de la encina (Kashimano kami) se conocía también en el Japón antiguo. La antigua creencia popular suponía que las encinas estaban habitadas

Encina: monje talando una encina. Ilustración de un libro francés, aproximadamente de 1120

Énula: según W. H. Barón von Hohberg, 1675

por las dríadas (elfos de los árboles, del griego «drys», encina). A las hojas de encina se atribuía la propiedad de mantener alejado el *león*, la ceniza de la madera de encina debía destruir el royo de los cereales y una *estaca* de encina hincada en el estercolero ahuyentaba las *serpientes*. Durante el romanticismo fue la encina símbolo de fuerza inquebrantable («fiel e inquebrantable como las encinas alemanas»...), por lo cual las «hojas de encina» fueron también una condecoración en la época nacionalsocialista. Los druidas comían la bellota antes de la predicción, pero por lo demás era también un símbolo sexual masculino (glans penis; en Oswald Crollius, 1629: «El glande o bellota forma la cabeza de la verga del hombre») y por esto también se llevaba como amuleto. Asimismo figura como palos en la baraja alemana.

Énula, la flor compuesta Inula helenium no era apreciada únicamente como planta medicinal. Cuenta la leyenda que la bella Elena de Troya la tenía en las manos cuando fue raptada por Paris. En el simbolismo cristiano, esta planta, debido a sus virtudes curativas, se convirtió en el símbolo de la redención de la enfermedad del pecado. «La énula resiste al veneno, alivia el pecho enfermo y da al corazón paz y alegría. Así pues, el que ama la palabra de Dios y su Iglesia, pasa sin perturbación por el valle de lágrimas de la vida...» (Hohberg, 1675)

Eos, personificación griega de la aurora, en Homero «la diosa de *rosados* dedos», fue también llamada Hemera (día), cuando por la mañana corría delante del carro de su hermano Helios (*Sol*) y era acompañada por el lucero del alba (*Venus*). Corría con el sol a través del cielo y lo abandonaba con el nombre de Hespera (atardecer) en el lejano oeste de okeanos que abarca la tierra. Se dice que estaba casada con el titán Astraios y le parieron las *estrellas* y los *vientos*, pero a consecuencia de una maldición de la diosa del amor Afrodita tuvo también numerosas relaciones amorosas, como por ejemplo, con el cazador Orión (véase *Escorpio*). Con Titonos, hermano del rey de los troyanos Príamo, tuvo un hijo llamado Memnón, que fue muerto por Aquiles en la guerra de Troya. En duelo

por ello, Eos derramó lágrimas que desde entonces caen sobre la tierra en forma de *rocío*. (Véase *cigarra*.)

Erinias, conocidas también por la denominación latina de «furias». Diosas de la venganza que personifican el anhelo del ser humano de desquitarse de malas acciones de otro modo no expiadas. Estas tres oscuras y poderosas guardianas del orden (véase *triformidad*) se dice que se originaron de la *sangre* del dios Urano; llevan los nombres griegos de Alekto (la que nunca ceja), Tisiphone (la vengadora del asesinato) y Megaira (la envidiosa) y se las representa con *antorchas* y látigos en las manos, con cabellos formados por *serpientes* en la cabeza, como incansables perseguidoras de homicidio y ultraje contra parientes, por ejemplo, contra los padres. En ocasiones fueron tenidas por maldiciones personificadas, pero al mismo tiempo por protectoras del orden moral, y por ello se las llamó también —¿para aplacarlas o por temor a ellas?— euménides (las benévolas) o semnai theai (diosas venerables). En algunos lugares su veneración iba unida como contraste a la de las tres *gracias*.

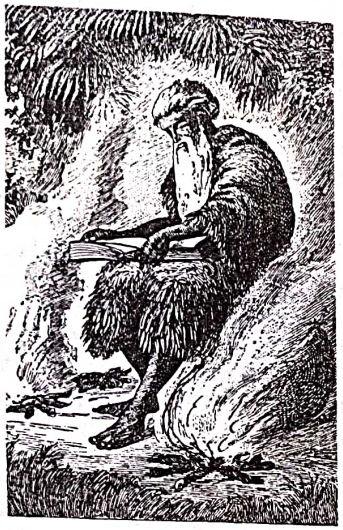
Erinias (furias), V. Cartari, 1647

Erizo, gr. echinos, lat. erinaceus; este animal que aparece «armado, pero como héroe de paz», fue muy apreciado en sus regiones de difusión. En la Antigüedad, su piel cubierta de púas servía para cardar el paño y su carne se utilizaba como remedio, por ejemplo, contra la caída del cabello, porque las púas parecían representar pelo fuerte. Se decía que una piel de erizo colgada de una cepa ahuyentaba el granizo. La «inteligencia» del erizo como recogedor de provisiones fue celebrada, entre otros, por Plinio (23-79 d.C.). Según el texto paleocristiano del «Physiologus», el erizo en el viñedo trepa «hasta los racimos, y arroja hacia abajo los granos de uva... Entonces rueda por el suelo, engancha los granos de uva con las púas y los lleva a sus hijos... Así debes tú también, miembro de la comunidad, ir hacia la vid espiritual y verdadera. El santo Basilio dice: ¡Imita, hombre, al erizo! Aunque no es más que un animal impuro, lleva una vida amorosa y amante de los hijos... Aprecia tú las uvas de la verdadera cepa, que

Erizo: mientras teme, está seguro. J. Boschius, 1702

son las palabras de nuestro Señor Jesucristo y hazlas accesibles a tus hijos, para que, criados en el buen espíritu, alaben al Padre celestial». También se menciona la enemistad entre el *erizo* y la *serpiente*. El «Bestiarium» medieval alaba la «perspicacia» del erizo, que ante el peligro se enrolla formando una bola de púas y también con éstas recoge bayas; se dice asimismo que posee una construcción con dos salidas, la del norte la obstruye cuando sopla *viento* del norte y aguarda hasta que el viento del sur haya disipado la fría *niebla*. Por otro lado también se le reprochó a este animal la «avaricia» y la irascibilidad, porque en las luchas endereza amenazadoramente sus púas. El barroco libro de emblemas de Hohberg (1675) dice así: «Cuando el otoño hace pesado el árbol con su fruto, / el erizo es diligente, entra en su cueva: / Cuando la bendición de Dios te ha obsequiado con muchos dones: / Procura que estén prudente y sabiamente establecidos». En el Asia oriental, la «avaricia» del erizo lo convirtió en símbolo de la riqueza.

Ermitaño, eremita, figura simbólica de la persona que se aleja del mundo y que por su ascético aislamiento de los quehaceres mundanos puede alcanzar también especiales dones de visión y ejercer una acción benéfica sobre los que acuden a él en demanda de consejo. Se trata, en el sentido estricto, de un representante de un género de vida religiosa que se basa en la renuncia a la comunicación y aspira a «estar a solas con Dios». Como forma de vida monástica (monje, lat. monacus, del griego monos - solo), la vida eremítica fue usual al principio entre los «anacoretas» cristiano-egipcios que se alojaban en cuevas de rocas en el desierto (véase *Antonio*), mientras que en la Europa central los eremitas construían sus ermitas en el *bosque*. En las leyendas se habla a veces de la fuerza milagrosa que tales ermitaños adquirían en la oración debido a su vida retirada del mundo. No solamente en el ámbito cristiano, sino también en las religiones del ámbito indio, se conocen los «ermitaños del bosque» que meditan en la soledad y aspiran a la iluminación, apartados del ruido del mundo. También Gautama Buda pasó algún tiempo de su vida en tal aislamiento de los asuntos del mundo antes de que iniciase su actividad docente.



Ermitaño: eremita indio del bosque. Calendario austríaco del campesino, 1911

Escala, en el ámbito cristiano, símbolo de la unión entre el *cielo* y la tierra o la posibilidad de subir al cielo. Particularmente conocida es la visión que en un sueño tuvo Jacob (Génesis 28, 11 y sigs.) en la que habla de una escalera por la que subían y bajaban *ángeles* celestiales, expresión de una viva comunicación entre Dios y el hombre. De manera ingenua se describen también otros caminos

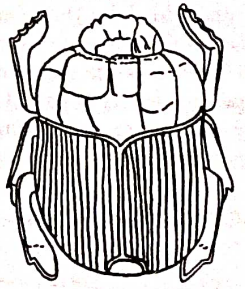
Escala: La pobreza, la enfermedad, la lujuria y la muerte temprana obstaculizan la ascensión al cielo. Cicero, Von den tugentsamen ämptern, 1531

hacia el cielo con la imagen de la escala: la Ascensión de Cristo o del profeta Elías (por otra parte, reproducida en el *carro* de fuego) o en general la subida de un alma pura al cielo. Simbolizada de modo abstracto, la escala se encuentra en alegorías como la de la escala de las *virtudes* con *siete* peldaños, la escala del martirio como escala que lleva al cielo, o la de la ascesis, cuyo primer peldaño es el *dragón* del pecado, que debe ser pisoteado. En Bizancio se llama a María escala del cielo por la cual descendió Dios hasta los hombres y por la cual les permite subir al cielo. En el ámbito extraeclesial, la personificación de la filosofía se representa como una de las «artes liberales» con una escala sobre el pecho. Al igual que la *cadena*, con la ayuda de este símbolo se representó también una unión con la esfera superior (*arriba/abajo*). En el *simbolismo francmasónico*, la «escala mística» con dos veces siete peldaños es en el rito escocés un símbolo del grado XXX. Sus peldaños son por un lado justicia, bondad, humildad, fidelidad, trabajo, formalidad, magnanimidad (con visión inteligente), y por otro, las «artes liberales» de la erudición medieval: Gramática, Retórica, Lógica, Aritmética, Geometría, Música, Astronomía (con variantes).

Un simbolismo de la escala con siete peldaños (planetas) se conocía ya en los misterios de Mitra y pudo haber desempeñado también un papel en el ritual de los cultos órficos (*Orfeo*). También los vuelos del alma en el estado de trance de los chamanes en culturas extraeuropeas se simbolizaron ocasionalmente con el subir y el bajar por una escalera. Sin embargo, la antigua expresión egipcia «asken pet» para indicar la escala del dios Sol se refiere más bien a una rampa que a una escalera de peldaños en nuestro sentido actual.

Escarabeo, el escarabajo pelotero fue en el antiguo Egipto, y posteriormente en todo el Mediterráneo oriental, un importante animal simbólico. Esto debe atribuirse ante todo a la semejanza fonética de su nombre «chepre» con el verbo «cheper» (algo así como originarse en una forma determinada) y también a la idea formulada por Plutarco: «Se supone que esta especie de escarabajos sólo consta de animales machos que depositan su semilla en el material al que dan forma de pelota. Entonces hacen rodar esta pelota empujándola con las patas traseras. Al imitar de esta manera el movimiento del Sol, que se desplaza

Escarabeo del dije de Tutankhamón, siglo XIV a.C.



de este a oeste, parecen seguir una dirección opuesta al desplazamiento celeste». Esto llevó a la asociación de las ideas de bola, Sol, autogeneración y renovación y el dios Chepri fue la imagen simbólica del sol naciente, «que surge de la tierra». Algunas momias llevan sobre el pecho como amuleto un escarabeo y los escarabeos servían como piedras-sello y también como medios de protección mágicos. Fenicios y cartagineses hicieron imitaciones de ellos y se los representó en piedras semipreciosas duras como el jaspe y la coralina, al igual que hicieron también griegos y etruscos en el siglo v. Podían encontrarse escarabeos etruscos en todos los mercados del ámbito mediterráneo y se comerciaba con ellos hasta la península de Crimea. También en el simbolismo paleocristiano aparece el escarabeo como símbolo de la resurrección.

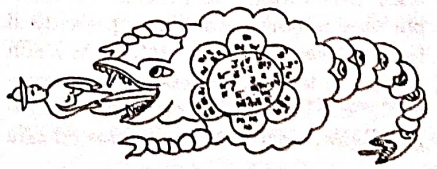
Escoba como instrumento volador de la «bruja de los valdenses». Pintura de libro (Le Champuis des Dames), 1451

Escoba, utensilio para barrer (limpiar), ya en época temprana se consideró como algo mágico y simbólico. El cuento del aprendiz de brujo que transforma una escoba en un aguador y no sale del apuro hasta que lo saca de él su maestro, se remonta a motivos egipcios antiguos y era ya conocido en la Antigüedad. *Pitágoras* prohibió, según una antigua creencia popular, subir a una escoba. En la fiesta de las almas de las antesterias, las *sombras* de los difuntos entraban de visita en las casas de los humanos y eran obsequiadas por éstos, pero después se las ahuyentaba barriéndolas con la escoba. En la antigua China estaba severamente prohibido dejar derecha una escoba en las habitaciones de los difuntos, porque el muerto podía regresar en forma de espectro de largos cabellos. También los jugadores se asustaban ante la escoba, que podía «barrer la suerte en el juego». En cambio, se venera a la diosa del cielo despejado en la fiesta del año nuevo, amada a causa de que barría las *nubes* de lluvia. En la creencia popular europea se hallaba evidentemente en primer término la idea de la fuerza germinativa que emitían las varillas de la escoba. Decíase que estas ramitas podían ahuyentar el mal tiempo y por ello se ponían «escobas de bruja» en los remates de los tejados. Por otro lado, la escoba era un símbolo y atributo de las *brujas* mismas, que montadas en ella volaban hacia sus legendarios aquelarres de la *montaña* después de haberse frotado el cuerpo con el ungüento que probablemente alteraba su estado de conciencia. La escoba entre las piernas de las brujas desnudas se ha concebido muchas veces como símbolo fálico; aunque también se representaron como «cabalgaduras aéreas», atizadores, bancos u otros objetos de la casa. También en el México antiguo había una fiesta de las escobas, Ochpaniztli. Era una fiesta dedicada a la antigua Teteo-innan, diosa de la tierra, y estaba destinada a ahuyentar la desgracia y la enfermedad. En la iconografía cristiana, la escoba es atributo de santa Marta y de santa Petronila, que son las santas patronas de las empleadas de hogar. Locuciones proverbiales en relación con la escoba son, entre otras: escoba nueva barre bien; barrer para casa, etc.

Escorpión. El peligroso arácnido, por su aguijón venenoso recibió ya muy pronto la interpretación simbólica de la amenaza mortífera, aunque también, como compensación, la de la veracidad. Un rey predinástico del antiguo Egipto, que gobernó antes del unificador de los reinos, Menes, se llamaba Escorpión (Selek), y la forma femenina, Selket, era señora de los médicos hechiceros. Antiguas fórmulas de conjuros contra «animales reptantes portadores de aguijón» tienen en cuenta el hecho esperado de que la magia divina pueda ser más poderosa que cualquier veneno. La diosa Isis (Eset), en su huida de Seth (Sutech), el asesino de Osiris (Usiré), se hizo acompañar por siete escorpiones. La leyenda astronómica griega refiere que la diosa de la caza, Ártemis, había enviado el escorpión para matar al poderoso cazador Orión, y éste y el escorpión fueron puestos en el firmamento como constelaciones. Cada vez que por el Oriente asoma el escorpión, el normalmente impávido Orión huye hacia Occidente, bajo el horizonte. En la Biblia, el escorpión es símbolo de potencias demoníacas —como la *serpiente*— y en esta función se le cita también como parte de los animales *infernales* en el Apocalipsis de Juan. Asimismo, se comparan los escorpiones con sectas peligrosas, aunque también aparecen como animales emblemáticos de la lógica y la dialéctica entre las «siete artes liberales» (véase *escala*). También el continente africano ostenta el escorpión como animal emblemático en el arte simbólico medieval. En el panteón maya del Yucatán se representaba al «dios negro Ek-Chuak», un dios de la guerra, con una cola de escorpión. Para la astrología, el escorpión (escorpio) es el octavo signo del zodíaco: el Sol pasa a través de él del 23 de octubre al 21 de noviembre. La estrella principal de la constelación es la rojiza Antares (= Anti-*Marte*), y el signo está regido por Marte (color: *rojo*, metal: *hierro*). La simbología tradicional de la astrología asocia con el escorpión conceptos como sexualidad de carácter masculino, destrucción, ocultismo y misticismo e iluminación; como contrapeso contra el veneno se menciona —como en el antiguo Egipto— curación y resurrección de la muerte. Con ello, incluso un signo que produce efectos nocivos se considera ambivalente, modificador y símbolo de la superación de la muerte. Véase *langosta*.

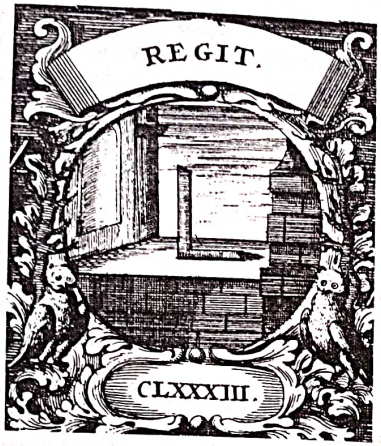
Escorpión, siempre dispuesto a picar. J. Boschius, 1702

Escorpión: amuleto tibetano para repeler «demonios gyalpo»



Escuadra, en cierto sentido parecido al del *compás*, un instrumento importante arquitectónicamente y también, derivado de ello, simbólicamente, que aparece representado, entre otros lugares, en el graba-

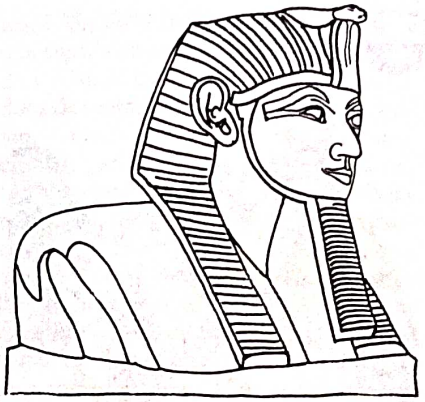
Escuadra: arquitecto alemán con libro de texto, escuadra y compás. Grabado en madera, 1536



Escuadra: el ángulo recto, por J. Boschius, 1702

do en cobre de Durero «Melancolía», y también como atributo del apóstol Tomás (patrono de los arquitectos). Todavía hoy le corresponde una especial dignidad en el simbolismo de los *francmasones*, y ciertamente con la asociación de palabras: rectangularidad, justicia, equidad. El «maestro de la silla» lleva sobre el pecho la escuadra como distintivo de su autoridad y de los deberes que le han sido impuestos. Por lo demás, el ángulo recto suele emplearse como emblema en unión de la plomada, y también con el nivel de albañil («las tres joyas móviles, como distintivos del maestro y de los dos inspectores en el trabajo de la logia; joyas inmóviles son la piedra sin labrar, es decir, aprendiz; la piedra labrada, es decir, oficial; y el tablero de dibujo, es decir, maestro). Una escuadra con dos lados de longitudes desiguales en la proporción de 3:4 hace referencia al teorema de Pitágoras, ya que permite dibujar la construcción del *triángulo* con las longitudes de lado 3, 4 y 5. Según J. Baurnjöpl (1793) la escuadra representa «el amor de Dios y del prójimo con que él (el maestro) debe estar excelentemente adornado, y muestra también a cada hermano, en su primera entrada en el templo, que el recuerdo de este adorno, que contiene en sí todas las leyes, debe estimularle todas las virtudes humanamente posibles». También en la antigua China la escuadra era un símbolo importante y sobre todo en la mano del mítico sabio Fu-hsi (nueva escritura «Fuxi»), de quien se dice que inventó el *I-Ching*. Se le representa con la parte inferior del cuerpo en forma de *serpiente* y con la escuadra en la mano, que se entiende tanto como símbolo de la edificación como también de las santificadoras fuerzas mágicas.

Esfinge, denominación griega del ser mixto de *león* y hombre que se ha hecho famoso especialmente por la escultura en piedra de Gizeh (57 metros de longitud). A pesar de fantásticas hipótesis, esta esfinge no procede de tiempos muy remotos, sino que representa al faraón Khefrén (hacia 2600 a.C.) con cuerpo de león para simbolizar su invencibilidad. También otros *reyes* del antiguo Egipto fueron reproducidos en esta



Esfinge: cabeza de una esfinge de la reina Hatschepsut, hacia 1490 a.C.

Esfinge: antigua esfinge alada, decoración de mueble de marfil de 5 cm de alto. Trabajo del Asia Menor, hallado cerca de Asperg, Kr. Ludwigsburg, hacia 500 a.C.

forma para, mediante la fuerza simbólica de este animal regio, hacer resaltar al soberano por encima del resto de los humanos. Raramente se representaron las reinas de esta forma. La esfinge de la tradición griega en forma femenina tiene sus raíces más bien en un motivo de cuento. A menudo se la representaba *alada* y siempre femenina, como demonio de la muerte, que acecha al borde del camino, formula enigmas al transeúnte y devora a todos los que no pueden resolver los problemas que les plantea, antes de que Edipo la venza con su saber. Por ello se ha convertido en el símbolo de la pregunta que la humanidad debe responder cuando se la desafía a encontrar un sentido existencial en la vida. Con este significado se consideró la «misteriosa esfinge» en las épocas del manierismo y del Barroco y se la representó plásticamente casi siempre como mujer-leona de senos opulentos y sonrisa enigmática.

Esmeralda. «La esmeralda da entendimiento, saber y destreza», escribe L. Thurneysser (1583). Correspondía al signo virgo del zodíaco y al planeta *Júpiter*, y los antiguos libros sobre las piedras preciosas le atribuían el poder de ahuyentar las *tormentas* y el mal tiempo y también de ayudar a los esclavos a encontrar la libertad. El color *verde* hizo de esta piedra un poderoso símbolo del *agua* y de la fertilizadora *lluvia* (las esmeraldas azuladas

Esfinge: criatura mixta de la mitología griega. V. Cartari, 1647

estaban consagradas a Venus). Muchas veces se le atribuía una virtud especial en primavera. Ciertas leyendas medievales refieren que la esmeralda proviene propiamente del mundo del *infierno*, concretamente de la *corona* de Lucifer, pero que por esto mismo ayuda muy bien a dominar los poderes demoníacos. En conjuros de ritual mágico a menudo se ponía una esmeralda debajo de la *lengua* del mago. En libros sobre piedras preciosas se recomienda sobre todo a niños que sufren de pesadillas, y en el simbolismo cristiano representa la «fe y la esperanza». En el antiguo México se habla a menudo de piedras preciosas verdes y puede tratarse tanto de la esmeralda (en azteca «chalchihuitl») como de variedades de *jade*. También allí se relacionaba simbólicamente el color verde con la fertilizadora lluvia.

Espada. La espada no es muy antigua ni como arma ni como símbolo, ya que naturalmente sólo pudo originarse desde la edad del bronce (las «espadas» de made-

Espada: garantiza la castidad en la cama. Historia de Tristán e Isolda, 1484

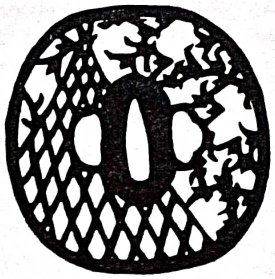
ra de los indios de las selvas sudamericanas son más bien armas para golpear y no espadas en el sentido actual). Si un querubín (*ángel*), después de la caída en el pecado de nuestros primeros padres y su expulsión del *paraíso*, guarda la entrada de éste con una espada flamígera

Espada en la mano del arcángel Miguel. Detalle de un grabado en madera de L. Cranach, 1506

o de fuego, esto indica que el relato bíblico no puede remontarse al tiempo remoto real. Las espadas de la edad de bronce estaban profusamente ornamentadas, lo cual sugiere una función no meramente «profana». En el ámbito germánico se celebraban danzas guerreras con espadas y los nombres que los héroes de la leyenda daban a las espadas permiten deducir una valoración mágico-simbólica. También la *acolada* con que uno era armado caballero se practicaba con la punta de la espada. Una espada colocada en la cama entre hombre y mujer se consideraba símbolo de la castidad (signum castitatis). En relieves de pilonos egipcios de la época de los ramésidas se representa la escena en la que el faraón, en actitud ritual, levanta una mano para coger una espada que un dios le entrega: la espada *falciforme* «chopesch», que permite deducir influencias asiáticas. En cambio, los mercenarios extranjeros «schirdana», del norte, llevaban espadas largas.

En la antigua China se conocían unas espadas que expulsaban demonios mediante la mano de magos, y también la

tradición de una espada «masculina» y una espada «femenina» fundidas de hígado y riñones de una *liebre* mítica devoradora de metal en las montañas de Kuenlún. Cuando una mujer que saca una espada, parirá un hijo varón (en la interpretación simbólica de la psicología profunda, la espada tiene también carácter masculino-fálico); la posesión de una espada en sueños de mujeres significa felicidad, mientras que en sueños de hombres una espada que cae al *agua* anuncia la muerte de mujeres. En el Japón, el manejo correcto de la espada era el arte del samurai, que poseía dos espadas: la espada larga katana para el combate y la espada corta wakizashi para la lucha cuerpo a cuerpo y el suicidio ritual (sepukku, conocido en Europa como «harakiri»). Los forjadores de espadas debían someterse a diversos preceptos de abstinencia ya que su trabajo tenía carácter sacral. Los guardamanos entre el puño y la hoja (tsuba) estaban decorados con ricos adornos. Actualmente las luchas con espadas (iai-do) con compañeros de entrenamiento sólo se realizan a modo de ejercicio; los ejercicios con espadas de *bambú* (kendo) se derivan de la lucha ritual con espadas de los samurais. Dícese que una espada que se encuentra en el mito sintoísta la sacó el dios de las *tormentas*, Susano-o (véase *infierno*, *arroz*), de la cola de una *serpiente* de *ocho* cabezas a la que dio muerte. Esta espada lleva el nombre de Ame no murakomo no tsuguri y forma parte, junto con *perlas* y un *espejo*, del tesoro imperial japonés. En Occidente se representa también la espada como arma del arc*ángel* Miguel, y también en la mano del rey *David* y de Judit, la cual decapitó a Holofernes con una espada. En el Apocalipsis de Juan sale una espada de la *boca* de Cristo (1, 16), como símbolo de la fuerza invencible y de la verdad celestial, que cual



Espada: empuñadura japonesa (tsuba), hacia 1750

rayo desciende del cielo. Como insignia de soberanía llevan la espada san Esteban de Hungría y Carlomagno; como símbolo de martirio, entre otros, los santos Pablo, Santiago el Mayor, Thomas Beckett y las santas Catalina y Lucía. Según el Evangelio de Lucas (2, 35) una espada traspasa el *corazón* de María como presagio del gran dolor que le espera. *Siete* espadas de esta clase, representadas ocasionalmente en la iconografía barroca, hacen referencia a los «siete dolores de María». En general, la espada es un símbolo de la fuerza vital y aparece casi siempre como atributo de dioses de la guerra (*Marte*), como símbolo del rayo también de dioses del *trueno*, y más tarde, también en Occidente, como símbolo de la «autoridad», simbolizando la «doctrina de las dos espadas» la soberanía eclesiástica y la soberanía secular. Según la doctrina pontificia (Inocencio III entre otros), la cabeza de la Iglesia debía entregar como feudo la «espada secular» al legítimo soberano. Sólo en casos excepcionales es visible en una mano femenina el símbolo decididamente masculino de la espada. Juana de Arco (la «Doncella de Orleans»), ejecutada en la hoguera en 1431, se enorgullecía de que santa Catalina (arriba mencionada) le había revelado la existencia de una espada enterrada debajo de la iglesia de una aldea: «La espada estaba bajo tierra, totalmente herrumbrosa y encima de ella

había *cinco cruces*. Por mis voces había yo sabido que estaba allí. Hice escribir al clero del lugar rogando que me la cediesen. Ellos me la mandaron» (cita según A. Holl de las actas del juicio). Después de grandes victorias, la inspirada luchadora (canonizada en 1920), tuvo ciertamente que morir por la espada que había empuñado (véase Mateo 26, 52).

Espejo. Más allá de su mera función, la importancia de los espejos deriva de la antigua creencia de que la imagen reflejada y el modelo real están unidos en una correspondencia mágica. En este sentido, los espejos pueden retener el alma o la fuerza vital de la persona reflejada, por lo que en las costumbres populares se prescribe cubrir los espejos con un velo a la muerte de una persona para que su alma no quede retenida en la cámara mortuoria y facilitarle así el paso al *más allá*. Demonios y seres sobrenaturales traicionan su presencia al no tener imagen en el espejo, mientras que las encarnaciones diabólicas no pueden resistir el ver su imagen en el espejo y al verse en él tienen que morir (*basilisco*). Por ello los espejos son también amuletos que protegen de seres y fuerzas satánicas. Es evidente que originariamente esto se refería sólo a superficies de *agua* que actuaban a modo de espejo y que servían también de ayuda para las predicciones, porque parecían hacer visible algo a manera de un «antimundo». En la Antigüedad eran comunes los espejos de bronce bruñido y de *plata*. Son famosos los espejos etruscos en forma de disco por sus adornos de imágenes incisas en el dorso, que ilustran temas religiosos (por ejemplo, las proezas de Hércules/Heracles), y con ello hacen verosímil su papel más allá del ámbito de lo cotidiano. En el antiguo México había espejos del vidrio volcánico pulimentado llamado obsidiana y, el

Espejo: el trasero del diablo aparece en el espejo de la mujer vanidosa. «Der Ritter vom Thurn», 1493

nombre del dios azteca Tezcatlipoca significa «espejo humeante». También aquí es muy probable un significado adivinatorio del espejo, por ejemplo, en la provocación de visiones. Una importancia especial tiene el espejo en la tradición sintoísta japonesa, en la que es atributo de la diosa *solar* Amaterasu. Un espejo sagrado forma parte del tabuizado tesoro imperial (junto con *perlas* y una *espada*), lleva el nombre de Yatano-kagami y se guarda en el santuario de Ise, protegido de los simples mortales. Dícese que está hecho de bronce, mide 25 cm de diámetro y tiene la forma de un loto de ocho pétalos. A cada nuevo *emperador* se le entrega este espejo como insignia del trono. Según una tradición que no ha podido comprobarse, ostenta la inscripción de la revelación hebraica de Dios, «Yo soy El que soy».

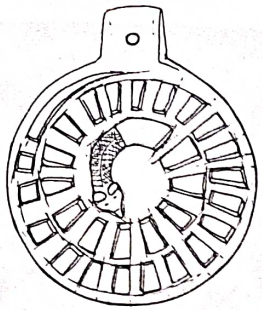
En la iconografía de Occidente su importancia varía. Por un lado aparece representado en la mano de las sirenas fatales para las personas y es también atributo de la Lujuria personalizada (voluptuosidad, vanidad); mas, por otra parte, también lo es de las virtudes del conocimiento de sí mismos Veritas (Verdad) y Prudencia (Prudencia). Además, el espejo es un símbolo de María, ya que en la *Virgen* María se reflejó y se reprodujo, Dios por medio de su fiel trasunto Jesús sin herir y alterar el espejo mismo. También la *Luna*, en análoga interpretación simbólica, es un símbolo mariano, porque refleja la luz del *Sol*. La Creación entera se considera una imagen reflejada de la esencia divina; para Jakob Böhme (1575-1624) el espejo es un *ojo* que al mismo tiempo es espejo y se ve a sí mismo. En el lenguaje popular los ojos se designan como «espejo del alma»; un espejo nítido simboliza la dicha conyugal, un espejo roto separación o *siete* años de mala suerte. También espejos oscuros, que no muestran la propia imagen (por ejemplo, en el sueño), son presagio de desgracia o de muerte. El místico islámico Dschelaleddin Rumi (1207-1273) veía el espejo como un símbolo del *corazón*, que debe ser claro y limpio para poder reflejar cabalmente los rayos de *luz* de la divinidad. El espejo es también un símbolo de la naturaleza no actuante, que se entrega pasivamente a la sabiduría sobrehumana. La mirada hacia un antimundo ha sido a menudo elaborada literariamente (por ejemplo, L. Carroll, «Alice Behind the Mirrors»; J. Cocteau, «Orphée»). Véase *Urraca*.

La interpretación simbólica de la psicología profunda enlaza con el papel del espejo en la creencia tradicional popular. El soñar con espejos, por ejemplo, según Ernst Aeppli, tiene un significado serio y la antigua interpretación de un presagio de muerte se explica por el hecho de que «algo de nosotros está fuera, porque nosotros mismos en el espejo estamos fuera de nosotros. Esto genera la sensación primitiva del robo del alma. Las personas que se miran largo rato en

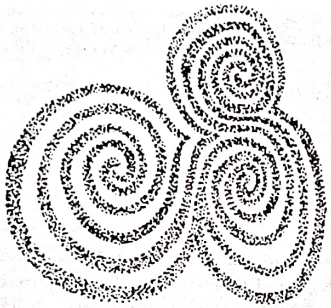
Espejo: «Devuelve a cada cual lo suyo». J. Boschius, 1702

el espejo experimentan fascinadas algo paralizante... No todo el mundo resiste la vista de sí mismo. Algunas personas, como el Narciso del mito, se "pierden" al contemplar su imagen reflejada en el agua. Otras, tras un agotador peregrinaje por el mundo, sólo vuelven a encontrarse a sí mismas, cuando, habiéndose mirado en el espejo, han confirmado visiblemente su verdadera existencia». Por consiguiente, la ambivalencia del símbolo del espejo depende esencialmente en este sentido de la actitud personal y de la madurez del que «se ve a sí mismo».

Espiral, símbolo gráfico muy antiguo y ampliamente difundido, afín al *círculo* o al sistema de círculos concéntricos que a primera vista no siempre pueden distinguirse de las espirales. Aunque teóricamente ambas clases de signos simbólicos pueden concebirse de manera muy diferente, es posible que de unas «ondas circulares» (círculos concéntricos) trazadas desde el centro hacia fuera se pase a espirales mediante un rápido trazado y se interpreten de la misma manera que éstas. En principio, la espiral es un sistema dinámico que —se-



Espiral: serpiente enrollada en espiral como tablero de juego. Tabla de piedra calcárea, Egipto predinástico, hacia 3500 a.C.

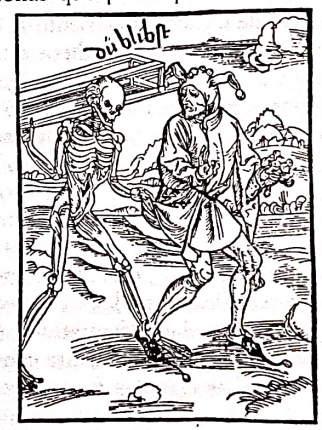


Espiral: espiral en trébol artísticamente configurada, decoración simbólica de la tumba megalítica «New Grange», Irlanda, edad del bronce

gún la manera como se contemple— se desarrolla hacia dentro o hacia fuera. La espiral, que se manifiesta macrocósmicamente —aunque invisible para el ojo desnudo— en las nebulosas espirales del cosmos, puede haberse inspirado, por ejemplo, en la observación de turbulencias en el *agua* corriente, pero también en la observación de parecidos remolinos que se producen cuando el agua u otro líquido se escapa hacia abajo por una abertura. En cualquier caso, puede por ello interpretarse como un hundimiento en las «aguas de la muerte» (véase *más allá*), de un modo parecido o lo que sucede con los «círculos de ondas» (ondas circulares, *círculos* concéntricos), lo cual explicaría por qué tales signos simbólicos se grabaron a menudo como imágenes incisas en los bloques de piedra de prehistóricas construcciones funerarias megalíticas. No obstante, también se puede pensar en una relación con los movimientos de las estrellas en el *cielo* nocturno. No es raro observar que los rayos *solares* atraviesan tales petroglifos (imágenes incisas sobre piedras) a través de grietas en construcciones y ciertamente en días de solsticio. Dado también que el Sol todas las noches «se hunde en el *mar* por Occidente» para reaparecer por Oriente a la mañana siguiente, el trazado de tales signos puede relacionarse también con el complejo de ideas de «morir y resucitar».

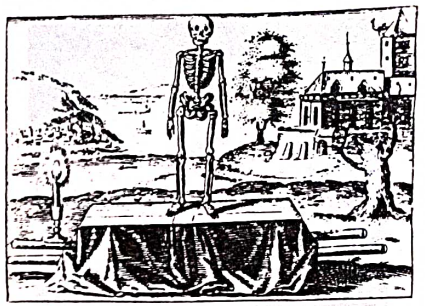
En culturas que están familiarizadas con el torno de alfarero, las espirales también pueden haberse originado mediante la simple observación de que se producen tales sistemas cuando se hace pasar de dentro hacia fuera un objeto (o dedo) por la húmeda arcilla que va girando. También la actividad gráfica lúdica, sin finalidad determinada, puede en todo momento haber conducido a trazar esta clase de signos, sin que por ello haya de suponerse ningún sentido simbólico más profundo. Es interesante el signo de la doble espiral, que combina en una unidad los dos elementos, el de desplegarse hacia fuera y el de contraerse hacia dentro («evolución e involución»). Aquí también puede observarse el «devenir y desaparecer», así como la reversibilidad de este proceso. En este sentido podría interpretarse una doble espiral en el *triángulo* del regazo de una estatuilla de Tracia de la época neolítica que representa a una «diosa madre». En la plástica romana se reprodujeron en ocasiones dobles espirales en los pliegues de las vestiduras de figuras de Cristo. En construcciones funerarias megalíticas prehistóricas aparecen también espirales de trébol cuya intepretación más allá del elemento decorativo ya no puede reconstruirse. Hipotéticamente, queda también la relación simbológica de espiral y *laberinto*, aunque el complejo de ideas de «camino difícil de entrada y salida» sugiere una relación con la simbología de «muere y transfórmate».

Esqueleto. En culturas con ritual chamanístico, las osamentas de seres humanos o figuras humanas en las que se destaca esta osamenta son símbolos de una experiencia de desintegración psíquica de personas que pasan por una iniciación



Esqueleto que figura la «muerte» acude a buscar al loco. «Nave de los locos», de Sebastian Brant, 1494

que las conduce al estado de trance. Representaciones parecidas pueden también simbolizar una ascesis de renunciación. Sin embargo, la mayoría de las veces se conciben los esqueletos como *símbolos de la muerte*, ya que las osamentas duran más allá de la descomposición de la carne y en condiciones favorables pueden permanecer conservadas miles de años. Ciertas representaciones del Juicio



Esqueleto como símbolo del «entierro» de la materia básica que se transforma. Alegoría alquímica, Musaeum Hermeticum, 1678

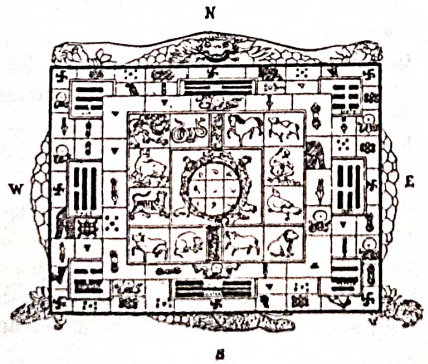
final (véase *fin del mundo*) están formadas a menudo por esqueletos que salen de sus sepulcros, que también en la iconografía *alquímica* prometen la resurrección y renacimiento de la sustancia básica (materia prima) que se transforma después del «ennegrecimiento» (nigredo) y «putrefacción». Por lo demás, sin embargo, un esqueleto es la imagen metafórica de la muerte personificada en el *reloj de arena* y la guadaña (o la *hoz*) que, por ejemplo, en los cuadros de la *danza de la muerte* simbolizan el pensamiento «Media vita in morte sumus» (En mitad de la vida nos rodea la muerte), tal como ello fue representado a menudo sobre todo en las épocas de epidemias devastadoras (peste).

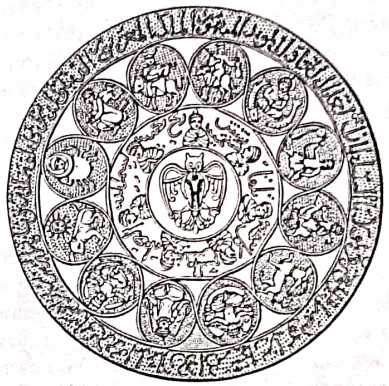
Estrellas (estrellas fijas), que iluminan el *cielo* nocturno se consideran símbolos del orden cósmico a causa de su camino alrededor de la estrella polar (*eje del mundo*), y también símbolos de la «*luz* de arriba» no siempre reconocible. En muchas mitologías se las concibe como personas difuntas que han sido recibidas en el cielo. La especulación cosmológica judaica veía cada estrella custodiada por un *ángel*, y las constelaciones como grupos de espíritus celestiales que cooperaban armoniosamente. En la iconografía cristiana, las representacio-

Estrellas: las estrellas fijas girando alrededor del polo norte celeste. Foto con exposición prolongada, 1898

nes de estrellas hacían referencia a acontecimientos celestiales (ornamentos basados en el cielo estrellado adornaban ya los techos de cámaras funerarias del antiguo Egipto). La Madre de Dios, María, se representaba con frecuencia no sólo de pie encima de la media *Luna*, sino también rodeada por un *nimbo* en forma de *corona* de estrellas. La multiplicidad de las estrellas se consideraba símbolo de la innumerable descendencia de *Abraham*. Símbolo de Cristo es «la estrella brillante de la mañana» (Apocalipsis 22, 16). Es importante la «estrella de Belén», casi siempre representada con *ocho* puntas, que guió a los tres magos (*«reyes»*) de Oriente hacia el pesebre. La estrella de *seis* puntas, formada por dos *triángulos* entrelazados, se consideraba sello mágico del rey *Salomón* (Sigillum Salomonis), mientras que el *hexagrama* era el escudo de *David* (Scutum Davidis). La estrella de cinco puntas, el *pentagrama*, desempeña un gran papel en las tradiciones mágicas, y se considera benéfica cuando muestra una punta hacia arriba; en el caso inverso, sin embargo, es signo de magia *negra*. En la antigua China se observaban con precisión las estrellas (cómputo del siglo II d.C.: 11 520), y desempeñaban un gran papel en las costumbres y leyendas: cada persona ofrecía por Año Nuevo «su estrella». En el simbolismo *francmasónico* es importante la «estrella llameante» (casi siempre de cinco puntas, con corona de rayos y una G en el medio, que se dice que significa Geometría, God o Gott [Dios] o Gnosis), como símbolo de la *luz* del Espíritu que ilumina a todo el mundo, aunque la interpretación no es unitaria. Simbológicamente hay que diferenciar también de las estrellas fijas los *planetas*, que «siguen sus propios caminos». Véase *círculo*. Los indios del reino peruano de los incas consideraban las estrellas (según Garcilaso de la Vega, 1539-1616) «servidoras de la Luna, y por ello les habían dado (en el templo de Cuzco) el aposento al lado de su Señora para que pudiera estar a su servicio lo más cerca posible de ella, al opinar que las estrellas andaban por el cielo con la Luna como sirvientas de ésta y no con el Sol, porque, al fin y al cabo, se las veía de noche y no durante el día». En el reino mexicano de los aztecas, las estrellas eran consideradas manifestaciones de los primeros guerreros caídos o sacrificados en la bóveda celeste y por ello, en el arte figurativo, se las representaba también mediante cabezas de muerto. Las estrellas fugaces se in-

Estrellas: cosmograma tibetano con imágenes zodiacales en el marco del campo central





Estrellas: plancha de latón arábiga cincelada con el zodíaco, Edad Media

Estrellas: Júpiter como señor del zodíaco. V. Cartari, 1647

terpretan de diverso modo en las culturas antiguas, por ejemplo, como indicio de la muerte de hombres importantes (antigua China) o como anuncio del nacimiento de un niño cuya alma cae del cielo a la tierra para aquí despertar a la vida. Expresiones populares como «nacer con buena estrella» o «algo que no se halla bajo una buena estrella» se remontan a concepciones de astrología.

Es problemática una explicación del simbolismo de las constelaciones. Solamente unas pocas de ellas pueden concebirse como puntos que han de unirse para formar figuras que corresponden a sus nombres. Se requiere una gran imaginación para reconocer en diseminados puntos luminosos figuras tales como *Cisne*, Lira, *Virgen*, *León*, etc. y solamente algunas producen el efecto de una unidad (por ejemplo, Orión, Casiopea). Los antiguos mapas celestes dibujan por ello los puntos de las constelaciones con imágenes que casi no tienen nada que ver con esos puntos. En realidad, en otras culturas las constelaciones llevan también nombres completamente diferentes de los que son comunes entre nosotros o están combinadas formando otras imágenes. En los tiempos primitivos las constelaciones eran primordialmente ayudas de orientación para los navegantes y se relacionaban con leyendas y mitos. Especialmente importantes eran aquellas que en el movimiento circular del cielo de estrella fijas al anochecer van desapareciendo una tras otra bajo los rayos del Sol poniente para, al cabo de algún tiempo, reaparecer en el cielo matutino. Se dividieron según un orden duodecimal, denominado zodíaco, dividiendo así la aparente órbita del Sol en doce campos (*Aries* o Carnero, *Tauro* o Toro, *Géminis* o Gemelos, *Cáncer* o Cangrejo, *Leo* o León, *Virgo* o Virgen, *Libra* o Balanza, *Escorpio* o Escorpión, *Sagitario* o Arquero, *Capricornio* o Cabra montesa, *Acuario* o Aguador, *Piscis* o Peces). Una parte de estos nombres era ya corriente en las antiguas civilizaciones de Mesopotamia, y egipcios y griegos los adoptaron parcialmente modificados. En cada constelación permanece el Sol un tiempo aproximadamente igual hasta que ha transcurrido un cambio de fase de la Luna (mes). La astrología popular atribuye al «signo» más o menos aquel efecto que co-

Estrellas: correspondencias entre los signos del zodíaco y partes del cuerpo. E. Ratdolt, Flores Albumasaris, 1488

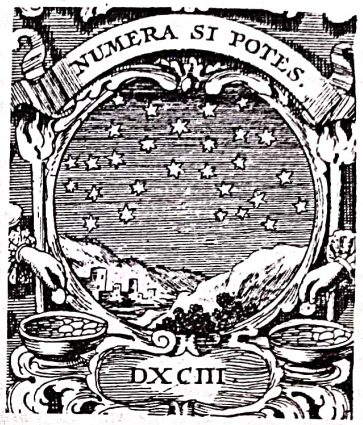
rresponde al simbolismo de la imagen de la constelación, aunque se dice también que determina en cierto sentido el carácter de los nacidos en este período de tiempo o por lo menos influye en el mismo. El zodíaco de la antigua China conoce signos completamente diferentes, a saber, *Rata*, Buey, *Tigre, Liebre, Dragón, Serpiente, Caballo, Oveja, Mono, Gallo, Perro* y *Cerdo*. Se contaban los años según estos «signos de regente de año» y se consideraba que el carácter del nacido bajo ellos venía determinado por las cualidades particulares de este animal simbólico. Por lo demás, el campo celeste de un «signo» no es idéntico a una constelación propiamente dicha (coinciden hace aproximadamente 2500 años, y en este tiempo se ha situado por consiguiente la primera fijación de los signos zodiacales). Un texto babilónico del año 420 a.C. los mencionaba así: Jornalero (Aries), Pléyades (Tauro), Géminis, Cáncer, Leo, Espiga (Virgo con una espiga de trigo en la mano), Libra, Escorpio, *Centauro* que disparaba una flecha (Sagitario), Pez-cabra (Capricornio), Gula (Acuario) y Dos Colas (Piscis).

Estrellas: los signos zodiacales y sus símbolos

♈ Widder	♎ Waag
♉ Stier	♏ Skorpion
♊ Zwillinge	♐ Schütze
♋ Krebs	♑ Steinbock
♌ Löwe	♒ Wassermann
♍ Jungfrau	♓ Fische

Los signos zodiacales tradicionales en Occidente se dividen de diferente modo, por ejemplo, según 3 «cruces», a cada una de las cuales corresponden cuatro signos: la «cruz cardinal»: Aries, Cáncer, Libra, Capricornio, relacionadas con los cuatro arcángeles Gabriel, Rafael, Miguel y Uriel; la «cruz fija»: Tauro, Leo, Escorpio, Acuario, asociados con los arcaicos «guardianes de los 4 ángulos del mundo» y en conexión con los cuatro *Evangelistas*: Lucas, toro o buey; Marcos, león; Juan, *águila*; Mateo, hombre o *ángel*. Como «cruz móvil» quedan Géminis, Virgo, Sagitario y Piscis. Según los «cuatro *elementos*» se definieron cuatro trígonos de tres signos cada uno (fuego: Aries, Leo, Sagitario; tierra: Tauro, Virgo, Capricornio; aire: Géminis, Libra, Acuario; agua: Cáncer, Escorpio, Piscis). Ya en la Antigüedad clásica se atribuyó a cada uno de los signos una fuerza simbólica que corresponde a la característica hoy corriente en la astrología popular, como lo muestra el texto de la «Cena Trimalchionis» (Banquete de Trimalción) de Petronio, «arbiter elegantiarum» (m. en 66 d.C.), donde, por ejemplo, se daba importancia al principio de que «Nomina sunt omina» (los nombres son presagios) en el sentido de un mito sobre el significado de un hombre. El fundamento de esta teoría de correspondencias simbólicas debió de formularse y propagarse en la Alejandría helenística en el siglo II d.C.

El rechazo del culto tradicional de las estrellas, igual que en cierta época histórica lo practicaban los sabeos de Harrán, se basa en la tradición islámica sobre la leyenda del patriarca *Abraham*. Según esta leyenda, Abraham pasó los primeros quince años de su existencia escondido en una *cueva* para escapar a las asechanzas del rey *Nemrod* —preocupado de su poder real—, atendido por la mano de Alá. Al cabo de este tiempo, su madre le sacó al aire libre bajo la guía del *ángel* Dschibril (Gabriel). «Cuando Abraham vio en el cielo nocturno la estrella vespertina como luz solitaria, creyó que era el ser supremo y quiso adorarla; pero palideció la estrella y Abraham se juró a sí mismo no adorar nada que fuese perecedero. Y así le sucedió con la Luna naciente, así como con el Sol por mañana temprano. Cada vez intentó Abraham ver en ellos al Altísimo y adorarlo. Pero cuando desaparecían, se turbaba, y así llegó a la conclusión de adorar y reconocer solamente a aquel que había creado aquellos luceros y los había puesto en su órbita» (Beltz, 1980). Los luceros celestes, según la estricta doctrina monoteística, son solamente símbolos del Creador mismo. La búsqueda del último autor del poder se manifiesta de otra forma en la leyenda cristiana de *Cristóbal* (Christophorus).



Estrellas: «Cuéntalas, si puedes». J. Boschius, 1702

Estrellas: la «Osa Mayor» nunca se pone. J. Boschius, 1702

En la época cristiana, los doce signos del zodíaco (véase *piedras preciosas*) se relacionaron a veces simbólicamente con los doce apóstoles de Jesucristo: Aries, Pedro; Tauro, Andrés; Géminis, Santiago el Mayor; Cáncer, Juan; Leo, Tomás; Virgo, Santiago el Menor; Libra, Felipe; Escorpio, Bartolomé; Sagitario, Mateo; Capricornio, Simón; Acuario, Judas Tadeo; Piscis, Matías. En el Apocalipsis de Juan se presenta el número de los *siete* planetas en una relación simbólica mediante «siete estrellas», porque éstas son los ángeles de aquellas siete congregaciones o iglesias a las que se dirige especialmente su mensaje. El número doce de los signos del zodíaco aparece en forma de doce estrellas que a modo de *corona* rodean la cabeza de la Mujer celestial (Apocalipsis 12, 1). Las estrellas que caen del cielo son mensajeras del *fin del mundo*. La estrella de la Navidad, a la que siguieron hacia Belén los tres magos versados en astrología, se representa a menudo en el arte como cometa.

Estrellas: la «Estrella flameante» con la G como símbolo francmasónico

No es raro que aparezcan estrellas como imágenes heráldicas, sobre todo en la *heráldica* alemana, predominantemente en forma de estrellas-hexagrama, y en la románica e inglesa como estrellas de *cinco* puntas (más raramente de *ocho*). Goethe eligió como escudo, en recuerdo de haber visto la estrella matutina (*Venus*) en el cielo despejado, una estrella de *seis* puntas en campo *azul* (1775), que en 1782 le fue confirmada como escudo nobiliario. Una constelación (la «Cruz del Sur») adorna desde 1889 el escudo de Brasil. Estrellas *rojas* pueden encontrarse en casi todos los escudos nacionales de Estados marxistas; las *blancas*, entre otros lugares, en la bandera de estrellas de los EE.UU., donde simbolizan el número de los Estados de la federación (cincuenta desde 1960). Cinco estrellas en el escudo de Singapur simbolizan democracia, paz, progreso, derecho e igualdad.

Esvástica (*cruz* gamada), una clase particular de la *cruz*, conocida sobre todo como *símbolo político* y considerada como un signo indogermánico primitivo o especialmente germánico. En realidad la esvástica aparece en muchas culturas del Antiguo y del Nuevo Mundo y ha de entenderse como variación de la cruz axial dentro del *círculo*. Los extremos de la cruz, interrumpidos según una dirección, hacen referencia a una dirección del movimiento en sentido giratorio («dinamización»). Con ello sugiere este signo, por ejemplo, la idea del retorno de las estaciones del año solar. Puede presentarse girando hacia la izquierda y hacia la derecha, y la podemos observar ya alrededor del año 2000 antes de Cristo en la cultura pre-aria de Mohenjo-Daro (cultura del Indo), y en la antigua China que, como «wan-tzu», es un símbolo de la cuádruple orientación según los puntos cardinales. Aproximadamente desde el año 700 después de Cristo adquiere allí el significado del *número* diez mil («infinidad»). En el ámbito indo-budístico se considera la esvástica «*sello* sobre el *corazón* de Buda» y se la representa también en el Tíbet como signo de buena suerte y como símbolo parecido al talismán. En la religión india del jainismo los cuatro brazos significan los niveles de existencia del mundo de los dioses, el mundo de los humanos, el mundo animal y el mundo subterráneo. En el ámbito mediterráneo los extremos en forma de gancho de la cruz en ocasiones fueron enrollados o rotos en forma sinuosa. El nombre de «crux gammata» (cruz gamada) proviene de la cuadruplicación de la letra griega gamma (Γ). En el ámbito norte-germánico se representa también como cruz gamada el símbolo-amuleto «*martillo* de Thor». Más

Esvástica: mosaico de pavimento formando un laberinto de esvásticas de meandro en una villa romana de Esparta

raramente puede encontrarse también la esvástica en las culturas de la América precolombina. Su papel como *símbolo político* del régimen nacionalsocialista debe atribuirse a la sobrevaloración romántica de la «germanidad» de finales del siglo pasado y comienzos del actual. De 1935 a 1945, la cruz gamada debajo del *águila* imperial (*negra* sobre fondo *blanco*) fue símbolo del «Tercer Reich». Sectas gnósticas de la Antigüedad tardía ostentaban una especie de esvástica formada por piernas dobladas por las rodillas como símbolo secreto, con lo cual puede compararse con la cruz *triskelis*, de tres ejes.

Eulenspiegel, en bajo alemán, Ulenspegel, al parecer, un personaje histórico del land de Brunswick (Schöppenstedt), enterrado en 1350 en Mölln. Convirtióse en el protagonista de un famoso libro popular que tenía como objeto sus bufonadas como expresión de astucia palurda y con ellos ponía también como objetivo de su ingenio la presuntuosa organización gremial propia de las pequeñas ciudades de su época, realizando su héroe literalmente, entre otras cosas, indicaciones dadas en sentido metafórico. Till, Dyl, Tyll, Tile (véase *Tell*) era un frecuente nombre de pila campesino, mientras que «Ulenspegel» (de ahí el francés «espiègle», pícaro) es evidente un apodo y se deriva de «ulen» (limpiar, barrer) y spiegel (palabra usada entre los cazadores para designar el trasero), por lo que puede significar algo así como «limpiaculos». La primera impresión, en bajo alemán, de este libro de cuentecillos maliciosos se realizó en 1478 en Lübeck; la primera, en alto alemán, en 1515 en Estrasburgo. Las «eulenspiegelerías» se hicieron proverbiales; la figura de Till Eulenspiegel se convirtió en agradecido tema en muchas baladas, novelas, comedias y obras musicales (Richard Strauss, Rezniček). En la obra de Ch. de Coster «Thyl Ulenspiegel und Lamme Goedzak», el protagonista es un rebelde contra la opresión española de los Países Bajos. El papel del auténtico Eulenspiegel pasó del alegre bromista al bufón en el posterior espectáculo popular y en el teatro de marionetas, que con ingenio y socarronería triunfa frente a las fuerzas superiores y provoca la risa del público. El Arlecchino (Arlequín) asumió este papel en la Commedia dell'Arte.

Eulenspiegel: portada de la primera edición conocida del libro popular, Estrasburgo, 1515

Evangelistas, símbolos de los. En la visión del profeta Ezequiel se dice: «Vi venir del norte un viento tempestuoso, una gran *nube* con *fuego* llameante, envuelta en un claro resplandor. Desde el fuego irradiaba como brillante *oro*. En medio apareció algo como *cuatro* seres vivientes... Cada uno de los seres vivientes tenía cuatro rostros y cuatro *alas*... brillaban como

Evangelistas: símbolos de los evangelistas Juan y Lucas. Baldosa ornamental de baptisterio de san Calixto, Cividale (hacia 770 d.C.)

Evangelistas: símbolos de los evangelistas Mateo y Marcos. Baldosa ornamental del baptisterio de san Calixto, Cividale

bronce liso y bruñido... Y sus rostros tenían este aspecto: un rostro humano (hacia delante), un rostro de *león* (hacia la derecha), un rostro de *toro* (hacia la izquierda) y un rostro de *águila* (hacia atrás)». La antigua idea oriental de los guardianes de las cuatro esquinas del undo o los sostenedores del cielo en los cuatro costados del firmamento, influyen, sin duda, en esta figura de cuatro (tetramórfica), idea que a su vez se basa en los símbolos estelares del zodíaco. De un modo análogo, se dice en el Apocalipsis de Juan que cuatro seres vivientes rodean el *trono* de Dios: «El primero semejaba un león, el segundo un novillo, el tercero tenía un rostro como de hombre, el cuarto era como un águila volando» (4,7-9). Se trata evidentemente de la simbolización de los cuatro signos zodiacales de la «cruz fija», que hoy consisten en los signos de tauro, leo, escorpio y acuario (los signos centrales de cada una de las cuatro estaciones del año). El águila sustituye al escorpión, el hombre al acuario. Si al principio se relacionaron los cuatro evangelistas con los cuatro querubines, los *ángeles* del trono de Dios, a partir del siglo v se impuso la identificación con el «Tetramorfo», evidentemente bajo la influencia de doctrinas astrológicas. El padre de la Iglesia Jerónimo

Evangelistas: Lucas como pintor con el toro. Crónica mundial de H. Schedel, 1493

(348-420 d.C.) justificó esto del modo siguiente: el evangelista Mateo tiene como símbolo el hombre (alado), porque su relato comienza con la encarnación de Cristo como hombre; Marcos corresponde al león, porque su evangelio tiene como comienzo la «voz del que clama en el desierto» —Juan el Bautista—; Lucas corresponde al toro, animal de sacrificio, porque al principio de su evangelio se habla del sacerdote Zacarías; finalmente, Juan tiene el águila como símbolo porque salta a la vista que en él el vuelo del espíritu se remonta a las más altas regiones del cielo. Ireneo de Lyón (hacia 180 d.C.) ya anteriormente había comparado los evangelistas con el Tetramorfo según sus cualidades ideales, aunque sin caracterizarlos detalladamente, sino únicamente con referencia al efecto cuádruple de la buena nueva: el león manifiesta energía regia, el novillo el servicio de sacrificio, el hombre la encarnación, el águila el soplo divino (pneuma) que penetra en la Iglesia. A los cuatro evangelistas se contrapusieron pronto los cuatro grandes profetas del Antiguo Testamento (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel) y los cuatro padres o doctores de la Iglesia Agustín, Ambrosio, Jerónimo y Gregorio Magno. «Sin duda se remonta a motivos muy antiguos y a tradiciones prehistóricas precisamente la elección de criaturas vivientes que simbolizan de manera especial la majestad, la fuerza, la intuición y la movilidad. También es antigua su relación con las cuatro virtudes cardinales de sabiduría, fortaleza, prudencia, justicia» (G. Heinz-Mohr). La representación gráfica de los evangelistas con la figura de cuatro filósofos vestidos con la toga romana, con *libro* y atril, en la alta Edad Media iba acompañada frecuentemente de sus figuras simbólicas. En los textos se comparan también sus mensajes con los cuatro *ríos* del *paraíso*. De las cuatro figuras de animales se hizo particularmente conocida la del «león de San Marcos», que es el animal heráldico de la república de Venecia (hasta 1797) o de la ciudad de Venecia. Sostiene con la garra diestra un libro abierto con la inscripción «Pax tibi Marce evangelista meus» (La paz sea contigo, Marcos, mi evangelista). Este león de Marcos adorna también hoy la bandera de la marina y del comercio de Italia.

F

Faisán, escondiendo su cabeza. W. H. Barón de Hohberg, 1647

Faisán. En el simbolismo occidental desempeña sólo un papel en el sentido de que en su forma fantásticamente realzada podría convertirse en el *fénix*, lo cual es cierto sobre todo en relación con el *faisán dorado* (cuyos excrementos decíase que conferían vigor, según la antigua creencia popular). En cambio, es importante en la China, donde como ave que bate las alas ruidosamente ha sido relacionado con el *trueno* y el principio primario yang (*yin y yang*). No obstante, se dice que puede transformarse también en una ostra o en una *serpiente* y con ello encarnar el yin. Aunque el faisán figuraba entre las doce insignias del emperador y simbolizaba la emperatriz, en general se le ha asignado un papel más bien negativo. Su grito puede significar inundación o inmoralidad y seducción; en leyendas no es raro que aparezcan faisanes como encarnaciones de desastre sobrenatural. El faisán dorado era en la China insignia de un alto funcionario civil; en Europa, bajo el régimen nazi alemán, apodo del que ostentaba el «distintivo de oro del partido». El barroco libro de emblemas de Hohberg (1675) atribuye al faisán aquel género de comportamiento que modernamente se imputa al *avestruz*: «El estúpido faisán, cuando esconde la cabeza/ se cree completamente invisible, y así es capturado./ También el loco mundo cree que su vicio está escondido/ pero Dios puede encontrarlo: Él sabe cuándo, cómo y dónde».

Fama, una figura simbólico-alegórica de la antigua literatura romana que se remonta a la diosa griega Pheme (Hesíodo). La fama (preferentemente mala) de una persona personifica el rumor incontrolable y Ovidio la describe como mensajera al mismo tiempo de verdad y mentira, que no pueden distinguirse. Virgilio describe la fama como un ser horrible de bocas y *lenguas* que charlan sin cesar. En las artes plásticas se la representa con *alas* que procuran la rápida difusión de los rumores y con una *trompeta* con la que «pregona» lo verdadero y lo falso.

Fasces, o haces del lictor, eran un símbolo de autoridad en la antigua Roma, que en la época moderna se convirtió en *símbolo político*. Los lictores eran servidores de los funcionarios superiores de las autoridades municipales y de algunos

Fasces: «El temor contribuye al honor». J. Boschius, 1702

Fausto en el gabinete de estudio. Grabado en cobre de A. Matham (detalle), 1642

sacerdotes, a los cuales precedían en apariciones públicas con un haz de varas atado con correas. Seis lictores iban delante del pretor, doce delante del cónsul. En medio del haz de varas se hallaba, como símbolo de la autoridad, una hacha, pero no dentro de la ciudad de Roma, ya que aquí era el pueblo la instancia suprema para las sentencias de muerte. Las fasces son originariamente un símbolo etrusco y el hacha era entre los etruscos una *doble hacha*. El fascismo italiano deriva su nombre de las fasces y las varas atadas en un haz debían simbolizar el poder concentrado del orden establecido y la hoja del hacha la autoridad absoluta.

Fausto. El Dr. Johannes (o Georg; en Goethe, Heinrich) Faust, figura simbólica del infatigable investigador de las postrimerías del hombre, al que ni siquiera le espanta la idea del infierno. La figura histórica —probablemente un «hechicero» y astrólogo ambulante, hacia 1480-1540— no puede fijarse con histórica precisión. Mientras que esta figura es idealizada en Goethe en el sentido mencionado, anteriormente, por ejemplo en el libro popular «Historia von Dr. Johann Fausten, dem weitbeschreyten Zauberer und Schwartzkünstler» (Historia del Dr. Johann Faust famoso hechicero y mago negro; Francfort del Main, 1587), representa la figura del que hace un pacto con el diablo. Se dice que Mefistófeles (Mephostophiles), un *diablo* al servicio del hombre por algún tiempo, en Staufen de Brisgovia retorció el pescuezo a un estudiante de la tuna y se llevó su alma al *infierno*. En esta leyenda se manifiesta la desconfianza del pueblo hacia el erudito, pero también hacia el charlatán que anda con *libros* incomprensibles en lenguas extrañas y lleva una vida agradable sin ser noble o efectuar trabajo manual alguno. La explicación más lógica para el hombre sencillo era que esto sólo era posible con el diablo, el cual al final se lleva consigo el alma que le ha sido prometida con un pacto. Innumerables leyendas, libros de conjuros y obras literarias se ocupan de la sim-

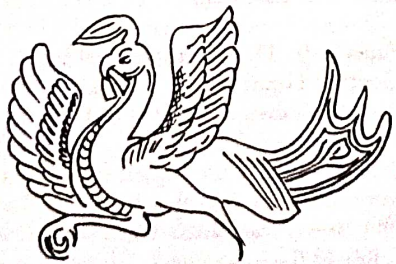
bólica figura intemporal del que pacta con el diablo, que originariamente debía ser de un contemporáneo de Paracelso (1493-1541) y un viajero intruso de las artes ocultas.

Fénix (en gr. phoinix), un ave de figura de garza muy importante en la simbología, muy difundida como esencia del complejo de ideas de inmortalidad y resurrección. Su nombre se remonta a la palabra griega que designa el color *rojo* de *fuego*, en relación con la leyenda de su resurrección de la llama purificadora. Su origen es la sagrada *ave* benu (bennu, benhu) de los egipcios, una garza cenicienta que fue la primera criatura que se posó en la colina primigenia que se había originado del cieno y personificaba al dios *Sol*. En Heliópolis se la veneraba y se decía que aparecería sólo cada 500 años. Mitógrafos antiguos ampliaron el relato con motivos nuevos. El fénix, se decía, solamente se nutre de *rocío* (véase *ave del paraíso*), luego vuela hacia lejanos países y recolecta hierbas aromáticas que amontona encima del altar de Heliópolis, las enciende y muere quemada, reducida a *ceniza*. Pero tres días después resurge a una nueva vida. Ciertos mitos antiguos describieron posteriormente el ave con plumaje dorado o multicolor. En la antigua Roma, el fénix se convirtió en el símbolo de la fuerza vital continuamente renovada del Imperio, y en este sentido se la representó en monedas imperiales y mosaicos. Consecuentemente, los padres de la Iglesia consideraron esta ave un tipo simbólico del alma inmortal y de la Resurrección de Cristo tras el reposo de tres días en el sepulcro. En el «Physiologus» del siglo II d.C. se dice: «Si al animal irracional que no conoce al Creador de todas las cosas se le ha concedido resucitar de entre los muertos, ¿no se nos concederá

Fénix: el Ben(n)u del antiguo Egipto con la corona de Osiris. Fresco funerario, Tebas, hacia 1150 a.C.

también la resurrección a nosotros, que alabamos a Dios y guardamos sus mandamientos?». La iconografía cristiana suele mostrar el fénix como equivalente del *pelícano*. En el simbolismo de la alquimia, el fénix representa la destrucción y la nueva formación de la materia prima en continua transformación en el camino hacia la *piedra* filosofal. En la iconografía de la antigua China, le corresponde el ave fabulosa Feng-huang en la que (al igual que en el *unicornio* Ky-lin) se unen las dos cualidades primarias, yin y yang, como un todo a pesar de la dualidad. Con ello es también

Fénix: fénix chino, bajorrelieve, hacia 100 d.C.



Fénix, emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675

un vigoroso símbolo de la comunidad matrimonial. Es problemática la comparación del fénix con el papel del quetzal en el mundo de símbolos de las antiguas culturas mexicanas.

En las leyendas de los judíos el fénix se llama «Milcham» (E. bin Gorion 1980) y su inmortalidad se explica de la manera siguiente: cuando la primera madre Eva se declaró culpable por haber comido del *árbol* prohibido, se adueñó de ella la envidia al ver que las otras criaturas no tenían pecado y sedujo a los animales para que también ellos comieran del «fruto prohibido». Solamente el ave Milcham no quiso escucharla y en recompensa por ello el *ángel* de la muerte recibió el mandato divino de que el ave obediente no sufriera la muerte. Milcham recibió una ciudad fortificada en la que viviría cada mil años sin ser molestado. «Mil años son los años de su vida, y cuando han transcurrido los mil años, sale de su nido un fuego y quema las aves. Solamente queda un huevo, pero éste se convierte en polluelo y el ave sigue viviendo. Pero otros dicen que, cuando llega a la edad de mil años, el cuerpo se encoge y las alas pierden las plumas, de suerte que vuelve a tener el aspecto de un polluelo. Entonces se renueva su plumaje y el ave remonta el vuelo como un águila y jamás se ve asaltada por la muerte.»

Fin del mundo, símbolo mítico muy difundido del carácter transitorio de todo lo existente que —lo mismo que la vida humana— tiene algún día que encontrar su fin. Al tiempo que el hombre de cada época sentía acercarse su propia muerte, también reflexionaba constantemente sobre el fin del mundo en un próximo futuro. Culturas antiguas acuñaron la imagen de una destrucción y nueva creación del mundo que se repetía cíclicamente, mientras que Occidente contemplaba el tiempo como un camino que avanzaba linealmente desde la creación en el principio hasta el fin del mundo en un momento postrero (de ahí el cómputo lineal de los años, en oposición, por ejemplo, a los ciclos del calendario de las antiguas culturas mexicanas). El cristianismo ve el «día del Juicio final» como el momento del juicio del mundo en el que Dios, como Juez, separa a los buenos de los malos y hace ir a los primeros al *cielo* y a estos últimos los condena al *infierno*. El estado de bienaventuranza, después de haberse extirpado todo lo malo, se expresa con el restablecimiento del *paraíso* del pasado remoto. Visiones del próximo fin del mundo en forma de inminentes catástrofes, sobre todo en épocas de convulsiones sociales y de cambios en las condiciones de vida existentes, se hicieron creíbles a menudo con medios calendáricos (fin de milenio) o astrológicos (conjunción de los planetas *Júpiter* y *Saturno*, por ejemplo, en 1524 y que se repiten cada 5 revoluciones de Júpiter y cada tres de Saturno) o mediante profecías y apariciones. La famosa profecía de la «Edda» acerca del destino de los dioses (Ragnarök, casi siempre traducido erróneamente como «Götterdämmerung», ocaso de los dioses) trata de presagios ame-

nazadores, como la multiplicación de demonios hostiles, eclipses del *Sol*, inviernos más crudos, *caos* en el ámbito de las relaciones humanas o temblores del *árbol* del mundo, y anuncia para el ámbito nortegermánico la lucha de los dioses contra criaturas malignas (*lobo* Fenris, *perro* infernal Garm, *serpiente* Midgard) y *gigantes*, lucha en la que el cosmos es destruido, el *Sol* se hunde y las *estrellas* del cielo caen, surgiendo no obstante una nueva era, en la que una nueva pareja (Lif y Lifthrasir) funda un ciclo posterior de vida humana. Esta visión del fin del mundo (escatología) está ya marcada seguramente de ideas cristianas y representa la reacción germánica a las expectativas del fin de los tiempos en relación con el final del primer milenio y comienzo del segundo después de Cristo.

La descripción más conocida en el ámbito cristiano del fin de la vieja tierra y de la humanidad en el sentido actual es el Apocalipsis (Misteriosa Revelación) de Juan, aunque no consta que su autor sea el mismo que escribió el Evangelio de Juan. Este «enigmático texto de la Sagrada Escritura» se comentó y concibió a menudo como profecía del próximo Juicio final, según el cual se establecerá en la tierra el nuevo paraíso alrededor de la «*Jerusalén* celestial» (véase *Gog y Magog*). Según la doctrina islámica, se juzgará a todas aquellas personas que no se adhirieron a la religión del Profeta, o sea, todos los infieles, herejes, idólatras y malhechores, así como también los espíritus rebeldes, *diablo* y demonios. El Juicio tiene lugar en el sagrado monte de *Jerusalén*, y Alá se sienta en el *trono* de la Kaaba, que allá ha sido trasladada desde La Meca. El *ángel* de la muerte, Israfil, hace sonar la *trompeta* para que todos los muertos se reúnan en el valle de Josafat. Un cordón está extendido a través del valle como *puente*, sobre el cual deben caminar todos los justos, mientras que los malos se precipitan en las fauces del *infierno*. En el lugar del templo hay la gran *balanza* en la que se pesan las acciones de los humanos. El tema del Juicio final domina también la XX carta de los «Arcanos Mayores» del juego del *tarot*, que muestra al ángel tocando la *trompeta* sobre tumbas abiertas de las que suben personas desnudas. Interpretación: renovación, rejuvenecimiento, juicio, deseo de inmortalidad.

Flecha, dardo, saeta. Arma arrojadiza y penetrante, expresión del sadismo fálico para el psicoanálisis. Sorprendentemente, el dardo disparado por un arco no era común en todas las culturas antiguas y en la América central precolombina, por ejemplo, lo sustituía la jabalina como arma arrojadiza (Atlatel).

Era frecuente relacionar las flechas con los *rayos solares* y con la caza. Con ellas mataban las divinidades griegas Apolo y Ártemis (*Diana*). En su aspecto negativo (tenebroso) el dios indio de las *tormentas*, Rudra, lanzaba dardos de enfermedad; en su aspecto benefactor, Shankara arrojaba dardos excitantes. En el antiguo Egipto, la diosa con cabeza de *león*, Sechnet, asociada al *viento* del desierto, lanzaba flechas que traspasaban los corazones. La diosa Neith llevaba un haz de flechas como atributo. La flecha del dios del amor (en griego Eros, en latín *Amor*, en hindú Kama) causa la placentera «herida del amor», aunque también las flechas del amor místico traspasan el corazón del hombre (Teresa de Ávila, san Agustín).

En las manos de un *esqueleto*, el arco y las flechas simbolizan la *muerte*; también las portaba el jinete que montaba el *caballo* bayo del Apocalipsis de san Juan (6, 8). El paciente *Job* se siente tocado por Dios: «Los dardos del Todopoderoso se han introducido en mi carne y mi espíritu ha ingerido su ponzoña» (6, 4).

Dardo: la muerte como arquero. Talla en madera, detalle. Ackermann de Bohemia, 1463

Flechas y blanco: «No todas yerran el blanco». J. Boschius, 1702

Plagas como la peste se personificaban habitualmente en *ángeles* vengadores que arrojaban flechas. Los adornos arquitectónicos medievales representan arqueros conjuntamente con ciertos animales que simbolizan la lascivia (*chivo, gallo*), en clara alusión a la idea del «dardo del amor». La leyenda de que una sola flecha se doblega fácilmente mientras que un haz mantiene su cohesión simboliza, no sólo en Occidente sino también en China, que la unión hace la fuerza. En este último país, y entre los indios norteamericanos, era frecuente romper una flecha al sellar una alianza, como expresión de renuncia a la guerra.

El haz de flechas es el símbolo heráldico de la reina Isabel de Castilla (1474-1504), y posteriormente, en conjunto con el yugo, el emblema de España y de la Falange. El *símbolo político* de los «Pfeilkreuzler» húngaros de la segunda guerra mundial era una cruz de puntas de flecha, mientras que a la socialdemocracia austríaca la representaban tres flechas.

En el lenguaje gráfico moderno la flecha simplemente indica dirección, sin que a nadie se le ocurra pensar en una arma arrojadiza. Un corazón traspasado por una flecha, grabado en la corteza de los *árboles*, o en una pared, es el símbolo convencional de una relación amorosa.

El emplumado de las flechas de caza o de guerra tiene por objeto estabilizar su trayectoria y, quizás originariamente, también la pretensión mágica de que las *plumas* les transmitiesen las cualidades del *pájaro* (rapidez, ligereza).

Palabra enraizada en el lenguaje popular («veloz como una flecha», «guardar todavía algunas flechas en la saetera», «no haber colocado ninguna flecha en el blanco»), la flecha o saeta desempeña en la Edad Moderna un papel importante en la designación de automóviles de gran velocidad: el moderno Mercedes de competición «Silberpfeil» (saeta de plata) o el coche de carreras sueco «Nordpfeil» (flecha del norte). Actualmente se ha reactivado la agresividad como valor simbólico de la flecha, perfilándose más amenazante en siluetas de cohetes puntiagudos y con planos estabilizadores en la cola.

Entre los santos que tienen la flecha o el dardo como atributo aparece en primer

lugar san Sebastián, asaeteado por sus compañeros legionarios paganos.

En términos generales, la flecha guarda relación con conceptos simbólicos tales como impulso, rapidez, amenaza y perseverancia en la consecución de un fin (meta, blanco).

Flor, símbolo universal de la vida joven, también a menudo, a causa de su estructura estrellada de los pétalos, símbolo del *sol*, del orbe o del centro (por ejemplo, la flor de *loto* del sudeste de Asia). Muchas flores llamativas fueron dignas de atención y veneración no sólo por razones estéticas, sino también por su contenido en sustancias psicotropas (que influyen en la psique). En ocasiones, no se las concibió solamente como inocentes mensajeras de la primavera, sino también como símbolos del «apetito carnal» y de todo el ámbito del erotismo; por ejemplo, la flor de nicté (Plumeria) entre los mayas o la *rosa*, en el medieval «Roman de la Rose». Desde un punto de vista neutro, simbolizan la fuerza y la alegría de la vida, el final del invierno y la victoria sobre la muerte. En el simbolismo cristiano, el cáliz de la flor abierto hacia arriba indica la recepción de los dones de Dios, el gozo infantil en la naturaleza en el *paraíso*, pero también la caducidad de toda belleza terrenal, que sólo puede tener duración en los jardines del *cielo*. Con ello se relaciona la antigua costumbre de establecer tumbas en *jardines* o plantar flores en ellas. Dado que las iglesias paleocristianas estaban estrechamente relacionadas con la veneración de tumbas de mártires, también se las adornaba con flores. En la Biblia, la flor hace referencia al agrado de parte de Dios, como lo indican las varas floridas de José y de Aarón. Un bastón seco del que brotan flores es también en algunas leyendas símbolo del beneplácito divino y de esperanza. La costumbre practicada en los alrededores de Salzburgo de las «Pragstangen», pértigas adornadas con flores, que luego se pasean procesionalmente, puede que se relacione con este motivo y también con la alegría de los adornos florales en primavera; las innumerables flores se relacionan aquí con el simbolismo de la *estaca* y del *árbol*. Desde el punto de vista de la simbología, se da mucha importancia a los *colores* (*blanco*: inocencia, pureza, pero también muerte; *rojo*, vitalidad, sangre; *azul*, misterio, devoción; *amarillo*, sol, calor, oro).

En el taoísmo, la «flor de oro» espiritual que crece a partir de la coronilla, es el símbolo de la más alta iluminación mística. En el calendario azteca de 20 días, el vigésimo signo, llamado «flor» (xóchitl), es el símbolo del arte y del buen gusto. Los nacidos bajo este signo estarían dotados para todas las actividades artísticas y artesanales, pero también para la magia. «Flor Enhiesta» (Xochiquetzal) era el nombre de una diosa relacionada con la sexualidad y la fertilidad. Sus atributos eran una *corona* de flores en la cabeza y un ramo de flores en la mano. «Guerras de flores» se denominaban los combates ritualmente delimitados de reinos aztecas vecinos que se libraban con la finalidad de obtener prisioneros para los altares de sacrificios humanos de ambos bandos. (Véase *sangre*.) En la lírica azteca que se ha conservado, las flores simbolizan tanto la alegría de vivir como la caducidad de las cosas: «Las flores brotaron y brotan, crecen y brillan. De tu interior surgen los cantos de las flores... Como una flor de verano, así se recrea y florece nuestro corazón. Nuestro cuerpo es como una flor, que florece y rápidamente se marchita... Feneced sin cesar y volved siempre a florecer, oh flores, que tembláis y caéis y os convertís en

Flor: emblemas florales, J. Boschius, 1702

polvo...». Algo parecido se lee en la Biblia: El hombre florece «como las flores del campo. Cuando pasa el viento por encima, desaparece, y el lugar donde estaba ya no sabe nada de ella» (Salmo 103, 15-16). El peligro ecológico a que están expuestas actualmente muchas plantas ha hecho que muchas flores silvestres, pero particularmente la «mala hierba», hayan sido extinguidas casi por completo o sólo se las pueda encontrar en zonas protegidas, si no es que ya haya que lamentar su pérdida definitiva. Por consiguiente, la expresión simbólica de muchas plantas fanerógamas sólo será accesible para las generaciones venideras por la literatura histórica, si es que, en el sentido de la declaración del salmista, ya no sabe nada más de las flores el lugar donde ellas estuvieron.

Flora, actualmente un nombre colectivo para designar todo el reino vegetal, era en la antigua Roma la protectora de las *flores* y se la representaba con una *cornucopia* de la cual esparcía flores sobre la tierra. Originariamente una diosa de los oscos y sabinos itálicos, se celebraba posteriormente en su honor en Roma la fiesta de las Floralia, que duraba del 28 de abril hasta comienzos de mayo (y con ello corresponde cronológicamente a la «noche de Walpurgis» y a las fiestas de mayo). En esta fiesta de la primavera desempeñaban un gran papel las *hetairas*, y Flora misma era también llamada «meretrix». El relajamiento de las costumbres había de ejercer evidentemente un «efecto de presentimiento» fomentador del crecimiento para la naturaleza entera y puede interpretarse como un ritual agrario, que más tarde se convirtió en mera fiesta popular. «Fauna», nombre colectivo del reino animal, se remonta a la pareja femenina del dios de la naturaleza Faunus (gr. *Pan*). Según la obra poética de Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), Flora era en la *edad de oro* una ninfa llamada Cloris, la *verde*, pero Céfiro, el viento oeste la raptó y la hizo su esposa. Su regalo de boda fue la eterna primavera, con lo cual Flora llegó a ser la diosa de la joven naturaleza en el comienzo del año. También se dice que obsequió a la diosa Juno con la flor llamada maravilla, con ayuda de la cual Juno, sin la colaboración de *Júpiter*, fue madre y dio a luz al dios *Marte*.

Flores, el lenguaje de las. En la época del romanticismo burgués en Alemania, no era infrecuente que los burgueses de posición acomodada expresaran por medio de flores delicadas mensajes sentimentales. Esta costumbre, ya a finales del siglo XVIII, había producido un lúdico simbolismo floral, y fue resucitada un siglo después, en la época llamada de la crisis del progreso, a partir de 1870. En el año 1899, escribía G. W. Gessmann que quería con su índice floral contribuir «a reavivar el recuerdo de esta delicada e ingeniosa costumbre especialmente en el mundo de nuestras bellas damas». He aquí algunas muestras de este gracioso simbolismo vegetal que al lector actual más bien le resultará cómico: *Aro*, «aunque la vida te ataque implacable, ¡no te desanimes! Te elevará la conciencia de ser eternamente

buena y pura». Trébol, «comunícame cuándo podré volverte a ver». *Agave*, «sigo siendo bueno para ti a pesar de tu picardía». Flor de *acacia* (blanca), «la duración de nuestra amistad me la garantiza tu buen corazón». Amarilis (rojo), «te aprecio desde lo más profundo de mi alma». Flor de *manzano*, «¿teñirá por fin de rosado tus delicadas mejillas el fuego rosado del amor?». *Asfódelo*, «espero frecuentes y cordiales cartas». Aster (blanco), «tu verdadera amistad mitiga el tormento de mi desdicha». Flor del algodón, «las flores de nuestra alianza son aún delicadas, cuídalas, pues, con solícito cariño». Junquillo, «pon esta canastilla junto a las que ya antes recibiste». Dalia, «mi corazón está eternamente contigo; la patria la da el corazón, no el cuerpo». *Cardo*, «la poesía de la vida pasa junto a ti sin dejar rastro». Hojas de *encina*, «la corona de la modestia y de la virtud». Lila, «de cada gesto tuyo y de cada una de tus palabras habla la belleza de tu alma». Flor del avellano, «no debes temer nada, el amor piadoso está bajo la protección de Dios». Jacinto (blanco), «mi corazón me arrastra hacia ti, ¡pálida soñadora!». Primavera (en alemán Himmelschlüssel = llave del cielo), «la *llave* de mi *cielo* está en tu *corazón* de angélica pureza». Íride (azul), «tus sentimientos fingidos se desvanecen sin dejar vestigio». Capuchina, «¡cuánto voy a sufrir si el anhelo de volver a verte no llena el espíritu de alegre esperanza!». Flor de cerezo, «¡ojalá el rubor que experimento cuando tú llegas te haga reconocer la silenciosa atracción que hacia ti siento!». Trébol (de *cuatro* hojas), «sólo me sonríe la dicha cuando puedo compartirla contigo». Bardana, «puedes tener la seguridad de mi afecto hacia ti y de mi buena disposición a prestarte ayuda». Flor de ajo, «lo que siento por ti es la máxima indiferencia». Candelaria (amarilla), «ten buen ánimo. Todavía florece para ti la felicidad». Espiga de *trigo*, «lo que pides, solamente el tiempo lo puede conceder». Neguilla, «sólo vivo para ti». Espliego, «el recuerdo de ti es mi única alegría silenciosa». Lirio (blanco), «tú eres inocente como este símbolo de la inocencia». Flor de tilo, «el amor de los sentidos desaparece como el rocío nocturno, el amor de las almas perdura como el dorado astro del día». Hoja de *laurel*, «no te sienta bien la orgullosa corona del triunfo, sino la modesta corona de la virtud». Dragón, «tu carácter voluntarioso se vengará un día en ti». Lupino, «encanto celestial y soberbio florecer de la inteligencia los encontré en ti unidos a los del corazón». Mimosa, «la grande y hermosa alma que atesoras tiene su fundamento en tu noble y serio orgullo». Adormidera, «tu temperamento soñoliento, flemático, no deja aparecer movimientos más importantes de tu corazón». Ramita de arrayán, «siempre está verde, porque las coronas que entreteje el fiel amor jamás se marchitan». *Narciso* (amarillo), «tu naturaleza coqueta y soñadora se parece a esta bella flor, que se yergue orgullosa para bajar luego la cabecita, desfallecida de amor». *Clavel* (rojo), «no podrás resistir por más tiempo cuando reconozcas el grado de mi aprecio y amor». *Clavel* (blanco), «eres el símbolo de la más profunda amistad, porque no cambias el color antes de que la muerte venga a deshojarte». Adelfa, «en ti predominan la envidia y el esplendor, porque la naturaleza, en lugar de un corazón cálido y sensible, te ha dado sólo belleza externa». Peonia, «tu orgullo es insoportable». Pasionaria, «en el más allá, tu acerbo dolor se verá transfigurado por la corona de la eterna bienaventuranza». Menta, «corazones falsos como es el tuyo, encuentro bastantes». Reseda, «tal como esta flor sin la magnificencia de los colores exhala un discreto perfume, así posees tú hermosos talentos sin esplendor externo». Caléndula, «tan pálidos pétalos te evocan la felicidad de un eterno amor puro, porque carece de esplendor terreno». Pétalo de rosa (rojo), «¡sí!». Pétalo de rosa (blanco), ¡«no!». Capullo de rosa (con espinas), «el amor que espera, con las dudas de la incertidumbre...». Flor de acedera, «me es desagradable saberme constantemente perseguida por ti». Milenrama, «¿eres en realidad tan ignorante como quieres aparentar?». Viburno, «aun cuando te las des de insensible, un día te alcanzará la flecha de Cupido». Rompenieve, «alégrate con el presente y el futuro, y en tu corazón no le concedas al recuerdo un lugar para un triste pasado». Flor de puerro, «seguiré tu consejo bondadoso y sincero». Gladíolo, «llenas mi corazón de alegre esperanza para volverlo a precipitar en la duda», Girasol, «siempre se vuelve hacia el *sol*. Lo que para esta flor es la luz del sol es para mi vida tu amor». Ortiga menor, «fría me dejan las promesas de tu amor, mudas son tus promesas y galanterías». Centaura menor, «es amargo como la verdad pronunciada, pero igualmente curativo». Tomillo, «la unidad de las almas es el bien supremo». *Sauce* llorón, «mi corazón se estremece al recordar tu presencia desaparecida». Tulipán, «¡tú, muda figura esplendorosa! ¿Dónde está tu valor interno?». Martagón, «¿van a causar todavía más desgracia tus miradas pícaras, abrasadoras?». Ciclamen, «con puros deseos te estimo sobre todas las cosas». Nomeolvides, «el deseo de volverte a ver saca a la luz tres palabras: ¡No me olvides!». Rosa silvestre, «el que está hecho para la felicidad callada y tranquila sólo vive feliz escondido». Sauce, «la auténtica amistad nos presta su brazo para llevar el peso de la vida». Hojas de parra, «con tu alegría que vuelve, puedes devolverme las ganas de vivir». Guisante de olor, «envidiable es todo aquel a quien el cielo regala la perla del "amor de amigo"». Euforbia, «eres de un carácter tan frío, que podría creerse que posees un corazón de piedra». Campanilla, «ningún ojo del mundo tiene una vista tan perspicaz y aguda como los ojos del amor». Cólquico, «mi corazón se inflama de amor por ti y gustoso obedeceré a los celestiales sentimientos». Flor de la cebolla, «podrás conquistar mi amor si me profesas la tierna atención que un noble caballero debe sentir por una mujer...».

Otra colección de frases del lenguaje de las flores de la época del romanticismo contiene, entre otras, las siguientes sentencias: rama del albaricoquero, «¡ángel de tu sexo, yo te adoro!». Lila, «¡corramos hacia el altar antes de que pase el tiempo de la juventud!». Berza, «explícate mejor, si es que debo entenderte». Saúco, «cada vez te vuelves más fría». Corona imperial, «¡la más amable de tu sexo, como una diosa yo te adoro!». Espliego, «hablas de forma enigmática». Adormidera, «¿por qué tienes tanto sueño?». Musgo, «tu terquedad me lleva a la desesperación». *Narciso* (blanco), «¡qué horror! ¿Quieres anonadarme por completo?». *Clavel*, «un ardiente anhelo agita mi seno». Menta, «¿quién hará tanto remilgo por cosas tan pequeñas?». *Rosa*, «¡bella como una flor, déjame reposar sobre tu pecho!». Rompenieve, «tus miradas irradian pureza de corazón». Flor del tabaco, «tú despiertas en mí sentimientos dulcemente dormidos». Hoja de olmo, «nuestro amor debe todavía permanecer secreto». Nomeolvides, «escucha lo que susurra esta florecilla». Pámpano, «acércate más y séme fiel». Cebolla, «me repugnas». En vista de las diversas declaraciones de algunos saludos florales, evidentemente era necesario que ambos elementos de la pareja dispusieran

de la misma clave. Sólo entonces podían transmitirse correctamente «a través de las flores», secretos mensajes de amor.

Fortuna, personificación simbólica de la suerte. Originariamente una diosa de las mujeres y de los oráculos, posteriormente fue equiparada con la griega Tyche y convertida en la encarnación de la variable fortuna de la humanidad. A menudo se la representaba con timón y *cornucopia* en la mano; de pie encima de una esfera o de una rueda, con una vela o con *alas* movida de aquí para allá por el viento variable. En el cristianismo se concibió a esta voluble diosa de la Fortuna en parte como expresión de la inescrutable providencia de Dios; en parte, empero, se la valoró negativamente como oposición a las *virtudes* infalibles (por ejemplo, la constancia). En el Asia oriental (Japón, China) se simboliza y conjura la «suerte» mediante el *Buda barrigudo* y los siete *Dioses de la suerte*.

Fortuna: la diosa de la suerte sobre la esfera alada. Cartari, 1647

Fuego, el elemento aparentemente viviente que consume, calienta y alumbra, pero que también puede causar dolor y muerte, es ambivalente desde el punto de vista de la simbología. Frecuentemente es un sagrado símbolo del hogar doméstico (véase las *vírgenes* vestales que en la antigua Roma custodiaban el fuego), simboliza la inspiración y el Espíritu Santo, que en figura de *lenguas* llameantes se posó sobre los apóstoles en la primera fiesta de Pentecostés, y en el antiguo México era un acto sagrado el de encender el nuevo fuego al comenzar el año. Por otro lado, tiene también el aspecto negativo del fuego del infierno, el ardor destructivo de la pasión y la destrucción mediante el *rayo* —fuego del cielo—, así como también el fuego volcánico que sale del interior de la tierra. Hay que tener en cuenta que en los comienzos de la humanidad, hace millones de años, la «doma» del fuego marcó el inicio de la cultura, y que no existen «hombres primigenios salvajes sin fuego», de los que hablan algunas teorías pre-científicas. El fuego es el único de todos los «elementos» que el hombre puede producir por sí mismo, con lo cual ostenta para él la firma de su semejanza con los dioses. Muchos mitos (antigua Grecia, Polinesia) lo describieron también como una propiedad originaria de los dioses que solamente mediante robo pasó a posesión de la humanidad. Así, el fuego puede tener la propiedad de la «llama purificadora» que destruye el mal y puede disolver la materialidad de *brujas* y otras criaturas endemoniadas, que en el *purgatorio* de la doctrina de la fe católica borra la mancha del pecado y en el parsismo (creencia religiosa de Zoroastro o Zarathustra) se considera sagrada. Los textos asirios de conjuros, conocidos bajo el nombre de series «maqlu» y «schurpu», consisten en gran parte en frases para destruir mediante el fuego males causados por hechicería: «¡Hierve, hierve, arde, arde! ¡Malos y peores, no en-

Fuego: dos dominicos son quemados como satanistas. Grabado en madera, Ginebra, 1549

Fuego: perforación ritual del fuego en el antiguo México. Codex Nuttall

tréis, marchaos!... Yo os encadeno, os ato, os entrego al Gila que chamusca, que quema, que ata, que agarra a las hechiceras... ¡Tal como despedaza esta piel de cabra y es echada al fuego, y la ardiente llama la consume..., así se despedazará como esta piel de cabra la maldición, el hechizo, la pena, el tormento, la enfermedad, el dolor, el pecado, la maldad, el crimen, el sufrimiento que se halla en mi cuerpo! Hoy destruye todo ello la llama crepitante...». Tanto «maqlu» como «schurpu» se traducen por «quemar» y aquí aparece claramente la creencia en el efecto destructor de hechizos del fuego.

La costumbre, demostrada en varios continentes, de caminar sobre el fuego (en griego pirobasia) durante la cual se pisan con los pies descalzos y sin sufrir daño alguno carbones ardientes, era probablemente en su origen un ritual de purificación en primavera como todavía en la época moderna se celebraba en el Tíbet (el día 15 del primer mes). Generalmente se considera el fuego como elemento «masculino» (en oposición al *agua* «femenina») y como símbolo de energía vital, corazón, fuerza procreadora, iluminación, *sol* (véase *fénix*). Dícese que la *virgen* Ocrisia fue fecundada por una *chispa* y llegó a ser madre del rey Servio Tulio. Fórmulas de conjuro trataban el fuego como un ser sobrenatural. La fiesta de los pastores Parilia, en la antigua Roma, el 21 de abril, tenía como punto culminante el saltar por encima de un purificador fuego de paja; según el antiguo mito griego, la diosa Deméter quiso limpiar de la escoria terrestre al héroe Demophoon y hacerle inmortal poniéndole en el fuego del hogar. Se andaba con antorchas alrededor de enfermos mentales o individuos que necesitaban expiación. El aspecto peligroso del fuego, siempre presente en las ciudades antiguas, debía anularse mediante el gesto mágico-simbólico de verter agua, tan pronto como alguien pronunciaba la palabra «ignis» (fuego).

En general, los dioses del fuego o los seres sobrenaturales puestos en relación con este «elemento», a causa de la naturaleza equívoca del fuego, son unos «pillos» —por ejemplo, el germánico Loki—, en quienes el hombre nunca puede del todo confiar. Sin embargo, la valoración todavía predominante de la «llama viva», sobre todo después de su domesticación por los logros de la civilización, viene demostrada por costumbres arcaizantes tales como las procesiones con *antorchas* y también por la costumbre, incluso en presencia de alumbrado eléctrico, de encender como adorno velas en mesas de co-

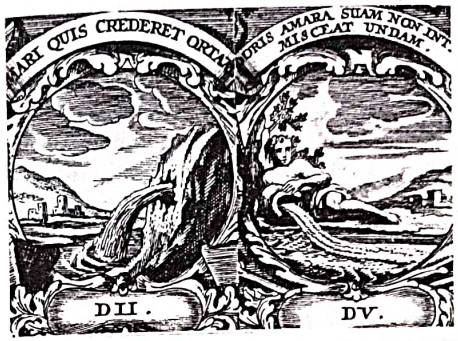
Fuego: el holocausto del profeta Elías ante los sacerdotes de Baal. Ilustración de la Biblia de H. Holbein el Joven, 1530

medor. También en el uso eclesiástico desempeñan un importante papel simbólico los cirios en el altar, en el bautizo, en la comunión, etc., como portadores de la *luz* espiritual. (Véase *zarza, salamandra*.) En la simbología psicológica se hace referencia a la estrecha relación entre el fuego y el hogar (centro de la casa y de la familia), la preparación de las comidas y la fusión de los metales, así como al «fuego del *corazón*», expresado en la imagen poética. «Cuando en un sueño se acerca uno a un gran fuego, o ve subir hacia el Cielo un gran resplandor de fuego, es que se encuentra en la proximidad de fuerzas divinas» (Aeppli); no obstante, «el fuego de la pasión y también la pasión por las ideas es una llama en la que uno puede quemarse». (Véase *Horno*.)

Fuentes. Las fuentes como lugares sagrados se conocen en muchas culturas antiguas, en parte en relación con la idea de que el *agua* fertilizadora no sólo cae en forma de *lluvia* del *cielo* sino que también puede ser dispensada desde la tierra como «agua profunda» por divinidades subterráneas. Éste es sobre todo el caso cuando se trata de fuentes calientes, cuya agua termal por su contenido en minerales tiene una acción curativa. Junto a tales fuentes se adoraron constantemente ninfas de las fuentes y otros seres sobrenaturales, a menudo en relación con el culto de dioses de la curación y de la purificación. En primer lugar nos encontramos con figuras femeninas, a menudo en forma triple, que también han sido relacionadas con fecundidad, descendencia y matrimonio, como por ejemplo, entre los griegos, los romanos (aquí había la fiesta de las fuentes, la fontinalia), los celtas y los germanos. En la China y el Japón solía haber junto a las fuentes pequeños santuarios. La palabra china para fuente, ch'üan, puede ser combinación de los componentes del significado «puro» y «agua» y se relaciona con el concepto «origen». La Biblia menciona las *cuatro* corrientes (ríos) del *paraíso* procedentes de una fuente dispensadora de bendiciones, que se convierte en símbolo de la vida eterna y del renacer. En el Apocalipsis de Juan se contrapone a la idea del tiempo del fin la «*Jerusalén* celestial» de la fuente de la vida en el *paraíso* restaurado. En la tipología que concibe los hechos del Antiguo Testamento como prefiguración

Fuentes, según W. H. Barón de Hohberg, 1675

Ob schon die wasserquell alltäglich alles trencket
doch wird sie kleiner nicht, sie quillet fort und fort:
Also wirdt uns Gott mit überfluß einschencket
wird täglich doch erneut die wolthat durch sein wort.



Fuentes en la «Symbolographia» de J. Boschius, 1702

de la vida de Jesús, la fuente que abre *Moisés* en el desierto se convierte en símbolo de la herida del costado del Crucificado, cuya *sangre* trae la redención de la humanidad, y también en símbolo del agua del bautismo. El «Altar de Gante» (van Eyck) muestra la fuente del cielo que se divide en *siete* ríos, correspondientes a los siete dones del Espíritu Santo. Véase *pozos*.

La colección de novelas medieval «Gesta Romanorum» (hacia 1300) contiene múltiples interpretaciones simbólicas de «fuentes milagrosas», como por ejemplo, la de una fuente de Sicilia que hace fecundas a las mujeres estériles, y la de otra que produce esterilidad en las fértiles. «Interpretación: en la primera fuente debemos pensar en Cristo que hace fecunda a una persona estéril —a un pecador— para que pueda realizar las obras de misericordia. La otra fuente es el diablo, que hace lo contrario, y a menudo a una persona buena la lleva a un mal fin... En Epiro hay una fuente que apaga *antorchas* encendidas y enciende las apagadas. Interpretación: así apaga Cristo las antorchas encendidas, es decir, los sabios de este mundo, y enciende las apagadas, es decir, los pobres, que son apagados por el mundo.» En la simbología de los sueños, a menudo la fuente en la proximidad de un *árbol* se interpreta como un símbolo claramente positivo del agua de vida. «Donde árbol y fuente rumorean en el sueño, el soñador se encuentra cerca de la vida segura, existe ahí una fuente de juventud» (A. Aeppli).

G

Gafas, lentes, anteojos. En el libro de emblemas «Atalanta fugiens», del rosacruz Michael Maier (1618), se dice que la naturaleza es para el alquimista que busca, como «un guía, cayado, anteojos y lámparas». Sus vidrios oculares (lat. perspicila) simbolizan la mirada agudizada del buscador culto que sigue los vestigios de la naturaleza productora de *flores* y frutos. Esta mirada agudizada caracteriza también a esculturas y cuadros de la *virtud* personificada de la templanza (temperantia) que sabe distinguir entre lo necesario para vivir y la gula, así como representaciones del doctor de la Iglesia san Jerónimo (348-420 d.C.), considerado como santo patrono de los doctos, aunque tales gafas todavía no se usaban en su tiempo.

Gallina. La gallina doméstica tiene un significado simbólico diferente del del *gallo* y es un prototipo del ser *maternal*. «Como la clueca suele proteger los polluelos y no deja que se acerque nada que pueda causarles daño, al que pueda sentirse seguro de la protección del Altísimo no le afectan los ataques, la necesidad ni las vejaciones» (Hohberg, 1647).

La clueca es la encarnación del amor protector para con los débiles, incluso en el sentido de las palabras de Jesús: «¡Jesuralén, Jerusalén... cuántas veces quise reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas!» (Mateo 23, 37). El paciente empollar de la gallina lo reproduce en la representación de las «siete artes liberales» la gramática, que también requiere gran paciencia. Según una antigua creencia curativa, la *sangre* de gallina podía refrenar el exagerado impulso sexual. En tanto que en las ceremonias africanas de iniciación de las mujeres la gallina desempeña un papel de guía de las almas, en la conciencia del europeo central predomina la idea de la «estúpida gallina», como también lo muestra el simbolismo de psicología profunda de los sueños. Las gallinas significan aquí «una colectividad extravertida, pobre de espíritu. A menudo son presa de un pequeño pánico tonto como los pensamientos caóticos de las personas atontadas... Una cosa que el soñador en

Gallina como guardiana de la cría. W. H. Barón de Hohberg, 1647

Gallina, encarnación del amor paciente. J. Boschius, 1702

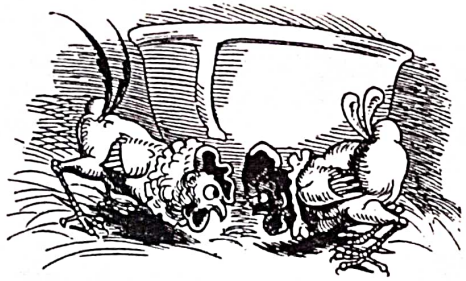
la vida cotidiana considera demasiado importante aparece aquí debidamente en su pequeñez y en su ruido» (Aeppli). La gallina «ciega, loca, pobre» de las locuciones populares puede ciertamente también en el cuento «poner *huevos* de oro» y sería tonto quererla matar. En algunas leyendas, la gallina que se sienta sobre sus huevos aparece como encarnación de los *tesoros* (también tesoros del subsuelo) custodiado por poderes sobrenaturales.

Gallo (lat. gallus). La Antigüedad europea lo conocía por un lado como animal solar que con su canto anuncia el alba y ahuyenta los demonios nocturnos, y por otro (sobre todo el gallo negro) como animal de brujería y de sacrificio para los poderes subterráneos. Sin embargo, prevaleció el simbolismo positivo, y los gallos —de los cuales se dice que con su canto ahuyentan incluso a *leones* y *basiliscos*— se representaban en gemas, amuletos, escudos y sepulcros. Se decía que una cresta de gallo protegía contra las pesadillas, y el comer testículos de gallo tenía efecto erotizante y hacía que una mujer pariese hijos varones; asimismo se decía que el gallo, que ahuyenta la oscuridad, en la proximidad de una parturienta le facilita el parto. También, a causa del color *rojo* como fuego de su cresta y sus *plumas* con irisaciones en la luz, es en muchas culturas un símbolo del *fuego* y del sol (el «gallo *rojo*» es la llama) y en la época románica ya se le puso en las torres de las iglesias como nuncio de la luz y convocador a la oración matutina. Su combatividad en las peleas de gallos y su permanente disposición al apareamiento hacen de él un animal simbólico claramente masculino, pero en la mentalidad cristiana también un símbolo de Cristo, que hace despuntar el nuevo día de la fe. San Gregorio hace del gallo el prototipo del buen predicador, porque antes de elevar su voz golpea sus lomos con las *alas* (hace penitencia). Como advertencia contra la arrogancia actúa el triple canto del gallo en la «negación de Pedro», escena frecuentemente representada en sarcófagos paleocristianos. La naturaleza vigilante del gallo le convirtió ya en época temprana en atributo de dioses (Atenea, Deméter), su combatividad le coloca junto a Ares (*Marte*), dios de la guerra, y junto a Asclepio, el vencedor de enfermedades, y como heraldo del sol pertenece a Apolo. En la Antigüedad tardía, el ge-

Gallo: atributo de Mercurio (Hermes). V. Cartari, 1647

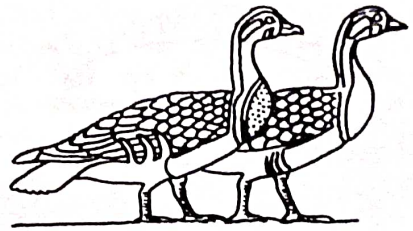
Gallo: grito despertador del gallo, imagen emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675

nio del año, Abraxas, es un ser con cabeza de gallo y pies de *serpiente*. En la mitología nortegermánica, el gallo «Goldkamm» (cresta de oro) vigila el puente del *arco iris* que conduce a la mansión de los dioses. En el Asia oriental, el significado simbólico es parecido. El gallo, décimo signo del zodíaco chino, no se come. El gallo rojizo protege del *fuego*, el *blanco* ahuyenta demonios. El gallo se considera no solamente valiente, sino también bondadoso, porque llama a las gallinas para que coman el grano, y también se le considera digno de confianza como despertador (en el Japón, su canto hace salir de la oscuridad a la diosa Sol). La leyenda india hace que el «rey de los gallos» se pose en un árbol del legendario país de Jambudvipa y su canto induce a todos los gallos del mundo a levantar también su voz. Desde el punto de vista del simbolismo chino de los sonidos, el gallo (kung-chi), que canta (ming), significa todo junto «kung-ming», es decir, «méritos y fama». A los funcionarios se les regalaba un gallo con una gran cresta (kuan, también: funcionario). El gallo con polluelos simbolizaba el cuidado paternal de los hijos (en sentido más estricto, hijos varones). En la China meridional, la pelea de gallos, a pesar de la prohibición oficial, sigue siendo una predilecta y cruel diversión popular que degrada la agresividad del animal a objeto de la pasión por las apuestas, a pesar de su aprecio en la mitología, en la que algunas tradiciones afirman que el sol está ocupado por un gallo de fuego. El gallo experimentó una interpretación simbólica negativa en la Edad Media de Occidente (igual que el *macho cabrío*) como encarnación de la lujuria (cuando los hombres jóvenes se ven acosados por «demonios gallos») y del carácter pendenciero. Al mismo tiempo se convirtió en animal heráldico de la Galia (Francia) y de San Gallo; también se representó a san Vito con un gallo (sentado sobre un *libro*), y el gallo adornó además lujosos relojes de pared a causa de su cualidad de «despertador». El San Pedro representado con el gallo amonestador fue convertido en santo tutelar de los relojeros. Hohberg (1675) escribió estos edificantes versos: «Tan pronto como el alegre gallo hace resonar su grito de la hora / los otros unen su canto al suyo. / Asimismo, pues, cuando oigas resonar la alabanza de Dios / mira que tu boca no enmudezca y quede sin palabra». (Véase *ibis*.)



Gallo: preludio de pelea de gallos (Wilhelm Busch)

Ganso, como animal simbólico que actúa como una versión menor del cisne, frecuentemente se le sitúa en el ámbito de la vida femenina y doméstica. Los gansos en la Antigüedad se cazaban con lazo. La domesticación del ganso se efectuó ya en época temprana en Egipto. Pronto sirvió también en Grecia como animal de sacrificio y también como proveedor de carne barata y de plumón. En Roma se le cebaba y su hígado se consideraba un manjar exquisito. Su vigilancia resultó ser una bendición para los romanos durante el intento de los galos de tomar por asalto el Capitolio. De la carne de ganso se suponía que era un afrodisíaco y su bilis se consideraba que aumentaba la potencia sexual del hombre. Este animal fue consagrado a *Venus* (Afrodita) y a *Marte* (probablemente a causa del episodio de los gansos capitolinos), a *Amor* (Eros) y al dios fálico de la fecundidad Príapo. El vuelo de los gansos silvestres fascinaba a los chamanes de las tribus siberianas que, en estado de trance, se sentían levantados por los aires por estas aves e imitaban su grito. Comoquiera que la carne de ganso enriquecía en invierno las mesas de banquete burguesas y campesinas, su importancia culinaria se entretejió también en las leyendas, sobre todo en la de san Martín, el cual rehusó por modestia que le consagraran obispo y, habiéndose escondido en el corral de los gansos, el excitado graznar de las aves reveló pronto, sin embargo, su escondrijo; el comer el ganso de San Martín se explica como «venganza» tomada contra los animales domésticos. El «parloteo» de esta ave la convirtió en símbolo de las personas ancianas muy habladoras. En el «Bestiarium» medieval, los gansos reproducen la imagen de las personas despiertas y vigilantes. Los gansos silvestres se parecen a aquellos devotos que se mantienen apartados de los negocios del mundo y visten el ropaje gris de la penitencia. «Los gansos domésticos, en cambio, presentan también un plumaje blanco o abigarrado y se parecen a las personas de las ciudades que llevan vestidos de colores. Con su fuertes graznidos en las calles de las aldeas son como aquellas personas que en su vida común se entregan a conversaciones chismosas y calumniadoras.»



Ganso: pintura mural egipcia del Imperio Antiguo (IV dinastía, Medum)

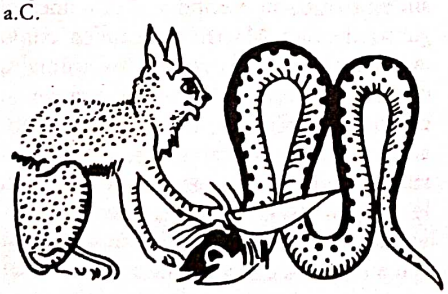
Garza, en griego herodios (lat. ardea), gran ave *acuática* de agudo pico; en la Antigüedad clásica —según la leyenda— enemiga del *águila* y de la alondra, aunque amiga de la *corneja*. Consagrada al dios del mar, Poseidón (Neptuno), su aparición se consideraba un buen augurio. En la fábula de Esopo se dice que saca un hueso de las fauces del *lobo*, poniendo con ello en peligro su propia cabeza. En el texto paleocristiano del «Physiologus» la garza es la más moderada de todas las aves, pues «su lecho y su comida están en un solo y mismo sitio», no «vuela de aquí para allá». Por ello es un símbolo para el cristiano, que no debe buscar los numerosos lugares de los herejes y debe guardarse de los «manjares de doctrinas heréticas y erróneas». En el «Bestiario» medieval se dice: la garza abomina de la *lluvia* y vuela a gran altura por encima de las *nubes*, con lo cual anuncia tormentas. «Esta ave es un símbolo de las almas de los elegidos, que por temor a las tormentas de este mundo di-

Garza: grabado de emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675

rigen todos sus esfuerzos por encima de lo temporal hacia las alturas de la patria celestial. De entre las garzas, algunas son blancas, otras grises como la ceniza; blanco es el color de la inocencia, gris ceniciento el de la penitencia...» (Unterkircher). En este sentido dice también Hohberg (1675) en su libro de emblemas: «Una garza, cuando advierte que se fragua una tormenta, vuela sabiamente por encima de los nubarrones amenazadores, de la misma forma que un corazón piadoso, cuando quiere esquivar una desgracia, sólo busca refugio en la bondad de Dios». Dado que, según la leyenda, es capaz de derramar lágrimas, es también un símbolo de Cristo en el monte de los Olivos; también es una exterminadora de las «diabólicas» *serpientes*, y figura, según el profeta Jeremías (8, 7), entre aquellas aves que conocen su momento oportuno (lo cual, sin embargo, puede referirse también a la *cigüeña*). El largo pico de la garza se considera, por un lado, característica de la curiosidad, que «mete su *nariz* en todas partes»; por otro lado se representa también a la garza con una *piedra* blanca en el pico, lo cual le confiere el contenido simbólico de la discreción. En el arte chino, la garza (lu) aparece a menudo representada junto con la flor de *loto* (lien) a causa de la igualdad de sonido de las correspondientes sílabas de «camino» y «ascensión», lo que da como resultado el deseo de «que en tu camino asciendas siempre».

Gato. El querido animal doméstico de nuestro tiempo, que apenas se emplea más que como exterminador de *ratas* y *ratones*, tiene en el simbolismo una fama predominantemente negativa. Fue domesticado hacia el año 2000 a.C. en el antiguo Egipto a partir del gato agrisado nubio, mientras que allí ya se conocía hacía tiempo el gato de los cañaverales, de rabo corto y que en el «Libro de los muertos» destroza a la maligna *serpiente* Apophis. El gato doméstico sustituyó pronto a los dioses *leones*; la diosa de los gatos Bastet era en épocas más antiguas una leona, pero después se momificaron a menudo gatos y se representaron como figuras de mujer con cabeza de gato. En la época tardía, pasaron gatos desde Egipto a Grecia y se los consideró atributos de la diosa *Diana*. Se pensaba que especialmente los gatos *negros* eran poseedores de poder mágico y se decía incluso que sus *cenizas* esparcidas en los campos mantenían alejadas a las criaturas dañinas. Entre los celtas, los gatos simbolizaban las potencias ma-

Gato: el gato del dios solar corta la cabeza a la serpiente Apophis. Papiro Hunefer, hacia 1300 a.C.

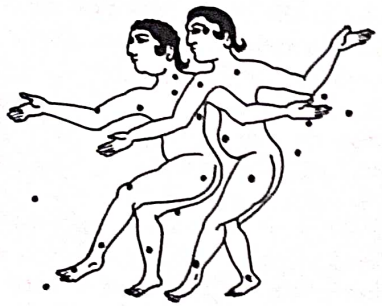


Gato, según E. Topsell, The History of Four-footed Beasts, 1658

lignas y a menudo se los sacrificaba, mientras que entre los germanos del norte, la diosa Freya estaba representada en un *carro* tirado por gatos. Se consideraba engañoso el ojo del gato que cambia según incide la luz en él, y su facultad de cazar, incluso en completa *oscuridad*, le hizo ganar la fama de estar relacionado con los poderes de las tinieblas. Se le relacionó con la lujuria y la crueldad y se le consideró sobre todo un espíritu auxiliar (lat. spiritus familiaris) de las *brujas*, de las que se decía que a menudo acudían a sus aquelarres montadas en gatos negros. El gato negro es todavía hoy en la creencia popular un símbolo de desgracia. Es interesante que unos papiros satírico-humorísticos del antiguo Egipto muestran algunas veces un «mundo al revés» en el que unos ratones, montados en carros de combate, hacen la guerra contra gatos refugiados en una fortaleza, lo cual da la impresión de ser una milenaria anticipación de los actuales cómics de «Tom y Jerry».

Para el psicólogo el gato es «el animal típicamente femenino» (E. Aeppli), un animal de la *noche*, «y la mujer, como es sabido, hunde sus raíces en el aspecto oscuro de la vida más profundamente que el hombre, más sencillo»; es lógico deducir de ello que la mencionada valoración negativa del gato se relacione en muchas culturas con una actitud agresiva frente a la naturaleza femenina. La valoración popular del «pérfido gato» se halla en contradicción con la concepción de la antigua heráldica, en la que no es raro que este animal aparezca como figura. «Los gatos tienen una interpretación de la libertad, porque el gato no quiere que lo sujeten ni lo encierren. El gato es paciente y astuto para perseguir la presa, virtudes de un buen soldado. Por esto los antiguos suabios, suizos y borgoñeses, ostentaban gatos en sus blasones, con la interpretación de la libertad (Böckler, 1688).»

Gemelos. En algunas culturas exóticas se considera que los gemelos son extrañas jugarretas de la naturaleza y a menudo se da muerte a uno de ellos después del nacimiento, a causa, por ejemplo, de la creencia de que en el vientre materno cometieron algo malo (por ejemplo, en algunas partes del África Occidental). En mitos indios forman en ocasiones un *sistema dual* como personificaciones del bien y del mal. En otros sistemas de mitos se venera especialmente a los gemelos, como por ejemplo, Cástor y Pólux entre los griegos y los romanos. Según el material de leyenda transmitido por Platón, fueron también parejas de gemelos los reyes del reino insular de *Atlántida*, primeramente *Atlas* y Gadiros (héroe que dio nombre a la ciudad de Gades, hoy Cádiz), después Ampheres y Eudaimon, Mneseus y Autochthon, Elasippos y Mestor, finalmente Azaes y Diaprepes. Esto no debe referirse necesariamente a «auténticos» gemelos, sino que también puede aludir a la costumbre arcaica de la doble realeza, que también era



Gemelos (Géminis): constelación en la representación árabe medieval de el-Sufi, 1009 d.C.

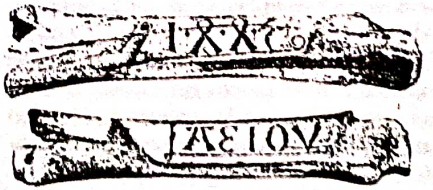
usual entre los antiguos moradores de las islas Canarias (véase *islas de los Bienaventurados*). En la época micénica de Grecia, esta institución (según Ranke-Graves) era también conocida en el Mediterráneo oriental. En Esparta gobernaron los ya mencionados gemelos Cástor y Polydeukes (Pollux); en Mesina, Idas y Lynkeus; en Argos, Proitos y Akrisios; en Tirinto Herakles e Iphikles; en Tebas Eteokles y Polyneikes. Con frecuencia se describen las parejas de gemelos como si simbolizaran algo así como un sistema dual de los temperamentos: el uno es mortal, el otro inmortal; el uno es suave, pasivo e introvertido, el otro dinámico, belicoso, extravertido. A veces se los describe como una pareja invencible en su complementariedad, que pone en peligro el orden cósmico y por ello deben ser eliminados del mundo de los humanos. Astrológicamente los gemelos (lat. gemini, gr. didymoi) son el tercer signo (géminis) del zodíaco (véase *estrellas*), y el *Sol* lo rige desde el 21 de mayo hasta el 22 de junio. Géminis se considera «signo de aire» con el significado de dualidad, separación, espíritu de contradicción, similitud y multiplicidad, repetición de acciones, etc. La constelación recibe este nombre de las dos estrellas de brillo casi igual, «Cástor y Pólux». En la antigua China los gemelos de distinto sexo eran vistos como un mal presagio y generalmente no se les criaba. En cambio, a los gemelos varones en ocasiones se les consideraba expresión de reconocimiento divino de una particular devoción.

Genio (lat. genius), en la antigua Roma, una especie de peculiar entidad sobrenatural que le venía dada al hombre como un espíritu protector personal —correspondiendo al cristiano «*ángel* de la guarda»— y que le acompañaba desde la cuna hasta la sepultura. Los genios recibían a menudo altares consagrados y es posible que originariamente representaran la capacidad procreadora masculina. El culto de los dioses domésticos (lares) se relaciona con la imagen del genio y es afín a la del «daimon» personal de los griegos. En altares domésticos de Pompeya, el genio del cabeza de familia (Pater familias) aparece representado como *serpiente*. En la época del Imperio Romano se desarrolló la idea de que, además de las familias, también determinados edificios y ciudades poseían su propio espíritu protector sobrenatural (el «Genius loci»). En el Renacimiento, el genio se convirtió en una figura simbólica cuya posesión pretendían determinadas personas, pero también representaba algunas cualidades. En la época de las persecuciones de *brujas*, se atribuía a las personas sospechosas de adoración del diablo un equivalente satánico del «genio bueno», el diabólico «spiritus familiaris» en forma de animal, pero en los rituales mágicos también se conjuraban espíritus «familiares» independientemente de un pacto con el *diablo*. El erudito renacentista Girolamo Cardano (Cardanus), 1501-1576, alardeaba de la presencia de un genio personal que le facilitaba el estudio de las lenguas extranjeras y le procuraba un resplandor sobrenatural (véase *nimbo*) del cual se sintió rodeado durante mucho tiempo.

Gigantes. Los gigantes simbolizan en muchos mundos antiguos del espíritu la naturaleza primaria todavía no formada antes de que los hombres de la cultura habitaran la tierra, y con ello simbolizan un estado del salvajismo primario, análogo al de los *hombres salvajes*. Es evidente la especulación básica de que antes de la posesión de los bienes culturales solamente unos seres parecidos a humanos, con poderosas fuerzas físicas, podían acabar con las inclemencias del entorno. También los hallazgos de grandes huesos de animales fósiles pueden haber influido en la leyenda que explica que procedían de gigantes prehistóricos (teoría del paleontólogo vienés O. Abel, 1875-1946), y quizá también la existencia de construcciones megalíticas prehistóricas, que se atribuyeron al trabajo de gigantes. En la mitología griega se habla de gigantes y titanes a quienes los dioses tuvieron que vencer, mientras que en el mundo de las leyendas norte-germánicas se habla de thursen y jöten, que son enemigos de los dioses y de los hombres. Algunas escuelas mitológicas antiguas ven en los gigantes personificaciones de las fuerzas destructoras de la naturaleza, por ejemplo, como causantes de aludes, caídas de piedras o terremotos, lo que interpreta la lucha de dioses y héroes contra estos colosos como expresión de la afirmación del hombre contra los elementos. También en los mitos americanos precolombinos de la Creación se habla de linajes de gigantes que representan bosquejos fallidos de creadores divinos y que ciertas catástrofes destruyeron. Muchas veces, algunos seres divinos mataron, despedazaron y convirtieron en material de construcción del universo a gigantes —por ejemplo, Ymir entre los norte-germánicos—, primigenios bisexuales (*andróginos*). En las leyendas, los gigantes aparecen casi siempre como figuras torpes, malignas, a quienes los héroes vencen con valor y astucia (por ejemplo, el cíclope Polifemo por Ulises), adquiriendo a menudo esta victoria mediante la astucia rasgos divertidos en la fluctuante tradición popular. En mascaradas costumbristas los gigantes (por ejemplo, «Sansón» en el Lungau de Salzburgo) suelen confrontarse con *enanos*. La teoría de Edgar Dacqué (1878-1945) afirma que las leyendas de gigantes y *dragones* se remontan a un lejano recuerdo de épocas prehumanas que deben de haber fijado en la masa hereditaria de antepasados humanos las impresio-

Gigantes: Wolfdietrich mata a un gigante. Heldenbuch (Libro de los héroes), 1480

Gigantes: huesos fósiles de mamut colgados como «huesos de gigante» en la Catedral de San Esteban de Viena, en 1443



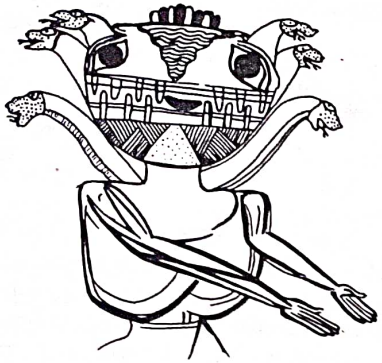
nes de grandes reptiles de épocas geológicas primitivas.

Gog y Magog, denominación simbólica de poderes *anticristianos* u hostiles a Dios en el Apocalipsis de Juan (20, 8). Después del reino milenario de paz en la Tierra, el diablo es liberado de su encarcelamiento, y reúne «las naciones en las cuatro esquinas de la tierra, Gog y Magog, para congregarlos para la lucha. Su número es como la arena del mar». Pero pronto cae *fuego* del cielo y los consume, y «el diablo, que los sedujo, fue arrojado al lago de fuego y azufre». Según el profeta Ezequiel (38-39) Gog era un príncipe de un país septentrional llamado Magog, que quizá se denominaba con el nombre de él (¿Gyges?) y de ello hizo dos naciones el autor del Apocalipsis. En la mitología islámica, un pueblo asiático pidió ayuda a *Alejandro* Magno contra las asechanzas de «Jadschudsch y Madschudsch», y el «Bicorne» levantó una muralla de hierro y de bronce que no podía atravesarse. «Entonces este pueblo se hizo creyente y alabó a Alá por su misericordia...» Leyendas posteriores refieren que noche tras noche los pueblos excluidos intentaban atravesar la muralla con sus *lenguas* ardientes y afiladas como cuchillos, pero siempre, cuando amanecía, tenían que huir, porque Alá hacía que la muralla volviera a ser fuerte como antes había sido. Pero al final de los días prometió Alá «que ellos, como jueces de ira, atravesarían el muro y destruirían a todos los sacrílegos e impíos, antes de que Alá como señal de su victoria los precipitase también en la Gehena (*infierno*)...». Detrás de los nombres Jadschudsch y Madschudsch, los exégetas han visto los demonios Gog y Magog conocidos de la mitología bíblica. «El profeta con razón no sólo los interpretó como nombres de personas individuales, sino como sinónimos de los poderes del caos» (Beltz, 1980).

Golem, figura simbólica mítica de un ser robótico que es materia animada artificialmente y que puede convertirse en una amenaza para su creador. En tanto que el «monstruo del doctor Frankenstein» había de realizarse con la unión de diversos elementos de cuerpos humanos, la figura legendaria judía del Golem es producto de un legendario acto de creación por medio de la palabra. La expresión misma significa algo así como «materia informe» o *Adán* antes de que le fuera insuflada el alma. Según la tradición cabalística, grandes maestros de la doctrina secreta dominaban el arte de infundir mediante el uso correcto de la palabra creadora una especie de vida falta de entendimiento en un ser humano formado del barro —véase *tierra*— (Rabbi Eleazar de Worms, pero sobre todo Rabbi Jehuda Löw ben Bezalel, que en Praga fue contemporáneo del emperador Rodolfo II). Dícese que un tal Rabbi Elijah de Chelm produjo un Golem que le servía, pero que fue haciéndose cada vez más grande y amenazador hasta el punto de que su creador llegó a sentir miedo. La palabra que tenía grabada en la frente «emeth» (verdad) le confirió la vida, hasta que el rabino borró de esa palabra el aleph y sólo quedó «meth» (muerte). El Golem se desintegró y se convirtió en un montón de barro, que, sin embargo, ahogó a su creador. Esto puede interpretarse como advertencia ante el uso irreflexivo de fuerzas mágicas que rebasan las intenciones del creador y se vuelven incontrolables. También puede ser acertada la interpretación de que en determinados ejercicios místicos el que medita puede sentirse a sí mismo como figura ajena que casi le sofoca (como se refiere acerca del cabalista Hai ben Scherira, hacia 1000 d.C.); asimismo es posible concebir la leyenda como una paráfrasis judía de leyendas cristianas, por ejemplo, la de san Alberto Magno (1193-1280), de quien se dice que construyó un sirviente artificial, a quien más tarde su discípulo santo Tomás de Aquino (1225-1274) destruyó.

Golondrina. En el simbolismo antiguo no se hace diferencia entre las distintas especies de golondrinas, sino que se las llama indistintamente (gr. chelidón y lat. hirundo). Según la leyenda, vuelan siempre puntualmente hacia el sur, donde pasan el invierno sin *plumas* (Aristóteles, Plinio). En antiguas canciones griegas se las celebra como mensajeras de la primavera y su canto se compara con el lenguaje de los bárbaros. Decíase que el quelidonio, *piedra* rojiza que se encuentra en el estómago de las jóvenes golondrinas, poseía virtudes mágicas. El hecho de anidar las golondrinas sobre las casas no siempre se juzgó positivamente, como en la actual creencia popular, sino que también podía tener un significado desfavorable. Plutarco (46-120 d.C.) menciona el mito egipcio de la transformación de la diosa Isis en una golondrina. El dicho de que «una golondrina no hace primavera» se encuentra ya en Aristóteles y en Aristófanes. Muchas veces se consideró la golondrina (como la *paloma*) atributo de la diosa del amor Afrodita. Decíase que el que tomaba la *ceniza* de una golondrina que hubiera estado empollando se convertía en irresistible para las mujeres, y que la *sangre*, e incluso los excrementos, de golondrina hacían crecer hermosos *cabellos*. En la Edad Media se consideraba la golondrina, al igual que la *grulla*, símbolo de la resurrección y de la primavera a causa de su retorno todos los años. La fábula de los animales refiere que las golondrinas dan la luz de los *ojos* a sus crías con el jugo de la celidonia mayor o hierba de las golondrinas estrujada, lo cual se interpretó como símbolo de los difuntos que abrirán los ojos en el Juicio final. En la China se consideraba la golondrina (yen), al igual que en Europa, símbolo de la primavera, y se decía que había invernado en el interior de una *concha* en el *mar*. El hecho de hacer el nido en la casa significa bendición de hijos, felicidad, éxito y vida conyugal dichosa. También se consideraba la golondrina símbolo de la relación entre un hermano mayor y otro menor. Los nidos de golondrinas indias construidos con algas marinas son todavía hoy apreciados como alimento que aumenta la potencia sexual. En los bestiarios medievales se contienen abundancia de valoraciones positivas de la golondrina en el simbolismo de los animales. Su grito semeja el del alma arrepentida que manifiesta su arrepentimiento y su disposición a la penitencia. «La golondrina no toma su alimento posada en algún sitio sino mientras está volando; así debe el hombre, muy alejado de lo terreno, buscar lo celestial... La golondrina vuela por encima de los mares, cuando el invierno y el frío amenazan; así debe el hombre huir de las amarguras y frío del mundo, y aguardar en el calor del amor que se aleje de su espíritu el frío de la tentación.» (Unterkircher.)

Golondrina: pintura al fresco en la isla de Thera-Santorín, hacia 1600 a.C.

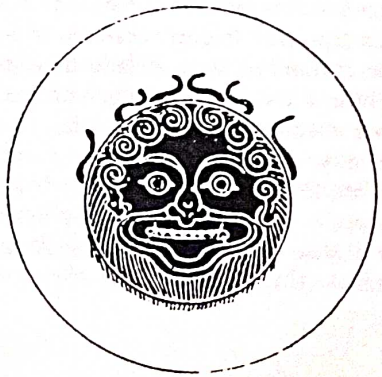


Gorgonas: Medusa en un ánfora paleoática, Eleusis, siglo VII a.C.

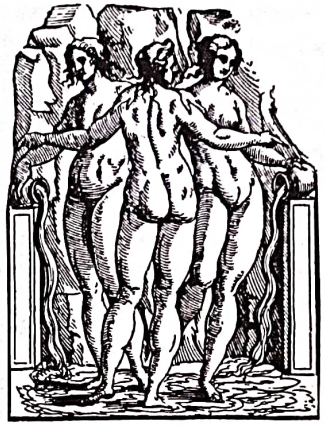
Gorgonas: cabeza de Medusa etrusca, terracota-antefix de Veji, hacia 580 a.C.

Gorgonas (gr. gorgo, las terribles), figuras espantosas de los mitos antiguos. Personifican los peligros del oeste en gran parte desconocido para los habitantes del ámbito oriental del Mediterráneo. Se llamaban Stheno, Euryale y Medusa y se las describe con alas, con *serpientes* por cabellos como las *erinias* y con colmillos que sobresalen de sus bocas. Solamente Medusa es mortal. Su vista es tan espantosa que todo aquel que la mira queda convertido en *piedra*. El héroe Perseo consigue decapitarla utilizando su escudo como *espejo* y evitando mirarla directamente (véase *Atlas*). Más tarde, la «cabeza de Medusa» adornará el broquel de la diosa Atenea como terrible símbolo de intimidación. También grotescas hermanas de las gorgonas forman una *triplicidad*: las graias (gr. graiai, las grises), en forma de ancianas de «bellas mejillas», que juntas sólo tenían un *ojo* y un *diente*: Enyo, Pemphredo y Deino. Perseo pudo forzarlas a que le ayudasen en la lucha contra la Medusa, robándoles ambas cosas y devolviéndoselas después de que accedieran a prestarle su ayuda.

Gorgonas: cabeza de Medusa como pintura de broquel. Imagen de cerámica, hacia 570 a.C.



Gracias (lat. gratiae, gr. charites), figuras simbólicas de la gracia y belleza juveniles de la mujer, que se presentan en triple figura como varias otras simbólico-místicas figuras de mujer (*triformidad*). Pertenecían ciertamente al círculo de los inmortales, pero no tenían rango divino. Generalmente se las asigna al cortejo de Afrodita (*Venus*) o de Apolo; sus nombres se reproducen diversamente; por ejemplo (del gr. «chairein», alegrarse), Aglaia (esplendor), Euphrosyne (alegría) y Talía (la floreciente). Su misión era la de inspirar encanto amoroso en las muchachas y alegría (alegría festiva) en las personas en general. Casi siempre se las considera hijas de Zeus y de Eurynome, una hija de Poseidón. También

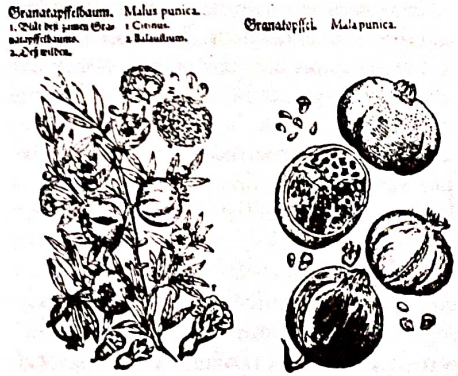


Gracias en la Mitología de V. Cartari, 1647

se las representa a menudo en compañía de las *musas* y en relación con las *horas*.

Granada (gr. rhoa, lat. punica). Cultivado ya desde muy antiguamente en el ámbito del Mediterráneo y del Próximo Oriente, los fenicios fueron los que probablemente propagaron y aclimataron el granado en regiones más cálidas como árbol frutal pero también como fuente de medios curativos. Sus numerosas semillas incrustadas en la jugosa pulpa de su fruto se consideraban representantes de la fertilidad y el fruto entero, símbolo de diosas como la fenicia Astarté (Ashtoreth), de las diosas de los misterios Deméter y Perséfone (lat. Ceres y Proserpina), de Afrodita (*Venus*) y de Atenea. Perséfone, según el mito religioso de Eleusis, y a pesar de haber sido raptada y llevada al mundo subterráneo, no habría tenido que permanecer en el hades si allí no hubiese comido un grano de granada. Por ello no pudo permanecer para siempre junto a los otros dioses, sino que debía regresar siempre al hades durante una tercera parte de cada año. Dícese que la madre de Atis, el amado de la «gran *madre* Cibeles, quedó embarazada mediante el contacto de un granado. También se plantaban granados en las sepulturas de héroes (¿para asegurarles abundante descendencia?). Se imaginaba que estos *árboles* estaban habitados por unas ninfas especiales llamadas rhoiai. En Roma, la granada en la mano de Juno era un símbolo del matrimonio. El árbol, a causa de sus flores olorosas, de color rojo como fuego, se convirtió también en símbolo de amor y matrimonio, seguido de fecundidad. Las novias llevaban *coronas* hechas de tales ramas. En la época cristiana, el simbolismo fue espiritualizado y enriquecido con referencia a abundantes bendiciones divinas y al amor celestial. El zumo rojo de la granada se convirtió en símbolo de la *sangre* de los mártires, las semillas rodeadas de una cáscara única se consideraban un símbolo de las personas reunidas en una comunidad eclesial. Dado que la cáscara es dura, pero el zumo en su interior es dulce, la granada debía simbolizar también a los sacerdotes severos exteriormente, pero interiormente bondadosos. En el simbolismo del Barroco, la imagen de la granada reventada, con la abundancia de sus granos, se transformó en imagen de la caridad, del abundante obsequio de dones del amor misericordioso

Granada: Joachim Camerarius el Joven. Hortus medicus, 1588

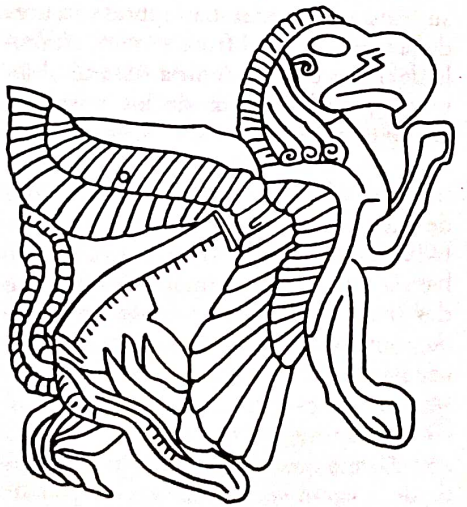


(cáritas, orden de los Hermanos Misericordiosos). En heráldica, la granada adorna los escudos de Granada y de Colombia (en otro tiempo «Nueva Granada»).

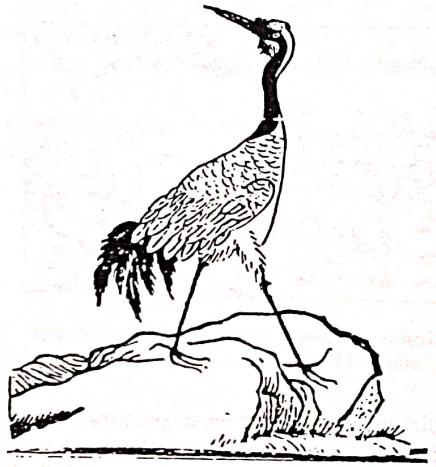
Grial, en la formación de leyendas medievales y especulación mística, famoso objeto simbólico, sagrado recipiente de la redención y santificación. Según el evangelio apócrifo de Nicodemo, se trata de un vaso que Cristo utilizó en la Santa Cena y en el que poco tiempo después se recogió su *sangre*. Su nombre procede del griego kratér (lat. cratale), más tarde denominación general de una copa. Según la leyenda, el Grial se guarda en un *monte*-fortaleza de la Redención, y llenado por *ángeles* con una hostia consagrada que proporciona energías milagrosas. Otras leyendas hacen del Grial una *piedra* que se rompió de la *corona* de Lucifer en su caída del cielo, una joya celestial que también se considera como último residuo de lo que un día fuera el paraíso. La búsqueda del Grial es con ello, al mismo tiempo, el símbolo de la búsqueda de los bienes celestiales. Con respecto a imágenes cósmicas orientales, el Grial se compara con el vaso que contiene el elixir de vida —llamado soma— de los textos védicos y con ello también un recipiente mágico de las fuerzas de la vida terrena y también espiritual. Con ello se compara también el cáliz o caldero de rituales mágicos. La busca fanática de reliquias por parte de los cruzados pudo haber contribuido en otro tiempo a la formación de la leyenda alrededor del Grial, que fue recogida y elaborada por varios autores (Wolfram von Eschenbach, Chrétien de Troyes, Robert de Boron, entre otros) y que culmina en las leyendas sobre Parsifal y Galahad. Como símbolo de la psicología profunda, el Grial es un elemento de lo femenino, de lo receptivo, pero también de lo dador, una especie de matriz espiritual para todos aquellos que se entregan al misterio.

Grifo, animal fabuloso de significado simbólico como soberano de dos ámbitos de la vida, la *tierra* (por su cuerpo de *león*) y el aire (por su cabeza y alas de *águila*). Pueden encontrarse elementos tipológicos en el antiguo Oriente, por ejemplo, en la criatura mixta asiria llamada k'rub, de la que se deriva la palabra hebrea querubín (clase de *ángel*). La frecuente representación de seres parecidos a grifos en el arte persa los convirtió para los judíos en animales simbólicos de la antigua Persia. En Grecia simbolizaba el grifo la fuerza vigilante, fue designado como cabalgadura de Apolo y guardaba el *oro* de los hiperbóreos del lejano norte. También era personificación de Némesis, diosa de la venganza, y hacía girar su *rueda* del destino. En la leyenda, el grifo simboliza la soberbia, porque se dice que *Alejandro Magno* intentó avanzar hasta los límites del

Grifo en estilización antigua oriental. Relieve en el palacio del rey Kapara Guzana, hacia 870 a.C.



Grifo, símbolo del afán de lucha. J. Boschius, 1702



Grulla, grabado chino en madera, siglo XVII

cielo montado en unos grifos voladores. Al principio también se le representó como Satán capturador de almas, pero más adelante —según Dante—, el grifo se convirtió en símbolo de las dos naturalezas (la divina y la humana) de Jesucristo, a causa de su dominio de la tierra y del aire. También el simbolismo solar de los dos animales reforzó este sentido simbólico positivo. Por ello se convirtió también el grifo en luchador contra *serpientes* y *basiliscos*, que se consideraban encarnaciones de genios diabólicos. Incluso la Ascensión de Cristo al cielo se relacionó simbólicamente con el grifo. En las artes útiles (en tejidos, en trabajos de orfebrería, etc.) los grifos se representaron con la misma frecuencia que en *heráldica*. En ella interpreta Böckler (1688) el grifo del modo siguiente: «Los grifos se representan con un cuerpo de león, cabeza de águila, largas orejas y garras de águila, para significar que se debe reunir inteligencia y fortaleza».

Grulla, en la obra de Schiller, «Kranichen des Ibykus», un instrumento de la voluntad divina; en la Antigüedad, se la admiraba a causa de su infatigable capacidad de vuelo y un *ala* de grulla se consideraba amuleto contra el cansancio; asimismo llamaba la atención su emigración en vuelo de formación desde Tracia hacia Egipto, donde se la veneraba. No era raro que se representaran combates de pigmeos contra grullas. Por razones no explicadas, se consideraba a la grulla el ave sagrada de Deméter, diosa de la siembra. Su vuelo migratorio, en el transcurso del cual anunciaba la primavera, la convirtió en símbolo de la renovación (en la época cristiana, en símbolo del Resucitado), y su llamativa manera de andar durante el celo convirtióse en modelo de la danza de la grulla (geranikos) y en compendio de la alegría de vivir y del amor. Al igual que el *ibis*, la grulla también fue apreciada porque exterminaba *serpientes*. El simbolismo de la antigua China interpretaba a Ho, la grulla, como una de las imágenes que significaban larga vida (por ejemplo, de pie sobre una *piedra* o un *pino*), y la relación entre *padre* e hijo (la cría de la grulla responde al grito de sus progenitores). También era símbolo de la sabiduría, probablemente a causa del efecto «contem-

Grullas combatidas por pigmeos. Olaus Magnus, Historia, 1545

plativo» del animal en su postura de reposo. La grulla, al elevarse hacia el *sol*, expresa el deseo de ascenso social. La muerte de sacerdotes taoístas se describe con las palabras yü-hua, que significan que se han transformado en un ser con plumas (grulla). Véase *ave*. En el Japón, la grulla (tsuru) se consideraba apreciado animal simbólico de la excelsitud del archipiélago, mientras que en algunas leyendas indias aparece a menudo como personificación de la falsedad y el engaño. El libro barroco de emblemas

Grulla como símbolo de la vigilancia. W. H. Barón de Hohberg, 1647

de Hohberg hace de la grulla un símbolo de vigilancia: «La grulla, durante la noche, mantiene cuidadosamente una piedrecita entre las garras para no dormir sin estar alerta. / Así pues, cuando confiamos demasiado y fácilmente en el mundo, / la Cruz vuelve a advertirnos del deber correcto». En el caso de muchas representaciones antiguas no está claro si reproducen la grulla o la *garza*; de ésta se dice que sostiene una piedra *blanca* en el pico (símbolo de la discreción).

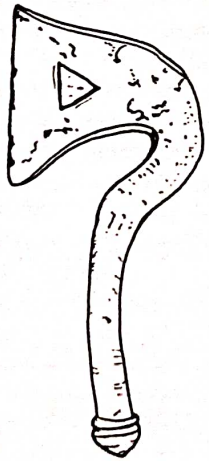
Guante. En simbología ocupa muchas veces el lugar mismo de la mano como órgano de la acción y de la ejecución, por ello es signo de autoridad y de protección; también hace referencia al derecho otorgado por el *rey* de celebrar mercados y acuñar moneda. Conocido es también el guante de desafío del *caballero*, que garantizaba que un desafío a luchar sería aceptado. En época más moderna, un golpe en la cara dado con el guante del caballero era el desafío al duelo. Por lo demás, los guantes son muchas veces símbolo de alta posición social y de manos limpias, así como de estar al margen de la situación cotidiana. También en el *simbolismo francmasónico* desempeñan los guantes un papel importante. Originariamente eran dones que el aprendiz debía entregar a su logia; más tarde los recibía él. Actualmente recibe él un par de guantes *blancos* como indicación de que sus manos deben permanecer siempre limpias, también otro par como saludo a la «hermana» excluida del *trabajo*; ocasionalmente se entregaban tres pares, uno para el trabajo de la logia, otro en recuerdo de la admisión y un par de guantes de mujer con el siguiente requerimiento: «¡No permita usted que tales guantes cubran brazos impuros o de *prostituta*!» (1760). Goethe envió a la señora Von Stein los guantes de mujer que le habían sido entregados. Se conocían costumbres análogas ya antes del año de la fundación formal de la francmasonería (1717) y están documentadas en el año 1686. Una frase usada hoy en la entrega de los guantes dice así: «¡Entregue usted estos guantes blancos a aquella por la que sienta la máxima consideración, a la que usted un día elegirá o ya ha elegido como su masona legal!».

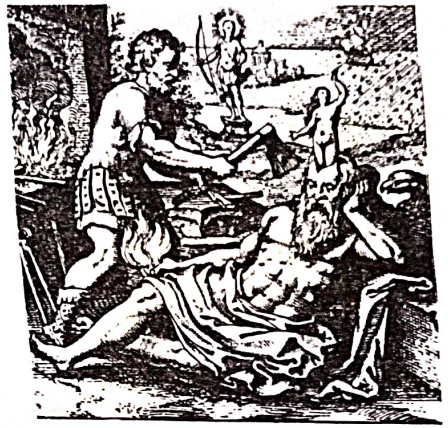
H

Haba, como planta de cultivo seguramente tan antigua como los cereales, con sus múltiples clases de cultivo, un importante recurso alimenticio en los países mediterráneos y en el neolítico incluso al norte de los Alpes. En Egipto, sobre todo los sacerdotes consideraban impuras a las habas, a causa de su acción flatulenta y supuestamente afrodisíaca, pero éstas desempeñaban un papel entre los griegos en los misterios de Dionisio y Apolo. *Pitágoras* prohibió su consumo porque decíase que albergaban las almas de difuntos. Para los sacerdotes romanos estaba prohibido mirar habas o incluso sólo mencionarlas, porque en sus flores se encontraban «letras de duelo». En la fiesta de las Parentalia (13 de febrero) podían los espíritus de los muertos visitar el mundo de los humanos y las *brujas* aprovechaban este tiempo de espectros para atar las «malas lenguas» empleando habas negras. Por lo demás, las habas, debido a su abundante producción de semilla, son un símbolo de fertilidad y riqueza, por ejemplo en las creencias populares japonesas. Se consideraba como símbolo de suerte una haba cocida dentro de un pastel para el que la encontraba: para el «*rey* del haba» (o bien se suponía que quien encontraba el haba se prometía en matrimonio).

Hacha, desde el neolítico, un instrumento importante y por consiguiente también muy simbólico de lucha y trabajo. Como arma del cielo y del trueno en su lucha contra los poderes hostiles, a menudo es difícil distinguirla del *martillo* (martillo de combate) en representaciones antiguas, por ejemplo, en imágenes rupestres. La observación de que los hachazos frecuentemente hacen saltar chispas condujo a la idea de que los dioses de la tempestad a menudo se relacionaban con el *rayo* y la destrucción de seres demoníacos (por ejemplo, *gigantes*). En África, un hacha suntuaria, carente de función a causa de su ornamentación, simboliza a menudo la dignidad del jefe y el poder ejecutivo en general. Dado que en muchas culturas de la edad de los metales se sacrificaban animales grandes con el hacha, ésta representó frecuentemente una señal simbólica de sacrificio *cruento* y también un símbolo de la justicia, como, por ejemplo, en los haces (*Fasces*)

Hacha: pequeña hacha votiva de bronce de 7,7 cm de altura, Martigny (Suiza), galo-románica

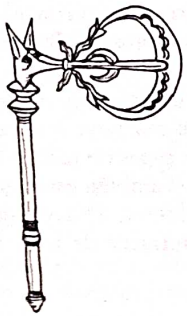




Hacha: Vulcano (Hefesto) hiende la cabeza de Júpiter (Zeus) al ayudarle en el parto de Minerva (Atenea). Emblema alquímico, M. Maier, Atalanta, 1618

de los lictores en la antigua Roma. En la época cristiana, el hacha se convirtió en símbolo o atributo del padre nutricio san José (el artesano) y de san Bonifacio, que con una hacha derribó en Geismar la encina consagrada a Donar, dios del *trueno*. El hacha colocada junto a las raíces de un árbol es símbolo del Juicio final. La costumbre antigua germánica de arrojar el hacha para fijar lugares de construcción o fronteras relaciona este instrumento, en Austria especialmente,

Hacha como atributo del apóstol Matías y de san Wolfgang. Leyenda de santos de W. Auer, 1890

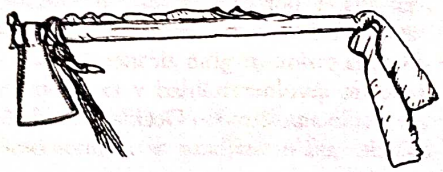


Hacha: hacha suntuaria como insignia en el culto. Dahomey, África occidental, s. XIX.

con leyendas acerca de san Wolfgang (Wolfgangihackl). Mártires como Bernabé, Mateo, Matías y Tomás Beckett, que fueron ejecutados con el hacha, suelen representarse con este instrumento. Una forma particular es la *doble hacha* (Labrys). La proverbial «*hacha de guerra*» de los indios norteamericanos era, en su origen, una cachiporra rompedora de cráneos y sólo después del contacto con los colonizadores europeos se le añadió un filo de hacha.

Hacha de guerra. En el uso corriente del lenguaje, «desenterrar el hacha de guerra» significa lo contrario de «fumar la pipa de la paz» (*Calumet*). El hacha de guerra es la clava rompedora de cráneos de las tribus de indios de Norteamérica oriental y central, llamada «tomahawk» en la literatura inglesa, un arma adornada con plumas y pintada, que también tenía significado simbólico ritual. Por las narraciones de J. F. Cooper, en Europa se conoció la

Hacha de guerra: hacha de combate de los indios de la región del Missouri, s. XIX

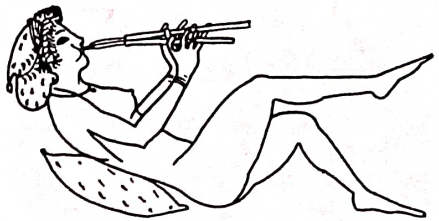


costumbre de enterrar el hacha de guerra en los tratados de paz («to bury the tomahawk»). En el siglo pasado, los blancos proporcionaron a los indios unas hachas de combate que estaban combinadas con pipas de tabaco y poseían hoja de *hierro*. También estas hachas, al igual que el calumet, se reprodujeron a menudo en retratos de jefes indios del siglo XIX.

Halcón: detalle de un relieve con el dios Horus de cabeza de halcón. Abidos, hacia 1290 a.C.

Halcón, *ave* de rapiña que desde el punto de vista de la simbología desempeña un papel análogo al del *águila* en las regiones montañosas. Todavía hoy (sobre todo en los países árabes) se emplea para la cetrería, pero sólo por razones deportivas desde que el rifle permite abatir caza menor desde una mayor distancia. En el antiguo Egipto, el halcón (sobre todo el halcón peregrino) se consideraba un símbolo regio, ya que a su vista «quedan los pájaros paralizados de la misma manera que los enemigos del faraón quedan paralizados en presencia de éste». En primer lugar, esta ave de rapiña era una imagen de Horus, el gran dios del cielo, probablemente a causa del alto vuelo del halcón. Horus fue representado como halcón o como figura humana con cabeza de halcón. En forma de halcón fue representado también el dios solar Ruê (con el disco del *sol* sobre la cabeza), y también Month con la doble corona de plumas, el dios de los muertos Sokar (como halcón momificado) y Hariêse con la corona del Alto y del Bajo Egipto. El sorprendente dibujo que forman las manchadas plumas debajo de los ojos del ave amplía ópticamente la expresión de su mirada, y por esto el «*ojo* de Udschat que todo lo ve» convirtióse en el símbolo de la visión de gran alcance y en símbolo de invulnerabilidad y también en apreciado amuleto. En Occidente, el halcón de caza es atributo de algunos santos (por ejemplo, san Huberto, patrono de los cazadores), y más raramente, como cazador de la *liebre* «siempre lasciva», es símbolo del vencimiento de la sensualidad. Entre los germanos del norte, Odín podía volar sobre la tierra en forma de halcón, pero también el astuto Loki se transformó repetidas veces en esta ave veloz. En los bestiarios medievales se atribuye al halcón un significado simbólico negativo. En suave vuelo, se dice en tales libros, revolotea alrededor de los mercados de carne, para robar los desperdicios, imagen del hombre que sólo se preocupa de su vientre. «Temeroso es el halcón ante aves mayores que él; en cambio, acecha a los indefensos polluelos para robarlos. Así también los afeminados se acercan a tiernas y jóvenes criaturas y las seducen para viciosas costumbres» (Unterkircher). En época más reciente, el «halcón» designa también el representante de una tendencia dura en la política (exterior) en oposición a la «*paloma*», convertida en el animal simbólico del movimiento en pro de la paz.

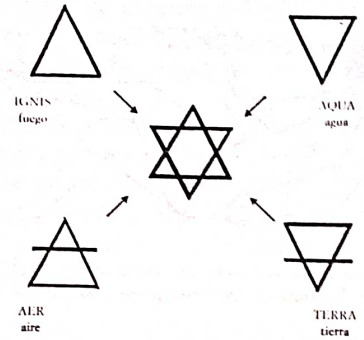
Heráldicos, símbolos. En algunas épocas de la historia, se sobreestimó con exceso la significación de los símbolos y se especuló con ellos más de la cuenta. (Véase *colores, simbolismo de los*.) En tanto que las «armas parlantes» a menudo ilustran también en forma de jeroglífico el nombre de sus portadores sin tener quizá en cuenta el origen del nombre, no puede tomarse en serio todo lo referente al segundo sentido de las figuras heráldicas como modernamente se hizo en forma especulativa. Esta especie de interpretación heráldica se practicó con agrado en el manierismo y en el Barroco. En la presente obra se han extraído frases características de este período de la obra «Ars heraldica» de Georg Andreas Böckler (1688), porque son importantes desde el punto de vista de la historia de las ideas y hasta ahora se les ha concedido poca atención. Es evidente que animales «regios» como *águila* y *león* se emplean a menudo como símbolos imperiales y también como expresión de arrogancia y altivez. En cambio, el hecho de que el *lince* en realidad «deba tener la interpretación de una astucia rápida y de una inteligencia que parece certera», o de que el *jabalí* contenga la interpretación de «un soldado valeroso y bien armado que con valentía resista caballerescamente al enemigo en la lucha» son más bien interpretaciones manieristas en vez de heráldicas en el sentido estricto. En el siglo pasado se discutieron ampliamente estas interpretaciones, mientras que la heráldica las rechaza como ciencia auxiliar histórica. (Véase *tótem*.)



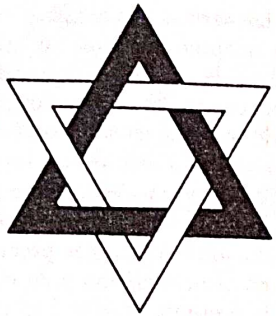
Hetaira como tañedora de flauta doble en el banquete. Pintura de un vaso griego, hacia 520 a.C.

Hetairas (gr. hetairai, compañeras; lat. amicae, amigas), todavía hoy en el uso del lenguaje denominación usual de «damas galantes», con sentido negativo en el simbolismo actual del concepto. En Grecia, las hetairas —a diferencia de las mujeres casadas de Atenas, que eran poco más que amas de casa procreadoras de hijos—, solían ser muy cultas, y el contacto con ellas se consideraba absolutamente social. Eran tan instruidas en filosofía, arte y literatura como en música y danza y se las puede comparar, por ejemplo, con las geishas japonesas. La denominación de «compañeras» designa una condición social que les era escatimada a las mujeres casadas. Célebres hetairas fueron, entre otras, Aspasia, la amiga y segunda esposa de Pericles; Friné, la querida de Praxíteles; o Thais, la hetaira de *Alejandro* Magno, así como posteriormente en Roma, Lesbia (Cátulo) y Cynthia (Propercio). No se las podía comparar con las prostitutas (pornai); a su muerte solían recibir dignos sepulcros e incluso honores divinos: así Belistiche, la hetaira de Ptolomeo II en Egipto. No obstante, posteriormente se combatió su condición social; la esposa del emperador bizantino Justiniano I, Teodora —ella misma una antigua hetaira—abominó de su antigua condición y mandó recluir a las representantes del oficio en un «convento de arrepentidas». En Esparta no había hetairas, porque allí la posición de la esposa era mucho más apreciada y libre. En el nuevo uso del lenguaje, «hetaira» es un eufemismo para prostituta de clase alta de la especie de la «dama de las camelias», sin que ésta pudiera alcanzar el nivel social de las antiguas «compañeras». (Véase *Flora, Ramera*.)

Hexagrama, *estrella* de *seis* puntas, construida a base de dos triángulos entrelaza-



Hexagrama: construcción a base de los símbolos alquímicos de los cuatro elementos



Hexagrama: estrella formada por dos triángulos entrelazados

dos; signo simbólico ampliamente difundido en las culturas del mundo antiguo. La interpretación tradicional ve en el hexagrama un triángulo de *agua* (femenino, con la punta hacia abajo) y un triángulo de *fuego* (masculino, con la punta señalando hacia arriba), que juntos representan un cerrado *sistema dual* en orden armónico. Dícese que con este signo el famoso rey *Salomón*, hijo del rey *David* y de Betsabé, hasta el momento de su muerte (hacia 930 a.C.) conjuró demonios y evocó *ángeles*, aunque según la mayor parte de las tradiciones, este poder lo daba el nombre de Dios, compuesto de cuatro letras, YHVH (Tetragrammaton). Según esto, la estrella de seis puntas se llama también sello de Salomón (Sigillum Salomonis) o Escudo de *David* (Scutum Davidis), mientras que hoy en día —en el escudo del Estado de Israel—, generalmente se alude a ella como estrella de Sión o de David. Puesto que la moderna especulación cosmológica fue más alla del dualismo *fuego/agua* y presupuso *cuatro «elementos»*, en lo sucesivo se pensó en el hexagrama como consistente en cuatro componentes, formado con un signo para «aire» (triángulo con la punta hacia arriba con una línea transversal) y un triángulo para «tierra» (con la punta hacia abajo y atravesado por una raya horizontal). En el mundo de los símbolos alquímicos, la mezcla de los cuatro elementos designa casi siempre la materia primaria en la que se hallan contenidos todos los componentes. En interpretación parecida, el hexagrama se emplea también en la *francmasonería* en *sellos* de las logias, y se le considera también símbolo de la totalidad, siendo, no obstante, la «estrella flamígera» (*Pentagramma*) el símbolo más difundido. Asimismo, la estrella de seis puntas aparece representada en dibujos incisos en la roca en el ámbito de los Alpes y también frecuentemente como poderoso símbolo mágico en libros de he-

Hexagrama: emblema francmasónico con el nombre de Dios en el centro. Hacia 1800

chicería y conjuros populares, sin que en principio tenga nada que ver con el judaísmo. Desde el punto de vista de la psicología profunda, el hexagrama, sobre todo inscrito en un *círculo*, debe considerarse una especie de mandala, como sencilla ayuda gráfica para la meditación de índole geométrica. El *mandala* «Shri-*Yantra*» indio puede considerarse como complicado refinamiento de esta estructura básica (construido a base de *nueve* triángulos que se interpenetran dentro de un enmarcamiento múltiple). Como hexagrama se designan también las 64 combinaciones de seis líneas cada una del trigrama formado por líneas enteras y quebradas en el *I-Ching* (I-Ging) de la antigua China.

Hiedra (botán. Hedera helix), una planta venenosa y medicinal con múltiples significados simbólicos. Como vegetal de hojas siempre *verdes*, suscitó la idea de inmortalidad, pero en otra relación se la consideró también como una planta demoníaca. Las varas llamadas *tirso*, del dios del éxtasis Dionisos, estaban rodeadas no sólo de hojas de *vid* sino también de zarcillos de hiedra. Su efecto se describía como refrescante y que inducía a profundos pensamientos, con lo cual debía compensarse el calor del *vino*. También Talía, la musa de la poesía alegre, se representaba con una *corona* de hiedra. Debido a la cualidad de apego y sujeción de los zarcillos, la hiedra fue también un símbolo del amor fiel y de la leal amistad. La energía vital de la planta la convirtió además en símbolo de secreta alegría de vivir y en adorno de *sátiros* y silenos, mientras que también en Egipto representaba un papel en el culto del resucitado Osiris. Las *coronas* de hiedra debían refrescar la frente de los que participaban en las bacanales. Puesto que los zarcillos de hiedra trepan por los árboles y continúan viviendo siempre verdes, los simbolistas cristianos de la Edad Media elevaron la hiedra a símbolo de la supervivencia del alma más allá de la muerte del cuerpo. Las piadosas palabras de Hohberg (1675) sobre el significado alegórico de esta planta dicen así: «La hiedra trepa hacia arriba en una encina y no puede arrancarla la fuerza impetuosa del viento. Cuando la asistencia de Dios se halla en una persona, pronto asciende hacia arriba; ninguna desgracia puede causarle daño».

Hiedra, «no trepa hacia arriba por sus propias fuerzas». W. H. Barón de Hohberg, 1675

Hielo. Por su naturaleza se relaciona con el frío y con el extremo norte, y con el país de los «*gigantes* de la escarcha» en la cosmología nórdica. Del hielo fundido se originó en esa cosmología la *vaca* primigenia Aud(h)um(b)la, que del hielo sacó lamiendo una criatura masculina de tiempos remotos llamada Buri. En las imágenes meridionales del mundo, el hielo naturalmente no representa ningún papel. En la Edad Media, se transportaba desde los Alpes hacia Italia y se recomendaba a las personas de «constitución cálida» para mitigar el calor interno. En la China, el hielo (ping) se relaciona con la piedad filial; según un relato edificante, el hijo de una madre enferma que deseaba una carpa fue

a sentarse sobre el hielo de un río helado hasta que éste se derritió y saltó de sus frías aguas el *pez* deseado. Lo que yace sobre el hielo se considera masculino (yang), el agua que está debajo, como femenina (*yin*). «Hielo saltado» es la metáfora para las alegrías conyugales en la vejez. En nuestras latitudes se conocen análogas formaciones de palabras, por ejemplo, «entre las dos partes se ha roto el hielo» . El «*corazón* de hielo» pertenece a personas que carecen de compasión y de misericordia.

Hiena, animal despreciado por antropomorfismo con valor simbólico negativo. Su nombre (en griego hyaina, de hys, *cerdo*) lo caracteriza como impuro comedor de carroña, a menudo considerado bastardo de *perro* y *lobo* o dispuesto a cruzarse con el lobo (Aristóteles). En las «Metamorfosis» de Ovidio se dice que la hiena puede cambiar de sexo y también en el «Physiologus» paleocristiano se lee: «Ora es masculino, ora femenino, y es un animal completamente impuro, porque altera su naturaleza. Por esto dice también Jeremías (12, 9): No se me ha dado en herencia la cueva de la hiena. No seas tú tampoco igual que la hiena amando ora la naturaleza masculina, ora la femenina» (una advertencia a las tendencias homosexuales). Esta fábula animal se transmitió, aunque Aristóteles la había reconocido ya como falsa. En Plinio se dice que la hiena puede imitar la voz humana y gritar nombres, así como también hipnotizar a otros animales mediante el contacto de su pata e incluso con su *sombra*. En la creencia popular se la tenía por una criatura llena de magia; se dice en antiguas fuentes que su piel podía expulsar granizo, su vértebra cervical superior obraba reconciliación, y la *piedra preciosa* obtenida de sus relucientes *ojos*, llamada «hyaenia» (ojo de tigre), confería sueños proféticos. Sin embargo, si una persona soñaba con la hiena, esto debía anunciar el nacimiento de engendros sexualmente anormales. En el arte cristiano existe la leyenda del santo eremita Macario, que cura el cachorro *ciego* que le trajo una hiena, símbolo de la «apertura de ojos» incluso en disposiciones negativas. Por lo demás, este animal es en la iconografía símbolo de la avaricia. En imágenes del «animal de *siete* cabezas» del Apocalipsis de Juan, que representa los siete pecados o *vicios* capitales, una de las cabezas del animal es la de la hiena.

Hiena según E. Topsell, The History of Four-footed Beasts, 1658

Hierro. En la historia cultural de la humanidad, el hierro es un metal de uso todavía joven; en los mitos de las diferentes edades del mundo representa el último grado de un desarrollo que debió empezar en otro tiempo como la *edad dorada*. Se le relaciona con el dios de la guerra *Marte* (griego Ares), y la herrumbre rojiza recuerda el color de la *sangre*. En la Antigüedad, se le consideraba como un metal temido por los demonios y los malos espíritus, por lo cual con frecuencia se llevaron *anillos* y amuletos de hierro. Todavía en el siglo VII d.C. la Iglesia tuvo que prohibir que se llevasen anillos o brazaletes de hierro por motivos supersticiosos. La creencia en la eficacia de la herradura debe atribuirse a la acción ahuyentadora de males de este metal, a su forma parecida a la media *luna* y al contacto con el animal simbólico que es el *caballo*. Desde la Antigüedad se trazan en el suelo con una punta de hierro *círculos* mágicos para protección contra los demonios. Muchas hierbas medicinales no podían extraerse del suelo con utensilios excavadores de hierro para que conservaran sus virtudes curativas. Una referencia a las propiedades sobrenaturales del hierro la veían los pueblos antiguos en su susceptibilidad de ser imantado. De la piedra magnética (siderita) se suponía que podía también curar enfermedades y provocar «simpatía», y también unir a los cónyuges. También se consideraba «contagiosa» en el sentido mágico-simbólico la herrumbre, que se decía que envenenaba las plantas. En la antigua China, el hierro era símbolo de fortaleza y justicia, y de él se suponía que mantenía alejados a los hostiles *dragones* acuáticos. Por ello se enterraban figuras de hierro en las orillas de los *ríos* y en los diques.

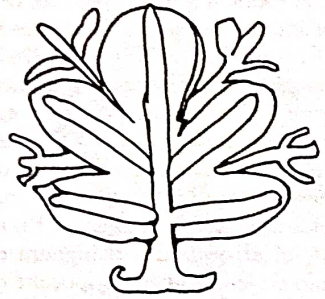
Higa, gesto de hacer la. Gesto destinado a rechazar el *mal de ojo* y a proteger en general contra seres y poderes hostiles. Este gesto se efectúa con el puño cerrado haciendo sobresalir el pulgar entre los dedos índice y medio, lo cual se interpreta como «gesto obsceno» y símbolo del acto sexual (véase *lingam, yoni*). La creencia en el efecto repelente puede tener que ver con la reflexión de que los demonios, como seres espirituales son asexuados y por lo tanto sienten aversión hacia alusiones sexuales de toda índole (esto podría explicar también la socialización de imágenes de genitales, *pentagramas* y símbolos cristianos en figuras incisas en rocas alpinas). La «higa», un amuleto hecho de trozos de *coral* rojo,

Higa: colgante-amuleto de cristal de roca engastado en oro. Alemán meridional, hacia 1680

es todavía hoy un apreciado amuleto en muchas regiones, que se lleva en cadenas de reloj, collares, etc. En cuadros medievales de la Pasión de Cristo se representa la escena de unos observadores envidiosos del viacrucis del Redentor que se mofan de él haciéndole el gesto de la higa.

Higo, fruto de un *árbol* mediterráneo. Se le presenta a menudo en escenas del Paraíso; a nuestros primeros padres *Adán y Eva* se les asignó una vestidura mínima hecha de hojas de higuera. En la Antigüedad suelen mencionarse los higos y las uvas como atributos del dios de la embriaguez Dionisios, así como del dios fálico Príapo, lo cual expresa una asociación erótica. En la explicación medieval de las palabras, la palabra «peccare» (pecar) se

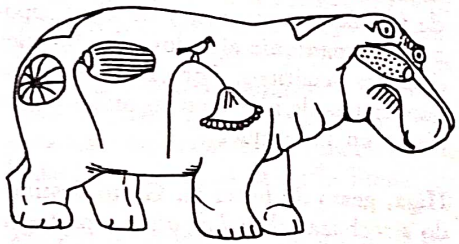
Higo: motivo de hojas de higuera en una moneda griega antigua (estatera) de Kamiros, hacia 550 a.C.



Higo: Grabado en cobre del libro de emblemas de W. H. Barón de Hohberg, 1675

relacionó con la palabra hebrea pag (higo) (véase *Higa, gesto de la*). Según la tradición gnóstica e islámica, los dos árboles tabúes del jardín del paraíso son el *olivo* y la higuera. En el simbolismo cristiano suele representarse la «higuera seca», que simboliza la sinagoga (el judaísmo) que no reconoció al Mesías Jesucristo, o la doctrina errónea. En cambio, la higuera que da fruto es en la Biblia, por ejemplo en los profetas, junto con el olivo y la *vid*, un elemento de la vida libre de preocupaciones en el reino del Mesías (*paraíso*). El poeta barroco Hohberg (1675) escribió piadosos versos simbólicos al respecto: «La dulce higuera de agradable fruto alegra/; por ello suelen buscarla los niños./ Así, también Dios quiere atraernos para que en nuestro corazón cojamos el fruto de la gracia». En el budismo, el árbol bodhi o higuera es un símbolo de la iluminación, porque debajo de él, en el 528 a.C., Siddharta Gautama (Buda) llegó al supremo reconocimiento de la naturaleza y a la liberación de los males terrenales.

Hipopótamo, el enorme y pesado herbívoro de las tierras pantanosas debe de ser seguramente idéntico al monstruo primigenio Behemoth (Job 40, 15), que también se espera como monstruo enemigo en el tiempo del fin, como satánica figura animal. En el antiguo Egipto se le solía dar caza (con arpón) como devastador de los campos y fue atribuido al séquito del adversario Seth, el asesino de Osiris. Sin embargo, el voluminoso vientre del hipopótamo recordaba también el vientre de las mujeres embarazadas y por ello este animal se convirtió también en un símbolo positivo e incluso en una figura divina. Con el nombre



Hipopótamo: figurita de hipopótamo de loza azul, decorada con plantas acuáticas. Egipto, hacia 1500 a.C.

de Ta-uret (griego Thoëris), «la Grande», se representaba un hipopótamo erguido, con pechos femeninos y apoyado en el «lazo Sa» (amuleto y símbolo de protección). Bajo esta forma se colocaban en las camas figuras de la diosa-hipopótamo para bendecir a las mujeres que estaban de parto y se dejaba a su discreción especialmente el nacimiento de futuros sucesores al *trono*. En la iconografía cristiana, no es raro que aparezca el hipopótamo en representaciones de la creación del mundo animal.

Hoja de trébol, en inglés shamrock, el símbolo de la conciencia nacional irlandesa-celta, ya venerada como planta simbólica sagrada entre los druidas de la época precristiana e interpretada posteriormente como símbolo de la *trinidad*. Por ello se convirtió en atributo de san Patricio, quien con una vara en forma de hoja de trébol mata una *serpiente*. El trébol de *cuatro* hojas es hoy un signo de buena suerte, lo cual se atribuye superficialmente a su rareza (para encontrar un trébol de cuatro hojas hay que tener suerte, y de ahí que el trébol mismo traiga felicidad). El símbolo originario se remonta probablemente al vigoroso crecimiento de la planta, que la convirtió en esencia de plenitud de fuerza vital. El «trébol *verde*» desempeña un gran papel en la lírica amorosa medieval como lugar del encuentro amoroso. Como el trébol en otro tiempo se empleaba para plantarlo en las tumbas, probablemente con referencia a la nueva vida después de la resurrección, pudo también convertirse en el símbolo de la despedida, a menudo en relación con *rosas* (símbolo del amor) y violetas (flores con el color penitencial *violeta*).

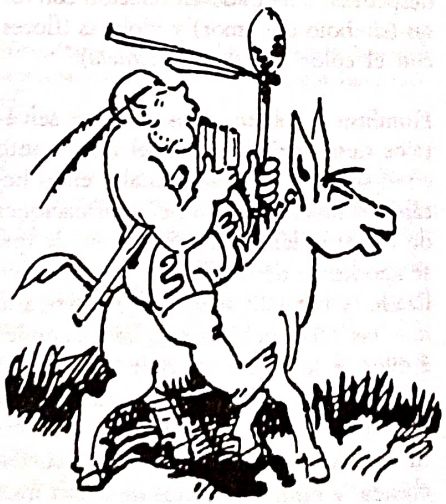
Hombres selváticos. Los hombres selváticos desempeñan un papel importante en el simbolismo tradicional y en la heráldica. Se consideran personificaciones de la naturaleza indómita antes de que se apoderase de la tierra el hombre civilizado, y por ello se les puede comparar muchas veces con los *gigantes*. También a ellos se les suele atribuir estatura sobrehumana. Modelos clásicos de los hombres selváticos son los *sátiros*, silenos y faunos de las leyendas de la Antigüedad clásica, y también el dios de la naturaleza *Pan*. En la Biblia, los sa'irim, los «peludos», son designados como *diablos* de los campos. Parecidas figuras semianimales de apariencia humana aparecen también en las leyendas de los indios, así como en el folclore de pueblos centroasiáticos. Últimamente se ha discutido a menudo la cuestión de si se trata de meras proyecciones de contenidos de ideas inconscientes (personificaciones de la vida instintiva no domeñada) que a su modo simbolizan el «anhelo de dar vida libremente a los deseos» o si se refleja una especie de tradición primitiva que retiene reminiscencias de formas de vida prehistóricas. Además se expresó la hipótesis de que en regiones apartadas podrían existir aún formas prehumanas y protohumanas no extinguidas, por ejemplo, descendientes del Homo erectus o del de Neandertal que podrían haber dado lugar a los rumores surgidos una y otra vez acerca del yeti, dremo, mihgö, almas o almasti (Asia) y sasquatch y bigfoot (Norteamérica). También en la América Central se conoce un hombre de los bosques, el Yum K'ax de la mitología de

Hombres selváticos: Sileno-caballo en actitud de danza. Pintura griega en vasos, hacia 450 a.C.

Hombres selváticos: Hombre selvático y su niño. Grabado en madera de H. Schäuffelen, hacia 1520

los lacandones. Huellas de pies que aparecen ocasionalmente parecen dar visos de realidad a unas figuras que por lo demás son evidentemente inasequibles. Hipótesis procedentes del lado esotérico atribuyen a estos seres de la naturaleza una existencia entre la iconología ocultista y la «dura realidad», mientras que algunos investigadores de las religiones son de la opinión de que se trata de ideas muy vívidas aún no desaparecidas de la memoria de la humanidad acerca de espíritus de los bosques, protectores de la naturaleza que, en presencia de apropiadas situaciones internas de «disparo» como estrés, emoción, soledad en regiones boscosas, etc., pueden conducir a experiencias visionarias o de alucinación en las que se aparecen hombres selváticos peludos, de aspecto de *mono*. Véase *caballo, macho cabrío*. En el arte heráldico se representó el «hombre selvático» sobre todo como escudero, por ejemplo en el escudo prusiano. También fue reproducido en monedas de los duques de Braunschweig-Lüneburg. En la colección medieval de novelas «Gesta Romanorum» (hacia 1300), las gentes selváticas en sus monstruosas configuraciones, llamadas también «monstra et portenta», se conciben simbólicamente y estilizadas en prototipos del ser humano, que en su forma completa con excesiva frecuencia se vuelve arrogante y presuntuoso. Los hombres de cabeza de *perro* o cinocéfalos, por ejemplo, que «hablan con ladridos y van vestidos con pieles de animales», se consideran símbolos de aquellos penitentes que «deben ir vestidos con pieles de animales, es decir, hacer rigurosa penitencia, para dar a otros un buen ejemplo». En cambio, constituyen ejemplos negativos «gente con *cuernos*, narices chatas y patas de macho cabrío. Éstos son los soberbios que por doquier ostentan los cuernos de la soberbia, para su salud personal tienen un pequeño olfato de la sensatez y en la carrera hacia la opulencia tienen las patas de un macho cabrío. Porque la *cabra* es muy veloz en el correr y hábil en el trepar: ¡Aplica esto a los soberbios!». En cambio, en la lejana India deben interpretarse modélicamente las «mujeres con *barbas* que

Hombres selváticos: Sileno (Wilhelm Busch)



Hombres selváticos; sátiro civilizado, según Aubrey Beardsley (1872-1898)

les llegan hasta el pecho, pero su cabeza está completamente calva. Éstas son las personas justas que observan el camino justo de las enseñanzas de la Iglesia y no se dejan apartar del mismo ni por amor ni por odio» (probablemente porque por su naturaleza rara no caen en la tentación de entregarse a placeres carnales, según se refiere de los legendarios san Kummernus, también Wilgefortis o Liborada). El carácter equívoco de las gentes selváticas con respecto a su efecto de prototipo moral condujo también a que se alejaran grandemente del prototipo de los lascivos seres de la naturaleza, sátiro, fauno, Pan, sileno, etc. o de los trolls de las leyendas escandinavas y, al contrario, pudieran convertirse en símbolos de la vida no cultivada, lejos de aquella lujuria que fue la perdición de *Sodoma*.

En el aspecto psicológico profundo hay que relegar tales seres a la espesura del «*bosque*», a la parte «no rotura» de la personalidad. E. Aeppli observa además que el simbolismo de los sueños designa este ámbito elemental como predominantemente peligroso, «puesto que no debemos ser personas selváticas ni volvernos tales, tampoco hemos de volvernos enanos y gnomos. Incluso el más piadoso ermitaño no abandona nunca su verde barranco y mísera choza y no es visitado en su soledad, pierde su naturaleza humana, se vuelve árbol y viejo animal, se convierte incluso en bosque y con ello sólo naturaleza». La «tierra inculta» (yeh), en la tradición china tiene un significado básico correspondiente, el mundo exterior es la región inculta, y la «persona selvática» (yeh-jen) es el bárbaro del que se pensó que vivía en los —en otros tiempos— muy vastos bosques. A los *bandidos* se les denomina «gente de los verdes bosques».

Homero (Homeros), en la Antigüedad la figura simbólica ideal del poeta épico con visión divina, *ciego* (como el vidente Tiresias) para el banal mundo cotidiano e inspirado por las musas. Ya en temprana época se formuló la pregunta acerca de su identidad histórica y del lugar de su nacimiento (¿Esmirna en Asia Menor?, ¿isla de Quíos?). El tiempo en que vivió se sitúa en el siglo VIII a.C., pero sobre su vida nada se sabe. Probablemente son de un solo autor los dos poemas épicos en hexámetros —«Ilíada» (la lucha por la ciudad de Troya) y «Odisea»— o grandes partes de ellos, mientras que los «Himnos Homéricos» y la «Guerra de Ranas y Ratones» (Batracomiomaquia) seguramente sólo son obras atribuidas al gran poeta. La división en 24 cantos de cada uno de los poemas épicos permitiría deducir un simbolismo del doce (véase *números*), pero probablemente tal división no se introdujo hasta época helenística en Alejandría; no obstante, durante doce días ejerce Aquiles su venganza sobre Héctor, Odiseo (Ulises) pasa por doce aventuras y dispara su *flecha* a través de doce agujeros de un hacha. Muchos rasgos simbólicos de

tradición antigua se contienen en las epopeyas; así, por ejemplo, el motivo de la doble *fuente* del *río* Escamandro («Una fuente fluye constantemente con agua caliente./ Asciende humeante vapor como el humo del fuego que arde./ Pero la otra fluye en verano también fría como el granizo / O como la nieve de invierno y los helados témpanos del hielo» (Ilíada 22, 147) o el motivo de Zeus pesando el destino (*balanza*): «Ahora el Padre extendió en alto la dorada balanza, / puso en los platillos dos oscuros destinos de muerte» (Ilíada 22, 208). En la Edad Media, Virgilio, que con su «Eneida» intentaba continuar la fama de Homero, fue durante algún tiempo más apreciado que su modelo, pero a partir de Goethe y Schiller, Homero volvió a ser reconocido como la figura simbólica inalcanzada del poeta épico.

Hongos. Los hongos son muchas veces símbolos de la buena suerte, sobre todo, y de modo sorprendente, las venenosas oronjas falsas (amanita muscaria), que entre los pueblos siberianos se emplearon a menudo como drogas alucinógenas. En la Europa central casi no es posible suponer una relación con ello, sino que más bien hay que pensar en la sorprendente forma del sombrerete rojo de la seta, con puntitos blancos, que presenta un aspecto «alegre». Algunos hongos (colmenillas), por su forma fálica, pueden haberse relacionado con la idea de potencia y fecundidad en el sentido de la antigua «teoría de las signaturas»; a unos hongos que proliferan rápidamente formando un *círculo* («Schwammerl» en el ámbito bávaro-austríaco) se les denominó «anillos de *bruja*» evidentemente en el sentido de que se pensaba que se trataba de vestigios vegetales de danzas nocturnas en corro efectuadas por brujas o elfos. En la antigua China el hongo, ku o chih, era

Hongos: «Originados en sólo una noche». J. Boschius, 1702

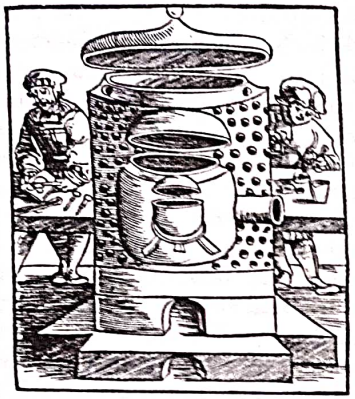
un símbolo de larga vida y se le llamaba también hongo maravilloso, hongo de los dioses o plata de la inmortalidad. Se dice que en las «*Islas de los Bienaventurados*» de la China hay un «palacio» de *oro* y *plata* rodeado de hongos. En el antiguo México, el hongo alucinógeno psilocybe (teonanácatl) aparece ocasionalmente representado en manuscritos ilustrados como atributo de los dioses y seguramente se empleaba en actividades religiosas en busca de experiencias visionarias.

Horas, en griego, horai, figuras mitológicas, personificaciones de las tres estaciones en que se dividía el año (Perséfone, en lat. Proserpina, tenía que permanecer en el Hades —véase *Granada*—durante un tercio del año). Sus nombres eran Thallo (el florecimiento), Auxo (el crecimiento) y Karpo (el fruto). Se las tenía por hijas de Zeus y de Themis (diosa del orden humano) y se las consideraba no sólo personificaciones de secciones del tiempo (Hora), sino que también, por asociación de ideas con el «orden cronológico y legal», se las relacionaba con las abstracciones Eirene (Paz), Dike (Derecho) y Eunomía (Legalidad). Al igual que las tres *Gracias*, se las puso a menudo en el cortejo de Afrodita (*Venus*), pero también en el de Hera (Juno). Véase *Triformidad*.

Hormiga, insecto que, a pesar de su pequeño tamaño, no carece de importancia desde el punto de vista de la simbología. El «Physiologus» paleocristiano alude a la sentencia de Salomón «¡vete a ver la hormiga, perezoso!» (6, 6) y convierte a la hormiga, al igual que la *abeja*, en símbolo de diligencia. También menciona el hecho de que las hormigas portadoras de grano no se encuentran con congéneres suyas que, con antenas vacías, anden mendigándoles comida, sino que éstas mismas van a recoger grano, lo cual indica su inteligencia. Esta inteligencia se manifiesta también en el hecho de que mordisquean la semilla almacenada en su nido para evitar que germine y que el almacenamiento de grano anuncia las húmedas tormentas del invierno (símbolo de inteligente previsión). Esta capacidad de diferenciar las cosas se le exhibe al hombre de la época cristiana como un ejemplo; los cristianos deben distinguir entre las palabras del Antiguo Testamento y el espíritu, para que la letra no mate el espíritu. De lo contrario, les sucederá como a los judíos, que no reconocieron al Redentor y por esto tuvieron que pasar hambre espiritual. Finalmente, se dice también de la hormiga que reconoce por el olor la cebada y el centeno, pero recoge el trigo auténtico y no el forraje para el ganado. «Huye, por lo tanto, también tú, hombre, del alimento de los animales y toma el trigo, que es puesto aparte para guardarlo. Porque la cebada puede compararse con la doctrina de los herejes, pero el trigo con la consecuente fe en Cristo.» En oposición a esta elevada valoración en Occidente, en la India, el correr de aquí para allá de las hormigas, que al observador se le antoja una actividad confusa, es símbolo del ajetreo terrestre, sin rumbo, de la humanidad no iluminada. En diversos pueblos exóticos, este insecto «diligente» es un auxiliar de la deidad creadora en la creación del mundo. En los mitos griegos antiguos, los primeros moradores de Egina se llamaban «mirmidones», hormigas, porque trabajaban el suelo con paciencia, perseverancia y diligencia de hormiga. Una leyenda tesálica hace remontar el trabajo de la tierra con arado al invento de este importante instrumento agrícola por una ninfa llamada Myrmex, hormiga. Aquí se veneraba a las hormigas como animales sagrados.

Horno. Generalmente con valor simbólico en sus versiones de horno de fusión y horno de cocer pan. Así ocurre, por ejemplo, en el Antiguo Testamento, con el horno que no vale ni para fundir *hierro* y se convierte en símbolo de la tribulación y la miseria.

En las regiones del norte adquiere otro valor alegórico ya que representa el rincón más acogedor de la casa, en torno al cual transcurre la vida hogareña en las épocas frías del año, y en el que, en tiempos pasados, también se cocinaban los alimentos. Por un lado, el horno u hogar alberga el *fuego*, o lo que es igual, la energía vital, con lo que presta, de esta forma más doméstica, un valioso servicio al hombre; pero, por otro lado, cuando está apagado, y por su forma ahuecada, simboliza la *maternidad*, según C. G. Jung. Los personajes de algunos cuentos (por ejemplo, «La gansera» de los hermanos Grimm) confiesan al horno o chimenea secretos que a nadie confiarían. El horno de pan en el que Hänsel y Gretel queman a la *bruja* debe entenderse como versión circunloquial de la hoguera en la que ciertamente



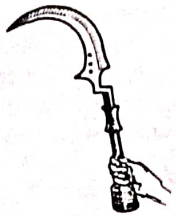
Horno: hornillo de alquimista, instrumento de purificación. Geber, «De Alchimia». Estrasburgo, 1531

Hoz: el dios de la fertilidad, Príapo, con hoz, asno y macho cabrío. V. Cartari, 1647

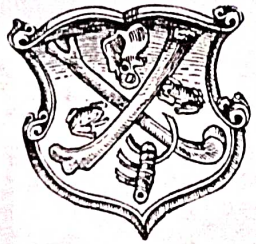
hubieron de entregar sus vidas tantas brujas —y la *doncella de Orleans*— con el fin de que no quedase el menor rastro de materia terrenal (por lo general, las *cenizas* se aventaban en los *ríos*). Únicamente los elegidos del Señor pueden resistir el fuego, como los tres jóvenes del Libro de Daniel, Shadrach, Meshach y Abel-Nego, a quienes el *rey* Nabucodonosor hizo arrojar a la hoguera por su negativa a adorar a «un *ídolo* de sesenta codos de altura»; un *ángel* alejó las llamas, y en el interior del horno sopló una brisa fresca, por lo que el fuego no llegó a rozarles, no les dañó ni les lastimó (3,49s).

Hoz, antiquísimo instrumento de recolección de las culturas agrícolas prehistóricas del neolítico, construido al principio de pedernal, se convirtió más tarde en símbolo religioso relacionado con el creciente de la *Luna*. Muchas veces se designaron como hoces unas *espadas* curvas, como por ejemplo el arma del dios Marduk, protector de la ciudad de *Babilonia*. Con una hoz (en la Teogonía de Hesíodo) castró el dios Kronos al dios primigenio Urano antes de ser él mismo abatido con el *rayo*, destronado y expulsado por su hijo Zeus (*Júpiter*). La hoz quedó como atributo de Kronos (lat. *Saturno*), al cual debe considerarse dios prehelénico de la fertilidad. Su nombre se combinó posteriormente con el del personificado tiempo (*Chronos*), que desde

Hoz: la hoz que se cierne en el aire, atributo de santa Notburga. Leyenda de santos, de W. Auer



Hoz: la espada falciforme como insignia del rey de los mangbettu, Munsa. África, siglo XIX

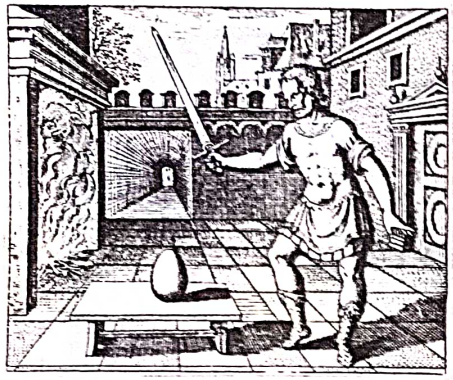


Huesos: el «Escudo de la Muerte». Del «Heiligtumbuch», Viena, 1502

entonces lleva la hoz o también la guadaña como referencia al transcurso inexorable de los períodos de la vida. Por este motivo también la hoz y la guadaña se convirtieron en *símbolos de la muerte*.

Huesos. Los huesos son en muchas culturas antiguas el último y decisivo, en el sentido simbólico-ritual, vestigio terrestre de los muertos cuando ya hace tiempo que su carne se ha convertido en polvo. Como en cierto modo son imperecederos y en circunstancias favorables incluso pueden durar miles de años, con frecuencia se los ha considerado «semillas del cuerpo de resurrección» que, después del Juicio final, cuando se abran los sepulcros al son de la *trompeta*, volverán a unirse unos con otros y nuevamente se revestirán de carne. Muchas veces se han conservado huesos de antepasados (cráneos, huesos largos) como insignias u objetos rituales. La costumbre de la edad de piedra de construir para los grandes antepasados enormes casas de muertos de *piedra* (megalitos, dolmen) puede remontarse a la idea de que el esqueleto de los muertos no debía sufrir daño a causa de la presión de la tierra. En el ámbito judeo-oriental, una maldición contra los enemigos consistía en el deseo de que sus «huesos se convirtieran en aire». Entre los pueblos cazadores reinaba frecuentemente la costumbre de devolver a la *tierra* los huesos enteros y completos de animales abatidos, para hacer posible una nueva vida del animal. También a los machos cabríos que tiraban del *carro* de Thor, el dios germánico del *trueno*, se los pudo reanimar mágicamente a partir de los huesos (mediante la bendición del *martillo*), según se afirma en la Edda más reciente. Por consiguiente, los huesos humanos no son únicamente *símbolos de muerte*, sino también imágenes de la fe en una futura resurrección. En otras culturas, su uso en el rito puede hacer referencia al hecho de superar el miedo a la muerte. Una concepción completamente diferente se manifiesta en la cremación de los cadáveres, que tiene por objeto la disolución lo más completa posible del cuerpo de personas muertas en el *fuego*, el *elemento* purificador.

Huevo, distinguido por diversas propiedades desde el punto de vista simbólico: generalmente es blanco, quebradizo, de él proviene una nueva vida, su forma recuerda la de los testículos. El origen del mundo a partir de un huevo primigenio no es conocido solamente como misterio órfico de la Creación (la *noche* de negras alas, cortejada por el *viento*, puso un huevo del que salió Eros o Phanes; véase *Cronos*), sino que aparece también en mitos de la Creación polinésicos, japoneses, peruanos, indios, fenicios, chinos, finlandeses y eslavos. Tampoco muchos héroes fueron pa-



Huevo: imagen simbólica alquímica. Fraccionamiento del «huevo filosófico» de la materia primigenia con fuego y espada. M. Maier, Atalanta, 1618

ridos, sino que salieron de huevos, como por ejemplo, un rey primigenio de Corea del Sur o los dióscuros Cástor y Pólux (el huevo procedía de Leda, que Zeus en forma de *cisne* había fecundado). La energía de germinación latente en el huevo se asoció con la energía vital, por lo cual desempeñaba un papel en la magia curativa y en los cultos de la fertilidad, y también encontró aplicación como alimento vigorizador colocado en las tumbas para el viaje hacia el más allá. También el *sol* y la *luna* se asociaron a veces con celestiales huevos de oro o de plata, respectivamente. En general, el huevo se considera como símbolo de un germen primigenio del cual posteriormente salió el mundo. El huevo es símbolo de un todo encerrado en una máscara, de una creación planeada desde el comienzo. En el ámbito cristiano, existe la comparación de Cristo resucitando de la tumba con el polluelo que sale del cascarón; el color *blanco* de la cáscara simboliza pureza y perfección. En la iconografía *alquímica*, el «huevo filosófico» es la materia primigenia que más tarde se convertirá en la *piedra* de los sabios o filosofal y que ya en germen contiene todo lo necesario para la maduración, mientras que la yema hace referencia al esperado *oro*. Muchas costumbres de base simbólica tienen el huevo como objeto; por ejemplo, el símbolo de primavera del huevo de Pascua como señal del despertar de la naturaleza fecunda, pero también en relación con la mencionada comparación de la Resurrección. En la magia popular, en ocasiones se entierran huevos bajo determinados ritos, en lo cual desempeña un papel su fragilidad (las potencias hostiles se guardarían muy bien de ocasionar su destrucción y andarían con cuidado). En el folclore austríaco, el huevo puesto en jueves santo y luego consagrado como «Antlassei» y enterrado, desempeña un papel en la acción de alejar la desgracia. También se le puede arrojar por encima del tejado de la casa y enterrarlo en el lugar donde haya caído, con el fin de preservar la casa de los *rayos*.

Huso. La actividad de hilar va ligada frecuentemente a tríadas femeninas (*triformidad*) de seres sobrenaturales (*parcas*,

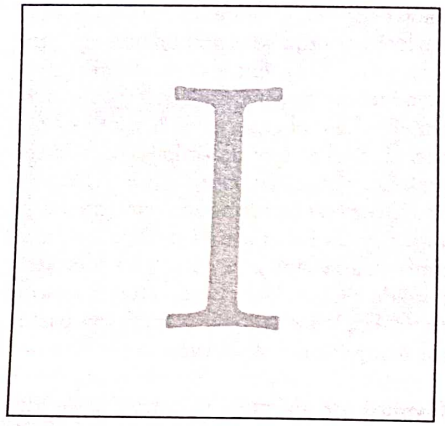
Huso: ilustración de un cuento por Ludwig Richter (1803-1884)

Huso: las parcas con el hilo de la vida. V. Cartari, 1647

oiras, *nornas*) que hilan y cortan los hilos del destino. La actividad femenina del hilar, por su parte, se ha relacionado a menudo con la *Luna*, cuyas tres fases principales (Luna llena, *media* Luna, luna nueva u oscura) parecen hacer referencia a la triforme Hécate (Kekata triformis) (Ranke-Graves). También el tejer los hilos del destino se atribuye a figuras femeninas del supramundo. Es un hecho conocido que el huso desempeña un papel importante en el *simbolismo* de los cuentos y que se relaciona con la muerte y el destino —como en el cuento de la Bella Durmiente—, y también con tríadas («Von dem bösen Flachsspinnen», Cuentos de Grimm I/n. 14). La Luna, que parece morir y resucitar, asigna potencias femeninas del hado al campo de conceptos «mundo inferior y renacer». En la iconografía cristiana suele representarse a María (por ejemplo, en la Anunciación por el arc*ángel* Gabriel) con el huso en la mano, con la referencia retrospectiva a la madre primigenia Eva, a la que también se representaba hilando («Cuando *Adán* cavaba y Eva hilaba...»). Es frecuente la asociación de María y la media Luna. El hilar como dominio de deidades femeninas y sacerdotisas es una idea ampliamente difundida y conocida, entre otras divinidades, en la Ixchel de los mayas de Yucatán, y ciertamente bajo el aspecto de la diosa Chacchel. Ixchel es una diosa lunar y se la representa con el telar, y bajo la figura de Ixcanleom está relacionada también con la *araña*. En la Edad Media europea, el huso simboliza la vida contemplativa y es atributo de algunas figuras de santas (Juana de Arco, la *Doncella de Orleans* como pastora; Margarita; Genoveva).

Hypnos (de ahí nuestro concepto de hipnosis; lat. *somnus*), personificación alegórica del sueño o ensueño, hijo de la Noche (griego Nyx) y hermano de la Muerte (griego *Thanatos*). En la Ilíada de Homero se trata Hypnos como una divinidad y se dice que, con la promesa de recibir por esposa a una de las *Gracias*, Hera le persuadió de que sumiera a Zeus en un profundo sueño. Hera y Thanatos pudieron entonces llevar a su patria Lidia el cadáver del héroe Sarpedón, caído en la lucha contra los griegos ante Troya. En las artes plásticas se representa a Hypnos como un adolescente con flores de adormidera en los cabellos y una pequeña cuerna en la mano. Las definiciones de la figura simbólica de Hypnos oscilan entre «sueño» (de dormir) y «sueño o ensueño» (de soñar).

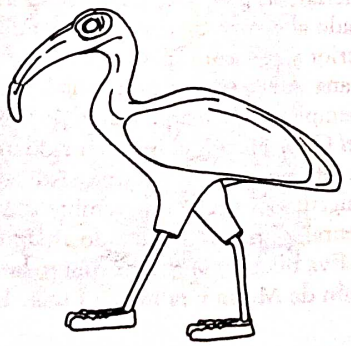
Hypnos, sosteniendo a una persona. Detalle de un dibujo de vaso ático, hacia 450 a.C.

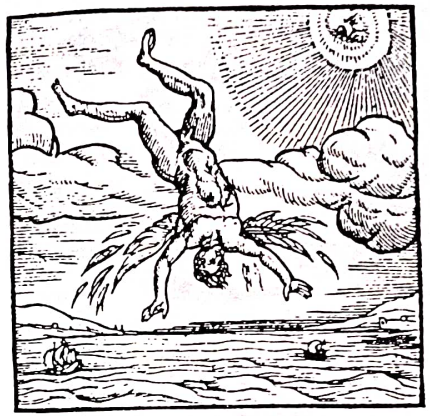


Ibis, ave para los antiguos egipcios con un gran significado simbólico, llamado «Hibi», todavía hoy designada como «Sagrado Ibis» (zoolog. Threskiornis aethiopica). Esta ave de aproximadamente 75 cm, con el pico doblado en forma de *hoz* revuelve el suelo pantanoso y da la impresión de búsqueda constante. La curvatura del pico recuerda la media *luna*, de la misma forma que la continua proximidad del *agua* significa, desde el punto de vista de la simbología, una «característica lunar». El ibis estaba en Egipto consagrado al dios Thot (Tehuti), dios de la sabiduría o se le consideraba su manifestación terrestre. Por esto también se embalsamaban los ibis y se los sepultaba en tinajas. En las tumbas de Sakkara debe de haber varios millones de tales momias de ibis. La antigua creencia popular afirmaba que bastaba solamente arrojar una *pluma* de ibis a una *serpiente* para detenerla y dejarla hechizada y que un *huevo* de ibis asustaba a todos los animales salvajes. Para los judíos, en cambio, el ibis se consideraba un símbolo negativo, probablemente porque en el Deuteronomio se contaba a todas las aves zancudas como «animales impuros». No obstante, en el capítulo 38 del libro de Job, en las preguntas sobre el misterio de la creación, el Creador se manifiesta con estas palabras: «¿Quién concedió al ibis sabiduría, quién dio intuición al *gallo*?». Tanto el texto paleocristiano del Physiologus como el Bestiario medieval hacen referencia al hecho de que el ibis no sabe nadar y por ello come *peces* muertos a la orilla del agua. Con ellos y con *serpientes* prepara la comida de sus crías. «Como el ibis y los hombres de mentalidad carnal consumen ansiosos como manjares las obras que causan la muerte y todavía alimentan con ellas a sus hijos para perdición (Unterkircher).» «Peor que todos es el ibis, porque de los pecadores brotan los pecados» (Physiologus).

Ícaro (Ikaros), figura que simboliza el deseo del hombre de poder elevarse como un *ave* en el cielo y flotar sin peso en el aire, pero también la advertencia contra la arrogancia humana. Dédalo (lat. Daedalus), padre de Ícaro, había ayudado a la princesa cretense Ariadna a matar por medio del héroe Teseo al Minotauro de cabeza de *toro*, encerrado en el *laberinto* construido por el propio Dédalo. Para ello, Dédalo dio a la princesa el famoso «hilo de Ariadna», con el cual pudo Teseo encontrar la salida del labe-

Ibis, escultura egipcia en bronce, hacia 500 a.C.



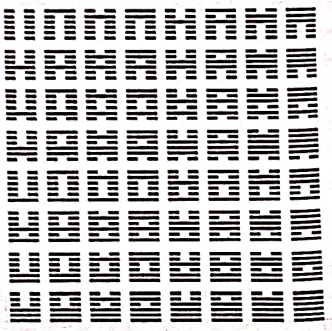


Ícaro: caída de Ícaro. G. Whitney, A Choice of Emblemes, Leyden, 1586

rinto. El padre de Ariadna, el rey Minos, hizo apresar a padre e hijo, pero Dédalo confeccionó con cera y *plumas* unas *alas* con la ayuda de las cuales ambos pudieron huir de su cárcel. Ícaro, a pesar de la advertencia de su padre, se acercó demasiado al *sol*; entonces la cera se derritió y el hijo se precipitó en el mar y murió. El vuelo efectuado con la propia fuerza muscular ha continuado siendo para el hombre un deseo insatisfecho, que sólo en sueños encuentra ocasionalmente su cumplimiento. Los sueños en que se vuela, desde el punto de vista fisiológico, se interpretan casi siempre como consecuencia de perturbaciones del equilibrio mientras se duerme o, desde el punto de vista psicológico, como expresión del deseo de encontrar solución a una opresiva pesadez de la tierra (en sentido figurado).

I-Ching, transcripción más antigua I-Ging, Yijing en escritura moderna, el «Libro de las transformaciones» no hace referencia propiamente a un símbolo sino que significa la aplicación práctica de la idea de la polaridad del principio primario «masculino» y «femenino» en la antigua China para obtener oráculos. Esta práctica adivinatoria apareció durante la dinastía Chou, probablemente ya alrededor de 1000 a.C. y, según la tradición, se realizaba al principio con tallos de aquilea. Posteriormente se simplificó mediante la traslación gráfica, por una parte, a líneas completas, y por otra parte, a líneas interrumpidas por el medio. Las líneas enteras representan el elemento masculino, las líneas rotas el femenino. Cada tres de tales líneas superpuestas forman un trigrama, y la combinación de líneas enteras y partidas hace referencia al predominio o retroceso del uno o del otro. Los ocho trigramas posibles corresponden a *cielo*, *tierra*, *agua*, *fuego*, humedad, *viento*, *trueno* y *montañas*. Juntando los trigramas de dos en dos se forman en todas las combinaciones posibles los 64 *hexagramas*, que deben configurar una especie de fórmula del mundo. En ella se basa el famoso libro de predicciones del I-Ching. Seis líneas enteras significan, por ejemplo, «cielo, *rey*, *padre*, dador», y seis líneas rotas, «*tierra*, *madre*, pueblo, receptor». Comentarios ilustrativos de diversa extensión dan la posibilidad de responder a determinadas preguntas del que acude a pedir consejo. El afán de armonizar los elementos polares

I-Ching: las 64 combinaciones de hexagramas de líneas enteras y líneas interrumpidas



(véase *yin-yang*) que aquí se manifiesta se cultivaba especialmente en la escuela del maestro Kung (Kung-fu-tse, Confucio, 551-479 a.C.); sin embargo, el I-Ching gozó también de consideración en el taoísmo. El simbolismo del I-Ching, que tiende a una interpretación especulativa de un *sistema dual*, desempeña también un gran papel en el esoterismo moderno en cuestiones referentes a fuerzas y debilidades personales, posibilidades potenciales y fuentes de peligros.

Ídolos. Los ídolos fueron siempre un escándalo para los representantes de las religiones de revelación, que partían de la opinión de que los «paganos» no adoraban a seres sobrenaturales que estaban representados en imágenes, sino las imágenes mismas. Según la leyenda paleocristiana, se derrumbaron 365 ídolos cuando Jesús, María y José pasaron junto a ellos en la huida a Egipto. La adoración de ídolos, la idolatría, se consideraba *ceguera* espiritual: «Ay, qué falta de razón fue la que ideó adorar a los ídolos, / más desprovistos de consejo y de fuerza que nosotros; / el que hace esto, es que está ciego...» (Hohberg, 1675). Según la tradición islámica, en La Meca, los antiguos ídolos cayeron de sus zócalos cuando Amina, *madre* de Mahoma, dio a luz al profeta o —según otra tradición—, después de haberse tambaleado en el momento en que Mahoma fue engendrado, se derrumbaron. La base de ello es probablemente la predicción de Isaías 19, 1: «He aquí que Yahvé viene sobre una ligera nube, se dirige hacia Egipto. A su vista, tiemblan los dioses de Egipto». Ídolos caídos son, entre otros, los atributos de las santas Justa, Rufina y Susana, así como también, en iconos de la Iglesia oriental, de san Nicolás. Según las leyendas de los judíos (E. bin Gorion, 1980) fue Abram (*Abraham*), en la época del rey *Nemrod*, el primer iconoclasta, al destruir los ídolos de su *padre*, que estaban hechos de madera y de piedra («que no huelen, no oyen y no hablan. Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen manos y no agarran, tienen pies y no andan. Por lo tanto, esto les sucederá también a los que tienen confianza en ellos y los adoran. Y Abram fue a buscar un hacha y destruyó los ídolos de su padre...»).

Ídolos: idólatras, libro de emblemas de W. H. Barón de Hohberg, 1675

Incienso, símbolo del «buen olor» supraterrenal de la santidad (en hebr. lebonah, gr. libanos, lat. tus). Se trata de la resina del arbusto Boswellia carteri, que en la Antigüedad se importaba del Sur de Arabia, pero que también puede obtenerse en la India y en África oriental. En Oriente se empleaba incienso en ritos de sacrificio y para ahuyentar a los demonios; en *Egipto* en el culto de los muertos, así como en Babilonia, Persia y Creta. En Grecia, desde el siglo VII a.C., se utilizaban ofrendas de incienso especialmente en la celebración de los misterios y fueron también recomendadas por *Pitágoras*. En Roma el incienso desempeñaba un papel en las fiestas funerarias y en el culto del emperador, por lo cual los cristianos, al principio, lo rechazaron aunque más tarde lo incorporaron al uso religioso. También en la vida profana gozaba de predilección el aromático incienso. El humo que subía hacia el *cielo* se consideraba símbolo del camino del alma hacia arriba o de las oraciones que ascienden desde la hueste de los fieles. Entre los judíos, la ofrenda de incienso que solamente correspondía a Dios era el símbolo de la adoración, que también servía para la reconciliación con el Dios airado. Los tres «santos *reyes*» trajeron de Oriente incienso al recién nacido Jesús; en el Apocalipsis de Juan (5, 8) los 24 ancianos tienen en sus manos «copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos». «La bendición impartida al incienso antes de quemarlo lo convierte en sacramental que tiene también efecto purificador. El movimiento en cruz del incensario hace referencia al sacrificio de la Cruz; el movimiento circular es para separar los sagrados dones como pertenecientes a Dios» (Lurker, 1987). Los incensarios solían adornarse con relieves del *fénix* o de los «tres jóvenes en el horno de fuego» cuyos cantos de alabanza en medio del *fuego* se comparaban con las nubes de incienso. Incensarios como atributos aparecen representados en las manos de grandes figuras sacerdotales del Antiguo Testamento (Melquisedec, Aarón, Samuel) y de los santos Esteban, Lorenzo y Vicente, así como de la santa penitente Pelagia.

En general, las fumigaciones de cadáveres en los entierros pueden interpretarse al principio como un medio para contrarrestar el olor de la descomposición y también posteriormente como símbolo del alma (las *nubes* de humo que ascienden). En el ámbito de la cultura maya de Centroamérica había ofrendas de resina aromática quemada del copal (protium copal). Bolas de resina hacían subir su perfume «hacia el centro del cielo», y el incienso se designaba también con el nombre de «cerebro del cielo». Las vasijas de incienso se designaban con el nombre de un dios Yum Kak (señor del *fuego*). El Asia oriental conoce el incienso (en chino, hsiang) procedente de la aromática madera de sándalo, que antes se quemaba en vasijas apropiadas, mientras que modernamente se emplean las varitas de incienso también conocidas ahora en Europa (casi siempre de procedencia india). La *ceniza* desprendida se recogía en ocasiones y se tragaba como medio preventivo contra enfermedades. Este incienso probablemente se conoció con la extensión del budismo en Asia oriental, pero a partir de esa época forma parte de la costumbre normal de todos los templos y capillas, así como también de los oratorios en casas particulares. En la magia ritual europea, en cuyos ritos se conjuraban espíritus cósmicos —por ejemplo, espíritus *planetarios*—,

Incienso: el incienso «se consume mientras da placer». J. Boschius, 1702

las fumigaciones de toda índole desempeñaban un gran papel, probablemente en conexión con los cultos de sectas de misterios de la Antigüedad clásica tardía. Por ello se convertían también en parte en humo sustancias narcóticas con el fin de producir experiencias visionarias. Leonhard Thurneysser (1530-1596) menciona «muchas clases de sustancias, como aloe, incienso, mirra, madera de acebuche, sándalo, mástique». También en medicina se hacían fumigaciones para expulsar miasmas dañinas.

Infierno, la contraimagen tradicional del *cielo*, surgió ciertamente de la imagen de un oscuro mundo subterráneo (véase *cuevas*), pero se enriqueció con la imagen, teológicamente fundamentada, de un lugar de castigo para pecadores difuntos, en el que éstos debían sufrir tormentos sin fin. Al igual que el cielo es la morada y residencia de los dioses o de Dios, el infierno representa un reino de despiadados soberanos del submundo o del *diablo*. Ya el triste mundo subterráneo de religiones precristianas (en hebreo, she'ol, en griego, hades) se describe como lóbrego y desapacible, y enriquecido con la descripción de castigos para personas particularmente impías; también inaccesible, afortunadamente, para los vivientes. La idea de un infierno con *fuego* y olor a azufre, proviene en parte del antiguo valle de Ge-hinnom, cerca de Jerusalén (de ahí Gehenna, Dschehenna en el islam), en el que se quemaban los sacrificios y posteriormente la basura; en parte proviene también de la observación de fenómenos volcánicos. Ya el profeta Isaías (66, 24) habla de que un fuego inextinguible consume los cuerpos de las personas que se rebelan contra Dios. En Tertuliano (hacia 150-230 d.C.) los volcanes sirven como prueba de la realidad de un fuego subterráneo, que posteriormente Dante Alighieri (1265-1321) describió extensamente en su «Divina Comedia». Imágenes simbólicas de una justificación en el *más allá* se tomaron evidentemente formuladas del lenguaje gráfico de la antigua religión persa, en la que los muertos deben atravesar el puente de Cinvat. En el caso de los malos, este puente es tan angosto como el filo de una navaja y hace que se precipiten en el abismo eterno. Símbolos cristianos del infierno, además de las llamas de fuego, son la boca devoradora del infierno (representada de forma parecida a las fauces de un *dragón*), la máscara de muerto y el *perro* de tres *cabezas* Kerberos (lat. Cerberus) tomado de la mitología antigua. Como advertencia para los vivientes, las penas del infierno aparecen representadas gráficamente de forma muy detallada; así, el pecado de la lujuria tiene como consecuencia que *sapos y serpientes* roan y muerdan en el pecho y en el sexo a las almas condenadas. (Véase *Lázaro*.)

Parecido al infierno se imaginó también el mundo subterráneo «Mictlán» de los antiguos pueblos mexicanos del altiplano. Sólo podían escapar a él los caídos en el campo de batalla, los sacrificados ritualmente, los ahogados o las mujeres

Infierno: la boca del infierno, de la cual sale la Muerte cabalgando. W. Paxton, Londres, 1507

Infierno: grabado en madera (detalle) de la «Advertencia del falso amor de este mundo», Nuremberg, 1495

muertas en el parto, y esperar otros destinos en el más allá, de un modo parecido a como, entre los germanos, debía entrar en el tenebroso mundo de la diosa de los muertos, Hel, el que en la cama había tenido la «muerte de la paja» y no podía ser llevado por *valquirias* al luminoso reino del Walhalla. Ideas pesimistas del más allá con dioses de los muertos parecidos a diablos y demonios caracterizan también la iconografía funeraria más reciente de los etruscos, y desplazan a unos símbolos más antiguos de un pacífico mundo del más allá en el sentido de las *Islas de los Bienaventurados*. Los dioses etruscos del mundo subterráneo, con *cuernos*, orejas puntiagudas y *serpientes* en las manos, debieron de influir intensamente en el *diablo* del cristianismo. Una especie de infierno es también corriente en el budismo del Asia oriental. En templos japoneses, el rey del mundo inferior, Emma-o, aparece representado como juez sobre los pecadores con su vara como símbolo de la autoridad de ejecución. Figuras de madera de tamaño natural muestran cómo los sentenciados son llevados a rastras por demonios y atormentados con espada, banco de extensión, tenazas de hierro, etc. En épocas más modernas, tales escenas con figuras se consideran ciertamente sobre todo como medios para amenazar a niños desobedientes. La tradición islámica habla de un fuego de infierno que es setenta veces más ardiente que cualquier fuego terrestre. Asimismo se dice que se aumenta de tamaño a los cuerpos de los condenados para incrementar su capacidad de sufrir tormentos. La crueldad de todas estas concepciones sólo puede entenderse como expresión simbólica de la esperanza de que las injusticias cometidas en la tierra no pueden quedar impunes eternamente, aun cuando en nuestro mundo no se haya pronunciado una sentencia justa sobre ellas. Como herética fue condenada en Europa la idea de la «apocatástasis», es decir, la idea de una reconciliación en el tiempo del fin incluyendo el infierno. Esta idea está representada, por ejemplo, en el parsismo, en el que «incluso el país del infierno habrá de retroceder ante la bienaventuranza del cosmos». También la mística islámica sufí rechaza la idea de una condenación eterna, como lo indican las frases de Abud Yazid Bistami; «¿Qué hay entonces de este infierno? En el día del juicio me pondré ciertamente junto a los condenados y te diré: tómame a mí como precio de rescate, y si no lo haces, les convenceré de que (también) tu paraíso es solamente un juego de niños... Oh Dios, si Tú en tu presciencia has previsto que atormentarás en el infierno a una de tus criaturas, entonces permite que allí mi ser se extienda tanto que no pudiera caber allí nadie más que yo» (Gardet, 1956).

Islas de los Bienaventurados. Las islas se identificaron con países de felicidad, normalmente inalcanzables, y se concibieron como símbolos de una especie de *paraíso*

Islas de los Bienaventurados: la isla de Utopía de Tomás Moro. Grabado en madera, 1515/1516

en el *más allá*, que, sin embargo, se intentó localizar también en la «geografía mítica»; así, por ejemplo, en el poema épico sumerio de Gilgamesh, el archipiélago de Dilmun, adonde fue llevado el «Noé» del gran Diluvio, Ziusudra o Ut-Napishtim. Dilmun se relacionó con las islas Bahrein en el Golfo Pérsico, que, no obstante, no dan ninguna impresión «paradisíaca» en el sentido actual de la palabra. La Antigüedad clásica sabía acerca de las «Islas felices» (gr. makároi nésoi, lat. insulae fortunatae, de donde árab. al-jezir al chalidat), localizadas en el océano occidental y equiparadas con el mítico Elysium, en el que se permitía la entrada a algunos muertos selectos. También aquí se intentó una equiparación pseudo-geográfica, por cierto con las Islas Canarias, según escribió Plutarco (hacia 50-125 d.C.): «Allí llueve raramente, y, cuando lo hace, es con moderación. Casi siempre soplan unos vientos tibios, que luego producen un rocío tan copioso que el suelo da espontáneamente el mejor fruto en tanta abundancia que los habitantes no tienen otra cosa que hacer que entregarse al goce del descanso. El aire es siempre agradable, de suerte que incluso entre los bárbaros se supone en general que éstos son los Campos Elíseos y el lugar donde moran los bienaventurados que Homero describió con la fuerza mágica de su poesía». El historiador Flavio Josefo (37-95 d.C.) relaciona las ideas de un *sistema dual* espíritu/materia, en el sentido de la creencia gnóstica de la polaridad en cuanto a la necesaria liberación de *chispas* de luz, con las ideas de los países insulares de la felicidad. Las almas de los hombres proceden del «éter más sutil», pero hasta el día de su muerte están atrapadas en la «esclavitud de la carne». Sólo entonces vuelan purificadas por encima del océano hacia un lugar de felicidad en las islas de los bienaventurados, mientras que a las almas manchadas por impurezas materiales se las castiga en una «tenebrosa caverna». También se menciona en países fabulosos y paradisíacos en el mar occidental (Atlántico) la mítica de los celtas, sobre todo de los irlandeses, en la que ya antes de las misiones cristianas se describía cierto número de bienaventuradas islas paradisíacas y viajes marítimos para llegar a ellas. Esta idea se incorporó luego a la ideología cristiana, por ejemplo, a la leyenda del abad navegante San Brandano (Brendan), que se dice que visitó aquella «tierra prometida de los bienaventurados» en *barco* (lo cual se concibió también como legendario descubrimiento precolombino de América). No obstante, difícilmente pueden relacionarse las imágenes visionario-míticas del mundo con la geografía en el sentido actual.

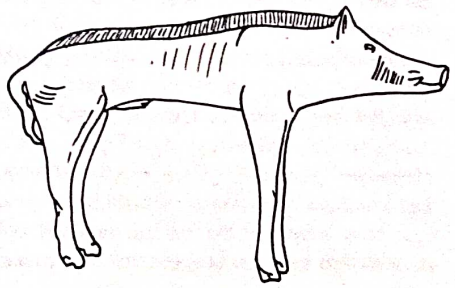
También la tradicional imagen del mundo de la China conocía «islas de bienaventurados», que apenas pueden relacionarse con la geografía real; dícese que están situadas en el Pacífico, ante la costa oriental de China y llevan los nombres

de Fang-chang, P'eng-lai y Ying-chou. En ellas llevan una vida paradisíaca los «*Ocho Inmortales*». En la época antigua, solían adornarse los vestidos de los muertos con imágenes de las míticas islas, para darles a aquéllos la impresión de que ya habían alcanzado la condición de la vida feliz en las islas bienaventuradas. En el *jardín* chino, unas pequeñas islas de roca y extraña figura simbolizan en los lagos aquellas legendarias islas. Islas de felicidad en el más allá pertenecientes a otros pueblos, como por ejemplo el país de Bimini de las tribus indias al sudoeste norteamericano con su «fuente de la eterna juventud», deberían considerarse más bien por su relación mitológica que simbológica. Muchas veces se añade a tales países fabulosos insulares el carácter de un suspirado *país de Jauja*.

J

Jabalí. A diferencia del *cerdo*, que como animal simbólico aparece primordialmente en la figura de la cerda doméstica, la forma salvaje (Sus scrofa) en la figura masculina del jabalí tiene un contenido simbólico predominantemente positivo. Como animal agresivo, que corre impetuoso a través del monte bajo, es el símbolo de la intrépida hueste guerrera. Entre los germanos, la diosa Freya y también su hermano Freyr estaban relacionados con el jabalí. Dícese que a él le gustaba montar en un jabalí de cerdas de oro (Gullinbursti). Los guerreros solían llevar cascos en forma de cabeza de jabalí, mientras que en la Grecia micénica los cascos estaban recubiertos por estrechas hileras de colmillos de jabalí. En la Grecia antigua el jabalí se consideraba como la caza peligrosa de Heracles y el matador de *Adonis* y de Atis, pero también como atributo de la diosa Deméter y de la heroína Atalanta; y en la antigua Roma, del dios de la guerra *Marte*. El jabalí simboliza en heráldica «la valentía e intrepidez del soldado bien armado que resiste impávido al enemigo y nunca piensa en huir» (Böckler, 1688). En la iconografía cristiana de los países germánicos es el jabalí en ocasiones también sorprendentemente un símbolo de Cristo, y ciertamente a causa de la derivación errónea de la palabra Eber (jabalí en alemán) de ibri, el patriarca de los (h)ebreos (ibrim). Pero simboliza principalmente el salvajismo desenfrenado y la violencia de los poderes diabólicos, como por ejemplo, un soberano cruel. El jabalí adquirió un significado positivo cuando en el *bosque* buscó la protección de piadosos ermitaños contra los cazadores, con lo cual pasó a ser atributo de san Columbano y de san Emiliano. Un importante «animal sagrado» fue el jabalí

Jabalí, pequeña figura de bronce de la época de La Tène. Prag-Sarka



Jabalí: «Estos colmillos dan miedo», J. Boschius, 1702

entre los celtas, también aquí como símbolo de valor en la lucha y fuerza poderosa. Figuras de jabalí sirvieron para adornar cascos y escudos; la carne de jabalí se ponía en la tumba para que el muerto tuviera comida y fuerzas en el viaje al *más allá*. Esculturas de jabalí en piedra (Euffigneix) y en bronce (Neyvy-en-Sullias, Francia) atestiguan la gran importancia de este símbolo animal en la antigua Europa occidental.

Jacinto (gr. hyakinthos), una de las *flores* que según el mito había sido originariamente una persona o surgió por la muerte de un ser humano (véase *Adonis*, *Narciso*). Jacinto, un príncipe espartano, era venerado —según la leyenda, en el primer amor erótico entre hombres— por el cantor Thamyris, pero también por el dios Apolo, que le mató involuntariamente en el lanzamiento de un disco. Dícese que Céfiro, el *viento del oeste*, asimismo enamorado de Jacinto, desvió por celos el lanzamiento del disco (Ovidio, «Metamorfosis»), y de la sangre del muchacho al morir surgió el jacinto, cuyos pétalos llevaban la voz lastimera «ai ai». A la tumba de Jacinto en Amyklai (donde también se encontraba la de *Casandra*) se la honraba anualmente en las fiestas de las hyakinthia, la fiesta máxima de los espartanos. Desde el punto de vista de la historia de las religiones, se supone que Jacinto era un dios prehelénico de la vegetación, desplazado, sin embargo, de su divino papel por Apolo y rebajado al de héroe legendario.

Jade, piedra de adorno de color verde *claro*, consistente en partes compactas del mineral llamado jadeíta, afín a la piedra nefrítica y, como ésta, pulimentada a menudo durante el neolítico para fabricar *hachas*. En la China se consideraba al jade como el más noble de todos los minerales, ante todo por la belleza del material que, una vez pulimentado, presenta diversos matices de color finamente veteado y a menudo parece irradiar luz desde dentro, aunque a pesar de su dureza tiene la apariencia de ser maleable. Las piezas de color verde esmeralda fueron las más estimadas y se consideraban símbolo de pureza, sabiduría y valor. Ya alrededor del año 3000 a.C. se hacían de jade utensilios rituales y piezas de adorno, y hacia el 1500 a.C. también esculturas de *peces, aves y dragones*. La belleza imperecedera de tales piezas condujo a la creencia de que el jade contenía en sí la cualidad de la inmortalidad. A los muertos, al ser sepultados, se les ponían amuletos de jade sobre la boca, la cara y el pecho. Es famoso el hallazgo de dos personas enterradas con «vestiduras de jade»; un sinfín de plaquitas de jade estaban juntadas con hilo de *oro* y envolvían a modo de armaduras los cuerpos de los muertos (hacia la época del nacimiento de Cristo). En tiempos más modernos se configuraron grandes bloques de piedra nefrítica con relieves de muchas figuras (paisajes, *jardines*). La elaboración del jade en la China es todavía hoy un arte industrial vivo, que sirve al tradicional lenguaje de los símbolos y de las formas. A causa del fresco brillo de la superficie pulimentada de la piedra de adorno, la piel de una mujer bella se compara poéticamente con el jade (yü), y con la sílaba para denominar el jade se combinan muchas metáforas de contenido sexual (por ejemplo, nung-yü, juego de jade, con el significado de coito). En la religión popular taoísta, el «emperador de jade» (Yü-Huang-ti) es el supremo de los celestes. De manera análoga era altamente estimada la jadeíta en el antiguo México ya antes de la época olmeca (hacia 800 a.C.) y servía para la confección de esculturas religiosas. Este mineral verde (en az-

teca chalchihuitl) servía para elaborar piedras que simbolizaban un *corazón* y que se colocaban en los sarcófagos de piedra con las cenizas de príncipes muertos. Chalchihuitlcue, «la de la falda de jade», era el nombre de una *diosa del agua*. El signo jeroglífico para designar «piedra preciosa» se refiere en el antiguo México primordialmente al jade, más raramente a la *turquesa*.

Jano, el dios de la doble cara, símbolo de la entrada y la salida, guardián de las *puertas* y de los *umbrales* en la antigua Roma, no ninguna correspondencia en el panteón griego. Todas las puertas le estaban consagradas, conforme a la creencia de que el comienzo de toda acción había de concebirse como el franquear una puerta y era decisivo para la buena realización. La bendición de Jano era necesaria para el primer mes del año (januarius), y también para el comienzo de cualquier otro mes y día. Las expediciones guerreras se iniciaban en el Foro Romano, junto al *templo* de la puerta (Janus geminus), cuyas puertas permanecían cerradas en los tiempos de guerra.

Por consiguiente, las puertas cerradas del templo de Jano simbolizaban los raros períodos de paz. Como dios de la *puerta* (lat. janua) era también el guardián de la entrada de la casa y tenía como atributo la vara de portero y la *llave*. Se le consideraba transmisor del saber en agricultura y en la vida legal y ocupaba también su puesto en la autoridad del Estado. Como guardián del principio y del fin (siembra y recolección) se le representaba con doble cara, es decir, con un rostro vuelto hacia adelante y otro hacia atrás. La «cabeza de Jano» simboliza hoy todo lo dudoso y ambiguo, los aspectos positivos y negativos de una acción o de una cosa. Independientemente de estos símbolos romanos, existen en

Jano como sistema dual personal. V. Cartari, 1647

el África Central unas máscaras de madera con análoga doble faz, en las que se representa un *negro* y un *blanco*.

Jardín. El camino que va desde el *bosque* indomado y pasa por el *bosquecillo* sagrado conduce al jardín, es decir, a un trozo de naturaleza arreglado y cuidado artificialmente que en el simbolismo tradicional posee un significado positivo. El «jardín del *paraíso*» hace referencia al Creador, el cual puso a los primeros humanos en un lugar cercado y exento de peligros. En la iconografía *alquímica*, un jardín de esta clase representa una tierra en la que sólo se puede entrar por una *puerta* angosta después de superar grandes penalidades y dificultades. Los claustros de conventos medievales encerraban idílicos jardines que se concebían como reproducción del paraíso perdido. A épocas más antiguas hace referencia la imagen simbólica del «Jardín de las hespérides» como modelo de un *más allá* feliz en el que crecían *manzanas* de oro (*Isla de los Bienaventurados*). En la iconografía cristiana, el jardín cercado es un símbolo de la virginidad en general y de la *Virgen* María en particular («María en el bosque de *rosas*»). La arquitectura de jardines del Renacimiento y especialmente del Barroco se concibe muchas veces como expresión definitiva de lo cultivado de la vida, que culmina en el «jardín francés». En oposición a ello, el «jardín inglés» es una vuelta a la naturaleza todavía no domada por el hombre y que más bien corresponde al sentimiento romántico de la vida.

Jardín en configuración barroca. J. Boschius, 1702

Especialmente elaborada es la arquitectura japonesa de jardines con su consciente afán de armonización de los elementos, como se manifiesta también en la tradición de los arreglos florales (ikebana). Su origen se encuentra en el simbolismo chino del jardín, en el que objetos naturales como piedra, árbol, montaña, estanque e isla se consideran como manifestación visible de entidades divinas. El gran jardín imperial de Chang'an de la época Han (hacia 50 a.C.) simbolizaba el imperio entero y contenía teóricamente todas las plantas y todos los seres vivos que en él podían encontrarse. Motivos principales los constituían una superficie central de *agua* en medio de orillas de *roca* como símbolo del *mar* con las circundantes *montañas* (*cinco* colinas simbolizaban las montañas cardinales de la imagen cósmica del Tao). El espacio vacío y el espacio lleno en el jardín debían estar en proporción armónica, como reflejo de los principios fundamentales *yin y yang* para introducir el equilibrio cósmico en el mundo del hombre. Pinos, bosquecillos de *bambú* y pequeños *ríos* conferían a partir del siglo IV d.C. un sello idílico y natural. Pronto también la pagoda escalonada halló acceso en el jardín, y también un gran bloque de *piedra* como reproducción del monte cósmico Meru. Las piedras planas y rechonchas se consideraban «femeninas», las cónicas «masculinas». La tradición, viva todavía actualmente, del simbolismo del jardín chino invita no solamente a pasear, sino también a meditar sobre la armonía de ámbitos «tranquilos» y «movidos». La fiesta primaveral de las flores de *melocotonero* se celebra especialmente dejando flotar sobre corrientes de agua tacitas llenas de vino de *arroz* y debiendo componer una poesía antes de que la pequeña embarcación encallase. Siempre debía entenderse el jardín asiático-oriental como una especie de reproducción perfecta de la armonía cósmica que influyera en el ser humano en sentido favorable.

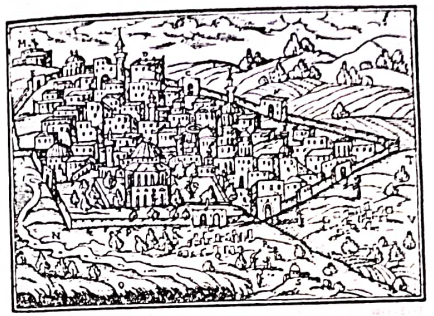
El jardín es también una imagen positiva en el simbolismo de los sueños. «Es el lugar del crecimiento, del cultivo de fenómenos vitales internos», escribe Aeppli. «En él se completa el transcurso de las épocas del año en formas particularmente ordenadas y acentuadas. En él se hace visible la vida y su plenitud de color de la manera más bella. El muro que lo circunda mantiene unidas las energías que florecen en su interior», y con frecuencia la *puerta* sólo puede encontrarse después de dar un rodeo alrededor de dicho muro. «Esto es la expresión simbólica de un desarrollo psíquico algo largo que alcanza una valiosa riqueza interior.» Particularmente impresionante es entonces esta imagen oní-

rica cuando en el jardín del alma, como en el paraíso, puede encontrarse un *pozo* o una *fuente* y un *árbol* de la vida: una semejanza del más íntimo núcleo del ser, del «ego», del «centro más íntimo del alma».

Jauja, lugar simbólico fabuloso para ociosos y haraganes en busca de placeres, descrito sencillamente como un «mundo al revés» y que corresponde a muchas ideas acerca del *más allá*. En la antigua tradición mexicana de los aztecas se describe Tollán, la tierra más antigua de los toltecas, de un modo parecido al país de Jauja: allí era tan pesadas las mazorcas de maíz que tenían que hacerlas rodar por el suelo para transportarlas, el algodón crecía ya teñido de colores, las hortalizas eran grandes como palmeras, etc. Evidentemente una de las frecuentes idealizaciones de los «buenos viejos tiempos» frente a la desilusionada actualidad (véase *edad dorada*).

Jerusalén (en hebreo Yerushalayim, es decir, Morada de la Paz), la capital de la comprensión bíblica de la historia y predominante lugar simbólico en el judaísmo, el cristianismo y el islam, estaba poblada ya en el IV milenio a.C. y se menciona en documentos egipcios del siglo XVIII a.C. como «Aushamen, Rushalimum» y hacia el 1400 a.C. como «Urushalim». El rey *David* conquistó hacia el año 1000 a.C. la que era entonces una ciudad de los jebuseos y la convirtió en su residencia. Su sucesor, *Salomón*, construyó con ayuda fenicia el palacio y el *Templo* en el monte *Sión*, la montaña sagrada de Israel, como morada fija de Dios. Nabucodonosor destruyó la ciudad en 586 a.C., los judíos la repoblaron desde 538 a.C. y la construcción del «segundo templo» se terminó en 515 a.C.; Herodes el Grande lo amplió monumentalmente (37-4 a.C.), quedó destruido nuevamente tras unas insurrecciones contra la potencia romana de ocupación (70 y 135 d.C.), y en la montaña santa surgió un santuario a *Júpiter*. Jerusalén fue, bajo el emperador Constantino, un centro de la cristiandad, pero después de la toma de la ciudad por los árabes (638 d.C.) se construyó sobre la plataforma del templo herodiano, la «Cúpula de la Roca» de los omeyas; véase *Omphalos*. Numerosos pasajes bíblicos certifican, más allá del papel real de una ciudad palestina, la gran importancia religiosa del lugar, que en la época de Jesús tenía unos 25 000 habitantes. «El templo es el palacio del rey Yahvé, el lugar de su trono, el lugar de las plantas de sus pies (Ezequiel 43, 7). Al igual que el Templo fue escogido y declarado propiedad de Dios, también lo fue la ciudad de Jerusalén.» (A. Stöger en J. B. Bauer, 1967). Las visiones del tiempo del fin y del juicio (*fin del mundo, trompeta*) hacen de Jerusalén un lugar mítico, en el que tiene lugar la separación de la humanidad en recompensados y condenados al *infierno*. La «Jerusalén celestial» o «nueva Jerusalén» es una copia de la ciudad terrena en un plano transfigurado, elevado a lo sobrenatural (véase *piedras preciosas, cubo*); esta ciudad del Apocalipsis de Juan desciende desde el *cielo* como «*ciudad* de Dios» en la que ya ningún templo es necesario, porque «Dios Todopoderoso es su Templo y el Cordero. Y la ciudad no necesita que brille en ella el sol o la luna, porque la gloria de Dios la ilumina» (Apocalipsis 21, 22s).

Jerusalén, «Ciudad del Rey de Reyes». Moneda de los cruzados, del rey Balduino I



Jerusalén, grabado en madera en el relato de viajes de Salomon Schweigger, 1638

La problemática, no fácilmente comprensible para las personas de nuestro tiempo, de la relación entre la Jerusalén real (terrena) y la «celestial» la caracteriza E. Aron (1973) de la manera siguiente: El *Templo* se halla en cierto modo en el punto de intersección entre el cielo y la tierra, el mundo y el supramundo, y «corresponde de alguna manera en la terrestre al santuario inaccesible en el que el Mesías quizá está esperando el momento de entrar en el mundo. "Al santísimo terrestre corresponde un santísimo celestial". Según Rabbi Simeón ben Jochai, que vivió en el siglo I d.C., el monte Moria es el equivalente del santuario del más allá. Cuando está terminado el santuario aquí abajo, se origina espontáneamente uno nuevo de la misma clase en el cielo. El hombre levanta aquí abajo una obra arquitectónica que se refleja en las esferas celestes». Estas estructuras mentales en correspondencias de *arriba y abajo* son también característicaticas de otras culturas, que ponen en relación de analogía prototipos supramundanos y copias terrenales. Jerusalén fue durante siglos el sueño de los judíos (véase *Ahasvero*), empujados al destierro en la época romana y a la dispersión (diáspora, hebr. galuth). La expulsión iba a menudo acompañada de la exclamación burlona de «hep, hep» (letras iniciales de «Hierosalyma est perdita», Jerusalén está perdida). También en el *simbolismo francmasónico* desempeña un gran papel como escenario de la construcción del templo salomónico (por ejemplo, el nombre del Grado XVI del rito escocés «Príncipe de Jerusalén», etc.).

Jizo, literalmente «entrañas de la *tierra*», una personificación japonesa de la *madre* tierra, que, sin embargo, aparece en figura masculina. Se le representa como monje *mendigo* en sencilla vestidura, calvo y con el platillo de pedir limosna en la mano (Jizo bosatsu), a menudo con un delantal infantil rojo y un gorro de lana. Jizo se considera la divinidad nacional más popular del Japón y sus figuras pueden encontrarse frecuentemente en los bordes de los caminos. Su función es la de un «ángel de la guarda» para los niños y se dice que trae bendiciones. En ocasiones, a sus estatuas se les ponen *piedras* sobre la cabeza que deben servir para apoyar el pie en ellas para cruzar el *río* en dirección al *más allá* cuando Jizo se dispone a acompañar las almas de niños muertos prematuramente en su viaje al otro mundo. Con ello simboliza Jizo los pensamientos amorosos de los padres de forma parecida a la de Frau Berchta (Perchta) o Frau Holle en el ámbito centroeuropeo.

Job, figura bíblica simbólica del hombre de confianza inquebrantable en Dios a través de graves pruebas y reveses del destino. El *diablo* y Dios utilizan a Job como

Job es avisado de las tribulaciones que le esperan. G. Doré (1832-1883)

una «persona de experimento» para probar su actitud. El adversario, con el consentimiento de Dios, le impone toda suerte de aflicciones sin lograr que vacile en su afecto hacia Dios («Y yo mismo sé que mi Salvador vive», 19, 26). Job sabe que no puede discutir con Dios y debe reconocer su incomprensible sabiduría, y por ello Dios le bendice de suerte que le es devuelto el doble de lo que había perdido; después vivió todavía «140 años y vio hijos e hijos hasta la cuarta generación». La concepción tipológica de la anticipación neotestamentaria de hechos del Antiguo Testamento convierte al sufriente Job, de quien hacen burla sus anteriores amigos, en prototipo del burlado Jesucristo durante su pasión y que más tarde, viviendo en su nueva felicidad de hombre recompensado, es el modelo del paraíso de los piadosos en el tiempo del fin, mientras que los amigos mofadores simbolizan a los herejes. A Job, que en su momento estuvo aquejado de lepra, y luego sanó, se le consideró en muchas ocasiones como santo patrón de los hospitales, en especial de las leproserías. (Véase *Lázaro*.)

José, el padre nutricio de Jesús, descendiente del linaje del rey *David*, figura entre los santos populares de la cristiandad y en regiones católicas se convirtió en predilecto patrono onomástico. Según el evangelio de Mateo, es el hombre de «María, de la que nació Jesús, el que es llamado Cristo». Un *ángel* le informó acerca de la generación del Mesías por el Espíritu Santo y él fue después de esto el padre nutricio de Jesús hasta que éste tuvo diecinueve años, según refieren tradiciones legendarias («Historia de José, el carpintero»). «El buen padre nutricio desaparece con la sencillez de una persona que sabe que su misión en esta tierra se ha cumplido... Él había protegido al Niño, así como había ayudado a la madre a asumir su vocación sobrenatural... El escrito apócrifo no deja de tener razón cuando nos muestra al ángel del Señor velando sobre la muerte de este hombre bueno (Daniel-Rops).» El carpintero (en arameo naggar - ebanista, constructor) José se convirtió en el símbolo de la persona desinteresada y abnegada: «María, desposada con José, elige la virginidad permanente tras haber alumbrado al divino Niño siendo *Virgen*» (J. B. Bauer, 1967). El matrimonio contraído con la intención de renunciar al comercio carnal recibe el nombre de «matrimonio josefino» en el sentido de esta opinión doctrinal eclesiástica.

José: el padre nutricio de Jesús en Leyenda de santos de W. Auer, 1890

Judas Iscariote, engullido por un Lucifer de tres caras. Obras de Dante, Venecia, 1512

Judas, el traidor que entregó a Jesús a sus enemigos, y que tuvo tal remordimiento por su mala acción que, desesperado, se ahorcó, para convertirse así en la figura simbólica de todos los traidores. Así, por ejemplo, al campesino Raffl, que entregó al tirolés Andreas Hofer, campeón de la libertad, a los franceses, y fue causa de su fusilamiento, se le llamó el «Judas del Tirol». Sin embargo, hay leyendas en que se puede reconocer ocasionalmente algo de compasión por el traidor que por su maldad hizo posible la Redención (la crucifixión de Cristo). En la «Navigatio Sancti Brandani», la navegación del irlandés san Brandano (hacia 484-577), que llevó a éste a las míticas «*Islas de los Bienaventurados*», se habla también de que el alma de Judas, en una isla del mar septentrional, recibe una vez al año un día de «licencia del *infierno*» para que se refresque del *fuego* eterno, porque una vez regaló un paño de lino a un pobre. No obstante, más tarde vuelven los *diablos* a apoderarse de su alma y la llevan de nuevo al infierno. En las artes plásticas se representa a menudo a Judas con la bolsa del dinero en la mano, el precio de su traición por «30 monedas de plata», o besando a Jesucristo como señal de identificación para sus esbirros («beso de Judas»). El soberano retrato, y al propio tiempo ingenuamente anacrónico, de la figura de Judas en el espectáculo de la Pasión en la Pascua, con total desprecio de la lógica cronológica, se expresaba en los versos que el actor que encarnaba este personaje tenía que decirles a los fariseos: «Voy a entregaros a Jesucristo, el cual murió en la cruz por nosotros...».

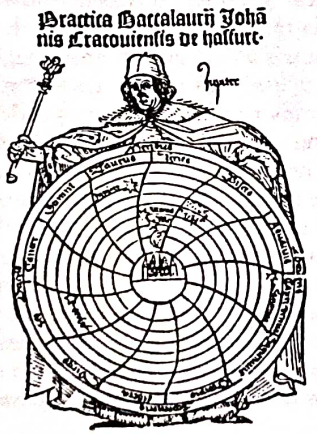
Juegos. Los juegos son actividades voluntarias, carentes de finalidad, con un matiz de placer, que transcurren según determinadas reglas y encierran en parte interpretaciones simbólicas olvidadas. Hay imitaciones de ritos y funciones religiosas que se han conservado en forma atenuada en la comunidad de los niños pero que hace ya tiempo fueron olvidadas en el mundo de los adultos. El «juego del *cielo e infierno*», en el que unos niños trazan en el suelo un camino de caracol en *espiral* y saltando con un pie van empujando una piedrecita a través de doce campos hacia el centro, sugiere la imitación mítica de la carrera del Sol. De ahí se deriva el «saltar del templo», que simula un camino de pruebas entre el «cielo» y el «infierno». Entre los juegos de tablero, el juego del *molino* parece representar el reflejo de un antiguo esquema *cuadrado* de ima-

Juegos: figurita de arcilla de un jugador de pelota de pala con traje protector. Jalisco, México

gen cósmica, ya que a menudo aparece como imagen incisa en la roca, no solamente «jugable» sobre una losa de piedra, sino también trazado sobre paredes rocosas y verticales, y que por lo tanto debe representar algo más que un mero tablero de juego. El juego de ajedrez tenía en la antigua India como chaturanga *cuatro* partes, y las jugadas de las figuras venían determinadas por el dado. Tenía importancia como rito de meditación en la fiesta budista de la Luna llena. El ejedrez de la India pasó a Europa adaptado para jugar en él dos personas. Los juegos de *pelota* con significado originariamente ritual no eran usuales solamente en el antiguo México (tlatchtli), sino también en la Edad Media europea, donde solía jugarse con una pelota de cuero dorada de hasta un metro de diámetro desde la puerta oriental a la occidental de una población, lo que correspondía a la carrera del *Sol*. Tales juegos de pelota, realizados incluso por clérigos, se practicaban casi siempre en primavera (por Pascua de Resurrección o el 1 de mayo), por ejemplo por casados contra célibes. Según esto, es evidente que también el juego de fútbol tiene un trasfondo simbólico. Carreras de *caballos* y otras competiciones, en épocas prehistóricas o en tiempos muy primitivos, acompañaban las celebraciones fúnebres con el fin de exhibir disponibilidad y valor para las potencias superiores, mientras que los juegos de azar muchas veces se originaron a partir de técnicas de oráculo. Muchos juegos de azar representan también lo que antes era el duelo entre hombre y hombre para decidir el destino, y consecuentemente las deudas de juego se designan con el nombre de «deudas de honor». La iconografía *alquímica* llama «juego de niños» (ludus puerorum) a las operaciones fáciles de realizar.

Júpiter, en griego Zeus, el señor del *cielo* en el *monte* Olimpo, se le consideraba soberano todopoderoso con el haz de *rayos* en la mano. Su contrafigura astral es, como sabemos hoy, el mayor *planeta* del sistema solar, que da una vuelta alrededor del sol en unos 399 días. También la órbita de Júpiter, como la de Marte, vista desde la tierra, forma lazos y curvas en forma de S, lo cual podría re-

Júpiter como regente del año. Joh. Hassfurt, 1491

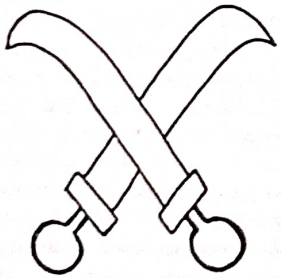


Júpiter con el haz de rayos. V. Cartari, 1647

lacionarse con los mitos antiguos de los irregulares amoríos del padre de los dioses. Se considera a Júpiter el «gran dispensador de felicidad» o «benéfico» con la «casa diurna» en el signo de *sagitario* y la «casa nocturna» en el de *piscis*. Los «hijos de Júpiter» se consideran «joviales», benévolos, amistosos, bondadosos, y, en versión negativa, soberbios y caprichosos. Júpiter es un planeta del día; varonil, nutricio, benéfico, señor de la edad humana de 57 a 68 años y rige la religión y el derecho. Su color es el *rojo* purpúreo o el *verde*, su metal el estaño, y las *piedras preciosas* que le corresponden son la *esmeralda*, la *amatista*, la turquesa y el jaspe, y como piedra de adorno también la serpentina noble. En la antigua China, este planeta, que irradia una luz blanca amarillenta, es el Señor de Oriente, con el color simbólico *azul*, al que le corresponde el «elemento madera».

K

Kukri, el puñal de los regimientos de los gurkhas del Nepal, una daga curva con el filo doblado hacia dentro. Dos kukris cruzados son el escudo de estas tropas de mercenarios reclutadas por instructores ingleses, que, como temidos combatientes, se hallaban estacionados en diversas partes de Asia. El blasón corresponde a la representación simbólica europea de las dos *espadas* cruzadas, que significa «batalla».



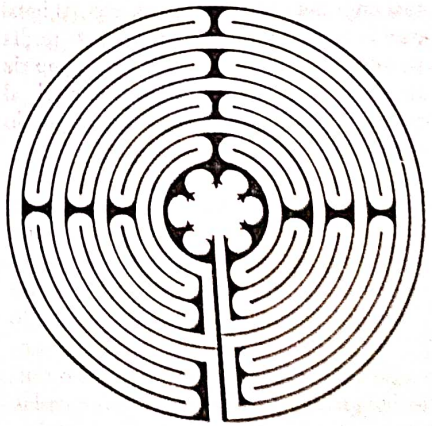
Kukri, el emblema de los regimientos de los gurkhas indios

L

Lábaro, el estandarte real romano que se llevaba delante del ejército; luego, en el sentido más estricto, en la época cristiana, el estandarte de la victoria con el *chrismon* (Cristograma) que se dice que acompañó al emperador Constantino el Grande en su victoria en la batalla del Puente Milvio (312) sobre Magencio. Así, el lábaro se convierte en la Edad Media en la insignia del Jesús resucitado como símbolo de su triunfo sobre la muerte. También el «*Cordero* de Dios» (Agnus Dei) se representa con este estandarte de victoria en las procesiones de Pascua de Resurrección.

Laberinto, una determinada clase de camino sinuoso que en su forma originaria se construía en lazos o meandros en *espiral* alrededor de una *cruz* de ejes. La difusión casi mundial de laberintos construidos de la misma manera permite suponer que tenían un significado como símbolos religiosos y manifestaban, por ejemplo a pequeña escala, un largo y dificultoso camino (¿de iniciación?). En épocas más recientes, designados como «fortalezas de Troya», estos laberintos parecen haber fijado gráficamente determinadas danzas religiosas. Así, en la Antigüedad eran, entre otras cosas, mosaicos de pavimento y en Escandinavia, sobre todo en la isla de Gotland, se construyeron mediante piedras alineadas unas junto a otras. En ciertas catedrales medievales, con el nombre de «Chémins à Jérusalem», se entendieron como sustitutivos de una peregrinación a Tierra Santa, cuando el fiel los recorría en oración y de rodillas: el mosaico del suelo de la catedral de Chartres tiene un diámetro de 12 metros y el camino recorrido es de unos 200 metros. En muchas leyendas y mitos de pueblos extraños se habla de laberintos que el héroe tiene que recorrer para alcanzar un gran objetivo. También la leyenda del héroe Teseo, que en el laberinto de Creta mató al Minotauro, criatura mixta de *toro* y ser humano, hace referencia al carácter iniciático del símbolo del laberinto. Véase *Ícaro*. En tiempos más recientes, sobre todo en el Barroco y en el rococó, los laberintos construidos originariamente conforme a un claro esquema se transformaron en complicados jardines de caminos formados por setos y cuyo fin exclusivo era la distracción de los visitantes

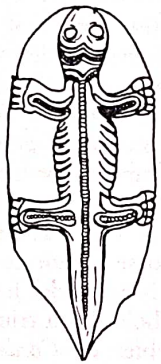
Laberinto: mosaico del suelo de la catedral de Chartres



Laberinto en el emblema barroco. Simbolografía de J. Boschius, 1702

del parque. En el sentido psicológico, el laberinto es expresión de la «búsqueda del centro» y puede compararse con una forma incompleta de *mandala*.

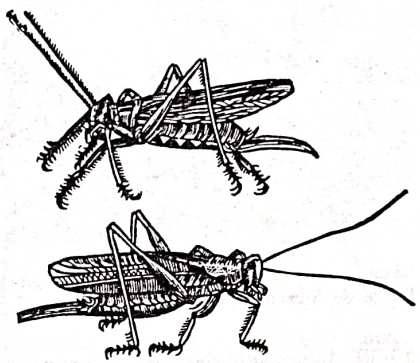
Lagarto. El texto del «Physiologus» paleocristiano refiere que el lagarto, cuando se vuelve viejo y sus *ojos* se han apagado, se introduce arrastrándose en la grieta de un muro orientado hacia el este. Cuando sale el *sol*, «se le abren los ojos y se le curan. De este modo tú, hombre, cuando... se te enturbien los ojos de tu corazón, debes buscar el sol naciente de la justicia, nuestro Señor Jesucristo, y él



Lagarto: talla maorí de una jamba de puerta de la aldea de Ohinemutu, Nueva Zelanda

abrirá los ojos de tu corazón». Como animal «invernante» se convirtió en símbolo de la muerte con posterior resurrección, pero también se le representa en monedas en el momento en que el dios del sol (Apollon sauroktonos) le da muerte. En monedas romanas fue atribuido a la diosa de la salud, Salus, a causa de su facultad de regeneración cuando pierde la cola; en el libro de sueños de Artemidoro se le consideraba como alusión a «mentalidad despreciable». En la época cristiana se asumió su valoración positiva (renacimiento, rejuvenecimiento mediante la muda, anhelo de *luz* —espiritual—) y aparece representado este animal en linternas, incensarios, etc. Al igual que la *abeja*, también un lagarto podía personificar al alma y salir en forma de tal de la boca del durmiente, el cual, al regreso del animalito, tenía noción de lo sucedido.

Langosta, temible símbolo de plaga del campo debido a su aparición frecuentemente masiva. De la plaga de langostas ya se habla extensamente en la historia bíblica de Moisés: «Cayeron sobre todo Egipto y se abatieron allí formando enjambres. Nunca anteriormente hubo tantas langostas como entonces y nunca las



Langostas, por E. Topsell, de la obra «History», 1658

volverá a haber tan numerosas. Cubrieron la superficie de todo el país y devoraron todos los vegetales... y no quedó nada verde en los árboles y plantas del campo en todo Egipto» (Éxodo 10, 14-15). También para el profeta Joel es la plaga de langostas un ejemplo del castigo divino y ocasión para llamar a hacer penitencia. En el Apocalipsis de Juan (9, 3) se dice que del *pozo* del abismo sube humo, del cual salen langostas «y se les dio poder, como el poder que tienen los escorpiones sobre la tierra. Y se les dio el encargo de que no hicieran daño a la hierba de la tierra ni a todo lo verde, ni a un árbol, sino solamente a los hombres que no llevan el sello de Dios en la frente». Ya no son evidentemente langostas migratorias, sino seres demoníacos: «Y las langostas son como los caballos enjaezados para la guerra y sobre sus cabezas hay como coronas de oro y su rostro es como el rostro humano. Y tenían cabellos como cabellos de mujer y sus dientes eran como los de los leones, y tenían corazas como corazas de hierro y el ruido de sus alas era como el ruido de muchos corceles que corren al combate, y tenían colas como los escorpiones, y aguijones; y en sus colas estaba el poder de hacer daño a los hombres por cinco meses. Y tenían sobre sí a un rey, el ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abaddon y en griego tiene el nombre de Apollyon (Corruptor)» (9, 7-11). En la obra «Moralia in Iob» de Gregorio Magno (540-604), la langosta es compañera de lucha de Cristo contra los paganos, y a causa de que muda su piel, se convierte en el símbolo del Salvador resucitado. En el «Bestiarium» medieval se cuenta a la langosta entre los «gusanos», aunque no permanece en un mismo sitio como la oruga, sino que va de un lugar a otro y todo lo devora. En la antigua China, este animal era por una parte símbolo de la «bendición de tener muchos hijos»; por otra parte, los enjambres de langostas se consideraban indicio de un trastrorno del orden cósmico.

Laurel (gr. *daphne*, lat. laurus), arbusto o árbol de los países mediterráneos que estaba consagrado al culto del dios *Sol* Apolo. El mito de la transformación en este arbusto de la ninfa Daphne amada por Apolo explicaría la relación entre el dios y esta planta. Con la ayuda de ella Apolo daba oráculos y con ella se purificó después de matar a la serpiente-*dragón* Pythón y a Orestes después de asesinar a su *madre* Clitemnestra. Al laurel se le atribuía no sólo un poder curativo medicinal, sino también la virtud de purificación después de una contaminación psíquica. Bosquecillos de laureles rodeaban los santuarios de Apolo y la sacerdotisa de los oráculos, Pythia, mascaba hojas de laurel en Delfos cuando subía al trípode coronado de laurel. Pero el laurel estaba también consagrado (junto con la *hiedra*) al dios de los éxtasis, Dionisos, y también a *Júpiter* en la antigua Roma. Su valor simbólico era el de la paz después de la victoria sobre los enemigos. Los mensajes de victoria y las armas victoriosas se rodeaban de ra-

Laurel, cuya madera resiste al rayo. W. H. Barón de Hohberg, 1675

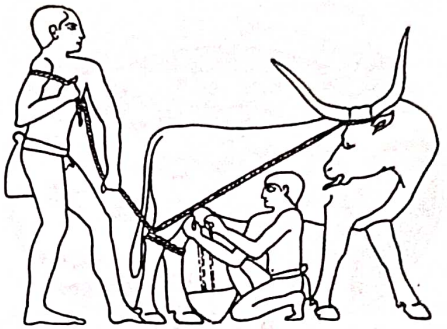
mitas de laurel y se depositaban junto a la imagen de Júpiter. También purificaban ritualmente la *sangre* derramada y según la leyenda el laurel se convirtió en el único de todos los árboles plantados por el hombre que jamás fue herido por el *rayo*. En ciertos holocaustos se quemaban ramas de laurel, cuyo chisporroteo se tenía por buen augurio. *Coronas* y ramas de laurel se representaban en monedas y gemas como atributos de *Júpiter* y de Apolo. También el cristianismo primitivo apreciaba las hojas de laurel por su aspecto siempre *verde* y ciertamente como símbolo de la nueva vida mediante la acción redentora de Cristo. Como figura alegórica se representó a través de los siglos a la diosa Nike de la victoria con la corona de laurel en la mano que ella pone sobre la cabeza a los héroes victoriosos.

Lázaro, el «pobre Lázaro» (Eleazar), según la parábola de Jesús (Lucas 16,

Lázaro como mendigo leproso. Dibujo según la Biblia de Merian, Estrasburgo, 1625.

19-30), figura simbólica de la persona que en la tierra sufre pobreza y enfermedad y que, en cambio, se verá indemnizada en el *más allá*, mientras que su contrafigura, el «rico libertino», sufrirá dolor en el llameante *fuego del infierno* después de la muerte. Lázaro reposa en el *seno de Abraham*, mientras que a su contrario no se le permite que «moje en agua la punta de su dedo para refrescarse la lengua», puesto que «entre nosotros y vosotros se abre un gran abismo, de suerte que los que de aquí quieren pasar adonde estáis vosotros no pueden, ni pueden los de ahí venir a nosotros». Puesto que el «pobre Lázaro» durante su vida en la tierra había estado aquejado de lepra, se convirtió también en protector de las leproserías (como *Job*) y más tarde de los hospitales en general, que recibieron el nombre de «lazaretos». Según el relato evangélico, Jesús resucitó de entre los muertos al otro Lázaro, hermano de María y Marta de Betania, al que se le representaba envuelto en vendas fúnebres, a menudo como personificación de la fe en la resurrección. Ciertas asociaciones caritativas (Lazaristas, Obra auxiliadora de San Lázaro) entroncan con este simbolismo de las dos figuras de Lázaro.

Leche. El primer alimento energético del ser humano y de los animales mamíferos, a causa de su color *blanco* y de su



Leche: técnica de ordeño en el antiguo Egipto. Relieve funerario, Sakkara, hacia 2400 a.C.

suave sabor, suele tener el carácter simbólico del manjar de los dioses y de la «ofrenda pura». Muchas veces se la relacionó con las fuerzas *lunares* y en ocasiones se le atribuyó el poder de apagar el *fuego* «de signo masculino» del *rayo*. En la doctrina india antigua de la creación del mundo, los dioses convirtieron el cosmos, como *mar* primigenio de leche, en sólida mantequilla con la ayuda de una *serpiente* que sea hallaba enroscada alrededor de la *montaña* del mundo. La bebida sagrada, llamada soma, se comparó con la leche y la leche calentada en el sacrificio védico se concibió como símbolo de la divina corriente de vida. En el antiguo Egipto se encuentran representaciones en las que la diosa Isis da el *pecho* al faraón, lo cual en algunas culturas (entre los etruscos, Uni/Juno amamanta a Hercle/Heracles; y en tribus berberiscas) se entendió como rito de adopción. En los rituales del culto de Atis y Mitra, el consumo de leche y *miel* tenía carácter sagrado. La «tierra prometida» de Canaán simbolizaba abundancia porque «mana leche y miel» (Éxodo 2, 8). Son muy numerosas las alusiones bíblicas al carácter simbólico de la corriente de alimento puro y suave para el elegido, y también se la considera a menudo como alimento del niño aún no desarrollado, que no recibirá alimento sólido hasta que sea mayor (Carta a los Hebreos 5, 12 y sigs.). Las libaciones de leche eran usuales en muchas culturas de pastores. En la antigua China nunca se bebía leche, pero con ella se preparaban alimentos. Decíase que la leche de mujer daba potencia y larga vida. En el arte cristiano medieval se representa a «Maria lactans» con el niño Jesús al pecho, como contraimagen de la «mala madre que amamanta serpientes». Las nodrizas se dirigían especialmente a la imagen de la Virgen lactante y compraban tortas de *tierra* procedentes de Belén, donde, según la leyenda, la leche materna de María había goteado sobre la tierra. También veneraban, en el año 307 d.C., a la decapitada Catalina de Alejandría, en cuya muerte por martirio se dice que derramó leche en vez de *sangre*. En la época de los minnesingers, el tomar la pura «leche de la piadosa idiosincrasia» (así se lee en el *Don Carlos* de Schiller), simbolizaba el tener en consideración los principios de la moralidad cortesana. Las ofrendas de leche solían concebirse en culturas antiguas como ceremonias de purificación.

En la iconografía de la *alquimia*, la leche es uno de los símbolos para los dos principios primarios, *azufre y mercurio*, junto con la sangre; así, por ejemplo, en el

Leche: origen de la vía Láctea y de los lirios de la leche materna de Hera. V. Cartari, 1647

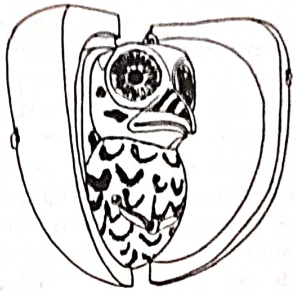
«Chymisches Lustgärtlein» de Stoltzius (1624), se dice que de la blanca leche y la roja sangre se produce «mucho *oro* pesado». La leche podría ser aquí un eufemismo alegórico por esperma, ya que según una antigua teoría de la procreación, el origen de la vida se producía por la unión del blanco esperma y la *roja sangre* de la menstruación. La vía Láctea (en griego galaxis) se originó, según antiguos mitos, cuando Hera (Juno) apartó de su pecho al pequeño Heracles, que mamaba con violencia, con lo cual la leche divina se derramó y se esparció por la bóveda celeste (véase *lirio*).

Lechuza, ave corriente en Europa como animal simbólico de la diosa Pallas Athenea («llevar lechuzas a Atenas», expresión de hacer algo superfluo). Su contenido simbólico es ambivalente. Las lechuzas (y los mochuelos, que apenas se diferencian de ellas), al hombre se le antojan dotadas de una mirada sabia y expectante, concentrada sobre sí misma, reflexiva y caviladora, y dotadas también de la facultad de ver en la oscuridad. «Las lechuzas tienen también, por su naturaleza, un significado especial, sobre todo por pasar su tiempo de guardia durante la mayor parte de la noche; por esto son apropiadas para los soldados despiertos y otros, como aquellos que se entregan al estudio» (Böckler, 1688). Aquí

Lechuza en un vaso ático de figuras rojas, hacia 470 a.C.

Lechuza: mochuelito atacado por pájaros. W. H. Barón de Hohberg, 1675

se menciona también un ejemplo simbólico extraeuropeo: «El khan tártaro lleva en un dorado escudo una negra lechuza nocturna porque el primer emperador tártaro, Gengis Khan, salvó su vida mediante una de estas aves». Como símbolo de la erudición y del saber que ve a través de la oscuridad, esta ave puede verse a menudo en marcas de imprenta de editoriales y librerías científicas, puesto que también la diosa Atenea/Minerva se considera una personificación de la sabiduría. En cambio, en la creencia popular, el mochuelo y la lechuza desempeñan un papel negativo. Y esto es así ciertamente por su género de vida nocturno (temor a la *luz*), su insociabilidad, su vuelo silencioso y su voz lastimera («ave de mal agüero»). Con ello representan la aversión a la luz espiritual; en cambio, en su concepción positiva, representan a Jesucristo en la «noche del sufrimiento y de la muerte». El poeta barroco Hohberg (1675) habla de la agresividad de los pájaros diurnos a la vista de esta ave nocturna: «Cuando los pájaros ven al mochuelito, lo atacan con grandes gritos. Si alguna vez puede el mundo abrir los cerrojos de la Iglesia, la asaltará con asesinato y tiranía». En el judaísmo, se imaginó al demonio femenino nocturno Lilith en compañía de la lechuza; en el hinduismo, esta ave sirve de montura a la terrible y tenebrosa diosa Durga en su manifestación como «Camuda»; entre los mayas del Yucatán, el dios de los muertos Hunhau suele representarse con cabeza de lechuza. En la China, la lechuza es el contraste negativo del *fénix* y anuncia calamidades, probablemente a causa de sus grandes y fijos «ojos de demonio» y en base a la fábula según la cual las jóvenes lechuzas no aprenden a volar hasta que les han sacado despiadadamente los ojos a sus progenitores. En cambio, hubo un tiempo en el cual, durante la dinastía Shang, esta ave tuvo evidentemente un significado positivo, puesto que muchas vasijas de bronce ostentan su figura. En la cultura preazteca del antiguo México (Teotihuacán), la lechuza estaba consagrada al dios de la lluvia, pero entre los aztecas simbolizaba una criatura demoníaca nocturna y un mal presagio. Todas estas dobles interpretaciones podría ilustrarlas el siguiente refrán: «Lo que para uno es su lechuza es para otro su ruiseñor».



Lechuza como animal de las almas en corazones de madera plegables en el drama con máscaras de los indios tsimshian, costa noroeste de Norteamérica

Lengua, como órgano humano, muchas veces simbólicamente equiparado con «idioma» o «lenguaje», ya que participa grandemente en la articulación de la mayoría de las consonantes: «Hablar en lenguas extrañas» significa, pues, dominar idiomas extranjeros y de ahí sale también «xenoglosia» (el conocimiento paranormal de idiomas extranjeros sin haberlos aprendido). «*Corazón* y lengua» son en el antiguo mito egipcio los instrumentos con que el dios Ptah produjo la Creación, es decir, con la razón y el lenguaje (la palabra creadora). Sentencias de sabiduría advierten al hombre contra el dejarse guiar solamente por la lengua. Numerosos proverbios bíblicos equiparan «lengua» con «lenguaje, uso de la palabra», por ejemplo: «*Plata* acrisolada es la lengua del justo» (Proverbios de Salomón 10, 20). «Muchos caen al filo de la espada, pero muchos más cayeron por la lengua» (Eclesiástico 28, 18). En los Hechos de los Apóstoles (2, 3 ss) el Espíritu Santo se manifiesta en el milagro de Pentecostés en forma de lenguas de *fuego*, y tiene lugar el milagro de la xenoglosia (véase arriba). En la iconografía cristiana la lengua es atributo de

Lengua: san Juan Nepomuceno con lengua en la mano. Leyenda de Santos de Auer, 1890

mártires a los que se cortó la lengua, como por ejemplo, san Juan Nepomuceno, patrón del secreto de confesión, y san Emmeran de Ratisbona, de quien se dice que aun sin lengua predicaba. Para santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) la lengua tiene que ver con el *elemento agua*: hace referencia «a la elevación de las aguas cuando van a causar una inundación. De la misma manera que por la lengua se forman las palabras, estas aguas forman las olas por la elevación. Por ello se indica que el alma, en su anhelo por alcanzar el cielo, se siente impulsada a cantar la alabanza de su Creador». «Hablar lenguas» se llama también el extático balbuceo de grupos incomprensibles de sonidos, en griego glosolalia, usuales en algunas iglesias libres (camisardos, irvingianos, movimientos pentecostales) y ya en el Antiguo Testamento, atribuido por Isaías al profeta visionario: «Porque sav lasav, sav lasav, kav lakav, kav lakav, zer sam zer sam, balbuceando como quien tartamudea en una lengua extranjera» (28, 10). Adeptos de «comunidades pentecostales» consideran que tales manifestaciones de profunda emoción son inspiraciones supraterrenales, algo así como «lenguas de *ángeles*». La «lengua viperina» es la de aquel que en la conversación la utiliza para zaherir; es «la del que habla con lengua bífida» como la de las *serpientes* (que según una antigua superstición se emplea para dar mordiscos venenosos). En el antiguo México existía una cruel manera de automortificación que consistía en pasar por la lengua un cordón con *espinas*.

León, como el *águila*, un símbolo de realeza, a menudo representado en heráldica y designado en la fábula como «rey de los animales». *Astrológicamente*, como *constelación*, está relacionado con el *«planeta» Sol* y sus rasgos simbólicos son también de naturaleza solar. La base para ello la constituye probablemente la fuerza del animal y también su color pardo dorado y la melena a modo de rayos solares del macho. Al igual que del águila, también del león se afirma que puede mirar directamente al Sol sin parpadear. La signatura masculina del león le hace aparecer también como parte complementaria de grandes diosas (Cibeles, Artemis, *Fortuna*, aunque también en su forma femenina de leona). En Egipto era la leona la forma de manifestación de la diosa de la guerra Sechmet, mientras que el león con el disco solar sobre la cabeza representaba al dios Ra. También el *cielo*, en la época primitiva, antes de que su simbolización se impusiera mediante la diosa celeste Nut o una *vaca*, adoptó la figura de un león, que todos los días, al atardecer, devora al sol. En la Antigüedad, no era raro que los dioses y héroes de la época mítica, como Heracles, se representasen como vencedores de un león, para simbolizar la victoria del espíritu humano sobre la naturaleza animal. En el simbolismo cristiano, la figura del león es ambigua, por un lado como símbolo de la fuerza de la tribu de Judá, pero luego también como imagen del adversario devorador contra el cual sólo Dios puede garantizar la protección («Daniel en el foso de los leones»). El texto paleocristiano del «Physiologus» contiene fábulas simbólicas sobre el león, como por ejemplo, que al caminar va borrando las huellas con la cola («Así también Cristo, mi Salvador, el vencedor procedente de la tribu de Judá... enviado por el Padre invisible, borra sus huellas espirituales, es decir, su divinidad»), o que en su *cueva* duerme con los ojos abiertos («Así duerme el cuerpo de mi Señor en la cruz, pero su divinidad vela a la diestra de Dios Padre»). Finalmente, refiere las maravillosas circunstancias de

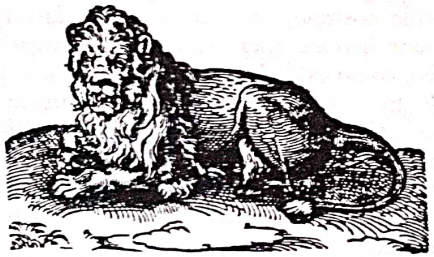
León: el león como rey de los animales. «Buch der Weisheit» (Libro de la Sabiduría), Ulm, 1483

León: motivo de la escena bíblica «Daniel en el foso de los leones», Tumba de Blossus, Iglesia del columbario de Bordjel-Youni, Túnez

su nacimiento: «Cuando la leona trae el hijo al mundo, lo pare muerto y vela junto al cadáver, hasta que al tercer día viene el padre y le sopla en la cara... (la leona) se sienta frente a él tres días enteros y lo mira (al cachorro). Pero aparta la mirada, porque no está vivo. El león macho lo resucita soplando el aliento vital dentro de los orificios de la nariz». «Así también los incrédulos paganos, durante los tres días de reposo en el sepulcro y la Resurrección de nuestro señor Jesucristo levantaron los ojos hacia él y fueron hechos vivos (espiritualmente)... Cuando vino el león macho, es decir, la palabra viva, él (el Espíritu Santo) sopló sobre ellos y los hizo vivos.» Sigue la interpretación negativa: el hombre debe permanecer en la fe en Dios para no caer en la tentación del león, «es decir, del diablo. Porque éste, aun cuando no se muestre al hombre, trata, mediante las tentaciones, de devorarle, como el león...». En la iconografía de la *alquimia*, el león es en parte un símbolo de la materia primaria *azufre*, pero, por otra parte, «como león *rojo*», simboliza la «piedra filosofal» terminada; un león *verde* representa un disolvente con gran fuerza de descomposición. Generalmente el león representa extremos, bien, en el sentido positivo, como prototipo de la persona heroica, bien, en el sentido negativo, como símbolo del mundo diabólico (1 Pedro 5, 8). Frecuentemente se representa a Cristo como vencedor de personificaciones animales como el león, el *dragón* o el *basilisco*. Su modelo tipológico en el Antiguo Testamento es Sansón, que despedazó un león. En el Asia oriental, los leones sólo eran conocidos por la tradición remota, y el nombre del león (shih) se deriva del persa «sir». Por ello los leones representados en cuadros y como esculturas tienen poco en común con el modelo natural. Como figuras de guardianes de puertas se representan dos leones estilizados que protegen la entrada de recintos sagrados. El de la derecha está concebido como masculino y tiene bajo su garra una *bola* o una *perla*, mientras que el de la izquierda (una leona) tiene un cachorro. En la danza del león, que se celebra el día 15 del primer mes lunar, se utiliza una máscara de león con ojos de oro y dientes de *plata*, y sólo se puede aplacar

al «león» mediante pequeñas ofrendas de dinero. Hombres cabalgando leones son símbolos de fuerza divina. En el Japón, el león (*perro-león*) ha perdido todavía más su aspecto natural; se le llama «perro de Buda» y como «karashishi» vigila también aquí la entrada de recintos de templos.

En la *heráldica* europea, es el león —junto al *águila*— el animal heráldico que aparece con mayor frecuencia, generalmente representado erguido o en actitud enfurecida (con las fauces abiertas, lengua extendida y levantadas las garras anteriores), con un cuerpo muy esbelto y peludo, casi siempre de color *rojo* o *dorado*, y las garras y la *lengua* de otro color. Dado que el león, como «*rey* de los animales», personificaba la virtud guerrera y la fuerza, ya en la Edad Media



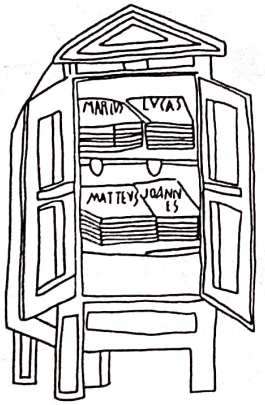
León: grabado en madera en la obra del Pseudo-Alberto Magno, 1531

se incorporó a menudo a los escudos, con lo cual su aparición cada vez más frecuente disminuyó el valor simbólico y ya no pudo suponerse una especial importancia en el dueño del blasón. En el simbolismo astrológico, el «signo de fuego» del león (Leo) se atribuye al *Sol* y al *oro*; como signo *«real»* marca a los nacidos entre el 23 de julio y el 23 de agosto. A estos nativos se les atribuyen cualidades como amor al lujo y a la riqueza, vanidad, tendencia al dominio y a la tiranía, pero también autoridad natural y magnanimidad, dependiendo evidentemente su expresión, en el sentido de una astrología popular, del simbolismo del quinto signo del zodíaco que recibe el nombre de este animal (Leo). La simbología de la psicología profunda confirma todo esto y ve el león como una criatura de fuerza grande pero soberanamente controlada, dominando en el reposo sin hacer alarde de fuerza, irresistible en el ataque y consecuentemente destructivo en la lucha. Cuando el león, según Ernst Aeppli, en el *sueño* «levanta su poderosa cabeza masculina, el que sueña se siente tan impresionado por el símbolo de fuerza instintiva, tan fascinado por una energía grande y peligrosa, que incluso si desconoce la interpretación del símbolo, presiente que pugna por abrise paso en su interior una gran e impetuosa energía que fomenta una nueva personalidad».

Libro, símbolo de la cultura y la religión superiores, como recipiente de la verdad revelada designado como «libro sagrado». En medida mucho más importante que el cristianismo, es el islam una «religión de libro»: el piadoso musulmán está obligado a leer y copiar varias veces el Corán (Qur'an, propiamente «lectura en voz alta»). Sin embargo reconoce también a los pertenecientes a religiones de libro (religiones reveladas), como son el judaísmo y el cristianismo tan pronto como estén dispuestos, bajo el dominio islámico, a pagar un tributo de protección, como por ejemplo, los cristianos mozárabes en la España mora. En el cristianismo, primeramente se hizo la distinción entre códices (libros de hojas unidas con cola) y rollos escritos (volumina), que a menudo se representan en las manos de los apóstoles cuando Cristo se los entrega como símbolo de la tradición de

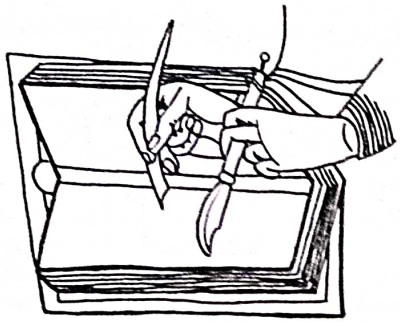
la doctrina. Sin embargo, los cuatro *evangelistas*, con sus animales simbólicos, aparecen representados como escritores de libro en el sentido actual. El Juez del mundo (Pantokrátor) se representa con frecuencia con un libro en la mano en el que están consignadas todas las acciones de los hombres y que se designa con *alfa y omega*. Como «libro de *siete sellos*» se considera el Apocalipsis (secreta Revelación) de Juan, cuyos sellos sólo pueden ser quitados por personajes inspirados. Representaciones de María muestran a la santa *Virgen* leyendo la Biblia o abriéndola (por el pasaje de Isaías 7, 14: «He aquí que una mujer joven concebirá»). El acto del vidente Juan tragándose el libro de la Revelación es un símbolo (susceptible de erróneas interpretaciones) de la «interiorización» de un mensaje divino. Santos doctos se representan a menudo con libros (además de los evangelistas, también entre otros Bernardo de Claraval, Antonio de Padua, Domingo, Tomás de Aquino, Catalina de Alejandría); también imágenes de las *sibilas* (con rollos escritos), de las representaciones alegóricas de la astronomía y la fe.

La mística judía tiene tanta fijación sobre el libro que incluso *Adán*, el primer ser humano, aparece ya confrontado con él. En el «Libro de Rasiel» (Sepher Razielis), del siglo XIII, al patriarca expulsado del paraíso se le aparece el *ángel* Rasiel y le comunica: «Me he aparecido para darte una idea de enseñanzas puras y gran sabiduría y familiarizarte con las palabras de este sagrado libro... Adán, ten buen ánimo, no temas y toma de mi mano este libro y anda con cuidado con él, porque de él sacarás saber y conocimiento y lo comunicarás a todo aquel que sea digno del mismo y le sea concedido... Adán lo conservó en santidad y pureza». La transmisión de un conocimiento elevado evidentemente sólo

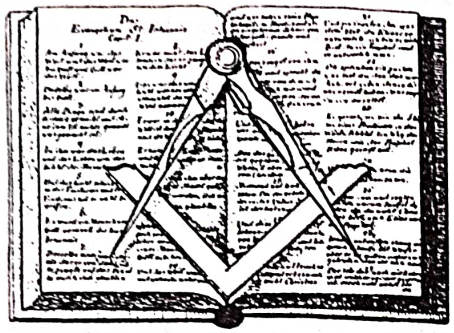


Libro: librería con los cuatro Evangelios. Mosaico del sepulcro de Gala Placidia, Ravena, s. V

se concebía con la ayuda de un libro procedente de elevadas esferas. En la antigua China, el libro (shu) era el atributo de doctos. Si unos niños pequeños escogían un libro entre varios objetos puestos ante ellos (plata, oro, banana, etc.) y alargaban la mano para cogerlo era señal segura de que seguirían la carrera de la gente docta. De aprecio especial gozaban los cuatro libros del maestro Kung (Confucio) y los «cinco libros clásicos» (véase *I-Ching*). Al parecer, fueron frecuentes las quemas de libros como gesto de hacer «tabula rasa» con tradiciones consideradas superfluas; así, por ejemplo, en el año 213 a.C., bajo la égida del canciller de Ch'in. Sólo estaba permitida la posesión de libros sobre la vida práctica. También el México antiguo conoció «libros sagrados», algunos de los cuales se han conservado (entre otros, Codex Borgia, Codex Laud, Codex Vindobonensis mexicanus 1), pero el cuarto rey azteca, Itzcóatl (1427-1440), había ordenado una quema de libros para hacer brillar exclusivamente la fama de Tenochtitlán mediante la destrucción de las tradiciones de otras tribus y ciudades-república. Otras destrucciones de tradiciones tuvieron efecto en la época de las mi-



Libro: detalle de la representación de un monje copista de libros con pluma y cuerno para la tinta, hacia 1170

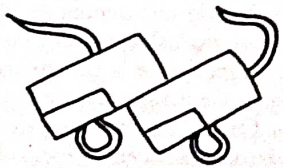


Libro: emblema francmasónico del Evangelio de Juan con compás y escuadra, hacia 1830

siones cristianas; así, por ejemplo, bajo el obispo Juan de Zumárraga en Tezeuco o bajo Diego de Landa en Yucatán, quien en 1562, en la ciudad de Maní, hizo quemar numerosos códices mayas.

En la *masonería*, encima del altar de la logia se encuentra, como uno de los «grandes luminares», el «Libro de la sagrada Ley», la Biblia, junto al código de la Gran Logia (los otros dos «grandes luminares» son la *escuadra* y el *compás*). En heráldica, el libro abierto desempeña un papel en escudos de ciudades universitarias y en la «Crónica de Richental», de la ciudad de Constanza. También el *león* de San Marcos (Venecia) sostiene en las garras un libro (el Evangelio de Marcos). La ciudad de Bochum ostenta un libro como blasón «parlante». Importante es el libro en hechos visionarios, incluso los de analfabetos, como de santa Juana de Orleans (Jeanne d'Arc, 1412-1431), la cual contrapuso su experiencia al saber libresco de los teólogos: «Mi señor tiene un libro en el que jamás ha podido leer clérigo alguno, por muy perfecto que fuese en sus estudios clericales». También Paracelso prefería la «lectura en el libro de la naturaleza» a los estudios teóricos. Actualmente, el libro tiene como símbolo, por ejemplo en los sueños, un significado básicamente positivo. «Naturaleza e inteligencia aparecen al inconsciente como grandes potencias de la vida. Como receptáculo de la inteligencia aparece con especial frecuencia el libro. Un libro antiquísimo, grande, de impresionante escritura: es el libro de la vida» (Aeppli). En el cristianismo, la Biblia lleva el nombre de «libro de los libros», del plural «biblia», del griego «biblion», libro. A su vez, esta palabra se deriva del nombre de la ciudad fenicia de Byblos, el más importante emporio antiguo del papiro, material de escribir de esa época.

Libro como símbolo de una de las «ocho preciosidades» de la China

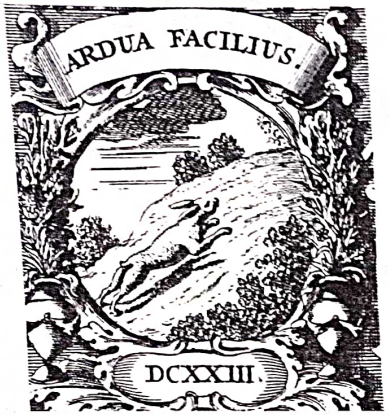


Liebre. Liebre y conejo no se distinguen en el simbolismo como tampoco en la creencia popular. En muchas culturas antiguas, la liebre es un «animal lunar», porque las manchas oscuras del disco de la luna llena recuerdan una liebre que salta; así es, por ejemplo, entre los aztecas (tochtli, al mismo tiempo el 8.° de los veinte signos de los días, un símbolo feliz), donde en los códices de la liebre, ésta está representada en un jeroglífico lunar en forma de U, y en la antigua China, donde la liebre lunar tritura en un mortero ramas de canelo y se considera un símbolo de longevidad. También en el ámbito del budismo indio y entre los celtas, entre lo hotentotes y en el antiguo Egipto, la liebre estaba asociada con la luna. Por lo demás, su valor simbólico está relacionado con las propiedades reales o legendarias de la liebre, por ejemplo, su vigilancia: dícese que la liebre duerme con los *ojos* abiertos; en opinión de médicos medievales, la carne de liebre produce insomnio (en la Antigüedad se decía que el que la comía tenía hermosura durante *nueve* días); su cobardía (en la simbología medieval, un hombre armado que huye ante una liebre representa la cobardía), su excesiva fecundidad y su disposición al apareamiento hacen de la liebre un símbolo de la lujuria, mientras que una liebre *blanca*, representada a los pies de la *Virgen* María, debe expresar la victoria sobre la «carnalidad». La «liebre de Pascua», relacionada con el *huevo*, símbolo de la fertilidad, representa un importante papel en la antigua costumbre de primavera de la Europa central. Otra peculiaridad de la liebre se menciona en el «Physiologus» paleocristiano: debido a que sus patas delanteras son más cortas, es más veloz cuando sube corriendo una montaña y entonces puede escapar de los que la persiguen. «Tú también, hombre, busca la roca, cuando seas perseguido por el maligno perro, el demonio... Cuando él ve que el hombre baja corriendo la montaña y lleva en el corazón las cosas terrenales y cotidianas, le persigue con mayor afán con la ayuda de pensamientos de confusión. Pero

Liebre: ventana de la catedral de Paderborn con tres liebres unidas por las orejas y formando un triángulo (símbolo de la trinidad)

cuando ve que corre en la voluntad de Dios y busca la verdadera roca (véase *piedra*), que es nuestro Señor Jesucristo, y asciende hacia la cima de la virtud, el perro se aparta, según la palabra de David, Salmo 34: deben retroceder y quedar avergonzados los que me quieren mal.» Tal vez explique este pasaje por qué la liebre aparece con relativa frecuencia en la iconografía cristiana. Su indefensión la convierte en el prototipo de la persona que sólo confía en Dios. Las liebres que mordisquean las uvas son quizá símbolo de las almas admitidas en el *Paraíso*, donde pueden saborear sin peligro los frutos de la vida eterna. En ocasiones aparecen representaciones de tres liebres en un *círculo* y sus orejas se unen formando un *triángulo*, tal vez una referencia a la *Trinidad* de Dios o a la fugacidad del tiempo que pasa velozmente en sus ciclos.

Antiguas concepciones atribuyen cualidades predominantemente positivas a la liebre, que también se consideraba como animal simbólico de Iberia. Su celeridad y vigilancia tiene, según Plutarco (46-120 d.C.), «algo divino». El animal favorito de la diosa Afrodita es, según Plinio (23-79 d.C.), de gran provecho para las mujeres: la carne de liebre hace fecundas a las mujeres estériles, y el comer testículos de liebre favorece la concepción de hijos varones. El mago Apolonio de Tiana (s. I d.C.)



Liebre, la cual sube sin dificultad monte arriba. J. Boschius, 1702

recomendaba llevar una liebre tres veces alrededor del lecho de una parturienta para facilitar el alumbramiento. En la antigua China, la liebre es el cuarto animal simbólico del Zodíaco (véase *estrellas*). La imagen de *seis* muchachos alrededor de una persona con cabeza de liebre simboliza el deseo expresado con ocasión de la fiesta de la luna de que los hijos de la familia tengan un apacible ascenso a cargos más elevados. Debido a su asociación con la luna, la liebre es un animal *«Yin»*. Un papel especial le corresponde en la leyenda budista según la cual una liebre compasiva, ofreciendo su vida, saltó al fuego para con su carne alimentar al Buda hambriento. Con ello se convirtió en símbolo del sacrificio de sí mismo en la confianza en la obra de la redención. En mitos de indios norteamericanos, la liebre representa un héroe cultural, por ejemplo Gluskap o Manabozho, el cual como creador transformó el mundo en su estado actual. Como figura de «pícaro» vence, mediante su astucia, a animales más grandes y más fuertes, tales como *osos* y búfalos. Para investigadores de símbolos con orientación psicológica, no son la celeridad ni la «cobardía» de la liebre los que se encuentran en primer término, sino su rápida multiplicación; esto la convierte en el prototipo de fertilidad animal y ardiente sexualidad.

Lince. Este animal de rapiña, especialmente conocido por sus *ojos* penetrantes (tener «ojos de lince»), es en la iconografía cristiana una criatura atribuida al reino del *diablo*, además de ser un animal que simboliza la agudeza de la vista. Se dice que incluso puede ver a través de las paredes. En heráldica, según Böckler, 1688, el lince tiene «la interpretación de una astucia rápida e inteligencia certera. El lince aparece como figura heráldica en el escudo de la Marca de Brandeburgo».

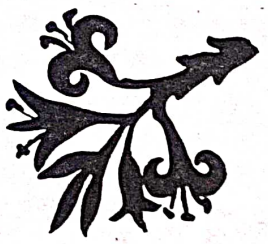
Lingam (Lingā), en la iconografía de la antigua India, imagen simbólica abstracta del miembro masculino de la procreación (falo), como esencia del principio primario creador como lo personifica el dios Shiva, señor de todo lo viviente. Esta representación fálica se remonta a cultos prehistóricos de la fertilidad, pero en la plástica casi siempre se representa alejado de la naturaleza, y ciertamente como tronco redondeado de columna, que en ocasiones recuerda imágenes del *omphalos* mediterráneo. También la representación del *Eje del mundo* podría relacionarse con esta figura. En el sentido de la concepción de un *sistema dual*, que reúne la polaridad de los sexos en una unidad mayor, la representación del lingam en el culto de Shiva se une a menudo al símbolo del *yoni*, en forma columna redondeada de piedra alrededor de cuya base se cierra un anillo de piedra, símbolo de la operación conjunta de los elementos primarios masculino y femenino en la cual se fundamenta toda la vida.

La secta shivaítica de los lingāyats, en la India meridional, fundada ya en el siglo XI d.C., se consagra a la veneración del lingam creador, que a menudo también se lleva como amuleto; frente a las ideas europeas, se alaba como «especialmente moral». No es raro que las columnas de lingam se representen rodeadas por la *serpiente* Kundalini, símbolo de la energía vital, como significación del conocimiento superior de la combinación de idea y materia alcanzado mediante disciplina espiritual. De una manera análoga se interpreta en la especulación esotérica el *caduceo* de Hermes (Mercurio) rodeado por dos serpientes. Todavía está viva en la India la veneración del mahalingā del dios Shiva, cuyo falo visitan innumerables peregrinos en la *cueva* de Armanath, en los montes de Cachemira. Allí dicen que en tiempos remotos se apareció Shiva en una columna de *fuego*, que luego se dividió y dejó ver la imagen del dios. En la misma cueva pueden ver los peregrinos una estalagmita de forma aproximadamente fálica. Según documentos históricos del reino medieval de los khmers (Camboya), en la época hinduista de Angkor, se encontraba el sagrado lingam de Shiva en el centro de los edificios de la ciudad, que en forma *cuadrada* reflejan la imagen del mundo.

Lirio. «El blanco lirio en gloria y esplendor / a muchas flores supera, pero dura poco tiempo. / Así el hombre también debe fenecer y envejecer, / cuando la gracia y el cuidado de Dios no le conservan» (Hohberg, 1675). El lirio, ya antes de la formulación de su valor simbólico, era altamente apreciado y tanto en Egipto como en la Creta minoica y en Micenas era un motivo decorativo predilecto. En el arte de la poesía se llama «liliácea» (dulce) a la voz de las *cigarras*

Lirio: grabado de un emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675

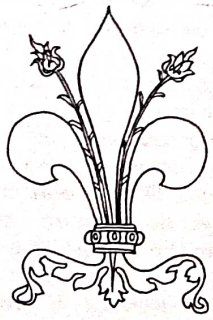
y de las *musas*. El mito hace brotar lirios de la *leche* de Hera que caía sobre la *tierra* mientras se originaba también la Vía Láctea. La diosa del amor, Afrodita (*Venus*), detestaba esta planta que infundía el sentimiento de inocencia y pureza y puso en ella su marca, que evoca el falo (véase *Lingam*) de un *asno*. No obstante, el lirio se convirtió, en el cristianismo, en el símbolo del amor puro, virginal. Gabriel, el *ángel* de la Anunciación, se representa casi siempre con un lirio en la mano, así como el padre nutricio *José* y los padres de María, Joaquín y Ana. Los «lirios del campo», que no hacen ningún trabajo, pero que Jesús alaba en el Sermón de la Montaña a causa de su papel de confianza en Dios —confianza que nunca hace preguntas— se convirtieron en la flor atributo de muchos santos (entre otros: Antonio de Padua, Domingo, Felipe Neri, Vicente Ferrer, Catalina de Sie-



Lirios: pintura al fresco en una casa de la isla Thera-Santorín. Hacia 1500 a.C.

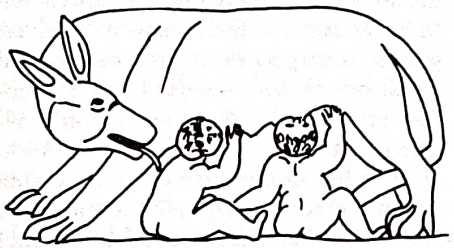
na, Filomena). Importante es el motivo de la «flor de lis» en heráldica, pues los lirios «son flores reales..., especialmente porque la figura del lirio semeja un cetro, o porque las serpientes huyen de los lirios, que despiden un perfume que anima el corazón» (Böckler, 1688). Dícese que un ángel le dio un lirio al rey franco Clodoveo I (481-511), que adornó desde 1179 el escudo de los reyes de Francia. A través de Luis XI llegó al escudo de los Médicis y de allí a los de Florencia y Toscana. El lirio de los Borbones se diferencia del lirio florentino en que éste presenta estambres. En el simbolismo popular el lirio no es solamente símbolo de la pureza —por ejemplo, en procesiones eclesiásticas—, sino también de la «pálida muerte». En leyendas populares, un lirio que aparece

Lirio: motivo de la «Flor de lis» de la heráldica francesa (s. xv)



misteriosamente anuncia la muerte de un fraile (Corvey, Hildesheim, Breslau). También la canción popular de los «tres lirios» plantados en la tumba alude al *simbolismo de la muerte*.

Lobo, una fiera que hasta la Edad Moderna aparece continuamente como muy peligrosa en la Europa Central; no es extraño que en los *cuentos* desempeñe un gran papel como peligro para el hombre y que siempre se presente como la imagen del enemigo en figura animal, y que aparezcan hombres sedientos de sangre convertidos en lobos (hombres-lobo). En la antigua mitología nórdica, el poderoso lobo Fenris debe ser encadenado, pero en la lucha final (*fin del mundo*) romperá sus ataduras, engullirá el *Sol*, hasta que en duelo con Odín, el dios *padre* del universo, será muerto, encontrando también este último la muerte. En la Antigüedad clásica, el lobo era considerado un «animal fantasma», cuya mera aparición dejaba sin habla a quien lo veía. Heródoto y Plinio refieren que los pertenecientes a la tribu escítica de los neuroi se convertían una vez al año en lobos, para volver a recobrar luego la figura humana. Es posible que en ello se escondiera el recuerdo de un *tótem* de la tribu en figura de lobo; también Gengis Khan se jactaba de descender de un «lobo escogido» de color gris azulado engendrado por el alto *cielo* (Tenggri). Entre los romanos, la aparición de un lobo antes de la batalla podía considerarse símbolo de futura victoria, ya que el lobo era el animal atribuido a *Marte*, dios de la guerra. En cambio, los espartanos, antes de la batalla de Leuktra (371 a.C.), temieron la derrota cuando unos lobos irrumpieron en sus rebaños. Aun cuando el lobo, porque ve «en la noche», puede concebirse como símbolo del *Sol* matutino (Apollon Lykios), predomina su



Lobo: La «loba del Capitolio» con Rómulo y Remo. Relieve de Aventicum (Avenches, Suiza), s. II

valoración negativa como encarnación de los poderes salvajes y satánicos. También en la antigua China personificaba la voracidad y la crueldad. La «mirada de lobo» designa la desconfianza y el temor ante la fiera que aparece en la manada. Solamente en los pueblos turcos de la estepa se concibe el lobo, como hemos dicho, como tótem de la tribu: llevaban banderas y estandartes con la cabeza del lobo.

En oposición a ello existen leyendas en las cuales unas lobas amamantan a niños y los crían (así, según un mito, entre otros, de la región de Ordos en el norte de la China). La temida fiera puede, pues, en determinadas circunstancias, convertirse en poderoso protector de criaturas desvalidas, aunque en su ambivalencia casi siempre predomina el miedo al «lobo malvado». En el mundo cristiano de las imágenes aparece el lobo primordialmente como símbolo del enemigo diabólico que amenaza el rebaño de los fieles (*cordero*). Únicamente a santos les es dado el poder de convertir en «piedad» la ferocidad del animal mediante su amorosa virtud de persuasión, como, por ejemplo, Francisco de Asís, Guillermo de Vercelli (que puso la silla de montar a un lobo), San Hervé y Filiberto de Jumièges. Dícese que San Simperto de Augsburgo salvó a un niño de las fauces de un lobo y obligó al animal a llevar de nuevo al niño a su *madre*. Las mismas «fauces del *infierno*» se representan en parte como la boca de un *dragón*, en parte como la de un enorme lobo. En el «Physiologus» tardoantiguo-paleocristiano, el lobo es un «animal astuto y maligno» que en su encuentro con el hombre se finge inválido para luego atacarle. «San Basilio dijo: así son las personas astutas y tramposas. Si encuentran a personas buenas, fingen como si llevasen una vida completamente inocente y no tuviesen malas intenciones, pero su corazón está lleno de amargura y astucia.» El «lobo con piel de *oveja*» es el símbolo de los seductores y falsos profetas cuyo fin es «perder a las personas simples». El hecho de que santos como Wolfgango y Lupus se representen junto con lobos sólo debe atribuirse a alusiones a su nombre (Wolf y Lupus = lobo).

En la iconología de la *alquimia* se habla del «Lupus metallorum» (del lobo de los metales) que devora el *león* (el *oro*) para «redimirle». Debe tratarse de un proceso de purificación para oro contaminado con la ayuda de antimonio; antimonio es el «lobo pardo» del laboratorio alquímico. Que las *brujas* a menudo se representaran cabalgando lobos o en parte convertidas en lobos debe atribuirse a la asociación de ideas lobo-*diablo*. El lobo, como símbolo de astucia y engaño, aparece en las fábulas del lobo que predica a las ovejas

Lobo: Pseudo-Alberto Magno Francfort, 1531

Lupus.

Lobo (hombre lobo) atacando a un caminante. Grabado en madera de H. Weiditz, 1517

y de «el lobo y la grulla» (la grulla le saca al lobo un hueso que le había quedado atascado en la boca, pero su premio se limita a que el lobo no le comiese la cabeza: «Así son los ricos desgraciados que viven del trabajo de los pobres»). En la simbología de la psicología profunda reina la opinión de que los peligrosos animales de manada podrían irrumpir cual «lobos esteparios» en la tierra de cultivo del alma y el hombre que los experimenta en el *sueño* está llamado a canalizar grandes energías extrañas, cosa que no puede ocurrir sin el relajamiento de grandes tensiones. En tanto que el psicoanálisis de Freud no podía liberar del todo al «hombre lobo» sometido a la terapia durante mucho tiempo, la escuela de C. G. Jung ve las imágenes del lobo generalmente como indicaciones del peligro que representan energías no dominadas que se presentan tan «inteligentes» como faltas de compromiso. Pero dicha escuela hace también referencia al hecho de que en el cuento este «feroz inconsciente» puede ser superado en astucia por el niño o el cabritillo vitalmente inteligente y ser vencido seguramente por el gran cazador. Por lo demás, ya hace tiempo que la moderna investigación del comportamiento ha demostrado que el lobo no merece completamente su mala fama, sino que, profundizando intencionadamente en sus maneras de reaccionar, se le puede inducir a llegar a una «coexistencia» con el ser humano, actuando éste como guía de manada.

Ya Böckler (1688) pudo mencionar

Lobo predicando a las ovejas. Grabado emblemático de W. H. Barón de Hohberg, 1647

Lobo, emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675

algo positivo sobre el lobo: «El lobo posee la importancia de la vigilancia y la precaución, por lo cual se ha adoptado el nombre y la figura de este animal en los escudos; el lobo sabe hacer su botín con tanta inteligencia que el cazador raramente lo atrapa». En cambio, en el «Bestiarium» medieval, el lobo es simplemente un animal del diablo; los *ojos* de la loba brillan de noche como luces que roban el sentido a una persona. También el *diablo* roba al hombre las fuerzas para gritar (rezar) y sus ojos brillan extraordinariamente, «porque algunas obras del diablo deslumbran y a las personas insensatas les parecen bellas y saludables» (Unterkircher). Relatos que suenan legendarios acerca de «niños lobos», es decir, de niños abandonados o perdidos que fueron criados por lobos se conocen no sólo en la India (véase Kipling, «El libro de la selva»), sino también en el folclore de Europa, quizá inspirados por la leyenda romana de la loba capitolina que dicen que amamantó a Rómulo y a Remo.

Loco, figura que aparece en muchos cuentos y leyendas y que se relaciona con los bufones (en inglés «jokers») de antiguas cortes de soberanos. Éstos tenían «libertad de bufón» y podían decir la verdad impunemente si la declaraban con la máscara de broma, sátira y travesura. Los bufones de la corte llevaban vestidos grotescos de abigarrados *colores* como el joven Parsifal, un *cetro* de bufón y en la cabeza un gorro provisto de cascabeles, lo cual se imita en los trajes de carnaval de la época moderna. El bufón de los libros populares (*Eulenspiegel*) es famoso desde el siglo XVI y sus picardías se han hecho proverbiales. «El Loco» es también el nombre de la «carta O» de los Grandes Arcanos del juego del *Tarot*, y está representado como un caminante vestido de harapos junto al cual da saltos un *perrito*. La interpretación del símbolo es el siguiente: inexperiencia —el «puro loco» en su peregrinar hacia la sabiduría—, naturalidad y espontaneidad. Según una leyenda transmitida por E. bin Gorion, un hombre sabio se encontraba en apuros porque sólo se ocupaba de sus *libros* y descuidaba la vida cotidiana. Perdió la razón, se comportaba como un loco y un *rey* le contrató como bufón. Sin embargo, cuando la locura desapareció de su cabeza, echó en cara a su señor su insuficiencia mental y entonces fue apaleado y despedido. Entonces comprendió la sentencia bíblica de «pesa más que el saber

Loco: «La nave de los locos» de Sebastian Brant, 1494

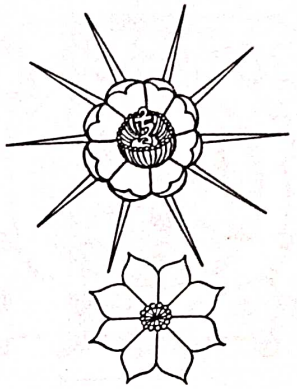
Loco: bufón de la corte ante la pareja regia. Historia de Tristán e Isolda, 1484

y el honor un poco de locura» (Kohelet o Eclesiastés, 10, 1). En la Edad Media, a los enfermos mentales se les llamaba «locos» y debían llevar un traje distintivo, una bata y un gorro de bufón con cascabeles. Con ello disfrutaban también de libertad de bufón y no se les podía hacer responsables de los daños que ocasionaran.

Loto: el que ha vuelto a despertar en la isla occidental del más allá a una nueva vida se eleva de la flor de loto. El libro egipcio de los muertos (Papiro Ani)

Loto, una flor que en el sudeste del ámbito mediterráneo y en Asia es tan importante como en Europa la *rosa* y el *lirio*. Diversas especies vegetales se agrupan bajo este nombre; en Egipto hay el loto *blanco* (Nymphaea lotus) y el loto *azul* (Nymphaea cerulea), y en la India la planta acuática que da flores blancas y rojizas (Nelumbium nelumbo y Nelumbium nucifera); en algunos libros también el nenúfar blanco de la América Central, Nymphaea ampla (maya: naab o nicté há), se conoce como loto. En el antiguo Egipto se menciona la flor de loto en el mito de la creación del mundo (véase *octuplicidad*): se originó del cieno primordial y de su cáliz surgió «como hermoso doncel» el divino creador del mundo. Las flores, que se abren al salir el *sol* y se cierran al atardecer se relacionaron con el dios Sol y el despliegue de la *luz* a partir del barro de la primaria edad mítica. Muchas pinturas al fresco en las tumbas tebanas muestran los estanques de lotos en los que el difunto se pasea en su barca hecha de juncos y las «columnas de haces de lotos» pertenecen a la gran arquitectura egipcia; junto al muerto se ponían en la tumba coronas de flores de loto. El papiro y el loto combinados simbolizaban la unificación de las partes del reino. El loto azul, de suave perfume, se apreciaba más que el loto blanco. Era el atributo de Nefertêm, el joven dios de Menfis, el «Señor de los Buenos Olores», y recibió el nombre de «la bella» (nen-nufer, de ahí la palabra francesa nénuphar, nenúfar, ninfea).

La flor de loto india es el símbolo más importante de este ámbito de espiritualidad y arte. Su diosa Padma es de origen preario y se relaciona con el campo de conceptos del *agua* y de la fertilidad; en la época aria estuvo relacionada con Lakshmi, esposa de Vishnú, y con Brahma: en la mitología hinduista, de una flor de loto que crecía del ombligo de Vishnú, que dormía sobre el agua, nació el creador del mundo, Brahma. En el marco budista aún se le da mayor atención al loto. Gautama Buda posee «ojos de loto, pies de loto y muslos de loto». El maestro (gurú) que llevó el budismo al Tíbet (siglo VIII d.C.) lleva el nombre de Padmasambhava («El nacido de la flor de loto»). El bodhisattva Avalokitéshvara se llama en una forma de aparición Padmapani, «el que sostiene en sus manos el loto», siendo esta flor el símbolo de la compasión. En otra forma de aparición se llama Padmanartéshvara, «señor de la danza con el loto», y lleva una flor de loto roja. Es también el gran símbolo del conocimiento que a través de la rueda de las reencarnaciones conduce al nirvana. La fórmula tibetana de oración «Om mani padme hum» se traduce por «Om, joya en el loto, amén», en lo cual actúa la interpretación del tantrismo «psicoanalíticamente» y sugiere una unión sexual, vista espiritualmente, de la flor femenina con la energía masculina. En los sistemas de yoga, el supremo conocimiento espiritual de las corrientes de energía que ascienden en el cuerpo se compara con el florecimiento de un loto en la coronilla, y también en el taoísmo con la «flor de *oro*» como el loto más alto. En la China, el simbolismo del loto también se relaciona con el budismo. El loto, que tiene sus raíces en el lodo, pero sube limpio de él, exhala un perfume, despliega una flor y mira hacia arriba, constituye una imagen del anhelo puro, y también de una joya o de un objeto precioso, tanto en el budismo como en el taoísmo, y es asimismo el atributo del «inmortal» Ho-hsien-ku (véase *ocho inmortales*). La sílaba «ho» en nombres masculinos denotaba antes una vinculación a la doctrina budista. La flor de loto azul (ch'ing) se ha relacionado con el concepto de «limpieza», que se pronuncia igual. Otro nombre del loto, lien, suena igual que «unir» y «modestia», lo cual ofrecía ocasión para juegos de palabras en felicitaciones que deseaban buena suerte. Así, por ejemplo, un muchacho con una flor de loto representa «ojalá goces continuamente de abundancia». Los pies atrofiados mediante vendajes de las chinas distinguidas se llamaban «lotos doblados» y estaban destinados a hacer posible la elegancia en el andar y en el baile. Esta costumbre cruel no fue prohibida oficialmente hasta finales del siglo XIX. La tradición situó en el VIII día del IV mes el día del nacimiento de Fo (Buda), «en el que florece el loto». Entre los mayas de Yucatán, el nenúfar blanco parecido a un loto era la «flor del agua» y se representó a menudo en vasijas de arcilla y como relieve. Posiblemente se añadía como aditivo a bebidas narcóticas, por ejemplo al aguamiel de «balché», mezclado con corteza de lonchocarpus, con el fin de provocar el éxtasis en los sacerdotes del jaguar. Véase *Miel*.



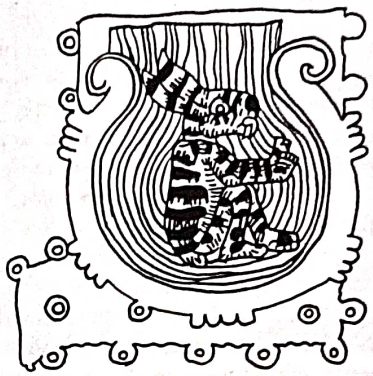
Loto: flor de loto blanca (abajo) y flor de loto azul, imágenes del tantrismo para la meditación, Tíbet

Luna, junto con el *Sol*, es en el simbolismo el más importante de los *astros*; en general es un cuerpo celeste interpretado como «femenino», ante todo a causa de su signatura de *«Yin»* en el sentido de la antigua China, como receptor pasivo de la luz, y también a causa de la semejanza del mes lunar con el período de la menstruación de las mujeres. El surgir y desaparecer, así como el continuo reaparecer en una nueva forma, constituye un profundo símbolo de la idea de «morir y renacer». Raramente se considera la luna como masculina, como en alemán (der Mond, en germánico, Mani, hermano del Sol, die Sonne, germánico meridional Sunn), por lo que se interpreta mucho más frecuentemente como femenina (lat. Luna, griego, Selene o Artemis, en asiático oriental Kuan-yin, Kwannon; maya: Ixchel). En

la iconografía *alquímica* la Luna representa la *plata*, y también a la *«reina»* que se casa con el *«rey»* y se convierte en el *andrógino*. La antigua creencia popular sabe de los efectos que sobre algunos procesos terrestres ejerce la influencia de las fases de la Luna, que no sólo influyen en las mareas, sino también en el ascenso y descenso de la corriente de savia en los vegetales; también se dice que se rigen por ello el corte del pelo y las sangrías. Para las dolencias de la mujer se prescribían hierbas lunares (plantas que florecen de noche). En la iconografía cristiana, a la *Virgen* María, *Madre* de Dios se la suele comparar con la Luna o representar de pie o sentada sobre una media Luna, algo que en el ámbito austríaco gusta de relacionarse con la victoria sobre los turcos (cuyo estandarte era la media Luna), pero que más bien se remonta al Apocalipsis de Juan (12, 1: Una mujer, vestida de Sol, que tiene la Luna a sus pies, símbolo de la victoria sobre los poderes hostiles). Como símbolo lunar se designa muchas veces también la *Doble hacha* con dos filos curvos en forma de Luna y por ello también se atribuyó como arma a los legendarios ejércitos de mujeres de la Antigüedad, las *amazonas*, así como el arco en forma de hoz. También la oscura diosa Hekate Trioditis, la de triple faz, se ha relacionado con las sorprendentes fases de la Luna (Luna joven, Luna llena, luna oscura o nueva) y tres fases de la vida de la mujer (virgen, madre, anciana), de la misma forma que en la moderna literatura femenina se ha dispensado una gran atención al «lado lunar» del ser humano. Véase *sistemas duales, arriba/abajo, huso*. En las leyendas de los judíos (E. bin Gorion) se encuentra un impresionante mito simbólico, basado en el *sistema dual* Sol/Luna y escogido para explicar el hecho de por qué la Luna, uno de

Luna: altar de Mitra con la media Luna que puede iluminarse desde la parte posterior. Época romana, Bonn

los dos «luminares», irradia una luz más débil. El Creador le dice a la Luna que existen dos regiones, la de más acá y la de *más allá*, y que la existencia de las dos luces hace referencia a esta polaridad. La Luna, puesto que le ha sido asignada la región, más grande, del más allá, no está contenta con que el Sol irradie más luz que ella. «Entonces dijo el Señor: Lo veo bien claro. Tú piensas que te haré a ti más grande y al Sol lo empequeñeceré. Pero, puesto que tú tienes malas intenciones con respecto al Sol, tú te harás más pequeña y tu luz será sesenta veces menor que la suya. Entonces habló la Luna ante el Señor: ¡Oh Señor del mundo! Sólo fue una palabra lo que dije, ¿y por ello he de ser castigada tan severamente? Habló entonces el Señor: Algún día (o sea, probablemente: después del Juicio final) volverás a ser tan grande como el Sol "y la luz de la Luna será como la luz del Sol".» Sin embargo, una señal previa al Juicio final (véase *fin del mundo*) es un eclipse de la Luna (Joel 4, 15). Que la Luna no estuvo solamente asociada al lado nocturno del mundo y del más allá, sino que



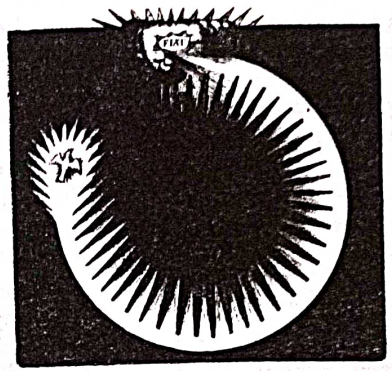
Luna como vasija con liebre en su interior. Codex Borgia, antiguo México

lo estuvo con la feminidad, incluso en Israel —según lo sugiere la semejanza del ciclo de la menstruación con el cambio de fases de la Luna— se deduce también del campo de conceptos «fertilidad». Mujeres y animales domésticos (*camellos*) llevaban como adorno pequeñas lunas en el cuello. El apologeta griego Teófilo de Antioquía (s. II d.C.) veía también el Sol y la Luna como símbolos dualísticos, «como portadores e imágenes de un gran misterio. El Sol es la imagen de Dios, la Luna imagen del hombre» (el cual recibe la luz del Sol). En un sentido simbólico parecido interpretaba Orígenes (184-254 d.C.) la Luna receptora de luz como imagen de la Iglesia, que luego transmite la claridad a todos los fieles. Es natural la equiparación simbólica del «renacer» constantemente observado de la Luna con la Resurrección.

En el antiguo Perú, la veneración de la Luna estaba subordinada a la del Sol. El inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) llama a la Luna «la mujer del Sol» y escribe que el recinto del templo estaba revestido de placas de *plata* «para que en lo blanco se reconociese que era el aposento de la Luna. Al igual que junto al Sol, se hallaba allí un retrato, formado y dibujado como rostro de mujer sobre una gran barra de plata. En ese aposento se entraba para hacer una visita a la Luna y encomendarse a su protección, ya que se la tenía por hermana y mujer del Sol, así como madre de los incas y de todo su linaje; y por ello la llamaban Mamaquilla, que significa «Madre Luna». No se le ofrecían sacrificios como al Sol. A ambos lados de la figura de la Luna estaban de pie los cuerpos de las reinas muertas, colocadas conforme a la sucesión al trono y a la edad...». En la astrología sigue considerándose el satélite de la tierra, al igual que se la tenía por «planeta» en el sistema geocéntrico de los antiguos, y ciertamente junto con el *Sol* como una de las dos «principales lumbreras». Es el cuerpo celeste más próximo a la Tierra y muestra a ésta siempre la misma «cara», lo cual ha dado pie a muchas leyendas (véase arriba). Debido a su cambio de fases, se considera también a la Luna «voluble, con efecto transitorio», pero también «benéfica» que, como «planeta femenino», influye en el ánimo, en el sexo femenino, en las madres y en la totalidad del pueblo. Su exaltación tiene lugar en el signo zodiacal de *tauro* (el toro, ¿a causa de los cuernos del toro que recuerdan los cuernos de la media Luna o a causa de relaciones míticas entre diosas lunares y un compañero viril en figura de toro?). La moderna astrología atribuye a la Luna la propiedad de regir en la mujer la personalidad externa y en el hombre la persona profunda (ánima). La Antigüedad clásica llamaba mendax, mentirosa, a la Luna, entre otras razones porque el cambio de fases presenta una semejanza con la letra C (crescere, crecer) y la letra D (decrescere, disminuir), lo cual, sin embargo, es lo contrario de lo que en realidad significa el cambio de la figura según la forma de *hoz*. A partir de la coordinación simbólica, se describen como «piedras lunares»

las *perlas*, el ópalo, la selenita y los adornos de nácar, y como el metal correspondiente, la *plata*. El hecho de que la Luna no sea solamente un «lugar simbólico» de la región del cielo con todos sus valores poéticos, sino que haya sido hollada por el hombre, es evidente que no tiene para la astrología ninguna importancia profunda en la creación de una imagen del mundo orientada hacia el hombre terrestre; para dicha imagen del mundo los «planetas tradicionales» han conservado su significación simbólico-determinante. Iconográficamente la Luna se representa casi siempre como creciente o media Luna, predominantemente con un perfil que mira hacia la izquierda. Las medias lunas aparecen en los escudos nacionales de muchos países islámicos. Las imágenes heráldicas de la Luna las interpretó Böckler (1688) con la indicación de que los cien consejeros de Rómulo llevaban sobre sus zapatos un media Luna en forma de C, «para significar que todo lo que se hallaba debajo de la Luna ellos lo pisaban como algo terrestre y vano, y que por este hecho debían ser reconocidos como consejeros ante las otras personas. Aquellas personas de la nobleza que ostentan así la Luna en sus escudos de armas con una forma que significa crecimiento, probablemente la adoptaron de los turcos desde antiguo».

Luz, símbolo universal de la divinidad, del elemento espiritual que, tras el *caos* primario de la oscuridad, inundó el universo y redujo las tinieblas a sus límites. Luz y tinieblas son el más importante *sistema dual* de fuerzas polares en el que la luz se simboliza también mediante el más poderoso dispensador de luz que es el *Sol*. La luz del Sol es conocimiento directo, la luz de la *Luna*, en cambio, es el conocimiento reflejado, adquirido mediante especulaciones. Sin embargo, la oscuridad no siempre se experimenta como algo hostil, sino a veces también como principio primario complementario (*yin-yang*). Culturas de carácter patriarcal sienten la luz como algo «masculino», la *oscuridad* como algo «femenino». La antigua religión persa coloca en primer término el combate de la luz (Ormuzd) contra las *tinieblas* (Ahrimán), poseyendo el reino de la luz propiedades divinas y, en cambio, el de la oscuridad propiedades demoníacas. La idea directamente «iluminadora» de la ascensión a través de las tinieblas hacia la luz constituye el objeto de la mayoría de las doctrinas de iniciación. En el esoterismo judaico de la Cábala la luz primordial es la esencia de la divinidad, al igual que en el cristianismo el Redentor se designa como «luz del mundo». Se ve claramente la conexión de ideas luz-sol-dios y la lucha contra el mal en un himno neobabilónico al dios solar Shamash (s. IX a.C.): «El que ilumina la oscuridad hace claro el cielo, el que tanto arriba como abajo destruye el mal, dios Shamash... Todos los príncipes se alegran al contemplarte, todos los dioses celestiales te aclaman. Miran lo oculto en tu resplandor, su paso es por ello seguro en el brillo de tu luz... Abiertas de par en par están las puertas del cielo, tú recibes el sacrificio de todos los dioses celestiales». Es famoso el himno a la luz del sol del «rey hereje» egipcio Ekhnatón (*Sol*): «¡Bello apareces en el lugar de la luz del cielo, tú, Sol viviente que primero empezó a vivir! Tú has resplandecido en el lugar oriental de la luz y has henchido todas las tierras con tu hermosura...». Está bien marcado el simbolismo de luz-espíritu en el mundo de las ideas del maniqueísmo y de la gnosis. Manes, el fundador de una religión, oriundo del Irán (hacia 215-275 d.C.), enseñaba la doctrina de tres edades del mundo: la de la creación,



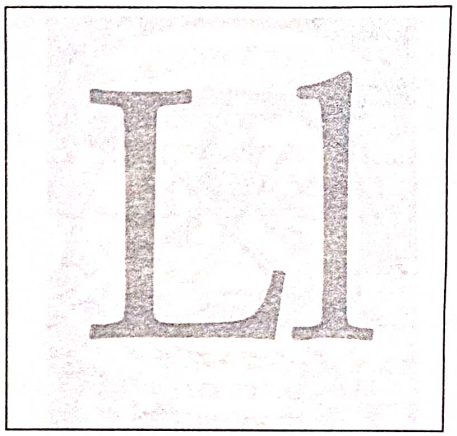
Luz: la creación de la luz por el espíritu de Dios (paloma) a partir de la palabra primordial «Hágase». R. Fludd, Utriusque Cosmi Historia, 1617

la de la mezcla de luz y tinieblas y la actual, en la que las partículas de luz deben retornar a su patria, el cielo. Estas partículas de luz proceden de la naturaleza terrestre y forman arriba el *Sol*, la *Luna* y las *estrellas*. Como columnas de la gloria suben, en la primera mitad del mes, hasta la Luna, hasta que ésta se ha redondeado formando el disco completo. Desde allí ascienden hasta el Sol y hasta el *paraíso* de luz. Tres *ángeles* conducen el alma purificada, tan pronto como ha abandonado el cuerpo humano, a ese reino de luz y allí recibe del Juez de la verdad como premio de su victoria el vestido de luz y las *coronas* (corona y diadema) de la luz. También en el ámbito judeo-cristiano la luz tiene cualidad propia y no se concibe como emanación del Sol. La separación de luz y tinieblas es en el relato de la Creación del Génesis la primera manifestación de Dios, mientras que sólo más tarde se suspende al Sol y a la Luna sencillamente en el firmamento como «lumbreras», evidentemente en una diferenciación consciente de este mundo de ideas religiosas de la adoración de los dioses solares de los pueblos «paganos» circundantes. En las leyendas de los judíos (E. bin Gorion) se explica esta peculiaridad del relato de la Creación diciendo que el Creador ocultó la luz creada el primer día, porque previó que se enfadarían con él los pueblos venideros de la tierra. «Él dijo para sí: los malvados no merecen que esta luz irradie sobre ellos; deben contentarse con el Sol y la Luna, lumbreras que un día desaparecerán. Pero la primera luz, que es de duración eterna, será la luz de los justos que han de venir.» No obstante, la iconografía del cristianismo primitivo usa los medios de los rayos solares estilizados para expresar con las coronas de luz de las aureolas y *nimbos* de los santos la unión de las ideas dios-luz, por ejemplo, basándose en el bíblico Salmo 104: «¡Señor, mi Dios, te has mostrado muy grande! Con dignidad y esplendor te has vestido, al envolverte en luz como en una prenda de vestir...». Es evidente que la palabra de Cristo «Yo soy la luz del mundo» había de ejercer una influencia muy grande en el simbolismo cristiano de la luz, hasta el

Luz: la creación de la luz por medio de la palabra del Creador. G. Doré (1832-1883)

punto de que hubiera una lamparilla en las iglesias católicas que se conocía como la «luz eterna» que, según petición piadosa, ha de iluminar a los difuntos. Los cirios son portadores de luz, por ejemplo, los cirios pascuales y aquellas candelas domésticas que se bendicen en la iglesia en la fiesta de la «Candelaria» (el 2 de febrero). Los cirios bautismales y de la comunión procuran a las personas de fe no solamente el simbolismo abstracto sino también un profundo valor de estado de ánimo. Muchas veces reina la creencia popular de que el simple encender velas benditas que difunden su suave luz ya protege del mal tiempo y del pedrisco, de inundación y enfermedad, si los fieles, bajo su resplandor, invocan la protección de los protectores celestiales.

Este simbolismo no se limita naturalmente al ámbito cristiano. También en el budismo la luz significa, figurativamente, el reconocimiento de la verdad y la superación del mundo material en el camino de la realidad absoluta, del nirvana sin color y sin forma; en el hinduismo, la luz es metáfora de la sabiduría, la comprensión espiritual de la participación divina de la personalidad (atman) y manifestación de Krishna, el Señor de la luz; en el islam, la luz lleva un nombre sagrado (Nûr), porque «Alá es la luz del cielo y de la tierra». La idea de la luz desempeña un importante papel en la doctrina secreta judaica de la Cábala; así en el libro Zohar aparece la luz primordial Or (propiamente Awr) «que del misterio del éter primario, Awir, se extiende y manifiesta», revelación del «insondable En-Sof». Sólo después de la luz se originan las tinieblas en esta cosmología mística. Una bóveda mediadora «pone fin a la lucha de las dos fuerzas, luz y tinieblas», lo cual hace pensar en el simbolismo del Royal Arch (Bóveda Real) de la *francmasonería*, donde el simbolismo de la luz ocupa un gran espacio. «El francmasón es buscador de luz; ésta se le concede al candidato de modo que en una logia recién fundada se hace entrar la luz, en trabajos rituales se ilumina el templo, las grandes y pequeñas luces son de importancia decisiva... El simbolismo relacionado con la luz ritual se expresa también en la adoración del Oriente y convierte éste en el lugar más santo del templo de los misterios...» (Lennhoff-Posner). En él las «Grandes luces» significan los objetos simbólicos *cartabón, compás* y *libro* sagrado, y las «Pequeñas luces» (sobre las columnas Sabiduría, Belleza y Fortaleza), el «Maestro de la silla» y los dos inspectores (o Sol y Luna). También los principales funcionarios de la logia se denominan luces. Véase *ceguera, oscuridad, ventana*.



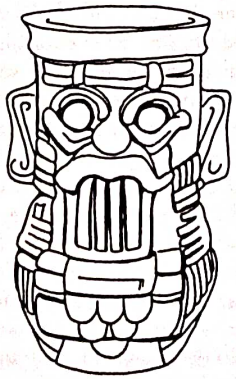
Llave, instrumento simbólico con el cual se puede abrir y cerrar y que caracteriza también el poder de atar y desatar de quien lo posee (véase *nudo*). El «poder de las llaves», en la esfera eclesiástica, se atribuye al apóstol Pedro basándose en el Evangelio de Mateo 16, 19. Debido a que a Pedro se le representa con frecuencia llevando grandes llaves, se le suele concebir popularmente como «portero del cielo». En representaciones del juicio del mundo al final de los tiempos, una gran llave sirve para encerrar al *diablo* por mil años en el *pozo* del abismo (Apocalipsis de Juan 20, 1). También a otros santos se les representa con llaves, por ejemplo, al rey español Fernando, que conquistó («abrió») la ciudad mora de Córdoba, o a Hipólito, el carcelero convertido por san Lorenzo; un manojo de llaves llevan, entre otros, las santas Marta y Notburga, patronas de las amas de casa y de las sirvientas. En algunos sistemas *francmasónicos*, la llave es símbolo y distintivo de la dignidad de maestro o de tesorero («joya de funcionario»). Asimismo se representa la llave en forma de T, que recuerda una cruz en tau o un *martillo*. También en ocasiones se alude a la *lengua* como llave que, por ejemplo, sólo debe hablar bien de los ausentes o callar, cerrando así en cierto modo el paso a lo negativo. La entrega de la llave de una ciudad sitiada era expresión simbólica de la capitulación ante el conquistador, y aún hoy se entregan simbólicamente llaves de ciudades a huéspedes ilustres, pero también a la pareja de príncipes del gremio durante el carnaval, lo que les confiere autoridad sobre la ciudad por espacio de tres «días locos». «Llave» o «*clave*» es la palabra con que se designa el procedimiento de descrifrar una escritura secreta o de interpretar símbolos, en el sentido del Evangelio de Lucas (11, 52): «¡Ay de vosotros, escribas, que habéis quitado la llave del conocimiento!», o sea, habéis hecho imposible el camino que lleva al conocimiento de Dios por una falsa interpretación de la Biblia. En la esfera del derecho civil, el poder de la llave era importante para la mujer, la cual llevaba en el *cinturón* el manojo de llaves como símbolo de su dignidad; normalmente las había recibido de la *madre* del novio al entrar en el nuevo hogar y con ello tenía acceso a todos los arcones y armarios. Con respecto al significado de llaves en heráldica, escribe Böckler: «Las llaves significan la soberanía y la autoridad para abrir y cerrar, facultad que ha sido atribuida también a Jano de las dos caras, como el que tiene el poder de cerrar el año viejo y abrir el nuevo; y hay todavía la costumbre de entregar la llave de la ciudad a los soberanos de la misma, para indicar que con ella se les entrega toda autoridad y poder. Las llaves en los escudos de armas hacen referencia también a la confianza y fidelidad probada que dispensa uno a su señor y superior». Ostentan llaves los escudos de las ciudades, entre otras, los de Ratisbona, Bremer, Soest, Stade, y el escudo del convento benedictino de Melk

Llave: «Cierra y abre». J. Boschius, 1702

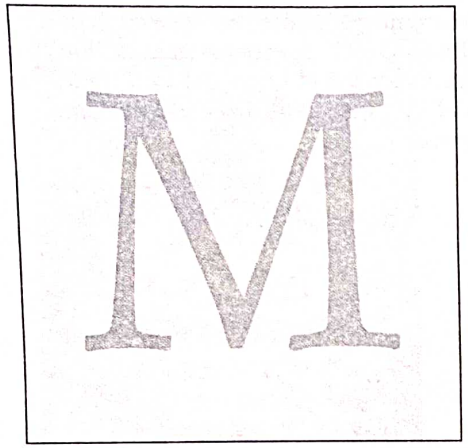
(Baja Austria); el par de llaves del escudo papal, en alusión a la «autoridad para desatar y atar», se reproduce originariamente en *oro* y *plata*, designándose la llave de oro como «llave de atar» y la de plata como la «llave de desatar». La ciudad de Aviñón, en otro tiempo residencia del Papa (1348-1797), añadió una tercera llave al escudo como símbolo de la sumisión de la ciudad al poder eclesiástico.

Lluvia. La santa abadesa Hildegarda de Bingen (1098-1179) comparaba la lluvia con la fuerza vital del alma que hace florecer el cuerpo «para que no se seque, al igual que la lluvia cae sobre la tierra. Pues cuando la humedad que hay en la lluvia está bien ordenada y no cae con exceso hace que la tierra germine. Pero si la cantidad es excesiva, destruye la tierra ahogando sus gérmenes. Y del mismo modo que del alma salen ciertas fuerzas para vivificar el cuerpo, el agua vivifica la humedad...». Hildegarda también compara las lágrimas con la lluvia. «En la persona espiritual que rompe en lágrimas por el temor del Señor, igual que en las *nubes*, que atraen el agua de la capa superior y la derraman como lluvia», así actúa el don del arrepentimiento como fuerza vital productora de *verdor* y que «limpia de los pecados». En las antiguas culturas agrícolas fue la «peinada», en la que la línea transversal significa la nube y las líneas verticales que salen de ella las líneas de la lluvia, la que simbolizó generalmente la lluvia fertilizadora. El dios de la lluvia Tlaloc, del antiguo México, se caracterizaba por los dientes, que a modo de peine salían de la mandíbula superior. Muchas veces la humedad procedente del cielo, que inducía a la tierra a producir fruto, se consideraba el esperma de un dios del *cielo* enviado a la «*madre* tierra». En los Salmos de Salomón (72, 6) se dice, con referencia al gobierno del justo *rey* de paz: «Cae como lluvia sobre los campos, como aguaceros que riegan la tierra». En la antigua China, la sequía, que no era rara que apareciese, era un castigo divino y la pregunta relativa a la lluvia aparece ya en los oráculos óseos prehistóricos. El principio femenino *yin*, para realizarse de manera adecuada, debía unirse con el masculino *yang* (véase *arco iris*). En culturas de sudeste africano se simbolizaba

Lluvia: el antiguo dios mexicano de la lluvia, Tlaloc. Vaso de jade esculpido, zapoteca



la lluvia, como lo indican antiguas pinturas rupestres, por una *serpiente* venida del cielo (¿quizá un animal del *rayo*?). También una gigantesca serpiente con cuernos parece haber representado un mítico ser del agua de la lluvia. En muchas imágenes antiguas del mundo, las *nubes* son el hogar del agua de lluvia, del que ésta debe liberarse mediante el *trueno*.



Macho cabrío, en oposición a su pareja femenina, la *cabra*, figura animal simbólica, interpretada casi siempre negativamente. Mientras que las imágenes cósmicas precristianas atienden a su virilidad (unos machos cabríos tiran del carro de Thor, dios germánico del *trueno*; Agni, dios védico del *fuego*, cabalga montado en un macho cabrío) o lo representan más bien caricaturescamente en figura de criaturas mixtas (sátiro, fauno; véase *hombres salvajes*) que se distinguen por su desenfrenada lascivia, el macho cabrío, con la creciente represión de la sexualidad, pasa a ser la criatura «maloliente, sucia, que busca su satisfacción», que en el Juicio final representa el papel del condenado al castigo eterno del infierno. También el *diablo* ha asumido del macho cabrío en la iconografía la mayor parte de los rasgos de su figura. La creencia en las *brujas* de la Edad Media tardía y de la época moderna solía representar a brujas que eran transportadas por machos cabríos a través del aire. En esas imágenes, el diablo aparecía generalmente en forma de macho cabrío con las brujas besándole el trasero. Libros ocultistas reproducen el misterioso «ídolo Bafomet» de los caballeros templarios, supuestamente heréticos, en figura de macho cabrío. A todos estos rasgos puede haber contribuido el relato de Heródoto sobre el culto sexual egipcio del dios-macho cabrío de la ciudad de Mendes y la costumbre bíblica del «chivo expiatorio» que, como portador de toda la impureza pecaminosa del ser humano, era expulsado hacia el desierto. Algunos cronistas griegos identifican el sagrado macho cabrío de Mendes con *Pan*; originariamente pudo haberse tratado más bien de un *carnero* que de un macho cabrío. El relato de Heródoto sobre las relaciones sexuales sagradas de las mujeres de aquella ciudad con el sagrado animal probablemente deba interpretarse como una fábula calumniosa sobre el culto egipcio de los animales. En el «Bestiarium» medieval, el macho cabrío es un «animal lascivo, acorneador, siempre ansioso de apareamiento. Por su naturaleza es tan ardiente que su sangre es capaz de disolver *diamantes* que de otro modo no pueden quebrantarse ni por el *fuego* ni por el *hierro*» (Unterkircher).

Madrastra. En tanto que la suegra desempeña un papel negativo de *madre* en chistes de mal gusto, la madrastra es en

Macho cabrío: grabado en madera en la obra del Pseudo-Alberto Magno, 1531

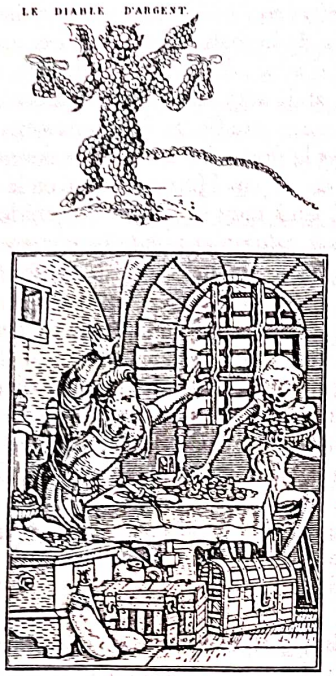
los refranes y en los cuentos la quintaesencia de la malvada anti-madre, egoísta y odiadora de los niños, dispuesta incluso al infanticidio y no muy alejada de la consecuente figura femenina negativa que es la *bruja*. La causa de la depreciación de un papel femenino que en la realidad está muy lejos del contenido de odiosas calumnias puede residir en una relación no elaborada con la madre real, que, sin embargo, por convención está libre de connotaciones negativas. En los cuentos de los hermanos Grimm la figura de la madrastra casi pasa sin solución de continuidad a la figura de la bruja (Blancanieves): «Desde que la madre está muerta, ya no tenemos ninguna hora buena. La madrastra nos pega todos los días y cuando nos acercamos a ella nos rechaza a puntapiés...» (hermanito y hermanita).

Madre, gran símbolo de la causa primitiva y del estado de seguridad, es en cualquier ámbito el símbolo de la transmisión de la vida a la personalidad propia, independientemente del orden social, es decir, también en una estructura claramente patriarcal. «La experiencia que vivimos en nuestra madre personal es muy grande y duradera a lo largo de nuestra vida y llena nuestra infancia. La figura de esta mujer, a la que pertenecemos más que a cualquier otra mujer, nos acompaña todos los días de nuestra vida y llena nuestra infancia. Separado el hombre de ella físicamente, es alimentado durante años por su solicitud y entrega» (Aeppli). Sin embargo, si esta figura no permite «que se corte el cordón umbilical», impidiendo el desarrollo independiente, «el inconsciente que olfatea el peligro le retira una gran parte del respeto y su imagen aparece entonces en interpretación negativa» (según Erich Neumann como «madre terrible»). Aeppli recomienda entonces reflexionar cuidadosamente en la relación con los progenitores. C. G. Jung concibe el «arquetipo madre» de una manera muy abarcadora y lo ve en la figura de la madre personal o de la abuela, así como también de la nodriza o de la niñera. Ella es «en sentido superior, metafórico, la diosa, especialmente la Madre de Dios, la *virgen*, *Sophia*..., en el sentido más amplio, la Iglesia, la universidad, la *ciudad*, el país, el *cielo*, el *mar* y el remanso, la materia o el mundo subterráneo; en sentido estricto, como lugar del nacimiento y de la procreación, el *campo*, el *jardín*, la *roca*, la *cueva*, el *árbol*, la *fuente*; y en el sentido más restringido, la matriz, cualquier forma hueca, el *horno* de panadero, la olla; como animal, la *vaca* y el animal auxiliar en general». La cualidad negativa del arquetipo de la madre se manifiesta como *bruja*, como íncubo femenino, *serpiente*, tumba, abismo. Sin embargo, en primer término se encuentra «la sabiduría más allá del entendimiento, lo bondadoso, protector, sostenedor; lo dispensador de crecimiento, fertilidad y alimento; el lugar de la transformación mágica, el

Madre: una de las «estatuillas de diosas madres» de la cultura de El Obeid (Irak, hacia 4000 a.C.), una figura con cabeza de reptil con niño

Madre con hijo que evoca motivos más modernos de la «Pietà». Bronce votivo, Cerdeña, hacia 1000 a.C.

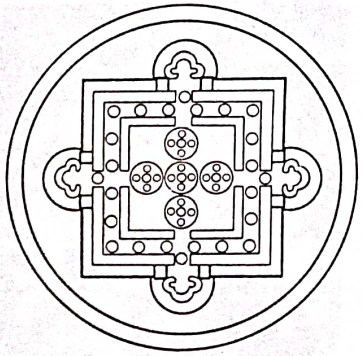
renacer; lo misterioso, escondido». Las imágenes negativas de la madre se manifiestan en experiencias oníricas en las que la madre aparece como «fuerza primitiva, egoísta»: «Ella no suelta, siempre está exigiendo y contiene aquello que en un período tardío de la vida causa angustia en el hijo y hace que la hija se distancie de la madre» (Aeppli). Es tarea del individuo desprender de la imagen personal de la propia madre el arquetipo de la madre como contenido primario del alma acumulado de la experiencia de la humanidad, de lo maternal primario. «Todo movimiento onírico con esta madre más grande nos libra de las ataduras de la madre física, que en el fondo no le pertenecen. Así es como se disuelve, si aprendemos a distinguir, el complejo de madre y adquirimos una relación natural con la madre personal» (Aeppli). En la simbología a menudo van ligadas a la imagen de la madre la *Luna* o la *Tierra*, y también la madre de Dios, María, cuya *virginidad* (de efecto puramente racional y paradógico) refleja la visión infantil de «progenitores asexuados», ya que en este nivel de conocimiento la sexualidad no se experimenta como magnitud existencial. Sin embargo, el reconocimiento del milagro es para el creyente la signatura de lo sobrenatural, que no puede sondearse con la experiencia humana. Véase *negro*, *padre*.



Mammón: El diablo del dinero (hoja volante satírica contra el interés usurero, hacia 1660). (Grabado en madera de Hans Holbein el Joven, 1547). La muerte y un siervo de Mammón

Mammón (de la palabra aramaica ma'mon, que significa riqueza y posesiones), es en los modernos libros de magia y posteriormente en la literatura —por ejemplo, en «Jedermann» de Hofmannsthal— la personificación del dinero, sobre todo del adquirido ilícitamente. En Agrippa von Nettesheim (1486-1535) aparece Mammón en el séquito del *diablo* (en conexión con el Evangelio de Lucas 16, 13: «No podéis ser servidores de Dios y de Mammón»). Generalmente se representa a Mammón como *ídolo de oro*, por ejemplo, como figura del *diablo*, que esparce monedas a su alrededor. Con ello atrae a los hombres hacia los placeres de este mundo, pero los abandona en el momento de la muerte. En el Renacimiento se llamaba siervos de Mammón a las personas codiciosas de dinero.

Mandala (sánscrito) significa primeramente *círculo*; sin embargo, en sentido más amplio representa medios auxiliares de concentración y de meditación construidos a partir de círculos y de formas derivadas del círculo, en el ámbito indobudista y también en el Tíbet lamaísta. Tales estructuras generalmente son dibujadas y pintadas, pero también formadas arquitectónicamente y entonces se destacan claramente en los planos de la construcción de *templos*. En sentido propio son reproducciones espirituales del orden del mundo (cosmogramas), a veces combinadas con *elementos* de la cuádruple orientación (véase *cuadrado*). Como en el ejercicio del tiro al blanco, la dirección hacia un centro —la «restricción del campo visual psíquico» (C. G. Jung)— tiende hacia la contemplación y la concentración con el fin de encaminar la atención hacia contenidos espirituales y conocimientos de índole intuitiva, que mediante ello habrán de arraigar en la psique en forma interiorizada. En el centro del mandala, según la doctrina y el grado de la iniciación, se encuentran diversos símbolos; en el sistema indio del tantra, por ejemplo, la *«fulgurita» diamantina*, como símbolo de la unión definitiva del principio primario masculino y femenino como solución de un *sistema dual* («Shiva-Shakti» en el yoga de la kundalini). También algunas imágenes simbólicas *alquímicas* suelen tener carácter de mandala, sin que se pueda pensar en ninguna relación histórica con modelos asiáticos. En este sentido,



Mandala: cosmograma indo-tibetano en forma de mandala

también la compleja psicología en el sentido de C. G. Jung concibe el simbolismo del mandala como «arquetipos» innatos de la humanidad que, incluso en personas no formadas previamente en la historia de la cultura, pueden aparecer espontáneamente (por ejemplo, en *sueños*, visiones o en la libre configuración pictórica) en el transcurso de un proceso psíquico de maduración como símbolos de descenso e interiorización después de fases caóticas para realizar la expresión de una idea del núcleo psíquico del ser y de la reconciliación interior y de la totalidad. Como ayudas para la meditación en el sentido propio, las imágenes del mandala se designan con la expresión india de *yantras*.

Mandorla. El *nimbo* de los santos, compuesto «en forma de almendra» por dos semicírculos incompletos, es un símbolo de la «Maiestas Domini» —del Cristo transfigurado— o de la *reina* del cielo, María, que aparece con frecuencia en el arte medieval. La almendra, en griego amygdale, es un antiguo símbolo del encierro de valioso contenido en una cáscara muy dura, casi impenetrable. En Jeremías 1, 11-12, en cambio, la rama de almendro, a causa de la semejanza fonética de shaked (almen-

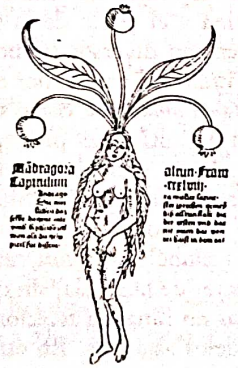
Mandorla: María, reina del cielo. Calendario austríaco del campesino, 1913

Mandorla: Resurrección de Cristo. Calendario austríaco del campesino, 1913

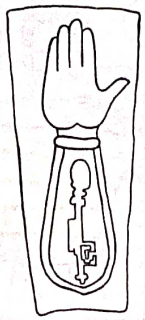
dro) y shakad (velar), es símbolo de la vigilancia o alerta. Sin embargo, la radiante mandorla envolvente es una imagen mistérica de la concentración en la *luz* que irradia desde dentro con respecto al escondimiento de la verdadera naturaleza de Cristo en su corporeidad. En la Edad Media se interpretó también la almendra como símbolo del germen humano encerrado en el útero. También puede haber contribuido a esta clase de interpretación la figura de la almendra, que evoca una forma estilizada de la vulva (véase *yoni*).

Mandrágora, nombre botánico Mandragora officinarum, planta de alto valor simbólico. Su raíz ramificada recuerda (especialmente después de algunos retoques) una figura humana y hasta la época moderna se la tuvo en gran estima como alruna. Según la doctrina tradicional de las asignaturas (por la cual distintivos externos hacen referencia a la virtud terapéutica), la mandrágora ostenta la signatura divina —en cierto modo una instrucción natural sobre su uso— del «hombre total» y por ello se la consideró una especie de panacea o remedio universal. En realidad, como planta solanácea, contiene varias sustancias venenosas (hiosciamina, atropina, escopolamina, etc.) que pueden provocar alucinaciones. Por ello desempeñó un gran papel en los ungüentos de las *brujas*, y se convirtió en símbolo de artes secretas de toda índole. Según la leyenda, crecía bajo las horcas del esperma de los ahorcados y sólo podía extraerse del suelo observando especiales medidas de precaución. Decíase que al ser arrancada profería un grito escalofriante y mortífero, por lo cual sólo se la podía arrancar de la tierra por medio de *perros* que morían a continuación. Semejantes fábulas estaban destinadas probablemente a elevar el valor de la mandrágora y por ello aumentó también la creencia en su eficacia mágica. Era muy apreciada y temida al mismo tiempo, como lo demuestran numerosas leyendas. En la Antigüedad era el símbolo de la hechicera *Circe*, y entre los judíos un remedio para conseguir la preñez (véase *elefante*); en general se la concebía como referencia a fuerzas que el hombre sólo debía manejar con la máxima precaución.

Mandrágora como mujer alruna. «Gart der Gesundheit», P. Schöffer, 1485



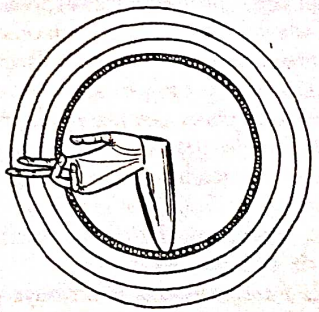
Mano, la parte del cuerpo humano que con mayor frecuencia aparece en el simbolismo. Ya en imágenes rupestres paleolíticas aparecen siluetas de la mano en negativo (por ejemplo, en las grutas de Gargas y Pech-Merle, Francia), así como en el arte de las cavernas y rupestre de otros continentes, como Sudamérica y Australia. En Gargas (cueva pirenaica) se reprodujeron muchas veces falanges de dedo dobladas o mutiladas, quizá como perpetuación de actos sacrificiales. La mano puede tener varios significados y expresar aspectos positivos o negativos, como en el sentido de los gestos de agarrar o de rechazar. Por ello aparece a menudo también como amuleto, por ejemplo, como «mano de Fátima» en el ámbito islámico. En las culturas semíticas, «mano» y «poder» (yad) son sinónimos, expresión de soberanía y con ello un símbolo regio. El tocar con la mano es expresión de magia de contacto; la imposición de manos es consagración y transmisión de la propia energía al consagrado; el aplaudir simboliza aceptación amistosa; manos levantadas o cruzadas significan oración; y determinados gestos con los dedos, juramento y bendición. Son célebres los «mudras» en el ámbito índico con sus múltiples significados. En el islam, los *cinco* dedos de la mano



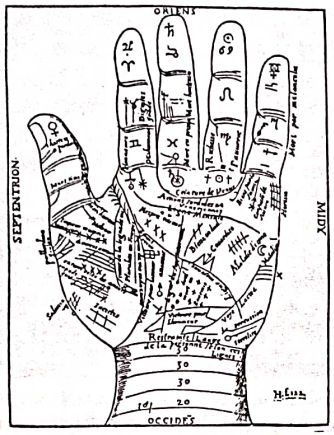
Mano, motivo islámico de amuleto de portero de las «cinco virtudes» con llave, en el camino de entrada de la Alhambra (Granada)

significan: predicación de la fe, oración, peregrinación, ayuno y caridad. En el simbolismo de la secta balcánica de los bogumilos, de comienzos de la Edad Media, la mano, por ejemplo, en losas sepulcrales, hace referencia a los «5 elementos» de su orden cósmico. En la iconografía cristiana, se designa a Cristo como «la mano diestra de Dios», de forma que lo diestro o derecho (*derecha e izquierda*) posee también predominantemente un significado positivo; así es, por ejemplo, en el lenguaje simbólico de la magia, donde se habla de la «magia *blanca*» (mientras que el «sendero de la izquierda» hace referencia a la magia del diablo). Las ma-

Mano del Creador del mundo, fresco románico, Sant Climent de Tahull, Cataluña



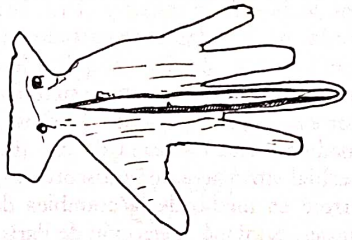
Mano: figura de hombre en la que se destaca la mano; relieve en una losa sepulcral de la secta medieval de los bogumilos, Bosnia



Mano: imagen astrológico-quiromántica de las «Œuvres» de Jean Baptiste Belot, 1640

nos cubiertas o escondidas en la manga aluden a la antigua costumbre de encubrir las propias manos por respeto en presencia de soberanos. De esta manera recibe Moisés en muchos cuadros las tablas de la Ley en el *monte* Sinaí. A la mano del *rey* se atribuía la virtud de curar enfermos mediante su contacto. La mano abierta levantada en los gestos de los soberanos bizantinos condujo al gesto cristiano de bendición. Dos manos levantadas expresan el gesto de volverse hacia la región celestial y la disposición de ser acogido (*gesto del orante*). Las personas profanas con las manos descubiertas no podían tocar los objetos consagrados. La mano diestra levantada con tres dedos (pulgar, índice y medio) extendidos, en el momento de jurar, invoca a Dios como testigo de lo declarado en el juramento. Hablan por sí mismo ciertas expresiones como «lavar las manos en inocencia», «una mano lava la otra», «con la mano sobre el *corazón*» (una antigua forma de juramento), «poner por alguien la mano en el fuego» (sustitutiva prueba de inocencia en los juicios de Dios medievales). En oposición a ello: «no poner por ello las manos en el fuego», «pedir la mano de la hija», etc.

En la *francmasonería* se atribuye una gran importancia al simbolismo de la mano; por medio de este simbolismo se intercambian ya en las logias señales de reconocimiento y con él se impartía la bendición; manos enlazadas forman la «*cadena* de hermanos» y dos manos en el gesto de estrecharse aparecen muchas veces como signo de fraternidad en sellos y en escudos de logias. Con ayuda de un lenguaje de signos de las manos podían entenderse tribus indias de la América del Norte divididas lingüísticamente, por encima de los límites tribales. Gestos sencillos de esta índole pertenecen probablemente al acervo primitivo de la humanidad y casi siempre (como el juego de gestos de la cara) se comprenden espontáneamente; también el lenguaje de los dedos de los sordomudos se relaciona con tales gestos. Véase *higa, gesto de hacer la*. En el arte heráldico del Renacimiento, «las manos» significan (según Böckler, 1688) «la fuerza, lealtad, diligencia, inocencia y unidad, como muchas veces puede verse en los escudos. Una mano con los dedos extendidos y separados, tiene la intepretación de la falta de unión; la mano cerrada o puño se interpreta como fuerza y unión. Las manos cerradas entre sí denotan fidelidad y unión. Las manos nos alimentan, nos visten y nos consuelan; en todas las obras humanas intervienen las manos». La quiromancia (interpretación de las líneas de la mano) presta atención a los pliegues de flexión de la mano y a la diferente expresión de cada una de sus partes, partiendo de la teoría de que entre la mano y sus «jeroglíficos», fuerzas planetarias, así como el carácter y las posibilidades de la persona en cuestión, existe una relación simbólico-analógica. El «arte de leer las manos» era un talento cultivado, sobre todo entre los gitanos, del que se afirmaba que la sola vista de la mano provocaría en interpretadores sensitivos hechos visionarios con respecto a la revelación del destino del cliente.

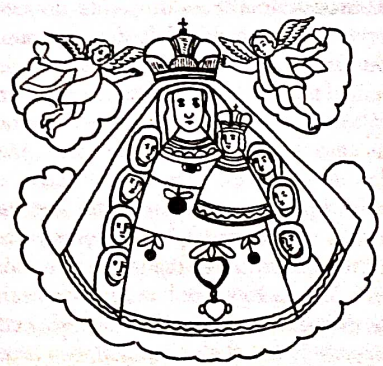


Mano: mano de hierro para advertir contra el hurto de uvas («Saltnerpratzn»), Tirol meridional, siglo XIX

Manto: San Martín, fresco de la iglesia de Nuestra Señora de Oberwesel, hacia 1520

Manto. La prenda que envuelve el cuerpo abarca óptimamente la figura humana y la hace aparecer poderosa. Por ello las prendas suntuosas de vestir de esta clase forman parte del ornato imperial (manto real) y a menudo están ricamente adornadas. La idea de que algo del «aura» del que lleva el manto se transfiere a la prenda la convierte en algo preciado, heredado de los profetas. El manto del profeta Elías separa el *agua* del Jordán, y después del arrebatamiento del profeta en el *carro* de fuego, su discípulo Eliseo se queda con el manto para con él repetir el milagro (II Libro de los Reyes, 2, 8, 14). Dícese de varios santos cristianos que atravesaron el agua con la ayuda de su manto —por ejemplo, san Francisco de Paula— mientras que san Martín y Francisco de Asís compartieron el suyo con *mendigos*. Otros santos tuvieron el poder de colgar sus mantos en rayos de *Sol* (entre otros, Brígida, san Goar, san Gotardo). El manto tiene también la propiedad, simbólicamente importante, de envolver de forma protectora, como se muestra en

Manto: «Madona del manto protector», modelo de dibujo para una imagen campesina sobre vidrio. Alemán meridional, hacia 1830



Manto: según la leyenda, sobre un manto viajaron por encima del agua san Raimundo de Peñafort y san Sebaldo. Leyenda de santos de W. Auer, 1890

la famosa imagen simbólica de la «Madonna del manto protector». También se representa de esta manera a fundadoras de órdenes. Como símbolo jurídico, el envolver con el manto propio a una persona, significa la adopción de tal persona. En la psicología de los *sueños*, a la imagen del manto se le atribuye la cualidad del cálido envolvimiento y protección. Cuando uno que sueña lleva el manto o el abrigo de su *madre*, significa que «evidentemente no se ha realizado todavía psíquicamente el segundo nacimiento desde el calor materno hacia el mundo, más frío» (Aeppli). Véase *azul*.

Manzana, una fruta de pepita no siempre claramente definible desde el punto de vista botánico, con significado simbólico múltiple. Las manzanas silvestres se recolectaban ya muy antiguamente y las variedades cultivadas, de frutos grandes, se conocían ya en el neolítico, en la Europa central. En el mito antiguo, el dios de la embriaguez, Dionisos, fue el creador de la manzana, que regaló a Afrodita, la diosa del amor. Asociaciones eróticas comparan las manzanas con los pechos de la mujer y el receptáculo de las pepitas del fruto cortado en dos, con la vulva. Por esto adquirió la manzana también un contenido simbólico en parte de doble significado. La diosa Eris, mediante una manzana de oro (la proverbial «manzana de la discordia»), que arrojó en medio de la asamblea de los dioses, ocasionó la elección de Paris, que tuvo como efecto el rapto de Elena y la guerra de Troya. Heracles tuvo que ir a buscar en el lejano oeste, bajo grandes peligros, las manzanas de las Hespérides (véase *Islas de los Bienaventurados*). Por otro lado, la diosa de la tierra, Gaia (Gea), obsequió a Hera con una manzana como símbolo de fertilidad con ocasión de su boda con Zeus. En Atenas, los recién casados compartían y comían una manzana al entrar en la cámara nupcial. El enviar o tirar manzanas formaba parte del galanteo. La antigua diosa nórdica Iduna custodiaba manzanas que conferían eterna juventud a quien las comía. En la religión céltica era símbolo del saber transmitido.

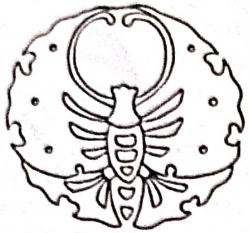
El simbolismo chino se orienta por la equisonancia de las palabras para manzana y paz («p'ing»), pero también se parece a la palabra para designar enfermedad («ping»), por lo cual no se deben dar manzanas a los enfermos. En cambio, las flores del manzano simbolizan la belleza de la mujer. En Europa, la manzana del *paraíso*, es decir, del *árbol* del conocimiento del bien y del mal, es el símbolo de la tentación y del pecado original. En cuadros que representan la caída en el pecado de nuestros primeros padres (*Adán y Eva*), una *serpiente* sostiene en la boca la manzana seductora, aunque en el texto sólo se habla de «frutos»: nuestra manzana no se conocía en Oriente. Diversas tradiciones ponen en su lugar el *higo*, el membrillo o la *granada*. Imágenes del nacimiento de Cristo muestran el Niño Jesús que tiende la mano hacia una manzana; asume sobre sí simbólicamente los pecados del mundo, y las manzanas en el árbol de Navidad pueden interpretarse análogamente como alusión al retorno al paraíso que se hizo posible mediante el nacimiento de Cristo. La dulzura atractiva de la manzana, sin embargo, se asoció primeramente con el atractivo ejercido por el pecado, también en el sentido del parecido de las palabras latinas malus, malum (griego melon) con malum, lo malo, el mal, el pecado. Por consiguiente, en las obras de arte barrocas no es raro ver la muerte en forma de esqueleto con una manzana en la mano: el precio del pecado original es la muerte.

Manzana: Eva con la manzana. Pintura judía de libros, hacia 1350

En el ámbito profano, la manzana, por su forma casi completamente esférica, actúa como un símbolo cósmico, por lo cual emperadores y *reyes* sostienen en las manos, junto al cetro, una «manzana imperial» que representa el mundo. En la Antigüedad, en una imagen de una moneda, tres esferas representaban los continentes de Asia, África y Europa que el emperador Augusto conocía, y la manzana imperial estaba coronada por una figura de la diosa de la victoria (Nike, lat. Victoria). En la época cristiana, el lugar de esta diosa fue ocupado por una *cruz*, por lo cual también el símbolo astronómico para «tierra» es un círculo con una cruz encima. En las leyendas de los celtas insulares es Avalón, la tierra de manzanas, un símbolo de los gozos supraterrenales. El mitólogo R. von Ranke-Graves concibe en este sentido la manzana como símbolo ampliamente difundido de la alegría del amor y la primavera: «Es el paso hacia los Campos Elíseos, los jardines de manzanas, a los que sólo se permitía entrar a las almas de los héroes... Una manzana es el regalo de las tres hespérides a Heracles, y también de Eva, la «madre de todos los vivientes», a Adán. Finalmente, Némesis, la diosa del bosquecillo sagrado, que en mitos posteriores se convirtió en un símbolo de la venganza divina tomada contra reyes orgullosos, sostiene una rama llena de manzanas: el don que ella concede a los héroes. Todos los paraísos de la época neolítica y de la edad del bronce eran islas de huertos frutales... Merece la pena observar que incluso la incomestible manzana silvestre encontró utilización en la heráldica: «Una manzana silvestre es áspera y desabrida, pero sirve también curiosamente para conservar el *vino* y así impedir que se vuelva agrio. Por lo tanto, mediante el rigor se ahuyenta el mal y, en cambio, se conserva la virtud» (Böckler, 1688).

Mariposa, animal simbólico en muchas culturas, que por un lado sugiere la capacidad de metamorfosis y la belleza, y por otro también lo efímero de la alegría. «La maravilla de los estados sucesivos de aparición, esta maravilla de la transformación

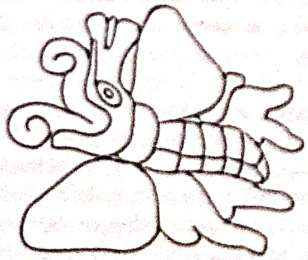
Mariposa en la estilización de la antigua cultura mexicana de Teotihuacán, decoración de cerámica



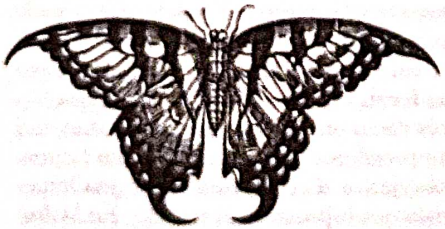
Mariposas en forma estilizada. Escudo japonés de la familia noble Taira, hacia 1150

de perezosa oruga, de larva insignificante en una preciosa mariposa, afectó profundamente al hombre y se convirtió para él en la semejanza de la propia transformación psíquica, le infundió la esperanza de que un día ascenderá de la condición terrestre a la luz de las eternas alturas.» (E. Aeppli.) Por este motivo, la mariposa se representa también en antiguas lápidas conmemorativas (véase *símbolos de la muerte*). Como sugiere su nombre griego, psyché, la mariposa —como el *ave*— es un «animal del alma». Su gracioso revolotear la aproxima también a los elfos, genios y amorcillos. Los seres parecidos a elfos y también las figuras oníricas y fantásticas suelen representarse con *alas* de mariposa, así como el dios del sueño, Hypnos (*Somnus*). En cuadros sobre el *paraíso*, ocasionalmente se representa con semejantes alas el alma que el Creador infunde en el cuerpo de *Adán*. En el Japón, la mariposa es un símbolo de la mujer joven, y dos mariposas que danzan una alrededor de la otra sugieren la felicidad conyugal. En la China, este ser alado es símbolo del joven enamorado que aspira las *flores* (femeninas), pero también la amada muerta puede salir de la tumba en forma de mariposa. Junto con la *ciruela*, simboliza la larga vida y la belleza, pero el juego de palabras (tieh, setenta, hu-tieh, mariposa) hace referencia al deseo de vivir setenta años (a menudo reproducida con el gato —amo— que al mismo tiempo significa ochenta). En el antiguo México, la mariposa figura entre los atributos del dios de la vegetación, Xochipilli, pero también es símbolo del *fuego* flameante y está relacionado con el *Sol* (mariposa, en azteca papalotl, que suena parecido al lat. «papilio»). Una mariposa bordeada de cuchillos de *piedra* (itzli) es la diosa Itzpapalotl, un espíritu nocturno de las *estrellas* centelleantes y

Mariposa: relieve en una roca de Acalpixán, México



Mariposa macaón, T. Moffet, The Theater of Insects, 1658



al mismo tiempo símbolo de las almas de las mujeres muertas durante el parto. Un verso japonés expresa la melancolía por las alegrías perdidas como respuesta al dicho de que «la flor caída ya no vuelve a la rama»: «Yo creía que la flor había vuelto a la rama, pero ¡ay! era sólo una mariposa». Veáse *doncella de Orleans*.

Marte, en griego Ares, en la Antigüedad dios de la guerra y guardián de los campos, al que en la antigua Roma se le dedicó el mes de marzo (Martius). Marte era el padre de los *gemelos* Rómulo y Remo, nacidos de una *virgen vestal*. Sus símbolos eran el escudo y la lanza, sus animales sagrados el *lobo*, el *toro* y el pájaro carpintero. En las artes plásticas el dios de la guerra estuvo raramente representado. Los romanos lo equipararon al dios germánico de la espada Ziu (en nórdico Tyr). También se le dedicó un día de la semana: el martes, Dies Martis. Es lógica la asociación del dios de la guerra con el *planeta* de brillo *rojizo*, generalmente bien visible, con el *hierro* (herrumbroso) y con la guerra. Astrológicamente se le considera el «pequeño portador de mala suerte», con su «casa diurna» en el signo de *aries* y su «casa nocturna» en el de *escorpio*. El planeta es «caliente, seco, agudo, cruel... Está relacionado con tiranos, guerra, desgracias imprevistas» (J. W. Pfaff, 1816) y rige cualidades como actividad, voluntad, energía, sexualidad agresiva, pudiendo considerarse *Venus* y Marte, en el simbolismo astral y en la antigua mitología, un par de opuestos que personifican un *sistema dual* análogo al de *yin/yang*. El color atribuido a Marte es el rojo sangre, su metal el *hierro*, sus *piedras preciosas* el *rubí*, el granate y la cornalina. Agrippa von Nettesheim (1486-1535) describió los espíritus de Marte que podían conjurar los practicantes de magia

Marte con los signos zodiacales que se le atribuyen, aries y cáncer. «Hausbuchmeister», 1475

ritual como «coléricos y de feo aspecto, color rojo pardusco, con cuernos parecidos a los de un ciervo y con garras. Rugen como toros furiosos y se mueven al modo de la llama consumidora; su signo es el rayo y el trueno». El conjunto de la imagen recuerda con ello grandemente la del *diablo*. Al que está regido por el planeta marte se le considera «marcial». En el simbolismo celeste de la antigua China, se relaciona a Marte con el color rojo, con el *fuego* y con el punto cardinal Sur. La órbita del *planeta*, visto desde la Tierra, forma lazos con movimiento retrógrado, lo cual es posible que se relacione con el simbolismo que se le ha atribuido (confusión, impulsividad, catástrofes inesperadas, anarquía).

Martillo, no solamente herramienta, sino también objeto de elevada fuerza simbólica en el sentido de fuerza y actividad, que en su reproducción sencilla apenas cabe distinguir de la *doble hacha*. El martillo es, ante todo, herramienta de los herreros, envueltos muchas veces en una aura terrorífica, que podían convertir el hierro en acero. El dios etrusco de la muerte Charu (véase *diablo*) llevaba como símbolo de su función un gran martillo de mango largo. También Hephaistos (lat. Vulcanus) tiene un martillo en la mano, mientras que entre los germanos del norte el martillo se convierte en el arma del dios del *trueno*

Martillo: demonio etrusco de la muerte. Pintura al fresco en una tumba de Tarquinia

Thor. El martillo Mjölnir (triturador) de Thor regresa a la mano del dios como un bumerang cuando ha aplastado *gigantes*. Sin embargo, el martillo de Thor es al mismo tiempo un símbolo dispensador de bendiciones que, por ejemplo, sanciona enlaces matrimoniales (*casamiento*). También se presenta como amuleto colgante o como imagen sepulcral para ahuyentar las fuerzas malignas. Su forma recuerda la *cruz* en Tau del Egipto antiguo tardío. También se conocían los martillos de pelea rompedores de cráneos. El nombre de Carlos «Martel» significa «martillo». En el *simbolismo francmasónico*, el martillo es una herramienta del maestro de la logia y de los dos capataces, y se utiliza un martillo de picapedrero o un martillo de dos cabezas. Como símbolo del trabajo de la «*piedra* tosca» todavía del aprendiz se considera el martillo de puntas. También en la vida cotidiana, el golpe dado con el martillo tiene el significado de una decisión irrevocable, como, por ejemplo, en las subastas. El martillazo se usa también en las sesiones del tribunal como llamada al orden. En los escudos y símbolos de la minería se habla de martillos de minero y de hierros que se representan cruzados. En los mapas, los martillos en forma invertida designan las obras de minería paradas o explotaciones a cielo abierto.

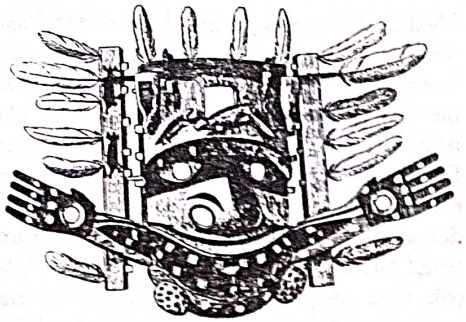
Más allá, una imagen simbólica general para designar la vida después de la muerte sin definir más de cerca su naturaleza especial (*purgatorio, infierno, cielo, islas de los bienaventurados*, etc.). El término designa la «otra orilla» de un río limítrofe, que entre los germanos septentrionales se llamaba Gjöll, entre los griegos Aqueronte, Cocito o Styx. También otras culturas conocían la imagen simbólica de un río que separa el reino de los vivos del de los muertos. El atravesar este río sólo era posible mediante una *nave* de los muertos, a menudo después de realizar determinadas ceremonias fúnebres y entregando una moneda para pagar al barquero (gr. Caronte) por el pasaje. Como guía se mataba frecuentemente un *perro* y se le enterraba junto al muerto para que éste no se extraviara por la desconocida campiña. La costumbre de la inhumanación y quizá también el conocimiento de grandes *cavernas* llevó a la elaboración del símbolo cósmico de un mundo subterráneo de los muertos (hebr. She'ol, gr. Hades, lat. Orcus, azteca Mictlán), que fue imaginado tenebroso y lúgubre y que en ciertas circunstancias asumió rasgos infernales. Raramente, por ejemplo, entre las tribus de indios norteamericanos, un más allá sin valoración moral se situó en un país celestial o también en una tierra lejana donde se llevaba una existencia parecida a la vida terrestre. En culturas que creen en la existencia de almas plurales (Egipto, antigua China), se dice que una de las almas parciales permanece junto a la tumba o dentro de ella, mientras otra debe ir en busca de un país en el más allá. Sin embargo, en una creencia en la

Más allá: el barquero de los muertos Caronte. V. Cartari, 1647

reencarnación más desarrollada, esto es solamente una especie de sala de espera para un nuevo nacimiento. En religiones de revelación con una actitud fundamental ética, pero también en algunos mundos de fe distintos (*Egipto*), tiene efecto un juicio de los muertos en el más allá, en el que se recompensa o condena el alma del muerto según sus obras en la tierra (*balanza*); véase *paraíso*.

El deseo, ya corriente en la Antigüedad, de una retribución en el más allá de actos realizados en la tierra llevó a imágenes simbólicas que se han hecho proverbiales de castigos de célebres malhechores en el hades: Los «tormentos de Tántalo» (Tántalo, rey de Lidia, desafió a los dioses obsequiándose a sí mismo con la carne de su hijo asesinado. En el Hades está con agua hasta la barbilla, pero sufre de una sed inextinguible porque el agua desaparece inmediatamente cuando quiere beber de ella. Preciosos frutos penden ante su boca, pero un viento tempestuoso se los lleva lejos cuando trata de alcanzarlos. Al parecer, su castigo en el más allá consiste en no poder alcanzar nunca lo que tiene cerca), el «trabajo de Sísifo» (Sísifo, constructor de la ciudad de Corinto, quiso burlar al dios del mundo de los muertos, Hades, y como castigo debe ahora empujar un bloque de piedra haciéndolo rodar hasta una cima, pero se le va de las manos y vuelve a rodar hacia abajo: un trabajo eternamente infructuoso) y el «tonel de las Danaides» (las Danaides eran las hijas del rey Danaos de Argólida, que asesinaron a sus esposos en la noche de bodas. Están condenadas en el Hades a sacar agua con un tonel sin fondo: absurdo trabajo sin éxito). Una imagen del más allá que se ha hecho proverbial en la Europa Central católica es la del *purgatorio*, un lugar de purificación de pecados menores mediante sufrimiento limitado temporalmente de las «pobres almas», que por la intercesión de los vivos pueden entrar antes en el *cielo*, pero que, por su parte, tienen el poder de ayudar a los humanos que están en la tierra. El purgatorio se representa en el arte popular con un aspecto parecido al del infierno, y en él unos *ángeles* conducen hacia el cielo a las almas representadas en figura humana, tras la expiación de su castigo. Un impresionante cuadro del más alla es también aquel de Jesucristo, cuando durante su reposo en la tumba visita el «limbo» (She'ol) para liberar a las almas de las personas bíblicas piadosas que allí esperan, según lo describe el evangelio apócrifo (no reconocido por la Iglesia): «Fueron destrozadas las puertas de hierro y rotas las vigas de hierro y librados de todas sus ataduras los muertos encadenados... Entró triunfalmente como un hombre el Rey de la Gloria y todos los oscuros rincones del Hades se iluminaron... Ahora el Salvador bendijo a Adán, trazándole sobre la frente la señal de la cruz, y lo mismo hizo también con los patriarcas, profetas y mártires. Entonces ascendió con ellos desde los infiernos». Esta «Anástasis» aparece frecuentemente representada en el arte de la Iglesia oriental.

Máscara. Las máscaras, no solamente en el ámbito de las culturas superiores, sino



Máscara: gran máscara de los inuit (esquimales) del estrecho de Bering

Máscara: máscara de madera de cedro de los antiguos indios con ornamenta de ciervo tallada, 29 cm de alto. Spiro, Oklahoma

también en muchas culturas carentes de escritura, son expresión de la presencia de entidades sobrenaturales. El que se pone una máscara se siente interiormente transformado y en ese tiempo asume las cualidades del ser (de un dios, demonio o genio) que las representa. Esto condujo al hecho de que las máscaras no sólo se concibieran como un disfraz de la cara, sino que en muchas ocasiones se «absolutizaran» y se concibieran como objetos religiosos y artísticos independientes, como por ejemplo, las máscaras pulimentadas de piedra verde de la cultura de Teotihuacán del antiguo México. Las máscaras rituales de madera desempeñan un importante papel en el ritual en muchas partes del África negra y en Melanesia, y también en el ritual de las sociedades secretas. En la Antigüedad clásica, también en el ámbito mediterráneo fueron las máscaras un medio para identificarse con una realidad «sobrenatural». Las máscaras teatrales pueden derivarse de las máscaras religiosas del dios de la embriaguez y del éxtasis, Dionisios. Las máscaras terroríficas (véase *Gorgonas*) como elementos decorativos estaban destinadas a alejar influencias desfavorables. En la época micénica se cubría el rostro del difunto con una máscara de *oro* batido (es conocida, por ejemplo, la «máscara de Agamenón»), probablemente para ocultar el deterioro de los rasgos faciales; la existencia de esta costumbre puede demostrarse esporádicamente también en la época de Hallstatt de la Europa central (por ejemplo, en los túmulos de Gross-Klein, Estiria). Las máscaras-yelmo de la época romana tenían probablemente no sólo la función de proteger, sino que debían conferir al que la llevaba un aspecto heroico. En el Asia oriental, son notables sobre todo las artísticas máscaras de madera, que se emplean en el «teatro no» (máscaras de muchacha, de hombre, de anciano, de

Máscara: actor con máscara de sátiro. Pintura de un vaso griego, siglo IV a.C.

anciana y de demonio). Deben reproducir caracteres en forma concentrada y acentuar los gestos de los actores. Véase *Jano*.

Medicina. En libros sobre los indios, la palabra medicina es una denominación colectiva para todo lo que se sale de la esfera de lo cotidiano, lo sagrado que está en relación con la actividad religiosa (por ejemplo, el haz de medicina, objetos simbólicos envueltos y amuletos como puntas de *flecha*, piedras, *plumas*, *huesos*, polen de flores; «hacer medicina», meditar, buscar visiones). El «hombre de la medicina» es el curandero chamanista. Dado que entre los indios el arte de curar y la religión se hallaban en relación inseparable, a los sacerdotes chamanes que en la práctica no ejecutaban solamente ritos de consagración, se les llamaba en general hombres de medicina, incluso cuando se limitaban a dirigir danzas ceremoniales con su atavío completo de ritual. En general se les atribuían dotes especiales mágico-religiosas. Ocasionalmente llevaban también vestidos de mujer, correspondiendo esto al motivo chamanístico del cambio de sexo para lograr el contacto con la totalidad cósmica (véase *andrógino*), por ejemplo, entre los cheyennes. En etnología se designan con el nombre de «ruedas de medicina» las colocaciones circulares de *piedras* en el llano de la América del Norte, que evidentemente tenían que ver con ceremonias de las tribus. Casi siempre se trata de piedras distribuidas formando una rueda con un perímetro exterior de casi 30 metros, agrupadas alrededor de un círculo interior («ombligo») de unos 3 metros de diámetro, del que parten 28 «rayos» (¡el número de días del mes lunar!). Los montones de piedras de la periferia marcan, en el cielo de las mañanas de verano, los puntos de salida de

Medicina: hombre de medicina con manto de piel de oso de los indios del llano norteamericano. Georg Catlin

las *estrellas* Aldebarán, Rigel y Sirio. El etnólogo K. H. Schlesier (1985) relaciona estos diseños con ritos cheyennes y los llama «ruedas de los espíritus» relacionados con la ceremonia de la «donación de la tierra»: «Comoquiera que se encuentran en cimas de montañas y no pueden verse desde abajo, se dirigen hacia el cielo, hacia los espíritus del mundo superior».

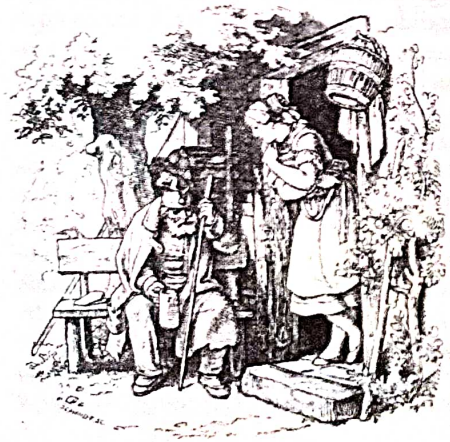
Melocotón (botán. malum persicum, «*manzana* persa»), en la Antigüedad clásica un fruto muy estimado, introducido de Oriente en el siglo I d.C., algunas veces confundido con el albaricoque. Cuando en el huerto del emperador Alejandro Severo creció un *laurel* encima de un melocotonero, esto fue considerado un presagio de la victoria sobre los persas. En la antigua China, el melocotón (t'ao) se consideraba un símbolo de la inmortalidad o de la longevidad, y la flor de melocotonero era el símbolo de frescas muchachas, pero también de mujeres ligeras y de la «locura de la flor de melocotón», eufemismo para designar la confusión de sentimientos que hay en la pubertad. Según la leyenda, la diosa de las hadas, Hsi-wang-mu, posee

en los montes Kuenlún un jardín en el que cada 1 000 años maduran los melocotones de la inmortalidad. En esta ocasión tiene allí lugar una gran fiesta de los genios e «inmortales». La madera de melocotonero se tenía por ahuyentadora de demonios y las ramas de este árbol junto a la puerta de la casa debían impedir el paso de aquéllos en la fiesta de Año Nuevo; también de su madera se tallaban estatuillas de guardianes de la puerta. En leyendas populares, las «*cuevas* del melocotón» es el eufemismo poético que designa los genitales femeninos.

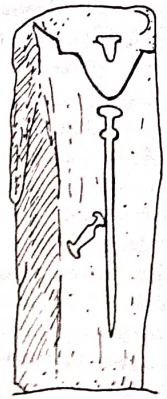
Mendigo, figura simbólica para el grado ínfimo de la tradicional pirámide social «emperador, rey, noble (véase *caballero*), burgués, campesino, mendigo». Donde no hay ninguna clase de «red social», el hombre carente de bienes a causa de la desgracia o por culpa propia, constituye por un lado una imagen ideal del hombre que desprecia al mundo (por ejemplo, san Alejo, un asceta sirio), y por otro, una imagen del paria despreciado que solamente resulta útil porque da, al que posee bienes, la oportunidad de practicar la virtud de la caridad. Varios santos aparecen representados en compañía de mendigos: en primera línea san Martín —que regala la mitad de su *manto*—, Isabel de Turingia y Diego de Alcalá. El proverbial «cayado de mendigo», junto con el saco, atributo del mendigo, era originariamente un bastón blanco como distintivo del que carecía de tierras y tenía que evacuar su finca, del prisionero de guerra o de la señal de capitulación (como más tarde la *bandera* blanca): en la época de las guerras de los campesinos, el «ir con un bastoncito blanco» significaba rendirse incondicionalmente. En la época moderna, los mendigos se consideraron a sí mismos como una especie de gremio que mediante señales sencillas que no llamaban la atención se transmitían informaciones acerca de las perspectivas de obtener limosnas. El monacato despreciador del mundo y de la posesión de bienes, del ámbito cristiano así como también del budista, elevó a la categoría de ideal el consecuente apartamiento de la vida burguesa. Los miembros de las órdenes mendicantes deben alimentarse exclusivamente de donaciones voluntarias.

Mendigos itinerantes: Como figura de escudo (hacia 1340) y respectivamente como imagen de sello (hacia 1352)

Mendigo delante de la casa, grabado en cobre de Ludwig Richter (1803-1884)



Mendigo: Cristo y los pobres. L. Cranach el Viejo, 1521



Menhir de Filitosa, Córcega, con bosquejo de la cabeza, espada y puñal, edad del bronce

Menhir, la «piedra larga» (bretón: men, piedra; hir, largo); pilar de piedra hincado en tierra, en forma de *obelisco* sin desbastar, objeto de culto. La costumbre que predominó desde el neolítico, sobre todo en el noroeste de Europa, de erigir construcciones de piedra de todas clases, de bloques de piedra toscamente unidos a menudo de aspecto monumental, tiene que ver seguramente con la característica de la durabilidad que corresponde generalmente a la piedra (véase *roca*). La costumbre, evidentemente de base religiosa, de la construcción «megalítica» (es decir, con «piedras grandes») se concentró primordialmente en construcciones funerarias (llamadas en Bretaña dólmenes, en Alemania septentrional Hünengräber —túmulos—), que probablemente estaban destinadas a asegurar la duradera presencia victoriosa de difuntos sacerdotes o héroes del país. En las inmediaciones de los dólmenes se encuentran frecuentemente menhires, cuyo simbolismo o finalidad se está discutiendo todavía. Interpretados por un lado como monumentos fálicos (véase *lingam*), en el sentido de lograr una permanente fertilidad, algunos etnólogos los consideran más bien «sedes de almas», en las que —o sobre las cuales— las almas de los sepultados en la tumba megalítica habían de proteger la tierra. Otras posibilidades de explicación son las del sorprendente señalamiento de un «lugar sagrado» o la idea de la columna *eje del mundo*, que también en la estaca de culto (véase *estaca*) se expresaba de modo más perecedero. Muchas veces se designan simplemente como menhires grandes columnas de piedra que se erigieron, por ejemplo, como monumentos funerarios, sin que pudiera demostrarse una relación con ideas megalíticas. En la proximidad de Carnac (Morbihan, Bretaña) hay campos enteros de alineaciones de bloques de piedra, formados menos regularmente que los auténticos menhires, de los cuales se supuso que eran una orientación astronómica en el sentido de determinar en el horizonte anualmente unos determinados puntos fijos, lo cual sin embargo, no está claramente demostrado. Puede tratarse también de perpetuaciones de procesiones (véase *peregrinación*) a lugares sagrados (sepulcros megalíticos de personas importantes) o de un simbolismo religioso al que ya no tenemos acceso.

Mercurio, en griego Hermes, antiguo dios del comercio y la industria, al mismo tiempo figura simbólica de la prosperidad y del estamento de los comerciantes. Como mensajero de los dioses tiene en la mano el *caduceo*, la vara de heraldo, siendo considerado personificación del lucro y también dios de los ladrones. Unas *alas* en los pies y en el sombrero de viajero hacen referencia a su rapidez. En calidad de Hermes Psikhopompos (acompañante del alma) es la figura simbólica para el buen viaje de los difuntos al *más allá*, y como portador de un *carnero*, es la personificación del «buen *pastor*» (Hermes Kriophoros). Además, se le considera inventor de la lira. Su figura romana paralela recibió su nombre probablemente por la expresión latina que significa «comerciar» (mercari). Como cuerpo celeste, Mercurio es el *planeta* más difícil de observar. En la Europa central, sólo permanece visible a simple vista de 12 a 18 horas al año y se encuentra siempre muy cerca del *Sol*, de suerte que únicamente puede verse durante el crepúsculo o en un cielo ligeramente neblinoso, sobre todo en otoño y primavera. Su «fugacidad» para la observación es evidentemente la causa de su interpretación simbólica: Es un «ser ambiguo y, a causa de su movilidad, inseguro» (J. W. Pfaff, 1816).

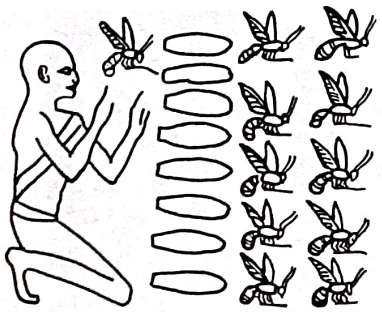
Mercurio: Hermes/Mercurio con el caduceo. V. Cartari, 1647

La astrología le atribuye cualidades como elocuencia, versatilidad, habilidad, expresividad, destreza y amistad insegura. Se le considera un planeta *andrógino*, relacionado con el mercurio (véase *azufre y mercurio*), que tiene su «casa diurna» en *géminis*, y su «casa nocturna» en el signo de *virgo*. Como color se le atribuye el *azul* celeste, y entre las *piedras preciosas*, el ágata, el jaspe, el topacio, el ópalo y la resina fósil *ámbar*.

Miel. No solamente en relación con la *abeja* es la miel un símbolo predilecto para «dulzura» en cualquier acepción de la palabra. La miel de abejas silvestres se recolectaba ya en la época del arte levantino de la España postglacial, como lo demuestran las pinturas rupestres, y también por parte de los antepasados de los bosquimanos de Sudáfrica. En la Biblia, a *Moisés* se le promete la tierra de Canaán como «un hermoso y extenso país que mana *leche* y miel» (Éxodo 3, 8). La palabra de Dios es «más dulce que la miel» (Salmo 119, 103), y los rollos de libro tragados por profetas como señal de asimilarse su texto son asimismo «dulces como la miel» (Ezequiel 3, 3; Apocalipsis de Juan 10, 9). La miel y el aguamiel son a veces alimento de los dioses, por ejemplo, el sustento de Zeus cuando era un niño pequeño. En la mitología india, los *gemelos* Ashvin, como mensajeros de los dioses en el cielo matutino, ofrecen miel, y en un manantial legendario de miel se recrean las personas piadosas. La miel servía para los escitas y espartanos como medio para embalsamar a *reyes* muertos y en el culto de Mitra como sacramento que limpia de pecados, porque se obtenía de un animal libre de

pecado «mediante el mero contacto de las *flores*». Unas tablillas de la antigua escritura cretense Lineal B hablan de ofrendas de miel para «la diosa». Produce un efecto curioso el relato bíblico acerca del héroe Sansón, el cual en el cadáver del *león* que él despedazó sólo con las manos encuentra un enjambre de abejas y miel, lo que le induce a emitir la sentencia enigmática de que «Del devorador viene la comida, del fuerte viene la dulzura» (Jueces 14, 14), símbolo de la aparición de una nueva vida a partir de la muerte. En la época de los Padres de la Iglesia se designa la palabra de la Revelación que mana de la boca de Dios como «río de miel del nuevo *Paraíso*» y el cuerpo de Cristo como «*roca* dadora de miel».

La miel es en muchas culturas sacrificio para los muertos, manjar de los seres sobrenaturales, repelente de demonios, y se la compara con el «*rocío* celestial». Muchos dioses de la naturaleza se relacionan con la protección de las abejas melíferas, como por ejemplo, Nohyum-cab (Señor de las abejas) entre los mayas de Centroamérica. Allí, a base de agua, miel de la abeja sin aguijón y la corteza del árbol lonchocarpus (balché), se preparaba una bebida ceremonial ligeramente alcohólica como todavía es usual entre los lacadones. En la antigua China, la miel se relacionaba con el lugar cósmico «Centro» y se empleaba para endulzar las comidas del *emperador*; la palabra para miel (mi) significa al mismo tiempo «dulce», que también sirve para designar las alegrías sexuales. Los sueños con miel fueron concebidos como prometedores de suerte, análogamente a lo que ocurre en la psicología analítica en el sentido de C. G. Jung, en la que se considera a la miel símbolo del objetivo de la madurez psíquica (individuación). La medicina medieval consideraba



Miel: su obtención en el antiguo Egipto. Relieve funerario, Tebas, hacia 600 a.C.

la miel como producto de *rocío* coagulado que las abejas recolectan y que no solamente es dulce para el paladar sino que también cura las heridas.

Moisés, gran figura de integración del judaísmo y del Antiguo Testamento de los cristianos que en el *monte* Sinaí recibió de Dios los Diez Mandamientos (Decálogo). Los *cinco* Libros de Moisés (Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio), el «Pentateuco», son venerados entre los judíos bajo el nombre de Torá (Ley). No proceden de una sola mano, sino de cuatro y hasta cinco fuentes principales, que la crítica bíblica se denomina «primero y segundo Yahvista», «Elohísta», Deuteronomi y Escrito Sacerdotal; llevados a la unidad actual mediante una continua actividad de redacción, estos cinco libros forman la primera parte del canon veterotestamentario. Moisés es sin duda una figura histórica cuyo nombre egipcio significa «hijo» o «niño» (compárese con Thot-Mosis, Ra-Mosis o Ramsés, es decir, Hijo de Thot, Hijo de Ra o Rê). La interpretación hebraica «El que fue sacado del agua» es improbable. Según el cálculo cronológico más verosímil, Moisés vivió alrededor de 1450 a.C.; las «tinieblas egipcias» que precedieron al éxodo de los judíos de Egipto (véase *rana, langosta*)

Moisés con las Tablas de la Ley, con rayos de luz sobre su cabeza. G. Doré (1832-1883)

Moisés: grabado en cobre según Schnorr von Carolsfeld

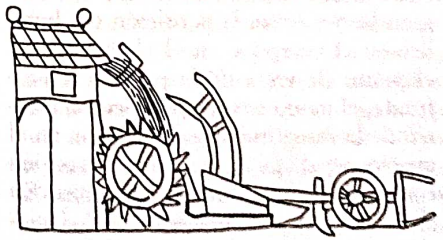
se han relacionado con la erupción del volcán de Thera (Santorín) cuyas masas de polvo oscurecieron el sol. Moisés unió el pueblo de los judíos salidos del reino de Egipto, mediante una alianza, con un Dios único, Yahvé («No tendrás a otros dioses junto a mí», Éxodo 20, 2) y al propio tiempo con la religión, el derecho y la ley moral. Sin embargo (según O. Schilling en J. B. Bauer, 1967), no fue «ni miembro de una casta sacerdotal, ni oficial, ni pertenecía a un círculo de extáticos, ni podía apoyarse en la antigua nobleza...; (era) profeta y hombre de Dios» por su ira junto al «agua de Meribá» (Números 20, 10) perdió la ocasión de entrar en la «tierra prometida» y murió en el monte Nebo; «pero hasta el día de hoy nadie conoce su tumba» (Números 34, 6). «Es característico de la concepción religiosa de los israelitas que no pudiera vincularse a su persona ningún culto. Pero pronto se apodera de él la leyenda y se transfieren a él los rasgos de los antiguos cuentos y leyendas orientales, que ya en los libros que llevan su nombre predominan sobre la exposición de su vida» (Bertholet, 1985). «Sin la fundamental experiencia religiosa de la *zarza* ardiente (Éxodo 3, en el monte Horeb), de fuerza abrumadora, no puede concebirse su obra, que se yergue sobre su entorno y sobrepasa toda medida humana.» (O. Schilling, obra citada.) Véase *Cuernos*.

Molino, piedra de molino. Como un gran molino se representa en algunas imágenes cósmicas de antiguas culturas superiores el girar de las *estrellas* fijas alrededor del polo norte celeste, que se relaciona imaginariamente con el centro de la Tierra (*Mundus, Omphalos*) por medio de un *eje cósmico* de cristal. Las edades cíclicas del mundo se relacionan entonces simbólicamente con el concepto de los giros del gran molino del mundo. En este caso también representa la acción compensadora de la equidad del destino que tritura todos los granos. Es evidente que a ello va ligado el concepto del *pan* que mediante la acción ennoblecida se obtiene de la materia prima del trigo. En la antigua Roma, en la fiesta de la diosa del hogar Vesta, las *vírgenes*

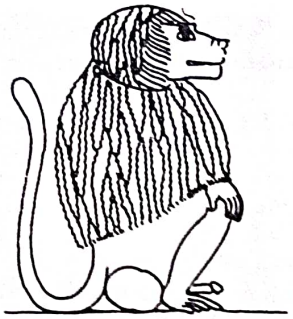
Molino, hoz y arado. Del incunable de Boccaccio, Ulm, 1473

vestales coronaban los molinos. El simbolismo cristiano de la Edad Media conocía la imagen del «molino místico», en la que el profeta Isaías echa en la tolva del molino los granos de trigo, mientras el apóstol Pablo recoge la harina producida. En algunas configuraciones gráficas, los cuatro *evangelistas* echan en la tolva los granos mientras los apóstoles guían los *ríos* que ponen en movimiento la rueda del molino. Los padres de la Iglesia reciben la harina y Jesús distribuye entre el pueblo fiel las hostias hechas con ella; Cristo mismo es el pan de vida. Una piedra de molino, arrojada del *cielo* a la *tierra*, es en varios pasajes bíblicos una señal del juicio del castigo divino, particularmente en el Apocalipsis de Juan (18, 21): «Y un ángel poderoso levantó una piedra grande como una gran piedra de molino y la arrojó al mar, diciendo: Así será arrojada *Babilonia*, la gran ciudad...».

Molino y arado. Dibujo marginal de «Sachsenspiegel» de Eike von Repgow, hacia 1230



Mono. En la Antigüedad se conocieron diversas especies de monos de África y del Asia meridional (gr. pithekos, lat. simia) y en ocasiones los actores los amaestraban y utilizaban para «representaciones teatrales». «Mono» equivalía a un insulto; estos animales eran símbolo de malignidad y de fealdad. Sin embargo, no era raro tener monos como animales domésticos exóticos. La creencia popular pretendía que la posesión de un ojo de mono hacía invisible a una persona y que la orina de mono, extendida en la puerta de un enemigo, transmitía a éste el odio de sus semejantes. En el antiguo Egipto, se consideraba con respeto a los monos (macacos, pero sobre todo babuinos); las tribus nubias debían entregarlos como tributo, y se decía que los monos comprendían el lenguaje humano y aprendían las cosas más fácilmente que algunos alumnos humanos. Los chillidos de los babuinos al amanecer se interpretaban como oración de aquellos piadosos animales dirigida al dios Sol que se elevaba sobre el horizonte. Thoth (Tjehuti), el dios de la sabiduría, generalmente se representaba con la cabeza de *ibis*, pero también como un viejo y blanco babuino sentado detrás del que escribe textos importantes e inspecciona el trabajo de éste. También en la antigua India era sagrado el mono, como lo muestra la veneración del dios-mono Hanuman, que en el poema épico Ramayana aparece como importante auxiliar y ministro de Rama. Es el símbolo de fuerza, lealtad y sacrificio. Aunque los campesinos indios sufren los efectos de la plaga de monos, celebran gustosos la fiesta de Hanuman-Dschayanti, el natalicio de Hanuman. También en la China se le tributaron al mono grandes honores. En la China meridional y en el Tíbet, algunas



Mono: babuino blanco, fresco de la tumba de Tutankh-amon, XVIII dinastía del antiguo Egipto

Mono: el mono diabólico del «beber tabaco»; Londres, 1618

familias atribuyen con orgullo su origen a antepasados monos, que, según se dice, raptaron hembras humanas y engendraron hijos. Famoso es el mono Sun Wu-k'ung, que acompañó al peregrino budista Hsüan-tsang en su viaje a la India y dícese que junto a grandes hechos heroicos hizo también muchas travesuras. A menudo se representaba al mono con un «*melocotón* de la larga vida» en las manos. A causa de sílabas que suenan igual, las imágenes de monos subidos a unos pinos o montados en caballos significan el deseo de alcanzar una elevada categoría social. En el zodíaco chino, el mono es el signo noveno. El mono es también un símbolo del calendario en las culturas del antiguo México, concretamente como señor del signo del día 11 (en azteca Ozomatli, en maya Ba'tz). El mono era considerado como dios de la danza, y los nacidos bajo su signo debían llegar a ser volatineros, payasos, bailarines o cantores. El mono tiene en el antiguo México una relación simbólica, que no se entiende del todo, con el viento. En los antiguos mitos mexicanos se describen periódicos fines del mundo, y la segunda era o «sol» —viento solar— finalizó mediante devastadoras tormentas de vientos arremolinados. Los humanos de esa época fueron convertidos en monos.

En la iconografía cristiana, se ve al mono de manera negativa, como caricatura del hombre y animal que simboliza los vicios de vanidad (con un espejo en la mano), codicia e impudicia. Monos encadenados simbolizan al *diablo* vencido. Asimismo se representa a los monos como símbolos de personas procaces y desenfrenadas, también encadenados, probablemente con referencia al texto cristiano primitivo del «Physiologus». Allí se representa al mono como maligno, pero también como inclinado a la imitación. Su cazador finge embadurnarse los ojos con liga o visco y se esconde; el mono baja del árbol y se cubre de visco los ojos imitando al cazador, de manera que puede ser cazado fácilmente con el lazo. «De este modo nos caza también el gran cazador, el diablo. Él... trae el visco del pecado, ciega los ojos, vuelve ciego el espíritu del hombre y hace un gran lazo y causa la perdición del hombre en el cuerpo y en el alma.» Desde el punto de vista de la psicología profunda, el mono se interpreta como indicio de la inseguridad y de la duda en el propio papel de la persona; y también como símbolo de falta de vergüenza. En el lenguaje de las imágenes de los sueños, según la interpretación psicológica profunda, el mono quiere alcanzar todo «lo que parece humano pero que no es humano»; «el que sueña con él, se acerca a esa posibilidad desde un lado despreciado» (Aeppli). En los últimos años se han descubierto esculturas asiáticas de tres monos que se tapan la boca, los ojos y los oídos. La interpretación popular que afirma que es mejor no oír nada, no ver nada y no decir nada, es insatisfactoria, ya que la verdadera interpretación es «no ver, oír ni hablar nada malo». En su origen debió de tratarse de espías enviados por los dioses a los hombres para enterarse de sus malas acciones. Como medio de defensa mágico contra tal espionaje debió de surgir la representación de monos ciegos, sordos y mudos. En el Japón, los tres monos se explican también con la homonimia de la palabra «saru», que significa «mono», y al mismo tiempo «no hacer», y debe de simbolizar el abstenerse conscientemente de obrar mal.

Montaña, un símbolo mundialmente difundido de la proximidad de Dios. La montaña se eleva por encima del nivel cotidiano de la humanidad y llega a la proximidad del *cielo*. La cima envuelta en *nubes* excita la imaginación y sobre todo los volcanes se consideran como misteriosos puntos de enlace, que inspiran respeto, con un mundo suprahumano. Montañas sagradas o montañas de divina revelación (Fujiyama, Elbrus, Sinaí, Horeb, Tabor, Carmelo, Garizim, Kailash, Olimpo...) se convirtieron muchas veces en símbolos del poder divino y como tales fueron representadas en las artes plásticas. También se reproduce al cosmos a menudo con la figura de una montaña escalonada en forma de terrazas, como por ejemplo, la montaña cósmica de Meru, en el arte índico, y reproducido mediante pirámides escalonadas (por ejemplo, Burubudur, Java). Montañas de dioses transformadas arquitectónicamente fueron también los zigurats de la antigua Mesopotamia. Las peregrinaciones a montañas sagradas simbolizaban el apartarse gradualmente del plano de lo cotidiano y la ascensión espiritual. Así, por ejemplo, el místico español san Juan de la Cruz (1542-1591) llama a su camino hacia Dios la «subida al monte Carmelo». Las peregrinaciones a montañas están muy difundidas; en Carintia, por ejemplo, es usual la fatigosa «peregrinación a cuatro montañas»; en el Japón, todos los años, unos 200.000 peregrinos suben a la cumbre del Fuji-san (Fujiyama) o bien ofrecen sacrificios en uno de los innumerables santuarios shintoístas que se encuentran al pie de la sagrada montaña. El antiguo México conoció el monte Tlaloc en el macizo de Iztan-Cihuatl, en el que había un ídolo del dios de la *lluvia* de igual nombre; sobre su cabeza se ponían las semillas de todos los frutos del campo para lograr la fecundidad. Así, la montaña está por un lado más cerca del cielo que la tierra circundante, ya por ello imaginable como morada de los dioses, y por otro, suelen acumularse a su alrededor las nubes de las cuales desciende la lluvia. Las cimas de

Montaña: deidad sobre cimas de montañas. Detalle de un sello acádico, hacia 2500 a.C.

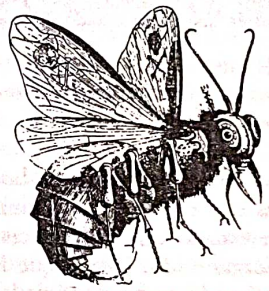
Montaña: Moisés recibiendo las Tablas de la Ley en el monte Sinaí. Ilustración de H. Holbein el Joven para la Biblia, 1530

las montañas se ofrecen como símbolos de la «elevación» por encima de la «llanura de lo cotidiano», y también a menudo se imagina el *eje del mundo* como una montaña en el alto norte bajo la estrella polar alrededor de la cual giran las otras *estrellas*. La imagen del mundo en la antigua China conoce cinco montañas sagradas, en el sentido de la orientación de los cuatro puntos cardinales (incluido el lugar del medio). Atención especial mereció el Kuenlún (K'un-lun) «con *nueve* niveles». En representaciones del mundo, las montañas con nubes simbolizaban la tierra firme en la que predominaban alternativamente *yin y yang*. Almenas de nubes y frisos de estrellas coronaban también a menudo las pirámides-templos del México precolombino, concebidas como montañas artificiales en las que habitaban los dioses.

En la iconografía cristiana se representa a menudo el Juez de los mundos del tiempo final sentado en una montaña rodeada de *nubes*. Sin embargo, las otras montañas debían retirarse simbólicamente, lo cual quizá deba entenderse como un alejamiento consciente de los cultos paganos que se realizaban en ellas. No es de extrañar que, después de las misiones en la Europa central, se considerasen antiguos santuarios de montaña como lugar de reunión de espíritus malignos, donde se decía que las brujas, bajo la presidencia del *diablo*, celebran ritos blasfemos (por ejemplo, en el Blocksberg o en el Brocken, en el Harz). No obstante, también se edificaron a menudo en cimas de montañas iglesias o capillas para sustituir a cultos precristianos. También las cruces en las cumbres de la época moderna son expresión del sentimiento de la proximidad de Dios en tales lugares. (Véase *cuevas*, *peñas*, *omphalos*, *peregrinación*, *piedra*.) La montaña sagrada bíblica por excelencia es el monte Sinaí durante la revelación de Dios a *Moisés*. Éste recibe el mandato: «Traza alrededor del pueblo un límite y di: guardaos de subir a la montaña o incluso de tocar su pie. Todo aquel que tocare la montaña debe ser castigado con la muerte. Ninguna mano debe tocar la montaña. Y el que lo hiciere, debe ser apedreado o matado con flechas; tanto si es un animal como un humano, nadie puede permanecer con vida. Solamente cuando suene el cuerno (schofar), pueden subir a la montaña». En la Biblia, también la colina de Sión, en la región de la anterior ciudad de los jebuseos Jerusalén, que fue conquistada por los israelitas, posee la categoría de un lugar de residencia de la gloria de Dios. Después del Juicio final «habla el Señor: con gran celo intervengo en pro de Sión... regreso a Sión y vuelvo a morar en Jerusalén. Entonces Jerusalén será llamada "ciudad de la lealtad" y la montaña del Señor de los ejércitos "monte Santo"» (Zacarías 8, 2-4). Sin embargo, para la comunidad religiosa de los *samaritanos* ocupó este lugar el monte Garizim, una cumbre boscosa y rica en *fuentes* comparada con el *paraíso*. En la visión simbólica del mundo, la montaña propia es, para los adeptos de ambos grupos, «el monte en el que se halla la casa de Dios, más alta que todas las montañas» (Isaías 2, 2). En la

Edad Media, la montaña Mont Sauvage (Montsalvatge), en la leyenda del *Grial*, ocupa el lugar de la montaña de Dios coronada por un *castillo*.

Mosca (gr. myia, lat. musca). Moscas de todas las especies son, como animales simbólicos, criaturas consideradas negativamente, que, sin embargo, debían aplacarse mediante ritos. El Ba'al-zebul o Beel-zebub, «el dios de Ekrón» mencionado en el II Libro de los Reyes (1, 2), es una deidad siria que se ha relacionado con el dominio de los enjambres de moscas como en Grecia «Zeus Apomyios» o «Myiodes, Myiagyros». En parte predominaba la idea de poder demoníaco que se encarna en las inexterminables



Moscas: Beel-zebub, el demonio de las moscas. Collin de Plancy, Diccionnaire infernal, 1863

moscas. Su imagen en gemas antiguas estaba destinada a proteger contra el «mal de *ojo*». Su nombre griego designaba simbólicamente un parásito. En la antigua mitología persa, el principio Ahrimán enemigo de la *luz* se introdujo en el mundo en forma de mosca. Enjambres de moscas anuncian desastres en Isaías 7, 18: «El Señor llevará las moscas hacia las bocas del Nilo». Las moscas son sobre todo símbolos de figuras diabólicas y enjambres de demonios que también atormentaron al eremita San Macario.

Muérdago (botán. Viscum album), una planta predilecta modernamente como símbolo del tiempo de la fiesta de la Navidad y que en la Antigüedad se consideraba sagrada en algunas culturas. Esta planta semiparasitaria que extrae agua y sustancias minerales de la planta sobre la que crece, se consideraba un vegetal del reino intermedio (ni árbol ni arbusto) y, según la leyenda, se originaba allí donde el rayo había caído sobre un *árbol* (preferentemente una *encina*). Los muérdagos que crecen en encinas eran particularmente estimados, por ejemplo, en la antigua Roma y entre los druidas celtas. Según Plinio, se cortaban de la encina con una *hoz de oro*, se recogían en un paño *blanco* y se ofrecían a los dioses junto con el sacrificio de un *toro*. El muérdago se consideraba un «curalotodo» y, por su verdor perenne, como símbolo de la inmortalidad. Según R. v. Ranke-Graves, el muérdago debe de haber sido concebido como órgano sexual de la encina, y cuando «los druidas por razones rituales lo cortaban con una hoz de oro, estaban realizando una castración simbólica. El jugo espeso de las bayas se veía como esperma de la encina y se creía que era un líquido de grandes poderes rejuvenecedores (Chylos)». El efecto terapéutico se ha probado seriamente en tiempos recientes y han quedado probados los efectos de una ligera disminución de la tensión arterial y diuréticos, mientras que se dice que la acción frenadora del cáncer defendida por la medicina antroposófica (medicamento «Iscador») habría quedado demostrada en el examen clínico. La costumbre inglesa de colgar ramas de muérdago en tiempo de Navidad (incluida la «libertad de besos») podría remontarse al gran aprecio que la planta gozaba entre los celtas. En la mitología germánica, el muérdago, por el complot del malévolo Loki, se convirtió en manos del dios *ciego* Hödr, en una mortífera lanza

que causó la muerte de Baldr, dios de la luz y de la vegetación; sólo después de Ragnarök (*fin del mundo*), pueden Baldr y su matador empezar una nueva vida en el nuevo reino *paradisíaco* de Gimle. El muérdago es en este mito símbolo del instrumento en sí inocente, pero que mediante un hechizo maligno se convierte en algo fatal, lo mismo que el que lo lanza, el ciego hermano de Baldr (véase *Ceguera*).

Münchhausen, la figura simbólica del alegre charlatán y narrador de increíbles historias de aventuras es un personaje palpablemente histórico. Carlos Federico Jerónimo, barón de Münchhausen (1720-1797), de un linaje noble atestiguado desde 1183, de la Baja Sajonia, llevó efectivamente una vida aventurera, tomó parte en dos guerras contra los turcos y fue un apasionado cazador. En su finca de Bodenwerder (Weser) solía entretener a sus invitados contándoles las más asombrosas historias de aventuras de su agitada vida que le inmortalizaron con el nombre de «Barón de las mentiras». Varias de estas historias se imprimieron en 1781-1783 y algunas las publicó el bibliotecario R. E. Raspe, que vivía en Inglaterra, en lengua inglesa en 1785 en Oxford. G. A. Bürger las tradujo al alemán y en la edición en esta lengua las amplió («Wunderbare Reisen zu Wasser und zu Lande, Feldzüge und lustige Abenteuer des Freyherrn von Münchhausen», 1786, 1788) con el fin de formar un bonito libro popular con motivos de Luciano de Samosata, Rabelais, Jonathan Swift y otros autores y que incluso en época reciente ha dado a menudo ocasión para refundiciones, dramatizaciones y paráfrasis (incluso en el cine). Como «síndrome de Münchhausen» se designa en psiquiatría la «pseudología fantástica», en la que los enfermos adornan sus historias con detalles increíblemente exagerados.

Münchhausen llevado por los aires por los ánades silvestres que había cazado. Gustave Doré

Mundus, nombre latino de un hoyo para ofrendas que en el antiguo simbolismo cósmico romano significaba el centro del mundo organizado. Dícese que Rómulo lo excavó en la encrucijada de las calles que dividían la «Roma *Quadrata*» en lo que posteriormente fue el Palatino. En este hoyo se depositaban terrones de la legendaria patria primitiva así como las primicias de todos los frutos del campo en el transcurso de un rito sacrificial. Constituye el ombligo (*omphalos*) de la ciudad de Roma así como también del cosmos a la medida humana y al mismo tiempo un lugar de sacrificio para las divinidades subterráneas (inferi). Cada una de las ciudades dotadas de un «mundus» central podía considerarse a sí misma como centro del orbe. A esta costumbre romana la precedió una correspondiente costumbre etrusca (Pfiffig, 1975).

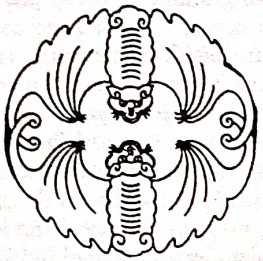
Murciélago, animal de múltiple significado simbólico cuya «naturaleza híbrida» (mamífero alado) suscitó curiosidad y atención en muchas culturas. En Occidente se le considera como una criatura siniestra que presuntamente se enreda en los *cabellos* de los seres humanos. Ciertos relatos sobre murciélagos vampiros chupadores de *sangre* en Sudamérica contribuyeron, incluso en Europa, a que se considerase como criaturas terroríficas a los murciélagos, inofensivos y exterminadores de mosquitos. El *Diablo*, como *ángel* caído, está dotado en el arte con alas de murciélago, ya que él, como ese animal, teme la luz. Incluso seres demoníacos de toda índole se representan con este atributo; por ejemplo, la personificación de la envidia, que no se atreve a manifestarse a la plena luz del día. En cuadros de aquelarres —*brujas*—, casi nunca faltan los murciélagos. En otras culturas, el murciélago tiene mejor fama. Entre los mayas de Centroamérica, es venerado especialmente por las tribus zotzil como divinidad protectora bajo el nombre de Z'otz. En el mito de los mayas quiché aparece, sin embargo, un «murciélago cortador de cabezas» como animal del mundo subterráneo. En la antigua China, el murciélago se consideraba como símbolo de buena suerte, primordialmente a causa de que su nombre (fu) suena igual que el que en chino significa «suerte» o «felicidad». *Cinco* murciélagos significan asimismo muchos bienes de fortuna, tales como longevidad, riqueza, salud, amor a la virtud y muerte natural. A menudo se representaron magos amistosos que de un jarro dejan salir revoloteando cinco murciélagos. Como especialmente bienhechores se consideraba a los murciélagos *rojos*, cuyo color se decía que asustaba a las potencias demoníacas. En mitos africanos se considera el murciélago en parte como especialmente inteligente, porque en su vuelo no tropieza con ningún obstáculo.

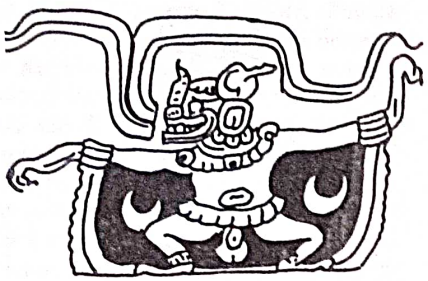
Murciélago: dios murciélago de los mayas. Acanceh, Yucatán septentrional

En la antigüedad, el murciélago era símbolo de vigilancia o alerta y se decía que su ojo protegía contra la somnolencia. Por otro lado, ya entonces, como todavía hoy en algunas comarcas rurales, ha-

Murciélago: cinco murciélagos con el signo tradicional para «larga vida» como símbolo de buena suerte, China

Murciélago: antiguo símbolo chino para «doble felicidad»





Murciélago: pintura sobre una vasija maya de «Z'otz» de figura de murciélago, Chamá, Alta Vera Paz

bía la costumbre de clavar murciélagos en las puertas para la protección contra demonios nocturnos y maleficios. Gotas de sangre de murciélago bajo la almohada de una mujer le aseguraban la bendición de tener hijos. También contra las plagas de *hormigas*, orugas, *langostas* y la *mordedura de serpiente* se tenía al murciélago como fuente de simpatía. En leyendas y fábulas griegas se le describe como inteligente pero temible. Murciélago (lat. «vespertilio», griego «nykteris») era también una denominación jocosa para personas trasnochadoras. Revoloteando y piando como murciélagos se describe en la Odisea a las almas de los muertos en el hades. También los bestiarios medievales pueden extraer un aspecto positivo de los murciélagos, cuando en ellos se afirma que «allí donde los murciélagos se deciden por una estancia algo prolongada, se sujetan unos a otros y forman grandes racimos, una especie de recíproco servicio de amor como sólo raramente puede encontrarse entre los humanos» (Unterkircher). Sin embargo, esta actitud elogiosa para con el silencioso murciélago, en oposición a otras valoraciones que se encuentran en antiguos libros simbólico-zoológicos de siglos anteriores, no logró imponerse en la creencia popular. Incluso santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) escribió que el murciélago, que ella contaba entre los pájaros, «vuela especialmente en el tiempo —porque los humanos descansan— en que los espíritus están sueltos», y menciona una receta poco amante de los animales: «Cuando alguien padece de ictericia, debe ensartar el murciélago con cuidado para que permanezca vivo y luego atarlo con su espalda contra la suya. Después, debe atárselo sobre el estómago, hasta que muera». Se trataba evidentemente de que el animal pudiera sacar la enfermedad del cuerpo del paciente y atraerlo hacia el suyo.

Musas. Las musas son las figuras simbólicas que se han hecho proverbiales para la inspiración artística: «Dichoso aquél a quien las musas aman; de sus labios fluye dulce el lenguaje» (Hesíodo). Según los mitos griegos, el padre de los dioses Zeus y la ninfa Mnemosyne («Recuerdo») las engendraron para glorificar mediante el canto las heroicidades del combate contra los antiguos titanes. Imaginadas originariamente como ninfas de montes y arroyos, se convirtieron en figuras simbólicas definidas exactamente según sus «atribuciones», cuyos *montes* sagrados eran el Parnaso y el Helicón y sus *fuentes* sagradas la de Castalia, cerca de Delfos («el beber de su agua impulsa a los poetas a cantar») y la Hipocrena («Fuente del Caballo»), que, por medio de sus cascos, el caballo *volador Pegaso* la hizo brotar de la roca. Sus nombres son los siguientes: Clío (canción heroica, historia), Melpómene (tragedia), Terpsícore (danza, canciones corales), Talía (comedia), Euterpe (tañido de flauta), Erato (elegía, poesía erótica y geometría), Urania (poesía didáctica, astronomía), Polimnia (himnos) y Calíope (poesía heroica). Parece ser que originariamente sólo había tres musas (véase

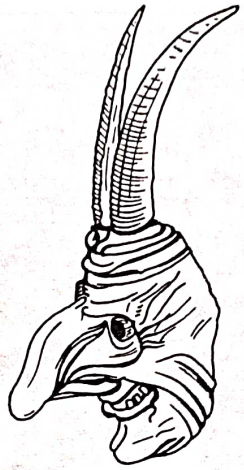
triformidad) y el número *nueve* se concibe como potenciación de la tríada. En las artes plásticas se las representa como mujeres juveniles en compañía del dios *solar* Apolo («Puesto que por la musas es posible, por Apolo, que hiere a lo lejos, que haya cantores y tañedores de arpa en la tierra», Hesíodo). Como «Apolo Musagetes» con la cítara en el brazo el dios Sol, adornado con la *corona* de ramas de *laurel*, dirige el coro de las musas.

N

Narciso, en griego Narkissos; en el mito griego, hijo del dios de un *río* (Cefiso) y de una ninfa, al que en la edad de la lactancia le predijo el vidente Tiresias una larga vida, en el caso de que «nunca se reconociese a sí mismo». La ninfa Eco, a la que la diosa Hera privó del habla y del pensamiento en castigo por haber hablado demasiado, se enamoró locamente de Narciso, pero no pudo hacerse visible a él porque desapareció convertida en voz incorpórea que sólo puede repetir palabras ajenas. La falta de amor del bello joven Narciso atrajo a *Némesis*, la diosa de la venganza, que cuidó de que él bebiese de una *fuente* del Helicón, el monte de las musas, donde Narciso vio reflejado su rostro en el *espejo* del agua y se enamoró perdidamente de sí mismo. Incapaz de apartarse de su propia imagen, fue languideciendo, esclavo de su hechizo egoísta y se convirtió (Ovidio, «Metamorfosis») en una *flor*, el narciso. Esta flor se ha considerado muchas veces símbolo de la primavera y también se la ha relacionado con sueño, muerte y resurrección porque parece retirarse en verano para reaparecer en primavera en forma de llamativa flor que cubre los prados. Debido a su figura, que recuerda los *lirios*, aparece también con frecuencia en cuadros que representan a María. Sin embargo, el «Narciso» es la figura simbólica de la persona que sólo está enamorada de sí misma y se olvida de los que la rodean (el «narcisismo» es una vanidad enfermiza). En la China, el narciso se llama shui-hsien, «el inmortal del agua» y es un símbolo de la felicidad del Año Nuevo. El narciso no siempre fue nativo de China, sino que lo introdujeron en ella mercaderes árabes y desde la Edad Media desempeña un papel en cuentos que tratan de flores. A causa de un juego de palabras y sonidos, las imágenes con narciso, *piedra y bambú* significan: «Los *ocho inmortales* te desean larga vida».

Nariz. «La nariz del hombre designa el aire, el cual mueve el agua», escribe santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) y con ello alude al hálito espiritual de *viento* que, en la Creación, se cernía como «ruakh» de Dios sobre el *agua* primigenia. En la cara del ser humano es probablemente la nariz el elemento más característico de la fisonomía; a los *diablos* casi siempre se les representa con narices deformes. En la creencia popular, la nariz masculina se halla en relación de analogía con el pene; algunas figuras melanésicas de antepasados reproducen con frecuencia tipos en los que una nariz de forma de pico se relaciona con la región genital. El cogerse la propia nariz debe explicarse partiendo de una antigua costumbre jurídica según la cual al confesar sus calumnias el pecador tenía que sujetarse con los dedos la punta de la nariz y repetir su falsa acusación (gesto parafraseado frecuentemente a partir del siglo XVII como «autoconocimiento del pájaro»). Una nariz doblada a modo de trompa, en la iconografía de los mayas centroamericanos, se atribuye a Chac, dios de la *lluvia*, y se halla representada en muchos frisos con máscaras de antiguos templos; véase *cetro*.

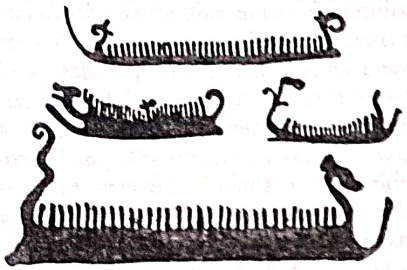
Nariz: «Cogerse de la propia nariz», según un ex-libris de A. Kubin



Nariz: máscara de diablo, de Salzburgo, para el espectáculo popular, con nariz exagerada y cuernos de cabra auténticos, hacia 1820

Nave, como símbolo, el vehículo que transporta cuerpos celestes como el *Sol* sobre todo (a menudo en vez de un *carro*) a través del *cielo* o también a los muertos hacia un *Más allá*. En las paredes de piedra de tumbas megalíticas del neolítico se encuentran a menudo dibujos incisos de naves que evidentemente sólo pueden concebirse como símbolo del viaje hacia las *Islas de los Bienaventurados*. También las imágenes escandinavas incisas en la roca de la edad nórdica del bronce representan naves apenas reales (con dobles codastes que recuerdan los trineos), que representan realmente procesos cósmicos. Las barcas del Sol que se han descubierto cerca de la pirámide de Gizeh deben interpretarse como reproducciones de aquella barca que todos los días transporta el Sol a través del *cielo* mientras durante la noche ilumina el reino de los muertos y retorna al punto de partida en Oriente. En general, la nave (el bote, la barca) puede considerarse símbolo de viaje y a la vez viaje de la vida, también en la iconografía cristiana. «La vida en este mundo es como un mar tempestuoso a través del cual hemos de conducir nuestra nave al puerto. Si logramos resistir las tentaciones de las sirenas (Odisea), nos llevará a la vida eterna» (San Agustín). A menudo se simboliza la Iglesia como una nave, algo así como una *«arca de Noé»* que lleva hacia el cielo; una «nave de la Iglesia» cuya torre viene representada por el mástil y su timón por los contrafuertes. La *cruz* se interpreta asimismo unas veces como mástil, otras ve-

Nave: barca del Sol con el Horus de cabeza de halcón que sostiene la cruz ansada. Egipto



Nave: barcas con codastes adornados, imágenes rupestres de la edad nórdica del bronce, Suecia meridional

ces como *ancla* de la esperanza. Escenas neotestamentarias alrededor del lago de Genesaret y en relación con los viajes misioneros del apóstol Pablo ofrecen más puntos de contacto con lo anterior. En muchas culturas se sienten las naves reales como seres animados mágicamente, a lo cual hacen también referencia los frecuentes codastes con cabeza de animal (posteriormente los mascarones de proa). En el antiguo Egipto se construyeron para navegar por el Nilo barcas con la proa fuertemente curvada por necesidad técnica (manera de construcción por haces de juncos), pero las representaciones de tales naves en forma de media luna pueden sugerir también concepciones lunares: en las proximidades del ecuador la media *Luna* aparece a menudo más plana que en latitudes más altas.

Nave: Viaje al más allá. Lápida funeraria copta, Terenuthis, Egipto, hacia 450 d.C.

Nave: San Nicolás, patrono de los navegantes. Leyenda de santos de W. Auer, 1890

Algunos santos cristianos tienen naves como atributo: san Brandano el navegante, Atanasio, Nicolás (patrono de los navegantes), Pedro, Vicente, Úrsula, como ya en la Antigüedad tardía la diosa Isis venerada en muchas provincias romanas. También en la antigua China se atribuyó a la nave un significado simbólico, cuando, por ejemplo, Hsün-tsu en el siglo III a.C. hizo la siguiente comparación: «El soberano es la barca, el pueblo es el agua. El agua sostiene la barca, pero el agua puede también hacer zozobrar la barca».

Negro. El negro, como uno de los *colores* con el valor simbólico de lo absoluto, y con ello comparable a su opuesto el *blanco*, es para la psicología profunda el color del «completo inconsciente, del hundimiento en lo oscuro, en el luto, en las tinieblas. En Europa el negro es un color negativo... El hombre negro, la casa sombría, la serpiente oscura, cosas todas ellas sombrías de poca esperanza» (por

Negro: la espantosa «Negra Kali», diosa del panteón hinduista. India, siglo XIX

ejemplo, en el sueño; E. Aeppli). A las divinidades ctónicas (del mundo subterráneo) se le ofrecían animales negros como el carbón, y de modo parecido en épocas más modernas se ofrece al *diablo* o a los demonios el sacrificio de un *gallo* o de un *macho cabrío* negros. Montado en caballos negros desfila un «ejército salvaje», y al *diablo* se le representa *rojo* y también negro. Los ritos satánicos en los que se hace burla de Dios reciben el nombre de «misas negras». El deshollinador causa al principio un efecto sospechoso y diabólico, pero al invertir los opuestos se convierte en símbolo de la buena suerte. En la Edad Media, se miraba a las personas de raza negra con mucha suspicacia, por lo cual, para mitigar el prejuicio contra el continente africano y sus habitantes se representó en esa forma a uno de los «tres santos *reyes*» (en realidad, magos, astrólogos). Negra es asimismo la negación de la vanidad terrena, de ahí el color de las sotanas de los curas, y a partir de ello, el color simbólico de los partidos políticos conservadores (de orientación eclesiástica). El negro del luto y de la penitencia es al propio tiempo una promesa de la futura resurrección, en la cual el negro, pasando por el gris, se convierte en blanco. En la *alquimia*, el ennegrecimiento (nigredo) de la materia primaria que se transforma en la *piedra* filosofal constituye el requisito previo para la ascensión futura. Fuera de esto, el negro suele ser el color de divinidades que infunden miedo (Mahakala, el «Gran Negro», en la mitología india). En la iconografía de la antigua China va asociado con el *elemento agua* y con el Norte. El gran *emperador* Shi Huang-ti, que sucedió a la dinastía Chou (simbolizada por el *rojo*), eligió el negro (el color del honor, de la muerte) como color simbólico, «porque el agua apaga el fuego». Resulta enigmático el simbolismo de las «vírgenes negras» extendidas en los lugares de peregrinación europeos (Czestochowa, Chartres, Tarragona, Einsiedeln, Montserrat, Guadalupe, etc.); su culto parece provenir originariamente de Oriente y relacionarse con un aspecto oscuro de una diosa *Madre* precristiana, quizá como una forma de manifestación de la oscura Hécate *lunar*. La figura recuerda la diosa negra Kali del panteón hindú, pero no se siente terrorífica, sino que parece relacio-

Negro: deshollinador. Ilustración de libro infantil, F. Pocci, 1846

nada con el ámbito de la fertilidad. Una oscura figura en el culto es también la Sara negra (Sarah-la-Kali), la patrona de los gitanos en el lugar de peregrinación del sur de Francia, Les Saintes Maries de la Mer, donde se venera una tríada (*Triformidad*) de Marías (María Jacobea, hermana de la madre de Cristo, María Salomé y María Magdalena), que dicen que al huir de la «Tierra Santa» desembarcó en Provenza. También detrás de la «Sara negra», cuya fiesta se celebra el 24 de mayo, parece ocultarse una de las «vírgenes negras» de efecto arcaizante.

Némesis, personificación del levantamiento contra la injusticia (el nombre griego significa «ira»), al propio tiempo vengadora del crimen cometido y juez imparcial en los certámenes, provista de *balanza*, *espada* y regla de medir. Como diosa del destino tiene el poder de retrotraer al suelo de la realidad a aquellas personas que han gozado de una buena suerte inmerecida. Los mitos griegos la designan como hija de la *noche* (Nyx). También se refiere que Zeus se enamoró de ella, y que ella intentó, transformándose en diversas figuras, eludir las asechanzas del dios, el cual, sin embargo, adoptando la forma de *cisne* la dejó preñada cuando ella se le presentó en forma de *oca*. Según otra versión, Zeus, en forma de cisne, huía de una *águila* y buscó refugio en el regazo de Némesis, lo cual tuvo como consecuencia que ésta pronto puso un *huevo* que Leda, reina de Esparta, incubó. Más tarde salió del huevo la «bella Elena», cuyo rapto tuvo como consecuencia la guerra de Troya. En memoria de ello, Zeus puso el cisne y la oca como *constelaciones* en el cielo. A menudo se colocaban pequeños altares de Némesis en las entradas de la palestra de los anfiteatros romanos, donde los gladiadores le llevaban ofrendas. En algunas representaciones antiguas, Némesis también tiene *alas*.

Nemrod, una expresión jocoso-simbólica para designar un cazador; este nombre se remonta a la «tabla de pueblos» del libro del *Génesis* (10, 9) en la que se nombran ciudades y países, así como personas según el nombre de sus patriarcas míticos: según esto fue Nemrod «el primer héroe sobre la tierra, donde se exhibió como un poderoso cazador en oposición a Yahvé. Por eso hay un dicho: como Nemrod, poderoso cazador en oposición a Yahvé. Y el principio de su reino llegó a ser *Babel* y Erec y Akkad y Calné, en la tierra de Sinar. De aquella tierra salió para Asiria y se puso a edificar Nínive y Rehobot-Ir y alakh...». Nemrod es la personificación del reino de Asiria y es posible que el nombre «Nimrud» designara originariamente un dios asirio de la guerra y de la caza. La ciudad de alakh, fundada hacia 1270 a.C. al sur de la actual Mossul a orillas del Tigris, ostenta también el nombre de Nimrud, que, según la concepción bíblica, era probablemente un patriarca de la población de allí. En la tradición islámica, Nemrod desempeña el papel del rey Herodes en el Nuevo Testamento cristiano. Según una profecía, Nemrod oyó decir que nacería un niño llamado *Abraham*, superior a los dioses y a los *reyes*, ante lo cual el poderoso rey, preocupado por su poder, mandó matar a todos los niños varones. Pero Abraham escapó a esta asechanza por la providencia de Alá. También en las leyendas de los judíos se narra de manera completamente correspondiente la leyenda del nacimiento de Abraham, a quien siendo niño se le esconde en una *cueva* hasta que llega al conocimiento de Dios (E. bin Gorion, 1980); véase *estrellas*.

Niebla, símbolo, generalmente, de lo desconocido de una «zona gris» entre la realidad y la irrealidad. En la mitología de los antiguos celtas, el noroeste de la Tierra en el límite entre el mundo de los humanos y las tierras insulares del *más allá*, que para los germanos septentrionales son las regiones polares llenas de la oscuridad de la muerte y del frío. Niflheimr (lugar de niebla) es el símbolo mítico-geográfico de las regiones, inaccesibles para el hombre, de aquel mundo en el que la diosa Hel del mundo subterráneo (véase *infierno*) reina sobre aquellos muertos que en el combate final Ragnarök (*fin del mundo*) no fueron escogidos por las *valquirias* para participar en la lucha junto a Odín. En la lírica del Este asiático la niebla es casi siempre un símbolo del otoño o también de estados de ánimo inquietantes en los que, entre otras cosas, también pueden manifestarse espíritus en forma de *zorro*. En los cuentos centroeuropeos, la niebla suele explicarse por la actividad de seres demoníacos (*enanos*, *brujas*) de hacer hervir agua, fabricar cerveza, hilar, y otras actividades, y simboliza la incertidumbre de los humanos ante el porvenir y el más allá, que solamente puede superarse mediante la *luz* (iluminación).

Nimbo o aureola de santo, propiamente (lat.) *nube*, símbolo de un aura radiante que distingue a personalidades sobrehumanas y que primordialmente rodea su cabeza (mientras que la *mandorla* envuelve la figura entera). El disco luminoso alrededor de la cabeza no es algo introducido por la iconografía cristiana, sino que ya en el arte asiático, así como en la Antigüedad tardía del helenismo, era un medio predilecto de expresar la divinidad de los personajes representados. Zeus (*Júpiter*), Apolo como dios *solar* y Dionisos (*Baco*) se representaron de esta manera, y también los grandes *reyes* y *emperadores* romanos divinizados en imágenes de monedas.

Nimbo: nimbo de cruz del soberano del mundo (Pantocrátor) en la iglesia bizantina de Daphni, hacia 1100 d.C.

En la catacumba romana de san Calixto aparece, a partir del siglo II, el nimbo como coronación de la cabeza de Cristo, y más tarde se distingue también de esta manera a María y a los *ángeles*. Cristo se representa a menudo con un nimbo de *cruz* en el que el *círculo* está dividido por los brazos de la cruz (sólo tres son visibles). A los símbolos de los cuatro *evangelistas* ya en el siglo IV se les concede una aureola de santidad. En lo sucesivo, el nimbo sirve para hacer destacar a los santos en grupos de figuras y generalmente se realiza en color de *oro*.

Noche, no se la concibe solamente como ausencia de la luz del *Sol*, sino que también se la ha relacionado simbólicamente con la *oscuridad* misteriosa y el regazo *materno* que ofrece protección y seguridad. La mitología griega consideraba la noche de una manera ambigua y ciertamente por un lado como la gran diosa Nyx en vesti-

dura *negra* y sembrada de *estrellas*, que durante el día habita en una *caverna* en el lejano Oeste de la que sale al oscurecer para recorrer el cielo en un *carro* tirado por *caballos* negros. También se la representa con *alas* negras. En la imagen poética (en Esquilo) se dice que la *Luna* es el *ojo* de la negra noche. Como dispensadora del sueño y solucionadora de las preocupaciones llevaba el nombre de Euphrosyne o Euphrone. Su hjo es *Hypnos*, el sueño. Así, Nyx es la *madre* del sueño, del ensueño y del goce del amor, pero también de la muerte. Su aspecto siniestro la hace también madre de una prole fatal como Moros (la perdición), de la diosa de la venganza, *Némesis*, y de las hilanderas del destino (las Moiras o *Parcas*). A la diosa llamada por los romanos Nox se la designa en el mito como criatura del *caos*, nacida junto con Erebos (oscuridad), Ge (*Tierra*), Eros y Tártaros. Su hermano Erebos engendró con ella también a Aither (Éter, el aire superior) y Hemera (el día). Cuando el día regresa a su morada nocturna, Nyx emprende su viaje por el mundo. No le fue dedicado ningún culto, pero se dice que el propio Zeus (*Júpiter*) sentía ante ella un sagrado temor. Los cultos de la tierra y de los muertos (ritos «ctónicos») se celebraban en muchas culturas durante la noche, en el primitivo cristianismo primordialmente a causa de la necesidad de mantener en secreto las reuniones. Posteriormente, a las *brujas* se les atribuyeron orgías nocturnas (¡noche de Walpurgis!). En el cristianismo, la fiesta de la noche de Pascua es el punto crucial del años eclesiástico con la bendición del *fuego*, de los cirios y del *agua* del bautismo, que antiguamente solía administrarse inmediatamente. Sin embargo, aquí se encuentra en primer término la alegría que precede al amanecer del día de la Resurrección. En leyendas del ámbito de los

Noche (Nyx) con los hermanos Sueño (Hypnos) y Muerte (Thanatos). V. Cartari, 1647

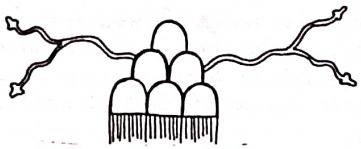
Alpes se habla de un espectral pueblo nocturno que «merodea» por allí aterrorizando a las personas que no permanecen en sus casas.

Noé, en el relato bíblico del *Diluvio*, el segundo patriarca de la humanidad después de *Adán*, correspondiente al Zuisudra o Utnapishtim de los textos cuneiformes del mito sumerio-babilónico que el rey Gilgamesh encontró en la isla de Dilmun (véase *Islas de los Bienaventurados*). Se considera al constructor bíblico del *Arca* (junto con el padre nutricio *José*) santo patrono de los carpinteros y también el primer viticultor por su descubrimiento del efecto embriagador del *vino*. Entre sus atributos figuran la *paloma* con el ramo de *olivo* en el pico y el *arco iris* como señal divina de la reconciliación después de la devastación de la tierra por medio del *agua*. Las burlas de que fue objeto Noé, que se había desnudado durante el estado de embriaguez en que había caído por desconocimiento de los efectos del vino, se interpretaron como prefiguración tipológica del desnudamiento del Salvador en su Pa-

sión («Jesús es despojado de sus vestidos»). En la antigua literatura *francmasónica* (1738), a los «hermanos de la asociación» se les designa como «hijos de Noé», en el sentido de su vinculación a una ley fundamental ético-religiosa que debe admitirse como anterior al Decálogo: una religión primigenia, más antigua que el judaísmo, con el reconocimiento de la adoración de Dios, sin adoración de los falsos dioses (*ídolos*), rechazo del homicidio, adulterio y robo, una vida recta y la prohibición de «comer de un animal ahogado con su sangre». Con ello se hace referencia a las leyes morales proclamadas en el libro del Génesis 9, 1-7.

Nornas, en la mitología nortegermánica, símbolos personificados del destino, correspondientes a las *Parcas* (lat.) y Moiras (gr.), que determinan nacimiento, vida y muerte de los seres humanos al modo de hilanderas (véase *huso*). En la proximidad de un *pozo* (el pozo de Urd), junto al *árbol* cósmico Yggdrasil, las nornas determinan el destino de la persona que acaba de nacer, como las hadas de los cuentos al estilo de «Cenicienta». La primera norna (Urd, el Destino) hila el hilo, la segunda (Werdandi, el Devenir) lo tuerce y la tercera (Skuld, nombre que significa más o menos «culpa», que se corresponde al concepto indio de karma) lo corta. Esta idea caracteriza una actitud fatalista, pero al propio tiempo aceptación de la suerte que le corresponde a uno; véase *valquirias*. Es concebible que el simbolismo de tríadas de potencias femeninas del hado guarden relación con aquellas tríadas de la Antigüedad clásica del ámbito mediterráneo (*triformidad*).

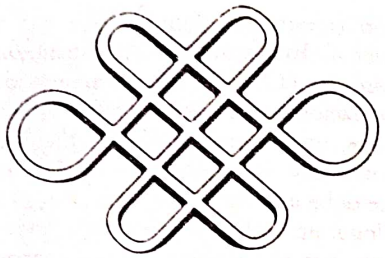
Nubes. Las nubes son en Occidente símbolos del ocultamiento: por ejemplo, la



Nubes: montes de nubes amontonadas con peinada de lluvia y serpientes de rayos. Símbolo de una oración hopi pidiendo la lluvia (Walpi, Arizona)

cima de aquellas *montañas* en las que moran los dioses. Como *columna* de humo precede Dios a los israelitas que salen de Egipto (Éxodo 13, 21) y son nubes las que ocultan al Cristo resucitado (Hechos 1, 9), pero en el fin de los tiempos la humanidad «le verá venir en una nube con poder y majestad grandes» (Lucas 21, 27). En cuadros que representan el *cielo* el *trono* de Dios aparece formado por nubes, por ejemplo, en el día del «Juicio final» (*fin del mundo*). En el islam la nube es el símbolo de la inescrutabilidad de Alá. En las religiones de la naturaleza se considera que las nubes son, en general, portadoras de la *lluvia* y con ello de la fertilidad, y que el *rayo* puede herirlas con el fin de poder liberar el agua en ellas almacenada. Una divinidad del antiguo México lleva el nombre de «*Serpiente* de nubes» (Mixcóatl). La antigua China prestaba gran atención a las nubes (yün), particularmente a las de «cinco colores» que se designaban como «nubes de la buena suerte» y se concebían como símbolo de paz. Se decía que se originaban de la unión de los principios primarios *yin y yang* en el lejano oeste. En el arte figurativo se las representa, o en forma *espiral*, o más bien de forma realista como nubes de cúmulos. El simbolismo de la fertilidad y las reminiscencias del *monte* (masculino), en el que se acumulan las nubes para dejar caer el agua de la lluvia, condujeron a la circunlocución poética del «juego de la nube y la lluvia» en novelas eróticas en que se designaba así la unión sexual (yün-yü).

Nudos. Los nudos en cordones y cintas se hallan como símbolos en relación con el complejo de «desatar y atar». Su calidad fundamental es la de la unión, de la sujeción y con ello también del hechizo, mientras que su desatamiento causa la liberación de fuerzas o de seres. La imagen de cortar un nudo hace referencia originariamente al camino ciertamente irregular, pero el más corto para llegar a un fin, a la liberación de una fuerza que había estado atada. El símbolo más famoso de esta clase es el «nudo gordiano», que se encontraba en el castillo de la capital frigia de Gordion y en el *carro* de combate del legendario *rey* Gordion, que dio nombre a la ciudad y unía la lanza con el *yugo* de los animales de tiro mediante una correa muy entrelazada. Pudo haberse tratado de una unión simbólica del *eje del mundo* con la *tierra* o el firmamento del *cielo*, que se simbolizó en un objeto de culto. La tradición prometía el dominio del mundo a quien deshiciese aquel nudo. Según la leyenda, en el invierno de 334-333 a.C., Alejandro el Grande cortó el nudo con su *espada*. La expresión proverbial de «cortar el nudo gordiano» significa, pues, que alguien encuentra una inesperada solución de autoridad para un problema difícil. Según una antigua creencia popular, los nudos fuertemente atados no sólo podían sujetar a demonios hostiles, sino que servían también como encantamiento amoroso; los «nudos de amor» son símbolos de un compromiso que no sujeta tanto todavía como el *anillo*, sino que aún puede disolverse o se usa allí donde no es posible un matrimonio. Los nudos pueden ser un obstáculo allí donde se aspira a una separación; por ejemplo, en el parto. En el templo de la diosa romana de los alumbramientos, Juno Lacinia, no podía entrar nadie que llevase encima un nudo. En Plinio (23-79 d.C.) se



Nudos: nudo sin fin de la antigua China, símbolo de «larga vida»

lee que el *padre* de la criatura debe primeramente ceñir a su esposa embarazada con un *cinturón* y hacer que el parto sea fácil diciendo que él la ató y después la desató. En la antigua Grecia se ataron varias imágenes de dioses «para impedir que se escaparan» (o más bien: para impedir que abandonasen las estatuas los seres superiores que en ellas moraban; véase *Omphalos*). En el ámbito cristiano, el ornamento románico de cinta trenzada se relaciona con la idea de la «atadura divina de los nudos del destino», de tradición germánica. En el arte anglosajón, este poder se atribuyó a Cristo, el cual es el único capaz de liberar de la atadura y el entrelazamiento de lo terrestre. Los nudos en las vestiduras se consideraban ahuyentadores de desgracias y tampoco es raro encontrar tales nudos reproducidos en trabajos de encaje y de forja. Los nudos en los vestidos de la novia y del novio son algo frecuente en ritos nupciales (*casamiento*). En el monacato, el cordón anudado de la cadera significa la atadura al voto emitido, y los tres nudos hacen referencia a pobreza, castidad y obediencia. A las *brujas* se les atribuía un hechizo de anudamiento llamado «ligadura», con el que se dice que anudaban simbólico-mágicamente las ligas de hombres casados, lo que les hacía impotentes para engendrar descendencia.

Nudos: el que tira de él sólo contribuye a hacerlo firme. J. Boschius, 1702

En el antiguo Egipto, hay diversos símbolos que se refieren a nudos; así, por ejemplo, el «lazo de Isis» (*sangre* de Isis), el cordón puesto en forma de anillo (*círculo*) como imagen de la eternidad y también probablemente la cruz ansata (*Cruz Ankh*). También el cartucho oval, que encierra los jeroglíficos de nombres de faraones, debe concebirse como una cuerda anudada. En dibujos rupestres del ámbito alpino se han conservado «nudos de hechizo», nudos sin fin en forma ornamental, que probablemente estaban destinados a mantener alejados de los que andaban por la montaña a los poderes malignos. En el hinduismo, los nudos de santos penitentes representan los actos de devoción. En el budismo, el «nudo místico» es uno de los «ocho tesoros» y simboliza la duración de la vida espiritual, la sabiduría y vigilancia que no tiene fin. En el *simbolismo francmasónico*, los nudos —por ejemplo, en el cordón de unión, como símbolos de la unión y adhesión a las obligaciones— se remontan probablemente al mundo de símbolos de las logias. Las dos columnas románicas de la catedral de Würzburg,

Nudos: adorno textil en la túnica funeraria del archiduque Ernst de Eisernen, hacia 1420

que se designan con los nombres bíblicos de las columnas del *templo* de Salomón (Jachin y Boaz) —la primera de las cuales presenta como ornamento un cordón que la rodea ocho *veces* y anudado una vez, y la segunda un cordón que la rodea *cuatro* veces y anudado dos veces— se relacionan con un simbolismo de *columnas* y de nudos que no resulta fácil interpretar. En la China tiene gran importancia el simbolismo de nudos o cinta trenzada. El nudo sin fin y que retrocede sobre sí mismo (p'an-chang) es un símbolo budista y se conoce también como «nudo de la suerte». Su comparación con los intestinos de enemigos muertos se basa en una tradición india. El nudo con sus seis lazos sobre un cuadrado central se emplea muchas veces ornamentalmente en el arte industrial. En general, en las culturas antiguas, el acto mágico de atar o de desatar nudos es más importante que el mismo nudo como símbolo en sentido más estricto.

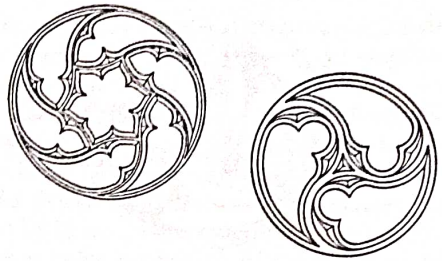
Nueve, entre los *números* simbólicos, una potencia del *tres*. Era importante primordialmente en la religión y la cosmología de Egipto, donde se hablaba de sistemas de dioses bajo el nombre de «pesedjet» (grupos de nueve, enéadas). La mitología sacerdotal de la ciudad de On (Heliópolis) postulaba como cumbre el dios creador Atum y, derivados de él, sus descendientes Schu (Aire) y Tefenût (Humedad),

luego Geb (*Tierra*) y Nut (*Cielo*) así como sus hijos Eset (Isis) y Usirê (Osiris), Sutech (Seth) y Nebthut (Nephthys). Otros grupos de dioses se formaban asimismo bajo el concepto de las enéadas, aunque algunos («la gran enéada de Abydos») constaban de siete; el de Tebas era de 15 dioses. En la antigua China, el número nueve desempeña un papel importante en el «*I-Ching*» y también en el «Libro de los ritos» («Li-chi»), donde se habla de nueve ceremonias (consagración de la juventud de los hombres, *casamiento*, audiencia, embajada, sepultura, sacrificio, hospitalidad, orgía y ritos militares). Durante la dinastía Han (véase *seis*) fue en algún tiempo especialmente predilecta una cosmología basada en el nueve (reino de los muertos, «nueve fuentes»; el noveno día del mes noveno había la fiesta varonil del «potenciado Yang»; véase *yin-yang*; nueve provincias de la Tierra, nueve cordilleras, nueve campos del cielo, etc.). El centro de Pekín (hoy Beijing) presentaba ocho caminos de acceso y un centro, o sea, también una estructura basada en el nueve. Occidente conocía nueve coros de *ángeles*, nueve esferas cósmicas del cosmograma medieval y en el término alemán «neunmalklug» («nueve veces listo», sabidillo) hay una potenciación del nueve.

Nuez. En la «Historia naturalis» de Plinio (23-79 d.C.) se lee que la sombra del nogal es nociva para hombres y vegetales. El fruto mismo, la nuez, receptáculo de bienes misteriosos en muchos cuentos y leyendas, desempeña un importante papel en el simbolismo, ya que engloba un valioso contenido con una cáscara dura. En la exégesis bíblica de la tradición judaica (Midrash ha-Na'elam) se comparan los libros sagrados con la nuez. La cáscara corresponde a los hechos históricos que allí se mencionan y que contienen símbolos y misterios. En san Agustín (354-430 d.C.), la nuez reproduce tres sustancias: la pulpa correosa de la envoltura, los «huesos» de la cáscara y el meollo del alma. La envoltura es también la carne de Cristo con la amargura del sufrimiento; la cáscara, la madera de la *cruz*; el meollo, el dulce interior de la revelación divina que alimenta y que mediante su aceite produce también *luz*. El simbolismo en un segundo sentido sexual (intimidad, fecundidad) proviene de la costumbre de dar nueces como obsequio de boda y de la costumbre mencionada por Sextus Pompeius Festus (siglo II d.C.) de arrojar nueces a los recién casados (hoy muchas veces granos de *arroz*). En Francia se dice que un año con muchas nueces promete también la bendición de muchos hijos. En un sentido muy análogo se argumenta también la interpretación psicológica de los símbolos. Según ella, «el soñar con nueces puede tener relación realmente con un problema de valioso meollo difícil de resolver. Pero con mayor frecuencia este fruto, comparable con los groseros dibujos en toda clase de paredes, es una imagen de los órganos sexuales femeninos» (Aeppli).

Números. Según la concepción de los *pitagóricos* (siglo VI a.C.), los números son la clave de las leyes armónicas del cosmos, por lo tanto, símbolos de un orden cósmico divino. El descubrimiento de que unas cuerdas vibratorias cuyas longitudes pueden expresarse mediante sencillas relaciones numéricas producen acordes de sonido agradable llevó a la postulación del concepto «armonía» en el sentido en que hoy lo entendemos, y fue al propio tiempo el primer paso en el camino de formular matemáticamente la experiencia del mundo. Según ello, toda forma puede expresarse mediante

números («todo es número») que, cual «arquetipos divinos», están escondidos en el mundo y se hacen evidentes al traslucirse el universo mediante ellos. Esto lo muestra, por ejemplo, el «teorema de Pitágoras» con la admirable regularidad del cuadrado trazado sobre los lados de un *triángulo* rectángulo. «Los números no fueron arrojados a ciegas en el mundo; encajan formando órdenes equilibrados, como las formaciones cristalinas y las consonancias de la escala de las notas conforme a las leyes de la armonía que lo abarcan todo» (A. Koestler). Los números no se consideraron unidades de medida, sino «Archē» (principio) de todas las cosas, y, con ello, «vínculo dominante e increado de la eterna permanencia de las cosas intracósmicas» (Filolao, siglo V a.C.). Asimismo, la periodicidad que descansa en unidades numerables de los ciclos cósmicos debe de haber sugerido la idea de que los números no son meros auxiliares del orden introducidos por el hombre, sino cualidades primarias del universo, huellas «absolutas» (desprendidas) de poderes sobrehumanos y, por consiguiente, sagrados símbolos de la divinidad. Novalis experimentó este poder de la magia de los números mediante una incursión en el campo de la mística: «Es muy probable que en la naturaleza exista una maravillosa mística de los números; también en la historia. ¿Acaso todo lo importante no es simetría y relación? ¿No puede Dios revelarse en la matemática como en cualquier otra ciencia?». En este modo de ver las cosas, los números no son medios inventados por el hombre para dar un sentido al orden que le rodea, sino símbolos de lo absoluto que también puede hablar al sentido estético del hombre dotado para ello y hacerle experimentar una especie de extrahumana «armonía de las esferas». Bajo esta hipótesis, los «números sagrados» poseen una cualidad realmente sacra, ante todo el Dios creador como el «Uno primario» que se enajena y revela entregándose a la dualidad (véase *sistemas duales, yin-yang*). De tesis y antítesis surge la síntesis de la tríada (véase *triángulo, trinidad, triformidad*): «Omne trium perfectum» (toda tríada es perfecta); «todas las cosas buenas son tres»; tres son las misiones de los héroes de los *cuentos*; integración de la dualidad en la formación tríada, «padre, madre, hijo». El número *cuatro* tiene cualidad arquetípica, no limitándose a duplicar el sistema dual, sino «haciéndolo par». C. G. Jung veía en el dogma de la «asunción corporal de María al cielo», que a muchos contemporáneos les resultaba extraño, la expresión del esfuerzo por redondear armónicamente la tríada «de signo masculino» acogiendo el elemento femenino en la estructura de la trinidad, para conducir a la totalidad y a la regularidad del *cuadrado*. El cuatro forma el «retículo de nuestro entendimiento». Pero en el número de orden de los *elementos* no se contiene solamente el cuatro, sino, con inclusión del «topos centro», se halla contenido también el número *cinco*, que encuentra su expresión en el *pentagrama*. Es también la cruz con el punto de intersección y la «quintaesencia». El número *seis* halla su expresión simbólica en el *hexagrama*, el «*sello* de *Salomón*». El número *siete* es conocido generalmente en su am-



Números: relleno de redientes góticos de ventanas sobre la base del 3 y del 6

Números: estructura trina. Decoración de trisqueliones y trompetas en el arte paleomedieval de Irlanda (disco ornamental)

plio simbolismo, mientras que al ocho se le suele prestar menor atención, pero tiene importancia en la exégesis del Nuevo Testamento. Como «octavo día de la Creación» se concibe la resurrección de Jesucristo y el comienzo de la nueva era, por lo cual a menudo se configuran octogonales las pilas bautismales. Tenemos estrellas de ocho puntas en el arte románico, y rosetones de *ventana* de ocho brazos, y las ocho puntas de la cruz de Malta apuntan en esa dirección. El budismo se basa en el «sendero óctuple» (véase *octuplicidad, ocho dioses de la suerte*). El número *nueve* se basa en el número tres y designa los coros de *ángeles* y las nueve esferas cósmicas de la imagen medieval del mundo.

El diez es el símbolo de la plenitud y de la perfección (Diez mandamientos de Dios; 1 + 2 + 3 + 4 = 10, suma las cifras 1 + 0 = 1), anclado prácticamente en todas las culturas de la tierra, ya que empezó a contarse con los dedos. Las 10 sephirot (emanaciones divinas) de la cábala se conciben también como *árbol* que tiene las raíces en el *cielo* y dirige su copa hacia la tierra, correspondiendo a los diez nombres secretos de Dios, Eheie, Yah, El, Elohim, Eloi Gibor, Eloah, YHVH Sabaoth, Elohim Sabaoth, Shadai y Adonai.

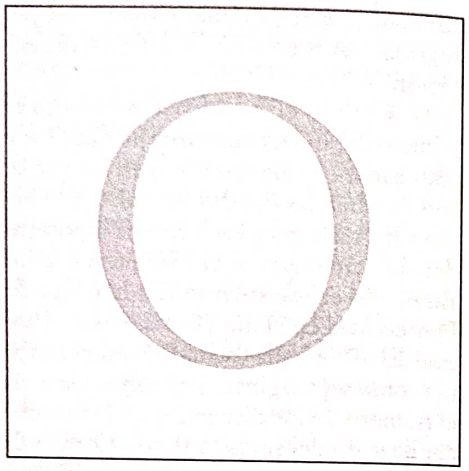
Números simbólicos superiores al diez son el once, casi siempre concebido como de mal agüero («docena del diablo»), pero sobre todo el importante doce (número de las constelaciones del zodíaco, base del sistema sexagesimal babilónico, número de las tribus de Israel y de los apóstoles, etc.); véase también *Homero*. Doce dioses formaban desde el siglo v a.C. el panteón (la familia de los dioses) de Grecia: Zeus, Hera, Poseidón, Deméter, Apolo, Artemis, Ares, Afrodita, Hermes, Atenea, Hefesto y Hestia. Hestia fue a menudo desplazada por Dionisos (Baco). «A los Doce» había un altar consagrado en Atenas. El trece es casi siempre un número de mala suerte; ya Hesíodo advertía a los labradores sobre el empezar la siembra el día 13 del mes. En el año intercalado babilónico había un mes 13 intercalado en el signo del «*cuervo* de la mala suerte». Decíase que al «coven» de las 12 *brujas* asistía el *diablo* como decimotercero. El 24 es el número de las horas de un día y el de los ancianos de Apocalipsis de Juan (4, 4); el 26, en la cábala, la suma numérica del Tetragrámmaton (las cuatro letras del hombre de Dios YHVH: 10, 5, 6, 5 = 26). El 33 es el número de los años de Jesús, el de los cantos de la «Divina Comedia» de Dante, así como de los peldaños de la «*escala* mística» de la mística bizantina. El 40 es el número de la prueba, del ayuno y del aislamiento: según prescripción bíblica: 40 días permanece aislada la parturienta; el banquete fúnebre de los griegos tenía lugar en el día 40 después del deceso; el Diluvio universal duró 40 días con sus noches, y este mismo tiempo esperó *Moisés* en el *monte* Sinaí la proclamación de los Mandamientos de Dios. La peregrinación de los israelitas por el desierto duró 40 años, 40 días el tiempo que ayunó Jesús después del bautismo, igual de largo que el tiempo de cuaresma del año eclesiástico, etc. San Agustín concebía el 40 como número del peregrinar en este mundo y de la expectación.

El 50 es en el Antiguo Testamento el número del año sabático o de jubileo (7 × 7 años sábaticos menores + 1) en los que se condonaban las deudas, se daba la libertad a los esclavos y los terrenos hipotecados debían volver al primer propietario. En el año eclesiástico se fijó la fiesta de Pentecostés en el día 50 después de Pascua. El 70 se halla escondido en conceptos como septuaginta, septuagésima y en el número de los discípulos de Jesús (decuplicación del sagrado siete). Otros números simbólicos pueden derivarse de hechos astronómicos y de periodicidades del calendario (260 días duraba el calendario religioso de los aztecas, Tonalpohualli, y de los mayos, Tzolkin; iguales fechas con el cómputo de 365 días del año solar coincidían cada 52 años, según el espacio de tiempo llamado xuihmolpilli, es decir, según ciclos de 73 260 y 52 356). Otras culturas contemplaban también los números como principios simbólicos; así, por ejemplo, la de la antigua China tenía el número 10 000 por «innumerable»: al *emperador*, en cortesana expectación de larga vida, se le interpelaba con la expresión «10 000 años»; también la *svástica*, desde aproximadamente 700 d.C., se empleaba como símbolo numérico de esta «infinidad», análogamente a como en Occidente el 8 yacente (lemniscata), que probablemente se remonta a un símbolo de *nudo*. Véase también *I-Ching*. E. Staufer interpretó de modo verosímil el número 666, que aparece en el Apocalipsis (13, 18), según los valores numéricos griegos de la inscripción de una moneda del emperador Domiciano.

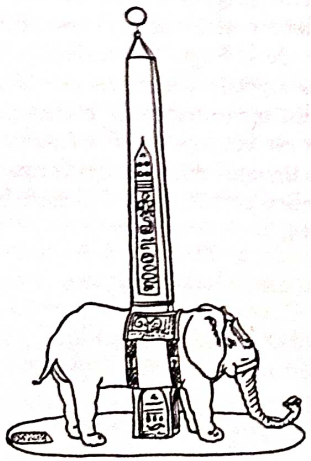
La filosofía neoplatónica de la Antigüedad tardía y la doctrina secreta judía en la Edad Media se ocuparon intensamente del simbolismo de los números, ya que tanto las letras griegas como las hebraicas poseen valor numérico. El principio de la «isopsefia» condujo a la concepción de que los nombres con iguales valores literales-numéricos se relacionan entre sí: por ejemplo, Abraxas-Meithras, en cada caso igual a 365, número de los días del año *solar*; análogamente en la Biblia: Génesis 18, 2: Vehenna shalisha (es decir, «he ahí tres hombres», valor numérico 701, igual que en Elo Mikael Gabriel ve-Raphael (es decir, éstos son Miguel, Gabriel y Rafael, igual valor numérico). El arte cabalístico de esta especulación de números-letras se llama gematría. También se operaba de manera similar en las escuelas monásticas de la Edad Media. Rábano Mauro (776-869 d.C.) escribía: «Así contiene la Sagrada Escritura entre los muchos y diversos números someramente muchos secretos que deben permanecer ocultos para los que no conocen el significado de los números. Por ello es necesario que estudien con diligencia la aritmética todos los que desean alcanzar una comprensión superior de la Sagrada Escritura». Los «números sagrados» son, en esta imagen del mundo, magnitudes de orden que explican la estructura de la Creación y que desde los tiempos más remotos formaron parte del saber esotérico de las escuelas sacerdotales.

Obelisco. Del griego *obeliskos* (que tiene forma de asador); también llamado *Obelos*. Columna de sección cuadrangular tallada en *piedra*, con gran valor simbólico en el antiguo Egipto. Al parecer, el primer obelisco, o columna sagrada, fue erigido en On (en griego, Heliópolis), ciudad que fue la primera en recibir los rayos del *sol* al crearse el mundo. Los obeliscos estaban por lo general, relacionados con el culto al Sol. Estos sillares monolíticos tenían un remate piramidal, generalmente recubierto de metal (oro) para que brillasen y proyectasen la luz del Sol. No era raro situarlos por parejas en los pilones de acceso al templo, aunque también podían estar individualmente en la parte central del atrio.

Actualmente quedan en Egipto pocos obeliscos en sus emplazamientos originales; muchos fueron trasladados a otros países como curiosidades exóticas (en las grandes plazas de ciudades europeas y americanas se conservan al menos quince). El mayor de todos, con un peso superior a las mil toneladas, no se llegó a terminar, y permanece aún en las canteras de Assuán (Aswân). Hoy ya no es fácil dilucidar si el antiguo obelisco era un monumento fálico a la fertilidad, o bien una especie de *eje del mundo* tallado en piedra.

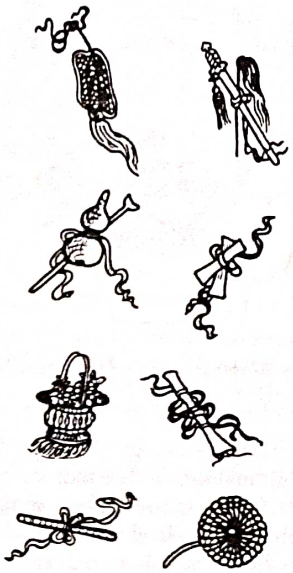


Obelisco a lomos de un elefante como símbolo de una cultura muy antigua. «Poliphili Hypnerotomachia», 1499



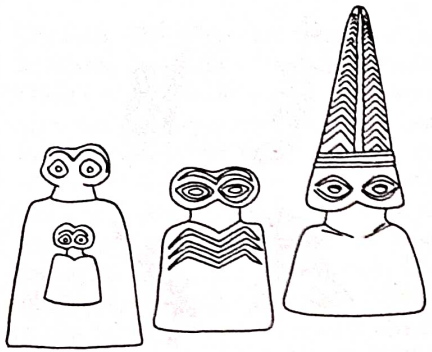
Octuplicidad, concepto simbólico-cosmológico que proviene de las escuelas de sacerdotes de la antigua ciudad egipcia Chemenu (en árabe actual, Eschmunen; en griego helenístico Hermópolis, la «ciudad de los ocho»). Mientras que otros centros religiosos ponían en primer término la entidad del *nueve*, aquí se formulaba de manera especulativa y personificadora la creación surgida del caos primigenio en *sistemas duales* masculino-femeninos: Nun y Naunet eran el *agua* primigenia en forma masculina y femenina; Huh y Hauet, el espacio sin fin; Kuk y Kauet, las tinieblas; Amón y Amaunet, lo escondido (el vacío). Esta octuplicidad produjo criaturas vivientes en figura de *ranas* y *serpientes* que vivían en el barro primigenio. De ahí se elevó la colina primigenia, de la cual el dios *Sol* hizo surgir la primera flor de *loto*. Esta «cosmología hermopolitana» fue importante porque una figura salida de ella, Amón, se convirtió en el dios nacional egipcio de Tebas.

Ocho inmortales de la simbología tradicional china, de los cuales se dice que moraban en las *Islas de los Bienaventurados*. Chang-kuo-lao habría sido en su origen un *murciélago* que se transformó en un ser humano. Lleva una caña de *bambú* hueca (un instrumento de ruido), a menudo también una pluma de *fénix* y el *melocotón* de la larga vida; Chung-li-chüan era un *alquimista* que sabía convertir el mercurio y el *plomo* en «*plata* amarilla y blanca», poseía la «*piedra* de los sabios» y podía desplazarse por el aire; Han-tsiang-tse podía hacer crecer rápidamente las *flores*; su atributo es la flauta; Ho-hsien-ku es una mujer que lleva una flor de *loto* mágica; a Lants'ai-ho le concibe a veces como *andrógino* y lleva un cesto con flores o frutos, en ocasiones también una flauta; Li-t'ieh-kuai lleva una muleta como *Saturno* en la imaginería *astrológica* occidental. Dícese que su cuerpo fue incinerado por error mientras su alma estaba vagando, de suerte que tuvo que tomar el cuerpo de un *mendigo* cojo. Su atributo es una calabaza de la que sale revoloteando un *murciélago*. Lü-tung-pin lleva una *espada* matadora de demonios. De él se refiere que en una hospedería, en vez de efectuar un pago, pintó en la pared dos *grullas* que atraían a muchos visitantes, pero que huyeron volando cuando quedó saldada la deuda. Ts'ao-kuo-chiu, protector de los actores, lleva un vestido cortesano y generalmente dos castañuelas en la mano. Estos «pahsien» se representan casi siempre juntos en una terraza en el acto de saludar a Shou-hsing, el dios de la longevidad, mientras pasa volando montado en una grulla. Forman el tema predilecto de la iconografía taoísta. (Véase *Dioses de la suerte*, y también el simbolismo del 8 en *números*.)

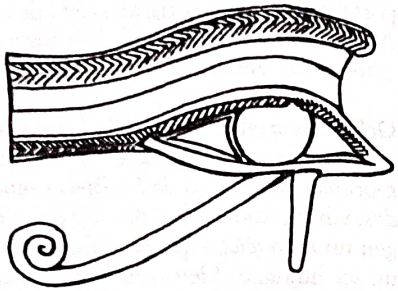


Los ocho inmortales y sus símbolos tradicionales: abanico, espada, calabaza de cuello, castañuelas, cesta con flores, bambú, flauta, flor

Ojo, el órgano más importante de los sentidos del hombre; en el simbolismo, asociado siempre con la *luz* y la «facultad de visión espiritual», y, al mismo tiempo, según una antigua concepción, no sólo órgano receptivo, sino también emisor de «rayos de energía» y símbolo de la facultad de expresión espiritual. Dícese que los seres malignos o aquellos que poseen grandes fuerzas mágicas tienen unos ojos cuya mirada es petrificadora o vuelve indefenso a aquel contra quien la dirigen. En la leyenda antigua era éste el caso en la Medusa (*gorgonas*), muerta por Perseo con ayuda de un *espejo*; en la antigua leyenda de héroes irlandeses; en el rey Balor del pueblo de los fomorios, cuya «mala mirada» pudo ser eficaz en el campo de batalla cuando cuatro hombres levantaron su



Ojo: tres «ídolos de ojos», Tell Brak, próximo Oriente, alabastro, hacia 3200 a.C.



Ojo: el ojo «udjat», símbolo amuleto egipcio antiguo

párpado. La supuesta irradiación del «mal ojo» (ital. malocchio) fue motivo para la fabricación de innumerables amuletos. Sin embargo, desde el punto de vista de la simbología, es más importante el valor expresivo positivo del ojo. En muchas culturas se concibe el *sol* como el ojo que todo lo ve, o es simbolizado por medio de un ojo; así, por ejemplo, el juvenil dios solar de Egipto, Horus, que otras veces fue representado como *halcón* o persona con cabeza de halcón. Su ojo, en característica estilización, el ojo «udjat», se consideraba un poderoso amuleto. En la iconografía cristiana, el ojo —en medio de rayos de sol o en el *triángulo* con la punta señalando hacia arriba— es el conocido símbolo de la omnipresencia divina o de la *trinidad*. También los coros más elevados de *ángeles* (querubines, serafines) llevan ojos en las *alas* en señal de su penetrante sabiduría. Muchas veces las dolencias de los ojos trataron de combatirse con usos religiosos (bendición de los ojos, ofrendas de ojos votivos o con lavados de ojos en fuentes y *manantiales* sagrados). A la *fortuna* se le atribuyó la ceguera, porque reparte sus regalos indiscriminadamente; con ojos vendados se representó a la justicia, ya que ésta debe practicarse sin «hacer acepción de personas», pero también a la figura de la «sinagoga», personificación del judaísmo, «que, en su *ceguera*, no reconoció a Jesús como el verdadero Redentor». En santa Hildegarda de Bingen (1098-1179), el ojo es un órgano con múltiple significación simbólica: «Los ojos, que miran tantas cosas, señalan hacia las constelaciones del firmamento, que brillan por doquier. Su *blanco* simboliza la pureza del éter, su claridad el brillo del éter, la pupila las *estrellas* en el espacio etéreo. Su jugo indica el jugo de que este mismo éter está entreverado por las aguas superiores, para que no resulte dañado por la capa superior de *fuego* (fuego del cielo, empíreo)». Cada función de los ojos tiene su correspondencia en el macrocosmos así como también en la vida moral. «Luminosamente claro aparece también el reconocimiento, al igual que el blanco de los ojos, en el ser humano, y su intuición refulge en él como su fuerza de irradiación, y la razón brilla en su ser como la pupila de los ojos.»

En el *simbolismo francmasónico*, el «ojo omnividente» dentro del *triángulo* y corona de rayos, que corresponde al símbolo de la trinidad antes mencionado, está representado en muchas logias encima de la silla del maestro y es para recordar todos los misterios de penetrante sabiduría y vigilancia del Creador, del «gran arquitecto de todos los mundos»; también se le denomina en ocasiones «ojo de la providencia». En el simbolismo de la psicología profunda es el ojo el órgano de la luz y de la conciencia, porque nos permite percibir el mundo y con ello le confiere realidad. «El soñar ojos tiene que ver con este acto de captar la existencia... Los males de ojos no son raros en el sueño. Tienen que ver naturalmente con la capacidad visual psíquica complicadamente restringida, con la incapacidad de ver correctamente la vida en tal estado... Cuando la conciencia está en peligro (en la proximidad de la muerte) de disolverse, entonces muchos ojos miran al gravemente enfermo.» (E. Aeppli). Para el psicoanalista, el ojo como imagen onírica es a menudo (como también la boca) un símbolo que encubre el genital femenino. Se ha discutido mucho sobre la procedencia de la representación simbólica de un tercer ojo en el arte indio y lamaísta, que se interpreta como signo de la visión sobrenatural y de la iluminación. Poseían un ojo en la frente algunos reptiles fósiles del período mesozoico de la tierra y aún hoy pueden observarse como rudimento en el lagarto neozelandés llamado tuatara (lat. «Hatteria»). Pero si la iconografía asiática tiene que ver de algún modo con la historia primigenia de los organismos y sus órganos atrofiados, el relacionar con este motivo el ojo redondo que tenía en la frente el legendario cíclope Polifemo y el cuento de Grimm «Einäuglein, Zweiäuglein und Dreiäuglein» (Monoojito, Biojito y Triojito) es un problema científicamente insoluble.

Ojo: la posesión de tres ojos como característica de lo sobrenatural lamaístico. Cara de demonio de una vestidura tibetana

Ojo: el ojo omnividente de Dios. W. H. Barón de Hohberg, 1647

Olivo. Árbol de la cuenca mediterránea, originario de Libia, relacionado en la Antigüedad con la diosa Atenea, la cual, durante su pugna con el dios del mar, Poseidón, por la posesión del Ática, lo plantó en la Acrópolis. En madera de olivo se tallaban las imágenes de los dioses; el *bosque* sagrado de Olimpia era de olivos, cuyas ramas se ofrecían a los vencedores en los juegos. *Coronas* hechas de ramos de olivo —o de *laurel*— adornaban en las grandes ocasiones a vencedores y triunfadores.

En la antigua Roma, la rama de olivo simbolizaba a la diosa de la paz (Pax). Los soldados la llevaban en los desfiles conmemorativos de victorias en honor de la diosa Atenea (en latín Minerva) que era una divinidad guerrera. Cuando se enviaban mensajeros a implorar la paz o protección, también llevaban en las manos sendas ramas de olivo anudadas con lazos de satén.

Según la Biblia, la *paloma* que soltó Noé en el *arca*, retornó con una rama de olivo en el pico, como señal de reconciliación con Dios después del *diluvio*.

El aceite «calma los pálpitos, suaviza, limpia, alimenta y proporciona combustible a lámparas y *candelas*». También se utilizaba en las ceremonias de unción de los *reyes*, sacerdotes y enfermos. Jacob ungió con aceite la piedra de Bet-El después de su visión de la *escala* del cielo. El término mesías (Salvador) significa en hebreo (Mashiach) «el Ungido».

El aceite de oliva se aplicaba también a curar heridas, como nos demuestra la parábola del buen *samaritano*.

Ya en el cristianismo, se denomina «crisma» a una mezcla de aceite puro de oliva y esencias aromáticas que se utilizan para ungir en bautizos, confirmaciones, ordenación de sacerdotes, y santos óleos (en este último caso se llama «viático»).

A partir del siglo VII se incluye la unción en las ceremonias de coronación de los reyes.

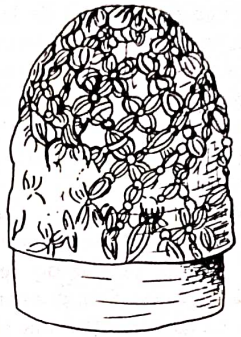
«Aunque el olivo se alza a menudo en las áridas montañas / siempre nos regala su noble y provechoso jugo. / Aunque a menudo la palabra del Señor se abre paso con lentitud / siempre presta su fuerza al hombre piadoso», y / «Cuando el olivo se cuida con esmero / su deseado fruto es anuncio de paz. / Así, cuando un reino ha sido bien plantado, / en paz fructifican sus estamentos» (Hohberg, 1675).

En la tradición islámica, el olivo y la *higuera* son los dos árboles tabúes, o prohibidos, del *paraíso*.

El olivo como símbolo de la paz. Grabado alegórico en cobre. W. H. Barón von Hohberg, 1675

Omphalos. Palabra griega que significa *ombligo*. Símbolo, muy extendido en la Antigüedad, del lugar de nacimiento del cosmos, o del inicio de la Creación. El «ombligo del mundo» más célebre es el del templo de Apolo en Delfos, que todavía hoy puede verse en el museo de esta ciudad. Es una *piedra* tallada en forma de colmena y con vestigios de una *malla* que la recubría. Simbolizaba el centro ideal del mundo, el nexo entre el averno subterráneo, la *tierra* y el cielo supraterráqueo. También ejercía como oráculo.

En el Foro de Roma existía un ombligo del mundo tallado y de características semejantes (umbilicus urbis Romae). En la capital de los frigios, Gordion, y en la antigua Bagdad, existían objetos sagrados parecidos. En el Sancta Sanctorum del templo de *Jerusalén* una *roca* era considerada el lugar de la creación



Omphalos: escultura en piedra con superficie trenzada, que representa el omphalos délfico

del mundo y centro ideal del orbe. Su nombre, «shetiya», proviene del hebreo shata (fundar, asentar). Aparte de ser la piedra angular de la Creación, también era el precinto o sello (puerta de contención) de las *aguas* subterráneas del «tehom». Si se retirara, según la tradición talmúdica, las aguas se derramarían por la abertura que obstruía la misma, a través de la cual las aguas del diluvio se precipitaron en las profundidades. Se cree que estaba bajo los cimientos del templo, bajo el altar de los sacrificios (W. Müller, 1961), precisamente en el lugar que actualmente ocupa la cúpula de la Roca de Jerusalén; y que para los musulmanes es el altar donde hacía sus sacrificios el patriarca *Abraham*, muy cerca de la mezquita Al-Aksa.

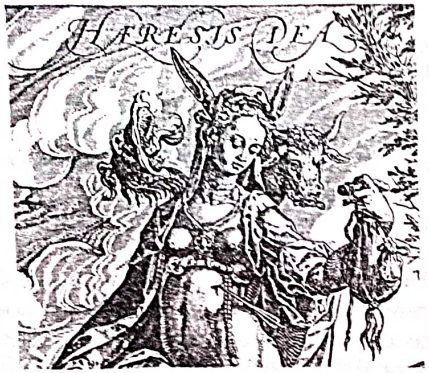
La estrella polar se consideraba el «ombligo del cielo», alrededor del cual parecían girar las restantes *estrellas* fijas. Su contrapunto terrenal lo constituirían diversas *montañas* sagradas (como la montaña Meru en la India). Por lo general, con el término omphalos se designa la roca obstructora del canal que comunica los diferentes planos o llanuras de la tierra, y sintetiza elementos de chamanismo, culto a las piedras, y la creencia en una «*madre tierra*».

Al parecer, el omphalos de Delfos estuvo dedicado en un principio a la diosa de la tierra, Gaia, y posteriormente a Apolo. También se asegura la presencia de uno de tales objetos en el santuario de Eleusis, consagrado a la madre de la tierra, Deméter (véase *eje del mundo*, *red* [*malla*], *mundus*).

Oreja. Parte del cuerpo humano de sorprendente significado simbólico. «Lo que escucha la oreja hará estremecerse el interior del hombre» (Hildegarda de Bingen). Desde los tiempos más antiguos, la memoria se ha localizado en la oreja. El arte de la Alta Edad Media representaba ingenuamente la concepción de Jesús mediante la penetración de la *paloma* (el Espíritu Santo) en la oreja de la elegida para alumbrar al Señor. El parecido entre el pabellón del oído y la espiral del caracol (anatómicamente se habla de «hélix» y «anthélix») propicia una combinación simbólica oreja-caracol-nacimiento (el cuerpo del caracol sale de su concha). Igualmente se decía que los dioses y los héroes nacían de las orejas de sus madres. En muchas culturas se punza u horada el lóbulo de la oreja para que pueda sostener placas de madera, estaquillas de *jade*, pendientes de *oro* u otros adornos de valor, ya que los lóbulos muy alargados se consideraban símbolos de nobleza y merecimientos. Los conquistadores españoles llamaban «orejones»* a los nobles del Imperio Incaico en el antiguo Perú. En Europa, por el contrario, las orejas de *asno* del rey Midas y las de los estudiantes desaplicados son objeto de burlas.

El dicho popular «apúntalo detrás de la oreja» hace referencia a la antigua costumbre de que al cerrar un contrato (por ejemplo, sobre lindes de propiedades) al mozo que hacía de testigo se le daba un

* En castellano en el original. N. del traductor.



Oreja: la diosa Herejía con orejas de asno. Hoja volante o libelo de la Contrarreforma. A. Eisenhoit, aprox. 1580

tirón de orejas o se le pellizcaban para que retuviesen mejor en la memoria el asunto en litigio; después se le gratificaba. Existen otros dichos, como «estar metido hasta las orejas» (en deudas, o en amoríos), «alcanzar a alguien sobre las orejas» (en el lenguaje de la esgrima), «tener un puño tras la oreja»** (ser un despabilado, puesto que en esa zona del cráneo se localiza la agudeza o astucia), «levantar o aguzar las orejas» (como el *perro* o el *gato*).

En la antigua cosmografía se atribuían unas orejas enormes a los *salvajes* de ciertas regiones exóticas al margen de la civilización, quienes se cubrían con ellas como con una especie de *manto*.

Los antiguos pitagóricos creían que el zumbido de oídos era una señal de inspiración divina, pero por lo general —y así ocurre todavía en la actualidad— se tiene por señal de que al que lo siente «le están quitando el pellejo en su ausencia».

** «Es faustdick hinter den Ohren haben» en el original alemán. En castellano, respetando la localización craneal, diríamos «no tener un pelo de tonto». N. del traductor.

Orfeo. Enigmática figura de la mitología griega, símbolo del músico que con los efectos subyugadores de sus acordes conseguía que animales y plantas, incluso las *piedras*, se moviesen. También movía a compasión a las divinidades del averno (del *más allá*).

Hijo de una *musa* y de un *dios fluvial* de la Tracia, Orfeo llegó a ser un virtuoso del canto y del tañido de la cítara. Cuando su esposa murió a consecuencia de la mordedura de una *serpiente*, Orfeo descendió a los infiernos (hades), donde consiguió hechizar con su canto no sólo al *rey* de las tinieblas y a su esposa Perséfone, sino a las mismas *sombras* de los muertos. Le fue permitido retornar con su esposa Eurídice al mundo de los vivos, con la condición de que no se volviese a mirarla hasta haber llegado a su destino. Cegado por la sensualidad, olvidó su promesa, por lo que Eurídice se desvaneció para siempre.

Más tarde, parece ser que el dios del vino, Dionisos, incitó contra él a sus bacantes (mujeres en éxtasis furioso), humillado porque el cantor sentía mayor respeto por Apolo. La mitología nos dice que Orfeo fue despedazado y las musas recogieron y sepultaron sus miembros dispersos, mientras que su cabeza llegó flotando a Lesbos, la isla de las poetisas. La doctrina de la secta «órfica» es sólo parcialmente reconstruible. Sus enseñanzas de sinceridad y pureza se asemejan a las de los pitagóricos (*Pitágoras*).

Según la teoría «órfica» de la creación del mundo, *Cronos* engendró un huevo terráqueo del que salió el primer dios *andrógino*, Fanes, el cual a su vez engendró a Nyx (la noche). Urano (el *cielo*) y Gaia (la *Tierra*) son los hijos de Fanes y de Nyx. Zeus, hijo de Cronos (o *Saturno*) se alzó con el poder y engendró en su hija Deméter a Zagreo, quien fue descuartizado y devorado por los titanes,

Orfeo, detalle de un mosaico-baldosa de Palestina, siglo v d.C.

Oro: grabado, emblema de la purificación en el horno de fundición. W. H. Barón de Hohberg, 1675

a quienes Zeus, finalmente, fulminó con su *rayo*. Con sus *cenizas* se modelaron los hombres, en cuyos cuerpos coexisten elementos titánicos (perversos) y bondadosos, es decir, procedentes del cuerpo de Zagreo (que volvería a la vida como Dionisos). Estos «*destellos* de los dioses» se verían libres de sus ataduras materiales a través de las enseñanzas purificadoras «órficas», lo que se considera un precedente de las doctrinas gnósticas y de las posteriores teorías alquimistas.

El tema de Orfeo y Eurídice ha tenido frecuentes expresiones artísticas (entre otras en las óperas de Gluck, Monteverdi y Haydn, en cuadros de Tintoretto, Breughel el Viejo, Rubens, Tiépolo, Feuerbach y L. Corinth). En una baldosa-mosaico de la antigua sinagoga de Gaza se nos muestra a Orfeo tocando el arpa y rodeado de animales salvajes que escuchan su música. La descripción que suele hacerse de la típica escena nos demuestra que la tradición hebraica equiparaba el antiguo cantor griego al rey bíblico *David*, también tañedor del arpa.

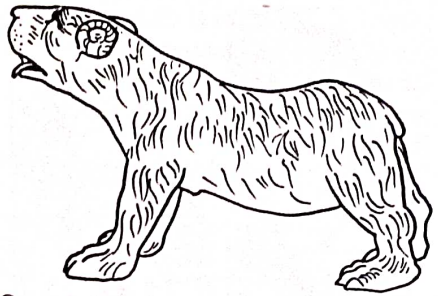
Oro. La expresión «metal noble» (también para la *plata*) significa propiamente una valoración «moral» de este material, que también fue concebido así por los alquimistas que aspiraban a una purificación. A este material brillante, que no se oxida, se le relacionó en casi todas las culturas con el *sol* (entre los aztecas denominado «excremento de los dioses»: «teocuitlatl», secreción del dios solar). El axioma «aurum nostrum non est aurum vulgi» (nuestro oro no es el oro del vulgo) permite concluir que en el mundo mental de la *alquimia* no se entendía por «oro» el metal propiamente dicho, sino el conocimiento esotérico, un supremo estadio de la evolución espiritual. Sin embargo, también en el cristianismo ortodoxo es el oro un símbolo de la luz celeste y de la perfección, a lo cual hace referencia el fondo dorado de los cuadros medievales pintados sobre madera y los iconos de la Iglesia oriental. En la Antigüedad, se desenterraban preciosas hierbas medicinales con utensilios de oro para no disminuir su virtud, y las joyas de oro tenían fama de alejar los maleficios (sobre todo en combinación con las *piedras preciosas*). Sin embargo,

Oro: purificado en el crisol, «hasta que quede puro». J. Boschius, 1702

no en todas partes estaba permitido llevar joyas de oro (véase *anillos*); el oro se consideraba muchas veces como compendio de las energías de la *tierra*, y aunque apenas poseía valor práctico, siempre se le relacionaba con poderes superiores y con el mundo de los dioses. En muchas culturas antiguas estaba reservado para la fabricación de objetos sacros e insignias de soberano (*corona*). El «becerro de oro» de la Biblia (Éxodo 32), como símbolo de la «idolatría» de los israelitas septentrionales, evidentemente no era ningún becerro verdadero, sino un ídolo en forma de *toro* que Moisés destruyó. En la antigua China, el oro (chin), el metal solar, se consideraba el compendio de la esencia primaria yang, el equivalente dual del *yin* (plata).

Oro: el «pequeño sol» en el crisol. «Abraham Eleazar», 1760

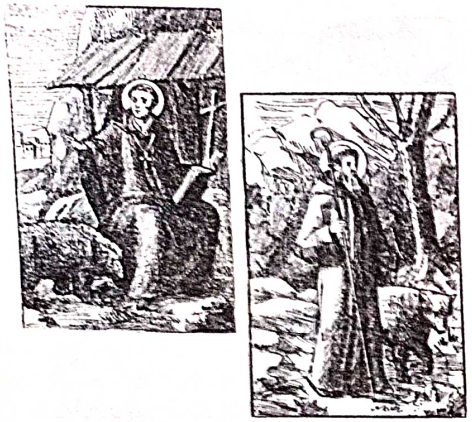
Oscuridad, en el sentido de un *sistema dual*, el símbolo complementario-opuesto de la *luz*; es, ante todo, símbolo del *caos* primigenio que el Creador aún no había desgarrado con su rayo luminoso. En este sentido, la oscuridad es primordialmente el símbolo del alejamiento de Dios y de la luz, del submundo oscuro del *más allá* y de los enemigos de la claridad y de la iluminación (personificado, por ejemplo, por Ahrimán en la antigua Persia). En el ámbito cristiano, el *diablo* es designado como «príncipe de las tinieblas» y los eclipses de *sol* no sólo aquí («tinieblas egipcias», Éxodo 10, 21; oscuridad en la muerte de Cristo en la cruz, Mateo 27, 45), sino también en el Perú de la época incaica, se interpretan como manifestaciones amenazadoras. En el Apocalipsis de Juan, las tinieblas anuncian el *fin del mundo*. En oposición a este simbolismo fácil de comprender, sin embargo, lo oscuro puede convertirse en expresión de lo último inefable, que los ojos no pueden percibir y que el místico ya no puede distinguir de la luz deslumbradora. San Juan de la Cruz (1542-1591) hablaba de la «*nube* oscura que ilumina la noche» en una imagen paradójica que trata de captar con palabras la confluencia de los opuestos en el fondo del ser: «Es maravilloso que ella, oscura como era, iluminase la noche. Esto indica que la fe, que es una nube oscura y tenebrosa para el alma y al propio tiempo noche —porque en presencia de la fe está el alma privada de su luz natural y queda ciega—, con sus tinieblas alumbra y las tinieblas del alma dan luz». Este intento de expresar experiencias místicas inefables por medio de frases paradójicas (que parecen una paradoja) encuentra también su expresión en relación con el simbolismo *francmasónico* de la luz: «La oposición primaria de luz y tinieblas... llena toda la existencia humana. Esta contradicción, y con ella el enigma de la vida más torturador, cree haberla resuelto completamente la asociación de los misterios: luz y tinieblas son una sola cosa. ¡La vida es al mismo tiempo muerte, las tinieblas son al mismo tiempo luz! A través de todo el simbolismo de los misterios discurre el esfuerzo de realizar visualmente todo esto que es inaccesible para el entendimiento y hacer que el hombre pueda vivirlo y experimentarlo; lucha y maridaje entre la vida y la muerte es lo que los símbolos pregonan» (Lennhoff-Posner). Por ello cada «buscador» debe tener un tiempo de soledad para reflexionar en la «cámara oscura» y ante símbolos de la caducidad de las cosas (calavera, *reloj de arena*, Biblia) meditar sobre su deseo antes de que le sea dada la «luz» tras la ceremonia de admisión. Actualmente ya no se utilizan los «horripilantes» objetos simbólicos de ritos del siglo XVIII.



Oso: animal acompañante de la diosa Artio. Galoromano; Muri, Suiza, hacia 200 d.C.

Oso, animal relativamente poco importante en simbología, aunque ya era conocido del hombre desde sus comienzos, como lo demuestra la ofrenda de cráneos de oso de las cavernas en la época del hombre de Neandertal. En el arte rupestre de la época glacial, el oso no aparece con tanta frecuencia como el *toro* y el *caballo* salvaje. En la mitología de los pueblos del Asia septentrional y del norte de Norteamérica los osos desempeñan un gran papel, como animales que por su figura parecen humanos y que incluso pueden aparearse con mujeres y engendrar hijos humanos (algunas leyendas acerca de *hombres salvajes* podrían remontarse a tales mitos relacionados con osos); pero en las culturas avanzadas disminuye su importancia. Tampoco pueden ya observarse osos en los alrededores de centros urbanos. No obstante, la diosa griega de la caza, Artemis, aparece en ocasiones representada con osos, y las sacerdotisas de Artemis Brauroneia se llamaban «osas». La leyenda griega de las *estrellas* refiere que la hija del rey de Arcadia, Calisto («la más bella»; en su origen, probablemente una diosa local de los bosques), siendo sirviente de Artemis (lat. *Diana*), quedó embarazada de Zeus, y por ello la diosa la convirtió en una osa. Dio a luz a un ser humano bien formado, Arkas, que posteriormente se sintió amenazado por su madre con figura de osa. Para evitar una lucha a muerte entre la madre y el hijo, Zeus los puso a los dos en el cielo estrellado. La celosa esposa de Zeus, Hera, impidió que la osa tomase un baño refrescante en el mar, asignándole un lugar entre las estrellas circumpolares que nunca se ponen. Su hijo Arkas fue eternizado como constelación del «Boyero».

En los antiguos mitos nórdicos, en ocasiones se menciona a Odín en figura de oso (Björn). Los «berserker» son guerreros que llevan piel de oso y se comportan furiosamente —probablemente bajo el efecto de alguna droga—; fueron conce-



Oso: el animal atributo de los santos Columbano y Galo. Leyendas de santos, de W. Auer, 1890

bidos a veces como seres híbridos con figura de animal, algo parecido a los hombres *lobo*. Entre los celtas (helvecios), una diosa llamada Artio era señora de los venados, y su atributo era el oso. En la simbología cristiana no es infrecuente que se mencione la fábula de que la osa trae al mundo crías sin forma a las que lamiéndolas da su figura posterior; del mismo modo hay que concebir al ser humano ignorante, que sólo mediante el saber espiritual experimenta su destino. El sueño invernal del oso se interpreta como modelo de la vejez humana, a la que sigue la resurrección. Por lo demás, se encuentran en primer término rasgos anecdóticos; por ejemplo, en la leyenda de san Galo, a quien se dice que un oso le ayudó, después de que el santo eremita le librase de una espina que tenía clavada en la garra. El oso es también atributo de santos como Columbano, Ursino y Sergio, dotado con una albarda por Corbiniano, Huberto y Maximino de Tréveris. En heráldica, se da importancia al oso sobre todo en Suiza (Berna) y en la Alemania meridional. La lucha mencionada en la Biblia entre el joven David con un oso se concibe como prototipo de la victoria de Cristo sobre los poderes de las tinieblas. También se representa a osos como vengadores del profeta calvo Eliseo: despedazaron a unos muchachos que se habían mofado de él (II Reyes, 2, 24).

En el simbolismo psicológico —por ejemplo, en el de los sueños— el oso se interpreta como personificación de los aspectos peligrosos del inconsciente y representa, según C. G. Jung, a menudo el aspecto negativo de la personalidad superior. Aunque es peligroso, añade E. Aeppli, abriga en sí un aspecto mayor, que ha de comprenderse y puede, a pesar de su género gramatical masculino, hacer referencia también a lo «femenino de la *tierra* (piel caliente, color *pardo* terroso, cuerpo rechoncho, cuidado solícito de la prole). (Véase *tótem*.) En oposición a esta concepción, en la antigua China el oso (hsiung) es un símbolo masculino que personifica la fuerza, mientras que su símbolo contrario, sentido como femenino, sería la *serpiente*. Un sueño con osos se interpreta como presagio del nacimiento de un hijo varón. Por lo demás, en los cuentos chinos el oso desempeña el papel de nuestro «malvado lobo». El «oso ruso» fue caracterizado en la China moderna como «oso blanco».

Oveja y *carnero* forman en el simbolismo opuestos parecidos al de *cabra* y *macho cabrío, vaca y toro*. Mientras casi siempre se considera a la oveja un ser inofensivo y estúpido, que constituye la presa más fácil de conseguir para el *lobo*, el carnero se considera símbolo de fuerza, vitalidad y tenacidad inquebrantable. La oveja, uno de los animales domésticos más antiguos de la humanidad, tenía que ser guardada por pastores y se convirtió en personificación del desamparo frente a todos los enemigos. Su inocencia la convirtió en objeto de cualquier

Oveja: santa Saturnila, que se escondió en un rebaño de ovejas para huir de un pretendiente. Leyenda de santos de Auer, 1890

seducción y W. H. von Hohberg la hace aparecer como público devoto ante el *lobo* predicador: «La ingenuidad fácilmente es engañada por la astucia, / las ovejitas a menudo escuchan el sermón de los lobos. / Como un *ángel* se presenta Satán / y con esto puede causar casi siempre daño a la Iglesia» (1675). El *cordero* (oveja joven) personificaba la inocencia potenciada de la oveja, y con frecuencia se representaba como símbolo conmovedor de la inocencia que al final triunfa sobre el *diablo*. Al carnero, en cambio, se le concibió ya en el antiguo Egipto como figura del dios (de cabeza de carnero) Chnum, del cual se desarrolló en la religión sincretista tardomedieval el «*Júpiter* Ammón» (bajo la influencia de Amún, dios del reino) con cuernos de carnero. El carnero era también atributo de Indra y en Grecia de Hermes (*Mercurio*). La iconografía cristiana representa a menudo el sacrificio de un *carnero* por parte de Abraham (en vez de su hijo Isaac). También astrológicamente es importante la figura del carnero, ya que a este «signo de fuego» se atribuye el comienzo del zodíaco (carnero o aries, toro o tauro, gemelos o géminis, etc.).

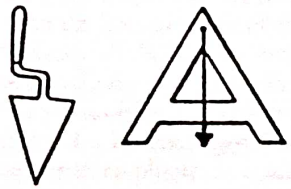
P

Padre. Como figura simbólica —sobre todo, probablemente con motivo de un orden social patriarcal—, el padre representa la autoridad suprema e incluso la divinidad (Dios padre, padre de los dioses, padre de familia, solicitud paterna, patria, etc.), y en el simbolismo de la psicología paterna representa la instancia de orden del super-ego (superyó). El *rey* y el *emperador* representan muchas veces al «padre celestial» y se les designa como «padres del pueblo». La religión bíblica ostenta claramente rasgos patriarcales que el cristianismo asumió («padre nuestro»). El teólogo e investigador de la religión Friedrich Heiler (1892-1967) consideró que la relación filial de la persona orante para con Dios era un «fenómeno religioso primigenio», mientras que para la nueva literatura feminista esta idea constituye una piedra de escándalo. En la iconología alquímica se considera que el *Sol* es padre («el Sol es su padre, es decir, de la *piedra* filosofal, la Luna es su madre»; Tabula Smaragdina), mientras que en la lengua alemana el Sol (die Sonne) es «femenino».

Padre: regreso al hogar del hijo pródigo. Ilustración de la Biblia, Ludwig Richter

Paleta, un utensilio de los albañiles; en el simbolismo de los *francmasones*, un utensilio importante en el grado de oficial, que distingue a la «*piedra* ya labrada», es decir, a la persona que ha superado el grado de aprendiz, y cuya importancia reside en el hecho de que ha de sostener el mortero del trabajo que ha de cohesionarse y fijarse dentro de la asociación. Mientras que los demás utensilios simbólicos de este mundo de símbolos pertenecen más bien al cantero que al «albañil» en el sentido moderno, la paleta (en inglés trowel, en francés truelle) es aquel utensilio que une firmemente el «sillar» individual con los otros sillares, para colaborar así en la construcción del *templo*. En algunas doctrinas, la paleta, con la cual se puede «tapiar», sirve para sellar el mandamiento del silencio frente a los «profanos» con el fin de garantizar la «disciplina del arcano», es decir, «el secreto, encerrado en

Paleta y nivel de albañil, símbolos del trabajo francmasónico de logia



un arca de la experiencia viva» de la validez experimentada interiormente de los símbolos y rituales.

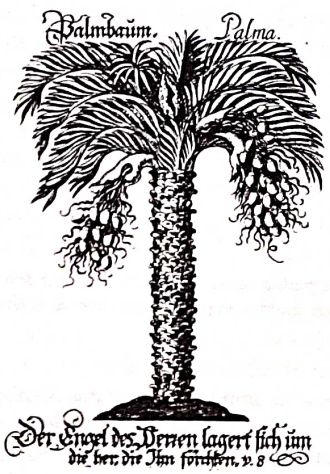
También se conocen pequeñas paletas de oro y de plata como distintivos de conmemoración de reuniones de oficiales. Baurnjöpel (1793) hace mención de que paleta y *llave* «los llevan sobre el corazón» los empleados de la logia... La paleta «está hecha del más puro y resplandeciente oro», y la llave «de marfil».

Palmera. Los textos e ilustraciones se refieren por lo general a la palmera datilera. La simbología judeocristiana de la palmera está basada fundamentalmente en el Salmo 92.12: «Florecerá el justo como la palmera». En 1675 escribía W. H. Barón de von Hohberg: «nada engendra la palmera que no sea provechoso: / da leche, aceite, madera, corteza / tiene follaje, fruto, jugo y lana. / También el hombre justo siente inclinación a servir / mientras cumple con la tradición del Señor haciendo el bien».

En las regiones áridas al sur del Mediterráneo se apreciaba la palmera por razones fáciles de entender y se la consideraba sagrada. El dios del *Sol*, Assur, se representaba frecuentemente sobre el penacho de una palmera. Los egipcios depositaban palmas, o ramas de palmera, sobre los féretros y las momias, las mismas que ofrecieron a Jesús cuando hizo su entrada en Jerusalén. Los «palmitos» desempeñan también un papel en la celebración cristiana del Domingo de Ramos.

«La palma de la victoria» de los mártires y la *palma florida* del *paraíso* anhelado al final de los tiempos se vienen representando desde épocas paleocristianas, a veces en combinación estilística con *lilas* y *pámpanos*.

El término griego «phoinix» denota una asociación con el *Sol* y con Helios-

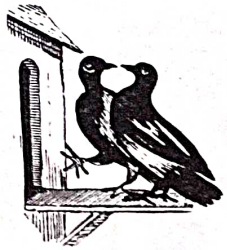


Palmera, de W. H. Barón de von Hohberg, 1675

Apolo (véase *fénix*). También se representaba a la diosa de la victoria, Nike (Victoria en latín), muchas veces con ramas de palmera. En Egipto, la diosa de los *cielos*, Hator, era «señora de las palmeras datileras». Por lo general, y debido a su tronco esbelto y erguido, se las considera alusivas al encumbramiento, al triunfo y al renacimiento. En su día, la palmera fue el emblema de la asociación poética barroca «Die fruchtbringende Gesellschaft» (La sociedad fructífera), a la que pertenecía el citado Barón de von Hohberg, con el lema «aprovecharlo todo».

La leyenda según la cual la palmera crecerá aunque de ella se cuelgue un peso, proviene del lema «palma sub pondere crescit» del principado de Waldeck-Pyrmont, donde se transmite el mensaje de que las dificultades fortalecen: «El peso que se eche sobre una palmera, no la debilita, / pues, triunfa sobre él produciendo dulces frutos / Así, el coro de los ángeles ayudará en toda ocasión a quien confía en el Señor y le reza» (Hohberg).

Paloma. En el simbolismo de las culturas antiguas hasta los tiempos actuales, la pa-



Paloma: pareja de palomas, símbolo del enamoramiento. Ilustración de un libro infantil, F. Pocci, 1846

loma es un importante animal simbólico. El carácter apacible y no violento (en oposición a su comportamiento real) que se atribuye a esta ave la convirtió en compendio de mansedumbre y amor, y también en representación de la timidez y la locuacidad. La paloma, juzgada hoy más bien negativamente como ensuciadora de las ciudades, se ha convertido en animal símbolo del movimiento pacifista, lo cual más bien perjudica que beneficia a tal movimiento (antagonismo con respecto al *balcón*). En la Antigüedad clásica, en parecido simbolismo, se la contrapuso al *águila* y al *cuervo* (Horacio, Marcial, Juvenal). «Palomita» era ya en esa época palabra cariñosa erótica para la amada y también apodo de muchachas venales. De ello era responsable primordialmente la asociación de ideas, procedente de los pueblos semíticos de Oriente, con la diosa del amor Astarté (Ashtoreth) que los griegos tomaron en el siglo IV a.C. Se mantenían palomas como aves sagradas de Afrodita en los santuarios de esta diosa (Citera, Pafos) y también se las relacionaba con su amante *Adonis* y con Eros. Además, desempeñaban un papel en los oráculos: a las sacerdotisas profetizadoras del *bosquecillo* sagrado de Dodona, las peleiadas, se las llamó peleiai (palomas) desde que una paloma *negra* se posó en una *encina* de dicho bosquecillo, y dícese que ello fue la causa de que se fundara un santuario. La leyenda de la fundación del santuario de *Júpiter*-Ammón, en el oasis de Siwah, presenta también en primer término una paloma. Entre los judíos la paloma era el animal ofrecido en sacrificio por la población más pobre. El instinto de encontrar el lugar del nido fue aprovechado ya en el antiguo Egipto y también en la antigua China para formar las palomas mensajeras. Como dispensadora de presagios naturales se consideraba la paloma un ser ambiguo. En la antigua Roma la gente solía comerse la carne de las palomas, aunque el ave estaba consagrada a *Venus*, y se decía que los *huevos* de paloma hacían a uno propenso al amor. En el arte médico se afirmaba que las palomas carecían de hiel y por esto eran particularmente pacíficas, y que incluso comían plantas medicinales como el convólvulo

Paloma con ramo de olivo. Pintura paleocristiana de las catacumbas, Sousse, norte de África

y la verbena, y su carne, las vísceras y la sangre tenían por este motivo especiales virtudes curativas. Incluso el excremento de paloma se aprovechaba para preparar apósitos.

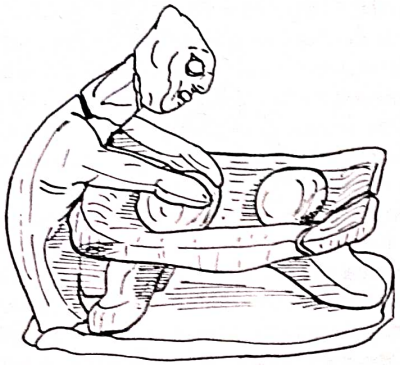
En la Biblia la paloma es símbolo del fin del *Diluvio* y trae al *arca* de *Noé* un ramo de olivo en el pico. En el bautismo de Jesús en el *río* Jordán se cierne una paloma sobre su cabeza (Mateo 3, 16). El Espíritu Santo se representa casi siempre en forma de paloma, como por ejemplo, en la Anunciación de María, en

Palomas en el cuento de Blancanieves. Grabado en cobre de Ludwig Richter (1803-1884)

cuadros de la Trinidad y en escenas de la divina inspiración. Los *siete* dones del Espíritu Santo (sabiduría, entendimiento, buen consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios) adoptan la figura de siete palomas, estando también los neófitos simbolizados por palomas. En la simbología funeraria es la paloma el «ave del alma» que sube volando al *paraíso* y allí se posa en el *árbol* de la vida o bebe del *agua* de la vida eterna, y sale volando de la boca de los mártires cuando mueren o lleva en el pico la *corona* de los mártires. El texto del «Physiologus» dice que la tórtola es parlanchina por naturaleza pero que «cuando enviuda muere en recuerdo de su esposo juntamente con él y ya no se une con ningún otro». Cristo es «nuestra paloma sumamente elocuente, nuestro pajarillo en verdad melodioso que con su gozoso mensaje ha hecho sonar todo lo que se halla bajo el cielo... San Basilio dice: imitad ahora, oh mujeres, a la tórtola y conservad el matrimonio como ella». La paloma representa la virtud de la templanza y es atributo de muchos santos: por ejemplo, de los Evangelistas, santa Teresa de Ávila, Gregorio y Basilio el Grande, Tomás de Aquino y Catalina de Alejandría, Columbano y santa Escolástica. En el simbolismo de las imágenes *alquímicas*, la paloma *blanca* es símbolo de la coloración blanca (albedo) de la «materia prima» que se convierte en la *piedra* filosofal: el «negro *cuervo* se convierte en blanca paloma».

En la India también se consideraba la paloma ave del alma; en la China era símbolo de la fidelidad conyugal y la larga vida, porque la paloma (ko) casi siempre aparece en pareja y el cuidado de la prole se reparte entre el macho y la hembra. También aparece en el tocado de la «diosa dadora de hijos» y, como lo sugiere su gran multiplicación, es también símbolo de fecundidad.

Pan. El pan es en todos los pueblos, con el conocimiento del cultivo del trigo y de su cocción, el alimento más importante (solamente entre los primitivos habitantes de las islas Canarias el trigo no se cocía, sino que se elaboraba para formar una masa llamada «gofio»). En el antiguo Egipto se conocían unas 40 clases de pan y las fórmulas de las ofrendas a los muertos hablan de «pan y cerveza» como alimento básico en el más allá. En el antiguo Oriente el pan no se cortaba, sino que se partía, y «partir el pan» en el sentido metafórico significaba «comer en común», tomar una comida. Esta comida pronto se entendió también en sentido espiritual, y los doce panes de la proposición en el *templo* del Antiguo Testamento son símbolos del alimento espiritual. En el Nuevo Testamento se habla, en el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, de 12 cestas de panes y 12 cestas de *peces*. Como el hombre no vive solamente de pan (material), el «pan de vida» de la eucaristía se convierte en alimento del alma, junto con el *vino*. Para los misioneros que visitaban pueblos con una base alimenticia di-



Pan: el amasado de los panes, estatuilla fenicia de arcilla, Achzib, hacia 1000 a.C.

ferente, a menudo resultaba difícil reproducir con palabras el símbolo sacramental (en la China, la base del alimento es primordialmente el arroz, en la antigua América el maíz; entre los inuits o esquimales tuvo que predicarse algún día hablando de «la grasa de foca de cada día»). El proceso de la elaboración del pan con la siega, la trilla, la cocción del trigo con el que se preparaba el pan consagrado, lo comparó el simbolista con la penosa vida humana cuyo fin había de ser la consagración en el *cielo*. El maná, manjar milagrosamente caído del cielo durante la peregrinación de los israelitas por el desierto, fue comprendido como prototipo del pan eucarístico.

En el uso popular, cada trozo de pan recién cortado se bendecía trazando sobre él la señal de la cruz. El pan puesto sobre la mesa en posición invertida, se consideraba como símbolo de desgracia, sobre el cual «cabalga el *diablo*», ante cuya vista «los *ángeles* lloran», y hay que esperar disputas, porque el orden correcto se invirtió en su contrario. En el simbolismo de los sueños de la psicología profunda, el pan sólo tiene un significado positivo. E. Aeppli hace referencia a que el pan, como alimento general es para nosotros «lo más usual y al propio tiempo algo sagrado»: «El camino que va desde el grano de trigo que se hunde en el oscuro surco del campo, desde el campo de suave verdor, desde el mar de doradas espigas cimbreantes, pasando por el trabajo de la siega, de la trilla, el proceso de la molienda, de la criba, de la preparación de la masa, del paso por el calor incandescente del horno y luego finalmente el reparto común en la mesa de la familia, cada estación del proceso de elaboración de este manjar está preñada de simbolismo y habla del camino recorrido por la cultura humana». Es evidente que con la sedentarización del hombre neolítico, con la roturación del *bosque* y el cultivo de los frutos del campo, perdió importancia el género de vida basado en la recolección (caza y pesca) y comenzó el género de vida basado en la producción. Ahora creó el hombre su propio mundo y el paisaje cultural, y las posibilidades de crear reservas le dieron las posibilidades de un mayor tiempo libre y mayores oportunidades para el trabajo mental especulativo. Lo ilimitado de un género de vida nómada tuvo que ceder a la limitación del espacio vital cultivado y a la estructura conscientemente percibida del microcosmos susceptible de ser abarcado con el pensamiento. El pan en él elaborado significa manjar vital, y «todos los valores de importancia vital que nos alimentan pueden, en el *sueño*, ser puestos en nuestras manos en forma de pan. El que recibe este pan, ha recibido un valor positivo que no le está permitido dilapidar» (Aeppli).

Pan. Dios griego de los pastores, originario de los montes de La Arcadia, del que proviene el término «pánico» (terror, miedo cerval).

Solía representarse con aspecto lascivo, con patas y cuernos de *chivo*, y personificaba la vida en los prados y en las *grutas* de montaña. Los pastores creían que le gustaba tanto dormir la siesta durante los calores estivales que nadie se atrevía a molestarle, y quien lo hacía se exponía a su estruendosa y súbita aparición, que provocaba un terror paralizante, como el que, al parecer, se apoderó de los persas durante la batalla de Maratón. Los griegos, agradecidos por su providencial aparición, le erigieron un templo en la Acrópolis.

Su instrumento de viento, la flauta pandeana, se conoce también como syrinx, en recuerdo de una ninfa que consiguió sustraerse a sus requerimientos lascivos. Para no privarse de los dulces sonidos de diferentes cañas huecas, Pan las anudó y creó así su conocido y simple instrumento.

Como «pan» también significa «todo» en griego, su calidad de dios pastoril se transformó en una especie de encarnación de la naturaleza universal.

Plutarco (46-120 d.C.) nos cuenta que durante el reinado del emperador Tiberio una nave pasó junto a la isla de Paxos y sus tripulantes pudieron escuchar unas voces que desde la costa clamaban: «Si vais a Epiro, decid allá que el gran Pan ha muerto». Cuando los marineros transmitieron la noticia, se escucharon por doquier los gritos de dolor de animales, plantas y *rocas*. Se entendió entonces que al desaparecer el culto a los antiguos y sencillos dioses de la naturaleza, se iniciaba una nueva era (la del cristianismo, que enmudecería a los oráculos y derribaría los *ídolos*).

En muchas leyendas populares se repite con nombres diferentes este motivo del anuncio de la muerte a través de voces que salen del bosque, voces de *gentes salvajes* y montaraces; motivo que quizá haya inspirado ciertas conmemoraciones religiosas relacionadas con las

Pan con flauta y cayado de pastor. V. Cartari, 1647

distintas estaciones del año, así como con dioses que nacen y mueren (véase *Adonis*).

La denominación latina de Pan es Fauno. (Véase *Flora, Sátiro*.)

Pandora. Personaje mitológico que simboliza el origen de todos los males provocados por el sexo femenino, según las referencias poéticas de Hesíodo (hacia 700 a.C.) en su «Teogonía» y en «Los trabajos y los días».

Después de que Prometeo aliviase el triste destino de los primeros hombres proporcionándoles el don del *fuego* (véase *Tirsos*), los dioses decidieron que ese destino no fuese tan idílico.

El herrero y artesano Hefestos (Vulcano) dio forma a una figura femenina a la que los cuatro *vientos* insuflaron aliento. Los dioses y diosas le prestaron su belleza, y después enviaron a los hombres la seductora figura resultante. Aunque Zeus la había hecho holgazana, maliciosa y necia, el ingenuo Epimeteo, hermano de Prometeo, la tomó por esposa. Pero ésta llevaba consigo una caja (véase bonetero, *boj*) de la que salieron todas las plagas que afligen a la humanidad: vejez, dolor, enfer-

medad, locura. En su turbación, los hombres únicamente pudieron evitar la salida de la esperanza, que también se hallaba oculta en la caja, y le encontraron así una finalidad a su existencia. «Y así fue como vino al mundo el sexo funesto de la hembra, con gran daño para el hombre... De ella (Pandora) procede el sexo de perdición, el tropel de las mujeres, causa de grandes males para los mortales» (Hesíodo).

Pandora quizá fuese un antiguo sobrenombre de Gaia, la madre de la tierra (la que lo da todo, la que todo lo regala), imagen que más tarde se trocaría en un mito extremadamente misógino (véase *Prometeo*).

Se considera a Pirra, hija de Pandora, la primera mortal engendrada (Higino). En la versión griega del *diluvio* universal, Pandora y su esposo Deukalión fueron los únicos supervivientes de la gran catástrofe.

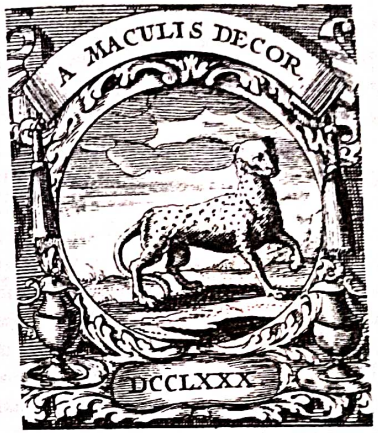
Pantera. Animal carnicero que se extendía por todo el cercano Oriente y norte de África (pardalis, panthera, leopardalis), cuya fiereza y astucia, así como la superior combatividad de la hembra, se ponderan frecuentemente en los textos de la Antigüedad. Su descripción incluye aspectos fantásticos, atribuyéndose a la pantera una insaciable sed de *vino*, así como el hecho de que utiliza los excrementos humanos para contrarrestar el veneno del aconitum (acónito o uva lupina). Muchos héroes se cubrían con piel de pantera, como *Orfeo*, Jasón y Antenor. Este animal también suele incluirse en el cortejo de Dionisos, dios de la embriaguez; en el de Afrodita, diosa del amor, en el de la maga *Circe*, y en el de la Kibele del Asia Menor. A partir del año 186 a.C. se llevaron a Roma panteras africanas como animales de lucha. En el texto paleocristiano «Physiologus» se

Pantera: Como exótica montura de Dionisos (Baco). Mosaico macedónico, Pela, hacia el 300 a.C.

dice curiosamente que, «la pantera es el mejor amigo de los demás animales y únicamente enemigo de la *serpiente*... Su aliento expele un fuerte aroma, por el que los demás animales se sienten atraídos, y se le acercan». De manera semejante se dice que Jesucristo, después de descansar en el sepulcro y dando una fuerte voz, proclamó la salvación del mundo, «voz que se convirtió en un aroma sublime para todos nosotros, tanto los que nos encontrábamos cerca como los que estaban lejos». Su vestido «es de varios colores como el de la pantera» y le adornan la virginidad, la pureza, la misericordia, la fe, la *virtud*, la concordia, la paz, la magnanimidad; su enemigo es la serpiente caída.

La fábula de que la pantera, tras volver saciada a su cubil, duerme tres días consecutivos, pasados los cuales se escucha su potente voz, convirtió a este animal en una alegoría de Cristo.

Finalmente, en las diversas versiones del «Bestiarium», tratado medieval de los animales, se dice: «Hasta el *dragón* se aterroriza al oír el rugido de la pantera, y



Pantera: «Sus manchas la realzan», J. Boschius, 1702

Pantera en estilización heráldica. Animal heráldico de la Estiria

se esconde en las profundidades de la tierra donde permanece inmóvil porque no soporta su olor. Así es también Cristo, la pantera verdadera,* venido de los cielos para sacarnos de los dominios del dragón demoníaco... Después de la muerte desciende a los infiernos, donde encadena al gran dragón...» (Unterkircher).

Por lo demás, este libro de los animales se limita a repetir la simbología del Physiologus, que es un texto mucho más antiguo.

En la antigua China los criterios sobre la pantera son ambivalentes. Ante todo se le considera un animal peligroso, salvaje y cruel. Su rabo se exhibía como estandarte en los carros de guerra. El calificativo de «pantera» también se aplicaba a la joven que era bella pero agresiva.

La pantera y la urraca, representadas conjuntamente, simbolizaban, debido a un juego de aliteración, el anuncio de la paz (pao; pantera, pero también proclamar, anunciar; hsi, urraca, pero también paz).

* Debe tenerse en cuenta que en alemán pantera es masculino. N. del traductor.

La pantera negra se consideraba especialmente peligrosa. En las *heráldicas* de Europa, continente donde la pantera (también pardel, parder) no ha existido nunca como animal salvaje, aparecía en curiosa hibridación con los rasgos del león, el dragón y el toro (con cuernos), y su dulce aliento, descrito en el «Physiologus», se representaba mediante llamaradas de *fuego*. A partir del siglo XIV tiene garras de *águila* en las patas delanteras, y en el siglo XVI se representa arrojando fuego por todos los orificios de su cuerpo, manifestación en la que es el animal heráldico de la Estiria. En las zonas próximas al lago de Constanza lleva en las patas traseras pezuñas hendidas; en Italia tiene cabeza de *ardilla* y se la denomina —en clara referencia al «Physiologus»— la dulce, la «dolce».

En el Nuevo Mundo su lugar lo ocupa un animal muy parecido al jaguar, que en el antiguo México simbolizaba una de las órdenes guerreras (ocelote) y también al 14.° de los veinte días del calendario. Los mayas la denominaban balam (apelativo dado también a sus sacerdotes-augures). Aparece frecuentemente en las vasijas de

barro cocido rodeada de pámpanos de nenúfar, o traspasada por un dardo de la diosa *Venus*.

En la mitología de las tribus sudamericanas aparece a menudo como espíritu protector de los hechiceros. Los *gemelos* de jaguar ocupan un lugar destacado en los relatos ancestrales de esta región.

Paño cuaresmal. El paño cuaresmal (lat. Velum quadragesimale) es una cortina que en tiempo de cuaresma se colgaba en el ábside de la iglesia para ocultar el altar. Hacia el año 1000 d.C. se trataba al principio de un paño blanco de lino, pero estos «paños de hambre», como también se les llamaba, fueron pronto adornados con *colores* (*negro*, *violeta*, *marrón*), y más tarde también con escenas bíblicas. Famosos ejemplos son el velo cuaresmal de la catedral de Gurk (1458) y el de Millstatt (1593), ambos en Carintia.

Papagayo. (En griego, psittakos.) Importado de la India, a este *pájaro* se le conocía ya en la Antigüedad clásica y se le apreciaba por su facilidad para imitar el lenguaje. Kallimachos (300-240 a.C.) lo consideraba símbolo de la persona parlotera y trivial. Una fábula de Esopo lo representaba como rival de la comadreja. Según el «Physiologus» paleocristiano, habla como las personas, y a él se refiere san Basilio cuando dice: «Imita, hombre, la voz de los apóstoles que alababan al Señor, y alábale tú también. Imita el proceder de los justos y serás digno de acercarte a su trono resplandeciente».

El pico del papagayo se usaba como amuleto contra la fiebre y los demonios. El «Bestiarium» medieval lo consideraba obstinado: «Tiene una cabeza tan dura que hay que azotarle con una varilla (férula) para que muestre disposición a aprender».

Conrad von Würzburg creía que la lluvia no mojaba su plumaje, por lo que lo consideraba un símbolo de María, que estuvo libre del pecado original.

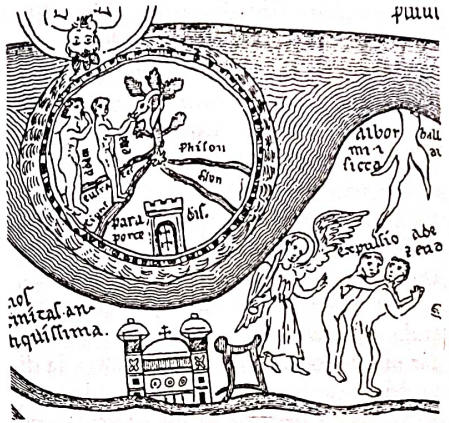
El papagayo solía incluirse en las representaciones pictóricas del paraíso porque se suponía que había aprendido a pronunciar el nombre de Eva, cuya inversión, Ave, fue el saludo del *arcángel* san Gabriel en la anunciación a María, contraimagen purificada de la primera madre Eva. En China, el papagayo meridional (ying-wu) simbolizaba a las prostitutas parlanchinas y complacientes, aunque también era un atributo de la benévola diosa Kuan-yin (en japonés Kwannon), y se le representaba con una *perla* en el pico.

Paraíso. Imagen —que se pierde en el pasado— de un *jardín* apacible reservado a los hombres libres de pecado. La expresión tiene su origen en un recinto vedado que en la antigua Persia era parque o coto de caza destinado al recreo de los *reyes*.

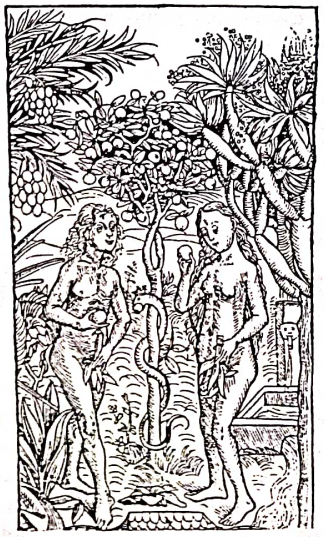
El paraíso bíblico incluía dos *árboles* prohibidos que los primeros padres no debían profanar.

En la protohistoria mitológica, el paraíso era el centro del cosmos. Se caracterizaba por el hecho de que de él fluían cuatro grandes *ríos*, pero, sobre todo, por la presencia del mismo creador. El «paraíso perdido» era el destino de los elegidos del Señor antes de reunirse con él en los *cielos*.

La idea islámica del paraíso difiere de la anterior únicamente en que incluía el disfrute de placeres sexuales para quienes lo alcanzasen, el goce de «bellas mujeres de grandes ojos que ningún hombre o "dshin" habría tocado jamás» (Beltz, 1980). En este jardín, a la sombra de *palmeras* y *granados*, rodeados de plantas aromáticas y en umbrosas alame-



Paraíso en el Mapamundi Hereford de Richard de Haldingham, siglo XIII



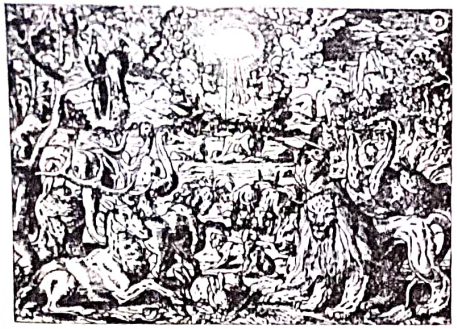
Paraíso: Adán y Eva junto al árbol de la ciencia. Crónica Mundi de H. Schedels. Nüremberg, 1493

das, se solazarán los justos después del Juicio final. De él manan cuatro *ríos*; el primero lleva el *agua* cristalina *de la vida*; el segundo, un *vino* que no embriaga; el tercero, *leche* siempre fresca; y el último, *miel* límpida, olorosa y vigorizante. «No es un desvaído mundo irreal, sino una realidad rebosante de placeres... un trasunto de la vida apacible y ociosa, típica de los deleitosos oasis del mundo patriarcal de Oriente. En este sentido, los jardines de los califas árabes eran una visión anticipada del paraíso» (Betz, 1980). Se creía que existían cuatro jardines del Edén, coincidentes con los cuatro ríos citados.

El concepto elíseo de la *Isla de los Bienaventurados*, allí donde se pone el *Sol*, se vio sustituido en la Antigüedad occidental por un tétrico mundo subterráneo (hades, orcus).

El concepto del «más allá» de los celtas del noroeste de Europa combinaba la idea de una «isla de la felicidad» en los mares de *poniente*, con la de un paraje de felicidad bajo las olas, inaccesible para los vivos y comparable, por la profusión de goces sensuales, al paraíso islámico. Los antiguos relatos de navegantes mencionan hasta tres veces cincuenta islas en las que esperan miles de mujeres hermosas, suena una música dulcísima y se desconocen la falsedad, las tribulaciones, la enfermedad y la muerte. En esta mítica isla feliz se distinguen Mag Mell, la florida llanura de la alegría; Mag Mon, la llanura lúdica o de los juegos; Civin, la tierra apacible; e Imchivin, otra tierra más apacible aún. A la isla de Emain se la conoce también como Tir Na'm Ba'n, o tierra de las mujeres, donde innumerables doncellas esperan abrasadas de amor.

Los mitos de este tipo estaban destinados a alejar de los hombres el terror a la muerte, auspiciándoles un paraíso —que nos recuerda a la *tierra de Jauja* de los cuentos— y familiarizándolos con el milagro de un más allá, deseado y cercano, en el que los espíritus de los justos —como ocurre en los campos de Jaru, representación egipcia del más allá— satisfarán todos sus deseos sin esfuerzos ni fastidios.



Paraíso de los animales, M. Merian, 1633

De forma parecida, en el antiguo México existía la idea de un paraíso del *dios de la lluvia*, Tlaloc, destinado en primer lugar a los ahogados. Repetidas veces ha vuelto a la idea de que, tras el *fin del mundo* y una vez celebrado el juicio universal, resurgirán en forma de jardín de las delicias los *tiempos dorados* de la Antigüedad para disfrute de los elegidos.

Desde una perspectiva histórico-cultural, resulta de interés el hecho de que este cuadro simbólico no se corresponda con la realidad de los cazadores y recolectores prehistóricos, sino con la época de los cultivadores (culturas del árbol frutal). La imagen, corriente en nuestro entorno, del «jardín del Edén» suele ubicarse en un amplio espacio de la Antigüedad oriental geográficamente indeterminable, por lo que en la Edad Media predominaba la idea de que el paraíso terrenal no estaría lejos del centro del orbe, es decir, de *Jerusalén*. (Véase *montaña, omphalos, roca*.) Se imagina el paraíso vigilado por *ángeles* armados con *espadas flamígeras*; se cree que escapa a la comprensión humana; que es un reino de la felicidad sólo vagamente equiparable al *topos* terrenal, parecido a la isla Dilmun de la antigua Sumeria mitológica e identificado superficialmente con la isla de Bahrein en el golfo Pérsico, pero siempre situado en un plano diferente. La «*Jerusalén* celeste» del Apocalipsis de san Juan se corresponde con la ciudad terrenal del mismo nombre sólo en este sentido de arquetipo plausible.

En la época gótica, las grandes catedrales se concebían como trasuntos del paraíso, razón por la que en sus pórticos solía representarse en bajorrelieves la escena del Juicio final.

Las alegorías esotéricas se alejan de toda equivalencia terrenal, al representar el estado ideal como próximo a la divinidad, de una manera más espiritualizada, hasta llegar a la idea budista del «nirvana» o abandono de la propia personalidad a la suprapersonalidad del ser absoluto (que en Occidente a menudo se designa —en equivocada simplificación— como «la nada») (véase *cielo*).

En una leyenda relacionada con la maestra sufí Rabi'a (fallecida el 810 d.C.) se pone de manifiesto la negativa a contemplar el paraíso de los santos y los justos como única y última meta de una existencia absoluta. Al parecer, sus compañeros le preguntaron por qué llevaba en sus manos dos calaveras, una llena de *agua* y otra llena de *fuego*. Su respuesta fue: «Me apresuro a prender fuego en el paraíso y a inundar con agua el infierno, para que desaparezca el velo que tienen ante sus ojos quienes peregrinan hacia Dios, y conozcan su destino; para que los servidores del Señor puedan contemplarle a él, sin razón de esperanza ni ocasión de temor». El sufí Abud Yazid Bistami, que vivió algo más tarde, diría a este respecto: «El paraíso es el último de los velos, pues los elegidos para el paraíso, en él permanecerán, y los que allí queden no habitarán en Dios. Él es el que es: el velado».

Parcas. En latín parcae (parturientas); en griego moirai (deparadoras) y también fatae (diosas del destino). Equivalen a las *Nonnen* germánicas.

Se las suele considerar hijas de la *noche* (en griego Nyx), o bien, como a sus hermanas las *Horas*, hijas de Zeus y Temis, en cuyo caso el simbolismo abstrayente desplaza la dimensión religiosa a un segundo plano. Las artes plásticas las representan como hilanderas (véase *huso*) del hilo de la vida. La primera, Cloto, hilaba el hilo vital; la segunda, Láquesis, lo devanaba; y la tercera, Átropos, lo cortaba, y determinaba así el final de la vida humana. A veces se las representa con un huso, un pergamino enrollado y una *balanza*.

Las parcas romanas fueron originariamente diosas de la natalidad con los nombres de Decuma y Nona (por el *noveno* mes después de la concepción), pero la influencia griega acabó introduciendo en el mundo romano la terna (*triforma*) con sus correspondientes funciones en la determinación del destino.

Pardo no es ningún color básico y no representa ningún papel en el simbolismo de los colores. No obstante, es el color de la *tierra* cenagosa, que sólo en la antigua China el *amarillo* («loess») lo sustituye como símbolo del centro. Para el psicólogo, el sencillo color pardo tiene un efecto «cálido, tranquilo, maternal, próximo a los hechos sencillos» (Aeppli), pero P. Portal (1847) lo consideraba, como mezcla de rojo y negro, un «símbolo del amor subterráneo», una «vestidura infernal», y «*fuego* oscuro» con significado maligno, viendo como pardo el *rojo* del adversario Sutekh (Seth, Tifón) del antiguo Egipto; en realidad, se trata del ocre rojizo, color detestado entre los egipcios. En el ámbito cristiano, el pardo es el «color del suelo, del otoño, de la tristeza... Símbolo de la humildad (humilitas, de humus, tierra) y de la pobreza («de ahí el hábito pardo de algunas órdenes mendicantes», Heinz-Mohr). Sin embargo, también se le ha relacionado, en sentido negativo, con el humo del fuego (*Sodoma y Gomorra*) y con el *diablo*. En el simbolismo político es el color del nacionalsocialismo del Reich alemán (camisas pardas de la SA) y de asociaciones de parecida índole.

Pastor, imagen simbólica del guardián de *cabras* y *corderos*, preocupado por su rebaño, al cual defiende de sus enemigos. El rebaño representa los partidarios de un jefe espiritual a cuya autoridad se someten. La imagen corresponde a la forma de economía de los pueblos nómadas ganaderos, que era el género de vida propio del pueblo judío en épocas antiguas. El joven *David* defendió su rebaño contra los *leones* y los *osos*; el Dios de Israel fue concebido como el pastor de su pueblo (Salmo 23, 1) y los reyes eran sus representantes en la tierra. Posteriormente, Jesús se designó a sí mismo como el «buen pastor» (entre otros pasajes: Juan 10, 1), un motivo iconográfico ampliamente difundido en el arte cristiano, pero que también era conocido fuera del Cristianismo (por ejemplo, Hermes Crióforo; véase *Carnero*): el pastor que lleva sobre sus hom-

Pastor: figura de un adorador con un corderito. Mari, Mesopotamia, hacia 1750 a.C.

Pastor: el «buen pastor», relieve paleocristiano de las catacumbas. Sousse, Norte de África

Pastor: grabado en cobre de Ludwig Richter (de 1883 a 1884)

bros un animal joven que le ha sido confiado es un símbolo de la solicitud por los desvalidos. Como «pastores de pueblos» se entendió a *Moisés* (que guió a su pueblo a través del desierto hacia la «tierra prometida») y posteriormente al papa. Según el relato evangélico, a pastores fue dirigido el anuncio del nacimiento de Cristo en Belén. Atributos del pastor son, en los usuales modos de representación, el cayado, que anticipa el báculo del obispo (objeto a menudo ricamente adornado con figuras talladas en marfil) y, a menudo, también una vara recta con un extremo en forma de pala con el que el pastor puede recoger piedras y arrojarlas lejos. También las insignias del *rey* de *Egipto*, látigo y cayado-*cetro*, pueden entenderse como continuaciones del mosqueador y del cayado de pastor. Los escritos de los obispos dirigidos a sus fieles se denominan cartas pastorales. Como pastora la joven santa Juana de Arco (*Doncella de Orleans*) aparece representada ante su vocación sobrevenida después de oír voces de los *ángeles*. El «romanticismo pastoril» del Barroco es una versión sentimental y linda de la vida de los pastores sentida como idílica por unos habitantes de ciudad que no tenían ni idea de la dureza de semejante vida.

Pastor: Jesús, el buen pastor. Calendario austríaco del campesino, 1911

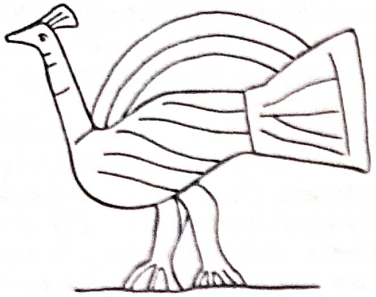
Pato, ave acuática y animal doméstico con menos significado simbólico que el *ganso*. Los patos en forma salvaje eran primeramente animales de caza, y fueron domesticados en Egipto ya hacia el año 1500 a.C. y representados a menudo en las artes plásticas. Algunas relaciones de escenas figurativas, incluso en el arte oriental, permiten intuir alusiones eróticas de índole desconocida, como

Pato: grabado de un emblema, W. H. Barón de Hohberg, 1647.

se las supone también en el arte helenístico (Eros —véase *amor*— con pato, muchachas con pato). En la Galia, el pato era el animal sagrado de la tribu de los secuanos y de su diosa Secuana (del río Sena). En la China, el nombre del pato (ya) en algunas regiones estaba proscrito, porque en parte significaba «pene», en parte «homosexual». Al parecer, una «secta de *huevos* de pata» imponía a sus miembros un régimen de vida estrictamente vegetariano y el consumo de huevos de pata, pero fue prohibida a causa de supuestos excesos en el culto. El versificador barroco de emblemas Hohberg (1675) interpretó así la zambullida de los patos: «Los patos suelen zambullirse en el agua, pero luego vuelven siempre a subir. Así pues, cada vez que una corriente de agua quiere tragarse a los piadosos, la bondad de Dios los saca de su desgracia». Un significado simbólico positivo tiene en el Asia oriental el lindo pato mandarín Yüan-yang, que siempre vive en parejas y simboliza un buen matrimonio. Tales figurillas de patos de porcelana suelen regalarse por parejas, y motivos de patos mandarines adornan cortinas y mantas de lechos conyugales.

Pavo real. Esta ave ornamental —cuyo nombre en alemán (Pfau) es onomatopeya de su grito— procede de la India, donde, debido al abanico multicolor de su cola de *plumas*, simbolizaba el *sol*. Se extendió por Babilonia, Persia y el cercano Oriente, hasta Samos, donde llegó a ser ave sagrada en el santuario de Hera. Ya en el siglo v a.C., se exhibían en Atenas como rarezas exóticas y previo pago de un estipendio. En el siglo II a.C. son en Roma los animales sagrados de Juno. En la India algunos dioses se representaban cabalgando a lomos de pavo real. En Occidente era tenido por exterminador de serpientes, atribuyéndose los llamativos *colores* de su cola a su supuesta facultad de transformar el veneno de las *serpientes* en sustancias coloreadas.

En Oriente la secta kurda de los jezidi (invocadores de *Satanás*) veneraban al pavo real como Melek Tau (rey pavo), o mensajero divino. En el islam se le consideraba símbolo del cosmos, o de los grandes astros como el *Sol* o la *Luna*. En los primeros tiempos del cristianismo tuvo significados positivos. Se creía que su carne era incorruptible (símbolo de Cristo en el sepulcro); la caída de su plumaje y su reaparición en primavera eran ejemplo de renovación y resurrección. Era creencia popular en la Antigüedad que la *sangre* del pavo real expulsaba a los *demonios*. Frecuentemente aparecen incluidos en las representaciones de la gruta de Belén donde nació Cristo. Dos pavos reales bebiendo de un cáliz simbolizan la resurrección de las almas. Los querubines (*ángeles*) suelen representarse con cuatro *alas* de pluma de pavo real. Sus «*ojos*» eran expresión de la sabiduría divina. Incluso en la Edad Moderna se considera la carne de pavo



Pavo real muy estilizado en el relieve de una columna. Rusucurru (Mauritania). Época cristiana primitiva

real alimento revitalizador de enfermos.

También aparecen aspectos negativos en el texto paleocristiano «Physiologus», en el que se dice que «el pavo real se contempla satisfecho, agita su plumaje, lo despliega y mira a su alrededor orgulloso y altanero, pero cuando ve sus patas, chilla lleno de cólera porque desentonan con su aspecto general». En evidente traslación simbólica, cuando el cristiano ve sus perfecciones lanza gritos de júbilo, «pero cuando reparáis en vuestros pies, en vuestros defectos, imploráis al Señor y aborrecéis la imperfección, como el pavo real odia sus patas, y así aparecéis purificados ante el divino Esposo».

Hay que añadir su valoración alegórica actual que, inspirándose en los bestiarios de la Edad Media, considera al pavo real símbolo de la arrogancia, del lujo y de la fatuidad. También abunda en dichos textos el consejo espiritual: «Cuando se le alaba, el pavo real alza su cola, al igual que muchos predicadores levantan su espíritu con fatua pomposidad ante las alabanzas del adulador; pero al alzar y desplegar su cola descubren el trasero y provocan risa cuando así se pavonean. Por tanto, estos pavos reales deberán bajar su cola, pues todo

Pavo real, símbolo de la fatuidad. J. Boschius, 1702

lo que hace un maestro deberá caracterizarlo la humildad» (Unterkircher).

En los grupos barrocos del vía crucis, Jesús, despojado de sus vestidos, expía por los hombres los pecados de la vanidad, representada por un pavo real. Para los Minnesänger* esta ave era la encarnación de la soberbia, del orgullo desmedido («Iba de acá para allá contoneándose orgulloso, como si fuese un pavo real», Hugo von Trimberg).

China recogió el sentido positivo que se le atribuía en la India (donde la reina Sarasvati cabalgaba en un pavo real e Indra se sienta en el *trono del pavo real*). Este animal (k'ung-ch'iao) personifica la belleza y la dignidad, aleja los poderes malignos y baila ante la mirada de la mujer hermosa. Las plumas de los pavos reales indicaban el rango de los emperadores manchúes y solían adornar los jarrones chinos, siendo también frecuentes en los *jardines*.

Para la iconografía *alquimista* la cola del pavo real («cauda pavonis») es en mu-

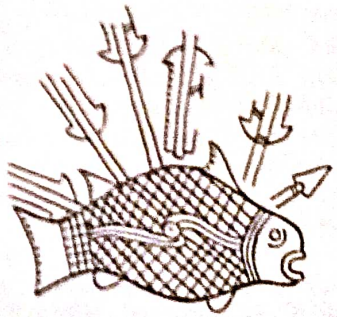
* Nombre que se daba en la Alemania medieval a los juglares o trovadores rurales. N. del traductor.

chos textos e ilustraciones símbolo del proceso malogrado que sólo genera escoria («caput mortuum», cabeza de muerto).

En la heráldica, el pavo real aparece sólo en contados casos (entre otros, como figura heráldica del condado de Wied, como presea del yelmo de los condes de Ortenburg; su cola, como presea del yelmo de los archiduques de Austria; su penacho, como ornamento del escudo de los príncipes de Schwarzenberg, de los Henneberg, en los cuales, como es fácil de imaginar, no pretende simbolizar la soberbia, sino otros aspectos positivos (resurgimiento, brillantez).

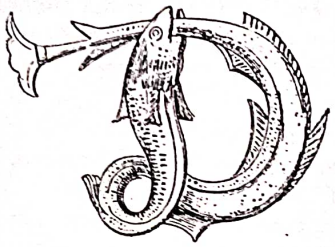
Peces, pueblan la masa del *agua*, que desde el punto de vista de la psicología profunda se concibe como símbolo del inconsciente, y por ello son personificaciones de contenido «vivo» de las capas profundas de la personalidad que tiene que ver con la fertilidad y las energías dadoras de vida de los «mundos femeninos» internos. En muchas religiones antiguas, los peces se relacionan con las diosas del amor y de la fertilidad. Pero al mismo tiempo el pez es también «de sangre fría», simbólicamente «no dominado por las ardientes pasiones», y por ello se convierte asimismo en objeto de comidas y sacrificios sagrados. En la época moderna, el símbolo del pez, en griego «ichthys», se concibe como acróstico de los conceptos teológicos Iesous Christos Theou Hyios Soter, cuya traducción es «Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador», y ciertamente como signo secreto de identificación de los cristianos en medio de los paganos de sentimientos hostiles hacia ellos. Es un hecho que el símbolo del pez aparece a menudo en el ámbito paleocristiano hasta finales del siglo IV, pero la anterior explicación no es la única. Puede haber contribuido primordialmente a ello el *baño* en el baptisterio (piscina, literalmente, estanque de peces) y la parábola de los apóstoles como pescadores de hombres (véase *anillo*); además, en las culturas mediterráneas, el pez era un símbolo de buena suerte, como lo es todavía hoy en las costumbres de fin de año. Otra interpretación se deriva de las condiciones astrológicas de la «era de piscis». La «coniunctio aurea», la conjunción de los planetas *Júpiter* y *Saturno* tuvo lugar en el año 7 a.C. (el año presuntamente auténtico del nacimiento de Cristo) tres veces en el signo piscis del zodíaco; el punto vernal se hallaba también en ese signo. Se interpretó que Jesús era la primera personificación de la edad cósmica de los peces. Se designaba a los recién convertidos como «pisciculi» (pececillos), en conexión con el Ichthys (así, en Tertuliano, 150-230 d.C.), y el pez mismo se convirtió, junto con el *pan*, en símbolo de la eucaristía. La especulación cristiana hacía referencia al hecho de que en el remotísimo diluvio la maldición de Dios no afectó a los peces, y los cristianos se hacían semejantes a ellos por medio del bautismo. En el arte medieval, un pescador legendario llamado Trinakria, con tres cuerpos y una cabeza común, fue interpretado como símbolo de la *trinidad*. No son raros los peces

Peces: pez herido por flechas, grabado de conchas de la cultura de Spiro Mound, Oklahoma, EE.UU.



como atributos de santos, por ejemplo, de san Brandano y Maclovio, navegantes, y también de Pedro, Andrés, Isabel de Turingia y san Antonio de Padua, de quien se dice que predicaba a los peces. En la tipología bíblica, que ve contenidos del Nuevo Testamento insinuados en el Antiguo, el gran pez que engulle al profeta Jonás y lo vomita luego, representa un símbolo de Cristo sepultado pero después resucitado.

En el antiguo Egipto, el pueblo comía peces, pero éstos estaban prohibidos para personas consagradas (reyes, sacerdotes). Como moradores silenciosos de las profundidades, los peces muchas veces resultaban siniestros y se les relacionaba con mitos negativos (por ejemplo, como devoradores del falo del dios Osiris, muerto por Seth). Sin embargo, algunas especies de peces se tenían también por divinas y sagradas, por ejemplo, la anguila —consagrada al dios de Heliópolis—, la perca —a la diosa Neith. Aquí se manifiesta la actitud ambigua del ser humano frente a niveles de profundidad y sus contenidos que, como en el caso de la *serpiente*, pueden valorarse tanto positivamente como también negativamente. Legendarios peces monstruosos en antiguos bestiarios ilustran claramente tanto la fascinación como también el temor que inspiraban los habitantes de las profundidades. En antiguos mitos indios se refiere que el dios Vishnú en la gran inundación, en figura de pez, salvó a Manú, padre de la raza humana. En la antigua China, el pez (yü) era símbolo de buena suerte y abundancia; pez y agua juntos se consideraban como metáforas para las alegrías sexuales. En el Japón, el pescado (sakama) figura entre los alimentos básicos del pueblo, y se come crudo (sashimi), hervido o frito en aceite. Adicionalmente, algunos peces se consideran también como



Peces: pez en forma de «Uroboros», inicial D en el Missale Gelonense de la Bibliothèque nationale, París, final del siglo VIII

símbolos tradicionales, por ejemplo, la carpa, que puede superar contracorrientes y cascadas y es un prototipo de valor, fortaleza y resistencia. En la «Fiesta de los muchachos», el 5 de mayo, delante de la casa se sujetan en pértigas estandartes de carpa (koinobori) y además se le da a cada muchacho que vive allí un sedoso pez de esa especie. En la iconografía alquímica, dos peces en un río representan las esencias primarias *azufre y mercurio* en forma disuelta. Para el psicoanálisis, el pez es como símbolo onírico una imagen disimulada del pene, que también en el lenguaje familiar de los turcos se designa como «pez de un solo ojo». En el simbolismo astrológico, el signo zodiacal de Piscis (véase *estrellas*) es el último del Zodíaco, al cual se atribuye la soberanía sobre la actual «edad cósmica» que, en opinión de algunos astrólogos, está tocando a su fin. Como cualidades de los «nacidos piscis», se mencionan, por ejemplo, una tendencia a la fraternidad y a la paz, perfección, atención y búsqueda paciente hasta lograr el éxito y también una «gozosa fecundidad».

El psicólogo profundo E. Aeppli hace referencia al hecho de que se admira y envidia al pez, como mudo animal de sangre fría, por su capacidad de moverse ágilmente en el elemento del agua. Su

carne no se considera como verdadera carne animal y es lícito comerla incluso en tiempo de abstinencia. El milagro de la multiplicación de los *panes* (Lucas 9, 16) incluye también peces como alimento. «Encontrarse con la naturaleza de pez en sí significa, en conjunto, encontrarse con las formas primarias de sangre fría de la existencia humana, con un estrato psíquico muy profundo... Por ello, todo aquel que ha de pasar por una transformación profunda, es engullido por algún tiempo, como una vez el legendario profeta Jonás, por su inconsciente, por el gran pez con fauces de ballena. Como uno que ha sido transformado, es arrojado a la clara costa de una nueva conciencia.» Notable es el hecho de que los peces, debido a la ignorancia que se tenía de su género de vida en la Antigüedad —por influjo de Aristóteles, por ejemplo—, eran considerados unisexuales, lo cual seguramente influyó en el papel que estos seres acuáticos «de sangre fría» tienen en el simbolismo. En la pintura al fresco de las catacumbas romanas, el pez es el símbolo de la eucaristía, y en las representaciones de la «última Cena» aparece representado hasta comienzos de la Edad Media junto con el *pan* y el cáliz con *vino* encima de la mesa. El anillo del pescador (Annulus piscatoris) del Papa se remonta al pasaje evangélico que habla de la «abundante pesca» (Lucas 5, 4 s) del apóstol Pedro.

Pecho, el pecho femenino viene representado en la iconografía eclesiástica sin ningún segundo sentido erótico, por ejemplo, en cuadros de «Maria lactans», de la *madre* de Dios amamantando al niño Jesús. También san Bernardo de Claraval (1090-1153) fue fortalecido en una visión mediante *leche* espiritual del seno de María, un don que también pudo ser dispensado a la masa de los fieles o

Pecho: vaso para libaciones, una diosa madre con pechos perforados como orificios de salida del líquido. Mochlos en Creta, hacia 2000 a.C.

refrescar a las pobres almas del *purgatorio*. En algunas raras ocasiones se representó la escena de María descubriendo ante su hijo los pechos que le amamantaron, con el fin de lograr su clemencia en el juicio, mientras él mismo ofrece a Dios *padre* las llagas de su Pasión: así, en cuadros del Juicio final del siglo XV al XVII. Pechos cortados puestos sobre un plato son el atributo de mártires cruelmente torturadas, como por ejemplo, santa Águeda, que en 251 murió por su fe en Sicilia. En la Antigüedad, el pecho materno tuvo importancia en la conocida representación de la *Diana* de Éfeso, la «Artemis polymastos» (la de los muchos pechos), que alimentaba a la humanidad como madre común; Macrobio habla de ella como «Natura» de los muchos pechos. La hipótesis, formulada en los últimos años, de que en cuanto a los pechos arracimados de la Artemis efesia se trata de los testículos de *toros* sacrificados, tiene escasa verosimilitud en vista de la antigua concepción de madre primigenia nutricia. El antiguo simbolismo chino prestó poca atención al pecho femenino, pero se designa como símbolo aportador de suerte un pecho mas-

Pecho: Uni (Juno) adopta a Hercle (Heracles) ofreciéndole el pecho materno. Grabado etrusco de un espejo, siglo IV a.C.

culino grandemente desarrollado. Incluso se dice que se distinguió por *cuatro* pechos Wen-wang, el fundador de la dinastía Chou. (Véase *cáritas*.)

Pegaso. Célebre animal fantástico (en griego pegasos). Sólo a partir de la Edad Moderna se le ha considerado un símbolo de la inspiración poética, identificándolo con el corcel maravilloso de la antigua leyenda, el cual, dando una coz en el suelo, hizo brotar la *fuente* de Hipocreme en Helicón, la montaña de las *musas*.

Los *caballos* alados de carácter mágico están presentes en muchas historias del mundo antiguo. Pegaso surgió de la sangre de la Medusa Gorgona cuando Perseo le cortó la cabeza. El héroe Belerofonte, que había conseguido domar a esta rebelde criatura, le puso unas bridas que le había regalado la diosa Atenea y, cabalgando sobre él, venció a la temible *Quimera*. Los mitólogos suelen identificar a este *ser alado* con el caballo de *mar* del cortejo de Poseidón, así como con los caballos-*relámpago* del cielo.

Simbólicamente aúna la fuerza y la vitalidad del corcel con la capacidad de sustraerse a la gravidez de la tierra, de ahí que se le asocie conceptualmente con el indomable espíritu del poeta, capaz de superar las ataduras terrenales.

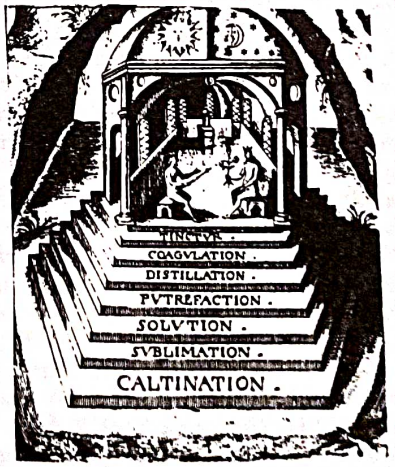
La figura de Pegaso ilustra los aspectos positivos del *caballo*, animal que, contemplado desde otros ángulos, adquiere características inquietantes (véase *Centauro*).

Pegaso: «Desde el Parnaso a las estrellas». J. Boschius 1702

Pegaso: «Abriendo la fuente con sus cascos». J. Boschius, 1702

Peldaños, escalera, un símbolo de la subida a un nivel más alto, más cercano al *cielo*. Los *templos* en las culturas antiguas suelen establecerse en forma de torres escalonadas (zigurat en Mesopotamia; stupa en el ámbito indo-budista, por ejemplo, el famoso templo en terrazas de Borobudur en Java; teocalli en el antiguo México; pirámides escalonadas en la costa peruana). También los antiguos templos griegos se establecieron sobre fundamentos escalonados. El subir cada vez más alto corresponde evidentemente a una disposición «arquetípica» de la psique que aspira a una aproximación a la esfera del orden cósmico relacionada con el cielo y que también sirve de base a la idea de las *montañas* sagradas. El que se eleva por encima de la esfera de lo cotidiano y sube a un nivel superior está más cerca de la divinidad. Sin embargo, los templos escalonados no sólo se construyeron en regiones llanas como Mesopotamia, a modo de «sustitutivos de montañas», sino también en regiones montañosas, como en las tierras altas mexicanas (Teotihuacán). En el simbolismo de la *francmasonería*, los peldaños en tapices de enseñanza se equiparan a grados de la iniciación, como por ejemplo, tres grados con las virtudes de templanza, justicia y del benevolente amor al prójimo. *Siete* peldaños en el sistema de alto grado, también expresado en la imagen de la *escalera*, simbolizan las siete artes liberales y ciencias del esquema docente medieval, las siete edades del hombre, y también las requeridas «siete virtudes cardinales» que habían de llevar al autoconocimiento, al autogobierno y al autoennoblecimiento. El pensamiento básico es siempre el reconocimiento de que un contenido vivido simbólicamente no puede transmitirse de una sola vez, sino gradualmente, para no exigir demasiado del candidato y poco a poco irle ofreciendo lo que constituirá su dignidad.

Peldaños para subir hacia la piedra filosofal. Alegoría alquímica, St. Michelspacher, 1616

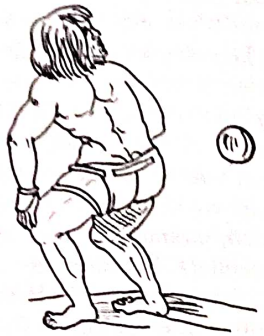


Pelícano. Importante figura simbólica. El hecho de que los ejemplares adultos que empollan hundan el pico en el pecho y alimenten a sus polluelos con los peces que transportan en la bolsa laríngea condujo a la errónea apreciación de que los padres se desgarran el pecho para alimentar con *sangre* a sus hijos. De este modo el pelícano se convirtió en símbolo de la inmolación de Cristo y del amor sacrificado de los padres.

Según el «Physiologus» de la Antigüedad clásica tardía, este pájaro mata a sus hijos rebeldes (o los matan las *serpientes*), si bien, pasados tres días, puede volverlos a la vida con la sangre de su *corazón*, aunque perdiéndola él mismo.

También está presente este símbolo en el mundo alegórico de la alquimia; por un lado, como un tipo especial de retorta cuyo «pico» parece doblarse hacia el abombado vientre; por otra, como imagen de la *piedra filosofal* que, al ser sumergida en *plomo* líquido, se funde y desaparece para

Pelícano representado en el libro xilográfico «Defensorium inviolatae virginitatis b. Mariae» de J. Eysenhut, Ratisbona, 1471



Pelota: dibujo de la época colonial (Ch. Weiditz) de un jugador mexicano de pelota con las nalgas al aire

propiciar la conversión del plomo en *oro*. El pelícano es, además, símbolo del esfuerzo altruista por la purificación. En tal sentido, ilustra también el grado de rosacruz en las logias de la *francmasonería* escocesa. A los caballeros de la *rosacruz* se les denominaba en las antiguas logias «caballeros del pelícano».

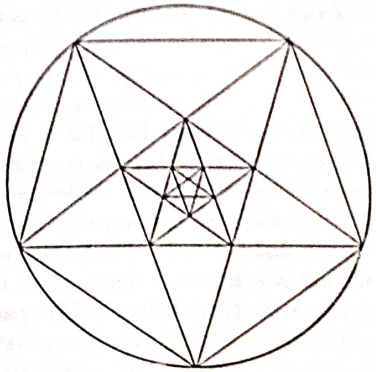
El «Bestiarium» medieval cita un olvidado canto litúrgico con el texto «Pie pelicane, Jesu Domine» (Piadoso pelícano, señor Jesús), y menciona como característica de este pájaro acuático la de no tomar más alimento que el estrictamente imprescindible para mantenerse con vida, «de modo semejante al ermitaño, que únicamente se sustenta de pan y no vive para comer sino que come para vivir» (Unterkircher).

Pelota. Los *juegos* con una pelota, hecha de caucho (antiguo México), cuero, lana o tela, tienen un significado religioso y simbólico en muchas culturas antiguas y ciertamente en relación con la pelota o bola del *sol* que transita por el *cielo*. Un juego de pelota celebrado danzando en la corte del rey de los feacios se menciona en la Odisea (8, 374-380) de Homero, cuando dos adolescentes «saltando trataban de lanzar» una pelota de lana roja. En las costumbres eclesiásticas se consideró luego la pelota en los juegos conventuales como símbolo de Cristo, el «sol de Pascua resucitado». Esta «pelota de Pascua de Resurrección» se celebró en Auxerre (Francia) hasta 1538; entre cánticos y al son del órgano, unos clérigos bailaban alrededor del laberinto del suelo y se lanzaban unos a otros la pelota.

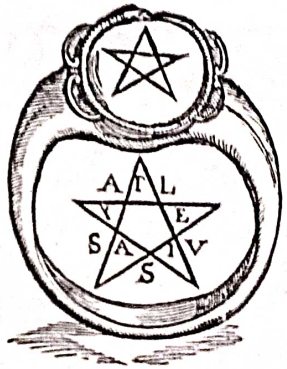
Pentagrama. *Estrella de cinco puntas* dibujada de un solo trazo. Se le dan también nombres como Mahrfuss (derivado de «pesadilla»), huella de íncubo, huella de bruja. En latín, pentangulum, pentaculum (expresiva también de otros exorcismos de la magia ritual), «signum pythagoricum» (signo *pitagórico*), «signum hygeae» (signo de Higuieria, diosa de la salud), según sean los diferentes significados simbólicos a los que se asocie.

Para Pitágoras y sus discípulos, el pentagrama era un símbolo sagrado de la armonía de cuerpo y espíritu y, en consecuencia, representación de la salud.

Para las sectas gnóstico-maniqueas, cuyo número sagrado era el cinco —ya que admitían cinco elementos: *luz*, aire, *viento*, *fuego* y *agua*— constituía un signo conceptual clave que recogerían sectas posteriores, como los bogumilos de los Balcanes, en cuyas lápidas funerarias aparece frecuentemente dibujado a veces —y de manera encubierta— como *mano* pentadactilar. En los amuletos «abraxas» de la Antigüedad clásica tardía aparece a menudo esta estrella de cinco puntas, así como también, posteriormente, en la literatura mágica de Occidente.



Pentagrama: construcción circular estilizadamente expresiva del pentagrama concéntrico



Pentagrama: Anillo-amuleto con las leyendas *Salus* e *Hygieia* (salud e higiene). V. Cartari, 1647

Posiblemente fuese la contraseña o identificación de una «tendencia secreta» de naturaleza gnóstica al margen de las doctrinas oficiales de la Iglesia, lo que también ocurriría con respecto al ideario de los *alquimistas*. Frecuentemente aparece el pentagrama como fórmula de juramento en ritos mágicos, y así ocurre concretamente en la escena del juramento del Fausto de Goethe.

El dibujo debe ser cerrado, sin abertura alguna. Tradicionalmente se considera representativo de la *magia blanca* cuando una de sus puntas señala hacia arriba, y de la *magia negra* cuando señala hacia abajo. El trazado de magia blanca comienza en la punta izquierda, sigue hacia la derecha, nuevamente hacia abajo, a la izquierda, etc., hasta que alcanza por la derecha el punto inicial. La variante de magia negra incluía una satánica cabeza de *chivo* con cuerpo humano.

La iconografía cristiana también utiliza la estrella de cinco puntas, concretamente como representación de las cinco heridas del *Crucificado*, y el círculo (por su forma cerrada) como símbolo de la unión en Cristo del principio y el fin. Con todo, es mucho más antigua en Occidente, y aparece ya en las cerámicas etruscas. En las tumbas egipcias esta estrella (sin dibujos interiores) representa el firmamento *estrellado*.

La naturaleza nos ofrece ejemplos de esta simetría radial en algunos equinodermos (la estrella de mar). Evidentemente, el signo del pentagrama puede contemplarse también como simple manifestación de destreza gráfica. En las pinturas rupestres de la región alpina, singularmente en las procedentes de la Baja Edad Media y de los inicios de la Edad Moderna, el pentagrama adquiere un significado seguramente apotropaico (preventivo de calamidades), como es el caso de su representación conjuntamente con símbolos cristianos y genitales, utilizándose entonces como amuleto. El pentagrama desempeña un papel muy importante como «estrella flamígera»

Pentagrama en la pila bautismal de la catedral de Sibenik, Dalmacia. Relieve medieval en mármol

en el mundo alegórico de la *francmasonería*, con rayos, o haces de llamas, en sus ángulos y una G grabada en el centro, representativa del Sol «que ilumina la tierra con sus rayos de luz, y del que la humanidad obtiene sus frutos porque da luz y vida a la tierra» (Lennhoff-Posner).

Ya en 1735 la masonería reconocía como símbolo a esta «blazing star», y se interpretaba la G como gnosis, geometría, dios (God, Gott), gloria u otros conceptos, según los casos. Los alquimistas, al igual que los gnósticos, consideraban el número cinco expresión de los cinco elementos, y también alusión a la *quintaesencia* espiritual (quinta essentia) de los cuatro elementos clásicos.

En los cabios y umbrales de las puertas antiguas el pentagrama afiligranado en madera era un signo que repelía a los demonios.

Raramente aparecen estrellas de más puntas; si acaso, la *estrella de ocho*, como símbolo de la doble «orientación cuádruple» (véase *cruz*), alegoría de la ley y el derecho.

Peonía. Ponderada en Europa —y ensalzada en canciones— como la rosa sin espinas (María). La antigua medicina popular atribuía a la peonía de jardín (Paeonia officinalis) múltiples efectos simpáticos. Con sus semillas, del tamaño de guisantes, se confeccionaban *collares* para

Peonía: «hortus eystettensis», B. Besler, 1613

los lactantes, y hacían las veces de amuletos contra los dolores de la dentición. Sus pétalos y raíces se creían eficaces contra el asma, la epilepsia (a quienes sufrían de esta última se les anudaban ramas de peonía al cuello) y la gota (rosa de la gota). Se recomendaba a los navegantes que llevasen peonías como defensa frente a los peligros de las tormentas.

En el oriente asiático eran especialmente apreciadas sus variantes Paeonia suffructicosa y P. lactiflora que tenían pétalos blancos y aroma de rosas. Solían decorar como motivos ornamentales los objetos preciosos. Simbolizaba la dignidad y el honor.

Pera, fruta que ya en el neolítico se obtuvo por cultivo a partir de formas silvestres. Se menciona ya en Homero y estaba consagrada a grandes diosas (Hera, Afrodita/*Venus*, Pomona). Según informa Pausanias, de madera de peral fueron talladas las estatuas de Hera en Tirinto y Micenas. En la antigua China, la pera (li) era un símbolo de longevidad, porque los perales pueden llegar a ser muy viejos. Comoquiera que la palabra que designa separación suena igual como «li», los amantes y amigos no debían partir peras y compartirlas. Las flores *blancas* del peral son, por un lado símbolo de duelo y caducidad, y por otro también de belleza. La forma de la pera que va ensanchándose hacia abajo recuerda una figura de mujer de ancha pelvis y probablemente por ello, en el simbolismo de la psicología profunda, se atribuye a estos frutos un significado sexual. Hacia 1290, en una rica y exuberante alegoría, Hugo von Trimberg presenta un peral cuyos frutos en parte van a caer entre *espinas*, pero también en el agua o en la verde hierba. En tal alegoría, el peral es nuestra *madre* Eva, las peras son los humanos que de ella descienden. El que no cae en la *verde* hierba del arrepentimiento perece en los pecados mortales.

Pera: detalle de una lámina del «Contrafeyten Kreuterbuch» de Brunfels, 1536

Peregrinación, la costumbre, con fundamento religioso, de visitar en solemne cortejo un lugar sagrado, dando por supuesta una actitud meditativa en los participantes. Éstos se aproximan cada vez más al objetivo, cuya consecución debe culminar en un elevado estado de ánimo de especial emoción. Una condición previa es la consagración o santidad de determinados lugares (monumentos, sepulcros de personas santas, santuarios de misterios, iglesias). En los tiempos de la antigua Grecia, por ejemplo, llegaban al santuario de Deméter en Eleusis los participantes del culto en una solemne peregrinación desde Atenas que tenía el carácter de un acercamiento al misterio. En el ámbito cristiano, las peregrinaciones a lugares famosos como Santiago de Compostela, Roma o *Jerusalén* (en la época moderna Lourdes; en Austria, Mariazell) tenían una importancia casi tan grande como la peregrinación de los musulmanes a La Meca. Posiblemente también las avenidas de bloques de *piedra* (*menhir*) de la Bretaña eternizan «sagrados viajes» de peregrinos de la edad de piedra. En el mundo católico, las peregrinaciones a *montañas* figuran entre los más animados actos religiosos de esta clase (Montserrat; Monte Gargano; Odilienberg, en Alsacia; Andechs, en Baviera; Sonntagsberg, en Baja Austria; «Vierbergewallfahrt» [Peregrinación a Cuatro Montañas], en Carintia; Maria Plain, cerca de Salzburgo, etc.). Sin embargo, peregrinaciones y viajes los realizan también objetos sagrados y símbolos cuando se trata de llevar la bendición especial (por ejemplo, fertilidad a los campos) a las tierras circundantes. La proximidad espacial del objeto dispensador de bendiciones (imágenes de dioses, representantes de la di-

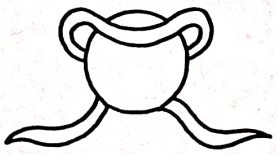
Peregrinación: el santo peregrino San Gerold. Leyenda de Santos de W. Auer, 1890

vinidad, del sacramento) debe garantizar una mediación efectiva del acto positivo, como por ejemplo las procesiones, mencionadas por Tácito (Germania), de la diosa Nerthus montada en un *carro* tirado por *vacas*. En procesiones eclesiásticas y por los campos se añade también el deseo de una confesión pública, no restringida al espacio de la Iglesia o de la religión, y una cierta necesidad de representación, que lleva a un especial despliegue de suntuosidad, en el ámbito católico, por ejemplo, en la procesión de la Resurrección en Pascua o en la del Corpus Christi: fiesta ésta, introducida en 1264 por el papa Urbano IV, de la solemne procesión que tiene como tema la presencia de Cristo en el Santísimo, en la Hostia consagrada en la Custodia.

Perla. Alhaja reputada por la simbología como *piedra preciosa*, y que por su delicado brillo se considera *selenita* y femenina, siendo su forma redonda expresión de la perfección (véase *círculo*). La rareza de las perlas perfectas y su enclaustramiento en escondidas *conchas* las convirtieron para la antigua gnosis, en símbolo de las ciencias ocultas y de la sabiduría esotérica. En el cristianismo se las equipara a las doctrinas de Cristo, inaccesibles para los gentiles. El «Physiologus» paleocristiano dice curiosamente que «existe una concha en el mar, llamada concha purpúrea, que asciende desde las profundidades. ...abre la boca y bebe el rocío del cielo y los rayos del Sol, de la Luna y de las estrellas, y forma así su perla por obra y gracia de las luces superiores... Las dos valvas de la concha equivalen al Antiguo y al Nuevo Testamento, y la perla misma a Jesucristo nuestro Redentor». Otras conchas del mar Rojo «se sitúan en la orilla con sus bocas abiertas en espera de algo que comer. ...Cuando, como allí es frecuente, se desata la tormenta, la fuerza del rayo penetra en la concha que, asustada, cierra sus valvas, y el rayo queda atrapado. Se enrosca entonces en los ojos del molusco, y los convierte en perlas. Cuando el animal perece de dolor, las perlas ya refulgen en el mar Rojo. ...El rayo divino que procede del cielo se aloja en la concha, en María, madre de Dios, y de ella nace una perla muy preciada, tal como está escrito: concibió la perla, Cristo, del rayo divino» (de san Juan Damasceno, nac. 675).

La perla de claros destellos es, como ocurría en la antigua Persia, un símbolo

Perla que simboliza una de «las ocho magnificencias de la China»



Perla: valvas de perla. J. Boschius (1702) y W. H. Barón de v. Hohberg (1674)

de la *virginidad*. Según el Apocalipsis de Juan, las puertas de la *«Jerusalén celestial»* son de perlas (en los países anglosajones las pearly gates son sinónimo de las puertas del cielo).

Las coronas de perlas simbolizan en forma elemental la multiplicidad de los poderes divinos.

Es impresionante la fuerza simbólica del gnóstico «Himno del alma» atribuido a Bardesanes (poeta, astrólogo y filósofo sirio, 154-226, quien, en sus teorías filosóficas, mezcló la pseudoastronomía asiria con el dogma cristiano y aceptó y enseñó el fatalismo). El himno, que tiene sus orígenes en los primeros tiempos cristianos, nos habla de un niño (el hombre) al que se envía al lejano Egipto, adonde llega, después del largo peregrinar de la vida, para sacar una perla del *fondo* de un pozo guardado por un *dragón*; pero se entretiene en comer los frutos de la tierra y olvida su cometido, hasta que una misiva (la doctrina de la salvación) que le lleva un *águila* se la recuerda. Inicia entonces la tarea de sacar la perla (la inspiración, la gnosis) del pozo: «Entonando una canción, / comencé a adormecer al dragón / que como celoso guardián protegía el manantial. / Invoqué los nombres hechizantes de mi padre amado, / de mi madre y de mi hermano / hasta que quedó dormido. Entonces robé la perla y huí de aquel país extranjero / dejándoles a los egipcios mi impuro vestido (el cuerpo)». El peregrino retorna entonces a su patria celeste donde le cubren con un *manto* regio (W. Schultz, 1910).

En la colección medieval de relatos «Gesta Romanorum» (hacia 1300) se menciona a una muchacha que poseía una perla muy preciada (el libre albedrío). *Cinco* hermanos (los sentidos) pretenden sonsacarle la perla, pero ella se niega a trocar su joya por placeres sensuales. Cuando aparece «el *rey*», le entrega la perla y se desposa con él.

En la Antigüedad griega la perla simbolizaba a Afrodita (*Venus*), nacida de la *espuma* del mar.

En la simbología de la antigua China, la perla es una de las «*ocho* cleinodias» y simboliza la magnificencia y la pureza. Como en el dicho europeo, «las perlas son lágrimas», los chinos llamaban a estas últimas perlitas. En tiempos antiguos solían

depositar una sobre la boca de los difuntos.

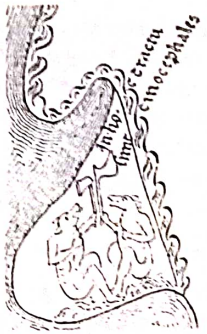
Las fabulosas perlas rejuvenecedoras o estimulantes de las leyendas y cuentos orientales, que contribuirían a una mayor alegría vital, no son realmente perlas en el sentido que les damos nosotros, sino que se describen como *blancas* píldoras de amor producidas por métodos propios de la «alquimia». La auténtica perla, por el contrario, representa también en China la «magnificencia y la pureza». También allí estaba extendida la creencia de que la tormenta (el *trueno*), fecundaba las conchas y en ellas nacía la perla al resplandor de la *Luna*. A pesar de esta fábula poética, debieron de existir en China las perlas cultivadas mucho tiempo antes de que fuesen habituales en el Japón. A los muertos de las familias acomodadas les colocaban perlas en la *boca*, lo que a tenor de la antigua costumbre de los «óbolos» supondría un apremio al barquero Caronte (el *más allá*).

En las tradiciones japonesas la perla desempeña un papel destacado. Son una de las tres insignias del Imperio (Shinkisanschu) junto con la *espada* y el *espejo*. Se supone que las elabora el dios Tamanooya y que tienen forma de *ojos*.

Por lo general, las perlas, pese a su asociación con las lágrimas, se consideran símbolos de virtud, que (según el erudito medieval Lonicerus) «fortalecen a los espíritus vivos que surgen del corazón». S. Golowin (1986) cita un dicho de los joyeros de la Europa oriental que reza: «Las perlas, en las que creemos, nos provocan lágrimas plateadas de luna, pero son lágrimas de alegría».

Perro, el más antiguo animal doméstico del hombre. Simbólicamente representa sobre todo la fidelidad y la vigilancia y no es raro que se le considere guardián de la puerta del *más allá* (Cerbero, lato. Cerberus, un perro de tres cabezas) o sea sacrificado a los muertos, para servirles de guía incluso en el otro mundo. También se considera que los perros pueden ver los espíritus y por ello pueden advertir de peligros invisibles. Más raramente se expresan los aspectos negativos del perro, por ejemplo, entre los germanos del norte con el perro infernal Garm, que en el *fin del mundo* mata a Ragnarök, el dios Tyr, y al mismo tiempo es muerto por éste; la antigua Grecia veía a la oscura diosa Hécate acompañada por perros de lucha. Los perros *negros* se consideraban también acompañantes demoníacos de brujas o magos (por ejemplo, de *Fausto* y Agrippa von Nettesheim, 1486-1535). En algunas culturas exóticas se considera al perro, por su inteligencia y capacidad para aprender, inventor de muchas artes y bienes de civilización humana. En la Antigüedad clásica se hace mención por un lado de «adulación y desvergüenza caninas», pero también se hace resaltar el cariño del guardián de la casa (phylax) y sus dotes para guardar los rebaños. Asclepios (en latín *Aesculapius*) y Hermes (lat. Mercurio) estaban acompañados por perros, como también posteriormente los santos Huberto, Eustaquio y Roque. En el ám-

Perro: máscara de madera de un sacerdote egipcio del dios de los muertos Anubis. Época tardía



Perro: hombres fabulosos con cabeza de perro, mapamundi de Hereford, Richard of Haldingham, s. XIII

bito cultural islámico se considera el perro como «impuro», pero se le tolera como guardián. En el antiguo Egipto, un gran perro salvaje parecido a un chacal (véase *Chacal*) era una forma de manifestación de Anubis, dios de los muertos, que de nuevo hace referencia al papel del perro como guía de las almas en el *más allá*. En la Edad Media aparece el perro generalmente como imagen de la fidelidad de los vasallos y de los cónyuges, por ejemplo, en losas funerarias. En obras plásticas, se considera al perro símbolo de disposición incondicional a la fe, pero también como encarnación de ira desenfrenada. Perros infernales acompañan al cazador de almas Satán. Causan un efecto extraño las imágenes de un «*Christophorus* kynokephalus», probablemente bajo el influjo del Anubis egipcio: una figura del santo con cabeza de perro de la leyenda medieval. En el calendario de 20 días de las culturas de la antigua Centroamérica, el perro (en azteca: itzcuintli, en maya: oc) es el animal simbólico del signo del décimo día; en el antiguo México, se ponían en la tumba perros como animales sacrificados a los muertos y como guías para éstos en el más allá. Los nacidos bajo estos signos del día debían estar predestinados a gobernar y al reparto de ricos regalos. El perro era también figura del dios Xolotl («Gemelo») y los perros habían de conducir a los muertos al mundo subterráneo a través del «río de *nueve* corrientes». También el *sol*, que en el oeste se hunde en las fauces de la tierra, tiene al Xolotl como acompañante. Lo conduce a través del mundo subterráneo hacia el lugar por donde debe ascender, de modo que primero muere él mismo y resucita como «conductor hacia arriba». De este doble papel se deriva su nombre (véase *rayo*). En la antigua China, el perro es el undécimo signo del zodíaco (véase *estrellas*); en cambio, su significado simbólico-mítico es allí diferente. Los perros debían primordialmente ahuyentar demonios, pero en algunas regiones se los consideraba procuradores de carne y la gente se los comía. En otras regiones (China meridional y occidental) se tenía el perro como portador de los alimentos (*arroz* o mijo). En el pueblo residual de los yao, el perro es un antepasado del pueblo, lo cual tiene reminiscencias *totémicas*. Leyendas de personas con cabeza de perro se hallan también muy difundidas en la China. Algunos santuarios japoneses exhiben a menudo «perros coreanos» como figuras de guardianes. Par-

Perro: grabado en madera en la obra del Pseudo-Alberto Magno, Francfort, 1531

Canis.

Perro: protege e indica el peligro. J. Boschius, 1702

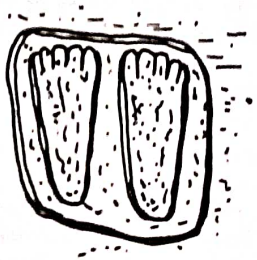
Perros-leones: «Karashishi» japonés como guardián ante la entrada de un santuario

ticularmente apreciado era el perro entre las tribus eslavas; todavía hacia 1560 a un obispo samaíta se le reprochó por parte de sus compañeros de tribu la «veneración de perros», sin que se sepa nada acerca del significado simbólico-mítico de este perro. También entre los celtas era importante el perro simbólico-mitológico, por ejemplo, como acompañante de la diosa de los *caballos* y la caza, Epona, y como atributo del dios Nodon/Nuadu. El héroe de las leyendas irlandesas del Ulster lleva el nombre de Cú-Chulainn, perro de caza del Ulster.

Perros-leones (karashishi), figuras de animales guardianes que en santuarios japoneses se hallan cerca del *torii*. También se les llama «perros de Buda» (fochi). Aunque se protegen templos budistas, estos «leones chinos» provienen de la religión sintoísta. Dado que en la China era desconocido el león, esta figura recuerda más la de un perro pequinés que la de un animal de presa conocido en Occidente. De los guardianes, se concibe al que está a la derecha como macho con la boca abierta, y al de la izquierda, con la boca cerrada, como femenino. A pesar de su aspecto, que suele resultar más divertido que temible, los karashishi simbolizan fuerza vital y resistencia, en el sentido de la idea de que las leonas *madres* arrojan a sus crías desde peñas escarpadas para dejar que sobrevivan las más fuertes. Según la creencia popular, son también capaces de llenar de preciosa *leche*, unas *bolas* huecas que se hacen rodar hacia ellas.

Pie (huella), forma simbólica que ya fue objeto de mucha atención en épocas prehistóricas y manifestada en forma de imágenes rupestres y configuraciones plásticas que indican la presencia de seres humanos y sobre todo de seres sobrenaturales. Buscadores de huellas de todas las épocas y culturas han prestado gran atención a la impresión del pie. Puesto que el pie se halla en contacto directo con la *tierra*, reinó muchas veces la creencia de que el pie transmitiría al suelo energías e irradiaciones personales. La

toma de posesión de una tierra se manifestaba a menudo simplemente por el hecho de poner el conquistador su pie sobre el suelo; de manera parecida se colocaba el pie sobre enemigos vencidos para manifestar simbólicamente su sumisión. El «levantarse con el pie izquierdo» se consideraba ya en la Antigüedad como un mal presagio para el resto del día. Subordinados y esclavos debían besar los pies de sus señores en señal de humildad. Por otro lado, el desatar las correas de los zapatos y pisar descalzo los lugares santos (Éxodo 3, 5) se consideraba como un acto de reverencia. La costumbre del Jueves Santo del «lavatorio de los pies» en la Iglesia católica es una expresión simbólica de humildad, conforme al modelo de Jesús, el cual, siguiendo la costumbre oriental de la hospitalidad, había lavado los pies a sus discípulos. La descalcez de algunas órdenes monacales (carmelitas descalzos) es expresión de la pobreza elegida voluntariamente. A ciertos seres demoníacos a menudo se les atribuían pies inhumanamente deformados, por ejemplo, al revés, y también pies de ganso o de pato (como en el caso de determinados espíritus del *agua* y *enanos*). Famoso es a este respecto el pie de *macho cabrío* o de *caballo* del *Diablo*, que sólo puede caminar renqueando, como imagen deformada de la belleza que tuvo en otro tiempo. En la creencia popular de la antigua China del ámbito budista, pero también en el espacio islámico y cristiano, suelen venerarse concavidades originadas naturalmente en la *piedra* como huellas de dioses, héroes, profetas y santos. Dícese que la madre del fundador de la dinastía Chou quedó embarazada de un modo sobrenatural al pisar la huella de unos pies divinos. En el año 1740 se hizo volar una «huella de Dios» de la peña llamada Rosenstein en Suabia, para impedir su



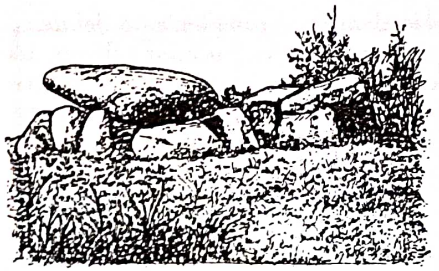
Pie: «huella» esculpida en la pared del gran sepulcro de piedra de Petit Mont, Bretaña. Edad del bronce

«supersticiosa veneración» (especialmente por parte de enfermos de los pies). De un modo parecido, en muchos lugares de la Europa central se muestran huellas de pisadas de santos, *gigantes*, diablos y *brujas*, casi siempre fenómenos causados por la intemperie en losas de piedra que se parecen aproximadamente a huellas de pies. La expresión «andar tras las pisadas de alguien» significa la intención de la imitación espiritual (véase Romanos 4, 12): se quiere seguir el modelo que dejó esta huella. Una manifestación moderna de índole lúdica que se remonta a la arcaica veneración de las huellas de grandes modelos es la costumbre hollywoodense de admirar y pisar las huellas de célebres actores y actrices de cine en el Sunset-Strip de Los Ángeles. Para el psicoanálisis, el pie femenino es un sustitutivo de la «ausencia de pene» del sexo femenino, experimentado así por ciertas percepciones en la primera infancia, con lo que puede explicarse así la desviación sexual masculina del «fetichismo del pie y del zapato». En el simbolismo cristiano, el pecado capital de la ira se representa en ocasiones mediante la acción de una dama noble dando puntapiés a un criado; el puntapié es también de ordinario expresión de extremo desprecio hacia la persona que lo recibe. (Véase *mano*, *zapatilla*.)

Piedra, con el sello de lo perdurable e imperecedero, es en muchas culturas símbolo de poder divino. A ello se añade a menudo la observación de que de algunas piedras pueden hacerse desprender *chispas*, o que otras han caído del *cielo* (meteoritos) o poseen formas sorprendentes. En la primera fase de la cultura las piedras eran materia prima para la fabricación de utensilios y armas, para lo cual se requerían evidentemente conocimientos referentes a la cualidad del material. La costumbre de erigir construcciones religiosas con grandes bloques de piedra (construcciones megalíticas como dólmenes, *círculos* de piedras, avenidas de bloques de piedra) está muy difundida y se remonta aproximadamente al año 6000 a.C.; véase *menhir*. En varios mitos se originan a partir de piedras seres sobrenaturales o incluso hombres (*Diluvio*). En el antiguo Oriente era la piedra la señal de la presencia divina y se le ofrecían ofrendas líquidas o se las ungía con aceite y *sangre*. Con ello se convirtió en altar (Beth-El, casa de Dios). También sencillos montones de piedras (kerkur, en África del Norte; obo, en el Asia Central) tienen significado simbólico-religioso. La valoración del bloque de piedra formado por la naturaleza, no trabajado por el hombre, se expresa en el Éxodo (20, 25), donde se dice: «Si me alzas altar de piedras, no lo harás de piedras labradas, porque al levantar tu cincel sobre la piedra la profanas». Por ello la magnificencia del *Templo* de *Jerusalén* era motivo de escándalo para judíos particularmente ortodoxos (R. Aron, 1973). En el antiguo mito griego, una piedra asume el puesto del dios supremo: el dios primigenio Kronos (*Saturno*) temía ser destronado por un hijo, de la misma forma que él mismo había castrado y expulsado a su padre Urano, y por ello devoró a sus hijos. Sin embargo, su esposa Rhea envolvió en pañales una piedra; Kronos (véase también *Chronos*) se tragó la piedra y así el niño Zeus pudo ser criado a escondidas y más tarde venció a su padre. La piedra que Kronos había vomitado la colocó posteriormente Zeus en Delfos, donde, ungida con aceite y envuelta en una *red* de lana, fue venerada como *omphalos* (ombligo). En la leyenda griega del *Diluvio*, la pareja humana superviviente, Deucalión y Pirra, en sustitución de la humanidad que se ahogó en la anterior edad del mundo, crean un nuevo linaje humano de unas piedras, «los huesos de la madre Tierra», que arrojan por encima de sus hombros.

Las *piedras preciosas*, que se distinguen por su *color*, brillo y dureza, desempeñan un papel especial desde el punto de vista simbólico, pero también es merecedor de estima el bloque de piedra como material de construcción («la piedra rechazada que se convierte en piedra angular»). En el *simbolismo francmasónico*, la «piedra tosca» que aún no ha recibido forma representa el grado de aprendiz; la idea de un objetivo es la «piedra labrada» que encaja en el gran edificio del templo de la humanidad. Este simbolismo se remonta a los alpendes de las catedrales medievales en los que era de primordial importancia el trabajo de la piedra. Las claves de bóveda a menudo estaban provistas de la marca del maestro cantero, marca que tiene cierto parecido con las *runas*. En el simbolismo cristiano, la piedra se ha relacionado frecuentemente con la pena de muerte por lapidación de los antiguos judíos, ejecutada en la persona de los blasfemos y ciertamente en la representación de san Esteban, el primer mártir (protomártir), y más raramente en cuadros del penitente san Jerónimo que se golpea el pecho con una piedra en señal de arrepentimiento. Dícese que ayudaba a curar «piedras» en el cuerpo humano (vesícula biliar, riñón, vejiga de la orina) Liborio de Paderborn, a quien se representa con tres piedras puestas encima de un *libro*. En el mundo de las imágenes de la *alquimia*, la «piedra de los sabios» o filosofal (lapis philosophorum) es símbolo del fin último de la aspiración de poder transformar, con la ayuda de esa piedra, metales «innobles» en *oro*.

A menudo las piedras desempeñan un papel (también los *tronos* de piedra) en antiguas ceremonias de coronación; se dice, por ejemplo, que una de tales piedras emite un grito cuando la toca el verdadero *rey* (antigua Irlanda). Esta «piedra del saber» se encuentra en una colina de la ciudad de Tara y se la designaba tradicionalmente como «Fál», y también como miembro (véase *lingam*) del héroe Fergus. Otras dos piedras de Tara, según la tradición, estaban tan juntas, que no se podía pasar la mano en medio de ellas (Blocc y Bluigne). Pero si las piedras aceptaban a un hombre como futuro rey, se separaban delante de él y le permitían pasar con su carro. Cuando aquél con su *carro* llegaba a la piedra «Fál», ésta se frotaba de tal modo contra el eje de las ruedas que todos los presentes podían oír el chirrido (A. y B. Rees, 1975). Las piedras que dejan hendiduras y espacios intermedios se utilizaban «para pasar por ellas arrastrándose», y la persona que lo hacía se desprendía mágico-simbólicamente de enfermedades y de otras molestias. Piedras con resbaladero entallado servían, en la creencia popular, como magia por contacto, y sobre todo las mujeres que se deslizaban por ellas con las posaderas desnudas procuraban apoderarse de las fuerzas de la fecundidad de los «huesos de la madre tierra» y creían librarse de la esterilidad. En un sentido parecido algunos dólmenes prehistóricos de Bretaña se consideraban «piedras calientes» que se decía que cargaban con energía el bajo vientre de mujeres estériles que se sentaban sobre ellas. Su «calor» simboliza la energía vital de la capacidad de traer descendencia al mundo. A la piedra se le atribuía la virtud de almacenar las fuerzas de la tierra y transmitirlas por contacto a las personas. Véase *buitre*. La construcción funeraria con piedras, a menudo de gran tamaño, escribe el prehistoriador K. J. Narr (1979), «posee seguramente una tendencia a lo monumental por una parte, y por otra al carácter perdurable, y no es de extrañar que se relacione con generaciones pasadas y futuras. Algunos monumentos megalíticos arqueológicos, incluso en el lugar de su hallazgo, permiten reconocer una vinculación viva con los muertos, un culto de antepasados de gran estilo y con ello a veces relacionado con la disposición de recintos religiosos, lugares de asamblea y ocasionalmente construcciones megalíticas de culto».



Piedra: construcción megalítica de dólmenes neolíticos. Keryaval, cerca de Carnac, Bretaña

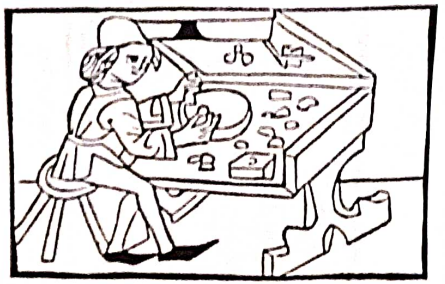
Piedras cóncavas, bloques de *piedra* o *rocas* naturales cubiertos de pequeños hoyos en forma de cuenco desempeñan un importante papel en muchas culturas antiguas. Los pequeños cuencos pueden simbolizar el seno *materno* y, por ejemplo, como en la antigua China, pueden echarse en su interior piedrecitas cuando se desea tener un niño. Si estas piedrecitas que-

dan dentro, el cumplimiento del deseo está garantizado. En otras culturas, las concavidades en las piedras se designaron a menudo erróneamente como «agujeros», como símbolos de *pozos* o *fuentes* por los cuales pudiera manar a raudales el *agua* fertilizadora, o como bocas de salida del *viento* (una costumbre popular bretona pedía que las mujeres golpearan con *martillos* en piedras cóncavas prehistóricas cuando la bonanza impedía la salida de las barcas de pescadores). Las concavidades en los bloques de piedra también podían servir para contener líquidos (libaciones), o bien de ellas se raspaba polvo de piedra que —debido a la durabilidad de la piedra— se tenía por un remedio. Por ello no es posible una interpretación de carácter general. Dado que las concavidades en bloques de piedra podrían ser de origen natural, provocadas, por ejemplo, por la acción corrosiva de raíces de árboles, no todas las piedras cóncavas designadas popularmente como piedras de sacrificio son realmente testigos de cultos precristianos. No obstante, la leyenda popular suele relacionarlas con la idea de «sacrificios humanos paganos» y habla de cuencos de *sangre* y piedras de sacrificios cruentos. Esto demuestra solamente que está profundamente arraigada la creencia en la eficacia mágica de la sangre y también en la piedra como lugar de rituales antiquísimos. Allí donde algunas piedras cóncavas servían para contener líquidos, éstos eran *leche* o agua más bien que sangre. También se ofreció como explicación la reproducción de *constelaciones* haciendo pequeños cuencos de piedras cóncavas, lo cual casi nunca ha podido demostrarse de modo convincente. También sin relaciones históricas pueden haberse originado en muchos lugares diversos simples monumentos de cultos mágico-simbólicos.

Piedras preciosas. Las piedras preciosas y las semi-preciosas poseen por su belleza no sólo una función de adorno, sino que también influyen en la imaginación por sus *colores* y otras características. Se trata de minerales de alto grado de dureza, susceptibles de ser pulimentados, y en parte también (según el uso del lenguaje) de materiales orgánicos como los *corales* y el *ámbar*, que ciertamente tienen sobre todo importancia como talismanes y amuletos, pero también pueden servir como símbolos. Pulidos y abrillantados, pueden actuar como *espejos*. El jade, que se presenta en innumerables variantes, es en la China símbolo de multiplicidad e infinitud y su durabilidad se dice que impide la descomposición de cadáveres sepultados. En todo el mundo, las piedras preciosas que sólo adquieren su belleza cuando se trabajan, se han convertido en símbolos de la humanidad misma que tiene necesidad de ennoblecimiento, mientras que los *cristales* claramente transparentes, como el cristal de roca, representan la virtud perfecta. La iconografía cristiana interpretó el cristal de roca como símbolo de María, ya que él mismo no es refulgente, pero empieza a brillar cuando en él incide el rayo de la luz divina. Las joyas simbolizan en las religiones asiáticas los tesoros de las enseñanzas correctas de la fe. La «piedra de los sabios» o piedra filosofal de la *alquimia* es, o bien una piedra preciosa mítica, o bien un sillar tallado en el sentido de la especulación de las logias masónicas. Muchas veces las piedras preciosas —sobre todo los cristales— se emplearon como ayudas reflejantes para la meditación y se decía que también podían tener una acción curativa. Libros que tratan de piedras preciosas en los siglos anteriores hablan de las correspondencias mágicas entre planetas, tipos humanos y «piedras de fuerza» que se dice

que desarrollaban los más diversos efectos. En el simbolismo, además del mencionado cristal de roca, tienen importancia sobre todo el *diamante*, la *amatista*, el *rubí*, el *jade*, la *turquesa*, el *zafiro* y la *esmeralda*. En el Apocalipsis (Revelación secreta) de san Juan (véase *cueva*), la «Jerusalén celestial» del prometido tiempo final está construida a base de piedras preciosas de diversos colores, que en cierto modo traen de nuevo las aguas puras, refulgentes de las *fuentes* del paraíso en forma duradera. Con doce piedras preciosas estaba adornado el pectoral del gran sacerdote judío, y estas piedras eran rubí, crisólito, berilo, turquesa, lapislázuli, jaspe, jacinto, ágata, amatista, tarsis, cornalina y piedra nefrítica. En estas piedras debía de estar grabado el nombre de las doce tribus de Israel.

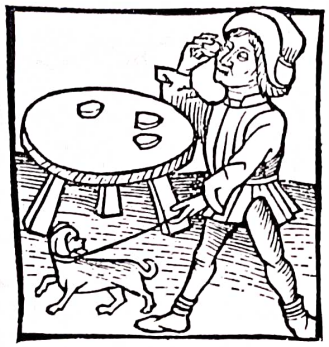
En el *simbolismo astrológico*, las piedras preciosas están relacionadas de manera análoga con los doce signos del zodíaco (véase *estrellas*) y como «piedras de los meses» simbolizan las fuerzas de cada uno de los signos. Base para estos sistemas de analogías fueron primordialmente los «libros sobre piedras» (lithika) de los antiguos, como los de Teofrasto, Orfeo, Damigeron Latinus, Aetios y Psellos. La relación de las piedras preciosas con cada uno de los signos del zodíaco no se indica unitariamente en todas las fuentes. Generalmente se nombra del modo siguiente la serie de las piedras simbólicas de la suerte: *aries* - hematites; *tauro* - *esmeralda*; *géminis* - piedras de color; *cáncer* - adular, *leo* - *rubí* o *diamante*; *virgo* - berilo; *libra* - ágata; *escorpio* - *amatista*; *sagitario* - turquesa; *capricornio* - ónice; *acuario* - *ámbar*; *piscis* - *coral*. También cada uno de los *planetas* se simbolizan con sus fuerzas especiales mediante piedras preciosas de las que se hacen joyas que llevan aquellas personas que se



Piedras preciosas en el «Librito... acerca de la fuerza que reside en las piedras preciosas» de Joh. Sporer, hacia 1495

sienten especialmente relacionadas con los correspondientes cuerpos celestes; la serie de analogías más frecuentemente citada es la siguiente: *Sol* - *diamante*, *cristal* de roca, variantes claras de circonio, turmalina y topacio ahumado; *Luna* - perlas, adular, ágata; *Marte* - *rubí*, granate, *coral*, cornalina; *Mercurio* - berilo, ojo de tigre, topacio, ágata, *ámbar*, circonio; *Júpiter* - esmeralda, *turquesa verde*, jade, serpentina, malaquita; *Venus* - lapislázuli, *zafiro*, aguamarina; *Saturno* - amatista, variantes oscuras de ónice y *zafiro*.

El número doce de las tribus de Israel, de los apóstoles y de los signos del zodíaco condujo a menudo a especulaciones simbológicas y sistemas de analogías; las *cruces* de la Iglesia oriental estaban frecuentemente adornadas con diferentes piedras preciosas (alusión a los apóstoles) y una grande en el centro (Cristo) que fue comparado con el sol. En el «himno del alma» paleocristiano-gnóstico (véase *perla*), la vestidura real que le es ofrecida al alma transfigurada que regresa al reino de los cielos se describe de esta manera: «Refulgía de ágatas / rubíes, diamantes / berilos y ónices con el brillo de perlas. Estaba adornada / con el retrato del supremo Rey / que brillaba en medio / en zafiro azulado...». Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) hace hablar así al Hijo dirigiéndose a Dios



Piedras preciosas: ópalo, del Hortus Sanitatis, 1499

Padre en el fin de los tiempos: dice que el mundo no pasará «hasta que Tú veas mi cuerpo con todos sus miembros... lleno de piedras preciosas, perfecto en todos aquellos que... te adoran: así como las piedras preciosas refulgen en la fuerza de la virtud». En su libro de la naturaleza («Liber subtilitatum») atribuye a las piedras preciosas una fuerza sobrenatural y una interesante historia simbólica de su origen: «Ante las piedras preciosas el diablo se siente aterrado; las odia y las desprecia, porque le recuerdan que ya brillaban antes de que él cayera en medio de su esplendor (véase *grial*)... y porque algunas piedras preciosas se originaron en el fuego en el que ahora él es castigado... Las piedras preciosas se originan en Oriente y en las zonas particularmente calientes. Por el sol tienen allá las montañas calor como fuego, y los ríos siempre están hirviendo... Allí donde el agua toca las montañas ardientes, éstas hacen espuma (que luego se solidifica y cae). Según la temperatura, al secarse reciben sus colores y sus fuerzas... Las montañas en las que de este modo se originan grandes piedras preciosas, son claras como la luz del día. Así nacen las piedras preciosas del agua y del fuego. Por ello contienen también calor, humedad y muchas energías y sirven para una gran variedad de cosas buenas, honestas y útiles... (Pero) hay también otras piedras; no se originan de esas montañas y tampoco de la manera descrita, sino de otras cosas cualesquiera sin valor. Con ellas —conforme a su naturaleza y con el consentimiento de Dios— puede realizarse el bien y el mal». El experto debe procurar que todo se emplee para la gloria de Dios, para bendición y como remedio. (Véase *verde*.)

Pigmalión, *rey* de Chipre y figura simbólica del artista enamorado de su obra y también del hombre que modela a su mujer conforme a sus propias ideas. Según la leyenda, era Pigmalión un escultor de talento que hizo la estatua de marfil de una joya de tan perfecta belleza que no podía imaginar como esposa a ninguna mujer humana, por lo que suplicó a la diosa del amor Afrodita (*Venus*) que hiciera que su obra cobrase vida. Así sucedió y el artista pudo casarse con su propia creación. Este tema fue fuente de inspiración de numerosas creaciones artísticas (Cantata de Bach; óperas de Cherubini y Rameau; opereta de Suppé «La bella Galatea»; G. B. Shaw, según el musical «My Fair Lady»; drama de Rousseau, pinturas de E. Burne-Jones, entre otras).

Pilastra Djed, enigmático objeto simbólico del antiguo Egipto, también designado como «fetiche», cuyo sentido se interpreta como «estabilidad» o «duración». Se trata de un *poste* o de una *columna* con el pie ensanchado y cuatro tablas transversales en el extremo superior ordenadas por pisos. Los egiptólogos hablan de un árbol en gran parte despojado de sus ramas, de un tronco provisto de entalladuras o de un pilar al que se ataban en varios pisos gavillas de trigo.

Pilastra Djed, coronada y personificada como un rey (Báculo y látigo). Amuleto egipcio

Pino, árbol típico del paisaje asiático oriental. Grabado chino en madera, hacia 1600

También se habló de gavillas de papiro apiladas y atadas. El símbolo parece proceder de Menfis (en egipcio Men-nefer-Pepi) y estar relacionado con el culto de Osiris (Usirê). La Pilastra Djed se designó como «espinazo de Osiris» y era el *rey* el que celebraba la fiesta religiosa de la «erección del Djed»; como por ejemplo, al comienzo de la celebración del jubileo real «Heb-sed». Figuras del Djed se utilizaban como amuletos y se ofrecían a los muertos para protegerles de los peligros en el más allá.

Pino (botán. Pinus silvestris), poco anclado en Europa, a pesar de su amplia difusión, en la creencia popular, aunque de la resina se obtenía el aceite de pino, el negro de humo y la pez, y también la trementina. En cambio, en el Asia oriental, el pino es el «*árbol* de la vida» propiamente dicho, que incluso en edad avanzada siempre aparece *verde* y lozano; es altamente apreciado como símbolo de longevidad y de inalterable felicidad conyugal. Especialmente en el arte chino es el pino (sung) un símbolo de firmeza, porque incluso en el frío invierno conserva sus hojas, cuya aparición a pares significa la dualidad de la pareja conyugal. «Por su posición inmóvil prolonga su vida» (Confucio, K'ung-tse). Se plantaban pinos incluso sobre tumbas y se veneraban árboles especialmente viejos de esta especie.

Pitágoras de Samos (hacia 540-500 a.C.), filósofo griego que se ha convertido en figura simbólica del representante de elevada sabiduría y ciencia esotérica. Dícese que viajó a *Egipto* y *Babilonia* y finalmente fundó en Crotona, en el sur de Italia, una escuela religioso-ética que representaba diversas doctrinas místicas (transmigración de las almas, purificación, aspiración a la armonía) y que se desarrolló hasta ser una especie de escuela de misterios. Su *simbolismo de los números* ejerció a través de los tiempos una gran influencia sobre diversas doctrinas secretas, y el «teorema de Pitágoras» forma parte del acervo de símbolos de la *francmasonería* (véase *triángulo*), aunque antes de Pitágoras ya era conocido en una formulación parecida entre los egipcios y los babilónicos. La «sagrada mathesis» de los pitagóricos contempla los números no como meros valores mensurables, sino como núcleo esencial de las cosas reales, y la «geometría» se ha relacionado con la G en la «*estrella*

Pitágoras, investigador de la armonía. Grabado en madera italiano, 1492

llameante» (véase *pentagrama*) del simbolismo francmasónico. Ya en las obras alquímico-rosicrucianas del Renacimiento (Michael Maier: «Atalanta fugiens», 1618) se dice como recomendación para el buscador de la verdad: «Debes aplicarte en la doctrina geométrica». «El triángulo pitagórico», con las longitudes 3 y 4 de los catetos y la hipotenusa 5 en extensión armónico-especulativa, es símbolo francmasónico del «maestro de la silla» y constituye el distintivo del prohombre, en el sentido de la aspiración a la medida y la armonía. De él puede construirse el cubo (*piedra* cúbica), el *cartabón* con las longitudes de lado 3 y 4 y una *cruz*. Así, esta «matemática mística» se convirtió en el camino simbólico de la aproximación a los misterios de la creación de Dios, el «omnipotente arquitecto de todos los mundos».

Planetas, *estrellas* «errantes», que no siguen el movimiento de las estrellas fijas alrededor del polo celeste, sino que aparentemente siguen caminos propios y reciben del *Sol* su luz. Todos los pueblos interesados en el simbolismo de los cuerpos celestes dieron una gran importancia a los planetas y casi siempre les atribuyeron papeles divinos. A menudo sus órbitas parecen arbitrarias y extrañas (contempladas desde el punto de vista terrestre), y su posición en el instante del nacimiento del ser humano se considera importante para el horóscopo. El *color* y el movimiento observados de los planetas fueron decisivos para su identificación simbólica con divinidades. La astrología tradicional conocía el número sagrado *siete* de los planetas, correspondiente a los días de la semana se tenía también por planetas al *Sol* y a la *Luna* y giraban alrededor de la Tierra: Sol, Luna, *Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, Saturno*. Los planetas descubiertos posteriormente (Urano, Neptuno, Plutón), con un tiempo más largo de revolución, desempeñan astrológicamente un papel más bien subordinado, y los asteroides con sus órbitas entre Marte y Júpiter no se tienen en cuenta. La antigua China conocía sólo *cinco* planetas, correspondientes a los puntos cardinales. Saturno pertenecía al lugar centro, relacionado con el *elemento tierra* y el color *amarillo*; Mercurio, *agua*, norte, *negro*; *Júpiter*, madera, este, *azul*; *Marte fuego*, sur, *rojo; Venus*, metal, oeste, *blanco*. Las series de analogías con atribuciones simbólicas de planetas a dioses, colores, elementos, cualidades y campos análogos de conceptos se elaboraron muy extensamente. Deben mencionarse aquí solamente los guardianes sobrenaturales de los planetas en la imagen griega del mundo mencionados por Pausanias (siglo II d.C.): *Sol*: Theia, Hyperion; *Luna: Atlas*, Phoibe; Marte: Dione, Krios; Mercurio: Metis, Koios; Júpiter: Themis, Eurymedón; Saturno: Rhea, Kronos. La Cábala y la magia ritual en siglos posteriores conocieron otros nombres para las energías polares «Intelligentia» y «Daemonium» de cada uno

de los planetas, y además los atribuidos *cuadrados* de los números, signos, clases de sahumerio, colores, etc.

Como «hijos de los planetas» se designaron en astrología aquellas personas en cuyo horóscopo y cuadro de personalidad desempeñaba un papel dominante uno de los siete planetas tradicionales y por ello manifestaban las cualidades que correspondían a las de los antiguos dioses. Así, por ejemplo, las personas con Marte en lugar dominante en el horóscopo se designaban como «marciales»; las que tenían predominio de Júpiter, «joviales». Una famosa serie de imágenes de hijos de planetas procede de Hans Sebaldus Beham , 1530-1540. Cada uno de los cuerpos celestes simbolizaba una cualidad característica que compartía con sus «hijos» y que habían de determinar el carácter de ellos. El Sol correspondía al campo de conceptos *luz*, La Luna al de la magia y la mística, Marte al de la vitalidad y la agresión, Mercurio al de la iluminación y la movilidad. Venus proporcionaba amor, Júpiter la ley, Saturno serenidad y paz. Es conocida la serie de los planetas (dioses) en los nombres que se han conservado de los siete días románicos de la semana y que en parte aparecen también con sus correspondencias germánicas en la lengua inglesa y en la alemana (por ejemplo Mars-Dies Martis; en inglés Tuesday, según el dios de la guerra Tyr; en alemán Ziu, de donde Dienstag, martes).

Plata, metal «noble» como el *oro*, se le relacionó generalmente con la *Luna* o con divinidades lunares y fue algo menos apreciada que el oro («hablar es plata, callar es oro»). En el antiguo México se llamaba a la plata «*blanco* excremento de los dioses» y se la consideraba secreción o correspondencia terrestre del dios de la Luna. En los textos alquímicos se designa casi siempre la plata con el nombre de la diosa Luna. Como metal de adorno, a causa de su precio algo inferior en comparación con el oro, era el símbolo de prosperidad burguesa y a menudo se fabricaban de plata también objetos votivos. En la creencia popular se considera la plata un metal que aleja los demonios. Dícese que los sacerdotes romanos enterraron estatuas de plata en la frontera del Imperio para rechazar a los pueblos bárbaros considerados funestos por ellos. Y cuando se las sacó de allí, irrumpieron en el Imperio godos, hunos y tracios. A las balas de plata en armas de fuego se atribuía el poder de herir o matar a las *brujas* del tiempo cuando se disparaba en *nubes* tempestuosas.

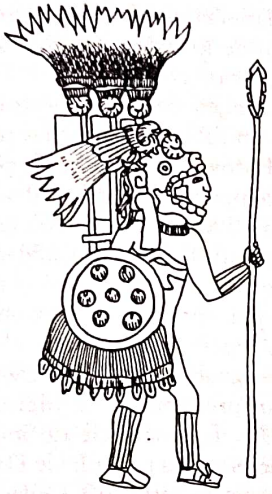
Plomada, instrumento simbólico del mundo de las logias masónicas que aún hoy desempeña un papel importante en el lenguaje simbólico de los *francmasones*. La plomada hace posible la «rectitud y la veracidad» y forma parte de las «joyas móviles» junto con el nivel de albañil y la escuadra. La plomada «se hunde en la conciencia y examina la línea recta de la obra arquitectónica espiritual», y es el distintivo del Segundo Inspector. Los símbolos con referencia a la verticalidad son originariamente referencias a la obra de arquitectura cósmica, que tiene como centro el *eje del mundo* que une la *tierra* y el *cielo*.

Plomo. El plomo se consideraba en la Antigüedad como un metal de fuerza mágica; las maldiciones inscritas en tablillas de plomo de personas malévolas debían resultar particularmente eficaces. Las plaquitas de plomo llevadas sobre el pecho debían proteger contra el hechizo, especialmente contra el hechizo demoníaco de amor. En el mito griego de los héroes sirvió el plomo como medio para aniquilar al monstruo Quimera. El héroe Belero-

Plomo: el signo simbólico astrológico-alquímico, parecido a una hoz, del planeta Saturno

fonte giró alrededor del monstruo que vomitaba *fuego*, montado en el caballo *alado Pegaso*, que había domado con la ayuda de la diosa Atenea, disparó *flechas* contra la Quimera y finalmente, poniendo un pedazo de plomo en la punta de su lanza, arrojó ésta a las fauces de la monstruosa criatura. El plomo se derritió en el aliento de fuego de la Quimera, fluyó hacia el interior de su garganta y le destrozó las entrañas. El plomo se consideraba como contrafigura terrestre del planeta *Saturno*, que se representaba como anciano con pierna de palo y guadaña, con las cualidades de «frío, húmedo». La *alquimia* consideraba el plomo afín al *oro*, y sus leyendas hablan de logradas «transmutaciones» de plomo fundido que, al ser espolvoreado con la sustancia llamada «*piedra* de los sabios», se convertía en oro, un símbolo de la purificación del hombre primeramente terrestre y material en una espiritualidad «solar». El lenguaje religioso simbólico tiene en cuenta el gran peso de este metal cuando dice: «el pecado pesa como plomo en el ser humano».

Pluma. La pluma, con la característica —importante simbológicamente— de la ligereza, que, según la antigua concepción levanta al *ave* espontáneamente en



Pluma: guerrero azteca con una lanza y que lleva a la espalda una insignia coronada de plumas. Codex Mendoza

el aire (en numerosas leyendas, los vestidos hechos de plumas confieren la facultad de volar), es altamente apreciada en el antiguo Egipto (*avestruz*) como símbolo de Maat, la diosa de la justicia y del orden cósmico. Maat lleva en la cabeza una sola pluma de avestruz y esta pluma, en el juicio de los muertos, se contrapesaba con el corazón del difunto. Sólo entonces queda éste justificado; cuando su culpa no ha hecho que el corazón sea más pesado que la pluma de Maat: el corazón debe ser «maati» (en el sentido de Maat), si es que el muerto ha de ir a reunirse con Osiris. Cuatro plumas adornaban el tocado del dios Anhuret (Onuris), figura guerrera de la ciudad de This o Thinis en el Alto Egipto. También Beset (véase *Bes*), el ahuyentador de demonios, estaba representado con una *corona* de plumas. Las plumas desempeñaban un gran papel en las culturas del antiguo México, donde se hacían con ellas mosaicos que se encolaban sobre escudos, *coronas* y prendas de vestir

parecidas a mantos, y estandartes. El dios y héroe Quetzalcóatl, de múltiple significado, se representaba como una *serpiente* (en azteca, cóatl) cubierta con las irisadas y *verdes* plumas del pájaro quetzal. Tales plumas constituían también las suntuosas insignias de los reyes mexicanos. En las coronas de plumas de los indios del llano norteamericano, originariamente cada pluma tenía un valor simbólico de recuerdo de las hazañas bélicas del que la llevaba. La frase de «pavonearse con plumas ajenas» se remonta a una antigua fábula de animales en la que un *cuervo* se engalanó con plumas de *pavo real*. (Véase *ala, flecha*.)

Poste, pilar. Por lo general, tronco de árbol plantado en tierra, que en muchas culturas antiguas simbolizaba el *eje del mundo*, imaginado también como *montaña* central o como *árbol* en medio del orbe.

Desde un punto de vista superficial, el poste sagrado se considera con frecuencia un símbolo fálico, extremo raras veces comprobable.

Ante todo, estas columnas de madera simbolizan la unión del *cielo* y la *tierra*. Así ocurre, por ejemplo, en Irminsul, o santuario tribal de los sajones, que Carlos el Grande destruyera en el año 722.

Tampoco debería considerarse el árbol de mayo, tan conocido en la Europa central, y que es una alusión al despertar de las fuerzas de la naturaleza en primavera, como un simple «símbolo fálico», sino más bien en conexión con la idea del poste del mundo, cuya erección identifica el esfuerzo por alcanzar «más altas recompensas» (véase *arriba-abajo*). En las culturas de la edad de *piedra* el menhir es una variante en piedra del poste sagrado, al igual que el *obelisco* lo es en Egipto (véase *eje del mundo*).

Ciertas columnas en forma de pilar o

Columna o poste con la «serpiente broncínea» erigida por Moisés. Biblia del siglo XI, Reims (compárese con el bastón de Esculapio)

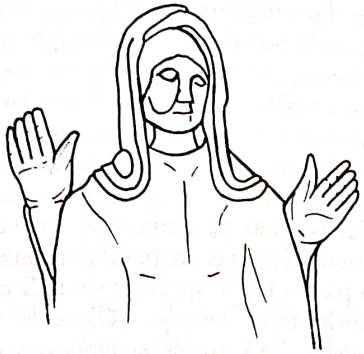
poste sirvieron de morada a santos «estilitas», que en un gesto de gran efecto teatral, se obligaban por amor a Dios a no abandonarlas nunca. Se cuenta que san Simeón Estilita (aprox. 396-459) permaneció cuarenta años sobre una columna de quince metros de altura erigida cerca de Antioquía, sin abandonarla jamás, pese a que el *demonio*, que adoptó la forma de una *serpiente* enroscada en la columna, trató de perturbarle.

Se da también la combinación simbólica serpiente-poste en forma de bastón, como en el báculo de *Esculapio*, o en el *caduceo*.

Postura orante. Postura o posición de rezo en la que las *manos* no se juntan sino que se sitúan a la altura de los hombros o de la cabeza, con las palmas hacia adelante y a veces también hacia arriba, como implorando un don del *cielo*. Este gesto, que se considera la postura orante más antigua y natural, lo adoptan todavía en la actualidad los sacerdotes durante la misa.

La Iglesia cristiana primitiva recogió esta forma de plegaria, habitual en el mun-

Postura orante en época precristiana. Ídolo cretense en terracota; aprox. 1150 a.C.

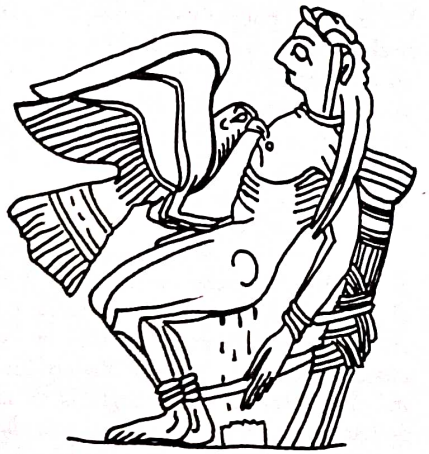


Postura orante, antigua actitud de plegaria. Relieve en un sarcófago de Tarragona. Siglo v d.C.

do mediterráneo, y le confirió un significado suplicante de bendición y ayuda. En esta postura orante aparece representado el difunto en numerosas inscripciones funerarias. En las caracterizaciones marianas de la Iglesia oriental es frecuente ver a la madre de Dios en esta posición que, por otra parte, ha perdido paulatinamente significado en Occidente.

Pozos. Frecuentemente al igual que las *fuentes*, en el sentido del antiguo concepto del mundo, los pozos son galerías de acceso al mundo inferior (el cuento de Frau Holle) o a las «*aguas* de las profundidades» que albergan fuerzas misteriosas. El hombre urbano de nuestros días apenas puede hacerse cargo de lo que significa un pozo para las comunidades rurales en épocas anteriores. En el islam, el pozo tapiado en forma de cuadrado es símbolo del *paraíso*. Representaciones paleocristianas reproducen el manantial de este jardín del que nacen los *cuatro ríos*. El elemento *agua* dador de vida aparece aquí claramente y se relaciona simbólicamente con el bautismo y con el agua y *sangre* que mana de la llaga del costado del Crucificado. A menudo representaba la escena neotestamentaria de «Jesús conversando con la *samaritana*». La creencia en la virtud sanadora del agua procedente de la tierra tiene sus raíces en cultos antiguos e incluso prehistóricos de las fuentes. El cristianismo adoptó gustosamente tales tradiciones y nacieron lugares de *peregrinación* alrededor de estos manantiales relacionados con leyendas de milagros. Se relacionaron con la Virgen María y a menudo, sobre todo, con la curación de dolencias de los *ojos* (en el sentido de la asociación de ideas espejo del agua/ojo como *espejo* del alma). En el ámbito profano hay leyendas que hablan del «pozo de la juventud» que se dice que ayuda a las personas ancianas a encontrar una nueva juventud (incluso en tribus indias del sudeste de los actuales EE.UU.: Bimini). Entre los mayas del Yucatán, unas galerías de pozos en la región peñascosa (tzenotes) eran lugares sagrados en los que se ofrecían sacrificios. En cuentos y sueños aparecen frecuentemente, como ha sido reconocido por la psicología profunda, pozos como lugares de penetración en mundos desconocidos del inconsciente, de lo escondido e inaccesible para la vida cotidiana, en relación con las ideas simbólicas del *baño* purificador, del beber de las fuentes vitales y del apagar la sed de

Pozo: Cristo y la samaritana junto al pozo. Detalle del Salterio, 1493



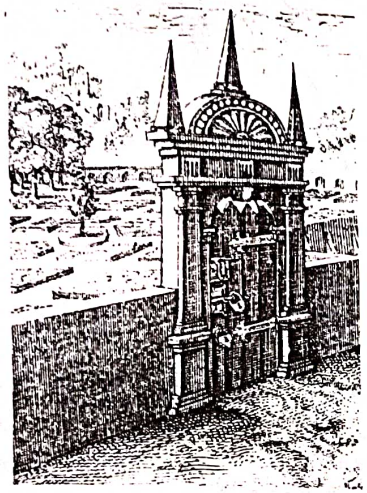
Prometeo y el águila. Detalle de una crátera de figuras negras, hacia 540 a.C., Hélade

conocimiento superior. Una contrafigura negativa es el «pozo del abismo» en el Apocalipsis de Juan (9, 3), del que sale fuego y azufre y en el que se encerrará al vencido *diablo* durante «mil años». En la antigua literatura china se relaciona el «pozo» con el erotismo y con la «fiesta de la alegría de la pareja amorosa celestial» el 7.° día del 7.° mes lunar.

Prometeo, figura de un titán de la mitología griega, figura simbólica del que tiene fe en la humanidad aun contra la voluntad de los dioses. Según la antigua tradición, Prometeo creó del barro el ser humano y burló a Zeus en el sacrificio, por lo que éste no quiso hacerle donación del *fuego*. Entonces Prometeo lo robó de la región del *cielo* y lo trajo a los hombres, lo cual hizo posible la creación de la civilización, y Zeus, para castigar a la humanidad, envió a *Pandora*. Prometeo fue encadenado a una *roca* del Cáucaso, donde un *águila* le devoraba el hígado, que volvía a crecer cada día, hasta que Heracles dio muerte al ave con el disparo de una *flecha*. Prometeo representa en muchas obras literarias (Voltaire, Schlegel, Herder, Lord Byron), en obras de las artes plásticas (Tiziano, Rubens, Böcklin) y composiciones (Beethoven: Die Geschöpfe des Prometheus, Liszt, Orff) la figura simbólica de la rebelión del pensador creativo contra un destino desfavorable.

Puente, un símbolo del paso, por ejemplo, por encima de aquellas aguas que separan el más acá del *más allá*. Sustituye al barquero que en parecidas imágenes del mundo traslada las almas. En la mitología nórdica, el puente tiembla cuando pasa por él alguien que no está muerto, y es custodiado por un centinela que hace sonar el cuerno cuando se aproximan huestes hostiles. El tender un puente entre el mundo de lo cotidiano y el otro mundo constituye un acontecimiento tan importante que se requiere un constructor de puentes (lat. pontifex, sacerdote) con objeto de realizar la comunicación entre ambos mundos. En la construcción de puentes, con su profundo sentido simbólico, debían ofrecerse sacrificios: en la antigua Roma, las *vírgenes* vestales arrojaban al Tí-

ber desde el puente viejo unos muñecos hechos de junco cuando se daba comienzo a la construcción de un puente nuevo. El *arco iris* y la Vía Láctea en el firmamento se consideraron como puentes entre los ámbitos de la existencia. El islam conoce la imagen simbólica del puente hacia el país del *cielo*, que es tan angosto como el filo de una *espada*. El que no está libre de pecado se precipita en el abismo (motivos análogos aparecen en cuentos de indios norteamericanos, en los cuales una estrecha viga de madera forma el puente). En la iconografía de la antigua China, el puente hacia el más allá es asimismo muy angosto y los pecadores caen a un sucio río de *sangre* y pus. Un puente formado por el tronco de un árbol tiene que cruzar también el peregrino Hsüan-tsang cuando trae de la India las escrituras budistas (véase *mono*). Un dios de los puentes protege el paso sobre ríos contra demonios portadores de enfermedades. En la religión del parsismo, el difunto tiene que cruzar el puente de Cinvat, que es tan estrecho como un *cabello*. Los injustos caen de él y van a parar al *infierno*. Los puentes no unen solamente, sino que representan en sentido simbólico también la situación del paso hacia una nueva forma de existencia que sólo puede lograrse mediante unos ritos de paso determinados con precisión. En *heráldica* aparecen puentes en los escudos de algunas ciudades (por ejemplo, Innsbruck, con un puente de barcas).



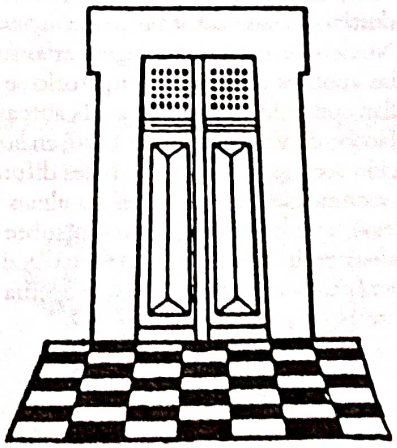
Puerta: Puerta cerrada de la rosaleda. Alegoría alquímica; M. Maier, Atalanta, 1618

Puerta, muchas veces no simboliza solamente la entrada, sino también el espacio que se esconde tras ella, el poder misterioso (véase «Sublime Puerta» como símbolo del poder del sultán turco, las «Puertas del *Infierno*», la «Puerta del *Cielo*» María). La puerta significa una entrada —como el *puente* significa el paso— a un espacio en sentido metafórico. En los *templos* las entradas a los aposentos sagrados del «Santísimo» suelen caracterizarse por puertas suntuosas que solamente puede traspasar el gran sacerdote consagrado. En muchas culturas se simbolizan ritos sobre paso de un grado de vida al siguiente («rites de passage») por medio de una puerta; la apertura de una «sagrada puerta» caracteriza celebraciones religiosas. La puerta del templo de *Salomón* en *Jerusalén* estaba flanqueada por dos grandes columnas de bronce junto a la entrada del atrio y el antiguo dios romano *Jano* vigilaba la entrada y la salida. El simbolismo cristiano de la puerta se basaba en el testimonio que Jesús da de sí mismo en el Evangelio de Juan (10, 9): «Yo soy la puerta. Aquel que entra a través de mí, será salvo...»; las puertas de las iglesias suelen ilustrar con esculturas los problemas que han de resolverse mediante la representación de las *virtudes* cristianas, así como de los *vicios* que éstas combaten. Como guardianes de las puertas del cielo actúan el

Puerta, grabado en cobre de Ludwig Richter (1803-1884)

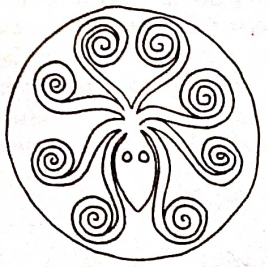
arcángel Miguel o el apóstol Pedro, que lleva las *llaves*. El relato acerca del héroe Sansón, que derriba las puertas del templo filisteo de Gaza (Jueces 16, 3) se interpreta como modelo de la acción redentora de Cristo, el cual redime a las personas piadosas de la Antigüedad que se hallan esperando en el «limbo» (el «reino de la muerte»), rompiendo el cerrojo del She'ol (Anastasis, véase *más allá*). En muchas culturas, los santuarios están protegidos junto a sus puertas por figuras de guardianes (por ejemplo, por *leones-perros*); véase *Torii*. «Una puerta es ciertamente el elemento más importante de una casa. Se la abre, se la cierra, se llama a ella. Es un umbral, un límite. Si se la franquea entrando o saliendo por ella, se penetra en otras condiciones de vida, en otro estado de conciencia, porque ella conduce hacia otras personas, hacia otra atmósfera» (Algernon Blackwood, 1869-1951).

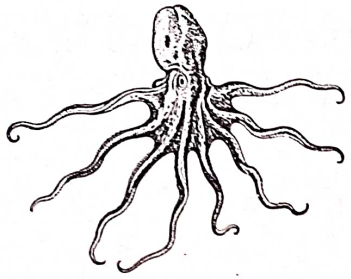
Puerta: la entrada al santuario del templo de Salomón de Jerusalén (véase columnas) como símbolo francmasónico



Pulpo. Molusco marino de ocho brazos, representado frecuentemente en pequeñas placas doradas de la época postminoica-micénica, y que poseía un claro y extendido significado mítico-alegórico. Sus brazos, al retorcerse en *espirales* alrededor de un cuerpo con dos *ojos*, crean una impresionante y simétrica sensación de cabeza con cabellos *serpentinos*. Es probable que la cabeza de la Medusa, la que cercenara Perseo a una de las hermanas *Gorgonas*, tenga su origen en una falsa interpretación de representaciones de este animal en épocas anteriores, animal que con sus ojos tan desarrollados y sus brazos prensiles —fantástico y estrafalario para las gentes del interior— quizá fuese el antecedente del monstruo mítico Skylla (Escila) que amenazó al argonauta Ulises y a sus compañeros.

Pulpo en una pequeña lámina dorada. Micenas, aprox. año 1300 a.C.





Pulpo según el nomenclator de C. Gesner. Zurich, 1650

Por lo común, ya en la Antigüedad, estos cefalópodos —sobre todo el calamar— eran alimento muy apreciado en las regiones costeras. Su excreción oscura, o tinta de calamar (sepia), se usaba para escribir, y su mordedura se creía venenosa. La nube oscura que formaba su tinta tal vez simbolizase la relación de este animal con determinados poderes ocultos. También compartía ocasionalmente con el *cangrejo* la representación del signo del zodíaco cáncer.

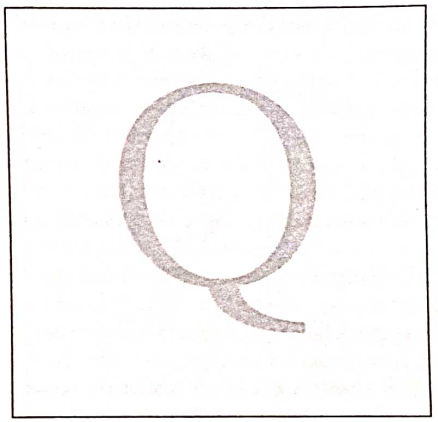
Purgatorio, según la doctrina católica, un estado de purificación en el *más allá*, en el que las almas de los difuntos que se hallan en «gracia de Dios», pero que en el momento de morir no han alcanzado el estado de la pureza, experimentan su preparación para el estado del *cielo*. La idea de una purificación aparece ya expresada en el diálogo «Gorgias» de Platón (427-347 a.C.); en los padres de la Iglesia, Tertuliano, Ambrosio y Agustín, se deriva de los escritos canónicos y, a mediados del siglo II d.C., se consolida hasta el extremo de que en las inscripciones fúnebres son corrientes las preces por las almas de fieles difuntos. Símbolo de esta purificación (¡un concepto

El purgatorio en la leyenda de santos de Auer (1890), correspondiente al 2 de noviembre, Día de los fieles difuntos

metalúrgico!) es el *fuego*, que se considera como el del *infierno* pero limitado temporalmente; iconográficamente se representa a menudo la escena de las almas con figura humana de los muertos en medio de las llamas con gestos suplicantes, y en el momento de haber expiado la pena por pecados veniales unos *ángeles* que las reciben para llevarlas al cielo. Con estas «pobres almas» se siente unida la Iglesia católica en una comunidad sobrenatural de destino. (Véase *luz, agua, fuego, infierno.*) Numerosas narraciones legendarias sobre las «pobres almas» del purgatorio se hallan contenidas en la «Legenda aurea» de Jacobo de Vorágine (hacia 1270) en la sección acerca del Día de los fieles difuntos («conmemoración de todas las almas fieles»), que ofrece información sobre las ideas múltiples, y en parte instructivas simbológicamente, de la Edad Media sobre el más allá.

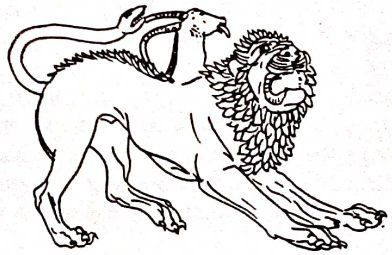
Quimera (griego Chimaira), en el uso actual del lenguaje simboliza todavía sólo algo fantástico e irrealizable; en la Antigüedad, un ser híbrido ya mencionado por Homero, consistente en *león*, cabra y *serpiente*. Cada una de estas figuras animales aparece también dotada de una cabeza propia en la etrusca «Quimera de Arezzo». Dícese que la Quimera era hija de Equidna, una mujer-serpiente, y del monstruo del mundo subterráneo Tifón; su hermano era el perro infernal Cerbero. Su figura triple se concibe también como símbolo del año dividido en tres partes, representando el león la primavera, la cabra el verano y la serpiente el invierno (R. v. Ranke-Graves). En la leyenda, el héroe Belerofonte, montado en su alado caballo *Pegaso*, mató a esta criatura. Belerofonte se convirtió por ello en un prototipo precristiano de matadores de *dragones* como san Jorge y san Miguel. Ocasionalmente, en mosaicos y capiteles medievales se representaron quimeras como personificaciones de poderes satánicos. En la Antigüedad, esta espantosa criatura era animal heráldico de varias ciudades, como Corinto y Cízico. La interpretación racionalista, hizo de este ser triforme la personificación de los peligros de tierra y de mar, pero sobre todo símbolo de las fuerzas volcánicas del interior de la tierra.

Quimera: grabado en madera de la mitología renacentista de V. Cartari, 1647



Quintaesencia, símbolo de una concepción *alquímica* que ha pasado al lenguaje corriente y según la cual los *cuatro* elementos del mundo de las ideas de la Antigüedad (*agua*, *fuego*, *tierra*, aire) debía completarse con una *quinta* esencia primaria: con el elemento puramente espiritual del espíritu cósmico parecido al «éter». Su participación en el conjunto del mundo debía elevarse mediante la actividad espiritual que lleva a lo esencial. Este «quinto elemento», como corona del ámbito de cada elemento, es equivalente al *delfín* en el *agua*, al *águila* en el aire, al *fénix* en el *fuego* y al *hombre* en la tierra, pero al mismo tiempo debe envolver a cada elemento y extenderse más allá de él. El *pentagrama* es la configuración gráfica del pensamiento de la quintaesencia.

Quimera: escultura etrusca en bronce, siglo IV a.C.



R

Ramera, nombre despectivo de las prostitutas. La prostitución por motivos religiosos, por ejemplo, en honor de una diosa de la fecundidad y vitalidad, estuvo muy difundida en Oriente y fue concebida como expresión de abnegada autoentrega de la mujer a la divinidad (o a los extranjeros o sacerdotes que la representaban). Esto explica el nombre hebreo de «qedeshah» (consagrada) y la palabra griega «hieródula» (muchacha sagrada). La ley mosaica (Deuteronomio 23, 19) prohibía esta costumbre: «Entre las mujeres de Israel no debe haber prostitución en el templo... No llevarás al templo del Señor ni salario de ramera ni dinero de perro... estas dos cosas son para el Señor, tu Dios, una abominación». Pero, pregunta la Carta de Santiago 2, 25: «¿Acaso Rahab, la ramera, no fue justificada por sus obras, cuando acogió hospitalariamente a los mensajeros?». Esto se refiere a la ramera Rahab, que en Jericó había escondido a los emisarios de Josué (2, 1-24) y preparado la conquista de la ciudad. Sin embargo, predominaba la aversión hacia la sexualidad extraconyugal (*Babel, Sodoma y Gomorra*), como se muestra sobre todo en el Apocalipsis de Juan, cuando se habla de la «gran ramera *Babilonia*» (véase *rojo*). Las *hetairas* de Grecia tenían como prostitutas una categoría social superior y no podían confundirse con ellas.

Rana, aunque animal pequeño, es una criatura muy interesante desde el punto de vista de la simbología. En el antiguo Egipto, a causa de su fertilidad y probablemente también por su sorprendente cambio de figura desde el *huevo*, pasando por la fase de renacuajo, hasta el ser de cuatro patas que recuerda remotamente la forma humana, se convirtió en un símbolo de la vida que se origina y se renueva constantemente. No era raro que se representara a los dioses primigenios de la *Octuplicidad*, surgidos del barro, con cabeza de rana. A la diosa del nacimiento Heket (Hiqet), bondadosa asistenta de la religión popular, se la veía como una rana. En la antigua China predominaba la opción de que las huevas de rana caían del cielo junto con el *rocío*, y por esto se llamaban en vez de «wa», con frecuencia metafóricamente

Ramera: grabado en madera para «Das Newe Testament Deutzsch» de Lutero, Wittenberg, 1522

Rana.

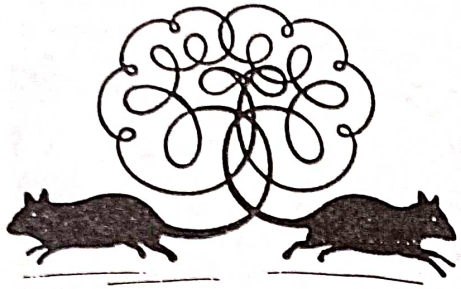
Rana: grabado en madera en la obra del Pseudo-Alberto Magno, Francfort, 1531

«t'ien-chi», gallina celeste, con lo cual es posible que existiera en primera instancia una relación mítica con la *luna*. Un texto antiguo dice que una de las dos almas del hombre tiene figura de rana. Se dice de los poetas y de los *emperadores* que con una simple prohibición podían impedir el molesto croar de las ranas. En la Antigüedad europea es conocida la transformación en ranas de unos campesinos licios envidiosos que a una diosa sedienta quisieron ensuciar el agua que quería beber, saltando dentro de ella y enturbiándola. En la magia popular, la rana desempeñaba un papel tan grande, que Plinio hizo la siguiente observación: si de los magos dependiese, las ranas serían para el mundo más importantes que todas las leyes. Así, por ejemplo, una *lengua* de rana puesta sobre el *corazón* de una mujer que estuviese durmiendo, haría que ésta respondiese conforme a la verdad a todas las preguntas. En el modo cristiano de comprender las imágenes, desempeña un papel la «plaga egipcia» de las ranas que aparecieron masivamente (Éxodo 8, 2-14) y esta interpretación negativa se repite en el Apocalipsis de Juan (16, 13). Los padres de la Iglesia aludieron a la vida en el fango y al ruidoso croar de las ranas e interpretaron todo ello como símbolos del *Diablo* o de los que enseñaban herejías. En cambio, en el Egipto copto repercutió la imagen positiva, más antigua, de la rana, por lo cual se la representaba en lámparas de aceite como símbolo de la resurrección. En Europa, la rana es atributo de san Hervé y de san Pirmín de Reichenau, el cual, según la leyenda, al igual que unos soberanos y poetas chinos, pudo mediante una simple orden hacer callar las ranas croadoras de su isla rodeada de tierra pantanosa. (Véase *Sapo*.)

El psicólogo experto en psicología profunda Aeppli menciona que la rana, como animal de tierra y de agua, inspira ciertamente repugnancia a algunas personas, pero que como símbolo onírico posee un significado positivo. Su desarrollo hasta convertirse en el animal completo, «y además la semejanza humana de sus manecitas natatorias, han hecho de este animal un parecido de un grado inferior de la transformación psíquica. Por esto en el cuento del "rey rana", la rana puede convertirse en un príncipe, la criatura despreciada en un personaje de prestigio. En la rana se experimenta más lo vivo, en el sapo más lo inerte. Éste es un animal onírico declaradamente femenino-maternal». El psicoanálisis en el sentido de Sigmund Freud, en cambio, ve en la escurridiza rana, que quiere ser admitida en la camita de la princesa, un símbolo apenas disimulado del órgano sexual masculino, que no puede ser aceptado hasta su transformación en «persona completa». Como portadora de un mensaje religioso la rana aparece en las declaraciones recibidas mediáticamente por el visionario estirio Jakob Lorber (1800-1864), el cual pretende haber recibido del «Señor y Salvador» el siguiente mensaje: «La rana croa la mayor parte del día en su gozo por la vida

que siente en su charca y me alaba por ello en su alegría croante por la posesión de la vida». Por ello podría servir a los hombres como «apóstol docente».

Rata, como en el caso del *ratón*, un animal simbólico predominantemente negativo que, no obstante (también como el ratón), puede representar también el alma. El «cazador de ratas de Hamelin» es considerado muchas veces símbolo del cazador de almas y seductor engañoso. Por su papel de destructora de provisiones y de transmisora de enfermedades llegó la rata a tener la fama de estar relacionada con el *diablo* y sus demoníacos colaboradores y de servir a las *brujas* para dañar a personas inocentes. Sólo raramente se diferenciaban de los ratones. Completamente distinta es la manera como se considera el papel de la rata en las culturas del sur y del este asiático; en algunos lugares de la India se la alberga en templos propios y predomina sobre todo la creencia de que las ratas aplacan a los demonios de las enfermedades. En el Japón se representa a la rata también como cabalgadura del dios de la erudición Ganesha, de cabeza de *elefante*, como acompañante del dios de la buena suerte. Allí, como en la China, se consideraba una señal inquietante la ausencia de ratas en la casa y en el patio (como en el dicho de que las ratas abandonan un *barco* que se está hundiendo). Cuando la rata roe, «cuenta dinero», y al avaro le llaman en la China «rata de dinero». En la China meridional se le atribuye el papel de héroe cultural que trajo al hombre el *arroz*. Por otro lado, también en la China se consideró a las ratas (ta shu o lao shu) en parte demoníacas: algo así como el contrapunto masculino de las *zorras*, espíritus femeninos. En el zodíaco chino la rata es el símbolo de animal del primer mes, como lo es el carnero (*aries*) en el zodíaco europeo. Según esto, años de la rata son 1972, 1984, 1066, etc.



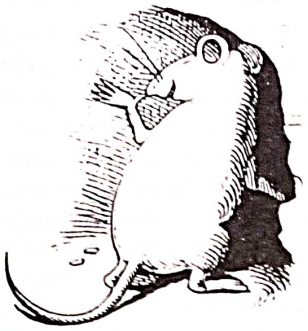
Rata: las ratas con los rabos entrelazados, como imagen de la confusión. Ilustración de un libro infantil de F. Pocci, 1846

Rata: cazador de ratas. Grabado inglés en madera, hacia 1650

Ratón. A pesar de (o precisamente a causa de) su diminuto tamaño, desempeña un considerable papel en la creencia popular tradicional y con el consiguiente simbolismo. Muchas veces se lo considera una representación del alma que se desliza rauda y apenas visible como el espíritu vital del hombre, cuando éste muere. La zoología antigua mencionaba el efecto terrorífico que causaba en el *elefante*, su supuesta procreación mediante el acto de lamerse mutuamente y la idea de que los ratones en Egipto nacían del cieno del Nilo y su hígado crecía y disminuía según las fases de la *Luna*. Como animales tímidos de los espacios oscuros se les atribuían fuerzas demoníacas y proféticas. Decíase que sus silbidos y danzas anunciaban tiempo *tormentoso* y su actividad de roer objetos del culto presagiaba desgracias. La supuesta lubricidad de los ratones contribuyó a que en la imagen de algunas monedas se les representase junto con la diosa Afrodita (*Venus*). Una parodia antigua de la poesía épica heroica es la sátira de la «guerra de las *ranas* y los ratones» (batracomiomaquia) de un autor desconocido, pero atribuida a *Homero*. También se decía que en el *sueño* el ratón-alma podía abandonar el cuerpo del durmiente y regresar a él. Según la fe islámica, en algunos ratones habitan miembros de una tribu israelita. Se interpreta que los ratones que devoraron al malvado obispo Hatto en su «Torre de los Ratones» de Bingen, junto al Rin, son las almas de las personas que él en su avaricia dejó morir de hambre. El aspecto más negativo de la imagen del ratón se basa en la observación de que no solamente destruyen las provisiones (se dice que Apolo Smintheus en la Antigüedad y santa Gertrudis en el cristianismo protegen contra ello), sino que —junto con las *ratas*— también pueden transmitir enfermedades. Por ello se convirtieron en símbolo de potencias enemigas del hombre y demonios diabólicos. Los que están completamente borrachos ven en su delirio ratones blancos (entre los aztecas, en cambio, «400 conejos»). Del mencionado Apolo de los Ratones se decía que disparaba las *flechas* de la peste. «Por esto la vista de estos voraces animales llena al hombre de asco y aversión», escribe E. Aeppli en relación con el simbolismo de soñar con ratones. «Aquí y allá tiene en el sueño el ratoncito el sentido de algo bonito aunque no exento de peligro, de la misma forma que la palabra se ha convertido en término cariñoso del lenguaje erótico inconsciente... En el nivel de la metáfora de órganos corporales, este animalito representa de vez en cuando el órgano sexual femenino en los sueños de hombres jóvenes. El otro aspecto del furtivo roedor está mucho más difundido...» La multiplicidad de legiones de ratones puede hacer evidente «que lo psíquico que hay en nosotros, disociado en partes diseminadas y voraces, corretea raudo por los graneros oscuros de nuestra vida». Véase *rata*. En cambio, en los modernos tebeos y dibujos animados, el ratón desempeña el papel del astuto pequeño que con

Ratón: pequeña escultura de bronce, época tardía del antiguo Egipto

Ratón: ratones en la despensa. Fábulas de Esopo, Ulm, 1475



Ratón (Wilhelm Busch)

sus ardides se burla de su superior enemigo, el *gato*, de un modo parecido a como el joven *David* venció al *gigante* Goliat. También en papiros del antiguo Egipto está ya representada la guerra de gatos y ratones.

Rayo. La impresionante descarga de electricidad «celeste» que trae a la tierra *fuego* y destrucción es, en todas las culturas antiguas, expresión y símbolo de poder sobrenatural. Casi siempre es el dios del cielo o el *rey* de los dioses el que, con la ayuda de *hacha* o *martillo*, aniquila a criaturas hostiles en la tierra o castiga a humanos rebeldes. A causa del origen celeste, el rayo desempeña también un papel como símbolo de la iluminación supraterrenal. En regiones secas que dependían de los aguaceros, se relacionó el rayo también con la fertilización de los campos y se consideró como símbolo de vitalidad masculina. Entre los etruscos, la contemplación de los rayos (brontoscopia) era una importante ayuda para el oráculo; los relámpagos en el este se consideraban favorables, en el oeste desfavorables, en el nordeste óptimos, los del noroeste eran señales de desgracia. Esta manera de interpretación fue adoptada por los sacerdotes de los oráculos romanos. El rayo o relámpago era obra de Zeus Keraunos (lat. *Jupiter* Fulgur), como también del dios eslavo del *trueno* Perun (en letón Perkos, en lituano Perkunas) o, en épocas más antiguas, del oriental Hadad. Las personas muertas por un rayo se consideraban a menudo marcadas por la divinidad y eran enterradas en el mismo lugar de su muerte. En época cristiana, el rayo y los relámpagos en la iconografía simbólica son la expresión de la presencia inmediata de Dios (revelación de los mandamientos en el *monte* Sinaí) o de su castigo (en el día del Juicio final). En la emblemática del Renacimiento se convierte el rayo para el hombre en signo de advertencia de la inescrutable providencia. («De qué sirve la construcción de una fortaleza, la circunvalación, muros y foso / Cuando Dios lo enciende desde arriba. De poco valen el cuidado y diligencia del vigía / Sólo el cuidado divino puede impedir la desgracia» (Hohberg, 1675).

Entre los indios norteamericanos, el rayo procede de sobrenaturales «pájaros del trueno»; también ellos lo reproducen con el dibujo en zigzag corriente entre nosotros. Entre los aztecas de México, el rayo estaba representado por el dios Xolotl en figura de un *perro*, que al mismo tiempo era acompañante de los muer-

Rayo: Zeus/Júpiter lanza rayos contra los titanes. V. Cartari, 1647

Rayo: fortaleza herida por el rayo. Cobre emblemático de W. H. Barón de Hohberg, 1675

tos. El rayo hiende la *tierra*, y hace con ello, para dioses y humanos, expedito el camino del mundo subterráneo. (Véase *tormenta*.) En el antiguo Perú de la época incaica, rayo y trueno se designaban con el mismo nombre común, illapa, nombre que también daban los indios a la bombarda de los conquistadores españoles. Sin embargo, según Garcilaso de la Vega (1539-1616), el rayo y el trueno no eran honrados como divinos, sino que eran tenidos como servidores del sagrado *sol* que no habitan en el cielo, sino en la región aérea. En el simbolismo de la psicología profunda, el rayo se relaciona sobre todo con la vitalidad masculina. El «fuego» por él encendido «de la pasión, así como la conmoción de las ideas, sin embargo, es también llama en la que uno puede arder... El rayo de fuego puede descender poderosamente desde un cielo sereno como desde un cielo oscurecido» (E. Aeppli).

En muchas culturas, se ha considerado al rayo también como una *serpiente* que baja impetuosamente del cielo. En el antiguo México, hay que mencionar aquí —junto al referido perro Xolotl— la «serpiente de obsidiana» Itzcóatl, en la antigua mitología finlandesa una «serpiente de colores». De ella se refiere que cayó en las profundidades del *mar*, donde se tragó el salmón y de su vientre sacaron los hombres las refulgentes *chispas* del *fuego* del cielo. La naturaleza de los dioses celestes, superior a toda fuerza humana, se simbolizó mediante el mito de la princesa griega Semele, en el que Zeus, el padre de los dioses, se manifiesta como rayo procreador. «Al prometerle Zeus satisfacerle todos sus deseos, Semele le pidió que fuese a ella como pretendiente tal como se había acercado a Hera. Zeus no pudo hacerse atrás en lo prometido, y montado en un carro, con relámpagos y truenos, entró en el aposento de ella y lanzó su rayo. Semele, aterrada, perdió el conocimiento; trajo al mundo un niño de seis meses que arrebató a Zeus el fuego por éste atizado y lo cosió en su muslo» (Biblioteca de Apolodoro, 26 s.); el niño era el dios de la borrachera Dionisos, al que Zeus transformó en un chivo (véase *macho cabrío*) para protegerle de su celosa esposa (véase *Baco*).

Rayo: cobre emblemático de J. Boschius, 1702

Red. Un tejido parecido a una red recubría algunas *piedras* del *Omphalos*, aunque no está muy clara la función de este «agrenon» (¿serviría para que quedaran atrapados algunos seres sobrenaturales que habían escogido el Omphalos como potencial morada?). En el mito griego, el dios herrero Hefesto (lat. Vulcano) atrapa con una red de alambre indestructible de bronce a su infiel esposa Afrodita (*Venus*) y a su amante *Ares* (Marte) durante el acto sexual para entregar a ambos a la burla de los dioses. Esta red de la diosa del amor puede concebirse como requisito de su originario papel de diosa del *mar* y de la pesca (Ranke-Graves). Una red es en general un símbolo de la pesca como también corresponde a su función normal. Ran, la diosa nórdica del mar, hija de Aegir, pesca con red a los ahogados y los lleva a su reino de los muertos. El «tramposo» héroe Maui de los mitos polinésicos atrapó en una red al *Sol* y robó el *fuego* para ofrecérselo a los humanos. En la antigua Persia, la red es símbolo del místico que con ella quiere «coger» la iluminación. En el Evangelio de Lucas se habla de la abundante captura de *peces* con redes en el lago de Genesaret (5, 1-11), un modelo de la posterior «pesca de hombres» por parte del apóstol. La red de la *araña* es en la India símbolo del orden cósmico, por la estructura radial, símbolo también de los rayos del espíritu divino. Estructuradas de manera análoga están en la región del Himalaya las «redes para capturar demonios», consistentes en varas e hilos, destinadas a servir de trampa para los espíritus malignos. En la India, la red de la araña es también símbolo del engañoso mundo de los sentidos (maya) que retiene a las personas débiles pero que los sabios pueden rasgar. En «La red del diablo» de Hugo vom Trimberg (1230-1330), poema de hacia 1290,

Red: grabado emblemático de la obra de W. H. Barón de Hohberg, 1675

un piadoso ermitaño induce al *diablo* a revelar su estrategia. El diablo refiere que sus criados (Soberbia, Envidia, Odio, Avaricia, Gula, Lujuria e Ira) salen con una gran red para capturar a personas de todas las clases sociales y profesiones, una imagen opuesta a la de la «abundante pesca» de los apóstoles.

Reina. Desde el punto de vista de la simbología, la reina no ocupa imprescindiblemente un puesto que corresponda al *rey*, sino que en *sistemas duales* aparece más bien en el ámbito profano como un mero elemento complementario sin gran independencia. Esto debe atribuirse evidentemente a las circunstancias sociológicas que reinaban en Occidente, que ciertamente conocían reinas reales pero en la vida cotidiana asignaban un papel secundario al sexo femenino. En cambio, en *cuentos* y leyendas aparecen a menudo figuras de reinas procedentes del ámbito sobrenatural, como por ejemplo, la reina de las hadas o —bajo un signo negativo— una reina de las *brujas* (llamada «la dama» o «la señora» en el País Vasco). Estas figuras simbólicas permiten deducir el hecho de que en tiempos más antiguos se otorgaba a la mujer, por lo menos en el ámbito sacral, una influencia mayor que en la época cristiana, sin que por ello pueda hablarse históricamente de un período «ginecocrático» o «matriarcal» de la historia de la humanidad. Desde el punto de vista psicológico, hay grandes reinas que desempeñan un papel importante, por ejemplo en los sueños, como imágenes primigenias del «gran femenino» o de la *madre* en general.

Reloj de arena o ampolleta, no primordialmente un símbolo de la muerte, sino del paso del tiempo, lo cual naturalmente también incluye un «memento mori» (piensa en la muerte o que se aproxima inexorablemente la hora de morir). El reloj de arena forma parte ante todo de los atributos del dios del tiempo *Chronos* o Aion. Comoquiera que este aparato de medir el tiempo debe ser invertido una y otra vez para que funcione, también se le relaciona con una imagen

Reloj de arena, símbolo del paso del tiempo. Wilhelm Busch

cósmica de transcurso cíclico del tiempo, o sea, con el «eterno retorno» de situaciones cósmicas. Como exhortación a la virtud el símbolo del reloj de arena debe recordar la moderación, para que el tiempo que le ha sido concedido al hombre no se acorte arbitrariamente con los excesos. Los santos ascetas Ambrosio y Magdalena aparecen representados con el reloj de arena. En la «cámara oscura» del ritual *francmasónico* (en francés «Chambre des reflexions») forma parte de los objetos simbólicos que el candidato debe contemplar meditando (véase *oscuridad*).

Rey, una figura simbólica de dominio sólo comprensible en el grado de una civilización desarrollada o en su esfera de influencia, que proyecta en la sociedad humana el principio patriarcal (véase *padre*) del mundo de los dioses, o que representa la contraimagen de soberanía masculina de una religión solar en la tierra (las *reinas* tienen más raramente un valor simbólico y hacen referencia a rasgos *matriarcales* de las correspondientes culturas. Casi siempre sirven a la representación de campos de conceptos sacrales). En muchas culturas antiguas, el rey debe encontrarse en la plenitud de la vitalidad y no puede manifestar síntomas de envejecimiento. Si tales síntomas aparecen, debe someterse a la costumbre de la autoinmolación o del regicidio. Muchas veces debe considerarse en el caso ideal de los héroes más importantes, pero, no obstante, no puede tomar parte activa en los combates. Por analogía con la divinidad, se le atribuyeron fuerzas sobrenaturales, como la de la curación de enfermos mediante la simple acción de tocar a los dolientes, fuerza que se dice le fue infundida en el acto sagrado de la coronación (véase *corona*). Personifica el divino orden mundial del cosmos dentro de su reino, como el *sol* personifica el del *cielo* (constituyen ejem-

Rey: los «tres santos reyes» de Belén, en realidad astrólogos. Leyenda de los Santos, de W. Auer, 1890

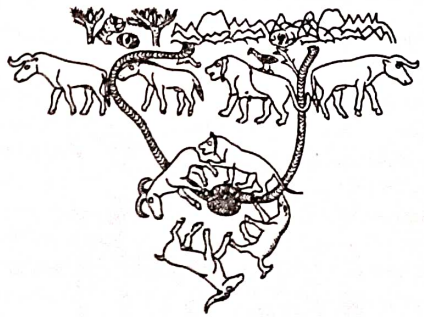
Rey: uno de los «tres santos reyes», fresco copto de la iglesia de Faras, en Nubia, hacia 1200 d.C.

plos, entre otros, el faraón como imagen terrestre de Ra, el inca como imagen del dios solar Ynti o el japonés Tenno, así como el barroco «rey Sol» Luis XIV). El culto romano de los soberanos en la época posterior a la divinización del difunto Julio César y el Imperio de ello resultante —posteriormente modificado en soberanía «por la gracia de Dios»— es la ulterior manifestación de este mundo de ideas, aceptada de buen grado en el cristianismo mediante la sanción eclesiástica y participación en la ceremonia de la consagración y coronación. El fundamento se encuentra en el deseo de personificar una autoridad que garantice el bienestar del pueblo.

Los «tres santos reyes» junto al pesebre del Niño Jesús se designan en el Evangelio (Mateo 2) sólo como «sabios» (magos, *astrólogos* de Oriente), pero ya en épocas anteriores se les consideró reyes y representantes de los tres continentes conocidos, Asia, África y Europa; y los nombres tradicionales de Gaspar, Melchor y Baltasar también carecen de fundamento bíblico. Representan también tres edades de la vida (Gaspar, europeo, anciano; Melchor, asiático, hombre maduro; Baltasar, hombre joven, «moro») y la adhesión del mundo pagano, aún no convertido, pero que ya presiente la Redención, ante el recién nacido Cristo. En el *simbolismo alquímico*, el rey, casi siempre sólo con la reina, está representado como elemento del *sistema dual Sol-Luna* (Gabricius-Beya, *Venus-Marte*, etc.) en el sentido de la doctrina dual de *azufre y mercurio*, que juntos, tras el medio de purificación del proceso alquímico, forman la *«piedra* filosofal», generalmente representada como *andrógino* coronado. La escuela de psicología profunda, según C. G. Jung, se ha ocupado extensamente del simbolismo alquímico y considera al Rey menos como símbolo de autoridad paternal («imagen del padre») y más como arquetipo de intuición y sabiduría superiores en el fondo de los símbolos psíquicos heredados. En los cuentos populares europeos, la figura del rey constituye primordialmente el objetivo de todas las aventuras y viajes que el héroe debe vivir en el transcurso de su maduración y formación con el fin de cumplir con su misión. En ello no desempeña ningún papel la nobleza de nacimiento, sino que, en el proceso de «hacerse rey» de la figura central, proveniente de sencillas capas sociales, se trata de la posibilidad de poder identificarse con aquella figura y dirigir las

propias disposiciones hacia el máximo desarrollo posible. En el mundo de la leyenda se convirtieron en figuras simbólicas, entre otros, el antiguo rey inglés Artus (Arturo) y el Federico Barbarroja que dormía en el Untersberg de Salzburgo o en el Kyffhäuser.

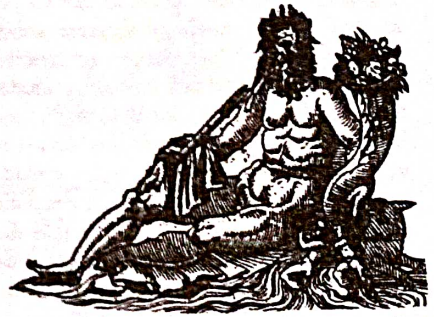
Río, corriente. Junto a las grandes corrientes se originaron hacia 3000 a.C. las grandes civilizaciones del Viejo Mundo. Lo que Hoangho, Ganges, Indo, Éufrates-Tigris y Nilo significan como líneas directrices para la historia de la humanidad, hasta ahora nunca ha aparecido representado como término de comparación y compendio (en el Nuevo Mundo no puede observarse este fenómeno). Desde el punto de vista de la simbología, el río es aquella *agua* que no actúa estáticamente como el mar, sino que por su fluir y por sus inundaciones influye persistentemente en la dinámica y en la división del tiempo. La antigua tradición judaica del *paraíso* ve la tierra circundante dividida según *cuatro* puntos cardinales: Pisón (¿Indo?), Gihón (¿Ganges?), Hiddekel (¿Tigris?), y Éufrates. También la delimitación del ámbito vital con respecto al *más allá* se imaginó muchas veces mediante un río, y también al Okeanos que circundaba la Ecumene se le imaginó como un río que rodeaba el orbe en su límite. A menudo se busca en el ámbito supraterreno la fuente de cada uno de los ríos importantes; así, por ejemplo, el Nilo, en egipcio «Jotru», en una caverna; los principales ríos de Asia (Brahmaputra, Ganges, Indo y Oxus) en la montaña Meru. En la antigua China se atribuye gran importancia al amansamiento de los dioses fluviales por el mítico emperador primigenio Yü, y se ofrecieron en otro tiempo sacrificios humanos para aplacar a estos seres de la naturaleza. Dícese que en los ríos vivían reyes



Río: dos ríos (¿Éufrates y Tigris?) en el paisaje. Grabado en una vasija de plata, Maikop en Caucasia, hacia 1800 a.C.

dragones que esperaban ofrendas (símbolos y personificaciones del peligro que se origina por medio de las inundaciones y cataratas), y se consideraba a las personas ahogadas como seres peligrosos que buscaban entre los que se bañaban sustitutos para liberarse ellos mismos para un nuevo renacimiento. De la antigua Hélade se conocen nombres de dioses de ríos (Acheloos, Escamandro, Cefiso, etc.) a los que se hacían diversas ofrendas (*toros, caballos*, rizos de *cabellos, ovejas*). Tales dioses fluviales se representaban generalmente como seres híbridos de hombre y animal, por ejemplo, como hombre con cabeza de toro o como *centauros* (nessos). En la antigua Roma, el Tíber era venerado como «Tiberinus pater» y considerado como

Río: El dios Tíber, según Cartari, 1647



Río: Moisés es recogido por la hija del Faraón de las aguas del Nilo. G. Doré (1832-1883)

padre de todos los ríos. En la época cristiana, los ríos del paraíso solían bosquejarse en los baptisterios simbólicamente, y el agua del bautismo se comparaba con la del Jordán en la que Jesús fue bautizado por Juan. A los ríos del paraíso, en armonía con la mitología griega, se contrapusieron cuatro ríos del *infierno*: Aqueronte, Cocito, Estige y Flegetón o Piriflegetón (río de fuego).

Completamente viva se halla en la India la veneración del Ganges, cuya agua se dice que puede destruir todas las faltas humanas («como el fuego consume la madera, así consume el Ganges los pecados»), como puede observarse sobre todo en Benarés. El Ganges se concibe como una corriente que bajó directamente del cielo, enviada por Brahma, y que limpia tanto la ceniza de los muertos como también los cuerpos de los vivientes de toda mancha de pecado, después de que el dios Shiva la recogiera y la dirigiera hacia su cauce. También la peregrinación a las fuentes de la sagrada corriente se tiene por sumamente meritoria para borrar un karma cargado (el karma es la suma de los actos humanos cuya consecuencia forma las reencarnaciones siguientes). En heráldica, los ríos y las olas significan, según Böckler (1688), «que el padre de tal noble descendencia, o bien efectuó en el servicio de su señor grandes viajes por mar, o bien en un río comenzó a atacar o a perseguir al enemigo, o bien que realizó en el agua una loable proeza. Ahora bien, de la misma manera que el agua que se mueve constantemente no quiere soportar ninguna putrefacción ni ningún cadáver, sino que lo arroja con olas inquietas: así los nobles caracteres no pueden estar ociosos ni soportar a aquellos que resultan pesados con su malsana palabrería. El agua clara limpia de toda suciedad, como un amigo que no sólo avisa de las faltas, sino que también enseña los medios de librarse de ellas».

Rocas y bloques de *piedra*, a causa de su consistencia, se consideran generalmente como símbolos de lo inmutable, permanente y sólido y con ello también como un símbolo de Dios. Esto es especialmente cierto cuando se distinguen por formas sorprendentes; entonces muchas veces se los concibe como sedes de determinados personajes sobrenaturales o como personas petrificadas (convertidas en piedra como castigo por una mala acción). En la antigua China, las rocas son símbolos de longevidad y del elemento primario yang (en oposición a *yin*, representado por cascadas). En algunas regiones se rogaba a las piedras en demanda de *lluvia* y para lograrlo se las golpeaba. Entre los judíos, el bloque de piedra en el suelo del Sancta Sanctorum del templo de Jerusalén se consideraba como el lugar de la creación del mundo y centro del orbe (véase *Omphalos*). Los dioses y

Roca: el dios de la luz Mitra nacido de la roca. Relieve, Roma

héroes de muchas culturas nacieron como rocas, por ejemplo, Mitra. En el cristianismo, el agua que Moisés hizo manar de una roca (durante el éxodo de Egipto de los judíos) es símbolo del agua del bautismo y el agua de la fe dadora de vida. El apóstol Simón Pedro (en griego Petros, roca) es una figura simbólica de la base inconmovible sobre la que está construida la Iglesia de Dios. Los bloques de piedra son elementos de la arquitectura y ya hacia el año 4800 a. C. se juntaron para formar monumentales megalitos en el noroeste de Europa. También aquí es posible que la cualidad de solidez y consistencia haya suscitado el concepto de lo que permanece para siempre. Columnas de piedra (*Menhires*), interpretadas a menudo como símbolos fálicos, probablemente eran más bien la sede de almas de antepasados en la proximidad de los sepulcros de piedra.

En el simbolismo *francmasónico*, la piedra «tosca» (sin labrar) es para el aprendiz, el cual a su vez necesita ser perfeccionado; en cambio, la piedra «tallada» simboliza el perfeccionamiento. En tanto que la roca puede simbolizar las facultades del hombre no desarrolladas, su refinamiento está simbolizado por múltiples ritos de ennoblecimiento (véase *Piedra de los sabios* o filosofal, *Piedras preciosas*). Ciertas cimas rocosas de *montañas* fueron especialmente apreciadas en rituales de muchas culturas, y también las sorprendentes agujas rocosas (por ejemplo, la roca Idafe entre los habitantes primitivos de la isla canaria de La Palma antes de la conquista por los españoles). Determinadas piedras se consideraban también como cargadas de energía («piedras calientes» de la Bretaña) y transmisoras de vitalidad, como por ejemplo, cuando sobre ellas se sentaban mujeres estériles (también en la antigua China). (Véase *cuevas*.) El simbolismo de la roca está ampliamente atestiguado en el Antiguo Testamento de la Biblia; por ejemplo, en el Salmo 31,3: «Sé para mí una roca protectora, una sólida fortaleza, que me salva. Porque tú eres mi roca y mi fortaleza...», o en la oración de acción de gracias de *David*: «Señor, mi fortaleza, mi salvador, mi Dios, mi roca, en el que busco mi refugio...» (II Libro de Samuel 22, 2s). La idea de la roca como imagen primaria de la divinidad tenía una gran importancia entre los hurritas y los hititas, donde el padre de los dioses Ku-

Roca de W. H. Barón de Hohberg, 1675

marbi engendra de una roca a su hijo Ullikummi, una columna de diorita. Éste amenaza la soberanía del nuevo señor del cielo, el dios de las tormentas Teschup, hasta que desde su lugar sobre el hombro del gigante cósmico Upelluri es cortado por una *hoz de cobre* y de este modo es vencido. En el Perú de la época de los incas, los indios llamaban «huaca» (sagradas, misteriosas) aquellas «montañas muy altas que rebasan la altura de las otras como las altas torres rebasan la de las casas corrientes... y se yerguen casi tan escarpadas como una pared» (Garcilaso de la Vega, 1539-1616). En tales torres rocosas se depositaban ofrendas; después de las misiones españolas en el reino de los incas se erigieron *cruces* en tales lugares.

Rocío: grabado emblemático de W. H. Barón de Hohberg, 1675

Rocío, según una antigua concepción, la suave humedad que baja del *cielo* y actúa animando y rejuveneciendo: «El rocío que tú envías es un rocío de luz, la tierra devuelve sus muertos» (Isaías 16, 19). La Antigüedad clásica interpretaba el rocío simbólicamente como vestigio de Iris, la mensajera de los dioses (véase *arco iris*) o de *Eos*, la diosa de la aurora. En la Edad Media, el versículo 9 (Isaías 15) se concebía como profecía del Redentor («Cielos derramad rocío desde lo alto, nubes, haced llover justicia»). Rocío y *lluvia* tenían casi siempre el mismo significado de dones celestiales de la bendición. El rocío del cielo (lat. ros coelestis) es también, en la iconología *alquímica*, un símbolo del germen de la «*piedra* filosofal»: «Así, pues, nuestra materia, nuestra agua de rocío, grasa, aérea y pesada, puede encontrarse también sobre la tierra... otro sujeto general como el rocío que proviene directamente de un mineral celestial e indirectamente de animales y plantas... es celestial y terrestre, líquido y sólido (véase *coral*), blanco y rojizo, ligero y pesado, dulce y amargo...» (Hermetisches ABC vom Stein der Weisen, 1779). Con ello se alude a la «materia prima» en su estado acuoso de agregación para hacerla «palpable» después de fijarla. En el alquímico «Libro mudo» («Mutus liber», 1677) se representa alegóricamente la recolección de la humedad del rocío con ayuda de unos paños. En el simbolismo eclesiástico se simbolizan por medio del rocío del cielo los dones del Espíritu Santo, rocío clestial que refresca y anima las almas resecas.

Rojo es de entre todos los *colores* el más nombrado cuando en un experimento se les pregunta a las personas cuál es su color preferido. En forma de óxido de hierro (almagre) acompañó al hombre en su camino desde tiempos inmemoriales y se empleó una y otra vez incluso en el arte de las *cavernas* de la época glacial. Ya el hombre de Neandertal pintaba con esta sustancia colorante los cadáveres de los difuntos, probablemente para devolverles el color «cálido» de la *sangre* y de

la vida. En general el rojo se considera agresivo, vital, cargado de energía, afín al *fuego* y sugiere tanto el amor como la lucha entre la vida y la muerte. Para estados de ánimo introvertidos y melancólicos su efecto es inoportuno y repelente. Por ello, en el simbolismo propiamente dicho, ha experimentado también diversas interpretaciones. En el antiguo Egipto sólo tenía significado positivo en la «*corona* roja» del delta del Bajo Egipto, pero por lo demás se le relacionaba con el dios adversario Sutech («Seth») y la hostil serpiente Apep («Apophis»). En los papiros se escribían estos nombres con tinta roja y se abominaba de animales de color rojizo, por ejemplo *perros*, porque este color se asociaba siempre con la violencia. En el arte del antiguo México el rojo se utiliza raramente; aparece, por ejemplo, para representar la sangre, el *Sol* y el fuego y, en la forma degradada del color, para reproducir el cuero. Entre los mayas representaba el Este, en los pueblos de las tierras altas del antiguo México el Sur, al igual que en la antigua China, donde el rojo (hung) era el color sagrado, revitalizador en la dinastía Chou (1050-256 a.C.): por ello, las banderas rojas de la China comunista provienen de algún modo de ahí. Rojo era el color del dios de la buena suerte que concedía la riqueza. La combinación rojo-*verde*, experimentada en Europa como dura y agresiva, poseía en la China el valor de expresión de vivacidad, por ejemplo, en relación con las «medias verdes y la falda roja» de las niñas o las lámparas rojas y el verde *vino* en la posada. En cambio, se volvían «rojos de cara» los hombres que se esforzaban con exceso en el amor conyugal, con el peligro de una muerte inminente.

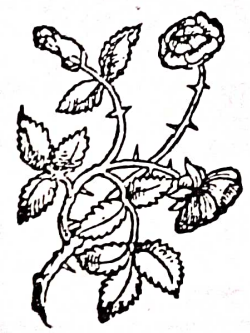
En el arte cristiano tradicional el rojo era el color de la sangre del sacrificio de Cristo y de los mártires, del amor fervoroso (por ejemplo, en la vestidura de Juan, el discípulo predilecto de Jesús) y de las llamas del Espíritu Santo en Pentecostés. El «rojo de cardenal» debía sugerir que los que lo llevaban estaban dispuestos a morir en sacrificios por la Iglesia. Sin embargo, también las mujeres viciosas iban vestidas de rojo y a los *ídolos* de los pueblos gentiles se les solía pintar de este color. En el Apocalipsis de Juan, la «gran *ramera Babilonia*» y la abominación de la tierra va «vestida de púrpura y escarlata» y cabalga un monstruo de *siete* cabezas, un «animal rojo escarlata lleno de blasfemias». Por ello se convirtió el rojo también en el color del *infierno* y del *diablo* y también de los animales «sospechosos» de pertenecer a ese ámbito, tales como la *zorra* y la *ardilla*. Como expresión de amor triunfante, este color tiene un efecto positivo en imágenes del Creador y de Cristo resucitado. El rojo se impone en el color de las vestiduras de la misa en las fiestas de los mártires, del Espíritu Santo y en la celebración de la Pasión. En el simbolismo popular es el rojo el color del amor (por ejemplo, en relación con *flores*, sobre todo la *rosa*), pero también de la rabia («verlo todo rojo»). En locales nocturnos, la luz roja significa una indicación de intimidad y prostitución y en los semáforos es la señal de «alto» y del peligro que amenaza la vida. En la corrida de *toros* dícese que el color rojo irrita al toro destinado a la muerte y excita su agresividad, aunque no es seguro que el bóvido pueda ver el color de un modo parecido a como lo ve el hombre (más bien debe irritarle el movimiento de la «muleta» antes que su color). En la *alquimia*, el rojo está relacionado con el blanco para formar un *sistema dual* y simboliza el principio material *azufre*, el que quema. Esta polaridad pudo relacionarse con la antigua teoría de la procreación, según la cual se origina una nueva vida allí donde la sangre (de la mens-

truación) se combina con el blanco esperma, de suerte que estos dos colores se combinaban generalmente para simbolizar la creación. En la *francmasonería*, el rojo designa el sistema de altos grados del «rito escocés», en oposición al *«azul»* o masonería de San Juan con los tres grados (aprendiz, oficial, maestro). En la psicología profunda, el rojo dice algo (según E. Aeppli), por ejemplo, en los sueños, acerca de la función sentimental. «Donde brilla el rojo, el alma está preparada para la acción, se inician la conquista y los dolores; es entrega, pero también tribulación; es sobre todo relación sentimental.»

Rolando: «Columna de Rolando» en Wedel, Holstein (1558-1651)

Rolando. Detrás de la popular figura del héroe se esconde un personaje histórico. El comandante de la marca bretona del reino de los francos, Hruodlandus, durante una infructuosa campaña de Carlomagno contra el califa Abd er-Rahman en el valle pirenaico de Roncevaux («Roncesvalles») perdió la vida en un ataque vasco el año 778, cuando quería hacer retroceder la retaguardia. En el libro nacional basado en la «Historia Karoli Magni et Rotholandi» de Turpin se atribuía la causa de la derrota a una intriga del traidor Ganelón, por la cual Rolando (como *Sigfrido*) hubo de perecer por una traición. Herido de muerte, el héroe trató de destruir su *espada*, para que no cayese en manos enemigas, dando tres golpes con ella contra un bloque de *piedra*, pero el bloque de mármol se hendió y la espada quedó incólume. Rolando sopló en su *trompeta*, la cual se rompió en pedazos, y él murió en los brazos de un fiel servidor. En muchas ciudades alemanas hay delante del ayuntamiento unas «columnas de Rolando» que con la enorme estatua del héroe con espada y escudo representan el símbolo de la judicatura.

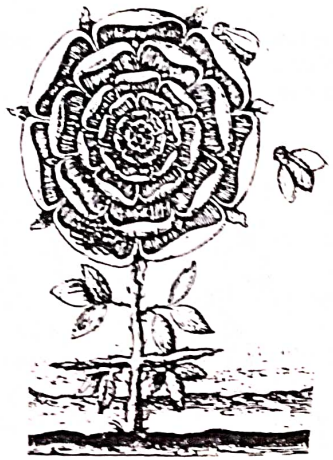
Rosa. En la Antigüedad, junto a la importancia de su simbolismo, aparece en primer término el mito referente a la muerte de Adonis, el amado de Afrodita (Venus), de cuya *sangre* se dice que brotaron las primeras rosas *rojas*. Por ello se convirtieron éstas en símbolo del amor que va más allá de la muerte y del renacer. La fiesta de las rosas, «rosalia», está testimoniada en el culto de los muertos de la antigua Roma desde el siglo I d.C., y, según la región, se celebraba del 11 de mayo al 15 de julio, costumbre que pervive en el domingo de Pentecostés en Italia (domenica rosata). Además, los que tomaban parte en fiestas del dios de la embriaguez, Dionisos, se coronaban de rosas porque existía la opinión de que la acción de la rosa enfriaba el calor del *vino* e impedía que los borrachos revelasen secretos con su palabrería. Por ello la rosa se convirtió también en símbolo de la discreción y solían adornarse los confesionarios con rosas de *cinco* hojas talladas en la madera. «Sub rosa», es decir, bajo el secreto de confesión significa propiamente «bajo la rosa». En el simbolismo cristiano, la rosa roja era símbolo de la *sangre* que el Crucificado había derramado y con ello se menciona el amor celestial en la «Divina Comedia» de Dante como «rosa cándida». En cambio, la poesía trovadoresca veía en la rosa un símbolo palpable del amor terrenal y en la actualidad pervive como símbolo del amor (véase *lenguaje de las flores*). En cambio, la rosa *blanca* es en muchas leyendas un símbolo de la muerte. La iconografía eclesiástica hizo de la rosa la *«reina* de las flores como símbolo de la reina del cielo María y de la *virginidad*; sólo a las vírgenes se les permitía en la Edad Media llevar coronas de rosas, y a la Virgen se la solía representar «en la rosaleda».



Rosa en el libro del Pseudo-Alberto Magno, Francfort, 1531

En la *alquimia* son las rosas blancas y rojas el símbolo del *sistema dual*, de los dos principios primarios *azufre y mercurio* y una rosa con *siete* círculos de pétalos hace referencia a los siete metales y sus correspondencias en forma de los *planetas*. La combinación de *cruz* y rosa conduce al símbolo de la rosacruz, una sociedad esotérica evangélico-cristiana del Renacimiento que se consideraba a sí misma «Colegio de los Sabios». El símbolo de la rosacruz es una rosa de cinco pétalos en una cruz, parecido al sello personal de Martín Lutero, que representa una cruz que sale de un corazón dentro de una rosa de cinco pétalos. El escudo de Johann Valentin Andreae (1586-1654), cuyos escritos establecieron en el mundo la idea de la legendaria sociedad, era una cruz de san Andrés con cuatro rosas en los ángulos. El *simbolismo francmasónico* dedica una gran importancia a la rosa. En el entierro de un hermano de la sociedad se le ponen tres rosas en la tumba, las «tres rosas de San Juan», que se interpretan como «*luz*, amor, vida»; en el día de San Juan (24 de junio) se adorna la logia con rosas de tres colores, y algunos nombres de logia hacen referencia a ello («Zu den drei Rosen» de Hamburgo, una logia a la que fue admitido G. E. Lessing). El simbolismo rosicruciano y francmasónico se revela en el poema de J. W. Goethe, «Die Geheimnisse» (Los Misterios), que habla de una cruz adornada con rosas: «¿Quién ha asociado las rosas a la cruz? / La corona de rosas se extiende por todos lados / para acompañar con su suavidad la aspereza de la madera; y ligeras nubes celestes plateadas se elevan con la cruz y las rosas / y desde el centro se extiende una sagrada vida de triples rayos / que salen de un mismo punto...». En 1675 el poeta barroco W. H. de Hohberg hacía referencia al hecho de que «no hay rosas sin espinas»: «Al igual que nunca se ha visto la rosa sin espinas, / así suele suceder en general en el mundo. / Con malvados están mezclados los piadosos; éstos conocen / que serán el pueblo del Señor cuando aquéllos hayan de arder». En el simbolismo tradicional chino la rosa desempeña un papel sustancialmente menor que en Occidente. Significa «juventud», pero no es ningún símbolo del amor.

Böckler (1688) escribe sobre el significado de la rosa: «Las flores en secreto significan un estado verdeante lleno de ale-



Rosa que crece sobre un tallo cruciforme y que da miel a las abejas. Símbolo de los rosicrucianos, R. Fludd, Summum bonum, 1629

Rosa: la Muerte adornada con rosas. Ilustración de un poema lírico de E. Fitzgerald, 1859

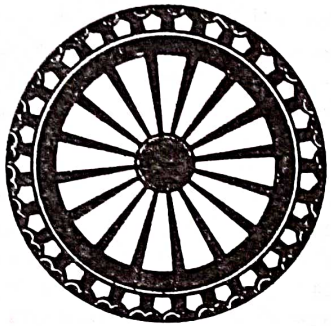
grías y esperanza que los descendientes reproducen como nobles y virtuosos herederos y tienen que conservar con hechos gloriosos. Entre tales flores están las rosas... y a éstas entre las demás flores se les agrega la dignidad regia, porque significan particularmente recreo, generosidad y discreción. Las rosas rojas llevan consigo en todas las historias la sangre roja que cada cual debe verter por la libertad, la patria o la Iglesia; así, de la misma manera que una rosa roja nace, crece y sigue creciendo, también un comandante debe aguardar a todas horas el momento de derramar su sangre. Del mismo modo, puesto que la rosa era un símbolo de especial honor y de guerra, los romanos creían que Marte había nacido de una rosa». El *simbolismo heráldico* conoce la rosa en forma muy estilizada (como el *lirio*) casi siempre como flor mirada desde arriba con pétalos doblados hacia dentro, y ciertamente no sólo de *cinco* hojas, sino también con seis u ocho de color rojo o (raramente) plateado o dorado. Los ejemplos más famosos de escudos con rosas son los de la heráldica inglesa y ciertamente los de las casas nobles de York (rosa blanca) y Lancaster (rosa roja). En la «rosa de los Tudor» se combinan las dos rosas. El escudo de la ciudad de Southampton muestra dos rosas blancas y una roja. En Alemania los príncipes de Lipoe y los burgraves de Altenburg, y más tarde las ciudades de Lemgo y Lippstadt, ostentaron rosas en el escudo.

Rubí, una de las *piedras preciosas* más estimadas, relacionada simbólicamente con el planeta *Marte* por su color *rojo*. Es el «carbunco» de las leyendas y *cuentos*, porque, según la creencia popular, brillaba en la oscuridad como carbón incandescente («carbunculus», forma diminutiva de carbo, carbón). Alberto Magno (1193-1280) le atribuye «la virtud de todas las otras piedras» y opina que ahuyenta el veneno en forma de aire y de humedad. Hildegarda de Bingen (1098-1179) ya había escrito antes: «Dondequiera que se encuentre un carbunco, los demonios del aire no pueden llevar a cabo su obra diabólica... así, esta piedra reprime en el hombre todas las enfermedades». Como consecuencia de su color rojo vital se le consideraba muchas veces remedio contra la melancolía y la perturbación mental, y también contra los malos sueños. Antiguos «libros lapidarios» le atribuyen la virtud de proteger contra el naufragio. Se le consideraba símbolo de la dignidad real, del amor apasionado y de la fuerza vital. En el Apocalipsis de Juan se compara la gloria de Dios con *«diamante»* y «rubí». Leonhard Thurneysser escribió en 1583: «El rubí causa alegría y fortalece el corazón».

Rueda, un elemento importante de la historia de la cultura, no usado en el Nuevo Mundo precolombino ni siquiera en las culturas superiores, quizá tabuizado (aunque su principio era conocido, como lo demuestran, en la región del golfo de México, figuras de barro que representan juguetes que podían desplazarse sobre ruedas macizas o de disco). En el Viejo Mundo, la rueda hace posible la construcción de *carros*, que, además de su utilización práctica, se usaban en el culto. Algunas representaciones prehistóricas las dotan a menudo de radios en forma de cruz (*«cruces* de rueda», que entonces también se representaban independientes, sin carro). La interpretación simbológica las relaciona con el elemento del *círculo* y de la división en *cuatro*, lo cual hace referencia a ciclos del año. En tanto que el círculo causa un efecto estático, los rayos de rueda le confieren el valor simbólico del giro y de la dinámica, y con ello también de circulación, de devenir y desaparecer, o de liberación de la atadura a un lugar. Ruedas y cruces de rueda son muchas veces símbolos del *Sol* que «rueda» por el *cielo*, como lo muestra, por ejemplo, la costumbre de hacer rodar por una ladera abajo ruedas encendidas durante el solsticio. En un sentido más amplio, la rueda se convierte entonces en el símbolo de todo el cosmos y de su desarrollo cíclico, y ocasionalmente también de la divinidad creadora misma, concebida como un «perpetuum mobile». En las culturas asiáticas la rueda hace referencia al ciclo del renacer, y en el budismo a la «rueda de la doctrina», que libera del camino del sufrimiento a través de las formas de existencia. Junto a ello tiene importancia la rueda en el sentido de un orden cósmico del que también la arquitectura de las ciudades saca sus estructuras. «Irán es el clásico país de la ciudad en forma de rueda con un contorno circular de precisión matemática... conforme a la imagen irania del mundo, consistente en la tierra extensa, redonda, bien delimitada, que se divide en seis karshvars (sectores), alrededor de un séptimo karshvar central, ordenada como "rueda radiante, sonora". Las metrópolis iranias poseen también cubo, rayos y llantas de rueda», escribe W. Müller, quien describe las antiguas «ciudades circulares» iranias (1961). También en la antigua Ceilán (Sri Lanka) hay vestigios de un «imperio de la rueda», y también en la literatura brahmánica, jainista y budista. «Solamente asciende a emperador de la rueda aquel soberano que camina por el sendero sagrado y se le aparece la celestial Joya de la Rueda. Este chakravartin habita —un primer indicio para las estructuras cosmológicas que aquí se esconden— una fortaleza siete veces circundada, cuyos muros llevan incrustadas siete clases de *piedras preciosas* y cuyas cuatro puertas resplandecen de oro, plata, berilo y cristal... Cuando el nuevo rey caminó por el sendero sagrado y observó los mandamientos morales, entonces la rueda con sus mil rayos, con su llanta y con su cubo (después de haber desaparecido a la muerte del predecesor), volvió a ascender y fue rodando hacia el Oriente.» El rey siguió

su curso y a continuación sometió las regiones en todos los puntos cardinales. «Así, esta Joya de la Rueda con su carrera victoriosa había dominado la tierra circundada por el océano y entonces regresó a la fortaleza real» (W. Müller, 1961). Müller compara esta joya nacional con el «broche en forma de rueda de los reyes irlandeses (una joya parecida que también pasaba por herencia de un *rey* a otro)».

En el Antiguo Testamento bíblico aparecen ruedas llameantes alrededor de la cabeza de Dios en el libro de Daniel, y en la visión de Ezequiel (1, 4 y sigs.) se habla de ruedas provistas de *ojos* que se detienen y desplazan al mismo tiempo (omnisciencia, fuerza dinámica). En el arte de la Edad Media suele representarse la «rueda de la vida» que levanta al hombre y vuelve a hacerlo bajar, o la «rueda de la buena suerte», que nunca se para, sino que siempre está sometida al cambio. La *Fortuna*, diosa de la buena suerte se representa casi siempre sobre una bola y en ocasiones también de pie encima de una rueda. También se representan en forma de rueda las imágenes del zodíaco y del ciclo del año. Ya en la Antigüedad clásica decía Anacreonte (580-495 a.C.), refiriéndose a las vicisitudes del destino: «La vida del hombre rueda inconstante como los rayos de una rueda de carro», pero mediante la rueda se alcanza también la equidad igualadora. Dado que la clase de ángeles llamada de los querubines (según otros textos antiguos, la de los «tronos») se imaginaba en forma de ruedas aladas de fuego, en cuadros del paraíso ya cerrado suele representarse la rueda en vez del ángel guardián. La cruz de rueda en el sentido cristiano representa la soberanía de Cristo en el orbe. Por lo tanto, tales signos, por ejemplo, en incisiones en la roca, no deben de ser prehistóricos, sino



Rueda: Dharma-Čakra, el símbolo budista de la «rueda de la doctrina»

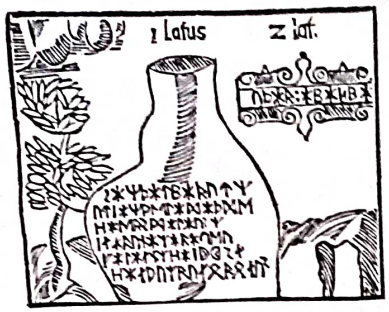
que pueden interpretarse también en el sentido del lenguaje simbólico cristiano. En las rosas de *ventana* llamadas «rotas» (ruedas) de las catedrales medievales puede verse a menudo la imagen de Cristo en el centro como símbolo del papel soberano del Redentor en el centro del plan divino para los tiempos. Tales rosas de ventana recuerdan la estructura de la imagen de meditación india *mandala*, destinada a facilitar que la personalidad se concentre alrededor del núcleo divino inconsciente de la esencia del alma.

Antiguas cruces funerarias irlandesas combinan el elemento de la cruz con el de la rueda o círculo en el sentido de la forma tradicional de la cruz de rueda, en la que, sin embargo, los brazos de la cruz rebasan el círculo y con ello en cierto modo llevan su sentido más allá del orbe. El símbolo de la rueda de la fortuna representa la décima carta de los «grandes arcanos» del juego del *Tarot* que se ha relacionado con el sentido simbólico de los «altibajos de la vida, destino, carácter de lo inevitable». Como atributo de santos aparece la rueda especialmente en representaciones de santa Catalina, y también posteriormente en las de san Willegis de Maguncia, que con ello quería hacer referencia a su modesto origen como artesano.

Ruiseñor, poéticamente «Philomele», era considerado en la Antigüedad clásica la madre plañidera que con el grito «itys» llora la muerte de su hijo (Ovidio, Metamorfosis); véase *abubilla*. Era al mismo tiempo símbolo de la aspiración humana de lograr un dulce y armonioso lenguaje, y los poetas decían que el ruiseñor era discípulo suyo. Su nombre es ocasionalmente sinónimo de «canción» y «poesía». También se observó que los progenitores enseñaban a cantar a sus crías en el nido, lo cual condujo a una equiparación alegórica con las dotes pedagógicas. En la medicina popular se recomendaba comer carne de este cantor nocturno como medio de refrenar la necesidad excesiva de dormir. Se decía que los *corazones* de ruiseñores conferían hermosa voz y habilidad oratoria. Sin embargo, ya en la Antigüedad clásica se concibió como un lujo cruel de los ricos la costumbre de comer ruiseñores (especialmente sus *lenguas*) como una curiosidad. También en Oriente era muy apreciado el ruiseñor por su dulce canto, que se consideraba, como en Europa, un presagio prometedor de buena suerte. En cambio, el lenguaje popular interpretó muchas veces el canto del ruiseñor como un grito de socorro de una «pobre alma del *purgatorio*» o como anuncio lastimero de la cercana muerte de una persona, mientras que en el sentido cristiano decíase que expresaba el anhelo del *paraíso* y del *cielo*. Una leyenda parecida a una parábola sobre el ruiseñor se contiene en la «Leyenda áurea» de Jacobo de Vorágine (hacia 1270), concretamente en la sección de «San Barlaam y Josaphat». Se dice que un cazador volvió a dejar libre un ruiseñor al que había cazado. El ruiseñor le gritó desde el aire: se te ha escapado un gran tesoro; en mis entrañas hay una *perla* más grande que un huevo de *avestruz*. El cazador quiso

Ruiseñor: «De mi amor nace mi canto». J. Boschius, 1702

volver a coger el ruiseñor, pero éste le dijo, cantando solamente su necedad: «¿Has creído en verdad que yo tenía en mi cuerpo una perla más grande que un huevo de avestruz? ¡Pero si yo mismo no soy tan grande como semejante huevo! Locos parecidos son aquellos que ponen su fe en imágenes de ídolos. Adoran aquello que han hecho ellos mismos y llaman guardianes suyos a aquello que tienen que guardar ellos mismos». También en la colección de novelas «Gesta Romanorum» se habla del ruiseñor en relación con una joya; el n.º 510 de la colección, originada hacia el año 1300, habla de un caballero que a causa de una mala acción fue encarcelado. Un ruiseñor que le visitó en su encierro, le consoló con su dulce canto y le alimentó también con migas de pan. Luego se fue volando y le trajo en el pico una pequeña *piedra preciosa*, y «cuando el caballero vio la piedra, se maravilló. Inmediatamente cogió la piedra y con ella tocó sus cadenas de hierro y éstas cayeron», y también con ella pudo abrir las puertas de la cárcel y escapar. Aquí no se indica el sentido espiritual y simbólico de la moraleja, y se deja a cuenta del intérprete. Pro-



Runas: grabado en madera de la obra de Olaus Worm, especializada en runas. Copenhague, 1636

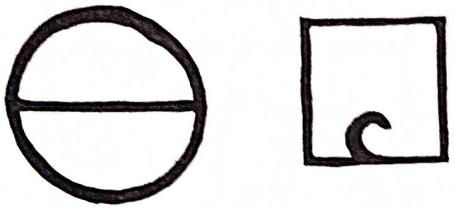
bablemente reside en la referencia al agradecimiento del pájaro, en el sentido de que «el hacer bien no se pierde».

Runas, signos de forma de letras con significado simbólico. Se desarrollaron probablemente por imitación de modelos del ámbito mediterráneo, sobre todo en el espacio donde habitaban tribus germánicas. La autonomía de su evolución viene demostrada por la sucesión, que no sigue el alfabeto sino la serie de «futharks», atribuye a los distintos símbolos un significado mágico que se relaciona con las divinidades del mundo de las ideas germánicas. Hasta el comienzo de la Edad Media las runas no se emplearon de forma generalizada en Escandinavia y Jutlandia, mientras que su aplicación como medio auxiliar en oráculos se remonta probablemente a la época próxima al nacimiento de Cristo. Con la extensión del cristianismo, a las runas, relacionadas con la antigua religión pagana, se las reprimió cada vez más y finalmente fueron prohibidas. Las épocas románticonacionalistas atribuyeron modernamente a las runas un sentido casi religioso que sólo en escasa medida puede deducirse de las fuentes históricas. La «runa sig» de la era nacional-socialista (valor fonético S) tenía, por ejemplo, el significado de un signo de rechazo de seres demoníacos, el significado de *Sol* y de fertilidad; la «runa de vida» (valor fonético R en fin de palabra) es símbolo en parte de buena suerte, en parte de desgracia, que, en combinación con la figura del tres invertida, se empleaba en forma ambivalente como símbolo de una pareja divina de *gemelos*. En el caso de maldición se escribía por incisión una «thurs» (valor fonético correspondiente a la th inglesa), mientras que la «runa feh» prometía ganado, posesiones y riqueza y estaba relacionada con el dios de la fertilidad Freyr. Después de 1945, se emplearon algunas runas como símbolos de asociaciones neofascistas, con lo cual se las equiparó a *símbolos políticos* (véase *esvástica*), cosa que contradice totalmente su significado original.

Safo (en antiguos textos también Psappho. La pronunciación «Saffo» usual en el teatro es inmotivada, lo correcto es «Sapfo»), hacia 612-540 a.C., actualmente figura simbólica del amor homoerótico entre mujeres. Este amor se llama también «lésbico», de la isla de Lesbos, en la que vivió la célebre poetisa. Según el juicio actual, Safo pudo haber sido más bien «bisexual, puesto que, aunque en sus poemas eróticos no se dirigía a hombres, estuvo casada y tuvo una hija» (Pomeroy, 1982). Platón la llamó la «décima *musa*» por la espontaneidad de su expresión poética y la armonía de su lenguaje. Junto a su obra poética se conocen también escritos políticos y de crítica social de esta aristócrata, en uno de los cuales censura también a su hermano porque éste compró una *hetaira* y luego le dio la libertad. Con respecto a su vida, hay que tener en cuenta la influencia cultural de la cercana Lidia, por lo que también en Lesbos se confiaba las jóvenes adolescentes a la custodia y guía de mujeres sobresalientes. Es fácil imaginar que con ello se estableciera un componente erótico que socialmente se toleraba, al igual que el homoerotismo masculino. En Lesbos como en Esparta gozaban las mujeres de un prestigio mucho mayor que en Atenas, recibían una educación equivalente a la de los hombres y en general se las respetaba. Ya en la Antigüedad se convirtió Safo en una figura legendaria cuyo amor por las muchachas ignorando los condicionamientos sociales se entendió como perversión, y a la que se atribuyó también el amor hacia un mítico Faón (que, según la leyenda, fue convertido en hombre hermosísimo mediante la unción con un óleo que había recibido de la diosa del amor). Safo, según se dice también en el drama de Grillparzer, se suicidó a causa de un desengaño amoroso arrojándose al mar desde una roca.

S

Sal, un mineral considerado imprescindible en forma de sal de cocina (gr. hals, lat. sal), mencionado en el «Symposion» de Platón y también utilizado en la conservación de alimentos corruptibles. El lat. «sal» significa también ingenio, «salsus» (salado) irónicamente. Homero llama «divina» a la sal, la cual se utilizaba también en sacrificios expiatorios y misterios para purificación simbólica. Ya en la antigua Roma se ponía sal en los labios de los lactantes para protegerles de peligros. Ciertos mitos sirios refieren que los hombres aprendieron de los dioses el uso de la sal; Gabija, una antigua diosa lituana, era señora del *fuego* sagrado y en su honor se esparcía sal en las llamas. Decíase que los demonios abominaban de la sal y todavía en leyendas relativamente recientes acerca del «sabbat de las *brujas*» se dice que, en el banquete que se ofrecía, todos los manjares eran sin sal. En la Biblia es la «sal» un medio simbólico de unión entre Dios y su pueblo («en tu ofrenda de manjares no permitas que falte la sal de la alianza con tu Dios», Levítico 2, 13 y otros), y Eliseo purifica una *fuente* echando sal en ella (II Libro de los Reyes 2, 19 y s.). En el Sermón de la Montaña Jesús llama



Signos simbólicos de la alquimia para «sal» como principio primario de lo sólido y también para sal en el sentido químico

a sus discípulos la «sal de la tierra» y el padre de la Iglesia Jerónimo (348-420) llama al mismo Jesucristo la sal redentora que penetra el *cielo* y la *tierra*. También es conocida una acción destructiva de la sal: los romanos, después de la destrucción de Cartago, esparcieron sal en los campos que rodeaban la ciudad, para volverlos estériles para siempre; según leemos, esto mismo hizo Abimelech en la Biblia con la conquistada ciudad de Sichem (Jueces 9, 45). En la India, el consumo de sal se consideraba afrodisíaco, y estaba prohibido a los ascetas y matrimonios jóvenes así como a los brahmanes en determinados actos sacrificiales. En el lenguaje de la *alquimia*, al hablar de sal no se refiere al cloruro sódico, sino al tercer principio primario junto al *azufre y mercurio*, que probablemente (quizá por vez primera en Paracelso) representa la cualidad de la «palpabilidad». Sin embargo, también allí se relaciona la «sal» en otros conceptos simbólicos, por ejemplo, «sal sapientiae», sal de la sabiduría. La locución «con un granito de sal» (lat. cum grano salis) significa que hay que consumir algo sólo con prudencia. Esto se remonta a una prescripción, mencionada en Plinio, para antídotos que sólo debían consumirse con un granito de sal. «Convertirse en estatua de sal» hace referencia a la mujer de Lot en la destrucción de *Sodoma y Gomorra*.

Salamandra, en el simbolismo y en la creencia popular no es el anfibio de la zoología, sino un ser elemental que habita en el *elemento fuego*, para que éste no esté inanimado y sin custodia. Paracelso (1493-1541) opina que estas criaturas de la llama, por su naturaleza, no podrían tratar con los seres humanos, en oposición, por ejemplo, a los *seres acuáticos* (ondinas), que simpatizan mucho con ellos. Según la creencia popular, no son demonios, sino guardianes del elemento puestos por Dios. En libros especulativos del Renacimiento, a las salamandras se les llama también vulcanales. En el texto paleocristiano «Physiologus» se llama «lagarto» a la salamandra, que, sin embargo, no habita en el fuego sino que, por su naturaleza, puede apagarlo. «Incluso, cuando (la salamandra) entra en el horno de calentar el baño, este horno se apaga.» La apilación cristiana de este símbolo de animal mítico es la indicación de que la historia relatada en el libro bíblico de Daniel de los «tres jóvenes en el horno de fuego» debe basarse en la verdad, ya que la tutela de Dios no es menos poderosa que la disposición natural de un animal, correspondiendo al versículo del libro de Isaías «si pasas a través del fuego no te quemarás, no te quemará ninguna llama» (43, 2). En el texto del «Physiologus» aparece otra

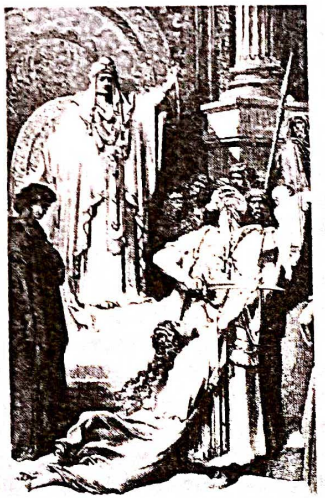
Salamandra, en Historia animalium de C. Gesner, 1585

Salamandra, vive del fuego y hace que se apague, J. Boschius, 1702

curiosa tradición sin moraleja según la cual la salamandra es un pájaro frío, «más frío que todos los pájaros», y que mora en el volcán Etna sin quemarse: quizá una alusión mal entendida a la leyenda acerca del mítico animal simbólico *fénix*.

Salomón, en hebreo Shelomo, el rey sabio de los israelitas (961-931 a.C.), se ha convertido hoy en figura simbólica especialmente por su «juicio salomónico», en el que adjudicó un niño a su *madre* verdadera. Era el hijo del rey *David* y de Betsabé, y arregló pacíficamente las relaciones políticas entre *Egipto* y Fenicia, tomó parte en viajes comerciales, reorganizó el ejército, simplificó la administración e hizo que su reino alcanzase la prosperidad. Desde el punto de vista de la historia de las ideas, es importante la construcción de su *templo* en Jersualén, el cual desempeña un gran papel en la leyenda de la *francmasonería* (el arquitecto Hiram Abif, asesinado por tres oficiales, es considerado mártir de la dignidad de maestro y de su consigna secreta). «Por la construcción del templo durante el reinado de Salomón, Dios se decidió por una residencia fija en Jerusalén. El lugar santo, que hasta entonces había viajado con el pueblo o había estado de paso en Jerusalén, ha encontrado el reposo; con él debe también llegar el reposo al pueblo escogido en la tierra prometida. La gloria de Dios entra en el templo y su presencia lo llena. Yahvé hace que allí habite su nombre» (A. Stöger en J. B. Bauer, 1967). En la Biblia se considera a Salomón autor de los Proverbios, de parte del «Libro de la Sabiduría» y sobre todo del «Cantar de los Cantares», una colección de cantos nupciales llenos de ardor erótico, concebidos a menudo como texto de una celebración religiosa de las «*bodas* sagradas» o como glorificación del amor conyugal, aunque en la interpretación eclesiástica figura en primer término una alegoría: el amor de Dios hacia su pueblo en la imagen del amor entre esposos. La concepción cristiana ve en ello, por un lado la unión amorosa de Cristo con su Igle-

Salomón: el «juicio de Salomón» en el Libro de los Reyes. G. Doré (1832-1883)



sia, y por otro la unión mística del alma con su primitiva causa divina. El *hexagrama* (la *estrella* de seis puntas) se designa como «escudo de David» (scutum Davidis) o como *sello* de Salomón (sigillum Salomonis).

Samaritano (el buen), figura simbólica de la persona que desinteresadamente ayuda a los heridos, según el Evangelio de Lucas (10, 29-37): «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y fue a parar entre los bandidos», que le dejaron tendido medio muerto. Un sacerdote y un levita no le atendieron y sólo un samaritano le vendó las heridas, se las limpió con aceite y *vino* y lo llevó a un albergue. La ciudad de Samaria, en hebreo Shomron, era sede de una comunidad religiosa, que aún hoy existe en Nablús y que era considerada herética por los sacerdotes judíos ortodoxos de Jerusalén. Los partidarios de la tradición samaritana consideraban el monte Garizim —en vez del monte Sión— la «colina de la Eternidad», una «montaña bendita», con el *paraíso* en su cima, que en otro tiempo las aguas del *diluvio* no cubrieron. «El agua de los samaritanos, decían los rabinos, es más impura que incluso la sangre de los cerdos... A mitad de camino entre Jericó y Jerusalén, en un recodo del barranco, un antiguo "khan" que hoy yace completamente derruido sigue llevando el nombre de "Albergue del Buen Samaritano", y en Siria se conoce todavía hoy el remedio de utilizar aceite y vino al vendar las heridas» (H. Daniel-Rops). La parábola de Jesús quiere decir que hasta miembros de grupos humanos despreciados pueden actuar humanamente. La expresión «samaritano» ha experimentado por ello un cambio de significado y actualmente designa a una persona de comportamiento ejemplarmente desinteresado en el cuidado de enfermos y heridos.

Samaritano: el buen samaritano. Calendario austríaco del campesino, 1911

Sangre. La sangre representa en los rituales un papel mayor que en el simbolismo, pero también es aquí importante como prototipo de la vida. A menudo es sustituida por sustancias que reproducen su *color*, por ejemplo, el ocre, para simbolizar la vida que sigue actuando. Las *runas* se animaban mágicamente con color rojo (en la antigua lengua anglosajona, «teafor» = minio, de ahí la palabra alemana «Zauber» = magia, hechizo) para poder ser eficaces, como si estuvieran rellenas de sangre. La sangre se considera muchas veces como el divino elemento vital que actúa en los cuerpos humanos. Como tal se la consideraba tabú en muchas culturas y sólo podía derramarse después de una especial preparación, por ejemplo, como culto sacrificial. En la «sangre reside la fuerza vital de la carne. Esta sangre os la he dado para que en el altar cumpla la expiación por vuestra vida, porque la sangre es lo que expía por una vida. Por ello les he dicho a los israelitas: Nadie de entre vosotros debe consumir sangre» (Levítico 17, 11-12). Continuamente es considerada la sangre como portadora de fuerzas mágicas y como alimento exclusivo de los sobrenaturales se la relaciona con muchas concepciones irracionales (véase *Drácula*).

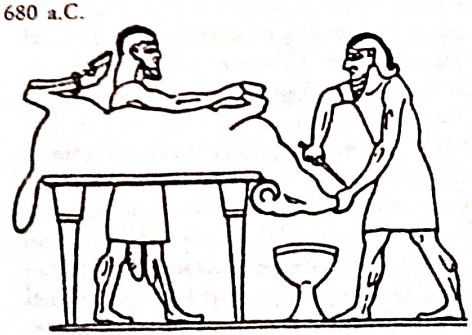
Sangre: según una leyenda pseudohistórica, el «santo niño Andreas de Rinn» (Tirol) fue muerto como víctima cruenta por los judíos en 1462. Leyenda de santos de W. Auer, 1890

Según la antigua doctrina de los humores corporales y de los temperamentos, la sangre era un factor particularmente determinante en la naturaleza de los «sanguíneos». En el modo de hablar de Hitler, sangre significaba tanto como «raza», masa hereditaria, información genética, cuando escribía, por ejemplo, acerca del «reconocimiento de la sangre, o sea, del fundamento racial en general» («La perdida pureza de la sangre por sí sola destruye para siempre la felicidad interna, hunde eternamente a la persona», en «Mein Kampf», Mi Lucha).

En muchos pueblos antiguos, los que tomaban parte en el ritual también bebían la sangre de los sacrificios, lo que los ponía en un estado extático. En el culto de Mitra y en el de Cibeles, los creyentes eran rociados con la sangre de *toros* sacrificados, cuya fuerza vital decíase que se apropiaban. La sangre de la menstruación, según la antigua teoría de la procreación, es uno de los dos componentes de los cuales (junto con el esperma) se origina una nueva vida. Sin embargo, en muchos pueblos se considera «impura» y cargada con energía negativa, por lo cual las mujeres menstruosas a menudo eran separadas de la comunidad. En cambio, la «sangre pura» simbolizaba siempre vitalidad completa. Según leyendas medievales, incluso poseía la virtud de curar la lepra si un enfermo se bañaba en ella. Antiguas leyendas chinas hablan de *dragones* pintados que huían volando si el dibujo de sus *ojos* se volvía a trazar con sangre. En la tradición mágica de Occidente, se considera la sangre como un «jugo especial» impregnado completamente del aura personal del donante, por lo cual, por ejemplo, había que firmar o sellar con sangre los pactos con el *Diablo*. Cuando, en cambio, se habla de «sangre» en alquimia, ello se refiere a la solución líquida (rojiza) de una sustancia anteriormente solidificada.

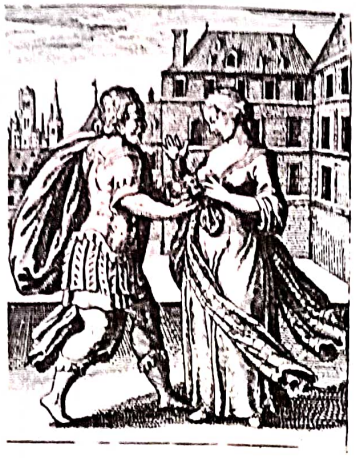
En la iconografía cristiana, la sangre de Cristo asume una posición central como elemento integrante del sacramento eucarístico (carne y sangre - *pan* y *vino*), con lo que el vino mezclado con el *agua* significa simbólicamente la Iglesia que se une inseparablemente con el agua de los fieles y produce una unidad en Cristo: la fuer-

Sangre: representación asiria de un sacrificio cruento (matanza de un carnero). Nínive, hacia 680 a.C.



za purificadora y redentora de la sangre del Salvador penetra a los miembros de la Iglesia. En algunas imágenes de la Crucifixión frecuentemente unos ángeles reciben esta sangre en cálices, los cuales, a su vez, se relacionaron con el legendario *Grial*. En el reino azteca del antiguo México, la sangre humana era un medio imprescindible para fortalecer al sol (que en su camino nocturno por el mundo subterráneo había quedado sin fuerzas), de forma que sólo él podía mantener el orden cósmico. Esto explica los excesivos sacrificios de prisioneros que en el imperio azteca tuvieron que sufrir «la muerte de las *flores*». La traducción al alemán (blaues Blut) de la española «sangre azul» de los nobles es usual en el ámbito de habla alemana desde comienzos del siglo XIX. Tal «sangre azul» debe explicarse por el hecho de que los pertenecientes a estamentos superiores no poseían una piel tostada por el sol y sus venas se transparentaban brillantemente azuladas a través de la distinguida palidez.

Sapo. Como animales simbólicos, los sapos tienen un significado predominantemente negativo; debido a su aspecto poco atractivo y a la secreción corrosiva de su piel, generalmente se los considera seres demoníacos; se los describe, por ejemplo, como pertenecientes al hogar de las *brujas* y también como manjar en el aquelarre o torturando a los condenados en el *infierno*. En la antigua China, el sapo (de tres patas) era un símbolo de la *luna* y se suponía que en los eclipses lunares se tragaba este cuerpo celeste. Por lo demás, también a causa de su género de vida escondido y amante de la humedad se le relacionaba con el «mundo lunar» —en la China con el principio «Yin»—. En Europa, desde la Antigüedad, el sapo era por un lado un animal despreciado, «lleno de mala hechicería»,



Sapos: imagen emblemática alquímica de la «ablactatio» mediante un sapo. M. Maier, Atalanta, 1618

pero por otro lado también un símbolo de la *matriz* y a menudo, en casos de mujeres enfermas, se ofrecían figuras que representaban sapos como objeto votivo en lugares de *peregrinación*. En leyendas populares aparece con frecuencia el «sapo expiatorio» como personificación de «pobres almas» irredentas; por ejemplo, el alma de una persona que murió sin haber cumplido un voto debe ahora cumplirlo en la figura del despreciado animal y no puede entrar en el *cielo* hasta haber llegado arrastrándose al altar de una iglesia votiva. En otras leyendas populares, aparece ocasionalmente el sapo como personificación de espíritus maternales protectores de la casa, que deben ser venerados para recibir a cambio su bendición. En las leyendas no es raro el papel de los sapos como custodios de *tesoros*.

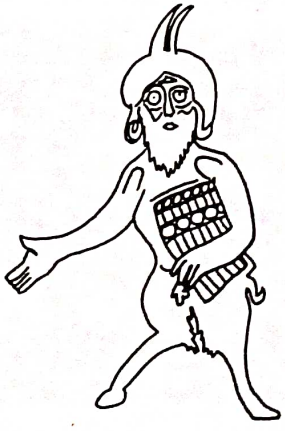
En la *iconografía alquímica*, el sapo es símbolo de la porción acuosa y terrosa de la materia primordial determinada para la purificación, que debe combinarse con la porción etérea («unir el sapo de

Sapo: sapo mítico en una cerámica de antiguos indios de Norteamérica (Mogollon, hacia 800 d.C.)

la tierra con el *águila*» se representa también en forma de sapos alados). Un extraño simbolismo se halla en la alegoría alquímica que coloca un sapo sobre el *pecho* de una mujer y el texto de un grabado del libro de emblemas «Atalanta fugiens» (1618) da la siguiente explicación: «Pon el sapo sobre el seno de la mujer para que chupe y la mujer muera, porque el sapo se vuelve muy gordo por la leche». Esta extraña representación se relaciona con la descripción de un proceso (pseudo-)químico en el que la materia primaria en su camino hacia la *piedra* filosofal debe impregnarse de «leche de *virgen*» (leche filosófica, jugo de la luna) para «alimentarla». Al «hijo» que debe desarrollarse (según se dice en el comentario) le amamanta su madre, que en ello pierde la vida: un proceso que se designa con el nombre de «ablactatio». El simbolismo alquímico, como se ve también aquí, difícilmente puede comprenderse con explicaciones racionales. En el antiguo México solía representarse la tierra por el sapo, animal que vive en el suelo y se entierra debajo de él. Dícese que las secreciones venenosas del sapo se empleaban como medios para alterar la conciencia. No era infrecuente que el sapo, como también la *rana*, por su sorprendente cambio de figura, se relacionase también con el complejo de ideas de resurrección y renacimiento, como lo representan imágenes rupestres prehistóricas de figuras parecidas a renacuajos.

Sátiros, genios de la naturaleza semianimales con cuernos de *macho cabrío* y pies de cabra, con rabo y nariz achatada, causan el efecto de figuras multiplicadas del dios de los pastores *Pan* y al mismo tiempo como variantes antiguas de *hombres salvajes*. Al igual que el yeti de las leyendas centroasiáticas, dícese que eran hostiles al hombre, pero sumamente ansiosos de placer sexual. Se consideraban objeto de sus persecuciones lascivas las ninfas y las náyades (espíritus de los *árboles*) que en la Antigüedad se representaban en graciosa actitud fugitiva. Se asoció a los sátiros al séquito del dios de la embriaguez Dionisos (*Baco*); en las fiestas dionisíacas se unió a los dramas la representación del espectáculo grosero y burlesco de los sátiros (de ahí «la sátira»). Con el nombre de «satiriasis» designa la medicina actual el instinto sexual morbosamente exacerbado de los varones humanos. Parecidas criaturas de la naturaleza de los mitos griegos son

Sátiro: figura del séquito de Orfeo. Mosaico de un pavimento del siglo V, Palestina



los silenos de cascos y cola de *caballo* y orejas puntiagudas. Sileno se llamaba el maestro y educador, casi siempre borracho, de Dionisos, representado a menudo en las artes plásticas montado en un *asno* y en la figura de un anciano gordo (el «borracho Sileno»).

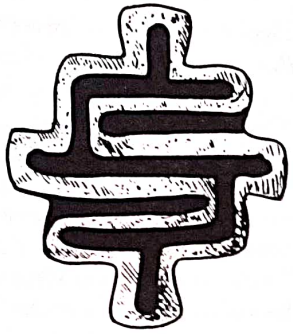
Saturno, en griego Kronos, es en la mitología antigua el padre de *Júpiter*, quien le destronó. El tiempo de su gobierno, que se remonta a los albores del mundo, era la *«Edad de Oro»*. No obstante, el *planeta* de este nombre en el simbolismo astrológico aparece representado como «gran causante de infortunio» por un anciano con pierna de palo y guadaña, que tiene las casas en los signos de acuario y *capricornio*. Se le considera regente de más de 69 años de edad, y planeta melancólico con propiedades como frío, seco, poco amable (lo contrario de *Júpiter*). Se relacionan simbólicamente con Saturno «viejos, padres, antepasados, huérfanos, herencias, la investigación profunda y una excelente memoria»; pero también «cárceles, larga soledad, medida y peso». Entre las propiedades positivas que se le atribuyen figura la tendencia al trabajo meticuloso, la investigación paciente y los ejercicios de paciencia. Esto puede relacionarse con la larga órbita del planeta (vista desde la Tierra), provista a menudo de lazos y nudos en la cúpula celeste. El metal de Saturno es el *plomo*; sus *colores*, el *marrón* negruzco y el *azul* oscuro; sus piedras preciosas, el ónice, el *zafiro* violeta, el *coral* oscuro y la *amatista* oscura. En el simbolismo astral de la antigua China se atribuye a Saturno el punto cardinal centro y el elemento *tierra (amarilla)*. En el *simbolismo alquímico*, desempeñan un papel importante las representaciones gráficas del anciano Saturno con la guadaña a causa de la supuesta proximidad al *oro* y muchos relatos legendarios del Renacimiento hablan de la transformación del metal plomo, gris, terroso, saturnino en estado fundido, en el metal solar *oro* tras echar en la masa fundida un polvillo de la sustancia llamada *«piedra filosofal»*. En el simbolismo astrológico indio se considera el planeta Saturno personificado por un regente Shani o Manda viejo, cojo (probablemente por el movimiento lento del cuerpo celeste) y feo, montado sobre una ave *negra* (*buitre* o *cuervo*).

Saturno regando los árboles del oro y de la plata. Imagen simbólica alquímica; M. Maier, 1617

Saturno y Venus, figuras planetarias de la astrológica «Practica Teütsch», 1521

Sauce. En tanto que en algunos símbolos reinan concepciones parecidas en la Antigüedad clásica europea y en el Asia oriental, tratándose del sauce es muy diferente su significado en cada uno de los dos ámbitos. En el espacio mediterráneo predominaba la opinión de que el sauce desprende sus semillas antes de haber madurado, y que, por consiguiente, es estéril sexualmente y se convierte por ello en un símbolo de la castidad, representando una sustancia de partida ideal para medios que fomentaban la continencia. Debido a que pueden cortarse ramas verdes del sauce como de una fuente inagotable, se le comparó con la Biblia, la fuente de la sabiduría. Orígenes (185-254 d.C.) prometió la «fiesta de la cosecha de la eternidad» a todos aquellos que habían preservado incólumes las «ramas de sauce de su castidad». En la Edad Media, y posteriormente, se consideraba que el sauce era uno de los árboles en los que podían «insertarse» sustancias infecciosas (saliva de enfermos) para curar a enfermos con ello. Los amentos o flores de sauce se bendicen el domingo de Ramos, se guardan en la casa y se dice que ahuyentan cualquier mal (especialmente el *rayo*). Se consideró que el sauce llorón, por sus ramas que cuelgan «melancólicamente», era *símbolo de la muerte* y árbol de cementerio. Resultan contradictorias las noticias antiguas sobre el papel del sauce en el culto del dios de la medicina Asclepio (*Esculapio*). En Atenas existía la costumbre, en la fiesta de la fecundidad, las Tesmoforias, de que las mujeres pusieran ramas de sauce en la cama, diciendo que era para mantener alejadas a las *serpientes* (¿o más bien para atraer a demonios de la fecundidad en figura de serpientes?). Al parecer, los sacerdotes de Asklepios estuvieron frecuentemente ocupados en curar la esterilidad. En todo caso, la decocción de cortezas de sauce se consideraba un importante remedio contra el reumatismo. En cambio, en la antigua China, el sauce era claramente un símbolo erótico de la primavera; a las *hetairas* (cortesanas) se las llamaba «flores de sauce». El taller femenino se denominaba «sauce», las cejas de hermosas mujeres se comparaban con el elegante movimiento de las hojas del sauce, el vello púbico con la «densa sombra del sauce». A una jovencita se la llamaba «tierno sauce, fresca flor». Además, las ramas de sauce se consideraban ahuyentadoras de demonios. Asimismo, cuando los funcionarios eran trasladados a la provincia, sus amigos y amigas le obsequiaban, al despedirle, con ramas de sauce.

Seis, uno de los *números* simbólicos menos importantes. Como «hexaemeron» (obra de seis días) se designa la creación del mundo, porque «en el séptimo día descansó Dios después de que hubo completado toda la obra de la creación» (Génesis 2, 3). San Agustín tenía el seis por muy importante porque representa la suma de los tres primeros números (1 + 2 + 3). Las seis obras de misericordia corporal que se describen en el Evangelio de Mateo (25, 35-37) figuran entre las series de símbolos, relativamente pocas, de Europa que se basan en este número. Un símbolo importante que se basa en el seis es el *hexagrama*, la estrella del «sello de *Salomón*» consistente en dos *triángulos*. En la antigua China, el célebre primer *emperador*, Shih Huang-ti (221-210 a.C.), fundador del gran imperio del Centro, dio la preferencia a un orden de seis y dividió el reino en 36 provincias militares con un gobernador militar y un gobernador civil al frente de cada una de ellas, mientras que la siguiente dinastía Han introdujo un or-



Sello de piedra, Larissa (Grecia), hacia 4500 a.C.

Sello con caballero (Henry de Percy), 1301

den basado en el *nueve*. Junto al orden predominante en la antigua China sobre la base del *cinco*, hay también uno con seis componentes: seis partes del cuerpo (cabeza, tronco, dos brazos y dos piernas), seis sentimientos (ira, dolor, odio, alegría, deseo, amor), seis *ríos*, seis grandes *reyes*. A las «cinco direcciones del cielo» se agregó ocasionalmente como sexta dirección el eje vertical (*arriba/abajo*).

Sello (gr. sphragis, de ahí esfragística, sigilografía; lat. sigillum o signum), usual primeramente en Mesopotamia como cilindro adornado con signos de escritura cuneiforme y figuras. En el ámbito grecorromano se empleaban *anillos* de sellar y posteriormente sellos de mano, para documentar la autenticidad de un escrito. Por ello, se convirtieron los sellos en la esencia de la legalidad y de la personalidad. En la Biblia (Isaías 8, 16) se dice, por ejemplo: «Guardaré el testimonio y sellaré esta enseñanza para mis discípulos». Es famoso el «Libro de siete sellos», del Apocalipsis de Juan, en el que el *Cordero* rompe estos sellos. El concepto simbólico se expresa también en giros del lenguaje tales como «poner su sello a una cosa, bajo el sello de la distracción, con carta y sello, o algo está ahora sellado (un asunto concluido)».

Sello: sello medieval de la ciudad de Meersburg, junto al lago Constanza

Seres acuáticos. Los seres acuáticos de índole sobrenatural simbolizan en medida mucho mayor que los *peces* (que, por su lado, a menudo fueron configurados de manera fantástica) lo animado del húmedo elemento que se relacionó predominantemente con la mitad «*yin*», es decir, con el «lado femenino» del cosmos. Para el psicólogo profundo se trata de personificaciones de determinados contenidos de capas profundas inconscientes de la personalidad, que raramente se presentan en forma masculina y casi siempre lo hacen en forma femenina. En la mitología de la antigua India, las «apsaras» son primeramente danzarinas celestiales del séquito del dios Indra, pero que, sin embargo, cuando descienden a

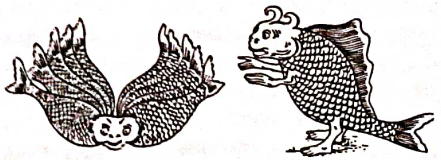
Seres acuáticos: melusina bañándose en su aposento. Ilustración de un libro popular, Amberes, 1491

Seres acuáticos: la ninfa Galatea. V. Cartari, 1647

la tierra, habitan en las aguas (casi siempre en estanques de *lotos*). Allí intentan, con sus artes de seducción, apartar a los ascetas de su espiritualización. El amor entre la ninfa acuática Urvashi y el rey Pururavas constituye el tema de un poema de Kalidasa (hacia 500 a.C.). Motivos análogos se dan también en leyendas europeas en las que el matrimonio del hombre con mujeres acuáticas (ondinas o melusinas) casi nunca puede encontrar un verdadero y duradero cumplimiento. Ninfas, ondinas y otras mujeres de agua se representan generalmente con la parte superior del cuerpo como mujeres, pero con la parte inferior en forma de pez (cola de pez), por lo que sólo son personificaciones fragmentarias del ser femenino. Actúan seductoramente mediante su armonioso canto y con sus largos y rubios *cabellos*, que peinan con un peine de *oro* (así, por ejemplo, la Lorelei del Rin), casi siempre para procurar la perdición de los hombres que las admiran. Algunas leyendas hablan del anhelo de las mujeres acuáticas de contraer matrimonio con un hombre de la tierra con el fin de obtener un alma (de la que carecen por ser seres elementales). Modelos antiguos de las mujeres acuáticas de la Europa medieval son las náyades, nereidas y sirenas de la antigua mitología clásica, que por un lado se describieron como tímidas ninfas de las *fuentes*, pero por otro, como figuras seductoras peligrosas para el hombre.

En el mundo iconográfico de la alquimia, una ondina con dos colas de pez representa el *sistema dual* de los dos principios primarios azufre y mercurio en estado disuelto. En heráldica a menudo se representan ondinas cuando el antepasado de un linaje se dice que procede del matri-

Seres acuáticos: figuras fabulosas de la obra china Shan-hai-jing



Seres acuáticos: el monstruo Escila que amenaza a los navegantes. V. Cartari, 1647

monio entre una ondina y un hombre de la tierra, unión que conforme al esquema usual de la leyenda ciertamente no podía tener existencia duradera. El hombre de agua o aguador (acuario) es también el undécimo de los doce signos del zodíaco (véase *estrellas*) y a su reinado se le atribuye una «era cósmica» que ya ha comenzado o está próxima a comenzar y debe suceder a la de los *peces* (piscis). Para los nacidos durante el período mensual de su regencia (21 de enero-19 de febrero), al signo de acuario se le atribuyen cualidades como inclinaciones místicas, unión de consciente e inconsciente, aspiración a tender un puente hacia lo sobrenatural y hacia la movilidad.

Serpiente, animal simbólico de la mayor ambigüedad en la valoración. En muchas culturas arcaicas se le concibe como símbolo del mundo subterráneo y del reino de los muertos, probablemente a causa de su manera de vivir en lo oculto y en agujeros de la *tierra*, pero al mismo tiempo también por su capacidad de parecer rejuvenecerse al mudar su piel. Se desplaza sin pies, sale de *huevos* como las *aves* y muchas veces puede matar con su mordedura venenosa. La vida y la muerte se insinúan en esta figura animal de un modo tan singular que apenas hay culturas en las que no se haya prestado atención a la serpiente. En la Biblia es la personificación del adversario en el *paraíso*, al tiempo que *Moisés* la levanta en el desierto como «serpiente de bronce», prefigurando al crucificado Salvador. También la vara de Aarón se convierte en una serpiente para confundir a los magos egipcios. La serpiente que circunda la tierra (Jörmungandr, serpiente Midgard) es el símbolo norte-germánico del mar circular alrededor de la Tierra, análogo a su contraparte egipcia antigua, la gigantesca Apophis que amenaza la barca del dios *Sol*. El «Physiologus» tardoantiguo y paleocristiano contiene curiosas interpretaciones, que primariamente tratan del «rejuvenecimiento» de la serpiente al mudar la piel (también el hombre debe desprenderse de la «ancianidad del mundo» y aspirar rejuvenecido a la vida eterna), y luego refiere que la serpiente, al ir a beber a la fuente, deja el veneno en su *cueva* para tener limpia el agua (así también el hombre que va al refrigerio eterno debe abandonar el veneno del pecado). También se dice que la serpiente sólo muerde a personas vestidas y retrocede ante *desnudas*; por consiguiente, el hombre debe abandonar «la hoja de higuera de la voluptuosidad», como vestidura del hombre viejo, y «estar desnudo del pecado» para que el maligno no pueda atacarle. Finalmente, una serpiente amenazada sólo protege su cabeza y deja expuesto el resto de su cuerpo. El hombre debe proteger solamente su cabeza, que es Cristo, y no renegar de ella, sino ofrecer su cuerpo como los mártires. Desde el punto de vista de la

Serpiente: naga, criatura híbrida de la iconografía hinduista; figura que custodia la puerta del templo

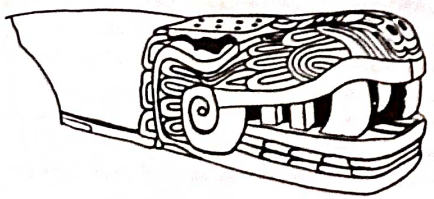
simbología es de especial importancia la serpiente que se muerde la cola, en griego *uroboros*, como símbolo del eterno retorno en forma cíclica o de la eternidad en general. En la iconografía *alquímica* desempeña un papel como símbolo de procesos que se desarrollan cíclicamente (evaporación, condensación, evaporación, en múltiple repetición), sugiriéndose a menudo mediante unas *alas* el estadio de la «sublimación». Simbológicamente aparece en primer término el papel negativo de la serpiente, como por ejemplo, su peligrosidad por la mordedura venenosa, y por ello recayó el papel de portadores de símbolos positivos en animales que matan las serpientes (*águila, cigüeña, halcón*). Sin embargo, sistemas más antiguos de mitos conocen también un misterioso aspecto positivo de la serpiente que está relacionada con la tierra y el mundo subterráneo por el que, por ejemplo, puede representar, como serpiente doméstica, la bendición de parte de las almas de antepasados (serpientes coronadas que son alimentadas con *leche* desempeñan un papel en muchas leyendas populares), y también un papel en las creencias de curación y de regeneración (áspid de *Esculapio*, consagrada al dios de la medicina, Asklepios); véase *caduceo*. La serpiente Ureo, la combativa cobra, era en el antiguo Egipto la personificación de la *corona* del faraón, escupía veneno contra los enemigos de éste y rodeaba también el disco solar de divinidades solares.

En las culturas precolombinas de Centroamérica desempeña la serpiente (en azteca cóatl) un papel como signo del día quinto del calendario. Su valor de augurio para todos los nacidos bajo este signo es predominantemente negativo, ya que a la serpiente se la considera pobre y sin hogar. Así, también las personas sujetas a este signo son mercaderes viajeros y guerreros que deben vagar de un lado a otro sin residencia permanente. En cambio, la figura divina Quetzalcóatl, vestida con las plumas *verdes* del ave quetzal, tiene un elevado significado religioso, reuniendo evidentemente en sí como *sistema dual* las cualidades simbólicas de pájaro y serpiente que combinan el *cielo* y la tierra. El nombre maya de esta figura es Kukulcan. La polaridad ave/serpiente está representada también en el escudo de Ciudad de México (en azteca Tenochtitlán), que muestra un águila posada sobre un cacto y con una serpiente en las garras. Esta combinación es mundialmente de gran importancia como símbolo de los opuestos y de unión de los mismos (véase M. Lurker, «Adler und Schlange», 1983). En la obra en prosa de Goethe titulada «Märchen», la serpiente es símbolo de la difusión de pura humanidad. Sin embargo, tradicionalmente predomina el miedo a la serpiente, interpretado por el psicoanálisis como temor a un «símbolo fálico» realzado to-

davía de manera mítica en las antiguas concepciones de *basilisco* y *dragón*. En sistemas esotéricos de origen asiático, la serpiente «Kundalini», enroscada en el extremo inferior de la columna vertebral, es símbolo de la energía vital que puede ser despertada y elevada mediante la meditación. Véase *cocodrilo*.

Un papel importante desempeñan las serpientes como «guardianes de los *tesoros* de la tierra» en el simbolismo de la antigua India, las nagas semidivinas. Estos demonios benéficos y portadores de buena suerte se representan a menudo plásticamente en figuras de seres humanos con cuerpo de serpiente, como guardianes de la puerta de templos. En cambio, según el mito, un *grifo* que recuerda al ave *solar* «Garuda vestida de plumas de oro» agarra a las serpientes venenosas por el pico y las destruye. Sin embargo, la serpiente, junto con la *vaca* y el *mono*, era el animal más venerado sobre todo a causa de su muda (símbolo de la vida que se renueva) y también por su proximidad al elemento vital *agua* (fertilidad). Sobre una serpiente cósmica descansa el dios Vishnú; alrededor del *monte* cósmico Meru hacían rodar dioses y titanes el cuerpo de la serpiente Vasuki mientras batían el mar de *leche* primigenio para convertirlo en mantequilla. La diosa cobra Manasâ reinaba sobre la tierra durante el período en el que Vishnú dormía. Seres serpentinos se convierten también en personificaciones simbólicas de las fuerzas de las divinidades y de su aspecto. En la China es la serpiente (shê) el quinto símbolo animal del zodíaco y se considera muy astuto, aunque también peligroso. La creencia popular decía que las personas falsas poseen un *«corazón de serpiente»*. No obstante, también los *ríos* con su curso sinuoso son imaginados como serpientes, y en leyendas y cuentos algunas serpientes agradecidas ofrecen *perlas*. La posesión de una piel de serpiente promete riqueza; soñar con serpientes se interpreta también en la China como un sueño predominantemente sexual: el cuerpo de la serpiente se compara con el pene y la cabeza triangular con el pubis femenino. Según la astrología china, la serpiente es «regente del año» en 1989, en 2001 y en cada doceavo año siguiente. En culturas del sudeste de África, las serpientes gigantes, como muestran antiguas pinturas rupestres, personifican *lluvia* y agua en general, apareciendo a menudo —incluso en los mitos— como seres fabulosos con cuernos. Pinturas rupestres del África oriental sugieren también la idea de una encarnación de la superficie terrestre sembrada de colinas y protuberancias rocosas (serpiente terrestre con sinuosidades verticales) (H. Kolmer). El mito de las cabezas de serpiente, que recuerda la leyenda griega de la lucha de Heracles con la hidra de nueve cabezas, desempeña un papel en la fe shintoísta del Japón. Según ese mito, el dios de la *tormenta* Susano-o, abatió tras duro combate a la gigantesca serpiente de *ocho* cabezas, Yamata-no-orochi, descubrió en su cola una espada sagrada y liberó a la princesa Inadahime, cautiva del monstruo y se casó con ella cual Perseo asiático oriental o como otro san Jorge. Es cierto que el viento tempestuoso se considera también en el Japón principalmen-

Serpiente: cabeza monumental de piedra de la serpiente emplumada, templo principal de Tenochtitlán (Ciudad de México)



Serpiente rejuveneciéndose mediante la muda de su piel. W. H. Barón de Hohberg, 1647

te destructivo (devastó los *arrozales* sagrados plantados por la diosa solar Amaterasu), pero también se le considera purificador, y por ello Susano-o pudo asumir el papel de matador de la serpiente.

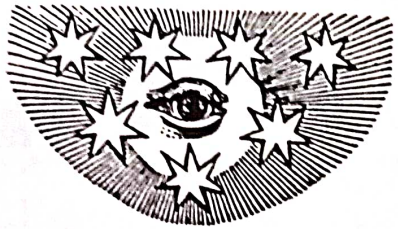
La serpiente del árbol del *Paraíso*, que indujo a la desobediencia a nuestra madre Eva, en la leyenda judaica medieval se llama Samael (correspondiendo al príncipe del *infierno* Lucifer). A ella se atribuyen los pensamientos siguientes: «Si hablo con el hombre, éste no me escuchará, porque es difícil influir en la mente de un hombre. Por esto es preferible que hable primero con la mujer, que es de mentalidad más superficial. Sé que ella me va a escuchar, porque la mujer escucha a cualquiera». La simbología de la psicología profunda ve en la serpiente, como en toda criatura reptil, un símbolo animal que se remonta a un pasado inmemorial de la tierra y, como lo formula Ernst Aeppli, «habita en una zona inasequible de la naturaleza... una imagen de energías especiales, primitivas. También representa, según toda experiencia psicológica, un gran símbolo de energía psíquica. El que en sueños se encuentra con la serpiente, se encuentra con fuerzas que brotan de las profundidades del alma ajenas al ego, tan antiguas, podrían decirse, como este animal mismo de tiempo inmemorial». En obras plásticas medievales se representa una mujer desnuda con dos serpientes en sus senos alimentando los *vicios* de lujuria y voluptuosidad, mientras que el dicho, ya conocido en la Antigüedad, de «serpientes alimentadas en el seno» hace referencia a la promoción involuntaria de personas astutas y traicioneras.

Sibilas. En el uso moderno del lenguaje se dice que son sibilinas las alusiones de carácter oscuro y como de oráculo, con referencia a las videntes de la Antigüedad, poseídas por una deidad y cuyo número y morada vienen indicados por diversos autores con múltiples variantes. Casi siempre se nombran diez sibilas: la caldea, hebrea o persa; la de Delfos, hija de Apolo; la itálica; la eritraica, que se dice emigró a Cumas; la sibila cimérica, llamada Amaltea o Herófila; la helespóntica de Marpessos; la frigia; y la sibila tiburtina, llamada Albunea o Aniena. La sibila de Cumas es la más mencionada: dícese que guió a Eneas en el mundo de los muertos y vivió mil años después de emigrar a Italia desde la Erytri del Asia Menor. Se dice que sus sentencias estaban inspiradas por el dios Apolo al igual que las de la pitonisa de Delfos. Los tres últimos de sus «libros» se guardaban en el templo capitolino de Roma, pero fueron quemados en el año 83 a.C., y se dice que trataban de la interpretación de augurios, catástrofes, monstruos, procesiones y sacrificios. Las sibilas están eternizadas en los frescos de la Capilla Sixtina. En cambio, los «Oracula Sibyllina» son sentencias en versos hexámetros del siglo v d.C., redactadas por un cristiano y en las que se anuncian futuras desgracias.

Siete, junto con el tres el más importante de los *números* sagrados según la tradición

Siete: las «siete artes liberales» bajo la protección de la Filosofía. G. Reisch, Margarita philosophica, Estrasburgo, 1508

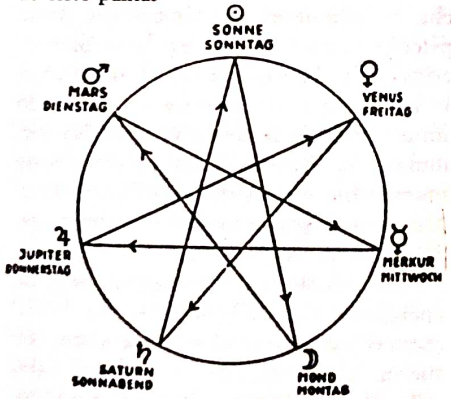
de las antiguas culturas orientales. En la literatura sumero-acadia se mencionan siete demonios que se representan mediante siete puntos y que aparecen en la *constelación* de las pléyades. Entre los judíos, la serie oriental de sietes se manifiesta en el *candelabro* de siete brazos (la menorah), que probablemente se remonta a la división por cuatro de la órbita de 28 días de la *Luna*, y también a los siete «*planetas*». En el Apocalipsis de Juan el siete desempeña un gran papel (siete congregaciones o iglesias, siete cuernos del monstruo en forma de *dragón*, siete copas de la ira en el «libro de siete sellos»). Una famosa «escena de sietes» del Antiguo Testamento tiene que ver también con la destrucción mediante la ira de Dios: siete sacerdotes con siete cuernos de *carnero* (shofar, véase *trompeta*) rodearon durante siete días los muros de Jericó. Al séptimo día «desfilaron siete veces alrededor de la ciudad», y al grito de guerra de los israelitas se desplomaron los muros (Josué 6, 6-20). En el parsismo de los antiguos persas se veneraban siete «santos inmortales», es-



Siete estrellas y el ojo de Dios. Emblema de Jakob Böhme

píritus supremos (Amesha Spentas): buena intención, excelente justicia, deseado reino de Dios, piadosa humildad, perfecta salud, rejuvenecida inmortalidad, diligente obediencia. En la Europa medieval se observan series de siete: había siete dones del Espíritu Santo, representados en el Gótico en forma de *palomas*; siete *virtudes*, siete artes y ciencias, sacramentos, peticiones en el padrenuestro. En la antigua China, el siete, como número impar, debía corresponder ciertamente al principio masculino yang (*yin y yang*), pero representaba el orden de años de vida de la mujer; después de dos veces siete comienza la «vía del yin» (primera menstruación); tras siete veces siete

Siete: los 7 planetas correspondientes a los siete días de la semana, colocados en forma de estrella de siete puntas



BIBLORED

años termina esta vía (climaterio o menopausia). Siete veces siete días desempeñaban también un papel en el culto de los muertos, ya que en cada séptimo día después del fallecimiento (hasta el día 49) se celebraban sacrificios conmemorativos. En el séptimo día del séptimo mes tenía lugar una gran fiesta para mujeres jóvenes y muchachas. La serie de siete planetas tiene en la China menos tradición que la más antigua de sólo *cinco* estrellas errantes y podría atribuirse a influencias indias. Véase *dioses de la buena suerte*.

Sigfrido, figura legendaria procedente del acervo de motivos del Cantar de los Nibelungos, que se convirtió en el tipo ideal estilizado del joven héroe germánico rubio que debe atribuirse especialmente al romanticismo nacionalista del siglo XIX y al «Ciclo del Anillo» de Wagner. Incluso en países no alemanes fue popular la figura en esta forma: así, en Inglaterra, al sistema de búnkers junto a la frontera occidental de la Alemania hitleriana, el «muro occidental», se le llamó «Línea Sigfrido». En la Edda, antigua obra nórdica en prosa, el héroe se llama Sigurd, es hijo de Sigmund y de Hjördis, y es el que mata a Fafnir (que mata a su vez, al *dragón*, Fáfnisbani). Después de matar al dragón, Sigurd se come el *corazón* de éste y entiende el lenguaje de las *aves*; más tarde conoce a la *valquiria* Brynhild (Brunilda), pide su mano para el rey Gunnar y se casa con la hermana de éste, Gudrun, pero, hallándose en la edad juvenil, Gutthorm, hermanastro de Gunnar le asesina durante el sueño. En la tradición danesa, el héroe se llama Sivard, que rescata a la orgullosa Bryniel, que se halla presa en el Glasberg (desterrada como en la «Waberlohe»); en libros populares alemanes se habla de «Seyfried» que mediante su baño en la *sangre* del dragón adquiere una piel acorazada y se vuelve invulnerable. Antiguas baladas de héroes le describen como vencedor de *gigantes* y dragones. Debió de ser muy grande la fascinación que ejerció el relato acerca del joven héroe que exhibe rasgos «solares» y que perdió la vida por una despiadada conjura, pero que luego fue vengado por las intrigas de su viuda (en la versión corriente, Kriemhild, Krimhilda), con lo que encontraron la muerte un sinfín de personas. «Asesinado fue Sigurd al sur del Rin / desde el árbol gritó el cuervo: / ¡En vosotros enrojecerá *Atila* el hierro, / el perjurio acabará con el asesino!» («Das alte Sigurdlied», 5).

Signos simbólicos políticos. Signos gráficos sencillamente estructurados con alto valor de señal se han convertido a menudo modernamente en símbolos de movimientos políticos en los que su efecto expresivo sobre las capas profundas de la personalidad representa una zona de la psicología todavía no analizada suficientemente, pero que, sin embargo, es innegable que existe. Signos de estructura horizontal-vertical tienen un efecto estático, defensivo, conservador, mientras que los que hacen resaltar la diagonal sugieren movimientos dinámico-agresivos. Este efecto expresivo seguramente no se buscaba conscientemente, sino que actuaba casi automáticamente en el ámbito de intenciones de cada uno de los movimientos de masas. Como ejemplo puede servir la *cruz* gamada (*esvástica*), símbolo del partido nacional-socialista, que por su posición diagonal sugiere movilidad, giro, circulación y espíritu agresivo; en cambio, la cruz potenzada que infructuosamente quería contraponerle el Estado corporativo austríaco de 1933 a 1938 causaba un efecto estático y «torpe». Los movimientos políticos de carácter agresivo muestran casi siempre puntas, tanto si se trata de

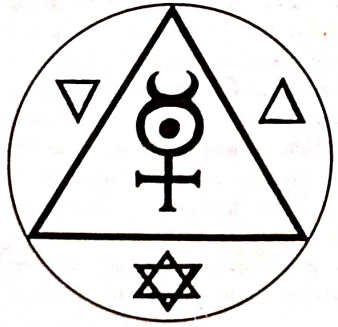
Símbolos alquímicos: la putrefacción como condición previa para la Ascensión. Basilius Valentinus, Azoth, París, 1659

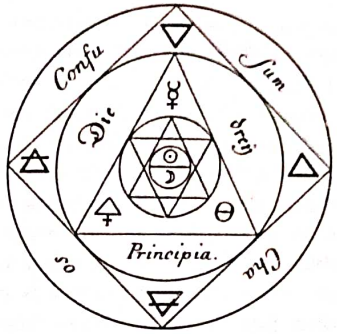
Símbolos alquímicos: andrógino, pelícano, león, serpientes, árbol de soles-oro. Rosarium philosophorum, Francfort, 1550

signos «fascistas» (la doble runa 'ig' de las SS, de las *flechas* de la Falange o el «rayo» en Inglaterra y en los Países Bajos) o de signos simbólicos más antiguos de las «izquierdas» (las tres flechas de los socialdemócratas, la *hoz* en el emblema de la hoz y el martillo del Estado comunista de obreros y campesinos o las puntas de la *estrella* soviética). Modernamente puede comprobarse un alejamiento del efecto expresivo, sentido como banal, del simple «signo de marca». Sólo en raras ocasiones se entienden como símbolos políticos las figuras de animales y entonces tienen un carácter más bien jocoso: por ejemplo, el *asno* como animal simbólico de los demócratas y el *elefante* como el de los republicanos en los EE.UU. Las flores deben simbolizar generalmente la alegría de vivir. Véase *clavel*.

Símbolos alquímicos. La alquimia no es en modo alguno simplemente «engañoso arte de hacer oro», sino más bien una doctrina extraeclesial de ennoblecimiento del alma que, por sus ideas heterodoxas, recurrió a un mundo de imágenes extraído del acervo de los laboratorios (aunque también hubo representantes de la ideología que esperaban sintetizar metales nobles). Debido a que antes de Carl Gustav Jung (1875-1961), en general sólo se atendía al aspecto histórico-científico y se consideraba la alquimia como «errónea pre-química», la parte ideológica jamás pudo encontrar la atención que se merecía. En primer lugar, se trata del afán de extender el reino espiritual de la *Luz* mediante la represión sistemática

Símbolos alquímicos: círculo, triángulos, hexagrama y oro mercurial, Musaeum Hermeticum, 1678



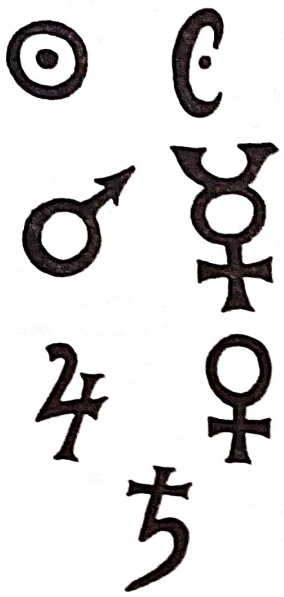


Símbolos alquímicos: símbolos de elementos y planetas, hexagrama y círculo. Trithemii güldenes Kleinod, 1782

del mundo de la materia, concebido como terrestre, pesado y oscuro, por ejemplo, en el sentido de la antigua gnosis, un complejo movimiento espiritual del que las diferentes sectas marcaron distintos aspectos. Las imágenes simbólico-alegóricas, como las que aparecen en confusa multiplicidad en manuscritos de la Alta Edad Media y en libros impresos con calcografías del Renacimiento y del Barroco, no tienen la finalidad de informar a los profanos, sino que parecen destinadas a ofrecer ayudas de meditación a los iniciados conocedores del cuerpo de doctrina. Partiendo de la materia primigenia (materia prima), a través de varios grados de purificación, ha de obtenerse la pura *piedra* de los sabios («lapis philosophorum»), cuya posesión, entre otras cosas, debe hacer posible obtener, partiendo de metales no nobles, el *oro* y la *plata* —los metales de *sol* y *luna*, respectivamente— y fabricar un remedio universal. Muchos símbolos enlazan esta ideología con las imágenes de la asociación *rosacruz* y de la *francmasonería*. Entre los motivos gráficos alquímicos más importantes, cabe mencionar: *águila*, *andrógino*, *plomo*, *caduceo*, *dragón*, *unicornio*, *oro*, *hexagrama*, *corales*, *sapos*, *león*, *luna*, *pelícano*, *pentagrama*, *pavo real*, *fénix*, *quintaesencia*, *Saturno*, *plata*, *sol*, *azufre* y *mercurio*, *paloma*, entre otros.

Símbolos astrológicos. La astrología, considerada en general, es la doctrina analogística o de correspondencia que relaciona procesos macrocósmicos con los del mundo de los humanos e intenta definir la influencia o dependencia del hombre mediante el movimiento de los astros y mediante el calendario que de ello depende. Por ello, es prácticamente la única ideología de base paralógica que desde la época de las culturas primitivas ha encontrado continuamente consideración, e incluso en la actualidad, a pesar del rechazo por parte de representantes de la ciencia empírica de la naturaleza, cuenta con mayor número de partidarios que en todas las épocas anteriores. Ya muy temprano, las *estrellas* fijas que giran alrededor del eje del universo se distinguieron de los *planetas*, entre los cuales se contaba también al *sol* y a la *luna*, de donde (con *Mercurio*, *Venus*, *Marte*, *Júpiter* y *Saturno*) se derivó el número «sagrado» *siete*. El zodíaco se dividió, no sólo en Occidente, sino también en la China, en 12 «signos» con objeto de poder definir una doctrina de armonía en las relaciones entre las personas nacidas en tales signos. También las culturas del antiguo México atendían a signos (en su mayoría, figuras de animales) para poder caracterizar la naturaleza de un nacido bajo ellos; sin embargo, se trataba de una serie de 20 signos de días, que volvían una y otra vez en cíclica repetición: *cocodrilo*, *viento*, casa, *lagarto*, *serpiente*, muerte, *ciervo*, *conejo*, *agua*, *perro*, *mono*, hierba, caña, jaguar, *águila*, *buitre*, terremoto, cuchillo de cortar piedra, *lluvia* y *flor*. Cuatro de ellos (casa, conejo, caña y cuchillo de cortar piedra) podían también convertirse en símbolos de años.

El deseo de sondear leyes cósmicas y las posibilidades de armonizar «el *cielo* y



Símbolos astrológicos de los planetas (o de los metales): Sol (oro), Luna (plata), Marte (hierro), Mercurio (mercurio), Júpiter (estaño), Venus (cobre) y Saturno (plomo)

la *tierra*» llevó a muchas culturas a imaginar formas celestes que el hombre intentaba realizar en su entorno. Los tipos de imagen que así se formaron son a menudo extraordinariamente elocuentes, de suerte que incluso en las personas de la era tecnológica raramente dejan de tener su efecto. Desde el punto de vista semiológico es interesante el hecho de que en toda la cultura «occidental», los símbolos astrológicos para los planetas y signos del zodíaco se han venido utilizando prácticamente inalterados a través de muchos siglos. La astrología tradicional de la China se diferencia en muchos puntos de la occidental. En ella hay 28 «estaciones lunares» y 12 «estaciones estelares», que corresponden a 12 «ramas terrestres». Ninguna de ellas es idéntica al zodíaco, que —probablemente por influencias occidentales— se conocía también en la China desde la Edad Media con su propia división en doce (véase *estrellas*). La observación de *cinco elementos* en relación con las 12 estaciones estelares condujo a un ciclo sexagesimal, después de cuyo transcurso se repetían las combinaciones originarias. También en China se elaboraban horóscopos, sobre todo para lograr la mayor armonía posible entre los cónyuges, en los *casamientos* exactamente planeados. Los errores en esto se interpretaban en el sentido de una analogía entre las perturbaciones celestes y terrestres. También en el ámbito indio e indonesio se conocieron complicados sistemas astrológicos; se compararon con el simbolismo del calendario astrológico del México antiguo para, de este modo, demostrar que en la época precolombina hubo una influencia histórico-cultural del ámbito asiático en el Nuevo Mundo.

Símbolos de la muerte. En la época prehistórica son probablemente símbolos de la muerte los *círculos* concéntricos (círculos ondulantes) que en paredes de tumbas megalíticas del neolítico podrían sugerir el hundimiento de la muerte en el *agua*. Con la idea de un *más allá* sobre un *mar* circular o la de un río que sirve de límite al mundo de los vivientes se relacionan seguramente muchas *naves* (naves de los muertos) representadas en situación parecida como figuras incisas en la roca, que conducen a otro mundo las almas de los muertos. En el arte funerario etrusco aparecen primero *delfines* y *caballos* de agua que llevan las almas a las paradisíacas *Islas de los Bienaventurados*, mientras que posteriormente parecen ocupar el primer término espantosos demonios de la muerte (Charun con el *martillo* parecido a la *doble hacha*, Tuchulcha con serpientes en las manos) de

Símbolos de la muerte: sepulturero y cadáver vendado. Grafito de la catacumba romana de Commodila. Paleocristiano

aspecto que casi recuerdan al *diablo*. En losas sepulcrales de la Antigüedad clásica, junto a representaciones de los difuntos, pueden verse casi siempre figuras de plañideras con la cabeza cubierta por un velo, y más raramente un genio con una *antorcha* bajada o cápsulas de adormidera como símbolos del sueño (véase *Somnus*, *Thanatos*). Un sugerente símbolo de la muerte son los *esqueletos* y las calaveras (éstas también como signo del VI día del calendario azteca, Miquiztli), pudiendo también ser los esqueletos símbolos de la futura resurrección: «Así habla el Señor, Yahvé: Ven oh espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos huesos muertos y vivirán... y revivieron y se pusieron en pie, un ejército grande en extremo» (Ezequiel 35, 4-10). Por otro lado, como «esqueletos vivientes» son figuras de escenas de la *danza de la muerte*, frecuentemente representada en la Edad Media, que simbolizan la justa compensación de los destinos en la muerte. El antiguo símbolo de la nave de los muertos se convierte en el arte griego en «nave de la Iglesia» con *ancla* y *cruz* (como mástil) con la *paloma* del *arca* de Noé (que debe guiar hacia el *paraíso*) volando por encima. También aparece como símbolo de la paz el ramo de olivo y los símbolos animales que sugieren la resurrección son el *caracol* (que duerme en la concha-«sepulcro») y la *mariposa*; una *corona* simboliza el pago de la vida piadosa en el cielo. El «corte de la vida» lo representa la guadaña (*hoz*) de la muerte; en ocasiones lleva también *flecha* y arco como armas mortíferas o un *reloj de arena* (véase *Chronos*), como referencia a lo limitado de la vida terrena. Especialmente en el Romanticismo se representa también el *sauce* llorón. En Europa es el *negro* el color que simboliza la muerte; en Asia oriental es el *blanco* (véase *lirio*).

En la mitología islámica la muerte es simbolizada por el ángel de la *muerte* Israfil, que está junto al *trono* de Alá y quita del *árbol* del mundo las hojas que llevan escrito el nombre de las personas que Alá ha destinado a morir. Después el ángel de la muerte visita a aquellas personas (ciertamente en figuras distintas) y les anuncia su fallecimiento: «A Adán se le apareció en forma de macho cabrío; a Abraham en forma de un hombre robusto» (Beltz, 1980). El ángel de la muerte Israfil, no mencionado por su nombre en el Corán, es aquel que en la creación del hombre proporcionó la necesaria *tierra* de *siete* colores, por lo cual recibió ésta la promesa de Alá de que a la muerte del hombre ella recobraría su parte material. Las imágenes de la carta XIII de los «arcanos mayores» del juego del *tarot* muestran la

Símbolos de la muerte: urna y sauce llorón (A. Anderson, 1775-1870)

Símbolos de la muerte: emblema francmasónico con compás y escuadra

muerte con flecha y arco, a menudo vestida de negro con capucha o como «jinete apocalíptico». La interpretación adivinatoria de esta carta se describe con «muerte, pérdida, cambio, eliminación de lo viejo por medio de lo nuevo» y conceptos análogos.

Símbolos de los sueños. Si se estudian inteligentemente pueden también contribuir a la investigación simbológica de la historia de la cultura para explicar el contenido de determinados símbolos. Si suponemos que los símbolos de los mitos, *cuentos*, leyendas, visiones, religiones y de las múltiples obras de arte, así como también los de los sueños, tienen sus raíces en la personalidad sólo en parte consciente del ser humano —es decir, que no se construyen arbitrariamente, sino que más bien «ascienden de estratos profundos»—, entonces la interpretación que de los sueños ofrece la psicología profunda puede también contribuir con el acervo de su experiencia a descifrar la «otra realidad» del pensamiento simbólico. En ello hay que tener en cuenta que la investigación simbológica en etnología toma en consideración los hechos históricos, mientras que la psicología profunda parte «ahistóricamente» de «otro mundo» general y permanente con un fondo que sigue siendo siempre el mismo. Entre los testimonios antiguos para intentar la interpretación de los mundos de los sueños con relación humana tenemos ante todo los cinco libros del «Oneirokritikon», de Artemidoro de Daldis (siglo II d.C.). En esa obra se hace la distinción entre sueños «teoremánticos» (es decir, que predicen directamente el futuro) y sueños «alegóricos» o que requieren interpretación (así, por ejemplo: *perlas* = lágrimas; *manzanas* = placeres del amor). En dicha obra antigua se tiene en cuenta la multiplicidad de interpretaciones de diversos símbolos, lo cual la eleva muy por encima de innumerables libros modernos sobre los sueños.

La moderna psicología de los sueños se ocupa, entre otras cosas, de la duración y aparición de los sueños de las fases REM (Rapid Eye Movement, rápido movimiento de los ojos bajo los párpados cerrados del soñador) y de su efecto relajante de la tensión. El simbolismo de los sueños se explica de diferente manera primordialmente según el diverso punto de partida del investigador y corresponde al psicoanálisis de Sigmund Freud la importancia de haber reconocido como *«via regia»* este mundo de los sueños para hacer posible mediante su interpretación «una relación viva y flexible con respecto a los diversos símbolos de la vida» (I. Caruso en Lurker, 1979). Debido a que Freud elaboró su teoría del desarrollo de la libido (necesidad de placer sexual) en una época de represión de la sexualidad, consideró de capital importancia las represiones de las experiencias y fantasías sexuales de la primera infancia y otros contenidos velados de significado sexual, en lo que se refiere a la interpretación de los símbolos oníricos. En épocas más liberales seguramente debe modificarse este modo de interpretación. Según interpretación popular, en este sentido representan símbolos masculinos (fálicos) objetos alargados y puntiagudos como *obelisco, lanza,*

Símbolos de los sueños: el genio alado del sueño. V. Cartari, 1647

Símbolos de los sueños: frontispicio de un libro inglés sobre los sueños, 1821

torre, menhir, flecha, espada, etc., mientras que pueden verse símbolos femeninos en cosas como cesta, *cáliz, cueva*, etc. Hechos ocurridos en sueños tales como subir *escaleras*, cabalgar, nadar o luchar se interpretan como imágenes encubiertas del acto sexual. En la psicología individualista de Alfred Adler las imágenes oníricas tienen relación con luchas del soñador por alcanzar la afirmación de su ego y el poder, mientras que la orientación de Carl Gustav Jung (1875-1961) es designada irónicamente por sus adversarios como «psicomitología» (véase *cuentos*). Para la simbología son sumamente importantes las interpretaciones en el sentido de la psicología analítica de Jung, ya que las maneras de interpretación tradicionales quedan enriquecidas por las experiencias de científicos de psicología profunda que trabajan clínicamente. Estas experiencias vienen reproducidas en la presente obra principalmente por las formulaciones del psicólogo Ernst Aeppli (1892-1954).

La interpretación de los símbolos de los sueños era ya una actividad de los sacerdotes en el antiguo Egipto y se basaba en la idea de que en el sueño se anticipa en forma atenuada un hecho futuro mediante la correspondiente historia que se sueña (una futura alegría, por ejemplo, por el hecho de estar sentado en un *jardín* lleno de sombra). En cambio, la interpretación de los sueños en la antigua China ve indicado en el sueño (meng) lo contrario (por ejemplo, muerte significa larga vida). En la Biblia se toma muy en serio la interpretación de los sueños en el sentido de la idea antigua oriental de que son inspiraciones divinas (que a los suyos

Símbolos de los sueños: el sueño del faraón. H. Holbein el J.

da el Señor mientras duermen, como, por ejemplo, lo indican los sueños del «egipcio José» (Génesis 41), aunque de ello se diferencien los cumplimientos de deseos banales y vanas imágenes ilusorias (Salmo 73, 20): «Son como un sueño del que se despierta y tú, Señor, cuando despertares, despreciarás su apariencia». Según Ernst Jünger, la persona en el sueño «atisba por un momento el maravilloso tapiz del mundo con sus mágicas figuras».

Símbolos francmasónicos. Pertenecen a aquellos ámbitos de la simbología que en nuestra época conservan en gran parte intacto su papel conscientemente elaborado y configurado en rituales. En la francmasonería, desde el año de su fundación oficial (1717) se le ha atribuido una gran importancia a la utilización intencionada de símbolos con el fin de poder lograr más fácilmente objetivos éticos. «En el simbolismo despliega la francmasonería su más íntima esencia como la Iglesia en su dogmatismo», escribe A. Wolfstieg (1922); «en ella palpita la verdadera vida íntima del arte regio». El mencionado autor añade a esto algunas citas sacadas de la más antigua lieratura especial, por ejemplo: «El simbolismo del trabajo no es solamente fijación de nuevas unidades psíquicas, sino conocimiento en sí... (pero) los símbolos de la experiencia interna deben ser redescubiertos personalmente por cada uno... (para) acostumbrar a aquel que quiera entenderlos a este mismo mundo de sentimientos e ideas en el que aquellos signos se originaron por vez primera» (P. Wageler). «Símbolo es la superación y el logro de la materia muerta mediante el ánimo del hombre para la vida viviente, la sublimación del mero concepto científico mediante el símbolo artístico, la sustitución del (mero) entendimiento mediante el sentimiento para la configuración vital, la sustitución del mero valor externo de la utilidad de una cosa por su valoración interna» (Gans). «En los símbolos no puede verse el mero sucedáneo de aquello que la consignación escrita de los asuntos asegura; ¿por qué habrían, pues, subsistido durante largos siglos junto a documentos escritos?» (Grimm, «Deutsche Rechtsaltertümer»). En tiempos aficionados a los símbolos, era irresistible el impulso «de hacer sensiblemente perceptible lo espiritual y convertir la vida real en imágenes plenas de significado» (Gustav Freytag). «Los constructores de iglesias abundaban en el simbolismo de la índole más profunda. Las Pirámides eran maravillas de la ciencia geométrica. La geometría era la sirviente del simbolismo. Como muy bien puede afirmarse, el simbolismo es geometría especulativa» (A. Pike).

August Wolfstieg (1859-1922) añade a estas y otras citas literarias, en el sentido de la concepción básica de la francmasonería, lo siguiente: «Un símbolo se origina dondequiera que a un hecho real, a un número, a una palabra, a un signo, a una planta, a un cuadro o a una construcción arquitectónica, etc., en suma, a una cosa, se le dé como base un significado más profundo del que posee realmente en su simple existencia, que, por consiguiente, dignifique esas cosas y sus formas y las valore más de lo que les corresponde en realidad, conceda a esa cosa puramente externa un significado espiritual o moral más profundo y la convierta en imagen de procesos mentales que de otro modo no podrían representarse. El símbolo es, pues, exactamente lo contrario de una alegoría, la cual constituye la encarnación sensible de una idea general mediante la representación de un proceso único; ...la alegoría, partiendo de una verdad general, busca una expresión sensible para una ilación de pensamientos ya preconcebida mediante la representación de un solo hecho y posee fuerza coercitiva para el espectador... el símbolo, en cambio quiere elevar a la categoría de universal un concepto aislado, una sensación aislada... enlazándolos a una cosa ya existente como sostén y reproducción de tal concepto o de tal sensación con el fin de, mediante su imagen, ahora y en el futuro evocar de una vez para siempre en el ánimo del espectador una determinada ilación de pensamientos, una verdad general o una exhortación. Por consiguiente, el símbolo deja para el espectador espacio suficiente para toda clase de ideas e interpretaciones». Wolfstieg añade lo que había formulado G. F. Creuzer en su «Symbolik und Mythologie der alten Völker» (1810-1812): «Sólo lo más importante debería revestirse con la dignidad del símbolo... Dice todo lo que es peculiar de este género (religioso, artístico): lo actual, lo total, lo necesario, lo inescrutable y lo eleva al grado supremo. Mediante esta sola palabra se designa la aparición de lo divino y la transfiguración de la imagen terrestre... En el símbolo asciende el concepto mismo al mundo de los cuerpos y en la imagen lo vemos a él mismo y de una manera inmediata. A esta alta apreciación del simbolismo en la francmasonería se contrapone grotescamente su depreciación (junto con la de la asociación misma) hecha por Mathilde Ludendorff («künstliche Verblödung durch Symbolik». Embrutecimiento artificial por medio del simbolismo). Se mencionan símbolos francmasónicos, entre otros lugares, dentro de las siguientes voces guía: *trabajo, arca, triángulo, oscuridad, martillo, guante, hexagrama, paleta, cadena, luz, pentagrama, Pitágoras, tablero de dibujo, columnas, dovela, plomada, piedra, grados, templo, escuadra, compás.*

Símbolos francmasónicos: recepción al grado de maestro. Nouveau catéchisme des Francs-Maçons, 1749

Sistemas duales son estructuras simbólicas que obtienen su fuerza de expresión de la tensión entre dos componentes, en la que cada uno de estos componentes estaría menos «cargado de fuerza». Ya para las pinturas rupestres de la era glacial (véase *caballo*) se supuso un programa dualístico. Pares de opuestos de toda índole dan ocasión para semejantes ordenaciones bipolares:

Día/*noche*, hombre/mujer, vida/muerte, animal/humano, en la antigua China, *yin/yang* (es decir, por ejemplo, fertilidad/actividad), *cielo/tierra*, Dios/*diablo*, *arriba/abajo*, pureza/pecado, *sol/luna*, en alquimia *azufre/mercurio* (es decir, ardiente/fugaz). La ordenación del mundo en sistemas duales continuamente nuevos posee evidentemente un carácter «arquetípico» y está mundialmente difundido. No está claro a qué se debe atribuir esta tendencia a ordenar en pares de opuestos. Es concebible que la experiencia del yo personal

da el Señor mientras duermen, como, por ejemplo, lo indican los sueños del «egipcio José» (Génesis 41), aunque de ello se diferencien los cumplimientos de deseos banales y vanas imágenes ilusorias (Salmo 73, 20): «Son como un sueño del que se despierta y tú, Señor, cuando despertares, despreciarás su apariencia». Según Ernst Jünger, la persona en el sueño «atisba por un momento el maravilloso tapiz del mundo con sus mágicas figuras».

Símbolos francmasónicos. Pertenecen a aquellos ámbitos de la simbología que en nuestra época conservan en gran parte intacto su papel conscientemente elaborado y configurado en rituales. En la francmasonería, desde el año de su fundación oficial (1717) se le ha atribuido una gran importancia a la utilización intencionada de símbolos con el fin de poder lograr más fácilmente objetivos éticos. «En el simbolismo despliega la francmasonería su más íntima esencia como la Iglesia en su dogmatismo», escribe A. Wolfstieg (1922); «en ella palpita la verdadera vida íntima del arte regio». El mencionado autor añade a esto algunas citas sacadas de la más antigua lieratura especial, por ejemplo: «El simbolismo del trabajo no es solamente fijación de nuevas unidades psíquicas, sino conocimiento en sí... (pero) los símbolos de la experiencia interna deben ser redescubiertos personalmente por cada uno... (para) acostumbrar a aquel que quiera entenderlos a este mismo mundo de sentimientos e ideas en el que aquellos signos se originaron por vez primera» (P. Wageler). «Símbolo es la superación y el logro de la materia muerta mediante el ánimo del hombre para la vida viviente, la sublimación del mero concepto científico mediante el símbolo artístico, la sustitución del (mero) entendimiento mediante el sentimiento para la configuración vital, la sustitución del mero valor externo de la utilidad de una cosa por su valoración interna» (Gans). «En los símbolos no puede verse el mero sucedáneo de aquello que la consignación escrita de los asuntos asegura; ¿por qué habrían, pues, subsistido durante largos siglos junto a documentos escritos?» (Grimm, «Deutsche Rechtsaltertümer»). En tiempos aficionados a los símbolos, era irresistible el impulso «de hacer sensiblemente perceptible lo espiritual y convertir la vida real en imágenes plenas de significado» (Gustav Freytag). «Los constructores de iglesias abundaban en el simbolismo de la índole más profunda. Las Pirámides eran maravillas de la ciencia geométrica. La geometría era la sirviente del simbolismo. Como muy bien puede afirmarse, el simbolismo es geometría especulativa» (A. Pike).

August Wolfstieg (1859-1922) añade a estas y otras citas literarias, en el sentido de la concepción básica de la francmasonería, lo siguiente: «Un símbolo se origina dondequiera que a un hecho real, a un número, a una palabra, a un signo, a una planta, a un cuadro o a una construcción arquitectónica, etc., en suma, a una cosa, se le dé como base un significado más profundo del que posee realmente en su simple existencia, que, por consiguiente, dignifique esas cosas y sus formas y las valore más de lo que les corresponde en realidad, conceda a esa cosa puramente externa un significado espiritual o moral más profundo y la convierta en imagen de procesos mentales que de otro modo no podrían representarse. El símbolo es, pues, exactamente lo contrario de una alegoría, la cual constituye la encarnación sensible de una idea general mediante la representación de un proceso único; ...la alegoría, partiendo de una verdad general, busca una expresión sensible para una ilación de pensamientos ya preconcebida mediante la representación de un solo hecho y posee fuerza coercitiva para el espectador... el símbolo, en cambio quiere elevar a la categoría de universal un concepto aislado, una sensación aislada... enlazándolos a una cosa ya existente como sostén y reproducción de tal concepto o de tal sensación con el fin de, mediante su imagen, ahora y en el futuro evocar de una vez para siempre en el ánimo del espectador una determinada ilación de pensamientos, una verdad general o una exhortación. Por consiguiente, el símbolo deja para el espectador espacio suficiente para toda clase de ideas e interpretaciones». Wolfstieg añade lo que había formulado G. F. Creuzer en su «Symbolik und Mythologie der alten Völker» (1810-1812): «Sólo lo más importante debería revestirse con la dignidad del símbolo... Dice todo lo que es peculiar de este género (religioso, artístico): lo actual, lo total, lo necesario, lo inescrutable y lo eleva al grado supremo. Mediante esta sola palabra se designa la aparición de lo divino y la transfiguración de la imagen terrestre... En el símbolo asciende el concepto mismo al mundo de los cuerpos y en la imagen lo vemos a él mismo y de una manera inmediata. A esta alta apreciación del simbolismo en la francmasonería se contrapone grotescamente su depreciación (junto con la de la asociación misma) hecha por Mathilde Ludendorff («künstliche Verblödung durch Symbolik». Embrutecimiento artificial por medio del simbolismo). Se mencionan símbolos francmasónicos, entre otros lugares, dentro de las siguientes voces guía: *trabajo, arca, triángulo, oscuridad, martillo, guante, hexagrama, paleta, cadena, luz, pentagrama, Pitágoras, tablero de dibujo, columnas, dovela, plomada, piedra, grados, templo, escuadra, compás.*

Símbolos francmasónicos: recepción al grado de maestro. Nouveau catéchisme des Francs-Maçons, 1749

Sistemas duales son estructuras simbólicas que obtienen su fuerza de expresión de la tensión entre dos componentes, en la que cada uno de estos componentes estaría menos «cargado de fuerza». Ya para las pinturas rupestres de la era glacial (véase *caballo*) se supuso un programa dualístico. Pares de opuestos de toda índole dan ocasión para semejantes ordenaciones bipolares:

Día/*noche*, hombre/mujer, vida/muerte, animal/humano, en la antigua China, *yin/yang* (es decir, por ejemplo, fertilidad/actividad), *cielo/tierra*, Dios/*diablo*, *arriba/abajo*, pureza/pecado, *sol/luna*, en alquimia *azufre/mercurio* (es decir, ardiente/fugaz). La ordenación del mundo en sistemas duales continuamente nuevos posee evidentemente un carácter «arquetípico» y está mundialmente difundido. No está claro a qué se debe atribuir esta tendencia a ordenar en pares de opuestos. Es concebible que la experiencia del yo personal

Sistemas duales: símbolo azteca para «guerra», dos corrientes entrelazadas de fuego y de agua («atl-tlachinolli»)

Sistemas duales: sol y luna, símbolos alquímicos de la polaridad. Michael Maier, Symbola, 1617

frente al mundo exterior fundamentase ya en el comienzo de la historia humana la división del cosmos en pares de elementos contrapuestos. En cambio, es discutible la conjetura bastante frecuente que considera como mecanismo de acción la oposición de los sexos. En muchas culturas sin escritura, la sociedad se divide en dos mitades complementarias que se motivan religiosamente. Primitivas culturas desarrolladas conocen el fenómeno de la doble realidad. En la época moderna casi siempre se enfrentan en la vida política dos grandes partidos y la política internacional registra la rivalidad de dos grandes bloques de poder. Religiones con pretensiones absolutistas dividen a la humanidad en hermanos en la fe y «paganos» infieles. Esta visión del mundo en tesis (con inclusión del yo personal) y antítesis lleva consigo una dinámica y a causa de sus profundas raíces no podría disolverse por ninguna síntesis ideal. En la iconografía se representan tales imágenes contrapuestas por medio de *águila/serpiente* o *dragón*/matador del dragón, etc. (Véase *octidad*, *boda*.)

Sistemas duales: emblema alquímico de la unión de los polos masculino-femenino para formar una unidad superior. M. Maier, Atalanta, 1618

Sodoma y Gomorra, en el Antiguo Testamento nombre de dos ciudades de los cananeos en la cuenca del Jordán, que a consecuencia de un juicio divino fueron destruidas; aparecen también mencionadas por Estrabón (63 a.-19 d.C.) y Tácito (55 a.-16 d.C.). Hasta ahora no se ha encontrado ninguna prueba arqueológica que corrobore la tradición sobre aquellas ciudades impías junto al mar Muerto (llamado en la literatura rabínica «mar de Sodoma»). En el libro del Génesis se habla de la corrupción de costumbres de los habitantes de Sodoma que

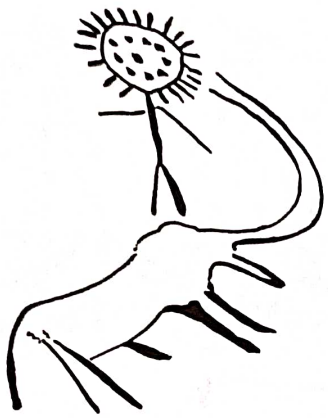
Sodoma y Gomorra: dibujo según la Biblia de Merian, Estrasburgo, 1625

querían abusar homosexualmente de unos forasteros; por ello «hizo Yahve llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de Yahvé desde el cielo. Destruyó estas ciudades y toda la hoya y cuantos hombres había en ellas y hasta las plantas de la tierra. La mujer de Lot miró atrás y se convirtió en un bloque de sal... Salía de la tierra una humareda, como humareda de horno» (Génesis 19, 24 y 28). Con ello se convirtió Sodoma en símbolo de una ciudad inmoral como *Babilonia*; el significado actualmente usual de la palabra sodomía (concúbito entre varones) no puede deducirse del texto bíblico. En el libro de Deuteronomio se dice: «Porque no es nuestra roca como la suya. Son jueces nuestros mismos enemigos. De cierto su vid es de la vid de Sodoma, de los campos de Gomorra sus sarmientos...» (32, 31-32). Es curiosa la explicación que se da para la corrupción moral de la ciudad de Sodoma en la colección medieval de novelas «Gesta Romanorum» (hacia 1300), donde se dice que la gula fue lo que hizo «caer en el pecado a los sodomitas... La impiedad de los sodomitas provino de que tenían demasiado pan y se saciaron de él... Nosotros vamos, pues, a pedirle al Señor, que en la tierra guardemos la moderación, para que seamos invitados en el cielo a su mesa». Según la misma obra, cuando Adit, la mujer de Lot, se volvió, se convirtió en estatua de sal en la leyenda judía, estatua que aún se encuentra allí en nuestros días. «Los *bueyes* que hay en esta región la lamen diariamente, hasta que de ella sólo han quedado sus *pies*, pero cada mañana vuelve a crecer lo que los bueyes lamieron» (E. bin Gorion, 1980).

Sofía, en gr., sabiduría, concepto de valor de la filosofía en el sentido de ciencia, conocimiento, dominio de capacidades, en plena extensión sólo accesible a los dioses, mientras que el hombre puede sólo aspirar a ella y entonces se le puede llamar «amigo de la sabiduría» (en gr., philosophos), denominación que probablemente se remonta a *Pitágoras*. En las más recientes doctrinas de la Gnosis, la «Pistis Sophia» fue venerada como persona y

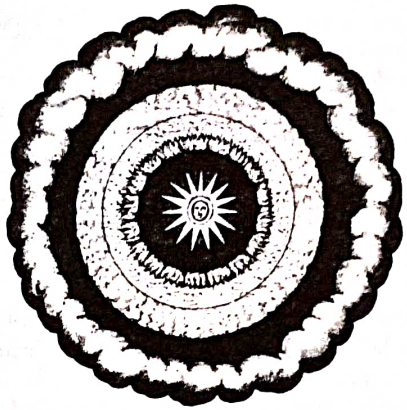
Sofía: santa Sofía como santa madre de Fe, Esperanza y Caridad. Leyenda de santos de W. Auer, 1890

divinidad de origen simbólico, mientras que en el cristianismo lo fue como santa sabiduría de Dios (Hagia Sophia), pudiendo la sabiduría humana reflejar solamente la sabiduría divina pero jamás igualarla. La leyenda cristiana de santos venera a santa Sofía (lat. Sapientia) como madre de las tres hijas Fides (Fe), Caritas (Caridad) y Spes (Esperanza), que se dice padecieron el martirio en tiempos del emperador Adriano (117-138 d.C.). Fe, Esperanza y Caridad, hijas de la Sabiduría, son las tres «*virtudes* teologales».

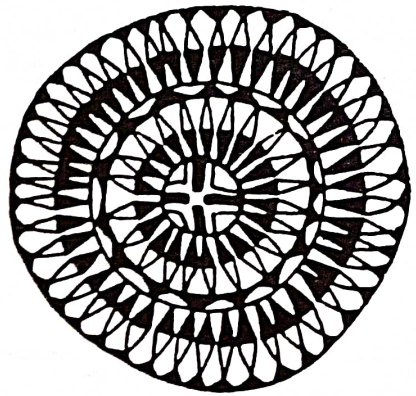


Sol: dios solar (?) encima de un toro, dibujo rupestre siberiano, Alma Ata, edad del bronce tardía

Sol, la estrella del día, ocupa, naturalmente, el primer rango entre todos los fenómenos celestes. Innumerables religiones unen el concepto del dios del *cielo* con el concepto del Sol; entre otros numerosos nombres, se invoca al dios Sol como destructor de las tinieblas (*oscuridad*) (en babilonio: «El que ilumina la oscuridad, brilla en el cielo, el que arriba como abajo destruye el mal... Todos los príncipes se alegran de contemplarte, todos los dioses te aclaman...»). El faraón Amenhotep IV (Echnatón, 1365-1348 a.C.) convirtió el culto solar del egipcio Amon-Râ en un sistema («Tan bello apareces en el lugar luminoso del cielo, oh Sol viviente, que por vez primera comenzó a vivir...»). Sólo en el Antiguo Testamento de la Biblia —en clara oposición al culto solar de los «paganos»— se considera que el Sol es una de las dos «luminarias» que Dios puso en el firmamento. En la iconografía cristiana, el Sol, que surge una y otra vez por Oriente, es símbolo de inmortalidad y resurrección, y en un mosaico del siglo IV, Cristo se equipara a Helios con corona de rayos luminosos montado en el *carro* solar, o al Juez del mundo rodeado por un *nimbo* parecido al Sol. Dado que Cristo es también Chronokrátor (Soberano del Tiempo), se le ha relacionado a menudo, particularmente en el arte románico, con el Sol que marca la duración de los días. Junto con el círculo que nos es conocido, rodeado de rayos, los signos fundamentales gráficos del Sol, dentro de los signos básicos, son el *círculo* con el punto central, y la «*rueda* solar», dividida por una *cruz* axial. En *alquimia* corresponde al Sol el reluciente *oro* («sol de la tierra, *rey* de los metales»), y astrológicamente le corresponde el *león* (*leo*). Debido a un orden social de predominio masculino (en contraste con el uso del lenguaje en alemán), el sol es casi siempre «masculino», como la deidad misma, según una ingenua concepción (una excepción la constituye, por ejemplo, la japonesa diosa solar, Amaterasu Omikami, que, no obstante, es creación del dios del cielo, Isanagi. En regiones en las que existe amenaza de sequía puede el Sol, con su calor, asumir también aspectos ambivalentes o incluso negativos, o debe ser reforzado en su carrera a través del cielo mediante la *sangre* de personas ofrecidas en sacrificio para de esta manera recibir nueva fuerza vital (antiguo México). Véase *carro*, *pelota*, *rey*.

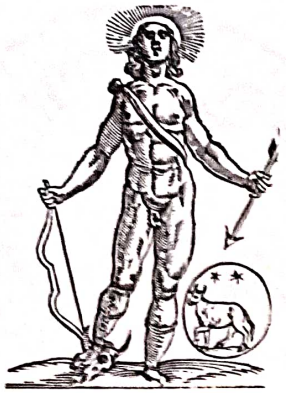


Sol: la creación del Sol central. R. Fludd, Utriusque Cosmi Historia, 1617



Sol: motivo solar de un manto de bisonte de los indios de la pradera (pies negros)

El ámbito cultural antiguo más importante en el que se adoraba el Sol es sin duda el antiguo Perú, que lo veía como antepasado divino del linaje de los incas. El inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) describe así el templo del Sol de Cuzco, la capital: «Las cuatro paredes estaban de arriba abajo revestidas de planchas y travesaños de oro. En la parte anterior (se encontraba) lo que nosotros llamamos altar mayor (y aquí) se erguía la figura del Sol, consistente en una plancha de oro de un grosor doble del de las otras planchas que cubrían las paredes. La figura, con su cara redonda y sus rayos y llamas de fuego, estaba hecha de una sola pieza, exactamente como la representan los pintores. Era tan grande que ocupaba toda la parte anterior del templo de una pared a la otra... A ambos lados de la estatua del Sol se hallaban, como hijos de este Sol, los cuerpos de los reyes muertos, embalsamados —no se sabe de qué manera— que parecían estar vivos. Estaban sentados en sus sillas puestas sobre doradas vigas, en las que solían sentarse... (Las puertas del templo) eran parecidas a portales revestidos de oro. A los lados exteriores del templo se encontraba un entablamento de oro consistente en planchas de anchura mayor de una vara que rodeaba el templo entero como una corona». La equiparación sol-oro en la Sudamérica andina se transfirió evidentemente a la realidad de una manera más consecuente que en ninguna otra parte, y la simbólica asociación de ideas del carácter imperecedero del «metal noble» con la momificación es igualmente sorprendente, como en el caso del antiguo templo peruano de la *Luna*, en el que se guardaban «en conserva» en medio de plata las mujeres antepasadas del linaje real, y allí eran reverenciadas. En la astrología se considera el Sol, como en la Antigüedad, uno de los «*planetas*» a causa de la aparente órbita alrededor de la Tierra, la cual determina la duración del año. Como la Luna, el Sol se designa también como «*luz* principal», con propiedades tales como «masculino, caliente, dominante». La posición del Sol en un signo del zodíaco (véase *estrellas*) indica en qué «signo» ha nacido una persona. El sol tiene en el signo de *leo* su «casa diurna» y en el de *aries* está «exaltado», en el de *Acuario*, en cambio, está humillado. El anaranjado se considera color solar, y las



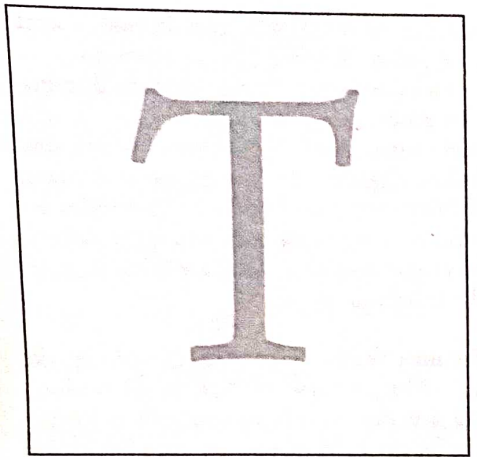
Sol: Apolo, como dios solar y arquero. V. Cartari, 1647

piedras preciosas que se le atribuyen al Sol son el *diamante*, el *rubí*, el crisólito y el jacinto. Según el simbolismo tradicional le corresponden al Sol los *reyes*, la autoridad paterna, la posición de las personas en el mundo, la gloria y la victoria, y también el *corazón*, la fuerza de voluntad y la vitalidad. El Sol y la Luna son en la iconología *francmasónica* «las dos luces físicas del mundo, el modelo del Primer y Segundo Inspector o capataz (y) significan que todo francmasón y hermano tanto de día como de noche debe buscar la verdadera luz y no permanecer nunca en las tinieblas de los vicios y de las malas costumbres» (Baurnjöpel, 1793). Iconográficamente suele representarse el Sol como dios solar con corona de rayos sobre la cabeza o como disco coronado de rayos con cara humana. No es raro que algunas imágenes rupestres prehistóricas de ámbito asiático presenten figuras humanas con una «rueda solar» como cabeza, rodeada de puntas y dividida en forma de *cruz*, conteniendo puntos cada uno de los sectores (¿referencia a una división en años del calendario?). En el arte rupestre prehistórico del norte de África aparecen imágenes de *toros* y *carneros*, que —al igual que otras imágenes religiosas más recientes de Egipto— llevan sobre la cabeza un disco y se designan como «carneros solares» y «bóvidos solares». Como imagen heráldica, el Sol representado como una cara o solamente como un disco presenta casi siempre puntas rectas alternadas con puntas flamígeras.

Sombras. Las sombras, desde el punto de la simbología no solamente indican el impedimento de la *luz* por un obstáculo interpuesto, sino también entidades oscuras de una índole propia. Son misteriosos dobles del hombre, y a menudo se entienden como reproducciones de su alma (algunas lenguas designan con la misma palabra imagen, alma y sombra). La representación como silueta de seres humanos en el arte rupestre de la época postglacial, a menudo muy alargada, se interpreta hipotéticamente (H. Kolmer) como reproducción gráfica de sombras (estando muy bajo el *Sol*), partiendo, por ejemplo, de la reflexión de que había sido «tabú» la representación de la figura humana misma. En muchas cosmologías las almas de los muertos se conciben como sombras en el *más allá* con el fin de mostrar sensiblemente su impalpabilidad corpórea. La ausencia de sombra, por ejemplo, como venta de la misma al *diablo*, significa la pérdida del alma. El que en la leyenda no puede ver su alma está condenado a muerte, y también aquel que pisa su propia sombra. El «saltar por encima de la propia sombra» equivale, en el simbolismo del lenguaje, a «hacer algo imposible». Muchas veces se evitaba ser alcanzado por la sombra de personas temidas (por ejemplo, *brujas*) para no caer en poder de ellas. En la semejanza filosófica, el mundo del fenómeno material suele concebirse como mera sombra del verdadero mundo de las ideas, como por ejemplo, en la parábola de la *caverna* de Platón. Para la psicología profunda, la sombra es un símbolo de las capas inconscientes de la personalidad que solamente por medio del proceso de la individuación pueden incorporarse a la compleja estructura de lo experimentado y transformarse. Cuando el *ángel* anuncia el nacimiento de Jesucristo, dice así: «La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lucas 1, 35). «En la sombra de las alas de Dios» es el lema, tomado del Salmo 17, 8, de hombres piadosos, como, por ejemplo, del padre espiritual de los rosacruces J. V. Andreae (1586-1654): «Sub umbra alarum tuarum Jehova». Importante para la simbología es la opinión sustentada en la epístola neotestamentaria a los hebreos (8,5 y 10,1), según la cual los ritos y las acciones sacerdotales deben concebirse en la época cristiana «como modelos y sombras» del nuevo acontecer de la salvación. Los primeros cristianos veían en los hechos del Antiguo Testamento anticipaciones simbólicas y anuncios de los acontecimientos que tienen lugar en el Evangelio, de las instituciones eclesiásticas y ritos en una nueva fase de la historia de la salvación sobre la cual la antigua había «proyectado su sombra».

La «tipología» de manuscritos iluminados medievales, por ejemplo, de la «Biblia moralizada», amplía esta manera simbólico-alegórica de contemplar el Antiguo Testamento y encuentra en casi todas las escenas una correspondencia neotestamentaria que revela su significado en el sentido cristiano.

Somnus (nombre lat., gr. Morpheus, de ahí «Morphium»), el dios de los sueños. Ha sido discutida la equiparación del nombre latino y del griego, en vista del hecho de que se trata más bien de una figura simbólica poética que de una figura de la mitología. En las «Metamorfosis» de Ovidio, el dios del sueño tiene mil hijos, lo cual caracteriza la multiplicidad de los sueños. En la poesía, se menciona al mismo Morfeo como personificación de las visiones de figura humana, luego a Icelo o Fobetor, que proporciona sueños de animales, y finalmente a Fantaso, que aparece en la vida onírica como dispensador de objetos inanimados. Estar «en brazos de Morfeo» significa que uno está durmiendo o soñando. Véase *Hypnos*.

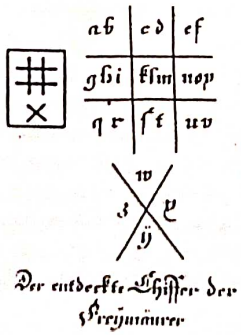


Tablero de dibujo, un signo del grado de maestro, usado en el simbolismo de los *francmasones*, que forma parte de las «joyas inmóviles» (véase *cartabón*). Hace posible que el maestro, conforme al simbolismo de la cabaña gótica, dibuje previamente el plano de la obra arquitectónica. En la mayoría de las tablas de aprendizaje está cubierto por una doble cruz y una cruz de san Andrés puesta debajo, lo cual generalmente sólo se explica haciendo referencia a «figuras geométricas». No obstante, se trata claramente de un esquema de rejilla con cuya ayuda podía construirse una escritura a base de cuadrados, ángulos y puntos utilizada particularmente en el siglo XVIII (según Biedermann, «Das verlorene Meisterwort» [la perdida palabra de los maestros], 1986 y más veces). En el sistema sueco de la francmasonería, el tablero de dibujo pertenece ya al contenido docente del grado de aprendiz. Baurnjöpel (1793) escribió que cada maestro «ha de fortalecerse mediante ello en su trabajo y trazar sobre su tablero de dibujo las líneas básicas, las cuales han de permanecer indelebles tanto para él mismo como para todos los que trabajan bajo su dirección».

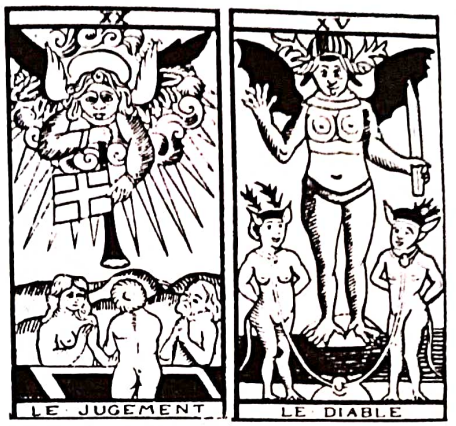
Tarot. Juego cuyo origen atribuyen algunas teorías fantásticas a una sabiduría mistérica del antiguo Egipto, mientras que algunos historiadores lo hacen remontar a una antigua enciclopedia italiana en imágenes para la enseñanza de la juventud que en el siglo XIV se combinó en Venecia con los juegos españoles de naipes con números. Los nombres de los 22 triunfos de las cartas, «arcanos mayores», parecen relacionarse con la iconografía medieval y estimulan poderosamente la imaginación simbolística, y por ello se explica la atracción que el tarot ejerce sobre los adictos a las doctrinas secretas. «La estrecha concatenación de ciencia secreta y tarot ha progresado de tal manera que el tarot sólo parece conservar la función de transportar teorías ocultistas y especulaciones como portadoras de símbolos» (Tegtmeier, 1986).

Los nombres de los «arcanos mayores» son los siguientes: 0 - El loco (franc. le mat, ingl. the fool; se relaciona con el *elemento* aire). I. - El mago (le bateleur, the magician, *Mercurio*). II - La Sacerdotisa o la Papisa (la papesse, the high priestess, *Luna*). III - la emperatriz (l'impératrice, the empress, *Venus*). IV - El *emperador* (l'empereur, the emperor, Acuario). V - el sumo sacerdote o el papa

Tablero de dibujo: doble cruz y cruz de san Andrés como medios auxiliares para la construcción de una escritura secreta (1745)



Der entdeckte Chiffre der Freymäurer



Tarot: dos cartas de los «arcanos mayores»: «El Juicio final» y «El Diablo». Francia, hacia 1840

(le pape, the pope o the hierophant, *Tauro*). VI - Los amantes o la decisión (les amoreux, the lovers, *Géminis*). VII - El *carro* (le chariot, the chariot, *Cáncer*). VIII - la justicia (la justice, justice, *Libra*). IX - El ermitaño (l'ermite, the ermit, *Virgo*). X - La rueda de la fortuna (la roue de fortune, the wheel of fortune, *Júpiter*). XI - La fuerza (la force, strength, *Leo*). XII - El ahorcado (le pendu, the hanged man, *agua*). XIII - La muerte (la mort, death, *Escorpio*). XIV - La templanza (la tempérance, temperance, Sagitario). XV - El *diablo* (le diable, the devil, *Capricornio*). XVI - La *torre* (herida por el *rayo*) (la maison-dieu, the lightening struck-tower, *Marte*). XVII - La *estrella* (l'étoile, the star, *Aries*). XVIII - La *Luna* (la lune, the moon, *Piscis*). XIX - el *Sol* (le soleil, the sun, Sol). XX - El Juicio (final) (la trompète o le jugement, judgement, *fuego*). XXI - El mundo (le monde, the world o the universe, *Saturno*).

La especulación esotérica relaciona también estos triunfos con los «canales» que en la doctrina secreta de la cábala une unas con otras las 10 sephirot o fuerzas fundamentales y que corresponden a las letras del alfabeto hebreo. Así, en el «árbol sefirótico», el canal de la letra beth con la carta correspondiente I (El Mago) une la serifah kether (la *corona*) con binah (comprender), y el canal de la letra aleph une kether con jojmah (sabiduría) y le corresponde la carta del tarot 0, el *loco*. Véase la abundante literatura de S. Golowin (1985), S. Nichols (1984) y R. Tegtmeier (1986). Los cuatro triunfos de los «arcanos menores» se denominan *espadas*, bastos, copas y oros y (en este orden) se relacionan analógicamente con los cuatro *elementos* aire, *fuego*, *agua* y *tierra*.

Té. El té es en el Asia oriental no solamente un refresco sino también un símbolo de la buena educación y también de la meditación. El «sado», vía de la bebida del té, forma parte de la actitud vital del camino japonés del zen. La leyenda budista refiere que las primeras hojas de té se originaron de los *párpados* de Bodhidharma (en japonés Daruma) cuando se hallaba meditando. El «santo» se los cortó para no quedarse dormido, y las hojas que de los párpados se originaron tienen por ello una acción desveladora. Unas tradiciones chinas atribuyen el descubrimiento del té a un Lu-Wü (hacia 800 d.C.) que salió de un *huevo*. La ceremonia japonesa del té se remonta al año 1286 y se atribuye al monje Shomei que introdujo desde la China el consumo del té, junto con todos los utensilios para tomarlo. El acto ceremonial de tomar el té tiene lugar en el *jardín* (roji) en el que se encuentra la casa de té (Chahitsu) y no debe realizarse nunca apresuradamente, sino en estado de concentración interior y en armonía interna y externa, estando prescritas escrupulosamente por la etiqueta la mayor parte de los gestos. Según la filosofía zen, el sentimiento de paz y perfección que se experimenta debe seguir produciéndose también

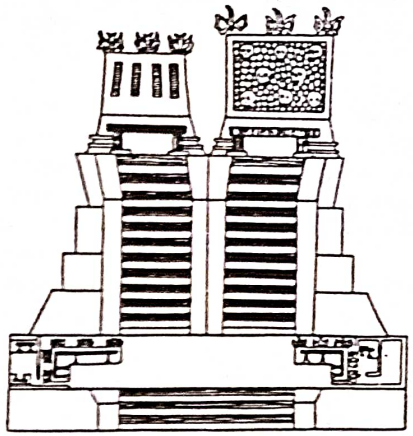
en la vida cotidiana de los participantes. Las tazas para el té (en japonés chawan) debían ser por lo tanto de belleza sencilla (wabi) en la forma y el color. Se consideran particularmente valiosas para los coleccionistas las tazas para té de Kyoto, pintadas en color *negro* y *rojo*.

Tejo, taxus, árbol de hojas siempre *verdes*, que puede vivir cientos de años y por ello fue tenido en la Antigüedad como un símbolo de inmortalidad. Probablemente como expresión de la esperanza de sobrevivir a la muerte personal este árbol se plantó desde tiempo inmemorial en cementerios junto con otras plantas duraderas y de hoja perenne. La toxicidad de las semillas, que contienen el alcaloide taxina, que paraliza el corazón, ya se conocía en época antigua, y los temidos guerreros celtas envenenaban con jugo de tejo las puntas de sus lanzas. En cambio, no es venenosa la dulce capa que cubre la semilla y que los pájaros comen, contribuyendo con ello a la difusión de la planta. La madera de tejo carece de resina, es de resistencia ilimitada y sirvió como material para la construcción de arcos y estatuas. Todavía en época reciente, en el sudeste de Europa se les da a los niños crucecitas de madera de tejo como amuletos contra las influencias demoníacas.

Tejón. En relación con la simbología, este animal se distingue por el hecho de vivir en la oscuridad (es «fotófobo») y en su oscura morada «se alimenta de su propia grasa». Esto hizo de él un símbolo del vicio, y ciertamente simbolizó también, junto con el topo, el vicio de la avaricia. La grasa de este animal ya en la Antigüedad se usó con fines curativos.

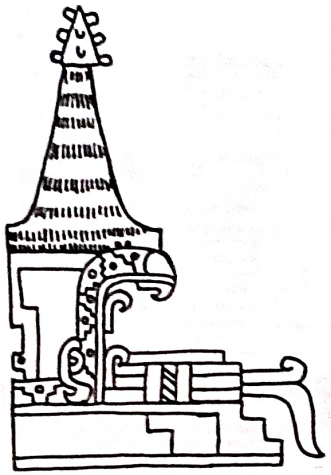
Tell (también Tall, Thäll), Guillermo, legendaria figura simbólica del amor a la independencia y a la libertad de los suizos. Según la tradición, Tell era un cazador de la aldea de Bürglen (Uri), a quien Gessler, el tiránico gobernador de los Habsburgo, había obligado a derribar con el bodoque de su ballesta una *manzana* puesta sobre la cabeza de su hijo. Tell salió airoso de la prueba, pero poco después da muerte al propio gobernador en «Höhle Gasse», cerca de Küsnacht, dando con ello la señal del levantamiento contra el dominio de los Habsburgo, en el camino de la fundación de la Confederación. En tiempos recientes, el efecto simbólico de la leyenda se ha acentuado como expresión del patriotismo de los suizos, pero también hay que hacer referencia al hecho de que el motivo del cazador que se ve obligado a disparar contra su hijo es mucho más antiguo que el momento histórico en que se dice que se desarrolló el episodio en Suiza. Saxo Grammaticus (hacia 1200) atribuye semejante disparo de flecha a un tal Toko, en la leyenda de Pálnatoki, y la antigua leyenda nórdica de Thidreks lo atribuye a un tal Egill. En el mundo legendario de Escocia, el cazador se llama William Cloudesly. Hasta el siglo XIV no trata un «Cantar de Tell» el tema en el contexto actual, que pronto se amplió mediante baladas populares y hacia 1470 se enlazó con el «juramento de Rütli». Esta leyenda histórica se hizo famosa fuera de Suiza por la obra de Schiller «Wilhelm Tell» (1804), y también tratada por el «Guglielmo Tell» de Rossini en el espíritu del Risorgimento italiano (1829). Tell se convirtió en la figura simbólica de un honrado y valiente campeón de la libertad y rebelde contra una autoridad no deseada. El sombrero del gobernador plantado sobre la estaca es, por lo demás, un antiguo símbolo jurídico de la autoridad del señor de la guerra; por lo tanto, no hace referencia a la arbitrariedad tiránica.

Tell: el disparo de ballesta contra la manzana, grabado en madera de Meister D. S., 1707



Templo: representación de la época colonial de una pirámide escalonada mexicana con doble santuario. Codex Ixtlilxóchitl

Templo, no solamente denominación para construcciones de índole sagrada, sino también símbolo de «santuario» en cualquier sentido que se quiera imaginar, y también de la aspiración superior que quiere reservar un lugar espiritual en la vida cotidiana. En el simbolismo cristiano, el hombre es concebido como «templo de Dios»: «Cristo, el templo verdadero, en él debemos entrar... El templo de Dios es la formada palabra de Dios; en el templo del Espíritu Santo se enseña la palabra de Dios... Debemos entrar en el templo de Jesucristo, resistiendo al Diablo» (Jakob Böhme, 1575-1624). La raíz de la palabra es el griego témenos, espacio aparte destinado al culto, separado del mundo profano por unos muros. Sin embargo, en el sentido simbólico, estas paredes separadoras, aunque necesarias para proteger el santuario contra la profanación y también para preservar de los profanos el poder que mora en su interior, deben también volver a suprimirse para ensanchar lo sagrado todo lo posible. El templo se establece muchas veces conforme al modelo cosmológico del universo y reproduce simbólicamente el orden del mundo (véase *eje del mundo*, *ombligo*, *cruz*, *cuadrado*). Los zigurats, pirámides *escalonadas* de la antigua Mesopotamia (véase *Babel*, *torre*) suelen llevar nombres que en la traducción revelan su naturaleza como montañas de los dioses, centros del mundo y lugares de unión del mundo de los dioses con el mundo de los hombres: «Casa de los fundamentos del cielo y de la tierra» (Babilonia); «Templo de los siete guardianes del cielo y de la tierra» (Birs Mimrud); «Casa de la montaña del universo». El nombre del gran altar del templo de Salomón, 'ar'el, se deriva del acadio «arallû», que al parecer designa tanto «mundo subterráneo» como «montaña de los dioses». El altar, así como también la *piedra* shetija debajo del mismo, se concebía probablemente como monte simbólico y como centro umbilical del mundo. Este simbolismo del templo con su centro ideal es importante también en el mundo de las



Templo: antiguo santuario mexicano del dios de la Cueva, con portal en forma de fauces de dragón. Codex Borgia

ideas de la *francmasonería*. El Templo del rey *Salomón*, cuya construcción comenzó en el año 966 a.C., se consideraba en el simbolismo cósmico judaico la reproducción idealizada de la tierra. El atrio (ulam) correspondía al *mar*, el santuario (hekal) a la tierra firme, el oscuro lugar santísimo (debir) al *cielo*. Este templo de la ciudad de *Jerusalén*, en la tradición de las logias masónicas de la Edad Media, se convirtió en el prototipo de una imagen de doctrina de la que puede derivarse el ideal de la construcción de un espiritual «Templo de la humanidad» (o del «amor universal a los hombres»); debe acoger una humanidad pacificada, «aquella humanidad que debe construirlo y que se identifica con él. Puesto que la ilación de ideas de la construcción del templo sólo se vuelve comprensible si se equiparan construcción del templo y humanidad» (Lennhoff-Posner). Los instrumentos (*escuadra*, *compás*, *triángulo*, *martillo*, etc.) representan simbólicamente la erección de tal templo ideal en honor «del todopoderoso Arquitecto de todos

Templo: moneda de Éfeso con el templo de Roma y Augusto. Año 19 a.C.

los mundos», siendo cada una de las personalidades la «*piedra* cúbica» que debe encajar en la construcción. También se designa con el nombre de «templo» la sala de reuniones de las logias. Véase *montaña*.

Tesoros. Los tesoros que en la antigua literatura de magia y conjuros desempeñan un gran papel deben interpretarse superficialmente como riquezas de épocas más antiguas que un día se enterraron en un momento de peligro pero que luego ya no hacía falta custodiar. El que quería hacerse rico sin especiales fatigas, aunque con peligros mágicos para el cuerpo y el alma, intentaba descubrir tesoros enterrados con la ayuda de fórmulas mágicas. Muchas leyendas se ocupan de tales tesoros, que casi llegaban a poseer, pero luego volvían a hundirse en la *tierra*. El fundamento de la búsqueda, con pocas perspectivas de éxito desde el punto de vista racional, de *oro* enterrado podría residir en el simbolismo de la Antigüedad tardía según el cual los «tesoros» representan determinadas facultades del alma que va adquiriendo paulatinamente el que anda en busca de sabiduría y conocimientos, tal como se sugiere en enseñanzas gnósticas de misterios. En tales textos se describe que a los guardianes de estos tesoros de conocimiento interior debía dominárseles mediante palabras secretas de poder y signos geométricos que tal vez podrían compararse con sílabas de meditación autosugestivas y diagramas de *yantras*. Una concepción literal, desconocedora del simbolismo, de tales doctrinas secretas puede formar la base de la moderna magia de buscadores de tesoros en la que también desempeñan un gran papel las fórmulas de conjuros y «pentaclos» mágicos.

Thanatos, figura simbólica de la muerte en la antigua Grecia, como hermano gemelo de *Hypnos* (*Somnus*), el Sueño, y como hijo de la *Noche* (Nyx). En el arte y en la literatura europeos se le representa como un adolescente grave, *alado*, con una *antorcha* que se está apagando o está ya apagada en la mano. En la Antigüedad clásica su imagen era muy negativa y se decía que incluso los dioses lo odiaban. Se le atribuía la función de llevar las almas de los muertos al mundo subterráneo (*más allá*) cuando no lo hacían las *erinias*. En un drama de Eurípides (hacia 480-406 a.C.), Thanatos saca de la tumba el alma de Alcestes, que había sacrificado su vida por su esposo Admeto para llevarla al Hades, pero Heracles lucha con él, lo vence y devuelve a Alcestes al mundo de los vivientes (óperas de Lully y Gluck, Oratorio de Händel).

Thanatos deposita un muerto en la tumba. Detalle de un dibujo de un vaso ático, hacia 450 a.C.

Tiara, la corona papal. En la antigua literatura griega, esta palabra designa primeramente el tocado persa en forma de cono truncado de fieltro, pero primordialmente el de los reyes persas, que estaba adornado con almenas y estrellas. Otra forma de la tiara es la mitra con ocultación de la boca, como la que lleva Darío III en el mosaico pompeyano que representa la batalla de *Alejandro*. También el gorro frigio, símbolo de soberanía en la Revolución Francesa, puede designarse como tiara. En la Edad Media se impuso el nombre de tiara para la triple corona del Papa, símbolo del «Triregnum», el gobierno de las regiones de *cielo*, *tierra* y mundo subterráneo, o de los tres continentes clásicos Asia, Europa y África (poblada por los descendientes de *Noé*: Sem, Jafet y Cam); según otra interpretación, los tres aros de la tiara se refieren a la Iglesia purgante, militante y triunfante. En esta forma fue representada desde el papa Urbano V (m. en 1370), y reproducida también como atributo de santos más antiguos, por ejemplo, san Pedro, Gregorio I, o de santa Sofía. Algunos papas que abdicaron durante su vida o santos que rehusaron la dignidad pontificia están representados con una tiara depositada en el suelo, en cambio en cuadros de la *Trinidad*, sólo a Dios *Padre* se le representa con una tiara quíntuple.

Tierra es en la tradición clásica uno de los «cuatro *elementos*», al tiempo que un concepto preñado de muchas ideas simbólicas («tierra natal, caer en tierra abonada, hacer surgir ejércitos de la tierra», etc.). En muchas imágenes antiguas del mundo, la tierra está personificada por una diosa *Tierra* (en griego Gaia, lat. Tellus,

en germánico Nerthus, en polinésico Papa), más raramente personificada por un hombre-tierra (en egipcio geb). «Salve, oh Tierra, madre de los humanos, crece en el abrazo del Dios, para provecho de los hombres.» (Esquilo, 525-456 a.C.) La «sagrada *boda*» (hieros gamos) entre el *cielo* y la tierra es objeto de muchos mitos y ritos arcaicos, especialmente en cultos de la fertilidad y en los misterios de la diosa Deméter. En la imagen del mundo de la antigua China, la tierra es un *cuadrado*, comparado con la caja cuadrada de un *carro*; el cielo, un *baldaquino* circular encima de dicho carro. Cielo y tierra (t'ien-ti) significan el cosmos entero. Muchas veces se encuentran en las esquinas de la tierra *cuatro* pilares o *árboles*, protegidos por guardianes sobrenaturales; por ejemplo, entre los mayas del Yucatán cuatro árboles ceiba o kapok (yaxché, ceiba pentandra), y en el sagrado centro un *eje del mundo* (axis mundi) o un *árbol* del mundo; las cuatro regiones del mundo (o *cinco*, si el centro se menciona como lugar sagrado propio) se relacionan entre sí con determinados *colores*. Cuando la tierra tiembla, esto se entiende siempre como una expresión de fuerzas divinas o fuerzas hostiles al hombre que ponen en peligro el orden cósmico y deben ser aplacadas. La deseada firmeza y solidez del suelo de la tierra se expresa también en los valores simbólicos de los conceptos *piedra* y *roca*. La estructura del *templo* reproduce muchas veces la estructura ideal de la tierra en transformación arquitectónica.

En la antigua doctrina de las analogías, al elemento tierra le corresponde el melancólico, la atrabilis o bilis *negra*, la estación del año otoño y el órgano bazo (¡en inglés spleen!); en cambio, en la antigua China el centro, el número dos, el color *amarillo*, el ganado vacuno y el sabor dulce. Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) expresa en su obra «De operatione Dei» un simbolismo propio: «la tierra viva es la Iglesia. Con la doctrina de los apóstoles ella da a luz el fruto de la justicia tal como la predicaron en el principio sus discípulos. Ellos debían ser como una hierba del verdeante frescor de la vida de la fe correcta, una hierba que recibieron en la siembra de la palabra de Dios. Y habían de ser árboles dispensadores de fruto conforme a la ley de Dios, de manera que en su semilla no penetrase ni la deshonestidad ni el adulterio, sino que más bien enviasen al mundo hijos en la procreación correcta». En la Antigüedad se representó también a la «santa diosa Tellus, que produce las cosas de la naturaleza» con una *cornucopia* en la mano y —en el texto varias veces copiado de «Medicina antiqua»— se le suplicaba que produjera para la humanidad doliente hierbas medicinales con las virtudes en ellas contenidas. En la Edad Media, el texto «pagano» que empieza con «Dea sancta Tellus», fue corregido en «Deo sancto» sin alterar nada del resto.

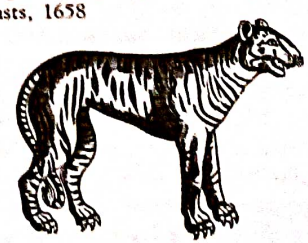
Tierra: el dios Chnum de cabeza de carnero modelando seres humanos en el torno de alfarero. Relieve egipcio

La tierra, como elemento constitutivo de nuestros primeros padres, desempeña un gran papel en la tradición islámica. Según ésta, Alá envió a sus ángeles a buscar tierra de siete *colores* diferentes. Pero la tierra se negó al principio a ceder algo de su materia, hasta que finalmente el *ángel* de la muerte cumplió el encargo y robó la tierra de colores. Después de la muerte, la tierra debería recobrar su parte. Ahora bien, Alá creó a Adán, y de éste salieron las diversas razas humanas: *blancos*, *negros*, *pardos*, *amarillos*, *verdes* (los indios de color aceitunado), seminegros (los nubios) y rojos (los pueblos «salvajes»). En los textos medievales la materia constitutiva de *Adán* se llama «limus», que se tradujo como lidmo, barro o cieno. En los escritos de santa Hildegarda de Bingen se dice que el *fuego* del alma coció la tierra acuosa y cenagosa y la convirtió en carne y *sangre*. Como es sabido, en muchos mitos de la creación del mundo, la tierra cenagosa fue la materia básica de la formación del hombre empleada por las divinidades; por ejemplo, en el antiguo Egipto, el material del dios Chnum, de cabeza de *carnero*, o en la epopeya babilónica de Gilgamesch la materia utilizada por la diosa Aruru, que con ella formó a los primeros humanos según una especie de vasijas de la época del neolítico.

Tigre. Fiera que en la Antigüedad clásica de Occidente no se conoció hasta que lo dio a conocer la campaña de Alejandro Magno en la India. Su nombre, «tigris», se deriva de una palabra iraní «thigra» (agudo, punzante). Junto a la *pantera* y al *lince* aparece como atributo del dios de la embriaguez Dionisos; también podrían existir rasgos simbólicos que le relacionan con el dios del viento, Zephyros, y con la diosa-madre Cibeles, del Asia Menor. En Roma aparece el tigre por primera vez como regalo de embajadores indios a Augusto en el año 19. En el simbolismo antiguo, el tigre naturalmente sólo es nativo de Asia, donde su fuerza es admirada y temida. Dioses y héroes llevan pieles de tigre, sobre todo terribles dioses protectores de la religión. En la antigua China era el animal simbólico del III signo del zodíaco, que corresponde más o menos al de *Géminis*. Por respeto solía evitarse pronunciar su nombre (hu) y se le designaba como «rey de las *montañas*» o «gran animal que se arrastra». Su significado positivo proviene de que perseguía y devoraba los jabalíes que asolaban los campos. Su vitalidad y energía hacían del tigre un animal «yang», mientras que el tigre albino era asociado con «*yin*» (al igual que el otoño y el oeste). Se dice que incluso los demonios sentían temor ante los tigres, por lo que no es raro que en los sepulcros se colocasen esculturas de tigres en piedra. También las imágenes de tigres en las jambas de las puertas estaban des-

Tigre: mujer-tigre como sirena acechando a hombres que se están bañando. Pintura mogol, Bombay, hacia 1750

Tigre según E. Topsell, The History of Four-footed Beasts, 1658



tinadas a ahuyentar demonios. Divinidades protectoras se representaban montando tigres. En la China meridional predominaban las representaciones de «hombres-tigres», es decir, sobre la posible transformación de personas en tigres. Bestiarios medievales alaban el «amor maternal» de la tigresa y dicen que los cazadores saben aprovecharse de ello. Ponen en el suelo un espejo redondo y cuando la tigresa mira en él cree poder ver una cría suya que trata de mamar. También algunas personas perseguidas por una tigresa pueden salvarse mediante tal ardid. No está claro si el antiguo nombre de «mantichoras» para un ser mixto exótico se refiere al tigre (en Pausanias, entre otros autores).

Tilo. Este árbol de fronda representado por unas 60 especies, de la zona templada septentrional, era muy apreciado en el ámbito de habla alemana como árbol centenario de aldea y dispensador de sombra en el lugar de reunión; en la época germánica estuvo consagrado a la diosa Freya y se le consideraba ahuyentador del *rayo* y distintivo de la jurisdicción local. Mencionado a menudo en la canción, desde Walther von der Vogelweide, el tilo se convirtió precisamente en el símbolo de la comunidad aldeana; pero también en los países eslavos, la «lipa» era igualmente un árbol muy apreciado, también como dador de la miel de flores de tilo recogida por las *abejas*. Las «flores de tilo», tan mencionadas en boca del pueblo (empleadas para preparar una infusión sudorífica), son en realidad las inflorescencias enteras junto con la hoja en forma de ala que actúa como órgano volador. Hildegarda de Bingen (1098-1179) decía que el tilo, según la teoría de las cuatro savias, es una planta «muy caliente»; «todo su calor está en las raíces y de allí sube a las ramas y hojas.

Tilo: sello medieval de la ciudad de Lindau, en el lago Constanza

El tilo es un símbolo de la decrepitud (?). Un polvo del interior de sus raíces tomado con frecuencia con el pan ayuda a combatir las dolencias del corazón». Se dice que hace claros los *ojos* si al ir a dormir se cubren los párpados y la cara con hojas frescas de tilo.

En heráldica el tilo suele representarse con hojas estilizadas en forma de corazón, como por ejemplo, en el sello de la ciudad imperial de Lindau. La cruz de la flor de tilo como figura heráldica presenta en los extremos de sus brazos las flores de tilo en forma de corazón, que también aparecen como imágenes heráldicas o como adorno de casco (landgraviatos de Turingia y Hesse) o en forma de ramas de tilo dobladas.

Tirso, un atributo del dios de la embriaguez y del éxtasis Dionisos (lat. *Bacchus*), que recorría los países como creador de la *vid*. La vara llamada tirso era llevada por él y su cortejo como un *cetro*, un bastón rodeado de pámpanos de vid y *hiedra* y coronado por una gran piña. En vista de la naturaleza vital del dios, es muy verosímil la interpretación de que el tirso fuera un símbolo fálico. La vara era originariamente el tallo de la planta llamada férula (narthex, lat. ferula), que en la naturaleza puede alcanzar una altura de varios metros. En este tallo dícese que en otro tiempo robó Prometeo el *fuego* del Olimpo en forma de *chispa* brillante y lo trajo a los hombres, y en las escuelas asumió el papel de la «palmatoria».

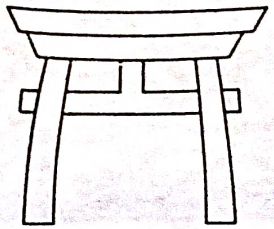
Titanic, *buque* de 45 000 toneladas y 270 metros de eslora y 2 201 personas a bordo, un «palacio flotante»; naufragó el 14 de abril de 1912 tras una colisión con un iceberg en el Atlántico Norte, y arrastró en su hundimiento a 1 502 personas. Esta catástrofe naval, la más célebre de la edad moderna, se interpretó como «castigo» por el desconsiderado afán de récords y la soberbia creencia en el progreso, y con ello se convirtió en símbolo y contraparte del tema de antiguos dramas en los que la «hybris» del ser humano provoca la venganza de los dioses. El nombre del barco, que revela gigantismo, contribuyó a convertir en leyenda la gigantesca nave, que incluso decenios más tarde fue dramatizada en libros y películas sin que haya perdido nada de su macabra fascinación.

Tocados de diversa índole poseen un valor simbólico mayor que la mayoría de las otras prendas de vestir. Aumentan ópticamente al que los lleva, pero se encuentran a la altura de los ojos del observador y por ello es lo que primero se ve. Distintivos de rango como *diademas* y *coronas* deben por ello inspirar respeto inmediatamente. Los tocados son muchas veces símbolos de la categoría social o de pertenecer a determinados grupos humanos y religiones, y en sociedades sin escritura también a clases de edad; además, tienen cualidades de adorno y (en campañas bélicas) a menudo de disuasión. Las *coronas de plumas* aluden muchas veces a acciones guerreras y en ocasiones (por ejemplo, entre los papúas), como adorno guerrero, se combinan plumas, picos de *aves* y partes de plantas, con el fin de dar un aspecto impresionante a los que llevan tal tocado. En un sentido análogo, los cascos tenían no sólo una función protectora, sino que generalmente llevaban *cuernos* de toro, crin de *caballo*, colmillos de *jabalí*, penachos de plumas. El sombrero puede simbolizar al que lo lleva o convertirse en su representante, como en la leyenda de *Tell*, el sombrero del prefecto Gessler. El quitarse el propio sombrero hace aparentemente más pequeño al que lo lleva y es una señal de respeto. Ante príncipes, sólo los nobles podían permanecer con la cabeza cubierta. La costumbre actual de no llevar sombrero en las ciudades puede estar relacionada con un distanciamiento de las estructuras de rango.

Tonel de las Danaides, símbolo que se ha hecho proverbial de una tarea irrealizable, como una especie de castigo en el infierno. Las danaides, hijas de Dánao, rey de Argos, habían asesinado a sus esposos. En el hades, como castigo, tuvieron que llenar de agua con jarros agujereados un tonel sin fondo. (Véase *más allá*.)

Torii, en el Japón, la *puerta* de ciertos santuarios, un distintivo construido en forma característica del sagrado recinto, casi siempre de madera pintada de *rojo* o más raramente de *piedra* (recientemente tam-

Torii: puerta japonesa de entrada de los santuarios sintoístas



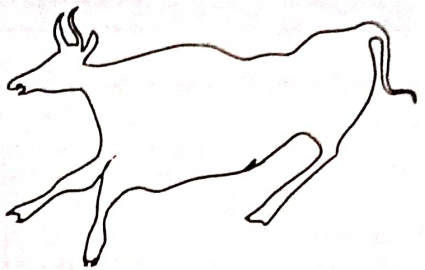
bién de hormigón). Frecuentemente penden de los torii cuerdas hechas de paja de arroz retorcida cuya misión es purificadora para que en el recinto del templo no entre nada que no sea sagrado (shimenawa), junto con tiras de papel *blanco*, que son asimismo símbolos de la pureza. Están flanqueados por figuras, generalmente los «*perros-leones*» (karashishi).

Tormenta. En la mitología y en el simbolismo, la tormenta se diferencia casi siempre claramente del soplar de los *vientos* y se considera la manifestación violenta de la esfera divina, así como mediadora de la divina voluntad. La acción destructora del viento tempestuoso, por ejemplo, del dios Susano-o en el Japón o de Hurakán en las altas montañas mayas (de ahí «huracán»), conduce a ritos de aplacamiento, pero la tormenta trae a menudo la necesaria *lluvia*, de manera que sus personificaciones resultan ambivalentes (por ejemplo, el dios babilónico del tiempo tormentoso, Adad, en siríaco Hadad, que también recibe el nombre de «Señor de la Superabundancia», porque también procura la fertilidad del país). Los dioses de la tormenta son muchas veces idénticos a las deidades del *rayo* y del *trueno*. Los maruts de la antigua India, espíritus de la tempestad y la tormenta, acompañantes del dios Indra, destruyen con sus *hachas* de combate las fortalezas de las *nubes* para que de ellas pueda descender la lluvia. En el ámbito germánico, el viento tormentoso se relacionó a menudo con la hueste salvaje o furiosa (ejército de Wodan), un cortejo de espíritus posteriormente explicado como la «salvaje caza» de un impío profanador del domingo. En el ámbito alpino solía esparcirse harina y migas de pan en el viento tempestuoso para aplacarlo (la costumbre de «dar de comer al viento» condenada como servicio al diablo por los cazadores de *brujas*). La emblemática barroca compara la tormenta con los golpes del destino y los desastres mundanos: «Cuando brama la tormenta, / una palomita se refugia en la oquedad de la roca. / Así, pues, cuando el mundo asalta a los piadosos, / en las llagas de Cristo se hallan seguros y resguardados» (Hohberg, 1675).

Tormenta y mal tiempo, profecía astrológica de calamidades. «Practica Teütsch», 1521

Tormenta causada por hechicerías de brujas. Olaus Magnus, Historia, 1555

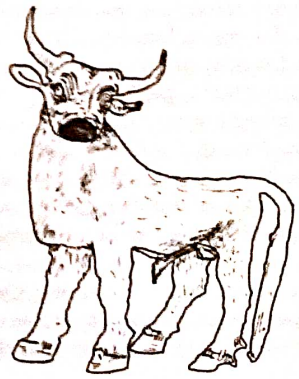
Toro, en muchas culturas antiguas, un símbolo de gran fuerza. En las imágenes de las *cuevas* de las grutas de culto paleolíticas las representaciones de bóvidos salvajes junto con las de *caballos* constituyen el motivo más importante (bisonte y uro). El toro primigenio debió de causar la impresión de fuerza vital y de poder masculino, aunque simbológicamente sigue siendo dudosa su interpretación. En tanto que la fuerza y el carácter salvaje impresionan, la sorda brutalidad de sus ataques, tal como los experimenta el ser humano, infunden temor. Desde el punto de vista de la historia de las religiones, el papel del toro es sumamente importante, lo cual se manifiesta en el culto de que es objeto y que se refiere sobre todo al poder procreador del animal; también son importantes sus cuernos, que hacen pensar en la *Luna* (pero en relación con esto se considera también la *vaca*). Por otro lado hay un sinfín de ritos simbólicos que se refieren a la victoria sobre el toro y al sacrificio de este animal. Antiguos cultos cretenses, que probablemente eran conocidos también por otras culturas en forma parecida, convierten el toro en objeto de danzas con saltos por encima, mediante las cuales el hombre trata de demostrar su superioridad y supera la naturaleza toscamente animal tan profundamente sentida del toro. Con esto se relaciona el afán por domar este bóvido y ponerlo al servicio del hombre. En tanto que para el trabajo se utilizan *bueyes*, toros sin castrar suelen permanecer en el ámbito sagrado (por ejemplo, el egipcio Apis, al que también se momifica) y son venerados como especímenes de las fuerzas reproductoras de la naturaleza. La fecundidad, la muerte y la resurrección, muchas veces, por ejemplo, en el culto de Mitra, de la Antigüedad tardía, se relacionan con el toro. El Minotauro de la antigua Creta, un ser mixto de hombre y toro, primero vive escondido en el *laberinto*, pero después es muerto por Teseo. La corrida de toros del sudoeste europeo no debe considerarse primordialmente un



Toro: bóvido primigenio, pintura de la gruta de Lascaux, Francia. Época glacial

Toro como encarnación de Zeus raptando a Europa a través del mar (delfín). Imagen de un vaso etrusco, Caere, hacia 580 a.C.

Toro: figura de cobre de El-Obeid cerca de Ur, Babilonia meridional, sumeria



Toro: imagen de una moneda cretense con el Minotauro, griega

espectáculo deportivo, sino una forma ritualizada de espectáculos taurinos del Mediterráneo antiguo que terminan con un sacrificio del representante tan respetado como temido de la indómita fuerza de la naturaleza. Véase *Rojo*.

En el simbolismo astrológico del zodíaco (véase *estrellas*), el toro (tauro) es el segundo signo, un «*signo de tierra*», y a los nacidos bajo este signo se les atribuyen cualidades tales como pesadez, vinculación a lo terreno, firmeza y vitalidad. Este signo estelar domina el período de tiempo entre el 21 de abril y el 21 de mayo, y *Venus* tiene en él su «casa nocturna», lo cual hace pensar en relaciones mitológicas del dios toro con la diosa del amor. Las leyendas astrológicas de los griegos ven en el toro celeste el Minotauro, pero también aquel bóvido salvaje que en cierta ocasión devastaba los campos de los alrededores de Maratón y que fue abatido por el héroe Teseo. Detrás del toro celeste se encuentra el nebuloso grupo de estrellas de las Pléyades, las *siete* hijas de Atlas, que fueron perseguidas por el cazador Orión (véase *escorpio*) hasta que primero se convirtieron en *palomas* y luego en estrellas. El ojo brillante del toro celeste es la estrella fija Aldebarán. Véase *cuernos*.

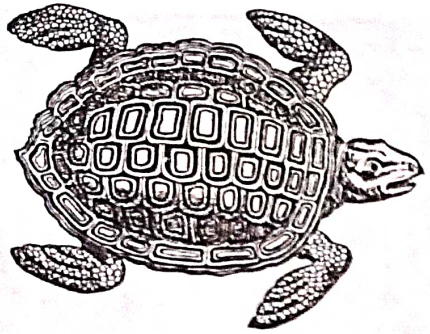
Torques, nombre de un collar que en la cultura céltica era común como distintivo del hombre maduro o del guerrero. Obras plásticas romanas que muestran guerreros celtas (galos) en diversos papeles hacen referencia prácticamente casi siempre al característico collar de cuyo significado simbólico no hay ninguna duda. No se trata de un collar cerrado como *anillo*, sino de un adorno pectoral abierto en la parte del pecho, cuyos extremos suelen estar adornados con cabezas de animales, y ocasionalmente también con caras humanas estilizadas. Ciertos hallazgos en tumbas, en oposición a antiguas fuentes y obras de arte, presentan el torques no siempre como accesorio funerario. También aparecen representados con el torques dioses o héroes, no sólo miembros de la casta humana de guerreros, como por ejemplo, en los relieves del caldero de plata de Gundestrup (entre otros, Esus-Cernunnos, el dios con cuernos de *ciervo*).

Torre, obra arquitectónica de marcada estructura vertical; en el sentido simbológico una alusión a la idea del *eje del mundo* con el sentido de una «unión de *cielo* y *tierra*». La bíblica «Torre de *Babel*» (*Babilonia*) es en el mito un símbolo de la hybris (soberbia) humana de los primeros tiempos que quiere tomar el cielo por asalto. En cambio, tiene un significado positivo el faro, representado frecuentemente en el arte cristiano, que con su *luz* señala la dirección a la *nave* de la vida, o la fortaleza que protege al fiel contra el asalto del infierno (en el himno religioso: «Una casa llena de gloria mira a lo lejos... Magníficamente está coronada con la fuerte defensa de las torres»). A María se la llama en las letanías «Torre de David» (Turris davidica) o «Torre de marfil» (Turris eburnea), que, al igual que la Iglesia entera, señala hacia el cielo. En el texto paleocristiano «Pastor Hermae ("Pastor de Hermas"), que se remonta hacia 140 d.C., se compara la Iglesia con «una gran torre sobre el agua, hecha de magníficos sillares». Las auténticas torres de iglesia, en combinación con el recinto del templo, para hacer que el sonido de las *campanas* se oyera a gran distancia no se construyeron hasta la Edad Media. La carta del *tarot* «La Torre» (en francés «La Maison-Dieu») de los arcanos mayores, como obra arquitectónica alcanzada por el *rayo* con personas que caen precipitándose desde ella, se interpreta como alusión a la arrogancia humana, en el sentido de la torre babilónica. En el arte heráldico se representan a menudo torres con almenas, puerta y rastrillo, en escudos de ciudades, sobre todo cuando el nombre de la ciudad termina en «burgo». Según Böckler (1688), han de interpretarse especulativamente como si aludiesen a castillos y fortalezas que el dueño del escudo «o fue el primero en escalar o sus generales defendieron caballerescamente... De lo dicho es fácil concluir que la torre en un escudo debe significar personas de alto mérito». Como atributo de santidad corresponde la torre a san Bernardo de Aosta, a Leocadia de Toledo y a Bárbara (a quien su padre encarceló en una torre).

Torre, eternamente inquebrantable. J. Boschius, 1702

Torre: símbolo del faro, de J. Boschius, 1702

Tortuga, en la interpretación psicológica de los signos, una imagen de animal que representa la fuerza tranquila y la posibilidad de la búsqueda de protección contra todo peligro exterior. «Tiene algo del silencio primigenio de la vida que en el peligro siempre es capaz de retirarse arrastrándose» (Aeppli). Un papel de esta clase lo desempeña la tortuga también en el libro sumamente simbólico «Momo», de M. Ende. En la imagen cósmica de la antigua China se menciona el animal primigenio Ao, una tortuga *marina* de proporciones cósmicas, encima de la cual descansa



Tortuga: tortuga de mar. C. Gesner, Nomenclator, Zürich, 1650

la *tierra*. Figuras de tortuga de piedra con losas sobre el lomo debían servir de modo mágico para garantizar la estabilidad del cosmos. Dícese que se encontraba un Aoshan (monte Ao) en las *Islas de los Bienaventurados*. El animal mismo se representaba como devorador de *fuego* y sus figuras en remates de tejado se consideraban hechizos repelentes de incendios. En el sistema chino de las analogías simbólicas representaba, como uno de los *cinco* animales sagrados, el Norte, el *agua* y el invierno. En los tiempos más antiguos de la cultura china se utilizaban trozos de carey para fines de oráculo, probablemente a causa del número (24) de las placas marginales, que correspondía al número de secciones del calendario agrario. Como consecuencia de su longevidad, se consideraba que la tortuga era símbolo de «larga vida», y por su invulnerabilidad, símbolo del orden irrevocable. Este animal tiene significado negativo a causa de la creencia popular según la cual la tortuga (kui) sólo se presenta en forma de animales hembras, debe aparearse con *serpientes* y carece de todo sentimiento de pudor (kui significa también pene). Sin embargo, las asociaciones de ideas relativas al orden cósmico están en primer término. En la Antigüedad clásica europea se pensaba que la tortuga, a causa de sus numerosos huevos, era símbolo de fecundidad; por su «silenciosa discreción» símbolo del amor casto, y por su larga vida, esencia de vitalidad inquebrantable. En la patrística, este animal «que vive en el fango» se convirtió en símbolo del apego a lo terrenal, pero san Ambrosio (hacia 340-397) hizo referencia al hecho de que de su concha puede hacerse un instrumento musical de siete cuerdas que entonces ofrece un arte que alegra el corazón. La función protectora de la concha de la tortuga ya se utilizaba en la Antigüedad clásica en ritos mágicos (defensa contra el pedrisco y los hechizos) y los *ojos* de tortuga engastados en *oro* se consideraban amuleto contra el mal de ojo. También en el arte y en la mitología del antiguo México desempeñan cierto papel las tortugas (por ejemplo, tortugas como cabalgadura de antepasados míticos). En la India se consideraba que la tortuga era la segunda encarnación (avatara) del dios Vishnú.

Tótem, en etnología, denominación usual de un espíritu protector sobrenatural representado casi siempre en forma de animal, o antepasado de un grupo (clan totémico). La palabra se hizo conocida entre el gran público primordialmente por las estacas o *postes* totémicos, tallados de un tronco de árbol, de los indios del noroeste de la América del Norte, que habitaban junto a la costa del Pacífico (tlingit, haida, tsimshian, kwakiutl). La mayoría de tótems presentan cerca de la base una abertura oval, originariamente la puerta de una casa ceremonial que, sin embargo, se ha conservado sólo en raras ocasiones. Las tallas son representaciones de los «animales heráldicos» del grupo respectivo, o sea, esculturas de los diversos espíritus de animales que desempeñan un papel en los mitos: *oso*, *cuervo*, *águila*, *ballena* asesina, castor, etc., con los que el grupo humano se sentía de un modo especial interiormente vinculado. La talla y la pintura de estas obras plásticas alcanzan muchas veces un elevado valor artístico. Si bien las esculturas religiosas del noroeste americano fueron durante decenios solamente objetos de museo, últimamente, debido a los esfuerzos por revitalizar la cultura tradicional, han vuelto en parte a incorporarse a la vida espiritual de los indios actuales. También las diversas tribus del antiguo Egipto, más tarde reunidas en distritos administrativos, ostentaban esculturas de animales sobrenaturales en postes verticales con travesaños que se designaban como «animales heráldicos totémicos» (*toro*, *vaca*, antílope óryx, etc.), aun cuando no se conocieran los mitos que indujeron a elegir los distintos seres simbólicos.

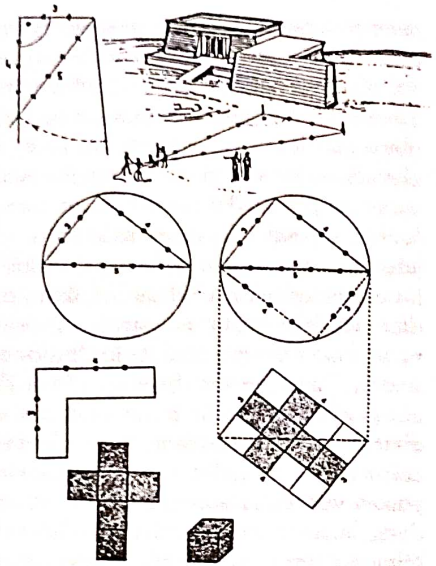
De la Antigüedad clásica se conocen análogos «animales heráldicos» de distintos grupos étnicos, «restos de los originarios fetiches animales» (E. Stemplinger), informando casi siempre la leyenda de que algunos animales sagrados habían señalado el camino hacia posteriores lugares de residencia o santuarios. Apolo, en la figura del *cuervo* a él consagrado, hacia el año 630 a.C., debió de conducir hacia Cirene a los habitantes de la isla de Thera (Santorín). Dos cuervos señalaron a *Alejandro Magno* el camino hacia el santuario de Zeus-Ammón. En el siglo IV a.C., a los emigrantes picentinos se les puso un pájaro carpintero sobre el *estandarte* de su guía. Eneas y los fundadores de colonias de Cumas se hicieron guiar por *palomas*. Los fundadores de Epidauro siguieron a una *serpiente*, los samnitas a un *toro* y los hirpinos a un *lobo*, mientras que una *liebre* señaló el lugar donde iba a fundarse la ciudad de Boiai; un enjambre de *abejas*, por

Tótem: un poste totémico de 14 m de altura de los haida de la costa noroeste de la América del Norte, con el mítico cuervo en la punta

otro lado, indicó el camino al descubridor de la *cueva* del oráculo del héroe beocio, Trofonio. Aquí, sin embargo, tanto en nombres de animales como en nombres de personas, es cuestionable si puede hablarse, en el sentido de una idea totémica, de una relación sentimental de algunas personas o grupos humanos, una cuestión que en último término afecta a los animales y seres fabulosos que aparecen en *heráldica*. También, sin un explícito sentimiento de pertenencia, pueden ser símbolos de cualidades destacadas, valoradas positivamente, de los seres en cuestión, con que sus portadores quisieron adornarse (valor, fuerza, espíritu de lucha), por lo que se preferían figuras «regias» de animales (*águila*, *león*).

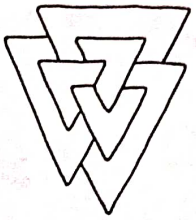
Trabajo, concepto del mundo cotidiano, que en la ideología y en el lenguaje de la *francmasonería* tiene un determinado con-

tenido simbólico. Se refiere al trabajo de las logias en la gran construcción del «*templo* del amor humano que todo lo abarca» o de «la humanidad», después de que el maestro ha encendido los cirios en la «*columna* de la sabiduría» y ha pronunciado estas palabras: «Sabiduría, dirige la construcción»; el capataz primero y el segundo encienden otras luces y dicen: «Fortaleza, realízala» y «belleza, complétala». Este trabajo de logia o de templo en una construcción ideal reporta (según A. Horneffer) bendiciones de índole espiritual. «Es un misterio y ocasión para hermanamiento espiritual. La actividad cultural libera y eleva como la actividad artística. Sirve al Dios que hay en nosotros y por ello, indirectamente, a la divinización del mundo.»



Triángulo: construcción del triángulo de Pitágoras por tensores egipcios de cuerdas y utilización para la enseñanza de la geometría

Triángulo, uno de los signos simbólicos geométricos más simples; se basa en la primera posibilidad de cerrar una superficie con líneas rectas y formar una figura. Pero no por ello todo triángulo ha de tener imprescindiblemente un valor simbólico. Composiciones en piedra de placas colocadas en forma de triángulo aparecen ya en las estaciones arqueológicas del paleolítico de Lepenski Vir junto al Danubio (en el VII milenio a.C.); las incisiones triangulares en huesos son aún más antiguas. Las interpretaciones se ofrecen en forma variada. En primera línea se menciona el «triángulo del pubis femenino», que señala con la punta hacia abajo y en ocasiones, partiendo de él, presenta una línea vertical. En culturas más recientes no es raro que aparezcan triángulos como formas de decoración sobre cerámica y la interpretación tradicional afirma que los triángulos con la punta hacia abajo son «símbolos de *agua*» (dirección de la gota al caer) y los que tienen la punta hacia arriba son «símbolos de *fuego*» (dirección de la llama). Los dos triángulos entrelazados forman un cerrado *sistema dual*, la *estrella* de *seis* puntas (sigillum Salomonis, *hexagrama*). También en conjuros de magia ritual se inscribe en ocasiones un triángulo en el *círculo* mágico. El signo triangular puede también interpretarse ocultamente como hoja de trébol (trébol de tres hojas), que se considera como símbolo masculino. En el sistema de los pitagóricos se considera la letra griega delta, con su forma de triángulo, como símbolo del nacimiento cósmico, de la misma forma que en el hinduismo es un signo femenino de la diosa dispensadora de vida, Durga. En la época paleocristiana, los maniqueos emplearon el triángulo como símbolo de la *trinidad*, por lo cual san Agustín (354-430 d.C.) lo rechazó en tal contexto. Sin embargo, el triángulo se impuso posteriormente como símbolo de la trinidad (mano, cabeza y nombre de Dios, completado por un *ojo*), y como



Triángulo: signo simbólico «corazón de Hrungnir» formado por tres triángulos entrelazados. Del tiempo de los normandos, Gotland

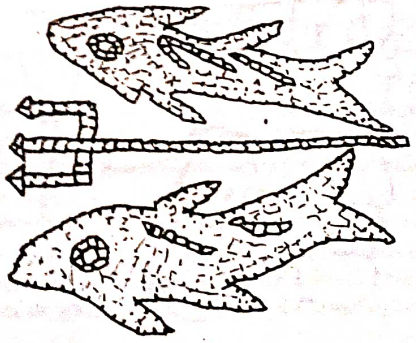
signo para *Padre*, Hijo y Espíritu Santo; este «ojo de Dios» en el triángulo se empleó muchas veces, sobre todo en el Barroco, y en el *simbolismo francmasónico*; y como «ojo que todo lo ve», con sus nueve rayos, es también símbolo de la divinidad. La cábala judía cita en su «libro del Sohar» (Esplendor) la frase siguiente: «En el cielo forman los dos ojos de Dios y su frente un triángulo, y su reflejo forma un triángulo en las aguas». En la época precristiana, el filósofo Jenócrates (339-314 a.C.) considera el triángulo equilátero como «divino», el isósceles como «demoníaco» y el escaleno como «humano» (imperfecto).

La fascinación de la armonía de los *números* en la figura de las proporciones del triángulo rectángulo que experimenta *Pitágoras* (siglo VI a.C.) la describe así A. Koestler (1963): «Entre las longitudes de los lados de un triángulo rectángulo existe una evidente relación: si levantamos sobre cada lado un cuadrado, la superficie de los dos cuadrados menores corresponde exactamente a la superficie del cuadrado más grande. Si unas leyes tan maravillosamente dispuestas, hasta entonces ocultas al ojo humano, pudieron descubrirse sumiéndose en las formaciones de los números, ¿no existía la justificada esperanza de que pronto podrían hacerse evidentes todos los secretos del universo mediante la formación de los números?». Con relación a estas ideas simbólicas, también la *francmasonería* se ocupa gustosamente del triángulo rectángulo pitagórico con las longitudes de los lados 3, 4 y 5, que reproduce en los tapices didácticos con los cuadrados sobre los catetos y la hipotenusa y lo designa abreviadamente como «Pitágoras». Como «problema 47 de Euclides», es símbolo del «maestro de la silla» y distintivo del anciano maestro.

En la antigua China, el triángulo es un «símbolo femenino», pero en la especulación no desempeña ningún gran papel. En el tantrismo tibetano, la combinación hexagramática de los dos triángulos equiláteros es la «compenetración de la feminidad con el fuego masculino». En los escritos ideográficos del antiguo México, un símbolo triangular que se parece a una A mayúscula es el signo del concepto «año». En el arte occidental, los esquemas a base de composiciones de triángulos se empleaban con frecuencia tanto en arquitectura como en pintura, en especial donde se hacía referencia a temas trinitarios.

Tridente, lanza para pescar provista de tres puntas con garfios, es símbolo y atributo del dios del *mar* Poseidón (lat. Neptuno).

Tridente y peces: mosaico de pavimento, Casa de los Peces, Ostia, siglo IV d.C.

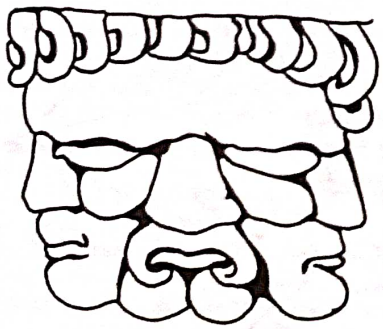


Como utensilio de pesca está en ocasiones también representado en escudos, por ejemplo, en la bandera nacional de Barbados. En el simbolismo religioso de la India, el tridente hace referencia al dios Shiva, es decir, a sus tres aspectos (creación, ser, destrucción) o a su pasado, presente y futuro. El signo del tridente lo llevan pintados en la frente como símbolo visible los adoradores de Shiva. También el antiguo dios indio del fuego Agni (emparentado por su raíz con el lat. «ignis», *fuego*), que cabalga en un *carnero*, tiene en la mano un tridente.

Triformidad en la iconografía hinduista; Brahma, Vishnú y Shiva en el lingam. Hacia 500 d.C.

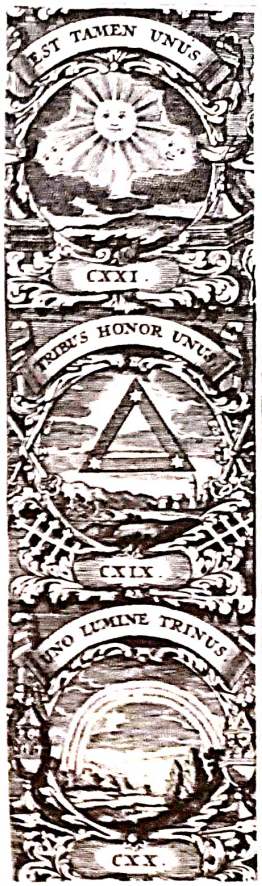
Triformidad, o formación de tríadas en figuras simbólicas míticas femeninas, es un curioso rasgo de carácter del mundo de ideas antiguo. El deseo de poder ver seres poderosos, sobre todo de la esfera femenina, en forma de tríadas está aquí más fuertemente expresado que en el caso de tríadas de divinidades en figura masculina. Esto vale para las *gracias*, *horas*, *parcas*, *gorgonas* y también para las *erinias* o euménides. También el número *nueve* de las *musas* puede hacer pensar en una estructura de tres. Mitólogos más modernos han intentado interpretar también como triforme a Hécate, diosa de la noche y de la hechicería (muchacha, mujer, anciana), lo cual, sin embargo, no puede deducirse sin más de las fuentes antiguas (véase *huso*). En la época romana de Centroeuropa meridional se veneran muchas veces tres *madres* (Matres, Matronae, Matrae). El culto de tales tríadas femeninas continuó en el ámbito de los Alpes como veneración de santas mujeres legendarias, las «tres beths» con nombres como «Ainbeth, Wilbeth y Warbeth» (o Catalina, Bárbara y Lucía: hay muchas variantes). Posiblemente el simbolismo de la tríada femenina influyó también entre los germanos nórdicos en la idea de las *normas*, que, al igual que las parcas, hilan el hilo del destino. A un concepto de triformidad hace referencia la india Trimurti, una representación común de Brahma, Shiva y Vishnú, que muchas veces se comparó con la trinidad cristiana. Sin embargo, desde el punto de vista de la historia de las ideas, la raíz de ello consiste en el intento de teólogos indios de franquear el abismo históricamente abierto entre los adoradores de Shiva y de Vishnú. Formulada de un modo abstracto es la concepción budista del conocimien-

Triformidad, dios de tres caras, galorromano. Reims



Triformidad: las sirenas. V. Cartari, 1647

to (bodhi) como trikaya (cuerpo triple), compuesto de dharmakaya (ser verdadero), nirmanakaya (configuración histórica, Gautama Buda) y samboghakaya, la feliz actuación de la comunidad. De ello se deriva la imagen simbólica de las «tres joyas» (triratna): ley, Buda y comunidad, interpretado en el jainismo como recto obrar, recto creer y recto conocer. En la iconografía *alquímica* se representa muchas veces la división del mundo en «corpus», «anima» y «spiritus» (cuerpo, alma, espíritu; también sal, *azufre* y *mercurio*), camufladas a menudo estas tres figuras mediante los símbolos de la *trinidad*. (Véase *negro*.)



Trinidad, simbolizada por el sol con soles secundarios, triángulo equilátero y arco iris de tres colores. J. Boschius, 1702

Trinidad, importante concepto teológico, desde el punto de vista de la simbología, que no hay que confundir con *triformidad*. Se trata del dogma de la unidad divina en tres manifestaciones personales —Dios *Padre*, Hijo (Jesucristo) y Espíritu Santo—, formulado en la época de la lucha contra el arrianismo (325 d.C. concilio de Nicea). En Occidente condujo a la herejía del «triteísmo» («creencia en tres dioses»), representada por Roscelin de Compiègne, al que se condenó por ello en 1092. En las artes plásticas primeramente se representó la trinidad mediante tres personas sentadas una junto a otra, pero la representación del Espíritu Santo como hombre fue prohibida desde el siglo x. Fue sustituido por la figura de la *paloma*, o bien, siguiendo prototipos antiguos, se representó la Trinidad como un cuerpo con cabeza de tres caras o mediante una cabeza con rostros que se interfieren mutuamente. También es un símbolo de la trinidad el triángulo que señala hacia arriba y tiene el «*ojo* de Dios» en su interior. En el sentido de la escuela

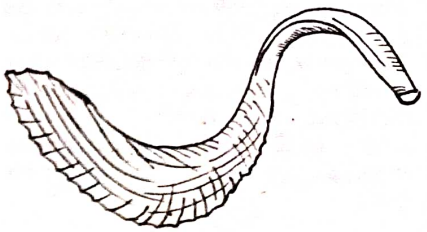
Trinidad: la trinidad de cuerpo, alma y espíritu en el simbolismo alquímico. Rosarium philosophorum, 1550

Trinidad, imagen sobre tabla. Tirol, hacia 1600

de psicología profunda de C. G. Jung, la tríada es un símbolo masculino, que mediante el dogma de la asunción corporal de María a los cielos (1 nov. 1950) se convirtió en una tétrada o cuaternidad como arquetipo de totalidad y perfección (véase *cuadrado*). Otros símbolos tradicionales de la trinidad son tres *círculos* que se entrecortan, tres arcos circundados por un círculo, el trébol de tres hojas, la *cruz* en tau con tres brazos de igual longitud, la cruz en forma de Y, tres sarmientos en una cepa, una balanza con tres pesas, tres *liebres* con orejas que forman un triángulo, tres *peces*, *leones* o *águilas* con una cabeza común. Como «silla de la gracia» se designa la imagen de Dios Padre como hombre con *barba*, que sostiene en los brazos la cruz con Cristo, mientras el Espíritu Santo aparece arriba del todo en forma de paloma. La cuaternidad bajo la inclusión de María, entendida a menudo como coronación de la Madre de Dios, se representó frecuentemente en el arte sacro desde mediados del siglo xv. El papa Urbano VIII prohibió en 1628 la antigua representación del Dios con tres rostros y, a partir de entonces, se la tuvo por herética, pero se ha conservado muchas veces en la plástica medieval. La causa de esta prohibición reside en la burla que los protestantes hacían de tales imágenes, calificándolas de «cancerbero católico».

Trisquelión, triquetra, división en tres de un *círculo*, de forma parecida a como lo muestra la *esvástica* por división cuatripartita en los trazos doblados. Los trisqueliones aparecen representados, por ejemplo, en vasijas de arcilla prehistóricas de la época de campos de urnas, y combinaciones de tres *espirales* decoran las paredes de construcciones megalíticas de la edad del bronce de Irlanda (que seguramente deban entenderse con significado simbólico y no como mero motivo decorativo). También se representan trisqueliones mediante tres piernas humanas dobladas por las rodillas, como por ejemplo, en monedas panfílicas o en el escudo de la ciudad de Agrigento (Sicilia). Piernas encorazadas en esta combinación forman el escudo de la isla de Man, con la divisa «Stabit quocumque ieceris» (de cualquier modo que lo tires, quedará de pie). También el escudo de la ciudad de Füssen (Baviera) muestra una triple pierna. Al igual que en la svástica, también en este símbolo es muy fuerte la asociación del movimiento giratorio y circular mediante la «dinamización» de la dirección. Formas treboladas en *ventanas* de iglesias góticas se han relacionado con el simbolismo de la *Trinidad*. Ventanas de vidrio de plomo presentan ocasionalmente tres *liebres* que corren una detrás de otra y cuyas orejas forman en el centro un *triángulo*.

Trisquelión: estructura de tres, trisquelión como motivo decorativo en el antiguo arte céltico



Trompeta: shofar de cuerno de carnero retorcido para la fiesta judía del Año Nuevo

Trompeta, monótono instrumento de señales derivado del antiguo shofar judío —un cuerno de carnero— que durante la marcha por el desierto resonaba al aproximarse enemigos o en la manifestación de Dios en el *monte* Sinaí y anunciaba la libertad a los esclavos en el año del indulto. Según la tradición, el cuerno recuerda también el carnero que el patriarca *Abraham*, por mandato de Dios, sacrificó en lugar de su hijo Isaac. Según la leyenda, solamente judíos creyentes pueden arrancar sonidos del cuerno. El shofar produce sonidos «sostenidos, clamantes, rotos, estrepitosos, resonantes o lastimeros en una determinada sucesión» (de Vries, 1986) y en tiempos más recientes se hizo de metal (*plata*). Se dice que una gran trompeta anunciará un día la reunificación de los que se perdieron. En cuadros cristianos del Juicio final unos *ángeles*

Trompeta: sopladores de luros con cascos de cuernos; imágenes rupestres escandinavas de la edad de bronce (Tanum, Bohuslän)

Trompeta: caída de la ciudad de Jericó. Detalle de la Biblia de Lutero, Wittenberg, 1682

anuncian, de acuerdo con el texto del Apocalipsis de Juan, el tiempo del fin (*fin del mundo*). En la edad del bronce nórdica unos grandes cuernos curvos (luros) tenían evidentemente su lugar en el culto y también aparecen representados en pinturas rupestres prehistóricas de esa época.

Trono (del griego thronos). Toda sociedad organizada jerárquicamente necesitaba asientos más elevados y valorados sacralmente para el jefe, *rey* o *emperador*, para que éste en ocasiones oficiales pudiera ocupar, incluso al sentarse, un grado más elevado que el de los «simples mortales». Con ello los propios tronos fueron absolutizados y en muchos giros del lenguaje equivalen a «poder imperial». Es famoso el llamado «trono de Minos», en la cretense Cnossos. En Homero, dioses, reyes y nobles están sentados en tronos; para los dioses podían ponerse incluso tronos vacíos como «asientos potenciales» de seres sobrenaturales presentes invisiblemente. Los tronos griegos, desde el siglo VII a.C. y debido a influencias orientales, estaban adornados suntuosamente. Tronos famosos de dioses eran el de Apolo en Amyklai y el de Zeus en la obra escultórica de Fidias en Olimpia. Roma conoció tronos para el emperador y la diosa Roma y se les tributaban —adornados con *corona* y *cetro*— honores divinos, del mismo modo que entre los hititas del Asia Menor los tronos mismos se consideraban entidades divinas. En la Biblia hay muchos pasajes que hacen referencia al trono de Dios. El rey *Salomón*, como representante de Dios en la tierra, hizo erigir para sí «un gran trono de marfil y recubrirlo de *oro* puro» (1 Libro de los Reyes 10, 18). Jesús promete a sus apóstoles que se sentarán en doce tronos y juzgarán a las doce tribus de Israel, «cuando el Hijo del Hombre se siente sobre el trono de su gloria» (Mateo 19, 28). En el Apocalipsis de Juan (20, 11) se dice: «Vi un trono alto y blanco y al que en él se sentaba, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra». En la Edad Media, el trono de Salomón se consideraba símbolo de María (marfil: pureza; oro: la divinidad envolvente, los *peldaños* que suben hacia él: las *virtudes*). El trono de Pedro (Cathedra Sancti Petri) es el símbolo del papado; también a los obispos y abades se les adjudicaban sitiales como tronos. La iconografía de la Iglesia oriental solía ocuparse del motivo de la preparación del trono (etimasia) para la vuelta de Cristo en el Juicio final. En las culturas extraeuropeas se hizo especialmente famoso el «trono del *Pavo Real*» del shah de Persia, en África Occidental, el «trono de oro» de los Ashanti.

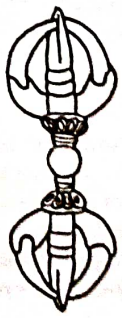
Trono: relieve en piedra del rey Ahirán de Biblos en el trono de la esfinge. Fenicio, hacia 1100 a.C.

Trono: Isis con trono a modo de divisa en el tocado. Siglo XV a.C.

Trueno: pájaro del trueno, estilizado de un modo parecido a la «doble águila»; pintura de los haida, costa noroeste de Norteamérica

Trueno, en muchas culturas antiguas, poderosa expresión sonora de seres celestiales —generalmente dioses—, a los cuales también se atribuye el origen del *rayo*. El retumbar celeste del trueno se entiende como manifestación del poder desde *arriba*, así como también de la voz de Dios en la Biblia (*Job* 37, 2-5: «Escucha con atención el retumbar de su voz y el trueno que sale de su boca. Lo suelta por debajo del cielo entero y su relámpago llega hasta los lindes de la tierra. Detrás de él retumba el trueno, retumba con sublime voz y no lo retiene...»). A menudo se considera el trueno como expresión de la ira divina por una perturbación del orden cósmico; entre los indios de la América del Norte, como un aletazo de los pájaros del trueno; entre los germanos, como ruido del *martillo* Mjölnir (es decir, Triturador) que el dios del trueno Thor lanza contra los *gigantes*. La antigua China experimentó el trueno en forma diversa (como «risa del cielo», como redoble de tambores sobrenaturales, como manifestación de un demonio celeste pelirrojo, o como el rodar del *carro* que las almas de los muertos conducen a través del cielo). Ocasionalmente se imaginan los celestes dioses del trueno con una sola pierna (Tezcatlipoca, en azteca; Hurakán, en maya-quiché, de ahí «hurricane», huracán). En Europa central se consideran «piedras del rayo» un tipo de restos fósiles de moluscos —belemnitas—; en algunas regiones también (se relacionan con el rayo) unas hachas perforadas del neolítico, que el padre de familia guarda bajo el remate del tejado como protección contra los daños causados por el mal tiempo. Muchas veces el dios del *trueno*, *rayo* y tiempo atmosférico es al mismo tiempo soberano del cielo, como por ejemplo Zeus Keraunos en la antigua Grecia o Perun entre los pueblos eslavos, cuyo símbolo es la clava. Como «piedra del rayo» se utiliza como objeto simbólico y de ritual en la India y en el Tíbet (ind. vajra, tibet. dorje), conocido también como «cetro de *diamante*» y usado en el budismo tántrico para

Trueno: vadschra, «piedra del rayo». Instrumento ritual de los lamas, Tíbet

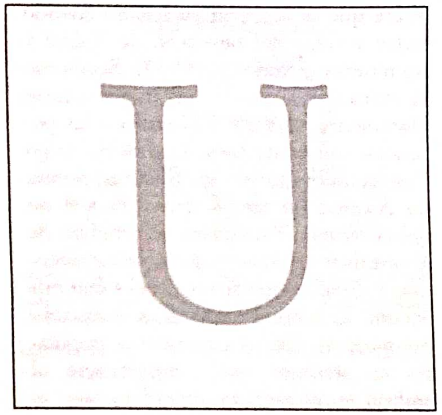


«escindir la ignorancia y liberar el conocimiento» (originariamente arma del védico dios del cielo Indra con la que dividía las nubes y con ello producía el agua de la *lluvia*). En la iconografía japonesa el dios del trueno se reproduce como figura pintada de rojo del dios Raijin, que está rodeado de una corona de ocho tambores parecidos a panderetas. En general, el trueno se considera como manifestación de poder impresionante y realmente experimentable de la región del *cielo*, que en parte amenaza al hombre, en parte también le protege contra entidades hostiles. (Véase *tormenta*.)

Turquesa, piedra de adorno de color entre *azul* y *verde*, simboliza en Occidente, según la coloración, o bien el planeta *Júpiter* (verde) o bien *Venus* (azul), y se considera que es «piedra del mes» del signo zodiacal *sagitario*. El nombre de «turquesa» hace referencia a la idea de que es originaria del gran ámbito oriental-turco. Decíase que sobre todo protegía a los soberanos de las malas influencias. También en el antiguo México la turquesa (en azteca xihuitl) figuraba entre las piedras de adorno más apreciadas y sólo la superaba en valoración el *jade*. Mosaicos de turquesas adornaban la diadema de los reyes y sus escudos de gala.

El dios del *fuego* llevaba el nombre de «Señor de la Turquesa» (Xiuhtecutli), simbolizando la turquesa azul celeste la unidad del *fuego* celeste (*Sol*) y el fuego terrestre. Su adorno era la «*serpiente*-turquesa» (Xiuhcoatl), que también forma su «segundo yo», y el *rey* azteca se consideraba su contraimagen terrestre.

UFO/OVNI. Abreviatura de «Unidentified Flying Object» (Objeto Volante No Identificado = OVNI); en opinión de muchos autores, sobre todo del decenio de 1960 a 1970, se trata de naves espaciales de inteligencias extraterrestres procedentes del cosmos que visitan la Tierra y que, como seres superiores, la observan con preocupación para poder intervenir en un caso dado para ayudarla en su evolución. En cambio, psicólogos críticos sustentan la teoría de que, por lo que respecta a los supuestos avistamientos y las consecuencias relacionadas con ellos, se trata de visiones que no representan más que una actualización tecnificada de la tradicional idea de los *ángeles* protectores, símbolo de la esperanza en seres auxiliadores procedentes del *«cielo»* que podrían eliminar las necesidades existenciales de las personas o por lo menos aliviarlas. «En tiempos difíciles, como lo es también el nuestro, las personas sienten una extraordinaria necesidad de ver realizadas sus esperanzas y deseos. El concepto tradicional de "ángeles celestiales" se ha renovado. El *ángel* se ha convertido hoy en un objeto volante no identificado» (F. Fornari, Milán). Hay que tener en cuenta que en los últimos tiempos, desde que debido a los vuelos espaciales y a las múltiples posibilidades de la investigación del cosmos se ha esfumado prácticamente la esperanza de descubrir un rastro de vida extraterrestre, el número de visiones de UFOs u OVNIs se ha reducido casi a cero en la misma medida en que, en general, se ha desvanecido en el gran público el interés por los fenómenos cósmicos. Si antes se consideraba que los cometas eran *espadas* y ruedas de fuego celestes como «señales en el cielo» importantes para el ser humano, poco después de la mitad del siglo XX los UFOs se convirtieron en símbolos de la esperanza puesta en una intervención desde lo alto (véase *arriba/abajo*), que se manifestó también en libros y películas, y constituye un notable síntoma de la época.



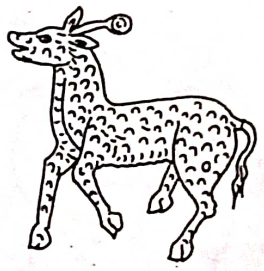
Umbral. Al igual que la *puerta* entera, el umbral requiere ritos determinados y atención especial como símbolo del paso entre el mundo interior y el mundo exterior. El umbral, en muchas culturas, se considera habitado por un espíritu protector propio, el «guardián del umbral», al cual no se debe ofender. Cuando entra por primera vez en el hogar conyugal, la novia debe ser llevada en brazos por encima del umbral, probablemente para hacerle creer al guardián que ya anteriormente formaba parte de los que habitaban la vivienda. El guardián del umbral tiene el poder de mantener alejados a los intrusos indeseados, por ejemplo, los seres demoníacos o las *brujas*. En el Japón, se esparce para el guardián *sal* en el umbral para que aleje a los espíritus de los muertos. En Europa muchas veces se grababa un *pentagrama* en la madera del umbral (aunque, en los Balcanes, más frecuentemente en el dintel). El sacerdote israelita tenía que llevar en la orla de la túnica campanillas de oro

«para que se haga oír su sonido cuando entre y salga del santuario de Yahvé y no muera» (Éxodo 28, 34-35). Según eso la entrada y la salida debían anunciarse claramente para no sorprender a las potencias sobrenaturales. El dios del trigo Dagón, adorado por los filisteos, poseía en Ashdod un *templo* cuyo umbral no debía pisarse, sino pasar por encima de él (I Libro de Samuel 5, 5; véase Sofonías 1, 9, advertencia contra el saltar por encima del umbral conforme a la costumbre pagana). En las expresiones populares se atribuye gran importancia al umbral en el sentido simbólico («en el umbral de la vejez; no poner nunca más los pies en el umbral de la casa de alguien; en el umbral de la conciencia», etc.), evidentemente en relación con la mencionada creencia en los guardianes del umbral como también con referencia a arcaicos ritos de paso («rites de passage»). Figuras de guardianes en forma de dioses protectores o figuras de animales sobrenaturales (por ejemplo, *perros-leones*) suelen flanquear los umbrales de santuarios. Véase *Jano*.

Unicornio, importante animal fabuloso en la simbología antigua y medieval, generalmente representado como un *ciervo blanco*, bisulco y con crin de caballo, con un cuerno retorcido en espiral sobre la frente. Su origen puede remontarse a los escritos del historiador griego Ctesias (hacia 400 a.C.), el cual habla de un animal salvaje con un cuerno de virtud curativa, por lo cual debe presumiblemente atribuirse a descripciones mal entendidas del rinoceronte indio. También algunos criadores de ganado vacuno pueden quirúrgicamente producir «*toros* unicornes» estirando unos sobre otros los puntos de inserción de la piel de la frente del ternero y dejándolos que se curen y crezcan juntos. El cuerno del

Unicornio, montado por un «salvaje». Antiguo naipe («Vogel-Unter») del maestro E. S.

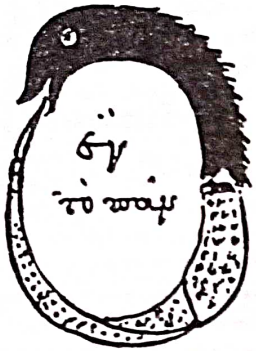
rinoceronte fue apreciado como medio para aumentar la potencia viril y evidentemente tiene un significado fálico. Sin embargo, la iconografía occidental hace que el cuerno surja de la frente del animal, sede del espíritu, y con ello espiritualiza el símbolo originariamente sexual. El unicornio se convierte, por el contrario, en símbolo de pureza y fortaleza, y algunas miniaturas y tapicerías medievales muestran que el unicornio sólo puede capturarse con la ayuda de una *virgen* pura, en cuyo regazo va a refugiarse confiadamente, con lo cual entonces los cazadores lo cogen y tiene que sufrir la muerte. Esto se considera como símbolo de la concepción de Jesucristo por la Virgen María, y también de la posterior muerte del Redentor en la cruz. El *ángel* de la anunciación, Gabriel, se representa en ocasiones como un cazador que conduce el «precioso unicornio» hacia la Virgen, apoyado por *perros* de caza que se llaman «Fe, Esperanza y Caridad» o que se denominan según las virtudes cardinales de Verdad, Justicia, Paz y Misericordia. Entre tanto, María está sentada en el *jardín* cerrado (lat. hortus conclusus) o en una rosaleda (por ejemplo, en tapicerías del Museo Cluny, París). El significado simbólico cristiano del



Unicornio en versión de la antigua China, Kylin. Relieve en piedra, hacia 100 a.C.

Unicornio de la «Historia animalium» de C. Gesner, Zürich, 1551

unicornio se remonta a antiguas leyendas y a textos edificantes paleocristianos que posteriormente aparecen adornados en los bestiarios medievales. A menudo se habla del poder curativo supuestamente destructor de venenos del cuerno del unicornio, que, según se decía, también curaba rápidamente las heridas en forma pulverizada. Tales cuernos (en realidad, colmillos del mamífero norteatlántico narval, Monodon monodon, importados de las aguas que rodean Islandia y Groenlandia) se exhibían con el nombre de «Einghürn» no sólo en los gabinetes de curiosidades del Renacimiento, sino también en las farmacias. En el «Physiologus» paleocristiano se describe así el efecto destructor de veneno de ese cuerno: antes de que otros animales vayan al abrevadero, «sale la serpiente y escupe su veneno en el agua. Pero los animales, que saben que en el agua hay veneno, no se atreven a beber. Esperan al unicornio. Éste viene, entra en seguida en el lago y traza una cruz con su cuerno. Esto hace desaparecer el efecto del veneno. Sólo después que el unicornio ha bebido, beben también los otros animales». Aquí se manifiesta seguramente la creencia en la virtud milagrosa del cuerno del rinoceronte en transformación legendaria. Por lo demás, en la colección de novelas medievales «Gesta romanorum», el *elefante* asume aquel papel que de ordinario se atribuye al unicornio; allí se dice que un rey deseaba abatir a uno de tales animales y ordenó a dos bellas doncellas que fuesen al bosque desnudas y allí entonasen dulces canciones; el elefante se durmió en el regazo de una de las doncellas y la otra lo mató con una *espada*. Después, el rey tiñó un manto con la *sangre* del elefante. Lo que no se sabe con seguridad es a qué animal se refiere el que se menciona en la Biblia con el nombre de «re'em». Aunque probablemente se trata de un búfalo salvaje, este nombre se da como «unicornio» en las traducciones (griego, monoceros); así por ejemplo, en el Salmo 22, 22: «De las fauces del león arrebátame, sálvame de los cuernos de los unicornios». El unicornio chino (ky-lin' ch'i-lin) se parece poco al descrito en Europa. Más bien se le compara con un animal parecido al ciervo, con escamas y con una cola de buey y un cuerno recubierto de piel sobre la frente. Simboliza la mansedumbre, la felicidad y la bendición, sobre todo la bendición de hijos («hijos varones»). En la China, recuerda el grupo conocido en occidente de unicornio-*virgen* la representación de la pacífica diosa Kuan-yin, sentada como en un trono sobre un unicornio yacente. En la iconografía *alquímica*, el unicornio simboliza la esencia



Serpiente uroboros con el texto griego de «Lo Uno es el Todo». Codex Marcianus, Venecia, siglo XI

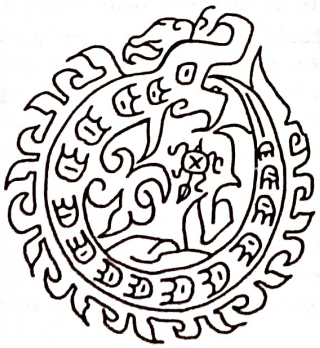
Uroboros en forma de dragón alado de dos cabezas. Dibujo jocoso de un códice del siglo XII, British Museum

primaria *mercurio* que con el *león azufre* debe combinarse para formar una unidad superior. En *heráldica*, el unicornio se representa como *caballo* bisulco, con barba y con un cuerno retorcido sobre la frente y sólo raramente representa un papel como blasón (por ejemplo, Bludenz, Vorarlberg); en cambio, se le ve frecuentemente como escudero, junto con el león, por ejemplo, en el escudo nacional de la Gran Bretaña.

Uroboros, la *serpiente* que se muerde o «se come la cola». Esta extendida imagen simbólica representa el *círculo* en su materialización en figura de animal del «eterno retorno» y sugiere que al final le corresponde un nuevo comienzo en constante repetición, que el final de un camino o de un proceso significa un nuevo principio. Junto con el simbolismo que le corresponde sin más a la imagen de la serpiente que «constantemente se rejuvenece», la imagen del «círculo que se cierra» del animal representa una expresiva metáfora de una repetición cíclica, por ejemplo, de la «circulación de los tiempos», del *fin de los mundos* y nuevas creaciones, del morir y del renacer, en

Uroboros: la serpiente cerrada en círculo alrededor del infantil dios Sol, antigua imagen egipcia del cielo del tiempo

Uroboros: imagen incisa en una vasija de bronce de la dinastía china Chou, hacia 1200 a.C.



Uroboros: el dios del tiempo, Demogorgón, rodeado por la serpiente que se cierra formando círculo. V. Cartari, 1647

Uroboros: grabado en madera de «Abraham Eleazar», 1760

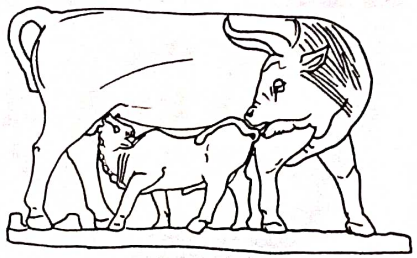
sentido derivado también de la eternidad (lo mismo que el círculo simplemente). En el *simbolismo alquímico* es el uroboros el símbolo gráfico de un proceso cerrado en sí mismo que transcurre repetidamente y que, calentado, evaporando, enfriando y condensando un líquido, debe servir para el refinamiento de sustancias. A menudo la serpiente que se cierra formando un círculo es sustituida por dos seres que unen la boca y el extremo de la cola, reproduciendo el de arriba como signo de volatilidad, como un *dragón* alado.

Urraca, llamada también cotorra, se considera en la Europa central como animal simbólico de la garrulidad y la ratería. Ya en las «Metamorfosis» de Ovidio, una mujer es convertida en urraca. En tanto que entre nosotros se valora negativamente esa ave de plumaje blanco y negro, en la China (hsi) se le tiene como símbolo de buena suerte (hsi-ch'iao, urraca de la alegría). Dícese que su grito anuncia buenas noticias o huéspedes agradables. Un texto del siglo V d.C. refiere que antiguamente un hombre y una mujer en una separación transitoria rompían en dos partes un *espejo*. En caso de adulterio, la parte de espejo del pecador se convertía en una urraca y anunciaba la mala acción al cónyuge burlado. Por ello los espejos de bronce solían estar provistos de imágenes de urraca grabadas en ellos. Además, la urraca representaba el principio primario yang (*yin y yang*) y se oponía, como ave de la suerte, al *cuervo*. Cuadros con doce urracas significaban también otros tantos buenos deseos, y los que tenían urracas, *bambúes* y ciruelas o dos urracas significaban las alegrías del amor conyugal (especialmente representadas en los deseos de boda).

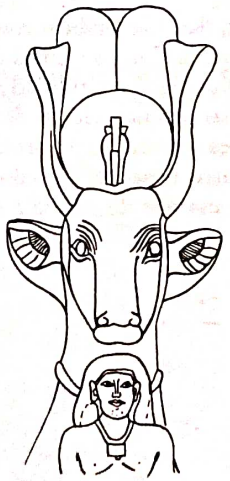
V

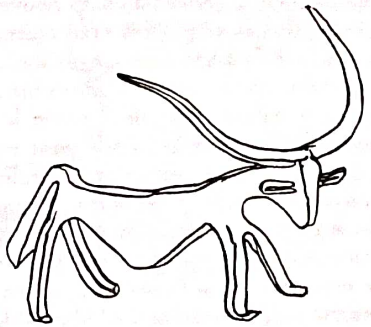
Vaca. En tanto que el significado simbólico de la imagen del *toro* es ambivalente, la vaca (en su papel de bóvido domesticado) se consideraba en todo caso un poder positivo. Representa las energías nutricias *maternales* de la tierra; a causa de sus cuernos y de su feminidad también simboliza el mundo lunar (entre los sumerios se hacía resaltar la correspondencia entre la leche de vaca y la luz de la *Luna*). En la doctrina nortegermánica de la creación, la vaca Audhumla hace salir de unos bloques de hielo *salados* al padre de los dioses lamiendo con su lengua y se la considera el primer ser viviente que hace su aparición surgiendo del Ginnungagap (véase *Caos*). En el antiguo Egipto, la diosa celeste Hathor se veneraba en figura de mujer con cabeza de vaca, y también la bóveda celeste se representaba en forma de vaca (menos cuando lo era en la figura de la diosa celeste Nut), cuyo vientre contiene las estrellas. También Isis pudo presentarse en forma de vaca. Es famosa la «vaca sagrada» de la India, la sagrada vaca nutricia de épocas prehistóricas, que promete fecundidad y plenitud (Prithivi, Aditi), y que bajo la figura de Aditi hace también pareja con el toro Nandi y puede satisfacer deseos. En primer término se encuentra el papel de la vaca en la seguridad de la existencia de las personas criadoras de ganado vacuno, de ahí su papel pasivo, por lo cual no pudo desempeñar un gran papel en mitos y epopeyas. En el simbolismo psicológico, según E. Aeppli, la vaca es un «animal bueno de escaso dinamismo y gran resistencia... con su sencillo calor, su paciente preñez, un símbolo sencillo de la misma Madre tierra, expresión de lo maternal vegetativo... La vaca se halla en

Vaca: vaca amamantando, símbolo de la maternidad. Escultura fenicia de marfil, Arslan Tasch, hacia 900 a.C.



Vaca: diosa Hathor en forma de vaca custodia al faraón Psamético I (XXVI dinastía de Egipto)





Vaca: vaca preñada, figura votiva de hierro forjado. Estiria, s. XIX

el gran ritmo de su naturaleza humilde. Naturalmente, en el sentido más visible es su comida verde. Tiene su especial santidad primitiva. Esta santidad es lo que persigue el culto de las "vacas sagradas" en la India».

Valquirias, en la mitología nortegermánica, símbolos personificados de la honrosa muerte del guerrero: las vírgenes guerreras del dios Odín, el cual las reúne de entre valerosos combatientes que no temen la muerte, aliadas para la lucha final de Ragnarök (véase *fin del mundo*) y las manda traer a su cortejo guerrero del *más allá*, el Walhalla, por medio de sus ayudantes que, montadas sobre rápidos corceles, corren a través de las nubes. Nombres de valquirias en la «Edda» son, entre otros, Skuld (la última de las *nornas*, que trae la muerte), Brunilda (Brynhild), Göll, Gondul, Hrist, Mist y Thrud. Los muertos reunidos en el Walhalla realizan diariamente ejercicios de combate con el fin de poder —ilesos—, celebrar banquetes todas las noches. Esta concepción simboliza por un lado el alto aprecio de la muerte en combate (como el de la muerte en la guerra o en la piedra de los sacrificios entre los aztecas de México), y por otro también la impavidez frente al profetizado resultado final de la batalla del fin de los tiempos en la que todos los dioses y sus ayudantes deben caer antes de que, después de «Ragnarök», alboree una nueva era al modo de un *paraíso* («Gimle», en el *cielo* meridional). En la época moderna, ha adquirido un carácter proverbial sobre todo la valquiria Brunilda, que en el Cantar de los Nibelungos desempeña un trágico papel y ocasiona la perdición del héroe *Sigfrido*, el cual, invisible, había conquistado la mano de ella para el rey Guntther. A las mujeres vigorosas se les atribuye un «carácter brunildesco».

Vándalos, nombre de un pueblo del tiempo de las migraciones que en el uso moderno del lenguaje atribuye a sus miembros y a sus actuales imitadores un insensato furor de destrucción (vandalismo). La tribu histórica de los vándalos se estableció primeramente a orillas del Oder y del Vístula, dividido en las dos fracciones de asdingos y silingos (de ahí «Silesia»). Al ponerse los pueblos en movimiento, tras una prolongada inestabilidad, los silingos se establecieron en el año 411 en el sur de España (Andalucía viene de «Vandalusia»); allí se familiarizaron con la navegación y pronto su rey Geiserico los condujo hacia el norte de África (429), donde en 439 conquistaron Cartago y fundaron un reino. Desde allí emprendieron correrías por el ámbito mediterráneo, y en 455, en un ataque repentino e inesperado, lograron la conquista de la ciudad de Roma estando ésta completamente desprevenida. «Catorce días duró el pillaje. Pero no se destruyó nada arbitrariamente e incluso se le perdonó la vida a la población... Comparada con el espantoso fin de Cartago en el año 146 a.C., esta invasión de Roma por parte de los vándalos puede aún calificarse de suave y conciliable con las reglas de la guerra de la Antigüedad. La

Vándalos: moneda vándala norteafricana del rey Gunthamund (m. en 496 d.C.)

palabra "vandalismo", acuñada con relación a esta invasión de Roma y empleada por primera vez por el obispo francés Grégoire de Blois en el año 1794 para designar el ciego furor en la época de la Revolución Francesa, ha estampado un inmerecido estigma sobre los vándalos. El procurarse el botín de guerra, sobre todo de bienes públicos, era un uso tradicional de la guerra en todos los pueblos, especialmente entre los romanos» (E. Nack). En tiempo de Gelimer, bisnieto de Geiserico, sucumbió en 534 el reino norteafricano de los vándalos, y el Norte de África pasó de nuevo a ser provincia romana. A los vándalos cautivos no se les exterminó, sino que se les incorporó al ejército romano, para quedar así esparcidos por las provincias del Imperio en vías de disolución.

Vara de Esculapio, una vara alrededor de la cual se enrosca una *serpiente*. Este símbolo es todavía hoy el distintivo de las farmacias, en recuerdo del antiguo dios griego de la medicina Asklepios (lat. Aesculapius), y es también símbolo de la profesión médica. La causa de ello es primordialmente la muda anual de la serpiente, que se concebía como rejuvenecimiento. Las serpientes eran animales sagrados en los antiguos sanatorios, que especialmente se situaban junto a manantiales de aguas minerales. Según la leyenda de las *estrellas*, Zeus puso en el cielo a Asklepios junto con la serpiente como constelación Ophiukhos (portador de serpiente). La tradición pretende que, durante una devastadora epidemia que se extendió por la Roma antigua, los romanos trajeron a su ciudad al dios de la medicina en forma de una enorme serpiente desde la griega Epidauro, y la epidemia se extinguió inmediatamente. No se debe confundir la vara de Esculapio con el *caduceo*, la vara de mensajero con dos serpientes enroscadas del dios Hermes (Mercurio). En épocas más recientes, la vara de Esculapio como símbolo de los farmacéuticos, para que se diferenciase del distintivo de los médicos, se transformó en el sentido de que en su extremo superior se puso un cuenco del que bebía la serpiente. Un prototipo más antiguo de la vara de Esculapio es una vara, igualmente con dos serpientes

Vara de Esculapio: Asklepios con la vara de la serpiente, V. Cartari, 1647

Vara de Esculapio: la serpiente de bronce de la Biblia. Cobre-emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675

enroscadas en ella, de Ningizzida, dios sumero-acadio de la medicina y del mundo subterráneo, al cual se representó además acompañado de una serpiente con cuernos y que era el dios protector personal del rey Gudea de Lagasch (hacia 2100 a.C.). Eschmun (Jasumunu), un dios fenicio de la medicina, que también se veneraba en Cartago, se consideró como manifestación de Asklepios y se le representó con la vara de la serpiente. (Véase también *Tirso*.) El orientalista A. Jirku relacionó la vara de Esculapio con la vara mágica mencionada en el Éxodo (7, 9-13), que se transforma en una serpiente y con cuya ayuda provoca Moisés las «plagas egipcias» en la tierra del faraón, y también la relacionó con la «serpiente de bronce» puesta sobre un palo y que cura a las personas que levantan sus ojos hacia ella de las mordeduras de serpientes venenosas.

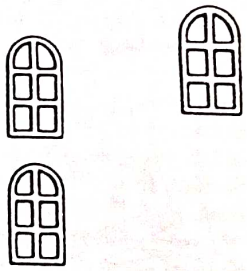
Velo, un encubrimiento, en parte transparente, de la cara; generalmente es un símbolo del apartamiento del mundo exterior, y de modestia y virtud. En épocas pasadas las mujeres y muchachas iban a misa con velo para indicar que con ello se apartaban de las vanidades terrenales. Las monjas llevaban velo y la expresión «tomar el velo» se deriva del ingreso en la vida conventual. También en la indumentaria cortesana de la Edad Media se hallaba difundido el velo y se conservó en el velo de novia y en el de viuda (luto). En Oriente era obligación de las mujeres aparecer en público solamente cubiertas con el velo para no despertar el deseo en hombres extraños, lo cual llevó a una discriminación de las mujeres en la vida pública. En cambio, es costumbre entre los tuaregs del Sahara Central que los hombres se cubran el rostro con un velo, lo cual tiene presumiblemente su origen en la protección contra las tempestades de arena. Como velo se considera a menudo la niebla o la capa de *nubes* de la bóveda *celeste* y «correr un tupido velo» sobre un asunto equivale a ocultar la verdad. Como atributo figura el velo, entre otros personajes, en santa Ludmila, que con él fue estrangulada, y en la marquesa Inés de

Velo: novia cubierta con un velo. Miniatura turca del siglo XVII

Austria, cuyo velo llevado a lo lejos por el viento, fue encontrado más tarde, lo que como consecuencia de una promesa, condujo a la fundación del convento de Klosterneuburg en aquel lugar (por Leopoldo el Santo).

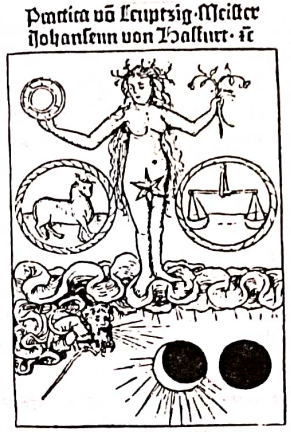
Ventanas, en la simbología, aberturas para dejar entrar la *luz* sobrenatural. Por ello las ventanas de edificios sagrados, como las de las grandes catedrales de la Edad Media, desde finales del primer milenio se hicieron con impresionantes vidrios de colores (por ejemplos, en Reims, Chartres, Ste. Chapelle de París) aludiendo a la venidera magnificencia de la «*Jerusalén* celestial». La luz que entra desde *arriba* corresponde al espíritu de Dios, mientras que la ventana misma se considera también como símbolo de María (no luce por sí misma, sino mediante la luz divina). Las armaduras de las «vitrailles» se configuraban a menudo según los principios de los *simbolismos de los números*, por ejemplo, divididas en *tres* (*Trinidad*) o *cuatro* (evangelistas), o también configuradas como rosetas (divididas también en *siete*). Con respecto al simbolismo de los *colores*, sobresale sobre todo el reluciente *azul* que al aire libre, por desgracia, corre gran peligro a causa de los daños ocasionados por el medio ambiente.

Ventanas: en el simbolismo francmasónico, tres ventanas del templo se hallan en el este, sur y oeste



En el *simbolismo francmasónico*, el templo de *Salomón* en Jerusalén no tenía ninguna ventana hacia el norte, porque desde allí no proyecta el *sol* rayo alguno. En tapices docentes algo antiguos se reproducen las tres ventanas que miran hacia los otros tres puntos cardinales; en un escrito de S. Prichard (1730) se las denomina «luces fijas» (en oposición a las «móviles»).

Venus, estrella llamada en griego, Afrodita, y en Occidente también Phosphoros o Lucifer (portador de luz). Esta estrella puede aparecer al anochecer y también por la mañana, pero nunca se halla sobre el horizonte alrededor de la medianoche. En la antigua Roma Venus significaba tanto la gracia y la hermosura como el deseo sensual, y la diosa regía la primavera (Fiesta de las Veneralia el 1 de abril). En el antiguo mito griego, la diosa nació junto a las costas de la isla de Chipre de la espuma del *mar* (su nombre de Afrodita se deriva de «aphros», espuma), y se le atribuía el metal *cobre* (kypros). Su sobrenombre, Anadyomene, significa «la que asciende del mar». El culto de la diosa del amor con costumbres eróticas es de origen prehelénico, distinguiéndose, según Platón, entre una figura simbólica del amor popular (Aphrodite Pandemos) y una del amor celestial (Aphrodite Urania). También era guardiana de la fecundidad (Venus Genetrix, en Roma). Astrológicamente se considera a Venus un *planeta* claramente femenino, que rige los signos zodiacales de *libra* (casa diurna) y *tauro* (casa nocturna), un planeta «suave, sensual, maternal, inclinado a la alegría y a la música, amante de la armonía y de la compasión», y en el horóscopo, un «benéfico menor» (benefactor) que presta alas a la fantasía y también «fuerza al amor». Los colores que se le atribuyen



Venus con los signos zodiacales tauro y libra. «Práctica astrológica», 1499

Venus: la estrella matutina precede al Sol, la vespertina le sigue. J. Boschius, 1702

son el rosa y el *azul* claro; las piedras preciosas de Venus son el aguamarina, el *zafiro* claro, el rosado *coral*, el lapislázuli y la *turquesa* azul celeste.

En la antigua China se atribuía al planeta Venus el color *blanco* (¡el color de la muerte!), la estación del año, el otoño (en el cual es bien visible como estrella vespertina) y el género masculino, así como también el *«elemento»* metal, lo cual nos da un simbolismo completamente diferente. Especial atención dispensaron al planeta los mayas del Yucatán, y al cálculo de su órbita como estrella matutina y vespertina se le concede amplio espacio en el manuscrito «Codex Dresdensis». Cinco años de Venus con un total de 2 920 días corresponden a ocho años solares, como ya se sabía, y durante este espacio de tiempo brilla el planeta cinco veces como estrella matutina, a la cual corresponden cinco dioses diferentes. La primera aparición de Venus como estrella de la mañana se consideraba un signo de desgracia, porque la estrella «arroja lanzas contra diversos seres vivientes». Análogas ideas predominaban en el altiplano de México, donde el planeta se asociaba a la deidad Quetzalcóatl (*Serpiente* emplumada). En el antiguo Perú al planeta Venus se le llamaba «Chasca», que, según el inca Garcilaso de la Vega, significa «de cabellos largos y rizados». Se le veneraba porque se le tenía por un paje del divino *Sol* al que ora precede, ora le sigue en su aparición. En la literatura antigua sobre arte prehistórico, se designaban algunas obras plásticas (estatuillas y relieves en la roca) del paleolítico como representaciones de «Venus», evidentemente con la intención de burlarse de los «ideales de belleza» del hombre primitivo. Sin embargo, tales obras sin duda no se formaron como materializaciones de deseos eróticos ni de ideas estéticas, sino que representan *madres* tribales, cuya gordura debe interpretarse simbólicamente, como acentuación estilizada de conceptos como abundancia, capacidad para parir y alimentar (véase *cornucopia*).

Verde. Desde el punto de vista simbológico, el verde, como la mayoría de los colores, tiene dos aspectos, que van desde el «verde intenso del musgo», valorado positivamente, hasta el verde del «cardeni-

llo». En el simbolismo popular, el verde significa el reverdecer de la esperanza, y no solamente en la China se consideran positivos los sueños en los que el color verde desempeña un papel. «Allí donde brota el verde, allí está sencillamente la naturaleza, allí está naturalmente el crecimiento... el hecho concreto de la primavera. Cuando, por ejemplo, se aparece el diablo como "el verde", es que ha conservado la vestidura de un antiguo dios de la vegetación.» En cambio, también tiene validez el aspecto negativo: «Una presencia exagerada del verde en el sueño significa una invasión de fuerzas negativas de la naturaleza» (Aeppli). La simbología cristiana ve este color «a la misma distancia del azul del cielo que del rojo del infierno... un color intermedio y mediador, tranquilizante, refrescante, humano (Jesús Sirach 40, 22), el color del recogimiento, de la esperanza de la resurrección» (Heinz-Mohr). La *cruz* de Cristo se representó a menudo de color verde como símbolo de esperanza en la redención, el Grial como verde *esmeralda*, el *trono* del Juez del mundo como verde *jaspe* (Apocalipsis de Juan, 4, 3). El verde experimenta una particular valoración en los libros de santa Hildegarda de Bingen (1098-1179), que continuamente escribe sobre la «viriditas» (verdor, fuerza germinativa) y, por ejemplo, valora la esmeralda a causa de su *color*: la esmeralda «se origina por la mañana temprano, al salir el sol. El verde de la tierra y de las hierbas florece entonces con el mayor frescor, porque el aire aún está frío, pero el sol ya calienta y los vegetales absorben el verde con la misma avidez que el cordero la leche. El calor del día apenas es suficiente para cocer este verdor y alimentarlo... Por ello la esmeralda es un poderoso remedio contra todas las debilidades y enfermedades del hombre, porque el sol la produce y su sustancia procede del verde del aire». En el lenguaje popular, «luz verde» significa «paso libre». Como símbolo de color político, el verde designa las corrientes alternativas en las que la vida natural y el alejamiento de la excesiva tecnificación desempeñan un papel central. Verde es también en el islam el color del Profeta.

En el símbolo tradicional chino de los colores, el verde y el *blanco* constituyen un par de opuestos en el sentido de un *sistema dual* que corresponde a la antítesis polar *rojo* y blanco en el *simbolismo alquímico* occidental. El *dragón* verde de la alquimia china simboliza el principio primario *yin*, el mercurio y el *agua*; en cambio, el *tigre* blanco simboliza el principio yang, el plomo y el *fuego*. En la alquimia europea, el dragón o *león* verde simboliza un disolvente fuerte, por ejemplo, el agua regia, y su signo es el *triángulo* «femenino» con el vértice señalando hacia abajo en combinación con una R. Debido a la falta de conformidad del simbolismo de las imágenes, no obstante, el dragón verde puede representar en algunas fuentes, como en China, el elemento *mercurio*.

Vestido de espigas de María, dibujo de espigas de trigo en el vestido de la Madre de Dios, tal como aparece a menudo representado en la Edad Media y en el Renacimiento en cuadros de devoción y de peregrinación. Este modo de representación recuerda antiguas «madres del trigo», por ejemplo, Deméter (lat. Ceres), y con ello raíces muy antiguas de esta expresión de la piedad popular. El grano de trigo —que se deposita en la tierra, es «enterrado» y aparentemente muere, pero en primavera despierta a la nueva vida y produce abundante fruto— es ya desde la Antigüedad, por ejemplo, en los misterios de Eleusis, símbolo del

Vestido de espigas de María en un grabado alemán del año 1450, aproximadamente (detalle)

renacer después de la noche del sepulcro, un símbolo que inspira esperanza y actúa como modelo del vencimiento de la muerte. Se comprende fácilmente que para la población campesina, incluso independientemente de este simbolismo, la imagen del vestido de espigas personificase la petición de la bendición de la cosecha.

Vicios. Los vicios, malas costumbres y pecados capitales se simbolizan frecuentemente mediante figuras humanas feas y a menudo se los representa en lucha con las *virtudes*, en lo cual oscilan en número, selección y atributos. Las más importantes de estas personificaciones son: Soberbia, mujer coronada y con alas de *murciélago* montada sobre un *león*, con un *cetro* en la mano; Envidia, mujer montada en un *perro* que lleva un hueso en la boca; Intemperancia, mujer montada en un *zorro* con un ganso en la boca; Avaricia, un hombre sentado sobre un arcón con dinero, a menudo con un tejón; Pereza, un hombre que duerme sobre un

Vicios: los pecados mortales como seres demoníacos. H. Baldung Grien, «Buch Granatapfel», 1511

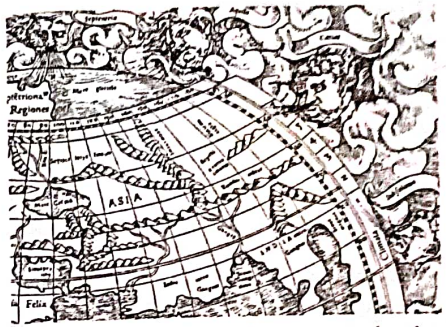
asno; Ira, un hombre que rasga sus vestidos o una pareja que lucha con *espadas*; Lujuria, una mujer montada en un *cerdo* o *macho cabrío* o sirena que tiene en sus manos sus dos colas de pez (sin embargo, esta representación es también una imagen amuleto contra poderes malignos); Infidelidad, una persona delante de un ídolo; Desesperación, un hombre que se ahorca (*Judas*); Locura, un hombre que muerde

Vicios: la Envidia estrangulándose a sí misma. V. Cartari, 1647

piedras; Cobardía, un hombre que huye de una *liebre*. En el Barroco se representa también la Envidia como una mujer con los senos descubiertos que con ambas manos se aprieta el cuello como si se estrangulase, la Crítica o la Calumnia como «Momos» con un garrote, y el Engaño como *serpiente* con cabeza humana y colas de *escorpión*. Grupos escultóricos del Barroco tardío del viacrucis de Jesús presentan a menudo escenas en las que el Salvador expía con sus sufrimientos cada uno de los vicios de la humanidad.

Vientos. Simbológicamente, los vientos no son meros movimientos de aire, sino manifestaciones sobrenaturales que representan las intenciones de los dioses. Por un lado se tiene en cuenta el carácter imprevisible del viento, y por otro su acción perceptible a pesar de su invisibilidad. En regiones en las que aparecen vientos con una dirección determinada (bora, siroco), la personificación es fácil de imaginar; así, por ejemplo, en la antigua Grecia, el rudo viento del norte, Bóreas, rapta a la princesa ateniense Oritia y se la lleva a su patria; en Tracia, Céfiro, el suave viento del oeste, lleva a la joven Psique a Eros, el dios del amor. Menos importancia se les daba al viento del sur (Notos) y al viento del este (Euros). Generalmente se les representaba alados, Bóreas con pies formados por cuerpos de *serpiente*. En la antigua China, se veneraba el viento (feng) en la primavera con un *ave* divina, posiblemente como una forma primigenia del *fénix*. También aquí se diferenciaban los vientos según los puntos cardinales. «Feng-shui» es la ciencia de «viento y *agua*», de la elección geomántica de lugar, según los datos naturales para la construcción de edificios. Feng tiene también un significado metafórico en el sentido de acariciar, y también de propalar rumores. El vaticinador es designado con el nombre de «*espejo* del viento». En el Irán antiguo, como en el islam, el viento tiene la función de un principio de orden cósmico en la estructura del mundo. En el antiguo Egipto el refrescante viento del norte procede de la garganta del dios Amún, y el nombre del dios sumerio Enlil significa, traducido, «Señor soplo de viento». En los textos de Filón de Biblos (hacia 60-140 d.C.), que se remontan a antiguas ideas siríacas, en el tiempo primigenio se cierne sobre el caos el «viento oscuro que se fecunda a sí mismo». El antiguo México une el viento (ehecatl) con el dios Quetzalcóatl, que en esta cualidad lleva sobre el rostro una máscara en forma de pico.

Lo más impresionante es el simbolismo del viento en la Biblia, donde la palabra ruaj (¡gramaticalmente femenina!) significa también espíritu, soplo y aliento. El «ruaj» de Dios en el comienzo del mundo planea sobre las aguas primigenias. De poética grandeza es la descripción de la revelación de Dios en el Libro I de los Reyes presenciada por el profeta Elías: «Y he aquí que va a pasar Yahvé. Y delante de él pasó un *viento fuerte* y poderoso que rompía los montes y quebraba las peñas; pero no estaba Yahvé en el viento. Y vino tras el viento un terremoto, pero no estaba Yahvé en el terremoto. Vino tras el terremoto un *fuego*, pero no estaba Yahvé en el fuego. Tras el fuego vino un ligero y blando susurro. Cuando lo oyó Elías, cubrióse el rostro con su manto y, saliendo, se puso en pie a la entrada de la caverna y oyó una voz que le dirigía estas palabras: ¿qué haces aquí, Elías?» (19, 11-13). Las manifestaciones fuertes y espantosas de las fuerzas de la naturaleza son sólo las señales precursoras de Dios en el sagrado *monte* Horeb, su ser



Vientos: alegorías de los vientos que soplan desde los ángulos del mundo. Edición de Basilea de la Geografía de Ptolomeo, 1545

se manifiesta sólo en el suave soplo. La Biblia contiene numerosos pasajes de parecida índole, en los que «*viento*» casi siempre se distingue claramente del soplo de Dios. En el Nuevo Testamento se dice de una manera parecida que «el viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo nacido del Espíritu» (Juan 3, 7s). Algo parecido se dice en las leyendas de los judíos (E. bin Gorion 1980): «Dos cosas hay que no han sido creadas, el viento y el agua. Existieron desde el comienzo, como se dice también: "El viento del Señor planeaba sobre aguas". Dios es único y no hay ningún segundo junto a él, y así es también el viento... No puedes cogerlo, no puedes golpearlo, ni quemarlo, ni tirarlo... El mundo entero está lleno del viento, solamente el viento sostiene el mundo; él es lo más alto, él estaba al principio de todas las cosas». La palabra griega «pneuma» significa tanto soplo de viento como también el espíritu divino; el soplar sobre el bautizado en el rito del bautismo simboliza la transmisión del aliento de vida a *Adán*. Cuatro *ángeles* retienen los «*cuatro* vientos» de la Antigüedad, designados según los puntos cardinales, en el Apocalipsis de Juan (7, 1-3). En el Apocalipsis grabado en madera de Alberto Durero los cuatro vientos están simbolizados por cabezas aladas de ángeles que soplan.

En general, el viento representa el efecto, reconocible por sus consecuencias, pero «invisible», del aliento de la Divinidad. «¿No es el viento un soplar del espíritu?» (Bertholet).

Vino. En el simbolismo tradicional, sólo raramente tiene el vino algo que ver con la embriaguez, sino que representa —ya que normalmente se tomaba diluido con *agua*— en el sentido auténtico una «bebida espiritual», un líquido henchido de *fuego* vital. La costumbre corriente en algunas culturas (Dionisos-Baco) del consumo excesivo de vino tenía una base religiosa y debía provocar la unión con el dios del éxtasis. El vino debía romper cualquier hechizo, desenmascarar mentiras («in vino veritas») y también poder ser consumido por los muertos cuando se derramaba como libación en la *tierra* y ésta lo absorbía. A menudo se consideraba que el vino era «*sangre* de las uvas» en estrecha relación simbólica con la sangre y ciertamente no sólo en el sacramento cristiano. Podía también sustituir al sacrificio cruento para los muertos en el sentido descrito. El cultivo de la vid es en Oriente y Egipto muy antiguo (allí su existencia está ya demostrada en torno a 3000 a.C. y con el nombre de «erpi»; las uvas negras se designaban «*ojos* de Horus»). En las fiestas de aquel ámbito nunca podía faltar el vino (compárese el primer milagro de Jesús en las «bodas de Caná», la conversión de agua en vino). El simbolismo medieval suele ilustrar la parábola según la cual Cristo es la vid, mientras que sus discípulos representan los sarmientos. La cruz y el *árbol* de la vida a menudo se representan como vides y la vendimia es un símbolo del juicio del mundo en el fin de los tiem-

Vino: uvas como símbolo de la paciente espera. W. H. Barón de Hohberg, 1647

pos. El consumo del vino en exceso se describe como negativo solamente en relación con la embriaguez de *Noé*, y la falta de respeto de su hijo Cam se consideró la anticipación de la misma actitud de los soldados que prendieron a Jesús en el monte de los Olivos. En la colección medieval de novelas «Gesta Romanorum» (hacia 1300) se dice «que Noé descubrió la vid silvestre, a la que se daba el nombre de "labrusca" (de "labra", los límites de campos y caminos). Comoquiera que este vino era agrio, Noé tomó la *sangre* de cuatro animales, a saber, de un *león*, de un *cordero*, de un *cerdo* y de un *mono*, la mezcló con tierra e hizo con ello un abono que puso junto a las raíces de la vid silvestre. Así el vino quedó endulzado mediante esta sangre... Por el vino muchas personas se han convertido en leones a causa de su ira y entonces ya no tienen juicio. Algunos, por vergüenza, se vuelven corderos, otros se vuelven monos a consecuencia de la curiosidad y de la torpe alegría que se apodera de ellos». De las consecuencias «propias de cerdo» que tiene la borrachera el texto no dice nada, ya que evidentemente se daba supuesta sin más esta clase de efecto. Para Hildegarda de Bingen (1098-1179) el vino tiene gran importancia como remedio, pero también como símbolo. También lo conecta con el relato bíblico de Noé y escribe: «Ahora la tierra, que antes había sido vulnerada por la sangre de Abel (véase *Caín*), produjo el nuevo jugo del vino y la sabiduría empezó de nuevo su actividad». Es verdad que el abuso del vino deforma su poder hacia lo negativo, pero la fuerza que en él se encierra constituye un gran misterio. «Trigo y vino crecen por medio de una secreta virtud germinativa (viriditas, de donde probablemente procede la expresión "vril" usada en la literatura esotérica desde E. Bulwer-Lytton en 1871) que el ser humano no puede ver.» Esta fuerza germinativa está obrando también cuando el pan y el vino en el sacramento se transforman en la carne y en la sangre de Jesucristo. «Así, el vino es el nuevo jugo de la tierra, un jugo en el que hay muerte y vida» (Schipperges, 1957). En el islam predomina con respecto al vino una actitud ambivalente. Algunas leyendas refieren que el *arcángel* Dschibril (Gabriel), que sacó del *jardín* del *paraíso* a *Adán* y a su compañera (no mencionada por ningún nombre), se compadeció

Vino: el borracho Sileno sobre el asno. V. Cartari, 1675

de los expulsados y les entregó un sarmiento del jardín que ahora quedaba cerrado. Según otra versión, la vara del arcángel quedó humedecida por las lágrimas de compasión, echó renuevos y sus frutos fueron como lágrimas de ángel, redondos y dulces. Pero Iblis, el *diablo*, maldijo aquella planta y por esto el vino era ciertamente en su origen un don de ángel, pero que no dispensaba bendiciones. Su consumo está aún hoy rigurosamente prohibido a todos los fieles, pero en el *paraíso* beben los elegidos «el vino, que está sellado con almizcle y que despierta el anhelo de todos, de modo que lo piden. Y el vino será mezclado con el agua de la fuente Tasmin de la que beben los que están cerca de Alá, sus amigos». También en un arroyo del paraíso corre «vino que a los que lo beben les sabe delicioso, pero no emborracha».

En un simbolismo onírico de la psicología profunda, según Aeppli, cuando en un sueño aparece vino significa el encuentro con un contenido espiritual-psíquico de la personalidad, en cambio no indica nada relacionado con «alcohol» en el sentido real. «La experiencia religiosa ha elevado el vino a la semejanza de la sangre divina. En el vino está lo que excita, está la fuerza del espíritu, que supera la gravedad terrestre y da alas a la fantasía... Donde brilla vino dorado o rojo oscuro en el cáliz del sueño, allí hay vida positiva e importante. El milagro del vino, visto desde el alma, es un milagro divino de la vida, de la conversión del ser terrestre-vegetativo en alado espíritu.» En el Asia oriental (Japón) corresponde al vino occidental el «vino de *arroz*», saké, propiamente más bien una especie de cerveza con alto contenido de alcohol (12-16 %). Sirve como bebida ritual en fiestas de bodas y se bebe también en tacitas de madera barnizadas como símbolo del acto de sellar contratos.

Violeta, lat. Viola odorata, gr. ionia, una *flor* pequeña y muy olorosa que, según la voz popular, «enseña la modestia», porque a pesar de su exiguo tamaño es un apreciado símbolo de la primavera. Según el mito griego, en el prado en que se encontraba Perséfone cuando Hades —el dios del mundo subterráneo— la raptó, crecían crocos, *rosas*, *jacintos* y violetas. En un día en que los romanos conmemoraban a los muertos, el día de las violetas (Dies violaris), se adornaban las tumbas con estas flores. En los banquetes solían llevarse «coronas de violetas», porque se decía que estas flores tenían una acción «refrescante». También se les atribuía la virtud de mitigar el dolor de cabeza de la modorra causada por la borrachera. La antigua creencia popular recomendaba, como medio preventivo de todas las enfermedades, tragar las tres primeras violetas encontradas en el lindero del bosque. El color *azul* de la violeta, que se relacionó con la fidelidad y la constancia, convirtió esta flor en un preciado obsequio amoroso. En la Edad Media, la primera

Violeta: grabado de emblema según W. H. Barón de Hohberg, 1675

violeta que se encontraba era ocasión para alegres fiestas de primavera y bailes al aire libre. Véase *color violeta*.

Virgen, doncella, la mujer joven que vive castamente y sin estar casada es en muchas culturas símbolo de la entrega ascética al ámbito ultramundano, en lo cual no siempre desempeñan un papel motivos morales, sino también a menudo ideales mágicos de continencia. A las vestales y a las videntes (*sibilas*) de la antigua Roma, por ejemplo, se les exigía una virginidad limitada temporalmente como condición previa para la constante disposición a comunicarse con la divinidad. Se decía que una virgen había concebido no sexualmente a muchos dioses, héroes y soberanos; así, por ejemplo, la diosa griega de la juventud —Hebe—, Perseo, *Alejandro Magno*, Gengis-Khan, Lao-tse y en el antiguo México el dios Quetzalcóatl (véase *serpiente*). También se dice que el emperador Augusto fue engendrado de manera maravillosa por una *serpiente*, el animal sagrado de Apolo, en un templo de este dios. La vestal Rhea Silvia concibió a Rómulo y Remo del dios de la guerra *Marte*. Los teólogos interpretan tales mitos como prefiguraciones de la concepción de Jesús, y por esto el arte medieval en la «Anunciación de María» representa la divina fuerza procreadora como una *paloma* en medio de un rayo de *luz* que toca la cabeza o el *oído* de María. *Ventanas* y *cristales* (véase *piedras preciosas*), que permiten el paso de los rayos de luz, son símbolos de la Virgen María. También en el antiguo Perú había una especie de vírgenes sagradas, tal como refiere, entre otros, el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616). «Vivían hasta su fin en perpetuo aislamiento y conservaban una permanente virginidad... porque decían que las mujeres del *sol* no podían ser tan

Virgen: santa Juliana con diablo encadenado. Leyenda de Santos de Auer, 1890

corrientes que cualquiera pudiera verlas. Y este aislamiento era tan grande, que ni siquiera el Inca mismo podía hacer uso del privilegio de verlas y hablar con ellas... La principal ocupación a que se dedicaban las vírgenes del sol consistía en hilar (véase *huso*) y tejer... Todas estas cosas (tejidos) las realizaban las monjas en gran cantidad, con sus manos, para el sol, su esposo. Y como que el sol no podía ponerse ni llevar aquellas piezas de adorno, las enviaban al Inca como natural y legítimo sucesor... y dado que aquellos objetos habían sido hechos por las manos de las coyas, las mujeres del sol, y para el sol, y las mujeres a causa de su posición eran de la sangre del sol mismo, se les tributaba la máxima veneración.» A una virgen del sol a la que se sorprendiera en relación impura con un mortal, se la enterraba viva como castigo, pero a su amante se le ahorcaba y destruía su lugar de nacimiento. También entre los pueblos que no poseen escritura puede encontrarse la actitud de considerar que a las vírgenes les corresponde un poder superior al de las mujeres casadas. El mitólogo F. Karlinger co-

Virgen: el «Águila-virgen» como blasón medieval.

menta así un mito de los aborígenes australianos sobre la constelación de las pléyades: «Las dos (estrellas de las) pléyades con las que se casó Wurunnah no brillaban tan intensamente como las que permanecieron vírgenes. La creencia en la mayor fuerza (aquí fuerza luminosa) de las vírgenes frente a las mujeres casadas predomina en la mayoría de las tribus exóticas». Véase *madre*.

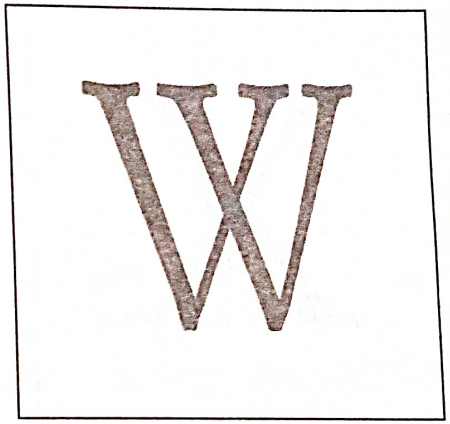
Virgen (lat. Virgo, gr. Parthenos) es también el nombre del VI signo del zodíaco (véase *estrellas*), regido por el *sol* entre el 23 de agosto y el 22 de septiembre. Las *abejas*, el *zorro* y las gallináceas se hallan en relación mágica con este signo, que con el *toro* (tauro) y la *cabra montés* (capricornio) se cuenta entre los «signos de tierra». El simbolismo astrológico tradicional relaciona con esta constelación cualidades como altruismo, frialdad y claridad mentales, posibilidades desaprovechadas, disposición a la transformación de la sustancia primaria («materia prima» en el sentido de la ideología *alquímica*, ya que el signo es regido por *Mercurio*; véase *azufre* y *mercurio*). Según la leyenda estelar, transmitida por Aratos en el siglo III a.C. en su poema didáctico «Phainomena», la Virgen astral es la Justicia personificada (gr. Dike) que en otro tiempo, en la *Edad Dorada*, habitada entre los hombres, pero a causa del endurecimiento de las costumbres se elevó con sus *alas* hacia el cielo y todavía se la puede ver solamente como constelación lejana. Probablemente no es casual que su signo más cercano en el zodíaco sea el de *libra* o de las balanzas.

Virtudes, en el arte cristiano, figuras simbólicas personificadas de las «tres virtudes teologales» fe, esperanza y caridad, y de las *cuatro* virtudes cardinales, fortaleza, justicia, prudencia y templanza, que juntas forman un número de *siete*. Las «virtudes teologales», fides, spes y caritas, se designan como hijas de una santa *Sofía* (sabiduría) y sus atributos más importantes son: fe —*corazón* ardiente, *cruz*, cirio y *libro* (Biblia); esperanza —*ancla, paloma, nave, lábaro, cornucopia*; caridad (amor al prójimo) —*crismón, cordero*, niños, *pelícano, pan*. Atributos de las cuatro virtudes cardinales son, entre otros: fortaleza (fotitudo) —armadura de *caballero*, piel de *león, espada* y escudo, *columna* de Sansón, *bandera*; justicia —*balanza, escuadra*, bolsa del mundo, código; prudencia —*serpiente* («sed prudentes como las serpientes»), *espejo, antorcha*, ataúd (memoria de la muerte); templanza —dos vasos para mezclar *agua* con *vino*, *camello* y *elefante* como cabalgadura, reloj de arena, molino de viento. También se personifican otras virtudes: paciencia con el *buey*; mansedumbre con el *cordero*; humildad con la *paloma*; obediencia con el *camello*; perseverancia con la *gallina* incubando los huevos; castidad con el *lirio* o el *unicornio*; paz o concordia con el ramo de olivo o un par de *palomas*. Todas estas figuras se representan casi siempre como mujeres jóvenes de largas vestiduras, que en ocasiones luchan contra los *vicios* (luchas del alma, psicomaquias). Plantas simbólicas de las distintas virtudes son, entre otras, el cedro (humildad), la *palmera* (*sofía, sabiduría*), *el ciprés* (piedad), el pámpano de

la vid (templanza), el ramo de *rosas* con *espinas* (fortaleza). Las relaciones y atributos no se reproducen unitariamente, sino que varían, tanto en la escultura de la arquitectura gótica como en la pintura.

Vitriolo, es el nombre con que se designan actualmente sulfatos de metales pesados (como cobre, hierro, cinc, etc.), solubles en el agua; en cambio, en el *simbolismo alquímico* es un nombre simbólico para la relación *arriba y abajo* formada con las letras iniciales de la frase latina: «Visita inferiora terrae, rectificando invenies occultum lapidem», es decir: busca lo interior de la tierra y, cuando lo perfecciones, encontrarás la *piedra* escondida (la «*piedra* filosofal»). También pueden hallarse variantes de la mencionada frase en la literatura alquímica, por ejemplo, con el final «invenietis occultum lapidem, veram medicinam» (encontraréis la piedra escondida, la verdadera medicina) y con ello se origina la palabra «vitriolum». Esto suena como un proceso técnico normal de ennoblecimiento del metal bruto, pero la frase quiere tener un sentido alegórico y sugiere el proceso purificador del hombre en cuyo transcurso lo inferior debe ser inducido a ascender a las esferas espirituales.

Wampum, un objeto simbólico de los indios norteamericanos del Este, en Europa ciertamente menos conocido que el *calumet* («pipa de la paz») o que el tomahawk («*hacha de guerra*»). Entre las tribus iroquesas eran usuales los cinturones wampums formados a modo de mosaico por disquitos de cerda de puercoespín ensartados y que en parte estaban también adornados con abalorios de conchas de río (éste es el significado originario de «wampum»). Los llevaban los embajadores como señal de reconocimiento y tenían una función análoga a la del *caduceo* de la Antigüedad clásica de Europa. «Cinturones o tiras de diversa longitud conforme a los más variados dibujos servían de documentos sencillos, y sartas de diferente longitud y diferente disposición de abalorios claros y oscuros servían para hacer recordar leyendas, hechos históricos y tratados. Se formaban especialistas que debían aprenderse de memoria el significado de un determinado número de sartas y cinturones para que, cuando les eran entregados, pudieran decir lo que estaba "consignado" por medio del wampum. Estos hombres eran bibliotecas vivientes capaces de relatar largas historias mientras sus dedos se movían por encima de los abalorios» (La Farge, 1960). En las épocas coloniales, los blancos empleaban como medio de pago cinturones wampums hechos de abalorios de porcelana europeos.



Wampum: cinturón con símbolo figurativo del tratado de paz entre William Penn y los delawares.

X

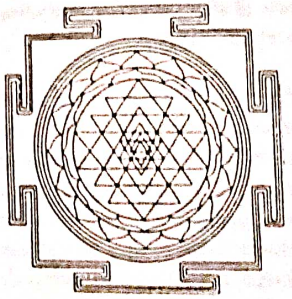
Xantipa. «Xanthippe war ein böses Weib/, der Zank war ihr ein Zeitvertreib» (Xantipa era una mujer mala/ para la cual las disputas eran un pasatiempo), afirma un verso de antiguas cartillas escolares alemanas. Se trata de la esposa del filósofo Sócrates (470-399 a.C.) con quien éste se había casado en la edad madura, puesto que al morir a causa de beber la cicuta a la edad de setenta años dejó tres hijos todavía menores de edad. Entre los filósofos cínicos, por ejemplo, en Jenofonte en su «Symposion», se describe a Xantipa como particularmente pendenciera, y escritos más modernos indican que el género de vida que llevaba el filósofo pudo haber dado ocasión justificada a discordias en el hogar. Con ello se relaciona la frase popular de «las Xantipas no nacen» (sino que las circunstancias las vuelven pendencieras). Sin embargo, la esposa del gran Sócrates, seguramente digna de compasión humana, se ha convertido en figura simbólica de la «tarasca del hogar» y a las mujeres pendencieras se las llama «verdaderas Xantipas».

Y

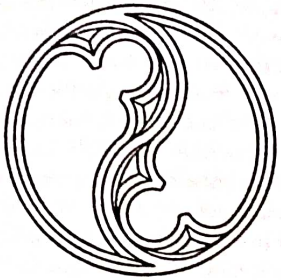
Yantra, ayuda gráfica de meditación conocida en el simbolismo de la antigua India y también apreciada modernamente, en forma de signos equilibrados geométricamente que en su carácter de centricidad recuerdan los símbolos *mandalas*. Un yantra consiste generalmente en *triángulos, cuadrados* y *círculos* que por un lado procuran contenidos cuando su significado es conocido, y por otro también sugieren directamente estructuras arquetípicas inconscientes de la psique. Es conocido sobre todo el «shri-yantra» formado por triángulos que con la punta señalan hacia arriba y hacia abajo en intrincada disposición artística como referencia a un *sistema dual* filosófico, rodeado por un enmarcamiento de pétalos de loto y encerrado en líneas circulares dentro de una ensanchada estructura cuadrada. Sirve para la meditación sobre unidad en la polaridad y dícese que en un estado de ánimo adecuado conduce a un poderoso sentimiento de elevación por encima de problemas transitorios.

Yin-Yang es la antigua representación china del *sistema dual* cósmico. Yin simboliza lo femenino, el norte, el frío, la *sombra*, la *tierra*, lo pasivo, la humedad, mientras que yang representa lo masculino, el *cielo*, el sur, lo claro, la actividad, lo seco y también el *emperador*. En tanto que en la vida cotidiana de la cultura de la antigua China se observa un predominio de lo masculino, en el lenguaje no aparece nunca la sucesión «yang-yin» que propiamente requeriría para nuestros conceptos el practicado predominio del varón. Este predominio masculino proviene ciertamente de las asociaciones principalmente negativas que comporta el elemento yin. En teoría, ambos principios deben concebirse como si poseyeran igual categoría. Su representación gráfico-simbólica se basa en el *círculo*, la imagen del Uno (tai-chi) primigenio del que surgió la polaridad yin-yang, un concepto filosófico que se remonta a Chu-Hsi (1130-1200 d.C.). La separación en los dos polos surge de una división en forma de S en dos mitades de la superficie del círculo, atribuyéndose a la mitad yin la parte oscura y a la mitad yang la parte clara. Precisamente de esta polaridad se produce la creación de los cinco elementos y de la acción recíproca de éstos la multiplicidad del mundo (las «diez mil cosas»). Es importante el hecho de que como expresión de la mutua dependencia, en la parte yang del círculo dividido hay

Yantra: el «Shri-Yantra» formado por triángulos, círculos y enmarcamiento



Yin-Yang: el símbolo chino de la polaridad rodeado por ocho trigramas (véase I-Ching) como imagen de la totalidad cósmica



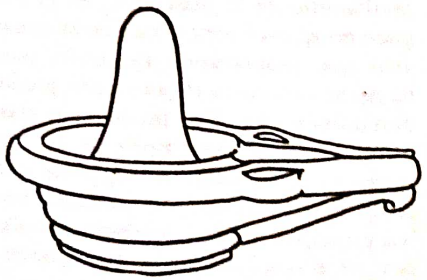
Yin-Yang: división de una ventana gótica («vejiga de pez») que recuerda el motivo asiático

un centro oscuro (también en forma circular) y en la parte yin un centro claro. Con ello quiere indicarse que no se trata de una pugna entre *luz* y oscuridad con pretendido predominio de uno de los dos principios, sino más bien de la expresión de buscar la totalidad complementaria del uno mediante el otro. En los diagramas del *I-Ching* el yin está simbolizado por una línea interrumpida y el yang por una línea entera. En antiguos santuarios en *cuevas* se muestran *piedras* de «yang» y de «yin», debiendo estar seca la primera y húmeda la segunda. En lluvias demasiado fuertes se despiertan a latigazos las fuerzas de la piedra yang, y durante la sequedad y el calor las fuerzas de la piedra yin, para que se produzca el armonioso equilibrio. Los números impares se consideran determinados por yang, y los pares se atribuyen a yin. En el uso del lenguaje japonés corresponde al sistema polar yin/yang el par de conceptos «in/yo».

Yoni, denominación india del órgano sexual femenino (seno *materno*). Es raramente demostrable la existencia de una representación aislada en forma de un triángulo (triángulo del pubis) con la punta señalando hacia abajo, en cambio aparece frecuentemente en el culto de Shiva, como expresión de complemento del símbolo del falo (*lingam*), un anillo que rodea el tronco de columna como referencia al *sistema dual* de los dos principios primarios, ya que sólo mediante la cooperación de ambos elementos pudo concebirse el desarrollo de la creación del mundo. Tales esculturas de lingam-yoni de piedra consisten casi siempre en un tronco de columna redondeado por arriba sobre la base de bultos anulares de base cuadrada. El símbolo de la *serpiente* Kundalini, de la energía vital, en combinación con representaciones del yoni, significa conocimiento que se eleva de la materia hacia relaciones superiores.

Yugo. La palabra se remonta a la raíz indogermánica yug, que significa «poner

Yoni: objeto ritual indio, vulva y lingam en forma estilizada



en su lugar» (de ahí también «yoga»). En el sentido positivo hace referencia a la buena disposición de ánimo, a renunciar al yo con espíritu de servicio y sin egoísmo para dedicarse a un fin que requiere una gran abnegación. En el sentido negativo, el símbolo de esta palabra designa la carga abrumadora de una servidumbre que hace a la persona igual al *buey*. El doblar la cerviz bajo el yugo se usa también como símbolo de humillación, por ejemplo, cuando los vencedores (los samnitas) hicieron pasar al ejército romano bajo el «Yugo caudínico» (Horcas caudinas, cerca de la ciudad de Caudium, en la Via Appia) en el año 321 a.C. En la Biblia, Dios coloca al pueblo desobediente (Deuteronomio 28, 48) «un yugo de hierro sobre la cerviz»; el profeta Jeremías (27, 2s), por mandato de Dios, se coloca simbólicamente cuerdas y maderos de yugo sobre el cuello como señal de sumisión bajo el dominio del *rey* Nabucodonosor de *Babilonia*, hasta que llegue el tiempo de su fin. En sentido figurado, se habla a menudo del yugo de la esclavitud o del «yugo matrimonial» o de «sacudirse el yugo de la servidumbre». La expresión de «yugo matrimonial» no debe entenderse en mal sentido, sino que puede ser una traducción del lat. «coniugium» (unión por parejas).

Z

Zafiro, *piedra preciosa* que por su color azulado se la relacionó simbólicamente con el *cielo* y con el «elemento aire». Antiguos libros sobre piedras preciosas («lapidarios» lo confunden a menudo con el lapislázuli y lo relacionan con el planeta *Venus*, mientras que por lo general se atribuye a *Saturno*: en indio se le llama «sanipriyam» (amado por Saturno) y «saurinata» (consagrado a Saturno). El naturalista medieval Lonicerus escribió que el zafiro vuelve «alegre, lozano y devoto» y fortalece el estado de ánimo dándole paz. La simbología tradicional lo relaciona con las virtudes celestiales castidad y amor a la verdad. También Alberto Magno (1193-1280) opinaba que el zafiro procura «paz y armonía» y hace al hombre «devoto y puro ante Dios». Un zafiro indio adorna la placa anterior de la *corona* imperial alemana. El alquimista Thurneysser escribió en 1583: «El zafiro es bueno contra la picadura de arañas y serpientes y fortalece la vista si con él se frota el lugar en que el hombre fue emponzoñado».

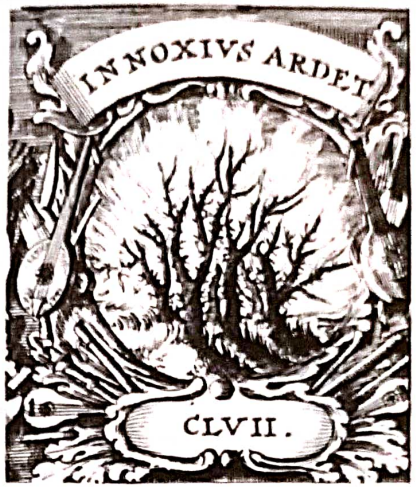
Zapatilla. Símbolo proverbial del dominio de la esposa sobre el marido, a quien irónicamente se suele denominar «héroe en zapatillas». Este *calzado* femenino es —quizá con un trasfondo erótico— su blasón en los sainetes masculinizantes y en las consejas populares frente a la prepotencia de la mujer. Al parecer, las sandalias fueron un distintivo de la *reina* lidia Onfala, a la que Hércules tuvo que prestar servicios de esclavo vestido de mujer.

En un grupo escultórico helenístico se ve a Afrodita amenazando con una zapatilla en la mano a un fauno lascivo.

En un sentido más estricto, se han ofrecido diversas explicaciones del valor simbólico de la zapatilla. Así, en algunas regiones de Austria existía la costumbre popular de que durante la celebración del matrimonio cada uno de los cónyuges trataba de pisar al otro; la parte «sometida» permanecería de por vida «bajo la zapatilla» (Innviertel). También pertenece a este contexto la costumbre, como señal de humilde sometimiento, de besar al papa la punta del pie, calzado con una zapatilla adornada con una *cruz*. En la baja Austria se llamaba «Simandl» (Sie-Mann, ella-hombre [?]) al marido sometido a su mujer, expresión que aparece ya documentada en el siglo XVI y que quedó inmortalizada en la crema o natillas de las «fuentes de Simandl».

De manera semejante, los relatos mitológicos sobre *amazonas* e imperios matriarcales de la Antigüedad recogen gran número de consejos contra la temida «ginecocracia» o «gobierno de las zapatillas».

Zarza. El simbolismo relacionado con un arbusto espinoso y su tipología viene determinado por el pasaje bíblico del libro del Éxodo (2, 3): «Y el ángel del Señor se le apareció en una llama de fuego desde la zarza. Y vio que la zarza ardía en el fuego y, sin embargo, no se consumía... entonces le llamó Dios desde la zarza»

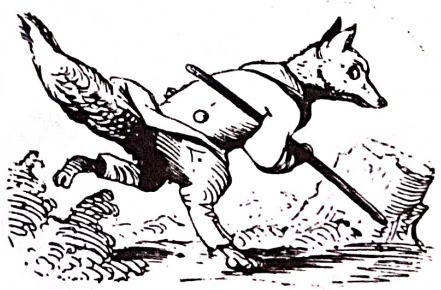


Zarza: permanece intacta en el fuego. J. Boschius, 1702

Zorro como ladrón de gansos. W. H. Barón de Hohberg, 1647

y le designó como guía de su pueblo. El fuego espiritual no quema, y santa María pudo ser *madre* y, no obstante, continuar siendo *virgen* inviolada. Por ello, unos retablos de los siglos XV y XVI muestran ocasionalmente a María con el niño Jesús en la zarza ardiente. Por lo demás, las ramas de zarza son primordialmente símbolos del sufrimiento de Jesucristo bajo la *corona* de espinas. Las espinas desempeñaban un papel en el antiguo México en terribles automortificaciones; así, por ejemplo, se hacían pasar por la lengua perforada unos cordones provistos de espinas (cuerdas de púas de ágave).

Zorro, en muchas tradiciones populares («Reineke»), el símbolo animal de la maligna astucia. El color rojizo de su piel recuerda el *fuego*, lo cual le incluye en el séquito del *diablo* (como también al lince e incluso a la *ardilla*). En la antigua Roma se le tenía por un demonio del fuego. En la fiesta de la diosa Ceres se perseguían por los descampados, zorros con teas encendidas en la cola para prevenir el incendio de los trigales. Como remedio contra el embrujamiento se clavaba en la puerta de la casa una *estrella* de mar embadurnada con *sangre* de zorro. Se consideraba a los zorros (lo mismo que en la antigua China) como animales particularmente lascivos, por lo cual se tenían por infalible filtro amoroso los testículos de zorro triturados y mezclados con *vino*, y un rabo de zorro, llevado en el brazo, debía resultar sexualmente excitante. Entre los germanos, el zorro era el animal simbólico del tramposo dios Loki (este papel de «tramposo» lo asume entre los indios norteamericanos el coyote). Un gran papel desempeñan los zorros como símbolos del erotismo y del arte de la seducción en el Asia oriental; en la antigua china predominaba la opinión de que los zorros (hu-li) podían vivir mil años y luego, dotados de *nueve* rabos, podían desarrollar especiales facultades para la seducción sensual. Ciertos espíritus cabalgan en zorros; las mujeres-zorras nunca se mudan los vestidos, pero éstos permanecen siem-



Zorro: ilustración de un libro infantil de F. Pocci, 1847

pre limpios. Son increíblemente seductoras, y con desenfrenadas exigencias eróticas pueden robar la energía vital a los hombres que han sucumbido a sus encantos.

En el antiguo Japón, los espíritus-zorros, que pueden transformarse en humanos —o sea, propiamente son «hombres zorros»—, se llaman koki-Teno. Con su arte de ofuscar los sentidos pueden extraviar y perder a las personas; en las leyendas japonesas desempeñan el papel de *brujas* (que, no obstante, pueden aparecer bajo otras figuras), y está ordenado quemarlos y esparcir en los *ríos* su *ceniza*. Sin embargo, el zorro no representa ningún papel consecuentemente negativo. Un zorro *blanco* es el animal que sirve de cabalgadura al dios del *arroz* Inari, y junto a los *torii* de sus santuarios hay a menudo figuras de zorro de madera o de piedra que llevan en el hocico un rollo sagrado escrito o la llave del paraíso. No es raro tampoco que el extremo de los rabos de zorro lleve el símbolo de la «joya de la buena suerte». Las *estrellas* fugaces reciben el nombre de «zorros celestes».

En general predominan los significados simbólicos negativos del zorro. En el cuadro de Durero «María con los numerosos animales» puede verse un zorro atado, evidentemente en recuerdo de sus asociaciones «diabólicas». Ocasionalmente, sin embargo, es también un atributo de santos, por ejemplo, de san Bonifacio y de san Genou, a pesar de que en el lenguaje bíblico encarna la astucia y la maldad. La valoración negativa de «Meister Reineke» (Maese Reineke) aparece expresada también en los «bestiarios» medievales, cuando se dice, por ejemplo, que es un animal astuto y engañoso. «Cuando tiene hambre y no encuentra nada para comer, se revuelca en tierra rojiza, de modo que parece manchado de sangre, se tumba en el suelo y retiene la respiración. Las aves ven que está allí (aparentemente) ensangrentado y con la lengua colgando fuera de su boca y creen que está muerto. Se posan sobre él y el zorro puede cogerlas y devorarlas. Así se comporta también el diablo: ante los vivos finge estar muerto, hasta que los tiene en sus fauces y se los traga» (Unterkircher). «El zorro en los escudos de armas o en las armas en general significa la inteligencia y la astucia, y aquellos que ostentan zorros en sus armas tienen con ellos en común el nombre y la acción.» (Böckler, 1688.)

Apéndice

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO SEGÚN GRUPOS DE MATERIAS

Por razones de espacio sólo podemos nombrar aquí publicaciones en forma de libro, pero no estudios monográficos en forma de artículos. Hemos renunciado a mencionar obras de siglos pasados en tanto que no existen en forma de reimpresiones y por ello pueden consultarse fácilmente en bibliotecas. Además de los trabajos citados en el texto mismo se mencionan también libros que orientan sobre la historia de la cultura en general y que —aunque no exclusivamente— pueden aportar información sobre los círculos de temas de simbología. Las obras con una bibliografía más extensa se han señalado con esta abreviatura (Bibl.)

Índice de los grupos de materias

1. Simbología, en general 494
2. Simbolismo desde el punto de vista de la psicología profunda . . . 495
3. Signos simbólicos gráfico-geométricos 495
4. Símbolos en el campo de la etnología 496
5. Simbolismo de los cuentos 497
6. Simbolismo de los colores y de los números 498
7. Símbolos alquímicos 498
8. Símbolos astrológicos 499
9. Simbología de la francmasonería 499
10. Símbolos heráldicos 500
11. Lugares y países simbólicos 500
12. Símbolos mágicos 501
13. Figuras simbólicas 501
14. Animales simbólicos y seres fabulosos 502
15. Símbolos vegetales y animales 503
16. El simbolismo en el uso del lenguaje 503
17. Simbología prehistórica 504
18. Antiguos símbolos egipcios y mesopotámicos 504
19. Los símbolos en las culturas mediterráneas de la Antigüedad . . . 505
20. Símbolos de las antiguas culturas del mundo fuera de la Antigüedad clásica 507
21. Símbolos cristianos 507
22. Simbología en la Edad Media 508
23. Simbología y emblemática de la Europa Moderna 509
24. Simbología juóstica judaica e islámica 510
25. Los símbolos en las culturas del Asia meridional y oriental 511
26. Simbología africana (África Negra) 512
27. Símbolos de la cultura precolombina del Nuevo Mundo 513

1. Teoría de los símbolos en general

BAILEY, H.: *The Lost Language of Symbolism*. Londres, 1968.
BECKER, G.: *Die Ursymbole in den Religionen*. Graz-Viena-Colonia, 1987 (Bibl.).
BÜHLER-OPPENHEIM, K.: *Zeichen, Marken, Zinken*. Teufen, 1971.
CASSIRER, E.: *Wesen und Wirkung des Symbolbegriffs*. Darmstadt, 1977.
CHEVALIER, J., y A. GHEERBRANT: *Dictionnaire des symboles*. París, 1969 (trad. cast.: *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1986).
CIRLOT, J. E.: *A Dictionary of Symbols*. Nueva York, 1962 (trad. cast.: *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1985).
COOPER, J. C.: *An illustrated Encyclopaedia of traditional Symbols*. Londres, 1978, (Bibl.).
DIETHELM, W.: *Signet, Signal, Symbol*. Zürich, 1970.
ECO, U.: *Zeichen. Einführung in einen Begriff und seine Gestchichte*. Francfort, 1977.
ELIADE, M.: *Ewige Bilder und Sinnbilder. Über die magisch-religiöse Symbolik*. Francfort, 1986.
FORSTNER, D.: *Die Welt der Symbole*.1961.
FRUTIGER, A. (H. HEIDERHOFF): *Zeichen, Symbole, Signete, Signale*. Echzell (trad. cast.: *Signos, símbolos, marcas, señales*, Barcelona, Gustavo Gili, ²1985).
Herder-Lexikon Symbole (A. Oesterreicher-Mollwo). Friburgo, 1978.
HIRSCHBERG, W. (comp.): *Neues Wörterbuch der Völkerkunde*, reed. por M. Fries. Berlín, 1988.
KESSLER, H.: *Das Offenbare Geheimnis. Das Symbol als Wegweiser*, etc. Friburgo, 1977.
KIRCHGÄSSNER, A.: *Die Welt als Symbol*. 1968.
LEHNER, E.: *Symbols, Signs, and Signets*. Nueva York, 1950.
LEWIS, J.: *Symbols and Sentiments. Cross-Cultural Studies in Symbolism*. Nueva York, 1977.
LURKER, M.: *Symbol, Mythos und Legende in der Kunst*. Studien zur deutschen Kunstgeschichte, 314, Berlín, 1958.
LURKER, M. (comp.): *Bibliographie zur Symbolik, Ikonographie und Mythologie*. Anuario desde 1967, (Bibl.).
LURKER, M. (comp.): *Wörterbuch der Symbolik*. Kröners Taschenausg. 464, Stuttgart, 1979.
LURKER, M. (comp.): *Beiträge zu Symbol, Symbolbegriff und Symbolforschung*. Baden-Baden, 1982.
LURKER, M.: *Lexikon der Götter und Dämonen*. Namen, Funktionen, Symbole/Atribute. Stuttgart, 1984, (Bibl.).
SCHLESINGER, M.: *Grundlagen und Geschichte des Symbols*. Berlín, 1930.
SCHWARZ-WINKLHOFER, I., y H. BIEDERMANN: *Das Buch der Zeichen und Symbole*. Graz, 1972 (Bibl.).

Symbolon, Jahrbuch für Symbolforschung. Basilea, 1960-1967 (I-VII), Colonia, 1969 y sigs.
WILLS, F. H.: *Schrift und Zeichen der Völker*. Düsseldorf-Viena, 1977.
WITTLICH, B.: *Symbole und Zeichen*. Bonn, 1965.

2. La simbología desde el punto de vista de la psicología profunda

AEPPLI, E.: *Der Traum und seine Deutung*. Zürich 1943, Nueva edición. Knaur-Esoterik, Munich, 1980.
JACOBY, J.: *Der Weg zur Individuation*. Zürich, 1965.
JUNG, C. G.: *Die Wirklichkeit der Seele*. Zürich, 1934.
JUNG, C. G.: *Mysterium Coniunctionis*. Zürich, 1955-1956.
JUNG, C. G. (comps. M. L. v. FRANZ y J. FREEMAN): *Der Mensch und seine Symbole*. Olten/Friburgo, 1981.
MACKENZIE, N.: *Dreams and Dreaming*. Londres, 1965 (trad. cast.: *Los sueños*, Barcelona, Luis de Caralt, 1969).
NEUMANN, E.: *Ursprungsgeschichte des Bewußtseins*. Zürich, 1949.
NEUMANN, E.: *Die Große Mutter. Eine Phänomenologie der weiblichen Gestaltungen des Unbewußten*. Olten/Friburgo, 1974 (Bibl.).
WEHR, G.: *C. G. Jung und Rudolf Steiner. Konfrontation und Synopse*. Stuttgart, 1972.
WEILER, G.: *Der enteignete Mythos*. Munich, 1985.

3. Símbolos gráficos-geométricos

BIEDERMANN, H.: *Bildsymbole der Vorzeit. Wege zur Sinndeutung der schriftlosen Kulturen*. Graz, 1977 (Bibl.).
BIEDERMANN, H.: *Wellenkreise. Tod und Wiedergeburt in den Ritzbildern des Megalithikums*. Hallein, 1977.
BLACHETTA, W.: *Das Sinnzeichen-Buch*. Francfort, 1956.
BONITO OLIVA, A.: *Labirinto*. Milán, 1979.
BORD, J.: *Mazes and Labyrinths of the World*. Londres, 1976.
DOBLHOFER, E.: *Zeichen und Wunder*. Viena, 1957.
EILMANN, R.: *Labyrinthos. Ein Beitrag zur Geschichte einer Vorstellung, etc*. Atenas, 1931.
KERN, H.: *Labirinti. Forme e interpretazioni, 5000 anni di presenza di un achetipo*. Milán, 1981.
KÜHN, H.: *Wenn Steine reden. Die Sprache der Felsbilder*. Wiesbaden, 1966.
LEHNER, E.: *Symbols, Signs, and Signets*. Nueva York, 1969.
LURKER, M.: *Der Kreis als Symbol im Denken, Glauben und künstlerischen Gestalten*. Tubinga, 1981.
MANDL, F.: *Felsritzbilder des östlichen Dachsteinplateaus*.Textos menores. Cuaderno 14. Trautenfels, 1988.
MÜLLER, W.: *Die heilige Stadt. Roma quadrata, himmlisches Jerusalem und die Mythe vom Weltnabel*. Stuttgart, 1961.

PÉQUART, M. y S., y Z. LE ROUZIC: *Corpus des signes gravées des monuments mégalithiques du Morbihan*. París, 1927.
SCHMIED-KOWARZIK, W.: *Frühe Sinnbilder des Kosmos*. Düsseldorf, 1974.
SCHWARZ-WINKLHOFER, I., y H. BIEDERMANN: *Das Buch der Zeichen und Symbole*. Graz, 1980.
STÖBER, O.: *Drudenfuß-Monographie*. Neydharting, 1981.
STUHLFAUTH, G.: *Das Dreieck. Die Geschichte eines religiösen Symbols*. Stuttgart, 1937.
WITTLICH, B.: *Symbole und Zeichen*. Bonn, 1965.

4. Los símbolos en el ámbito de la cultura popular

BÄCHTOLD-STÄUBLI, H., y E. HOFFMANN-KRAYER: *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*. Berlín y Leipzig, 1927-1942.
BEITL, K.: *Volksglaube. Zeugnisse religiöser Volkskunst*. Salzburgo, 1978. Nueva edición: Munich, 1983.
BRAUNECK, M.: *Religiöse Volkskunst*. Colonia, 1978 (Bibl.).
DUNDES, A.: *The evil eye. A folklore casebook*. Nueva York, 1981.
HANSMANN, L., y L. KRISS-RETTENBECK: *Amulett und Talisman. Erscheinungsform und Geschichte*. Munich, 1977 (Bibl.).
KNUF, S. y J.: *Amulette und Talismane. Symbole des magischen Alltags*. Colonia, 1984.
KRISS, R.: *Die Volkskunde der altbayrischen Gnadenstätten*. Munich, 1953.
KRISS-RETTENBECK, L.: *Bilder und Zeichen religiösen Volksglaubens*. Munich, 1963 (Bibl.).
LELAND, CHR. G.: *Aradia. Die Lehre der Hexen* (reelaborado por R. Tegtmeier). Munich, 1988.
LUKAN, K.: *Alpenwanderungen in die Vorzeit*. Viena, 1965.
LUKAN, K.: *Herrgottsitz und Teufelsbett. Wanderungen in die Vorzeit*. Viena y Munich, 1979.
MANDL, F.: *Felsritzbilder des östlichen Dachsteinplateaus*. Textos menores, cuaderno 14. Trautenfels, 1988.
MÜNSTERER, H. O.: *Amulettkreuze uns Kreuzamulette. Studien zur religiösen Volkskunde*. Regensburg, 1983.
NEMEC, H.: *Alpenländische Bauernkunst*. Viena, 1966.
NEMEC, H.: *Zauberzeichen. Magie im volkstümlichen Bereich*. Viena-Munich, 1976.
PFARL, P.: *Frühe Kultstätten in Österreich*. Graz, 1980.
SELIGMANN, S.: *Der böse Blick und Verwandtes. Ein Beitrag zur Geschichte des Aberglaubens*, etc. Berlín, 1910.
STÖBER, O.: *Drudenfuß-Monographie*. Neydharting, 1981.
VALENTINITSCH, H. (comp.): *Hexen und Zauberer. Die große Verfolgung, ein europäisches Phänomen in der Stmk*. Graz, 1987.
WOLLENIK, F.: *Abwehrhand und Drudenfuß. Felsbilder in Bayern*. Hallein, 1982.
WUTTKE, A.: *Der deutsche Volksaberglaube der Gegenwart*. Berlín, 1900.

5. Simbología del cuento

BIEDERMANN, H.: *Märchen von Hexen. Von der Phantasie der Märchen*. Viena y Munich, 1987.
BOLTE, J., y G. POLIVKA: *Anmerkungen zu den Kinder-und Hausmärchen der Brüder Grimm*. Reimpresión: Hildesheim, 1963.
Das Gesicht der Völker. Documentación sobre los cuentos, Kassel.
Die Märchen der Weltliteratur Düsseldorf y Colonia.
ELIADE, M.: *Myth and Reality*. Nueva York, 1963 (trad. cast.: *Mito y realidad*, Barcelona, Labor, ⁴1985).
FRAZER, J. G.: *Der goldene Zweig. Eine Studie über Magie und Religion*. Francfort, 1977 (trad. cast.: *La rama dorada*, Madrid, FCE, ⁸1981).
FROBENIUS, L.: *Atlantis. Volksdichtung und Volksmärchen Afrikas*. 12 vols. Jena 1921-1928.
GAZAK, V.: *Das Buch aus reinem Silber*. Düsseldorf, 1984.
GEHRTS, H., y G. LADEMANN-PRIEMER (comp.): *Schamanentum und Zaubermärchen*. Kassel, 1986.
GEIGER, R.: *Märchenkunde, Mensch und Schicksal im Spiegel der Grimmschen Märchen*. Stuttgart, 1982.
GRIMM, J. y W.: *Kinder-und Hausmärchen*. Comp. de H. Panzer. Wiesbaden (trad. cast.: *Cuentos de niños y del hogar*, Madrid, Anaya, 1985).
KARLINGER, F.: *Der abenteuerliche Glückstopf. Märchen des Barock*. Munich, 1965.
KARLINGER, F. (comp.): *Märchen per Welt, 5 Afrika und Ozeanien*. Munich, 1980.
LÖPELMANN, M.: *Erinn. Keltische Sagen aus Irland*. Düsseldorf, 1977.
Märchen der Antike. Comp. de E. Ackermann. Francfort, 1981.
NITSCHKE, A.: *Soziale Ordnungen im Spiegel der Märchen*. Stuttgart-Bad Cannstatt 1976-1977.
NITSCHKE, A.: *Symbolforschung und Märchenforschung*, en: LURKER, M. (comp.), *Beiträge zu Symbol, Symbolforschung und Symbolbegriff*. Baden-Baden, 1982.
PAETOW, K.: *Volkssagen und Märchen um Frau Holle*. Hannover, 1962.
RIEDEL, I.: *Tabu im Märchen. Die Rache der eingesperrten Kultur*. Olten/Friburgo, 1985.
RINNE, O. (comp.): *Wie Aua den Geistern geweiht wurde. Geschichten, Märchen und Mythen der Schamanen*. Darmstadt, 1983.
SPIEß, K. v., y E. MUDRAK (aparecido como anónimo): *Hundert Volksmärchen*. Viena, 1947.
STAMER, B. (comp.): *Dornröschen und Rosenbey. Motivgleiche Märchen*. Francfort, 1985.
WIPPEL, I.: *Schabbock, Trud und Wilde Jagd. Sagen aus dem weststeirischen Grenzland*. Graz, 1986.
WOLFF, K. F.: *Dolomitensagen. Sagen und Überlieferungen, Märchen und Erzählungen*. Innsbruck, 1981.

6. Simbología de los colores y de los números

Bischoff, E.: *Die Mystik und Magie der Zahlen*. Berlín, 1920.
Bosman, L.: *The Meaning and Philosophy of Numbers*. Londres, 1932.
Dornseiff, E.: *Das Alphabet in Mystik und Magie*. Leipzig-Berlín, 1925. Reimpresión: Leipzig, 1980.
Endres, C.: *Mystik und Magie der Zahlen*. Zürich, 1951.
Filmer, W. E.: *God Counts. A Study in Bible Numbers*. Croydon, 1947.
Friesenhahn, P.: *Hellenistische Wortzahlenmystik im Neuen Testament*. Leipzig, 1935.
Heller, A.: *Biblische Zahlensymbolik*. Reutlingen, 1936.
Ifrah, G.: *Universalgeschichte der Zahlen*. Francfort, 1986.
Koestler, A.: *Die Nachtwandler. Das Bild des Universums im Wandel der Zeit*. Wiesbaden, 1963 (trad. cast.: *Los sonámbulos*, Barcelona, Salvat, 1986, 2 vols.).
Lauffer, O.: *Farbsymbolik*. Hamburgo, 1949.
Menninger, K.: *Zahlwort und Ziffer*. Gotinga, 1957.
Portal, P. P. F.: *Des couleurs symboliques*. París, 1837.
Riemschneider, M.: *Von Null bis Tausendeins. Das Geheimnis der numinosen Zahl.*. Munich, 1966.
Roscher, W. H.: *Die Sieben-und Neunzahl im Kultus und Mythus der Griechen*. Leipzig, 1904.
Schneider, E.: *Von der Null zur Unendlichkeit*. Dreieich, 1987.
Tegtmeier, R.: *Der heilende Regenbogen. Sinnvolle Spiele, Experimente und Meditationen*, etc. Haldenwang, 1985.
Weinreb, F.: *Zahl, Zeichen, Wort. Das symbolische Universum der Bibelsprache*. Reinbek, 1978.

7. Símbolos alquímicos

Biedermann, H.: *Materia Prima. Eine Bildersammlung zur Ideengeschichte der Alchemie*. Graz, 1973 (Bibl.).
Burckhardt, T.: *Alchemie-Sinn und Weltbild*. Olten, 1960.
Canseliet, E.: *Alchimie*. París, 1967.
Cockren, A.: *Alchemy rediscovered and restored*. Londres, 1956.
Eliade, M.: *Schmiede und Alchemisten*. Stuttgart, 1960 (trad. cast.: *Herreros y alquimistas*. Madrid, Alianza, 1986).
Gessmann, C. W.: *Die Geheimsymbole der Alchymie*. Graz, 1899, Viena, 1922. Reimpresión: Ulm, 1960.
Hartlaub, G. F.: *Der Stein der Weisen. Wesen und Bilderwelt der Alchemie*. Munich, 1959 (Bibl.).
Jung, C. G.: *Psychologie und Alchemie*. Zürich, 1943.
Jung, C. G.: *Studien über alchemistische Vorstellungen* (= Obras completas, vol. 13). Olten y Friburgo, 1978.
Ploss, E. E., H. Rosen-Runge, H. Schipperges, H. Buntz: *Alchimia. Ideologie und Technologie*. Munich, 1970 (Bibl.).
Schneider, W.: *Lexikon alchemistisch-pharmazeutischer Symbole*. Weinheim, 1962.

Schwarz-Winklhofer, I., y H. Biedermann: *Das Buch der Zeichen und Symbole*. Graz, 1972.
Van Lennep, J.: *Art et Alchimie. Étude de l'Iconographie Hermétique, etc.* París-Bruselas, 1966 (Bibl.).

8. Símbolos astrológicos

Becker, U.: *Lexikon der Astrologie. Astrologie, Astronomie, Kosmologie*. Friburgo, 1981 (Bibl.).
Blecker, C., y M. Loewe: *Weltformeln der Frühzeit*. Düsseldorf-Colonia, 1977.
Boll, F., C. Bezold y W. Gundel: *Sternglaube und Sterndeutung*. Stuttgart, 1977.
Gressmann, H.: *Die hellenistische Gestirnreligion*. Leipzig, 1925.
Gundel, H. G.: *Sternglaube, Sternreligion und Sternorakel*. Leipzig, 1933.
Henseling, R.: *Werden und Wesen der Astrologie*. Stuttgart, 1924.
Knappich, W.: *Geschichte der Astrologie*. Francfort, 1967.
Peuckert, W. E.: *Astrologie*. Stuttgart, 1960 (Bibl.).
Rosenberg, A.: *Zeichen am Himmel*. Zürich, 1949.
Schavernoch, H.: *Die Harmonie der Sphären. Die Geschichte der Idee des Welteinklangs*, Friburgo, 1981.
Schwabe, J.: *Archetyp und Tierkreis*. Basilea, 1951.
Strauß, H. A.: *Der astrologische Gedanke in der deutschen Vergangenheit*. Berlín y Munich, 1926.
Zinner, E.: *Sternglaube und Sternforschung*. Friburgo-Munich, 1953. Nueva edición: *Die Sterne und der Mensch*. Munich, 1959.

9. Simbología de la francmasonería

Biedermann, H.: *Das verlorene Meisterwort. Bausteine zu einer Kultur-und Geistesgeschichte des Freimaurertums*. Viena, 1986, Munich, 1987 (Bibl.).
Bolle, F. (comp.): *Der Signatstern*. Stuttgart, 1866. Nueva edición: Friburgo, 1979.
Frick, K. R. H.: *Die Erleuchteten*. Graz, 1973.
Frick, K. R. H.: *Licht und Finsternis I, II*. Graz, 1975, 1978 (Bibl.).
Horneffer, A.: *Symbolik der Mysterienbünde*. Reimpresión: Schwarzenburg, 1979.
Kessler, H.: *Das offenbare Geheimnis. Das Symbol als Wegweiser*. Friburgo, 1977.
Lennhoff, E., y O. Posner: *Internationales Freimaurer-Lexikon*. Viena, 1932. Reimpresión Munich.
Lindner, E. J.: *Die Königliche Kunst im Bild. Ikonographie der Freimaurerei*. Graz, 1976.
Naudon, P.: *Geschichte der Freimaurerei*.
Oberheide, J.: *Logengläser*. Graz, 1983.
Reinalter, H. (comp.): *Freimaurer und Geheimbünde im 18.* Jahrhundert. Francfort, 1983.
Wolfstieg, A.: *Freimaurerische Arbeit und Symbolik*. Berlín, 1922.

10. Símbolos heráldicos

Biehn, H.: *Alle Kronen dieser Welt*. Munich, 1974.
Böckler, G. A.: *Ars Heraldica. Das ist: Hoch-edle Teutsche Adels-Kunst*. Nuremberg, 1688. Reimpresión Graz, 1971.
Hefner, O. T. v.: *Handbuch der theoretischen und praktischen Heraldik*. Munich, 1861.
Hußmann, H.: *Deutsche Wappenkunst*. Leipzig.
Leonhard, W.: *Das große Buch der Wappenkunst*. Munich, 1976.
Neubecker, O.: *Wappenkunde*. Munich, 1980.
Oswald, G.: *Lexikon der Heraldik*. Mannheim, 1984 (Leipzig, 1985).

11. Lugares y países símbolicos

Biedermann, H.: *Wunderwesen-Wunderwelten. Die Erlebbarkeit des Irrealen*. Graz, 1980.
Biedermann, H.: *St. Brandanus, der irische Odysseus*. Graz, 1980.
Biedermann, H.: *Die versunkenen Länder. Die Atlantis-Frage, etc.*, Graz, 1978.
Dahl, J. (comp.): *Reisen nach Nirgendwo. Ein geographisches Lügengarn*. Düsseldorf, 1965.
Graf, A.: *Miti, leggende e superstizioni del medio evo*. Turín, 1925.
Hennig, R.: *Von rätselhaften Ländern. Versunkene Stätten der Geschichte*. Munich, 1925.
Hennig, R.: *Terrae Incognitae. Eine Zusammenstellung und krit. Bewertung der wichtigsten vorcolumbischen Entdeckungsreisen*. Nueva edición: Leiden, 1944 y sigs.
Hennig, R.: *Wo lag das Paradies?* Berlín, 1950.
Huber, P.: *Die Kunstschätze der heiligen Berge*. Sinai-Athos-Golgotha. Zürich, 1982.
Lesky, A.: *Thalatta-der Griechen Weg zum Meer*. Viena, 1947.
Müller, W.: *Die heilige Stadt. Roma quadrata, himmlisches Jerusalem und die Mythe vom Weltnabel*. Stuttgart, 1961 (Bibl.).
Nansen, F.: *Nebelheim. Entdeckung und Erforschung der nördlichen Länder und Meere*. Leipzig, 1911.
Radermacher, L.: *Das Jenseits im Mythus der Hellenen*. Berlín, 1903.
Schmidt, K. L.: *Jerusalem als Urbild und Abbild*. Eranos-JB. 18, 1950.
Stange, A.: *Basiliken, Kuppelkirchen, Kathedralen. Das himmlische Jerusalem, etc.* Ratisbona, 1964.
Thevenin, R.: *Les pays légendaires*. París, 1966.
Wipf, K. A.: *Wanderer in der Nacht. Religionsgeschichtliche Interpretationen zu altamerikanischen Chroniken*. Hallein, 1980.
Wuttke, H.: *Über Erdkunde und Karten des Mittelalters*. Leipzig, 1853.

12. Símbolos mágicos

Bächtold-Stäubli, H.: *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*. Berlín, 1927-1942 (Bibl.).
Biedermann, H.: *Handlexikon der magischen Künste von der Spätantike bis ins 19.* Jahrhundert. 2 vols. Graz, 1986 (Bibl.).
Blau, L.: *Das altjüdische Zauberwesen*. Budapest, 1898. Reimpresión: Graz, 1974.
Burland, C. A.: *The Magical Arts. A Short History*. Londres, 1966.
Cavendish, R.: *The Black Arts*, Londres, 1967. Dt.: Die schwarze Magie. Francfort, 1969.
Cavendish, R. (comp.): *Man, Myth and Magic. An illustrated Encyclopaedia of Supernatural*. Londres, 1970-1971.
Danzel, T. W.: *Magie und Geheimwissenschaft in ihrer Bedeutung für Kultur und Kulturgeschichte*. Stuttgart, 1924.
Drury, N.: *Lexikon esoterischen Wissens*. Munich, 1988.
Golowin, S.: *Die Welt des Tarot. Geheimnis und Lehre, etc.* Basilea, 1985.
Golowin, S.: *Edelsteine, Kristallpforten der Seele*. Friburgo, 1986.
Hansmann, L., y L. Kriss-Rettenbeck: *Amulett und Talisman Erscheinungsform und Geschichte*. Munich, 1966 (Bibl.).
Kiesewetter, K.: *Die Geheimwissenschaften*. Leipzig, 1895. Reimpresión: Schwarzenburg, 1977.
Miers, H. E.: *Lexikon des Geheimwissens*. Munich, 1986.
Nemec, R.: *Zauberzeichen. Magie im volkstümlichen Bereich*. Viena-Munich, 1976.
Nichols, S.: *Die Psychologie des Tarot*. Interlaken, 1984.
Petzoldt, L. (comp.): *Magie und Religion. Beiträge zu einer Theorie der Magie. Wege der Forschung 337*. Darmstadt, 1978.
Peuckert, W. E.: *Pansophie. Ein Versuch zur Geschichte der schwarzen und weißen Magie*. Berlín, 1956.
Scholem, G.: *Die Kabbala und ihre Symbolik*. Zürich, 1960.

13. Figuras simbólicas

Ashe, G.: *König Arthur. Die Entdeckung von Avalon*. Munich, 1987.
Avé-Lallemant, F. Ch. B.: *Das deutsche Gaunertum in seiner sozialpolitischen, literarischen und linguistischen Ausbildung, etc.* Leipzig, 1862. Reimpresión: Wiesbaden.
Bässler, F.: *Sagen aus der Geschichte des deutschen Volkes*. Berlín, 1855.
Bauer, W., e I. Dümotz: *Symbolhafte Persönlichkeiten der Geschichte*. En: Bauer, Dümotz, Golowin, Röttgen: *Bildlexikon der Symbole*. Munich, 1980.
Frenken, G.: *Wunder und Taten der Heiligen*. Munich, 1925.
Lucie-Smith, E.: *Johanna von Orléans*. Munich, 1987.
Petzoldt, L. (comp.): *Historische Sagen I (Fahrten, Abenteuer und merkwürdige Begebenheiten)*. Munich, 1976.
Petzoldt, L. (comp.): *Historische Sagen II (Ritter, Räuber und geistliche Herren)*. Munich, 1977.

RÖHRICH, L.: *Erzählungen des späten Mittelalters und ihr Weiterleben*. Berna y Munich, 1962-1967.
ROSENFELD, H. F.: *Der hl. Christophorus. Seine Verehrung und seine Legende*. Leipzig, 1937.
ZEHNDER, L.: *Volkskundliches in der älteren schweizerischen Chronistik*. Basilea-Bonn, 1976.

14. Animales simbólicos y seres fabulosos

ABEL, O.: *Vorzeitliche Tierreste im deutschen Mythus, Brauchtum und Volksglauben*. Jena, 1939.
BAUER, W. (comp.): *Rabengeschrei. Von Raben, Rillen, Runen und Recken*. Berlín, 1987.
BEER, R. R.: *Einhorn, Fabelwelt und Wirklichkeit*. 1972.
BEIDERBECK, R., y B. KNOOP: *Buchers Bestiarium*. Lucerna, 1978.
BERNHEIMER, R.: *Wild Men in the Middle Ages*. Cambridge/Mass, 1952.
BLANKENBURG, W. v.: *Heilige und symbolische Tiere. Die Symbolsprache der deutschen Ornamentik im frühen Mittelalter*. Colonia, 1975.
BÖLSCHE, W.: *Drachen. Sage und Naturwissenschaft*. Stuttgart, 1929.
BORGES, L.: *Einhorn, Sphinx und Salamander. Ein Handbuch der phantastischen Zoologie*. Munich, 1964.
CLAIR, C.: *Unnatürliche Geschichten. Ein Bestiarium*. Zürich, 1969.
DACQUÉ, E.: *Urwelt, Sage und Menschheit*. Munich-Berlín, 1938.
DANZEL, TH. W.: *Symbole, Dämonen und heilige Tiere*. Hamburgo, 1930.
EGLI, H.: *Das Schlangensymbol. Geschichte, Märchen, Mythos*. Friburgo, 1982.
FINDEISEN, H.: *Das Tier als Gott, Dämon und Ahne*. Stuttgart, 1956.
Gesner, K., y E. TOPSELL: *Curious Woodcuts of Fanciful and Real Beasts*. Dover, Nueva York, 1971.
GIRKON, P.: *Das Bild des Tieres im Mittelalter*. Studium generale 4, 1967.
HEICHELHEIM, F. M., y TH. ELLIOT: *Das Tier in der Vorstellungswelt der Griechen*. Studium generale 20, 1967.
LEY, W.: *Drachen, Riesen, Rätseltiere*. Stuttgart, 1956.
LURKER, M.: *Adler und Schlange. Tiersymbolik im Glauben und Weltbild der Völker*. Tubinga, 1983 (Bibl.).
MARZELL, H.: *Die Tiere in deutschen Pflanzennamen*. Heidelberg, 1913.
MODE, H.: *Fabeltiere und Dämonen. Die phantastische Welt der Mischwesen*. Leipzig, 1977 (Bibl.).
MUNDKUR, B.: *The Cult of the Serpent*. Albany/N.Y. 1983 (Bibl.).
ROBINSON, M. W.: *Fictitious Beasts*. Londres, 1961.
RÖHL, A.: *Geflügelte über uns. Der Vogel in Mythos und Geschichte*. Stuttgart, 1975.
SCHADE, H.: *Das Tier in der mittelalterlichen Kunst*. Studium generale 4, 1967.
SEEL, O.: *Der Physiologus, übertragen und erläutert. Lebendige Antike*. Zürich-Stuttgart, 1960.
v. d. Steinen, W.: *Altchristlich-mittelalterliche Tiersymbolik*, en: Symbolon vol. 4, Basilea, 1964.

STEMPLINGER, E.: *Antiker Volksglaube*. Stuttgart, 1948.
TREU, U.: *Physiologus. Naturkunde in frühchristlicher Deutung*. Hanau, 1981.
UNTERKIRCHER, F.: *Tiere, Glaube, Aberglaube. Die schönsten Miniaturen aus dem Bestiarium*. Graz, 1986.
WENDT, H.: *Auf Noahs Spuren. Die Entdeckung der Tiere*. 1956 (trad. cast.: *El descubrimiento de los animales*, Barcelona, Planeta, 1982).
WHITE, T. H.: *The Book of Beasts. A Translation from a Latin Bestiary of the 12th Century*. Nueva York, 1954.

15. Símbolos vegetales y animales

BIEDERMANN, H.: *Medicina magica. Metaphysische Heilmethoden in spätantiken und mittelalterlichen Handschriften*. Graz, 1978.
ENGEL, F. M.: *Zauberpflanzen-Pflanzenzauber*. Hannover, 1978.
GESSMANN, G. W.: *Die Pflanzen im Zauberglauben. Ein Katechismus der Zauberbotanik*. Berlín, 1899. Reimpresión: La Haya.
GOLOWIN, S.: *Edelsteine, Kristalpforten zur Steele*. Friburgo, 1986.
HILDEGARD VON BINGEN: *Heilkunde (Causae et Curae)*. Salzburgo, 1957.
HILDEGARD VON BINGEN: *Naturkunde (Physica)*. Salzburgo, 1974.
HOVORKA, O. v., y A. KRONFELD: *Vergleichende Volksmedizin*. Stuttgart, 1908-1909.
LEHANE, B.: *The Power of Plants. Maidenhead, 1977*.
MARZELL, H.: *Die heimische Pflanzenwelt in Volksbrauch und Volksglauben*. Leipzig, 1922.
MARZELL, H.: *Wörterbuch der deutschen Pflanzennamen*. Leipzig, 1937 y sigs.
MARZELL, H.: *Geschichte und Volkskunde der deutschen Heilpflanzen*. Stuttgart, 1938.
MAZAL, O.: *Pflanzen, Wurzeln, Säfte, Samen*. Graz, 1981.
MAZAL, O.: *Der Baum. Ein Symbol des Lebens in der Buchmalerei*. Graz, 1988.
RÄTSCH, CH.: *Lexikon der Zauberpflanzen aus ethnologischer Sicht*. Graz, 1988 (Bibl.).
RIVOLIER, C., ET AL.: *Geheimnisse und Heilkräfte der Pflanzen*. Zürich-Stuttgart-Viena, 1980.
SCHMIDT, PH.: *Edelsteine, ihr Wesen und Wert*. Bonn, 1948.
SCHÖPF, H.: *Zauberkräuter*. Graz, 1986.
SCHULTES, R. E., y A. HOFMANN: *Pflanzen der Götter. Die magischen Kräfte der Rausch- und Giftgewächse*. Berna, 1980.
THOMSON, W. A. R. (comp.): *Heilpflanzen und ihre Kräfte*. Berna, 1980.

16. El simbolismo en el uso del lenguaje

BISCHOFF, E.: *Wörterbuch der wichtigsten Geheim-und Berufssprachen*. Leipzig, 1916.
BORCHARDT, W., G. WUSTMANN y G. SCHOPPE: *Die sprichwörtlichen Redensarten im deutschen Volksmund*. Leipzig, 1925.
DORNSEIFF, F.: *Der deutsche Wortschatz nach Sachgruppen*. Berlín, 1959.
Duden-Etymologie. Herkunftswörterbuch der deutschen Sprache, reelaborado por G. DROSDOWSKI, P. GREBE y otros. Mannheim, 1963.

Göhring, L.: *Volkstümliche Redensarten und Ausdrücke*. Munich, 1937.
Krack, K. E.: *Redensarten unter die Lupe genommen*. Berlín, 1961.
Röhrich, L.: *Lexikon der sprichwörtlichen Redensarten*. Friburgo, 1973.

17. Simbología prehistórica

Biedermann, H.: *Das europäische Megalithikum*. En: Ullstein-Kunstgeschichte IV. Francfort, 1963.
Biedermann, H.: *Bildsymbole der Vorzeit. Wege zur Sinndeutung der schriftlosen Kulturen*. Graz, 1977.
Biedermann, H.: *Lexikon der Felsbildkunst*. Graz, 1976 (Bibl.).
Biedermann, H.: *Die Spur der Alt-Kanarier. Eine Einführung in die Altvölkerkunde der Kanarischen Inseln*. Hallein, 1983.
Biedermann, H.: *Höhlenkunst der Eiszeit*. Colonia, 1984 (Bibl.).
Biedermann, H.: *Wellenkreise. Tod und Wiedergeburt in den Ritzbildern des Megalithikums*. Hallein, 1977.
Biedermann, H.: *Die großen Mütter. Die schöpferische Rolle der Frau in der Menschheitsgeschichte*. Berna, 1987.
Casteret, N.: *Secrets et merveilles des mondes souterrains*. París, 1966.
Gimbutas, M.: *The Gods and Goddesses of Old Europe*. Londres, 1974.
Jelínek, J.: *Das große Bilderlexikon des Menschen der Vorzeit*. Praga, 1972.
Kühn, H.: *Die Felsbilder Europas*. Stuttgart-Berlín-Colonia, 1971 (Bibl.).
Kšica, M.: *Vyprawy za prawekym umenim. Expeditionen zur Kunst der Vorzeit*. Bratislava, 1984.
Leroi-Gourhan, A.: *Höhlenkunst in Frankreich*. Berg.-Gladbach, 1981.
Müller-Karpe, H.: *Geschichte der Steinzeit*. Munich, 1976.
Narr, K. J.: *Urgeschichte der Kultur*. Stuttgart, 1961.
Narr, K. J.: *Handbuch der Urgeschichte*, vol. 1. Berna-Munich, 1966.
Narr, K. J.: *Zum Sinngehalt eiszeitlicher Höhlenbilder*. En: Symbolon NF 2, Colonia, 1974.
O'Kelly, M.: *Newgrange. Archaeology, art and legend*. Londres, 1982.
Pauli, L.: *Die Alpen in Frühzeit und Mittelalter*. Munich, 1980.
Sieveking, A.: *The Cave Artists*. Londres, 1979.
Twohig, F. Shee: *The Megalithic Art of Western Europe*. Oxford, 1981.

18. Antiguos símbolos egipcios y mesopotámicos

Aldred, C.: *Ägypten*. Colonia, 1962 (trad. cast.: *Los egipcios*, Barcelona, Orbis, 1986).
Beltz, W.: *Die Mythen der Ägypter*. Munich, 1982.
Beltz, W.: *Die Schiffe der Götter. Ägyptische Mythologie*. Berlín, 1987.
Brunner-Traut, E.: *Altägyptische Literatur*. En: Altorientalische Literaturen. Comp. W. Röllig.
Casson, L.: *The Pharaos. Treasures of the World*. Chicago, 1982.

Champdor, A.: *Das ägyptische Totenbuch und seine Deutung*. M. Lurker. Berna, 1977 (trad. cast.: *El libro egipcio de los muertos*, Madrid, EDAF, 1982).
Clarus, I.: *Du stirbst, damit du lebst. Die Mythologie der alten Ägypter in tiefenpsychologischer Sicht*. Fellbach, 1979.
Dondelinger, E.: *Der Jenseitsweg der Nofretari. Bilder aus dem Grab einer ägyptischen Königin*. Graz, 1973.
Dondelinger, E.: *Das Totenbuch des Schreibers Ani*. Graz, 1987.
Frankfort, H.: *Frühlicht des Geistes*. Stuttgart, 1954.
Goyon, G.: *Die Cheops-Pyramide. Geschichte und Geheimnis*. Herrsching, 1979.
Hass, V.: *Hethitische Berggötter und hurritische Steindämonen*. Mainz, 1982.
Hornung, E.: *Der Eine und die Vielen. Ägyptische Gottesvorstellungen*. Darmstadt, 1971.
Jenkins, N.: *Das Schiff in der Wüste. Ägypten zur Zeit König Cheops*. Francfort, 1980.
Jirku, A.: *Von Jerusalem nach Ugarit. Gesammelte Schriften*. Graz, 1966.
Kell, O.: *Die Welt der altorientalischen Bildsymbolik und das Alte Testament*. Zürich-Einsiedeln-Colonia, 1972 (Bibl.).
Kees, H.: *Der Götterglaube im Alten Ägypten*. Berlín, 1977, Darmstadt, 1980.
Lurker, M.: *Götter und Symbole der alten Ägypter*. 4. Berna, 1987.
Moortgat, A.: *Vorderasien im Altertum*. Munich, 1962.
Moortgat, A.: *Die Kunst des alten Mesopotamien*. Colonia, 1967.
Moscati, S.: *Die altsemitischen Kulturen*. Stuttgart, 1961 (trad. cast.: *Las antiguas civilizaciones semíticas*, Barcelona, Garriga, 1960).
Naville, E.: *Das ägyptische Totenbuch der XVIII. bis XX. Dynastie, Einleitung*. Berlín, 1886, Reprint Graz, 1971.
Parrot, A.: *Sumer*. Munich, 1962 (trad. cast.: *Sumer*, Madrid, Aguilar, '1981).
Posener, G., et. al.: *Lexikon der ägyptischen Kultur*. Wiesbaden.
Roeder, G.: *Zauberei und Jenseitsglaube im alten Ägypten*. Zürich-Stuttgart, 1961.
Samson, J.: *Amarna, City of Akhenaten and Nefertiti*. Londres, 1972.
Schmökel, K.: *Das Land Sumer*. Stuttgart, 1962.
Schüssler, K.: *Die ägyptischen Pyramiden. Erforschung, Baugeschichte und Bedeutung*. Colonia, 1983 (Bibl.).
Sethe, K.: *Urgeschichte und älteste Religion der Ägypter*. Leipzig, 1930.
Wildung, D., y G. Grimm: *Götter-Pharaonen. Ausstellungskat. Haus der Kunst*, Munich, 1978.
Woolley, L.: *Excavations at Ur*. Londres, 1954.
Woolley, L.: *Mesopotamien und Vorderasien*. Baden-Baden, 1962.

19. Los símbolos en las culturas mediterráneas de la Antigüedad

Bachofen, J. J.:*Mutterrecht und Urreligion*. Comp. R. Marx. Leipzig.
Bloch, R.: *Die Etrusker*. Munich, 1977 (trad. cast.: *Los etruscos*, Barcelona, Juventud, 1973).
Bradford, E.: *Reisen mit Homer. Küsten, Inseln und Meere der Odyssee*. Berg.-Gladbach, 1978.
Brown, P.: *Welten im Aufbruch. Die Zeit der Spätantike etc*. Berg.-Gladbach, 1980.

DANIEL, G. (comp.) y J. REHORK (comp.): *Lübbes Enzyklopädie der Archäologie*. Berg.-Gladbach, 1980.
Der kleine Pauly. Lexikon der Antike in 5 Bänden. Munich, 1979.
Erzählungen der Antike. Comp. de H. GASSE y J. WERNER, BRISFELDEN-BASILEA.
FINLEY, M. I.: *Die Welt des Odysseus*. Munich, 1979 (trad. cast.: *El mundo de Odiseo*, Madrid, FCE, 1980).
FLACELIÈRE, R.: *Griechenland. Leben und Kultur in klassischer Zeit*. Stuttgart, 1977 (Bibl.).
FLASHAR, H. (comp.): *Antike Medizin. Wege der Forschung CCXXI*. Darmstadt, 1971.
Griechische Sagen. Apollodoros, Parthenios, Antonius Liberalis, Hyginus. Zürich-Stuttgart, 1973.
HERODOTO: *Historien. Comp. de H. W. Haussig, Vorwort W. F. Otto. Kröners Taschenausg.* Vol. 224. Stuttgart, 1971 (trad. cast.: *Historias*, Madrid, Gredos, 1984).
HEURGON, J.: *Die Etrusker*. Stuttgart, 1981.
HUNGER, H.: *Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*. Reinbek, 1974.
IRMSCHER, J. (comp.): *Lexikon der Antike*. Leipzig, 1985. Nueva edición: Bindlach, 1986.
KERÉNYI, K.: *Die Mythologie der Griechen*, 2, vols. Munich, 1977.
KERÉNYI, K.: *Humanistische Seelenforschung (Ges. Studien)*. Dießen, 1978.
MELAS, E.: *Tempel und Stätten der Götter Griechenlands*. Colonia, 1977.
MURRAY, O.: *Das frühe Griechenland*. Munich, 1982 (trad. cast.: *Grecia arcaica*, Madrid, Taurus, '1986).
OGILVIE, R. M.: *Das frühe Rom und die Etrusker*. Munich, 1983 (trad. cast.: *Roma antigua* y *los etruscos*, Madrid, Taurus, 1982).
PETERICH, E., y P. GRIMAL: *Götter und Helden. Die klassichen Mythen und Sagen der Griechen, Römer und Germanen*. Munich, 1978.
PFIFFIG, A. J.: *Religio Etrusca*. Graz, 1975.
PICARD, G.: *Rom*. Munich, 1978 (trad. cast.: *Roma*, Barcelona, Juventud, 1979).
PLATON, N.: *Kreta*. Munich, 1977 (trad. cast.: *Creta*, Barcelona, Juventud, 1974).
PLUTARCO: *Über Gott und Vorsehung, Dämonen und Weissagung*. Zürich-Stuttgart, 1952.
POMEROY, S. B.: *Frauenleben im klassischen Altertum. Kröners Taschenausg.* 461, Stuttgart, 1985.
RANKE-GRAVES, R. v.: *Griechische Mythologie, Quellen und Deutung*. Reinbek, 1965.
REDEN, S. v.: *Die Etrusker*. Berg.-Gladbach, 1987.
ROBERTSON, M.: *Griechische Malerei*. Genf, 1959.
ROHDE, E.: *Psyche. Seelenkult und Unsterblichkeitsglaude der Griechen*. Comp. de H. Eckstein. Leipzig (trad. cast.: *Psiqué*, Barcelona, Labor, 1973).
SCHADEWALDT, W.: *Griechische Sternsagen*. Munich, 1970.
SCHEFFER, TH. v.: Hellenische Mysterien und Orakel. Stuttgart, 1948.
STUMPFE, O.: *Die Heroen Griechenlands. Einübung des Denkens von Theseus bis Odysseus*. Münster, 1978.
TRIPP, E.: *Reclams Lexikon der antiken Mythologie*. Stuttgart, 1975.
Tusculum-Lexikon griechischer und lateinischer Autoren. Reelaborado por W. BUCHWALD, A. HOHLWEG y O. PRINZ. REINBEK, 1974.
WALBANK, F. K.: *Die hellenistische Welt*. Munich, 1983.

20. Símbolos de las culturas del mundo antiguo exceptuando el clásico

BARAMKI, D.: *Die Phönizier*. Stuttgart, 1965.
BIEDERMANN, H.: *Die versunkenen Länder. Die Atlantis-Frage etc*. Graz, 1978.
BIEDERMANN, H.: *Die Spur der Alt-Kanarier. Eine Einführung in die Altvölkerkunde der Kanarischen Inseln*. Hallein, 1983.
CHARRIÈRE, G.: *Die Kunst der Skythen*. Colonia, 1974.
COURTOIS, CH.: *Les Vandales et l'Afrique*. París, 1955.
CUNLIFFE, B.: *Die Kelten und ihre Geschichte. Übers. v. I. Lebe*. Berg.-Gladbach, 1980.
DEROLEZ, R.: *Götter und Mythen der Germanen*. Wiesbaden, 1974.
DIEDERICHS, U. (comp.): *Germanische Götterlehre (Edda)*. Colonia, 1984.
FISCHER-FABIAN, S.: *Die ersten Deutschen. Der Bericht über das rätselhafte Volk der Germanen*. Munich, 1975.
GLOB, P. V.: *Die Schläfer im Moor*. Munich, 1966.
HACHMANN, R.: *Die Germanen*. Munich, 1978.
HAMMES, M.: *Die Amazonen*. Francfort, 1981.
HATT, J. J.: *Kelten und Gallo-Romanen*. Munich, 1979 (trad. cast.: *Los celtas y los galo-romanos*, Barcelona, Juventud, 1976).
MCMANN, J.: *Rätsel der Steinzeit (Riddles of the Stone Age)*. Berg.-Gladbach, 1981.
MINNS, E. H.: *Scythians and Greeks*. Cambridge, 1913.
NACK, E.: *Germanien. Länder und Völker der Germanen*. Viena, 1977.
PAULI, L.: *Die Kelten in Mitteleuropa, Salzburger Landesausstellung* 1980. Salzburgo, 1980.
POWELL, T. G. E.: *The Celts*. Londres, 1958.
REES, A., y B. REES: *Celtic Heritage. Ancient Tradition in Ireland and Wales*. Londres, 1975.
SPINDLER, K.: *Die frühen Kelten*. Stuttgart, 1983.
TALBOT RICE, T.: *Die Skythen*. Colonia, 1957.
TROST, F.: *Die Felsbilder des zentralen Ahaggar (Reihe: Die afrikanischen Felsbilder)*. Graz, 1981 (Bibl.).
WERNER, J.: *Beiträge zur Archäologie des Attila-Reiches*. Munich, 1956.
WIPF, K. A.: *Poetische Sprachschätze aus althochdeutscher Zeit*. Bonn, 1985
WÖLFEL, D. J.: *Die Religionen des vorindogermanischen Europa*. Viena, 1951, Reimpresión: Hallein, 1980.

21. Símbolos cristianos

AURENHAMMER, H.: *Lexikon der christlichen Ikonographie*. Viena, 1959-1967.
BAUER, J. B. (comp.): *Bibeltheologisches Wörterbuch*. Graz-Viena-Colonia, 1967.
BECKER, G.: *Die Ursymbole in den Religionen*. Graz, 1987.
BRAUN, J.: *Tracht und Attribut der Heiligen in der deutschen Kunst*. Stuttgart, 1943.
DANIEL-ROPS, H.: *Jesus. Der Heiland in seiner Zeit*. Friburgo-Munich-Innsbruck, 1951.
FERGUSON, G.: *Signs and Symbols in Christian Art*. Londres, 1955.
FORSTNER, D.: *Die Welt der Symbole*. Innsbruck, 1967.
GILLIS, R.: *Le symbolisme dans l'art religieux*. París, 1943.

GOLDAMMER, K.: *Kultsymbolik des Protestantismus. En: Symbolik der Religionen (VII).* Stuttgart, 1960.
HEINEN, W.: *Bild - Wort - Symbol in der Theologie.* Würzburg, 1969.
HEINZ-MOHR, G.: *Lexikon der Symbole. Bilder und Zeichen der christlichen Kunst.* Düsseldorf-Colonia, 1981.
HOLL, A.: *Religionen.* Stuttgart, 1982.
JUNGMANN, J. A.: *Symbolik der katholischen Kirche. En: Symbolik der Religionen (VI).* *Stuttgart, 1960.*
KIRSCHBAUM, E.: *Lexikon der christlichen Ikonographie.* Roma-Friburgo-Basilea-Viena, 1968-1976.
KRISS-RETTENBECK, L.: *Bilder und Zeichen religiösen Volksglaubens.* Munich, 1963.
KÜNSTLE, C.: *Ikonographie der christlichen Kunst.* Friburgo, 1926-1928.
LAAG, H.: *Wörterbuch der altchristlichen Kunst.* Kassel, 1959.
LIPFFERT, K.: *Symbol-Fibel.* Kassel, 1956.
SCHILLER, G.: *Ikonographie der christilchen Kunst.* Gütersloh, 1969-1976.
SCHNEIDER, C.: *Geistesgeschichte der christlichen Antike.* Munich, 1978.
SUDBRACK, J.: *Das Mysterium und die Mystik.* Würzburg, 1974.
WEITNAUER, A.: *Himmel voller Helfer, Welt voller Wunder.* Kempten, 1967.
WIMMER, O.: *Die Attribute der Heiligen.* Innsbruck, 1964.
WIMMER, O., y H. MELZER: *Lexikon der Namen und Heiligen.* Innsbruck, 1982.

22. Simbología en la Edad Media

BLOOMFIELD, M. W.: *The Seven Deadly Sins.* Michigan, 1952.
BORST, A.: *Lebensformen im Mittelalter.* Francfort-Berlín, 1973 (Bibl.).
BORST, O.: *Alltagsleben im Mittelalter.* Francfort, 1983.
BOSL, K.: *Europa im Mittelalter. Weltgeschichte eines Jahrtausends.* Bayreuth, 1978.
BÜHLER, J.: *Fürsten, Ritterschaft und Bürgertum von 1100 bis 1500.* Berlín, 1935.
DELORT, R.: *Le Moyen Age. Histoire illustrée de la vie quotidienne.* Lausana, 1972.
EBERBACH, O.: *Die deutsche Ritterschaft von den Anfängen bis zum Jahre, 1954.* Leipzig, 1913.
ENNEN, E.: *Die europaïsche Stadt des Mittelalters.* Gotinga, 1972.
Gesta Romanorum. Geschichten von den Römern, ein Erzählbuch des Mittelalters, compilación de W. Trillitzsch. Francfort, 1973.
GRÜNDEL, J.: *Die Lehre von den Umständen der menschlichen Handlungen im Mittelalter.* Munich, 1963.
GRUNDMANN, H.: *Religiöse Bewegungen im Mittelalter.* Darmstadt, 1961.
GURJEWITSCH, A. J.: *Das Weltbild des mittelalterlichen Menschen.* Munich, 1986.
HANI, J.: *Le Symbolisme du Temple Chrétien.* París, 1978.
HILDEGARD VON BINGEN: *Welt und Mensch (De operatione Dei), comp. de H. Schipperges.* Salzburgo, 1965.
HUMPERT, TH.: *Klösterliches Leben und volkstümliche Frömmigkeit im Mittelalter.* Konstanz, 1955.
HUIZINGA, J.: *Herbst des Mittelalters.* Stuttgart, 1969 (trad. cast.: *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza, '1985).

JACOBUS DE VORAGINE: *Die Legenda Aurea, comp. de R. Benz.* Berlín, 1963 (trad. cast.: *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza, '1987).
KAISER, G.: *Der tanzende Tod. Mittelalterliche Totentänze.* Francfort, 1983.
KOCH, J. (comp).: *Artes liberales. Von der antiken Bildung zur Wissenschaft des Mittelalters.* Leiden-Colonia, 1959.
KÜHNEL, H.: *Alltag im Spätmittelalter.* Graz, 1986 (Bibl.).
MEZGER, W.: *Hofnarren im Mittelalter.* Konstanz, 1981.
MOLLAT, M.: *Die Armen im Mittelalter.* Munich, 1984.
NEUß, W.: *Die Kirche des Mittelalters.* Bonn, 1950.
PLETICHA, H.: *Bürger, Bauer, Bettelmann. Stadt und Land im Spätmittelalter.* Würzburg, 1971.
REITZENSTEIN, A. v.: *Rittertum und Ritterschaft.* Munich, 1972.
ROSENFELD, H. F., y H. ROSENFELD: *Deutsche Kultur im Spätmittelalter, 1250-1500 (Handbuch der Kulturgeschichte).* Wiesbaden, 1978 (Bibl.).
SCHAUERTE, H.: *Die volkstümliche Heiligenverehrung.* Münster, 1948.
SCHIPPERGES, H.: *Der Garten der Gesundheit. Medizin im Mittelalter.* Munich y Zürich, 1985.
SCHNÜRER, G.: *Kirche und Kultur im Mittelalter.* Paderborn, 1926.
SCHREIBER, G.: *Wallfahrt und Volkstum in Geschichte und Leben.* Düsseldorf, 1934.
SHAHAR, S.: *Die Frau im Mittelalter.* Königstein, 1981.
STADELMANN, R.: *Vom Geist des ausgehenden Mittelalters.* Halle, 1929.
VÖLKER, P. G.: *Heilwesen im Mittelalter.* Munich, 1927.

23. Simbología y emblemática de la Europa moderna

ALBERTUS MAGNUS (PSEUDO-): *Heimligkeiten deß Weiblichen Geschlechts.* Francfort, 1631, reimpresión, 1977.
BOSCO, J.: *Symbolographia, sive de arte symbolica sermones septem, Augsburg und Dillingen 1701.* Reimpresión: Graz, 1972 (Instrumentaria Artium).
CARTARI, V.: *Imagini delli Dei degl'Antichi.* Reimpresión: Venecia, 1647. Graz, 1963 (Instrumentaria Artium I).
CURTIUS, E. R.: *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter.* Berna, 1954 (trad. cast.: *Literatura europea y Edad Media latina*, Madrid, FCE, '1976).
FABER DU FAUR, C. v.: *German Baroque Literature. A Catalog of the Collection in the Yale. Univ. Library.* Yale, 1958.
HARNISCHFEGER, E.: *Mystik im Barock. Das Weltbild der Teinacher Lehrtafel.* Stuttgart, 1980.
HENCKEL, A., y A. SCHÖNE: *Emblemata. Handbuch der Sinnibildkunst des XVI. und XVII. Jahrhunderts.* Stuttgart, 1967, (Bibl.).
HOBBERG, W. H. FRH. v.: *Lust-und Arzneygarten deß Königlichen Propheten Davids, 1675. Reimpresión: Vorwort G. Lesky.* Graz, 1969 (Instrumentaria Artium).
HUBER, A.: *Das Millstätter Fastentuch.* Klagenfurt, 1987.
MCINTOSH, CH.: *The Rosy Cross Unveiled. The History and Rituals of an Occult Order.* Wellingborough, 1980.
PRAZ, M.: *Studies in 17th Century Imagery.* Roma, 1964.

RICHTER, G., y G. ULRICH: *Lexikon der Kunstmotive. Antike und christliche Welt.* Gütersloh, 1978.
SCHAUF, H.: *Der brennende Dornbusch.* Paderborn, 1940.
SCHÖNE, A.: *Emblematik und Drama im Zeitalter des Barock.* Munich, 1964.
SCHWARZ-WINKLHOFER, I., y H. BIEDERMANN: *Das Buch der Zeichen und Symbole.* Graz, 1972.
YATES, F.: *Aufklärung im Zeichen des Rosenkreuzes.* Stuttgart, 1975.

24. Simbología guóstica judaica e islámica

ANDRAE, T.: *Islamische Mystiker.* Stuttgart, 1960.
ARON, R.: *Die verborgenen Jahre Jesu.* Munich, 1973.
BELTZ, W.: *Gott und die Götter. Biblische Mythologie.* Düsseldorf, 1977.
BELTZ, W.: *Die Mythen des Koran. Der Schlüssel zum Islam.* Düsseldorf, 1980.
BEZOLD, C.: *Die Schatzhöhle. Aus dem syrischen Text dreier unedierter Handschriften etc.* Leipzig, 1883.
BIN GORION, J.: *Sagen der Juden zur Bibel.* Francfort, 1980.
BIN GORION, J.: *Born Judas. Altjüdische Legenden und Volkserzählungen.* Francfort, 1981.
BLAU, L.: *Das altjüdische Zauberwesen.* Budapest, 1897-1898, reimpresión: Graz, 1974.
BUBER, M.: *Gog und Magog. Eine Chronik.* Heidelberg, 1945.
BUBER, M.: *Die Erzählungen der Chassidim.* Zürich, 1945 (trad. cast.: *Cuentos jasídicos*, Barcelona, Paidós, 1983).
BURCKARDT, T.: *Art of Islam*, Londres, 1976.
DE VRIES, S. P.: *Jüdische Riten und Symbole, 4.* Nuevos ingresos: Wiesbaden, 1986.
DUBNOW, S.: *Geschichte des Chassidismus.* Berlín, 1931.
DURY, C.; *Die Welt des Islam.* Munich, 1980.
GARDET, L.: *Mystische Erfahrungen in nicht-christlichen Ländern.* Colmar, 1957.
GOLDZIHER, I.: *Die Richtungen der islamischen Koranauslegung.* Leiden, 1920.
HELLER, A.: *Biblische Zahlensymbolik.* Reutlingen, 1936.
KUNKE, S.: *Kamele auf dem Kaisermantel. Deutsch-arabische Begegnungen etc.* Stuttgart, 1976.
KEEL, O.: *Die Welt der altorientalischen Bildsymbolik und das Alte Testament.* Zürich-Einsiedeln-Colonia, 1972.
KÜHNEL, E.: *Die Kunst des Islam. Kröners Taschenausg. 326.* Stuttgart, 1962.
LANGER, G.: *Neun Tore. Das Geheimnis der Chassidim.* Munich-Planegg, 1959. Nueva edición: Berna, 1983 (Der Rabbi, über den der Himmel lachte).
LEISEGANG, H.: *Die Gnosis, Kröners Taschenausg. 32.* Stuttgart, 1985.
LEWIS, B. (comp.): *The World of Islam.* Londres, 1976.
LURKER, M.: *Wörterbuch biblischer Bilder und Symbole. 3.* Munich, 1987 (Bibl.).
MANDEL, G., y EISELE: *König Salomo. Das bewegte Leben des Königs der Könige.* Munich-Zürich, 1978.
MAZAR, B., ET AL.: *Archäologie auf den Spuren des Christentums-neue Ausgrabungen in Jerusalem.* Berg.-Gladbach, 1979.

PAGELS, E.: *Versuchung durch Erkenntnis. Die gnostischen Evangelien.* Francfort, 1981 (trad. cast.: *Los evangelios gnósticos*, Barcelona, Crítica, 1989).
PARET, R.: *Mohammed und der Koran.* Stuttgart, 1957.
PARET, R.: *Der Koran. Kommentar und Konkordanz.* Stuttgart-Berlín-Colonia-Mainz, 1971 (Bibl.).
RIEßLER, P.: *Altjüdisches Schrifttum außerhalb der Bibel.* Augsburgo, 1928.
RUDOLPH, K. : *Die Gnosis. Wesen und Geschichte einer spätantinke Religion.* Gotinga, 1980.
SCHOEPS, H. J.: *Jüdische Geisteswelt.* Hanau, 1986.
SCHOLEM, G.: *Major Trends in Jewish Mysticism.* Nueva York, 1946.
SCHOLEM, G.: *Über einige Grundbegriffe des Judentums.* Francfort, 1970.
SCHOLEM, G.: *Von der mystischen Gestalt der Gottheit.* Francfort, 1977.
SCHUBERT, U. y K.: *Jüdische Buchkunst.* Graz, 1983.
SCHULTZ, W.: *Dokumente der Gnosis.* Jena, 1910.
SHAH, IDRIES: *Die Sufis.* Düsseldorf-Colonia, 1976.
SIMON, M.: *Die jüdischen Sekten zur Zeit Christi.* Einsiedeln, 1964.
STROHMAIER, G.: *Denker im Reich der Kalifen.* Leipzig, 1978.
SOUTHERN, R. W.: *Das Islambild des Mittelalters.* Stuttgart, 1981.
TALBOT RICE, T.: *Islamische Kunst.* La Haya, 1966.
TRESMONTANT, C.: *Sittliche Existenz bei den Propheten Israels.* Friburgo, 1962.
VARDIMAN, E. E.: *Nomaden. Schöpfer einer neuen Kultur im Vorderen Orient.* Munich, 1979.
WEINREB, F.: *Zahl, Zeichen, Wort. Das symbolische Universum der Bidelsprache.* Reinbeck, 1978.
WELLHAUSEN, J.: *Reste arabischen Heidentums.* Berlín, 1897.
WÜNSCHE: *Die Bildersprache des Alten Testaments.* Berlín, 1906.

25. Los símbolos en las culturas del Asia meridional y oriental

ALVAREZ, O.: *The Celestial Brides. A Study in Mythology and Archaeology.* Stockbridge, 1978.
ARGÜELLES, J. y M.: *Das große Mandala-Buch.* Friburgo, 1974.
BINDER-NAKAJIMA, K., y D. JOSEF: *Japan.* Lucerna, 1984 (Bibl.).
BLOFELD, J.: *Der Weg zur Macht. Prakt. Einführung in Mystik und Meditation des tantrischen Buddhismus.* Francfort, 1981.
BLOFELD, J.: *Das Geheime und das Erhabene. Mysterien und Magie des Taoismus.* Munich, 1985 (trad. cast.: *Lo secreto y sublime*, Madrid, Luis Cárcamo, 1981).
BRAUEN, M.: *Feste in Ladakh.* Graz, 1980.
BREDON, J., y I. MITROPHANOW: *Das Mondjahr.* Viena, 1953.
DÖBEREINER, P.: *Die chinesische und die abendländische Astrologie.* Munich, 1980.
DOUGLAS, N.: *Tantra Yoga.* Nueva Delhi, 1971.
EBERHARD, W.: *Lexikon chinesischer Symbole.* Colonia, 1983 (Bibl.).
ELLIOT, R.: *Die chinesische Astrologie.* Munich, 1979.
EVANS-WENTZ, W. Y., ET AL. (comps.): *Das tibetanische Totenbuch, oder Die Nachtod-Erfahrungen auf der Bardo-Stufe.* Olten y Friburgo, 1977.

FREYDANK, H., W. F. REINEKE, M. SCHETELICH, TH. TILO: *Erklärendes Wörterbuch zur Kunst und Kultur des alten Orients*. Leipzig-Hanau.
FUX, H.: *4000 Jahre ostasiatische Kunst*. Viena, 1978 (Bibl.).
GAIL, A. J.: *Tempel in Nepal. Ikonographie hinduistischer Pagoden in Patan*. Graz, 1984.
GOVINDA, LAMA A.: *Der Weg der weißen Wolken. The Way of the White Clouds*. Berna, 1973. Nueva edición: Knaur-Esoterik, Munich, 1988 (trad. cast.: *El camino de las nubes blancas*, Madrid, Eyras, 1981).
GRANET, M.: *Die chinesische Zivilisation. Familie, Gesellschaft, Herrschaft*. Munich-Zürich, 1926.
GRANET, M.: *Das chinesische Denken. Inhalt, Form, Charakter*. Comp. de M. Porkert. Munich, 1963.
HENSS, M.: *Tibet-Die Kulturdenkmäler*. Zürich, 1981.
HENTZE, C.: *Tod, Auferstehung, Weltordnung. Das mythische Bild im ältesten China etc*. Zürich, 1955.
KIRFEL, W.: *Die Kosmographie der Inder nach den Quellen dargestellt*. Bonn-Leipzig, 1920.
LADSTÄTTER, O., y S. LINHART: China und Japan. Die Kulturen Ostasiens. Viena, 1983 (Bibl.).
LECOQ, A. v.: *Bilderatlas zur Kunst und Kulturgeschichte Mittelasiens*. Reimpresión Graz, 1977.
Lexikon der östlichen Weisheitslehren. Berna, Munich, Viena, 1986 (Bibl.).
MARTIN, H. E. R.: *Die Kunst Tibets*. Munich, 1977.
NEBESKY-WOJKOWITZ, R.: *Oracles and Demons of Tibet*. Graz, 1975.
RAINER, R.: *Die Welt als Garten-China*. Graz, 1976.
SANDERS, T. T. L., y J. PAU: *Geister und Drachen der Chinesen*. Hamburgo, 1981.
SCHAARSCHMIDT-RICHTER, I.: *Japanische Gärten*. Baden-Baden, 1977.
SCHECK, F. R. (comp.): *Volksrepublik China. Kunstreisen durch das Reich der Mitte*. Colonia, 1978.
SCHLINGLOFF, D.: *Die Religion des Buddhismus. 2 vols*, Berlín, 1963.
TADDEI, M.: *Indien. Archaeologia Mundi 4*. Munich, 1978 (trad. cast.: *India*, Barcelona, Juventud, 1974).
TUCCI, G.: *Tibet. Archaeologia Mundi 17*. Munich, 1979 (trad. cast.: *Tíbet*, Barcelona, Juventud, 1978).
WALDSCHMIDT, E.: *Die Legende vom Leben des Buddha, in Auszügen aus den heiligen Texten*. Graz, 1982.
WANKE, L.: *Zentralindische Felsbilder*. Graz, 1977.
WILHELM, R.: *I Ging. Das Buch der Wandlungen*. Düsseldorf-Colonia, 1972 (trad. cast.: *I Ching*, Barcelona, Edhasa, 1987).
WILHELM, R.: *Die Seele Chinas*. Nueva edición: Francfort, 1980.

26. Simbología africana (África negra)

BAUMANN, H.: *Schöpfung und Urzeit des Menschen im Mythus der afrikanischen Völker*. Berlín, 1936.
BONIN, W. F.: *Die Götter Schwarzafrikas*. Graz, 1979 (Bibl.).

CARROLL, K.: *Yoruba religious carving*. Londres, 1967.
EVANS-PRITCHARD, E. E.: *Über primitive Religion*. Francfort, 1968 (trad. cast.: *Las teorías de la religión primitiva*, Madrid, siglo XXI, 1984).
FROBENIUS, L.: *Erythräa. Länder und Zeiten des heiligen Königsmordes*. Berlín y Zürich, 1931.
FROBENIUS, L.: *Kulturgeschichte Afrikas*. Viena, 1933.
FROBENIUS, L.: *Schwarze Sonne Afrika. Mythen, Märchen und Magie*. (Comp. de U. Diederichs). Düsseldorf-Colonia, 1980.
GRIAULE, M.: *Dieu d'eau*. París, 1948 (trad. cast.: *Sol de agua*, Barcelona, Alta Fulla, 1987).
HIMMELHEBER, H.: *Negerkunst und Negerkünstler*. Braunschweig, 1960.
HIRSCHBERG, W.: *Völkerkunde Afrikas*. Mannheim, 1965.
KASPER, E. A.: *Afrobrasilianische Religion*. Francfort, 1988.
LOTH, H. (comp.): *Altafrikanische Heilkunst. Europäische Reiseberichte des 15.-19. Jahrhunderts*. Leipzig, 1984.
MAIR, L.: *Magie im schwarzen Erdteil*. Munich, 1969 (Bibl.).
MAQUET, J., y H. GANSLMAYR; Afrika. Die schwarzen Zivilisationen. Essen, 1975 (Bibl.)
MBITI, J. S.: *Afrikanische Religion und Weltanschauung*. Berlín, 1974.
PAGER, H.: *Stone Age Myth and Magic as documented in the rock paintings of South Africa*. Graz, 1975.
PARRINDER, G.: *African traditional religion*. Londres, 1962.
RATTRAY, R. S.: *Religion and Art in Ashanti*. Londres, 1927.
RAUNIG, W. (comp.): *Schwarze Afrikaner. Lebensraum und Weltbild*. Innsbruck y Francfort, 1980.
Schätze aus Alt-Nigeria (Katalog Berlin/DDR). Berlín, 1985.
SCHWEEGER-HEFEL, A.: *Plastik aus Afrika, Mus. f. Völkerkunde*. Viena, 1969.
VERGER, P.: *Dieux d'Afrique*. París, 1954.

27. Símbolos de la cultura precolombina del Nuevo Mundo

ADAMS, R. E. W.: *Prehistoric Mesoamerica*. Boston-Toronto, 1977.
ALCINA, J.: *Die Kunst des alten Amerika (L'art précolombien)*. Friburgo, 1979 (ed. orig.: *Historia del arte hispanoamericano. El arte precolombino*, Madrid, Alhambra, 1987).
ALDEN MASON, J.: *Das alte Peru, eine indianische Hochkultur*. Essen, 1975.
ANDERS, F.: *Das Pantheon der Maya*. Graz, 1963 (Bibl.).
ANDERS, F., y M. JANSEN: *Schrift und Buch im alten Mexiko*. Graz, 1988.
BANCROFT-HUNT, N., y W. FORMAN: *Totempfahl und Maskentanz. Die Indianer der pazifischen Nordwestküste*. Lucerna-Herrsching, 1988.
BIEDERMANN, H.: *Altmexikos heilige Bücher*. Graz, 1971.
BURLAND, C. A.: *North American Indian Mythology*. Londres, 1965.
BURLAND, C. A.: *Peoples of the Sun. The Civilizations of Pre-Columbian America*. Londres, 1976.
CORDAN, W.: *Götter und Göttertiere der Maya*. Berna-Munich, 1963.

DISSELHOFF, H. D.: *Das Imperium der Inka*. Berlín, 1972 (trad. cast.: *El imperio de los incas*, Barcelona, Orbis, 1985).
GARCILASO DE LA VEGA: *Wahrhaftige Kommentare zum Reich der Inka. Trad. alemana de W. Plackmeyer*. Berlín, 1986.
GERBER, P. R. y M. BRUGGMANN: *Indianer der Nordwestküste*. Zürich, 1987.
HABERLAND, W.: *Nordamerika. Indianer, Eskimo, Westindien*. Baden-Baden, 1965.
HELFERICH, K.: *Menschenopfer und Tötungsrituale im Kult der Maya*. Berlín, 1973.
HELLMUTH, N. M.: *Monster und Menschen in der Maya-Kunst. Eine Ikonographie der alten Religionen Mexikos und Guatemalas*. Graz, 1987 (Bibl.).
HOLM, B.: *Northwest Coast Indian Art: An Analysis of Form*. Seattle-Londres, 1965.
KOCH-GRÜNBERG, TH.: *Zwei Jahre unter den Indianern*. Reisen in Nordwest-Brasilien, 1903-1905. Berlín, 1909, reimpresión: Graz, 1967.
KRICKEBERG, W.: *Altmexikanische Kulturen*. Berlín, 1966 (Bibl.).
LA FARGE, O.: *Die Welt der Indianer. Kultur, Geschichte und Kampf eines großen Volkes*. Ravensburg, 1961.
LINDIG, W.: *Vorgeschichte Nordamerikas*. Zürich, 1973.
LÓPEZ PORTILLO, J., ET AL.: *Quetzalcóatl*. Stuttgart, 1982 (ed. orig.: *Quetzalcoatl*, Barcelona, Salvat, 1976).
MIRANDA-LUIZAGA, J.: *Das Sonnentor. Vom Überleben der archaischen Andenkultur*. Munich, 1985 (Bibl.).
MÜLLER, W.: *Die Religionen der Waldlandindianer Nordamerikas*. Berlín, 1956.
NOWOTNY, K. A.: *Tlacuilolli. Die mexikanischen Bildhandschriften, Stil und Inhalt*. Berlín, 1961.
PÖRTNER, R., y N. DAVIES: *Alte Kulturen der Neuen Welt*. Düsseldorf, 1980 (Bibl.).
RÄTSCH, CH. (comp.): *Chactún. Die Götter der Maya*. Colonia, 1986.
SELER, E.: *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprach-und Altertumskunde*. Berlín. Reimpresión: Graz, 1960-1966.
SNOW, D.: *Die ersten Indianer. Archäologische Entdeckungen in Nordamerika*. Berg.-Gladbach, 1976 (Bibl.).
SOUSTELLE, J.: *Die Kunst des alten Mexiko*. Osnabrück, 1966 (trad. cast.: *El arte del México antiguo*, Barcelona, Juventud, 1969).
SOUSTELLE, J.: *Die Olmeken. Ursprünge der mexikanischen Hochkulturen*. Zürich, 1980.
STINGL, M: *Die indianischen Kulturen Mexikos*. Hanau, 1979.
STUART, G. S.: *The mighty Aztecs. National Geographic Society*. Washington/DC, 1981.
WATERS, F.: *Das Buch der Hopi (aufgezeichnet von Kacha Hónaw)*. Düsseldorf-Colonia, 1980.
WELLMANN, K. F.: *Muzzinabikon. Indianische Felsbilder Nordamerikas aus fünf Jahrtausenden*. Graz, 1976.

ÍNDICE ANALÍTICO

Nota: Las cifras en negrita remiten a la página donde se trata expresamente el concepto de referencia.

A

Abaddon, 259
Abeja, **13**, 16, 41
Abel, O., 211
Ablactatio, 415
Abraham, **14**, 43, 91, 129 182, 185, 320, 461
Abraham, seno de, **15**
Abraxas, 206, 363
Abubilla, **16**, 53
Acacia, **16**
Acolada, 176
Acteón, **16**, 105, 151
Acuario, 183
Adán, 33, 87, 131
Adán y Eva, **17**, 82, 141, 149, 162, 227, 294
Adamitas, 149
Adelfa, 198
Adonis, **18**
Adormidera, 198, 199
Aeppli, 152, 179, 205, 209
Afrodita (Venus), 113, 115, 146, 148, 168, 269
Afrodita, diosa del amor, 271
Ágata, **18**
Ágave, 198
Agni, dios indio del fuego, 286, 458
Agua, 15, **20**, 23, 50, 55, 71, 83, 87, 107, 110, 175
Agua de Meribá, 306
Agua primigenia, 316, 330
Agua profunda, 202
Aguas de la creación, 106
Aguas de las profundidades, 382
Aguas subterráneas, 335
Águila, **22**, 24, 28, 45, 53, 84, 92, 112, 113, 207
Águila/serpiente, 434
Águila-virgen, 483
Aguileña, **25**
Agujero de las almas, **25**
Agujeros, 373
Agustín, san, 194
Aión, 129
Ala de grulla, 217
Alas, 26, **32**, **44**, **52**, **81**
— negras, 322
Albañil, 342
Alberto Magno, 404, 490
Alcohol, 481
Aldebarán, 452
Alegoría de la caverna, 142
Alegrías sexuales, 305
Alejandro Magno, **27**, 138, 140, 166, 212, 216, 223, 455
Alejo, san, 302
Alfa y Omega, **28**, 128, 267
Alma de tigre, 31
Almas del purgatorio, 359
Áloe, **29**
Alondra, 207
Alquimia, 54, 64, 68, 69, 81, 89, 105, 110, 113, 117, 164, 368
— china, 476
Altar de Gante, 203
Amaltea, cabra, 125
Amarilis, 198
Amarillo, **29**, 117
Amarilo/sol, 117
Amaterasu, diosa solar, 178
Amaterasu Omikami, 436
Amatista, **30**, 90, 117, 255, 375
Amazonas, **30**, 154, 278, 490
Ámbar, **31**
Amigo de la sabiduría, 435
Amina, madre de Mahoma, 240
Amor (Cupido), (Eros), **31**, 96, 207
Amor maternal, 448
Amor subterráneo, 353
Amorcillos, 296
Ampheres y Eudaimon, 209
Anacoretas, 170
Anástasis, 299
Ancianidad del mundo, 420
Anciano de la Luna, 93
Ancla, **32**
Andar tras las pisadas, 371
Anders, 135
Andrógino, **33**, 35, 69, 211, 278, 427
— coronado, 396
Ángel(es), 26, **32**, **34**, 47, 52, 65, 101, 111, 176
— celestiales, 179, 465
— de la guarda, 210
— de la muerte (Israfil), 194, 429, 447
— del trono de Dios, 188
— protectores, 465
— Rasiel, 267
— vengadores, 195
Anillo, **35**, 110, 126
— del pescador, 359
Anillos, 93

— de bruja, 232
Animal
— de siete cabezas, 226
— del alma, 296
— fantasma, 272
— humano, 433
— lunar, 268
— sagrado, 246
Animales
— heráldicos, 454
— heráldicos totémicos, 455
— impuros, 106
— infernales, 173
Anj, 37, 131
Anteojos, 204
Anticristo, 38
Anti-madre, 287
Anti-Marte, 173
Antlassei, 236
Antonio abad, 34, 86, 131, 140, 170
Antorcha, 39, 169, 201
Anubis, 129, 145
Apetito carnal, 196
Apocatástasis, 243
Apolo, dios del sol, 124, 140, 146, 148, 194, 205, 315
Apolo Musagetes, 315
Apollyon (corruptor), 259
Apophis, 208
Aprovecharlo todo, 343
Aquelarres, 209
Aqueloos, río, 125
Aqueronte, 298
Aquiles, 168
Arado, 40
Araña, 40
— crucera, 41
Árbol, 41, 52, 103
— cósmico, 87, 131, 161
— cósmico Yggdrasil, 323
— de cementerio, 108
— de la vida, 42, 43, 132, 377
— del conocimiento, 42, 43, 294
— del mar, 121
— del mundo, 45, 194, 446
— del universo, 47
— prohibido, 193
— sefirótico, 441
Árboles, 215
— de mar, 122
— prohibidos, 350
— sagrados, 42
Arca, 43, 83, 153
— de la Alianza, 44
— de Noé, 317
Arcángel, 63
— Miguel, 177
— Rafael, 121
Arcanos mayores, 194, 429, 440, 453
Arcanos menores, 441
Arce, 44
Arco iris, 44, 206, 322, 384
Arco y flechas, 151
Ardilla, 45, 151
Ares (Marte), 205
Aries, 183
Arión, 147
Aristóteles, 213
Arlequín, 187
Arma Christi, 115
Armagedón, 45
Armas de Cristo, 46
Armas parlantes, 223
Armonía, 326
— de las esferas, 327
Aro, 46, 197
Aron, R., 153
Arquero, 90
Arquetipo madre, 287
Arquetipos divinos, 327
Ars heráldica, 223
Arriba, 101
Arriba y abajo, 41, 47, 101, 108, 130, 145, 171, 251, 433, 484
Arroz, 47, 67, 94
Arte de leer las manos, 293
Arte poético, 106
Ártemis (Diana), 113, 151, 173, 194
Artes liberales, 171
Aruru, diosa, 447
Asclepio (Esculapio), 124, 205, 417
Asfódelo, 48, 198
Ashavero, 74, 82, 251
Asientos potenciales, 462
Asno, 39, 48, 73, 326
Asnos, 90
Astarté, diosa del amor, 215, 344
Astraios, 168
Asuero, 49
Atalanta fugiens, 204
Atenea (Manerva), 205, 214, 262
Atila, 49
Atlántida, 50, 51, 159, 160, 209
Atlas, 50
Atlas y Gadiros, 209
Atrabilis, 446
Atributo del inmortal, 277
Átropos, 353
Aureola, 35
Ausencia de pene, 371
Autoconocimiento del pájaro, 317
Ave, 26, 51

— de mal agüero, 262
— del paraíso, 51, 53, 192
— divina, 478
Averno, 47
Avestruz, 53, 190, 380
Aviñón, 284
Azaes y Diaprepes, 209
Azote de Dios, 49
Azufre y mercurio, 22, 33, 54, 64, 69, 81, 113, 117, 119, 164, 261, 304, 358, 396, 403, 410, 433, 459
Azul, 55, 117
Azul-Júpiter, 117
Azul y rojo, 116

B

Babel, 58, 388
Babel, torre de, 57
Babilonia, 28, 46, 58
Babilonia, gran ramera, 388
Baco, 59, 83
Bafomet, ídolo, 286
Bahrein, islas, 244
Bajo la rosa, 402
Bajo la zapatilla, 490
Balanza, 59, 60, 97
Balanza hidrostática, 60
Baldaquín, 60, 61, 111
Bali, demonio, 167
Balor, rey, 331
Ballena, 61
Ballena asesina, 455
Bambú, 62, 107
Banderas, 35, 62
Bandidos, 63, 71, 231
Banquete de Trimalción, 184
Baño, 21, 64
Baño de rey, 64
Baño purificador, 382
Barba, 65
Barbazul, 155
Bardana, 198
Barón de las mentiras, 312
Basilisco, 66, 151, 178, 217, 265
Bastet, 208
Bastoncito blanco, 303
Batalla, 256
Batracomiomaquia, 231, 391
Baubo, 47, 66, 67
Bauer, J. B., 253
Baurnjöpl, 120
Bautismo de sangre, 64
Bebida espiritual, 479
Bebida sagrada, 261
Becerro de oro, 338
Bellas mejillas, 214
Bendición del martillo, 235
Bernardo de Claraval, 359
Berza, 199
Bes, 67, 167
Besler, 114
Beso de Judas, 253
Bestiarios medievales, 492
Bestiarum, 170, 207, 238, 259, 275, 286, 362
Betsabé, 224
Bilis amarilla, 163
Bilis negra, 446
Biron, 141
Blancas píldoras de amor, 368
Blanco, 67, 112, 114, 117
Blanco excremento de los dioses, 379
Blanco-Luna, 117
Blasón parlante, 268
Böckler, 246, 398, 403, 492
Boca, 47, 68
Bodas, 68, 93
Bodas de Caná, 479
Bodas sagradas, 411
Bogumilos de los Balcanes, 363
Boj, 69
Böhme, 179
Bola del trueno, 158
Borobudur, 361
Borracho Sileno, 416
Bosque, 41, 49, 64, 69, 70, 71, 170
Bosque sagrado de Olimpia, 333
Bosquecillo, 71, 167
Boschius, 411
Bóveda celeste, 91
Bóvidos solares, 438
Brandano, san, 244, 318
Brandeburgo, 270
Brandan (san Brandano), 244, 318
Brontoscopia, 392
Brujas, 60, 67, 70, 71, 86, 97, 132, 149, 152, 172, 200
Brunilda, valquiria, 425, 471
Buda barrigudo, 72, 153, 200, 228
Buen destino, 35
Buen olor, 240
Buen pastor, 123, 304, 353
Buen samaritano, 334
Buitre, 53, 73, 126, 135
Buque fantasma, 74
Búsqueda del centro, 258
Buenos viejos tiempos, 250
Buey, 40, 48, 73

C

Cábala, 148
Cabalgaduras aéreas, 172
Caballero(s), 36, **75**, 76
— del pelícano, 362
Caballerosidad, 75
Caballo(s), 30, 75, **76**, 77, 94, 98, 103, 148, 150
— alado (Pegaso), 77, 360, 380
— blanco, 68
— de mar, 360
— volador, 314
— negros, 322
— relámpago, 360
Cabello, **78**
Cabeza:
— con cabellos serpentinos, 385
— de Jano, 248
— de la Medusa, 385
— de medusa, 214
— de muerto, 357
— de rana, 388
Cabra, **79**
— montesa, **79**
— y macho cabrío, 340
Cadena, **80**, 171
— de hermanos, 292
Caduceo, 44, **81**, 84, 304, 427, 472, 485
— de Hermes, 271
Caín, 49, **82**, 165
Caja, 44, **83**
Calaveras, 429
Caléndula, 199
Calíopo, 314
Calumet, **83**, 84, 221, 222
Cámara oscura, 395
Camello, **84**, 85
Camino del sol, 91
Campana(s), **85**, 86, 115
Campanilla, 199
Campos Elíseos, 295
Camuda, 263
Cáncer, 88, 183
Cancerbero católico, 460
Candelabro, 87
Candelaria, 198, 282
Candelero, **86**
Cangrejo(s), **87**, 121, 386
Cantar de los Nibelungos, 425
Cantero, 342
Caos, **88**, 158, 194
Capa, 77
Capricornio, 183
Capuchina, 198
Capullo de rosa, 199
Caracol, **89**
Carácter arquetípico, 433
Carácter arisco, 89
Carbunco, 404
Cardanus, 210
Cardenillo, 475
Cardo, **89**, 198
— mariano, 90
Caridad, **90**
Carmelo, 309
Carnac, 303
Carnalidad, 269
Carne de ciervo, 105
Carnero, 17, 27, **90**
Carneros solares, 438
Caronte, 298
Carpa, 358
Carreras de caballos, 254
Carro(s), 60, **91**
— celeste, 77
— de fuego, 91, 171
— de Thor, 235
— naval, 92
— solar, 91
— tirado por gatos, 209
Carrol, 179
Casa(s), **92**
— de muertos, 235
— del diablo, 103
— diurna, 255, 437
— nocturna, 255, 304, 450
Casamiento, 68, **93**, 324, 326
Casandra, **94**, 247
Casanova, **94**
Casiopea, 183
Castillo, **94**, 95
Cástor y Pólux, 209, 210, 236
Catlin, 139
Caverna(s), 131, 298
Cayado de mendigo, 302
Cazador de ratas de Hamelin, 390
Cebolla, **95**, 199
Cedro, **96**
Céfiro, 197, 247, 316
Ceguera, 54, **96**, 97
Ceniza, **97**, 213
Centaura menor, 199
Centauro(s), 16, 77, **98**, 99
Ceñirse los riñones, 108
Cerdo(s), **99**, 109, 226
Cerebro del cielo, 241
Cernunnos, 105
Cervantes, 155, 156
Cetro, **100**
— de diamantes, 463
Ciclamen, 199
Ciclo del Anillo, 425

Cielo, 22, 26, 41, 51, 55, 60, 68, 69, 80, 98, **101**, 103
— masculino, 84
— meridional, 471
— y tierra, 101, 120, 433
Ciervo(s), 40, 87, **103**, 104, 151
— blanco, 466
— sagrado, 108
Cigarra, **105**, 169
Cigüeña, 53, **106**, 107
Cinco, **107**, 112, 130
— colores, 323
— cruces, 132, 178
— dedos de la mano, 291
— dioses de la fortuna, 107
— dioses de la suerte, 112, 154
— direcciones del cielo, 418
— elementos, 107, 362, 428
— hojas, 402
— libros clásicos, 267
— murciélagos, 313
— planetas, 165
— regiones del cielo, 164
— sentidos, 107
Cinocéfalos, 128, 230
Cinturón, **108**
— de Afrodita, 108
— de novia, 108
— del firmamento, 108
Ciprés, 96, **108**
Circe, **109**, 291
Circulación de los tiempos, 468
Círculo(s), 35, 50, 92, 93, **109**, 110, 120, 132, 133, 179, 186
— concéntricos, 180, 428
— danzados, 111
— de la tierra, 111
— de ondas, 180
— mágicos, 227, 456
— ondulantes, 428
— que se cierra, 468
Cirios, 202
Ciruela, 107, **111**, 296
—, pino y bambú, 112
Cisne, 53, **112**
Ciudad, **113**, 251
— de Dios, 251
— de los ocho, 330
Ciudades circulares, 405
Clavel, **114**
Clavo(s), 46, **114**
Climaterio, 425
Clío, 314
Clodoveo I, 272
Cloris, 197
Cloto, 353
Cobre, **115**
Cocito, 298
Cocodrilo, **115**, 158
Cocteau, J., 179
Codex Dresdensis, 475
Cola de pavo real, 356
Colina de la Eternidad, 412
Colegio de los Sabios, 403
Color:
— azul, 481
— de fuego, 164
— negro, 79
— verde, 175
— violeta, **116**
Colores, 67, 107, 196
— básicos, 116
— simbolismo de los, **117**
Cólquico, 199
Columbano, san, 246, 340, 345
Columna(s), **118**, 119
— de haces de lotos, 276
— de humo, 323
— de la sabiduría, 456
— de piedra, 399
— de Rolando, 402
— Trajana, 119
Compás, 111, **120**, 173, 268
Completo inconsciente, 318
Con la mano sobre el corazón, 292
Concha(s), **120**, 213
Confucio (Kung-fu-Tse), 240
Coniunctio aurea, 357
Constelación(es), 47, 320, 374
— boreales, 92
— de Cáncer, 87
Construcciones megalíticas, 372, 373
Constructores de iglesias, 432
Cooper, J. F., 221
Coral:
— blanco, 122
— rojo, 121, 227
Corales, **121**, 427
Corán, 266
Corazón(es), 31, 60, 62, **122**
— de Buda, 186
— de ruiseñores, 407
— de serpiente, 422
— y lengua, 263
Corbet, 141
Cordero, 19, 63, **123**, 124, 139
— de Dios, 123, 257
Corneja, 53, **124**, 207
Cornucopia, 79, **124**, 139, 197, 200, 446
Corona(s), 93, **125**, **126**, 176, 215, 281, 333, 380
— de espinas, 101, 126
— de estrellas, 182

— de hiedra, 126, 225
— de laurel, 126
— de los reyes, 125
— de plumas, 380, 449
— de violetas, 481
— del faraón, 421
— roja, 400
Coros de ángeles, 328
Correr un tupido velo, 473
Corruptor, Apollyon, 259
Corte de la vida, 429
Corza, 105, 127
Cosmología hermopolitana, 330
Coyas, 482
Creencia en tres dioses (triteísmo), 459
Criatura acuática, 109
Crisantemo, 127
Crisma, 20
Crismón, 127
Cristal, 55, 128
Cristalomancia, 128
Cristianópolis, 133
Cristóbal, 128
— leyenda cristiana de, 185
Cristograma, chrismon, 257
Crónica de Richental, 268
Cronos, 27, 129
Cruces, 375
Cruces de rueda, 405
Cruz, 20, 32, 46, 86, 92, 112, 130
— ansada, 37, 131
— de caniza, 97
— de ejes, 257
— de flecha, 132
— de la Atlántida, 50
— de queste, 132
— del sur, 74
— en Tau, 298
— fija, 188
— gamada (esvástica), 132, 186, 425
— potenzada, 123, 425
— rusa, 132
— trebolada, 133
— triskelis, 187
— y rosa, 403
Cuadrado, 110, 133, 136
— mágico, 134
Cuadratura del círculo, 110
Cuaternidad, 130
Cuatro, 41, 134
— amuletos, 135
— ángeles, 479
— árboles, 446
— árboles cósmicos, 135
— clavos, 114
— elementos, 83, 184, 224, 387, 445
— estaciones, 135
— evangelistas, 307, 321
— humores, 29
— letras, 134
— mares legendarios, 134
— montañas, 134
— pechos (Wen-wang), 360
— pilares, 446
— puertas, 134
— puntos cardinales, 397
— ríos, 130, 382
— ríos del Paraíso, 189
— santos coronados, 125
— seres vivientes, 479
— virtudes cardinales, 483
Cubo o dado, 136
Cuco, 53, 135, 151
Cuchillos de piedra, 296
Cu-Chulainn, perro de caza del Ulster, 370
Cuencos de sangre, 374
Cuentos, 22, 36, 52, 70, 112, 136, 137, 272
Cuernos, 79, 138, 150
Cuerpos regulares, 136
Cuervo, 53, 103, 124, 139, 140, 381
— de la mala suerte, 328
Cueva(s), 15, 38, 47, 67, 141, 166, 167
— cósmica, 143
— de Armanath, 271
— del melocotón, 302
— del tesoro, 143
Cúpula celeste, 102
— de la Roca, 250
Curalotodo, 311
Curar piedras, 372
Curlandia, 141

CH

Chac, dios de la lluvia, 317
Chacal, 145
Chacchel, diosa, 237
Chalchihuitlcue (la de la falda de jade), 248
Charu, dios etrusco de la muerte, 150, 297
Charum, 154
Chepri, 172
Chrétien de Troyes, 216
Chicomoztoc, 142
Ch'ing, 55
Chispa(s), 102, 145, 201
— de luz, 244
— divina, 111
Chrismon (cristograma), 257
Christophorus kynokephalus, 369
Chivo expiatorio, 286
Chupador de sangre, 156

D

Dacqué, E., 157
Dados etruscos, 136
Dafne, 146
Dafnis, 146
Dagón, dios del trigo, 466
Dama de las camelias, 223
Daniel-Rops, 253
Danse macabre, 146
Danza de la muerte, 146, 147, 181, 429
Daqué, E., 211
Dardo, 194
— del amor, 195
David, rey, 91, 147, 177, 224, 250
Décima musa, 409
Dédalo, 238
Delfín(s), 33, 147, 148
Delfos, 147, 148
Deméter, 201, 205, 215
Demonio del fuego, 491
— etrusco, 150
Demophoon, 201
Derecha, 105
— e izquierda, 130, 148, 291
Desafío al duelo, 218
Desarrollo de la libido, 430
Desatar y atar, 324
Desnudez, 72, 149
Destellos de los dioses, 337
Demonios gallos, 206
Deudas de honor, 254
Diablo(s), 27, 38, 39, 45, 60, 66, 68, 72, 74, 80, 84, 86, 95, 135, 143, 149, 150, 163, 191, 286, 317
Diabólicas serpientes, 208
Diamante, 55, 100, 128, 151, 375
Diana (Artemis), 16, 71, 83, 105, 127, 151, 152, 208
Día/noche, 433
Días locos, 283
Diego de Landa, 268
Diente(s), 152, 214
— de dragón, 152
Digambara, 149
Dilmun, 244
Diluvio, 19, 43, 44, 135, 141, 143, 152, 159
Dinastía Chou, 141, 360
Dinastía Han, 158
Dionisos, dios de la borrachera, 225, 393
Dios andrógino Fanes, 336
— con cuernos de ciervo (Esus-Cernunnos), 452
— de la borrachera (Dionisos), 393
— de la buena suerte, 390
— de la danza, 308
— de la erudición, Ganesha, 390
— de la lluvia, Chac, 317
— de la lluvia, Tlaloc, 284, 352
— de la medicina, 417
— de la naturaleza, 150, 197
— de la suerte, 153, 200
— de la tormenta, Susano-o, 422
— de las tormentas, 177
— de los muertos, Hunhau, 263
— de los sueños, Morfeo, 439
— del cielo, 284
— del sol, 140
— del trigo, Dagón, 466
— del trueno, 42, 167, 221
— etrusco de la muerte (Charu), 297
— germánico del trueno (Thor), 235, 286, 297, 463
— indio de las tormentas, 194
— indio del fuego (Agni), 286, 458
— Indra, 418
— Odín, 471
— Osiris, 358
— Sobek, 115
— solar Apolo, 315
Dios/diablo, 433
Diosa Aruru, 447
— Chacchel, 237
— de la luna, 142
— de la noche (Hécate), 458
— de la salud (Higuieria), 362
— romana de los alumbramientos, 324
— de los caballos y la caza (Epona), 370
— del agua, 248
— del amor (Astarté), 344
— del amor (Afrodita), 271
— del sol, 67
— Durga, 263
— Itzpapalotl, 296
— Ixchel, 237
— Kuanyin, 467
— madre, 180, 319
— negra, 71
— negra Kali, 319
— Padma, 276
— solar Amaterasu, 178
Dioses del trueno, 177
— fluviales, 397
— leones, 208
— primigenios de la octuplicidad, 388
Disciplina del arcano, 44, 342
Divina Comedia, 111, 143, 242, 328, 403
Djed, 118
Doble águila, 24
Doblar la cerviz, 489
Doble hacha, 30, 138, 154, 190, 221, 278, 297 428
Docena del diablo, 328

Doctrina de las dos espadas, 177
Doctrina dualista, 145
Dodona, 167
Dólmen(es), 235, 303
Domini canes, 40
Dominus et Deus, 165
Don Carlos, 261
Don Quijote, **155**
Donación de la tierra, 301
Doncella de Ch'i, 106
— de Orleans, 63, 76, **155**, 177, 234, 237, 354
Dorado, 266
Dovelas, **156**
Drácula, **156**
Dragón(es), 23, 62, 63, 66, 70, 77, 115, 143, 150, **157**, 387
— blanco, 158
— del pecado, 171
— satánico, 139
— verde, 476
— verde azulado, 158
Dramas bucólicos, 124
Dschelaleddin Rumi, 179
Dschibril (Gabriel), ángel, 185
Dualismo, 155
Duración, 376

E

Ecce Homo, 101
Edad cósmica, 358
— de hierro, 159
— de Oro, 50, 115, **159**, 160, 197, 416
— de plata, 115
— dorada, 226
Edda, 193
Edipo, **159**
Egipto, **160**
Eje cósmico de cristal, 306
— del mundo, 26, 41, 47, 57, 113, 114, 118, 130, 134, 151, **161**, 181, 270, 303, 310, 324, 330, 446
— del universo, 51
Ejército de Wodan, 450
— salvaje, 77, 319
Ejércitos celestiales, 101
Elasippos y Mestor, 209
Elbrus, 309
Eldorado, **161**
Electricidad celeste, 392
Elefante, 85, **161**, 162, 326
— blanco, 161
Elemento(s), 19, 22, 54, 117, 136, **163**, 165, 200
— filosóficos, 164
Elena de Troya, 168
Elfos, 296
Eliade, M., 144
Emiliano, san, 246
Emmeran, san, 264
Emperador, 75, 100, 101, 114, **165**, 166
— del jade, 135, 247
En brazos de Morfeo, 439
Enano(s), 67, 70, 142, **166**
— de jardín, 167
Encina, 71, **167**, 168
Ende, 453
Engañoso arte de hacer oro, 426
Enseñanzas purificadoras órficas, 337
Entrañas de la tierra, 251
Enterrar el hacha de guerra, 222
Énula, **168**
Eos, 22, **168**, 169
Epona, diosa de los caballos y la caza, 370
Epopeya babilónica de Gilgamesch, 447
Equites romani, 75
Era cósmica, 420
Erato, 314
Erección de los Djed, 377
Erinias, 52, **169**, 214, 445
Erizo, **169**, 170
Ermitaño, **170**
Escala, **170**, 173
— de Jacob, 35
— de las virtudes, 171
— mística, 171
Escamandro, río, 232
Escarabeo, **171**
Escila, 109
Esclavitud de la carne, 244
Escoba, **172**
Escolástica, santa, 345
Escorpio, 168, 183
Escorpión, **173**
Escuadra, 120, 173, 174, 268
Escudo de David, 182, 224, 412
Escudos con rosas, 404
Esculapio (Asklepios), 108, 417
Esfinge, 159, 160, **174**, 175
Esfragística, 418
Eslabones, 81
Esmeralda, 88, **175**, 255, 375
Espada(s), 35, 40, 68, **176**
— cruzadas, 256
— curvas, 234
— de bambú, 177
— falciforme, 176
Espejo, 66, 152, **178**
— del alma, 382
— del viento, 478
Espiga de trigo, 198
Espinas, 46, 102

Espinazo de Osiris, 377
Espiral, 19, 111, **179**, 180
Espíritu alado, 119
Espíritus de tempestad, 450
— de los árboles, 415
— planetarios, 241
— zorros, 492
Espíritu/materia, 145
Espliego, 198, 199
Espuma del mar, 121
Esqueleto(s), 147, **181**, 194, 429
— vivientes, 429
Esquinas del mundo, 60
Estabilidad, 376
Estaca, 168
Estaciones estelares, 428
— lunares, 428
Estandarte, 124
Estrabón, 434
Estrella(s), 23, 30, 34, 47, 60, 61, 90, 99, 101, 102, 110, 129, 140, 168, **181**, 184, 185
— centelleantes, 296
— de cinco puntas, 186, 362
— de seis puntas, 186, 223, 412
— de ocho puntas, 364
— errantes, 378
— flamígera, 224, 363
— fijas, 306
— llameante, 377
— polar, 114
— rojas, 186
— soviética, 326
Estúpida gallina, 204
Estupidez, 48
Esus-Cernunnos (dios con cuernos de ciervo), 452
Esvástica (cruz gamada), 132, **186**, 425
Éter más sutil, 244
Eterna virgen, 146
Eterno retorno, 395, 468
Euffigneix (jabalí en piedra), 247
Euforbia, 199
Eulenspiegel, **187**, 275
Euterpe, 314
Evangelista Juan, 23, 25
Evangelistas, 92, 134
— símbolos de los, **187**
Existencia larval, 144

F

Faisán, 54, **190**
— dorado, 190
Falo, 107
Fama, **190**
Fasces, **191**
Fases de la luna, 391
Fauces del infierno, 273
Fauna, 197
Faunos, 229
Faunus (Pan), 197
Fausto, 67, **191**
Femenino maternal, 389
Feng-huang, 192
Fénix, 23, 53, 97, 190, **192**, 193, 241, 427
Fenris, lobo, 194
Fergus, héroe, 373
Fertilidad, 279
Férula, 448
Fetiche, 376
— de clavos, 114
Fetiches animales, 455
Fetichismo del pie y del zapato, 371
Fiesta de las fuentes, 202
— de las rosas, 402
— de los muchachos, 358
Figuras de hierro, 227
— geométricas, 440
— negras, 68
Fijeza solar, 164
Fin del mundo, 38, 68, 93, 153, 159, 181, 185, **193**, 250, 272, 312, 321, 323, 338, 462
— de los mundos, 468
Firmamento, 101
— estrellado, 363
Flauta pandeana, 347
Flavio Josefo, 244
Flecha(s), 30, 31, 98, **194**
— de la Falange, 426
— de la peste, 391
— de oro, 146
Flor(es), 14, 22, 55, 107, 154, **196**
— de acacia, 198
— de avellano, 198
— de lis, 272
— de loto, 196
— de manzano, 198
— de melocotonero, 249
— de oro, 196, 277
— de sauce, 417
— de tilo, 448
— del agua, 277
— enhiesta, 196
— lenguaje de las, **197**
Flora, 124, **197**
Floralia, 197
Fontinalia, 202
Fortalezas de Troya, 257
Fortuna, 27, 97, 124, **200**
Francmasonería, 56, 88, 219, 282, 292, 427
Francmasones, 69, 97, 118, 174
Frente, 34

Fresca flor, 417
Fruto prohibido, 193
Fuego, 19, 38, 39, 62, 68, 71, 83, 89, 90, 95, 107, **200**
— de san Antonio, 99
— del corazón, 202
— del infierno, 260
— del Olimpo, 449
— eterno, 162
— oscuro, 353
— y azufre, 212
— y nubes, 119
— vital, 479
Fuego/agua, 224
Fuente(s), 20, 22, 64, 105, **202**, 382
— de hijos, 107
— de Hipocreme, 360
— del caballo, 314
— eterna de la juventud, 245
— milagrosas, 203
— sagradas, 314
Fuerza primitiva, 288
Fuerzas lunares, 261
Fu-hsi, sabio, 174
Fujiyama, 309
Fulgurita diamantina, 289
Furias, 169

G

Gafas, **204**
Gallina, **204**
— celeste, 389
Gallo, 53, **205**
— rojo, 205
Ganesha, dios de la erudición, 390
Ganso(s), 207, 354
— domésticos, 207
— silvestres, 207
Garcilaso de la Vega, 182
Gardet, 243
Gargas, 291
Garizim, 309
Garm, perro infernal, 194
Garza, 53, **207**, 218
Gato(s), 72, 83, **208**, 209
— negros, 208, 209
Gautama Buda, 161
Gehena, 212, 242
Gemelos, **209**
— de jaguar, 350
Géminis, 183
Gengis Khan, 127, 262, 272
Genio, **210**
— bueno, 210
Genius loci, 210
Geografía mítica, 244
Geometría especulativa, 432
Gesta Romanorum, 203, 230, 367, 407, 435, 467, 480
Gesto del orante, 292
— obsceno, 227
Gigante(s), 70, 128, 157, 166, **211**, 229
— de la escarcha, 225
— Goliat, 392
Gilgamesh, 244
Gilles de Rais, 155
Ginecocracia, 490
Girasol, 199
Gladíolo, 199
Glauco, 109
Gobierno de las zapatillas, 490
Gog y Magog, 38, 45, 194, **212**
Golem, **212**
Goliat, gigante, 392
Golondrina, 53, **213**
Gorgona(s), 121, **214**, 331, 385
Gorion, E. bin, 193
Gorro frigio, 445
Gozosa fecundidad, 358
Gracia de Dios, 386
Gracias, **214**
Grado de rosacruz, 362
Gran Espíritu, 111
— femenino, 395
— Negro, 319
— ramera, 58
— ramera, Babilonia, 388, 401
Granada, **215**
Grandes arcanos, 406
— luces, 282
— luminares, 268
Grial, 150, **216**, 414
— leyenda del, 311
Grien, H. B., 149
Grifo, **216**
Grifos voladores, 217
Grillo de árbol, 105, 106
Grimm, hermanos, 287
Grulla, 53, 154, 213, **217**
Guadaña, 129, 429
Guante, **218**
— de desafío, 218
Guardián del umbral, 465
Guatavita, 161
Gerras de flores, 196
Guillermo Tell, 155, 442
Guisante de olor, 199
Gudrun, 425
Gullinsbursti, 246
Gunnar, rey, 425

BIBLORED
RED CAPITAL DE BIBLIOTECAS

H

Haba, **220**
Hablar lenguas, 264
Hacer medicina, 301
Hacerse rey, 396
Hacha, 91, **220**
— de guerra, **221**, 485
Hades, 299
Halcón(es), 54, **222**
Hänsel y Gretel, 133
Harakiri, 177
Hatteria, 333
Hécate, diosa de la noche, 458
Helios (Sol), 168
Hera, 135
Heráldica, 36, 40, 63, 95, 105, 113, 118, 127, 132
— alemana, 186
— europea, 266
— inglesa, 404
Heráldicos, símbolos, **222**
Herejía del triteísmo, 459
Hermafrodita, 33, 34
Hermanos de la asociación, 323
— Grim, 233, 287
Heródoto, 160
Héroe en zapatillas, 490
— Fergus, 373
— Maui, 394
Hesiodo, 115
Hetairas, 197, **223**, 388
Hexaemeron, 417
Hexagrama, 36, 182, **223**, 224, 225, 239, 327, 412, 417, 456
Hiedra, **225**
Hielo, **225**
— saltado, 226
Hiena, **226**
Hierro, 36, 173, **226**
Higa, 122
— gesto de hacer la, **227**
Higuera, 43
— seca, 228
Higuieria, diosa de la salud, 362
Higo, **227**
Hijo(s) de Júpiter, 255
— de los planetas, 379
— de Noé, 323
— del Cielo, 166
— del cinturón, 108
Hijas de la noche, 353
Hildegarda de Bingen, santa, 264, 284, 314, 332, 335, 375, 404, 446, 447, 448, 480
Hilo de Ariadna, 238
— mágico rojo, 93
Himalaya, 153
Himno del alma, 367, 375
Hipopótamo, **228**
Hohberg, 206, 208
Hoja(s) de encina, 198
— de laurel, 198
— de olmo, 199
— de trébol, **229**
Holbein el joven, 146
Hombre(s) de cabeza de perro, 230
— de la medicina, 301
— de los bosques, 229
— lobo, 272, 274, 340
— salvajes, 27, 70, 98, 211, 339, 415
— selváticos, **229**, 230
— tigres, 448
— total, 290
— zorros, 492
Hombre/mujer, 33, 433
Homero, **231**
Hongos, **232**
Horas, **232**
Horcas caudinas (yugo caudínico), 489
Horeb, 309
Hormiga, 40, **233**
Horno, **233**
Horripilantes objetos simbólicos, 339
Hoz, **234**
— de cobre, 400
— de oro, 311
— y martillo, 426
Huella de Dios, 371
Huesos, **235**
— de la madre tierra, 372, 373
Huevo(s), 53, 135, 140, **235**
— de cuco, 135
— de paloma, 344
— de serpiente, 66
— filosófico, 236
— primario, 129
Hünengräber, 303
Huracán, 450
Huso, 41, 161, **236**
Hypnos (Somnus), **237**, 296, 445

I

Ibis, 53, 217, **238**
Ícaro, 52, **238**
Iconografía alquímica, 181, 236, 248, 254, 261, 265, 273, 278, 459
— de la antigua China, 384
I-Ching, 107, 165, 174, 225, **239**, 326, 488
Ichthys, 357
Ideales de belleza, 474
Ideario de los alquimistas, 363

Ídolo(s), 38, 109, 114, 152, 234, **240**
— Bafomet, 286
— de oro, 288
Imágen(es):
— contrapuestas, 434
— del padre, 396
— del Uno, 487
Imaginería astrológica, 331
Imperio de la rueda, 405
Imperios matriarcales, 490
In vino veritas, 479
Incienso, **240**
Incorporeidad, 35
Indra, 356
Infierno, 17, 20, 60, 101, 115, 143, 149, 158, 176, 191, 193, **242**
Inocencia, 35
Interiorización, 267
Invocadores de Satanás (jezidi), 355
Ireneo de Lyon, 189
Iris, 82
Isis (Eset), 173
Isla(s):
— Bahrein, 244
— de Atlántida, 109
— de los bienaventurados, 50, 51, 117, 152, 232, **243**, 244, 248, 253, 317, 331, 351, 428, 454
— felices, 244
Israfil (ángel de la muerte), 429
Itzcóatl, serpiente de obsidiana, 393
Itzpapalotl, diosa, 296
Ixchel, diosa lunar, 237
Izquierda, 105

J

Jabalí, 18, 99, 223, **246**
Jacinto, **247**
Jacobo de Vorágine, 386, 407
Jade, 106, 176, **247**, 375, 464
Jadeíta, 247
Jano, **248**
Jardín(es), 71, 85, **248**
— de las hespérides, 248
— del cielo, 196
— del Edén, 103
— del paraíso, 248
Jaspe cristalino, 133
Jauja, **250**
Jenofonte, 486
Jerusalén, 38, 58, 59, 114, 130, **250**
— celestial, 101, 133, 136, 194, 202, 250, 367
Jeroglíficos, 293
Jerónimo, san, 204
Jezidi (invocadores de Satanás), 355
Jinete apocalíptico, 430
Jizo, **251**
Job, 194, **251**
José, **252**
Joviales, 379
Joya(s) de funcionario, 283
— de la buena suerte, 492
— inmóviles, 440
— móviles, 379
Juan de Zumárraga, 268
Juana de Arco, 155, 177, 237, 354
Judas, 30, **253**
Judas del Tirol, 253
Judío errante, 49
Judit, 177
Juego(s), 134, **253**
— de azar, 254
— de fútbol, 254
— de la nube y la lluvia, 323
— de niños, 254
— de pelota, 254
— del cielo e infierno, 253
— del molino, 253
— de la luna, 415
Juicio de Dios, 40
Juicio final, 149, 193, 213, 310, 323, 359, 461
— salomónico, 411
Jung, C. G., 137
Juno, 197
Juno Lacinia, 324
Júpiter, 23, 34, 154, 167, 175, 193, 197, **254**
Júpiter Ammón, 91
Júpiter Julius, 165
Juramento de Rütli, 443
Justicia, 97
Justiniano I, 223
Juventud, 403

K

Karma, 398
Kasper, E., 144, 154
Kekata triformis, 237
Kronos (Saturno), 124
Ksenofontov, 139
Kuanyin, diosa, 467
Kuenlún, 177
Kukri, **256**
Kummernus, Sa, 231
Kundalini, serpiente, 422, 488
Kung-fu-Tse (Confucio), 240
Ky-lin, unicornio, 192

L

La de la falda de jade (Chalchihuitlcue), 248
Lábaro, 128, **257**
Laberinto, 181, **257**, 451
Lagarto, 41, **258**
Lágrimas de cocodrilo, 115
Langer, G., 145
Langosta(s), 173, **258**, 259
— migratorias, 259
Lanza, 46
Lapidarios, 490
Lapislázuli, 475
Láquesis, 353
Lascivia extraconyugal, 45
Latidos del corazón, 122
Látigos, 46
Laurel, 146, **259**, 333
Lazaretos, 260
Lázaro, 16, **260**
Lazo de Isis, 325
Lazo Sa, 228
Lectura en voz alta, 266
Leche, 15, **260**
— de virgen, 415
— filosófica, 415
— materna, 90
Lechuza, 72, 140, **262**
Leland, Ch., 152
Legenda aurea, 386
Lengua(s), 57, 176, **263**
— ardientes, 212
— bífida, 264
— de ángeles, 264
— de fuego, 263
— de rana, 389
— llameantes, 200
— viperina, 264
Lenguaje de las flores, 90
Lentes, 204
Lechuza, 53
Leo, 183
León(es), 44, 66, 70, 90, 168, 174, **264**
— chinos, 370
Lessing, 403
Levantarse con el pie izquierdo, 371
Leviatán, 115
Leyenda áurea, 407
— del Grial, 311
Libertad de besos, 311
— de bufón, 275
Liborada, 231
Libra, 183
Libro, 120, **266**
— de la sagrada ley, 268
— de la selva, 275
— de las transformaciones, 239
— de los documentos, 164
— de los muertos, 208
— de los ritos, 326
— de Rasiel, 267
— de siete sellos, 267
— del Sohar, 457
— lapidarios, 405
— mudo, 400
— sagrado, 266, 267
— sobre piedras, 375
Licencia del infierno, 253
Liebre, 177, **268**
— de Pascua, 269
— siempre lasciva, 222
Lif y Lifthrasir, 194
Ligadura, 324
Lila, 198, 199
Liliácea dulce, 271
Lilith, 263
Limbo, 115, 299
Limpieza, 277
Lince, 223, **270**
Línea Sigfrido, 425
Lingam, 81, 122, **270**
Lingam-yoni, 488
Lipa, 448
Lirio(s), 14, 35, 68, **271**, 316
— azul, 55
— de los Borbones, 272
— del campo, 271
— florentino, 272
Lobo(s), 38, 40, 72, 124, 127, **272**
— de los metales, 273
— diablo, 273
— escogido, 272
— esteparios, 274
— Fenris, 194
Loco, **275**
Locura de la flor de melocotón, 301
Loki, 201
Lonitzer, 151
Loto(s), **276**
— Blanco, 68
— doblados, 277
Luces fijas, 474
— móviles, 474
Lucifer, 150
Lugar(es) de peregrinación, 73, 382
— sagrado, 303
— simbólico, 280
Luminares, 278
Luna, 18, 22, 34, 47, 62, 79, 83, 88, 179, 27
— llena, 237
— nueva, 237
Lupino, 198

Luz, 39, 81, **280**
— de arriba, 181
— de la luna, 470
— de la salvación, 97
— del Espíritu, 182
— del mundo, 280
— eterna, 282
— interior, 96
— principal, 437
Llanura de lo cotidiano, 310
Llave, 37, **283**
— de atar, 284
Lluvia(s), 19, 47, 87, 99, 101, 175, **284**

M

Maat, 122
Macrobio, 359
Macho(s) cabrío(s), 48, 58, 65, 72, 80, 91, 139, 150, 151, 206, **286**, 415
Machos cabríos salvajes, 92
Madera de ciprés, 109
Madrastra, **286**
Madre(s), 20, 44, **287**
— de todos los vivientes, 295
— del trigo, 476
— del sueño, 322
— diligente, 100
— Eva, 365
— luna, 279
— primigenia, 127
— terrible, 287
— tierra, 40, 92, 117, 251, 284, 335
— tribales, 475
Maestro de la silla, 282, 378, 457
Magia blanca, 149, 291, 363
— negra, 107, 149, 155, 182, 363
Mago Apolonio de Tiana, 269
Mal de ojo, 122, 149, 227, 311, 332
Mala hierba, 197
— mirada, 331
Malas lenguas, 220
Malvado lobo, 340
Mamífero alado, 313
Mammón, **288**
Manantiales, 19
Mandala, 111, 134, 225, 258, **289**, 406, 487
Mandorla, **289**, 321
Mandrágora, 162, **290**, 291
Mano, 148, **291**
— de Fátima, 291
— pentadactilar, 363
Mantichoras, 448
Manto, 55, **293**
— violeta, 116
Mantos imperiales, 117
Manú, padre de la raza humana, 358
Manzana, 17, 162, **294**
— de la discordia, 294
— del paraíso, 294
— imperial, 129, 295
— persa, 301
Mar, 22, 32, 50, 51, 52
— de Sodoma, 434
— Rojo, 366
Marciales, 379
Marduk, 234
Mariposa, **295**
Mariposas blancas, 155
Marrón, 117
Martagón, 199
Marte, 31, 34, 90, 122, 197, **297**
— y Venus, 69
Martillo, 46, 69, 91, 131, 283, **297**
— de combate, 220
— de Thor, 186, 298
Maruts de la antigua India, 450
Más allá, 18, 19, 20, 26, 59, 102, 110, 128, 148, 178, 180, 242, 244, 247, 248, 250, 260, 278, **298**, 304, 317, 321, 383, 386, 428, 438
Máscara(s), 125, **299**
Máscara de Agamenón, 300
Masonería, 268
Matemática mística, 378
Materia prima, 122, 345, 400
— prima azufre, 265
Maternidad, 233
— virginal, 54
Matrimonio, 68
— josefino, 253
Maui, héroe, 394
Media luna, 151, 154, 182, 227, 247
Medicina, **301**
— antiqua, 446
— antroposófica, 311
Mefistófeles, 191
Megalitos, 235
Melambo, 152
Melocotón, **301**
— de la larga vida, 308, 331
Melocotonero, 42
Melpómene, 314
Memento mori, 395
Mendigo, **302**
Menhir(es), 73, 161, **303**, 399
Menopausia, 425
Menta, 198, 199
Mentalidad despreciable, 258
Mercurio, 18, 34, 81, 161, **304**
Metal de Chipre, 115
— noble, 337, 437

— solar, 125
Metales innobles, 373
Metamorfosis, 226, 247, 316, 469
Meteoritos, 372
Midgard, serpiente, 194
Miel, 13, **304**, 394
Mil años, 383
Milenrama, 199
Mimosa, 198
Minotauro, 257, 452
Mirada de lobo, 273
Misas negras, 319
Misteriosa esfinge, 175
Mitología azteca, 142
— islámica, 429
Mitos mayas, 127
Mitra, 142
Micóatl, 323
Mneseus y Autochton, 209
Mochuelos, 262
Moiras, 322, 323
Moisés, 107, 139, **305**
Molino, **306**
— místico, 307
Monje mendigo, 251
Mono(s), 153, 230, **307**
— encadenados, 308
Mont Sauvage, 311
Montaña(s), 17, 95, 143, 172, **309**
— bendita, 412
— cósmica, 133
— de los dioses, 443
Montañas sagradas, 309, 335, 361
Monte(s), 72, 150
— Horeb, 478
— Olimpo, 254
— sagrados, 314
— Sinaí, 292, 461
— Sión, 123, 250
Morfeo (dios de los sueños), 439
Mordedura de serpiente, 314
Morera, 42
Mosca(s), 41, **311**
Mudras, 291
Mujer(es):
— acuáticas, 419
— cisnes, 112
— con barbas, 230
— del sol, 279, 482
— serpiente, 23, 387
— zorras, 491
Muérdago, 167, **311**
Muerte, 43, 194
— de la paja, 242
— de las flores, 414
Mundo(s):
— al revés, 209, 250
— debajo del otro, 103
— femeninos, 357
— inferior, 103, 237
— lunar, 414
— lunar femenino, 105
— mental de la alquimia, 337
— subterráneo, 142, 421, 443
— superior, 103
Mundus, **312**
Murciélago(s), 27, 150, 154, **313**
— cortador de cabezas, 313
— rojos, 313
Muro occidental, 425
Musas, 106, **314**
Musgo, 199
Muslos de loto, 276

N

Nacimiento de Venus, 121
Narcisismo, 316
Narciso, 198, **316**
— (blanco), 199
Nariz, **316**
Nave, 44, **317**
— de la vida, 452
— de los muertos, 298
Náyades, 419
Negro, **318**
— Saturno, 117
Neguilla, 198
Neith, 194
Némesis, 216, **320**
Nemrod, rey, 15, 185, **320**
Nereidas, 419
Niebla, 170, **321**
Nimbo, 111, 182, 211, 289, **321**
Nimbus, 35
Ninfas, 419
— de las fuentes, 419
Niños lobo, 275
Noche, **321**, 445
— de Walpurgis, 197
Noé, 43, 131, 140, 143, 153, **322**
Nomeolvides, 199
Normas, 237, **323**
Nubes, 38, 101, 102, **323**
— de la buena suerte, 323
— de lluvia, 172
Nudo(s), 119, 149, **324**
— de amor, 324
— de hechizo, 325
— de la suerte, 325
— gordiano, 27, 324

— místico, 325
Nueva Jerusalén, 250
Nueve, 68, **325**
— cabezas, 88
— coros de ángeles, 326
— dragones, 158
— niveles, 310
— rabos, 491
— triángulos, 225
Nuevo Paraíso, 305
Nuez, **326**
Número(s), 38, 107, **326**
— cuatro, 327
— diez mil, 186
— nueve, 328
— sagrados, 327, 423
— sagrado siete, 427
— seis, 327
— 666, 329
— simbólicos, 325, 417

O

Obelisco(s), 118, 161, **330**, 381
Octuplicidad, **330**
Ocrisia, 201
Ocho, 87
— cleinodias, 367
— inmortales, 165, 245, 316, **331**
— tesoros, 325
Odín, dios, 141, 272, 321, 471
Ofrenda pura, 261
Oiras, 237
Ojo(s), 16, 53, 55, **331**
— abiertos, 269
— de Dios, 459
— de Horus, 479
— de la negra noche, 322
— de la providencia, 333
— de lince, 270
— de loto, 276
— de tigre, 226
— del demonio, 263
— estrellas, 26
— omnividente, 332
— que todo lo ve, 457
Olimpo, 309
Olivo, **333**
Ombligo, 301, 334
— del mundo, 334
Omphalos (ombligo), 113, 153, 250, 270, 306, 312, **334**, 372
Ondas circulares, 179
Ondinas, 410, 419
Onfala, reina lidia, 490
Oracula Sibyllina, 423
Ordalía, 40
Orden cósmico divino, 326
Oreja, **335**
Orejones, 335
Orfeo, 147, 171, **336**
Órganos femeninos, 142
Orígenes, 417
Orión, 168, 173, 183
Oro, 29, 54, **337**
Ortiga menor, 199
Osculum infame, 150
Oscuridad, 39, 129, 280, **338**
— misteriosa, 321
Oscuro bosque, 70
Osiris (Usiré), 173, 358
Oso(s), 70, **339**
— ruso, 340
Otro mundo, 430
Otra orilla, 298
— realidad, 430
Oveja, 90, **340**
Ovidio, 115, 197
Oxé, 154
Owen, 143

P

Pabellón del cielo, 110
Padre(s), **342**
— de la raza humana, Manú, 358
— del pueblo, 342
— del universo, 272
País de Jauja, 245
Pájaro rojo, 151
Pájaros blancos, 143
— del trueno, 392
Palacio flotante, 449
Paleta, **342**
Pálida muerte, 272
Palma de la victoria, 343
— florida del paraíso, 343
Palmera, 35, **343**
Paloma, 43, 53, 68, 155, **343**
Palpabilidad, 164, 410
Pámpano, 199
Pan, 150, 197, **345**
— (Faunus) dios griego de los pastores, **346**
— de vida, 345
— y cerveza, 345
Pandora, **347**
Pantera, 62, **348**
— y urraca, 349
Paño cuaresmal, **350**
Paños de hambre, 350

Papagayo, **350**
Paracelso, 167
Paraíso, 15, 17, 35, 50, 67, 102, 134, 143, 163, 176, 193, **350**
— bíblico, 41, 130
— perdido, 159, 350
— restaurado, 202
Parcas, 28, 236, 322, 323, **352**
— romanas, 353
Pardo, **353**
Parentalia, 220
Parilia, 201
Paris, 168
Parsifal, 216
Partir el pan, 345
Pasionaria, 198
Pastor, **353**
Pastores de pueblos, 354
Paterfamilias, 210
Pato, **354**
— mandarín Yüan-yang, 355
Pavo, 53
— real, 355, 427
Pavonearse con plumas ajenas, 381
Paz y armonía, 490
Peces, 19, 33, 39, 62, **357**
Pech-Merle, 291
Pecho, **359**
Pegaso, caballo alado, 77, 314, **360**, 380
Peinada, 284
Peldaños, **361**
Pelícano, 53, 192, **361**, 427
Pelota, **362**
— de Pascua de Resurrección, 362
Peludos, 229
Pentaclos mágicos, 445
Pentagrama, 107, 182, 224, 227, 327, **362**, 387, 427, 465
Peonía, 198, **364**
Pequeño pueblo, 167
— rey, 66
Pequeñas luces, 282
Pera, **365**
Peregrinación, **365**
Peregrinaciones a montañas, 365
Peregrinos, 121
Pérfido gato, 209
Período ginecocrático, 395
— matriarcal, 395
Perla(s), 18, 62, 120, 121, **366**
— rejuvenecedoras, 368
Peroo, 39
Perpetuum mobile, 405
Perro(s), 47, 74, 151, **368**
— coreanos, 369
— de Buda, 370
— de caza del Ulster (Cú-Chulainn), 370
— de tres cabezas, 242, 368
— infernal Garm, 194
— leones, 266, **370**, 450, 466
— negros, 368
— salvaje, 145
— Xolotl, 393
Perséfone, 215, 232
Persona completa, 389
— con cabeza de perro, 369
— de experimento, 252
— selvática, 231
Pétalo de rosa, 199
Pez-cabra, 79
— de un solo ojo, 358
Physiologus, 115, 151, 162, 169, 192, 207, 226, 233, 238, 258, 264, 269, 273, 308, 356, 410, 467
Pico del papagayo, 350
Pie (huella), **370**
— de macho cabrío, 371
Piedad filial, 104
Piedra, 51, 74, 143, 167, **372**
— cúbica, 444
— de los sabios, 33, 151, 236, 331, 373, 374, 380, 427
Véase también Piedra filosofal
— de molino, 306
— del mes, 88, 464
— filosofal, 30, 68, 141, 151, 192, 265, 319, 345, 373, 374, 396, 399, 400, 415, 416, 484
Véase también Piedra de los sabios
— labrada, 136, 372
— larga, 303
— preciosa, 123, 226, 374
— tosca, 298
— y bambú, 316
Piedras:
— calientes, 399
— cóncavas, **373**
— de fuerza, 374
— de los meses, 375
— de sacrificios cruentos, 374
— de Tara, 373
— de yang, 488
— de yin, 488
— del Omphalos, 394
— del rayo, 463
— lunares, 279
— preciosas, 30, 37, 125, 128, 151, 255, 304, 337, 372, **374**, 376
Pies, 47
— de loto, 276
Pigmalión, **376**
Pilastra Djed, **376**, 377
Pino, 24, 107, **377**

Pipa de la paz, 221, 485
Pirámides, 160
— escalonadas, 361
Piscis, 183, 358
Pitágoras de Samos, 67, 172, 220, 241, **377**, 457
Plagas egipcias, 473
Planeta:
— andrógino, 304
— femenino, 279
— Mercurio, 31
— Venus, 115, 142
Planetas, 87, **378**
— tradicionales, 280
Plantas simbólicas, 483
Plata, 86, 88, **379**
— amarilla y blanca, 331
Plinio, 213, 226, 269
Plomada, **379**
Plomo, 79, 146, **379**
Pluma(s), 16, 26, 27, 51, 53, 84, 112, **380**
Plumaje, 53
Pobre Lázaro, 260
Pobres almas, 386
Poder de las llaves, 283
— imperial, 462
Poderes anticristianos, 212
— superiores, 47
Polifemo, 211
Polimnia, 314
Pomeroy, 409
Pompeya, 210
Poner huevos de oro, 205
Por la gracia de Dios, 396
Portero del cielo, 283
Poseidón, 148
Poste, pilar, **381**
— sagrado, 161
Postes totémicos, 454
Postura orante, **381**
Pozo(s), 203, **382**
— de la juventud, 382
— del abismo, 383
Prepotencia de la mujer, 490
Príamo, 168
Príapo, 207
Príncipe de Jerusalén, 251
— de las tinieblas, 338
Problema 47 de Euclides, 457
Profecía del 666, 38
Progenitores asexuados, 288
Prometeo, 51, 73, **383**
Proserpina, 232
Prostituta, 218
Psicología profunda, 274
Psicomitología, 431
Pueblos paganos, 99
— salvajes, 447
Puente, 44, 194, **383**
— de Cinvat, 384
— Milvio, 257
Puerta, **384**
— de la Iglesia, 101
— del cielo, 58
Puerco marino con escamas, 148
Pulpo, **385**
Puntos cardinales, 117
Pureza/pecado, 433
Purgatorio, 20, 299, **386**
— de san Patricio, 143
Puro loco, 275
Púrpura-Mercurio, 117

Q

Quelidonio, 213
Querubín(es), 216, 355
Quetzalcoatl, 421
Quimera, 79, 360, **387**
— de Arezzo, 387
Quintaesencia, **387**, 427
— espiritual, 364
Quinto elemento, 387
Quiromancia, 293

R

Rábano Mauro, 329
Rabenau, 141
Rabo de zorro, 491
Ragnarök, 193
Rafz de Jesé, 42
Ramas terrestres, 428
Ramayana, 307
Ramera, **388**
Ramita de arrayán, 198
Rana, **388**
Ranas y serpientes, 330
Renke-Graves, R., 154
Rasgos brujeriles, 109
— matriarcales, 395
Rata, 47, **390**
— de dinero, 390
Ratón, **390**
Ravenstein, 141
Rayo(s), 59, 100, 151, **392**
— de diamante, 151
— de energía, 331
— de luz, 139
Rayos solares, 103, 180, 194
Realeza, 125

Rechinar los dientes, 152
Red, 41, 394
— del diablo, 394
— para capturar demonios, 394
Reflejo, 128
Regazo materno, 107
Reina, 14, **394**
— de las aves, 22
— de las brujas, 394
— lidia Onfala, 490
Reino de la luz, 145
— del centro, 161
Rejuvenecimiento, 420
Religión de Mitra, 115
Reloj de arena, 181, 339, **395**, 429
Renacer, 237
Rhea, titana, 154
Reseda, 198
Resina fósil ámbar, 304
Representaciones teatrales, 307
Rey(es), 14, 49, 65, 69, 71, 75, 84, **395**
— Balor, 331
— David, 250
— de Egipto, 354
— de las montañas, 447
— de los animales, 264
— de los gallos, 206
— de los metales, 436
— del haba, 220
— Gunnar, 425
— hereje, 280
— pavo, 355
— rana, 389
— sabios, 50
Rico libertino, 260
Río(s), 18, 19, **397**
— de sangre, 384
— Escamandro, 232
Risa del cielo, 463
Rito escocés, 402
Ritos nupciales, 324
Roca(s), 148, **398**
Rocío, 22, 53, 169, **400**
— celestial, 305
Röhrich, L., 137
Rojo, 29, 55, 56, 114, 117, 173, **400**
— de cardenal, 401
— Marte, 117
— verde, 401
Rojos de cara, 401
Rolando, **402**
Roman de la Rose, 196
Romanticismo pastoril, 354
Rompenieve, 199
Rómulo y Remo, 297
Rosa(s), 199, **402**
— blanca, 403, 404
— cándida, 403
— de la doctrina, 405
— de la gota, 364
— de los Tudor, 404
— de ventana, 406
— silvestre, 199
Rosacruz, 403, 427
Rosalia, 402
Rosenstein, 371
Rotas, 406
Rubí, 375, **404**
Rudra, 194
Rueda(s), 91, 110, 130, **405**
— de la buena suerte, 406
— de la vida, 406
— de los espíritus, 301
— de medicina, 301
— del destino, 216
— provistas de ojos, 406
— solar, 436, 438
Ruiseñor, 16, 53, **407**
Runa de vida, 408
Runas, 372, **408**, 412
Roque, san, 368

S

Sabazios, 127
Sabbat de las brujas, 409
Sabiduría, 125
— antigua, 131
Sacerdotes del jaguar, 277
Sacrificio cruento, 220
Sacrificios humanos paganos, 374
Saeta, 194
Safo, **409**
Sagitario, 98, 183
Sagrada boda, 446
— mathesis, 377
— puerta, 384
Sal, **409**
— de la sabiduría, 410
— de la tierra, 410
— sapientiae, 410
Salamandra, **410**
Salario de ramera, 388
Salomón, 96, 224, 250, **411**
Samaritana, 382
Samaritano, el buen, **412**
Samaritanos, 310
Sangre, 41, 94, 121, 123, 169, **412**
— azul, 414
— de cuatro animales, 480
— de gallina, 204

— de las uvas, 479
— de los mártires, 215
— de toros sacrificados, 413
— de zorro, 491
— pura, 413
Sanguíneos, 413
Sansón, 211, 305
Santas barbudas, 34
Santiago de Compostela, 365
Santorín, volcán de Thera, 306
Santos estilistas, 381
— reyes, 241
Sapo(s), 72, 116, 150, **414**, 427
— expiatorio, 414
— sobre el pecho de una mujer, 415
— venenoso, 66
— y serpientes, 242
Sara negra (Sarah-la-Kali), 320
Sarasvati, 356
Sargón, 166
Sarpedón, héroe, 237
Satán, 149
Sátira, 415
Sátiros, 59, 229, **415**
— y silenos, 225
Saturno, 30, 34, 48, 51, 74, 108, 109, 129, 193, **416**
Sauce, 199, **417**
— llorón, 199
Saúco, 199
Schiller, 217
Schirdana, 176
Schmidt, L., 137
Secta de huevos de pata, 355
— órfica, 336
Sectas gnóstico-maniqueas, 362
Sechnet, 194
Sede de la iluminación, 151
Sedes de almas, 303
Segundo templo, 250
Seis, **417**
— grandes reyes, 418
— muchachos, 270
— ríos, 418
Selenita, 355
Sello, **418**
— de Salomón, 36, 182, 224, 327, 412, 417
Sendero de la izquierda, 291
Seno de Abraham, 260
Seno materno, 68, 488
Senos, 123
Señales en el cielo, 465
Señor de la danza con el loto, 276
— de la superabundancia, 450
— de la Turquesa, 464
— de las abejas, 305
— de los buenos olores, 276
— del cielo, 254
— del fuego (Yun Kak), 241
— soplo de vientos, 478
Señora de las palmeras datileras, 343
Sepulcros megalíticos, 303
Seres acuáticos, 21, 410, **418**
— demoníacos, 259
Serpiente(s), 17, 23, 45, 52, 66, 72, 73, 78, 81, 87, 88, 110, 112, 115, 152, 162, 168, 169, 173, 174, 210, 214, 217, 294, 381, **420**
— alimentadas en el seno, 423
— de bronce, 420, 473
— de colores, 393
— de nubes, 323
— de obsidiana, Itzcóatl, 393
— de ocho cabezas, 177
— coronada, 66
— emplumada, 65
— gigantes, 157
— Kundalini, 271, 422, 488
— Midgard, 194
— que se muerde la cola, 421
— turquesa (Xiuhcoatl), 464
— Vasuki, 422
— venenosas, 103
Seth, dios, 115
Sexualidad extraconyugal, 388
Shiva, 161, 270
Shri-Yantra, 225, 487
Sibilas, 267, **423**
Siete, 87, 92, **423**
— artes liberales, 173, 424
— columnas de la Sabiduría, 119
— dioses de la fortuna, 72
— dioses de la suerte, 153
— espadas, 177
— estrellas, 185
— hijas de Atlas, 452
— ojos, 139
— peldaños, 171, 361
— planetas, 185, 424
— veces siete días, 425
Sigfrido, 49, **425**
Sigilografía, 418
Signo astrológico, 115
— de fuego, 99, 266, 341
— de Higuieria, 362
— de tierra, 452
— pitagórico, 362
Signos fascistas, 426
— simbólicos políticos, **425**
Silenos, 229
Silla de la gracia, 460
Simbolismo alquímico, 110, 141, 161
— astrológico, 358
— de la muerte, 272

— de los cuentos, 237
— de los números, 377, 474
— de los sueños, 152
— francmasónico, 16, 23, 57, 81, 118, 125, 136, 171, 182, 218, 251, 298, 339
— heráldico, 404
Símbolo(s) alquímicos, **426**
— astrológicos, **427**
— de agua, 456
— de fuego, 456
— de la inmortalidad, 311
— de la muerte, 18, 235, 417, **428**, 429
— de la plenitud, 328
— de los sueños, **430**
— de santuario, 443
— de vida, 104
— del caos, 338
— del orden, 181
— fálicos (masculinos), 381, 421, 430
— femeninos, 431, 457
— francmasónicos, 120, **432**, 433
— heráldico, 22, 222
— masculinos (fálicos), 430
— político, 187, 190, 195
— terrestre de luz, 115
Simpatía, 227
Sinagoga, 99
Sinaí, 309
Sirenas, 419
Sistema dual, 19, 23, 54, 81, 101, 115, 117, 119, 133, 145, 148, 209, 224, 240, 244, 270, 278, 280, 289, 297, 401, 456
— dual cósmico, 487
Sistemas duales, 47, 69, 130, 143, **423**
— francmasónicos, 283
Sócrates, 486
Sodoma, 231
— y Gomorra, 353, 388, 410, **434**, 435
Sofía, **435**
Sófocles, 160
Sol, 19, 22, 23, 31, 37, 47, 52, 109, 123, **436**
— de agua, 153
— rojo, 62
— y luna, 69, 433
Sombra(s), 43, 68, 142, 172, **438**
Sombrero, 94
Somnus (Hypnos), **439**, 445
Spiritus familiaris, 210
Stoker, B., 156
Strauss, R., 187
Sublimación, 421
Sublime Puerta, 384
Sueño(s), 100, 137
— alegóricos, 430
— teoremáticos, 430
Susano-o, dios de la tormenta, 177, 422
Supersticiosa veneración, 371
Sustitutivos de montañas, 361

T

Tabla de pueblos, 320
Tablero de dibujo, **440**
Tabor, 309
Tácito, 434
T'ai-chi, 111
Talía, 225, 314
Talmud, 153
Tara, 373
Tarasca del hohar, 486
Tarot, 19, 275, 406, **440**
Tau, 212
Té, **441**
Teatro no, 300
Tejo, **442**
Tejón, **442**
Tell (Guillermo), **442**
Templo, 16, 133, **443**
— de Jerusalén, 87, 96, 372
— de la humanidad, 136, 444
— de Salomón, 96, 118, 444
— del cielo, 101, 120, 133
— -torre, 58
Tenazas, 46
Tenebrosa caverna, 244
Tenochtitlán, 267
Teodora, 223
Teorema de Pitágoras, 327, 377
Teoría de Freud, 160
— órfica de la creación del mundo, 336
Teotihuacán, 263
Terapia de tattwa, 165
Teresa de Ávila, 194
Terpsícore, 314
Tesoro(s), 45, 205, **444**
Tetragrámmaton, 134, 224, 328
Tetramorfo, 188, 189
Texcatlipoca, 178
Tezeuco, 268
Thanatos, 237, **445**
Thor, dios germánico del trueno, 286, 297, 463
Thor/Donar, 167
Thurneysser, L., 175
Tiara, 125, **445**
Tíbet, 201
Tierno sauce, 417
Tierra, 17, 19, 36, 41, 47, 51, 57, 69, 80, 83, 102, 107, 134, **445**
— cenagosa, 353
— de Jauja, 351
— -femenino, 84

— inculta, 231
— primigenia, 116
— prometida, 261, 354
— prometida de los bienaventurados, 244
— vientre de la, 142
Tigre, 85, **447**
Tigris, 320
Tilo, **448**
Timeo, 164
Tinieblas, 280
— egipcias, 305, 338
Tirso, 225, **448**
Titanic, **449**
Tlaloc, dios de la lluvia, 284, 352
Tocados, **449**
— de plumas, 139
Tollán, 250
Tomar el velo, 473
Tomillo, 199
Tonel de las Danaides, 299, **449**
Topos centro, 327
Tora, 107
Torii, **449**
Tormenta, 47, 67, **450**
Tormentos, 175
— de Tántalo, 299
Toro(s), 59, 76, 79, 91, 103, 125, 138, 139, **450**
— primigenio, 451
— salvaje, 73
— unicornes, 466
Torques, **452**
Torre(s), **452**
— de Babel, 452
— de los Ratones, 391
— de marfil, 453
— escalonadas (zigurat), 361
Tórtola, 345
Tortuga(s), 89, **453**
Torü, 48
Tótem, 127, 272, **454**
Trabajo, 136, **455**
— de Sísifo, 299
Tramposo, 491
Trébol, 198
— de cuatro hojas, 229
— verde, 229
Tres círculos, 460
— clavos, 114
— en raya, 134
— espirales, 460
— gracias, 169, 233
— joyas móviles, 174
— liebres, 460, 461
— liebres en círculo, 269
— lirios, 272
— madres, 458
— peces, 460
— rosas de san Juan, 403
— santos reyes, 396
— virtudes teologales, 483
Tríada de signo masculino, 327
Tríadas femeninas, 458
Triángulo, 174, 180, 332, **456**
— femenino, 476
— pitagórico, 378
Tridente, **457**
Triformidad, 169, 214, 236, 314, 320, 323, **458**, 459
Trinidad, 111, 128, 150, 229, **459**
Triplicidad, 214
Trirregnum, 445
Trisquelión, **460**
Triteísmo, herejía del, 459
Trofonio, 142
Trompeta, 35, 91, 191, 194, 235, 250, **461**
Trono, 26, 35, 61, **462**
— de diamante, 151
— de Dios, 101, 188
— de la Kaaba, 194
— de Minos, 462
— de oro de los Ashanti, 463
— del Pavo Real, 356, 463
Trueno, 47, 91, 135, **463**
Tuatara, 333
Tulio, 201
Tulipán, 199
Tumba, 93
Túmulos de Gross-Klein, 300
Turquesa, 55, 248, 375, **464**
Tyche, 200

U

UFO/OVNI, **465**
Ulises, 109, 211
Umbral, 20, **465**
Una mano lava a la otra, 292
Ungüentos de las brujas, 290
Unicornio, 163, 427, 466, 467
— Ky-lin, 192
— -virgen, 467
Uno primario, 327
Urania, 314
Uroboros, 110, 421, **468**
Urraca, 53, 179, **469**

V

Vaca(s), 79, 92, **470**
— sagrada, 470, 471

— y toro, 340
Valquirias, 31, 243, 321, **471**
Valquiria Brunilda, 425, 471
Van Eyck, 203
Vandalismo, 472
Vándalos, **471**
Vara de Esculapio, 81, **472**
Vasuki, serpiente, 422
Velo, **473**
— de novia, 473
— de viuda, 473
Veneración de perros, 370
Ventanas, **474**
Venus (Afrodita), 18, 31, 34, 168, 207, **474**
— de Laussel, 125
Verde, 62, 109, 117, **475**
— intenso del musgo, 475
— -Venus, 117
Verlo todo rojo, 401
Vestales, 482
Vestido de espigas de María, **476**
Vestidos de aire, 149
Vestidura de jade, 247
— infernal, 353
— verde, 150
Vía Láctea, 45, 262, 271, 384
— del yin, 424
Viburno, 199
Vicios, **477**
— capitales, 226
Vieja Blanca, 99
Vid, 59
Vida/muerte, 433
Videntes (sibilas), 482
Viento(s), 74, 83, 168, 170, **478**, 479
— del desierto, 194
— del oeste, 247
— solar, 308
— y agua, 478
Vigor viril, 99
Vino, **479**, 480
— de arroz, 481
Violeta, 30, **481**
— color, 116
Vírgen(es), 79, 93, 112, 126, 253
— astral, 483
— del sol, 482
— doncella, **482**
— María, 74
— negras, 319, 320
— sagradas, 482
— vestal, 297, 383
Virginidad, 288
Virgo, 183
Virtudes, 90, 125, 200, **483**
— teologales, 436
Vitríolo, **484**
Volcán de Thera (Santorín), 306
Vossler, K., 156
Vulva personificada, 66

W

Wampum, **485**
Wen-wang (cuatro pechos), 360
Wilgefortis, 231

X

Xantipa, **486**
Xenoglosia, 263
Xiuhcoatl (serpiente-turquesa), 464

Y

Yang, 226
Yantra(s), 128, 134, 289, 445, **487**
Yggdrasil, árbol cósmico, 323
Yin, 226, 277
Yin y yang, 45, 111, 149, 158, 163, 164, 190, 249, 280, 284, 297, 310, 323, 326, 424, 433, 469, **487**
Yocasta, 159
Yoni, 270, **488**
Yucatán, 125, 127, 263, 268
Yugo, **488**
— caudínico (horcas caudinas), 489
Yü-Huang-ti, emperador de jade, 247
Yum Kak (señor del fuego), 241
Yum K'ax, 229

Z

Zafiro, 375, **490**
Zapatilla, 94, **490**
Zarathustra, 200
Zarza, **490**
Zedler, J. H., 156
Zeus, 125
— /Júpiter, 167
Zigurat (torres escalonadas), 361
Zodíaco chino, 308
— de la antigua China, 184
Zoroastro, 200
Zorra, 145
Zorro(s), 150, **491**
— blanco, 492
— celestes, 492

Abeja, pág. 13

Abeja, pág. 14

Abraham, pág. 15

Abraham, pág. 15

Acteón, pág. 17

Adán y Eva, pág. 17

Adonis, pág. 18

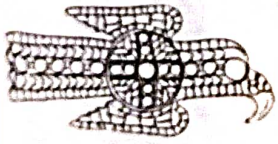
Agua, pág. 19

Agua, pág. 20

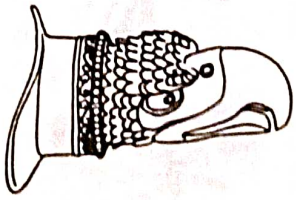
Agua, pág. 20

Agua, pág. 21

Agua, pág. 21


Águila, pág. 22

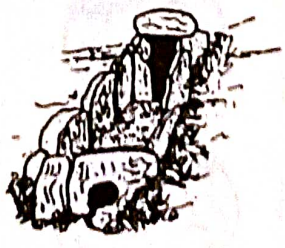
Águila, pág. 23

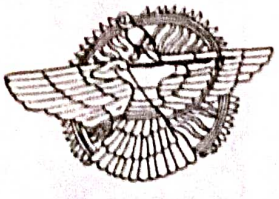

Águila, pág. 23

Águila, pág. 24

Águila, pág. 24

Aguileña, pág. 25


Agujero de las almas, pág. 26


Ala, pág. 26

Ala, pág. 26

Ala, pág. 27

Ala, pág. 27

Alejandro Magno, pág. 28

Alfa y omega, pág. 28

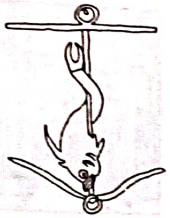
Alfa y omega, pág. 28

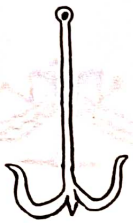
Áloe, pág. 29

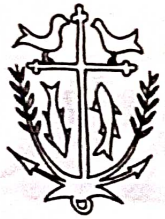
Amazonas, pág. 30

Amor, pág. 32

Amor, pág. 32


Ancla y pez, pág. 32


Ancla, pág. 33

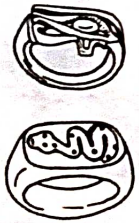

Ancla, pág. 33

Andrógino, pág. 34

Ángel, pág. 34

Ángel, pág. 35

Ángel, pág. 35


Anillos, pág. 36

Anj, pág. 37

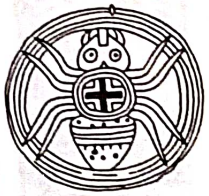
Anticristo, pág. 38

Abad, A., pág. 39

Antorcha, pág. 39

Arado, pág. 40

Arado, pág. 40


Araña, pág. 41

Árbol, pág. 42

Árbol, pág. 42

Árbol, pág. 43

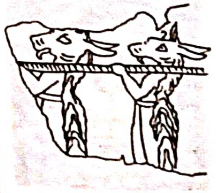
Arca, pág. 44

Arco iris, pág. 45

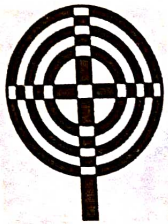
Ardilla, pág. 45

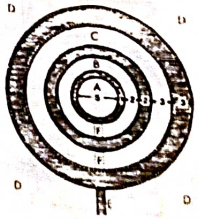
Armas de Cristo, pág. 46

Aro, pág. 46


Asno, pág. 48

Asnero, pág. 49

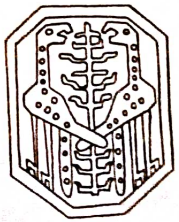

Atlántida, pág. 50



Atlántida, pág. 50

Atlas, pág. 51

Ave con cabeza humana, pág. 51


Ave, pág. 52

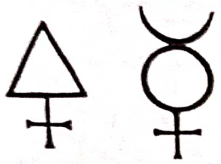
Ave, pág. 52

Ave, pág. 52

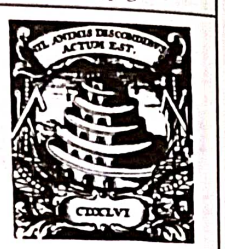
Ave del paraíso, pág. 53

Avestruz, pág. 54

Avestruz, pág. 54


Azufre y mercurio, pág. 55

Babel, torre de, pág. 57



Babel, torre de, pág. 58

Babel, torre de, pág. 58

Babilonia, pág. 58

Baco, pág. 59

Balanza y fasces, pág. 59

Balanza, pág. 60

Balanza, pág. 60

Baldaquín, pág. 61

Ballena, pág. 61

Ballena, pág. 61

Bambú, pág. 62

Banderas, pág. 62

Banderas, pág. 63

Banderas, pág. 63

Bandido, pág. 63

Baño, pág. 64

Barba, pág. 65

Basilisco, pág. 66

Baubo, pág. 66

Bes, pág. 67

Boda, pág. 69

Bosque, pág. 70

Bosque, pág. 70

Bosquecillo, pág. 71

Brujas, pág. 71

Brujas, pág. 72

Buda, pág. 72

Buitre, pág. 73

Caballero, pág. 75

Caballero, pág. 75

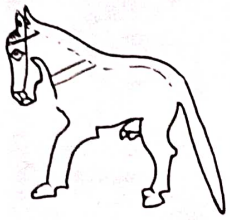
Caballero, pág.76

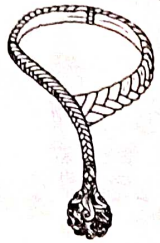
Caballero, pág. 76

Caballo, pág. 76

Caballo, pág. 77

Caballo, pág. 77


Caballo, pág. 77


Cabello, pág. 78

Cabra, pág. 79

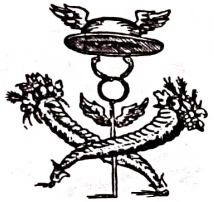
Cabra, pág. 80

Cabra, pág. 80

Cadena, pág. 80

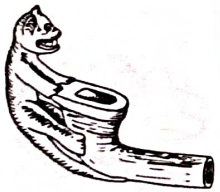
Cadena, pág. 81

Cadena, pág. 81


Caduceo, pág. 82

Caín, pág. 82

Caín, pág. 83


Calumet, pág. 83

Calumet, pág. 84

Camello, pág. 85

Campana, pág. 85

Campana, pág. 85

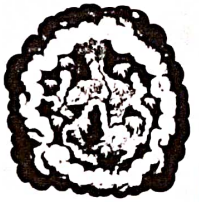
Campana, pág. 86

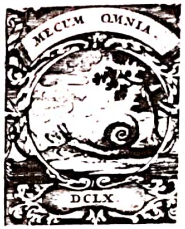
Candelabro, pág. 86

Candelabro, pág. 87

Cangrejo, pág. 88

Cangrejo, pág. 88


Caos, pág. 88



Caracol, pág. 89

Cardo, pág. 89

Carnero, pág. 90

Carnero, pág. 91

Carros, pág. 91

Carros, pág. 92

Carros, pág. 92

Casa, pág. 93

Casamiento, pág. 94

Castillo, pág. 95

Castillo, pág. 95

Cebolla, pág. 95

Cedro, pág. 96

Ceguera, pág. 97

Centauros, pág. 98

Centauros, pág. 98

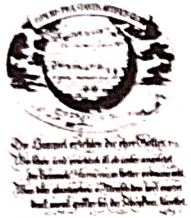
Centauros, pág. 99

Cerdo, pág. 100

Centro con cabezas de macho cabrío, pág. 100

Centro con anillo, pág. 100

Cielo, pág. 101


Cielo, pág. 103

Ciervo, pág. 104

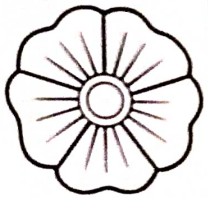
Ciervo, pág. 104

Ciervo, pág. 105

Cigarra, pág. 106

Cigarra, pág. 106

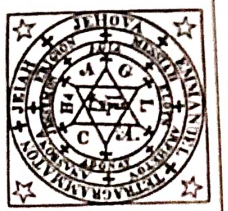
Cigüeña, pág. 107


Cinco, pág. 107

Cinturón, pág. 108

Ciprés, pág. 109

Círculo, pág. 110



Círculo, pág. 110

Círculo, pág. 111

Círculo, pág. 111

Ciruela, pág. 112

Cisne, pág. 112

Cisne, pág. 113

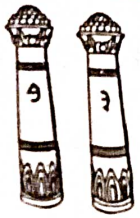
Ciudad, pág. 113

Clavel, pág. 114

Cocodrilo, pág. 116

Columnas, pág. 118

Columnas, pág. 119


Columnas, pág. 119

Columnas, pág. 119

Compás, pág. 120

Concha, pág. 121

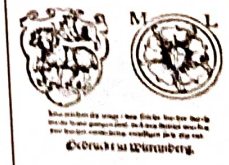
Coral, pág. 121

Coral, pág. 122

Corazón, pág. 122

Corazón, pág. 123

Cordero, pág. 124



Cordero, pág. 124

Cordero, pág. 124

Coronas, pág. 125

Corona, pág. 126

Corona, pág. 126

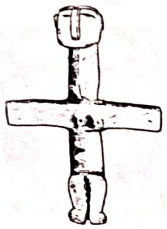
Corza, pág. 127

Crismón, pág. 128

Crismón, pág. 128

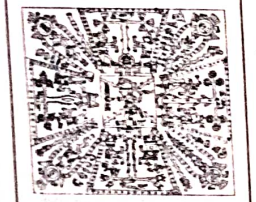
Cristóbal, pág. 129

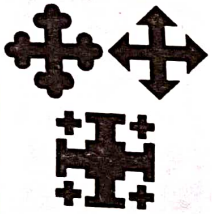
Cronos, pág. 129

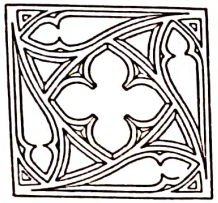

Cruz, pág. 130

Cruz, pág. 130

Cruz, pág. 133


Cruz, pág. 132


Cruz, pág. 133


Cuadrado, pág. 134

Cuatro estaciones, pág. 135

Cubo, pág. 136

Cuentos, pág. 137

Cuernos, pág. 139

Cuervo, pág. 140

Cuervo, pág. 140

Cuervo, pág. 140

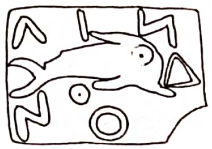
Cuervo, pág. 141

Cueva, pág. 143

Dafne, pág. 146

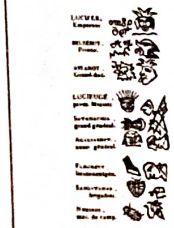
Danza de la muerte, pág. 147

David, pág. 147


Delfín, pág. 148

Delfín, pág. 148

Diablo, pág. 150


Diablo, pág. 150

Diana, pág. 152

Diluvio, pág. 153

Doble hacha, pág. 154

Doble hacha, pág. 154

Doncella de Orleans, pág. 155

Don Quijote, pág. 156

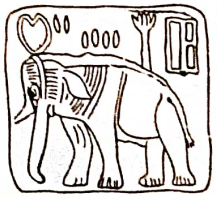
Dragones, pág. 157

Dragón, pág. 157

Dragón, pág. 157

Dragones, pág. 158

Elefante, pág. 162

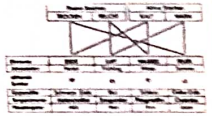

Elefante, pág. 162

Elefante, pág. 162

Elefante, pág. 163

Elementos, pág. 164

Elementos, pág. 164


Elementos, pág. 165

Emperador, pág. 165

Emperador, pág. 166

Emperador, pág. 166

Emperador, pág. 166

Encina, pág. 168

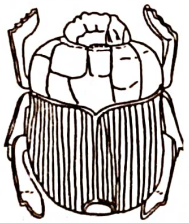
Énula, pág. 168

Erinias, pág. 169

Erizo, pág. 169

Ermitaño, pág. 170

Escala, pág. 171


Escarabeo, pág. 171

Escoba, pág. 172

Escorpión, pág. 173

Escorpión, pág. 173

Escuadra, pág. 174

Escuadra, pág. 174

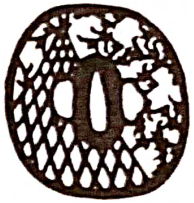
Esfinge, pág. 175

Esfinge, pág. 175

Esfinge, pág. 175

Espada, pág. 176

Espada, pág. 176


Espada, pág. 177

Espejo, pág. 178

Espejo, pág. 179

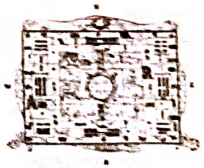
Espiral, pág. 180

Espiral, pág. 180

Esqueleto, pág. 181

Esqueleto, pág. 181

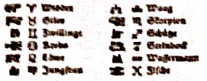
Estrellas, pág. 182


Estrellas, pág. 182

Estrellas, pág. 183

Estrellas, pág. 183

Estrellas, pág. 184


Estrellas, pág. 184

Estrellas, pág. 185

estrellas, pág. 185

Estrellas, pág. 186

Esvástica, pág. 186

Eulenspiegel, pág. 187

Evangelistas, pág. 188

Evangelistas, pág. 188

Evangelistas, pág. 188

Faisán, pág. 190

Fasces, pág. 191

Fausto, pág.191

Fénix, pág. 192

Fénix, pág. 192

Fénix, pág. 193

Dardo, pág. 195

Flechas, pág. 195

Flor, pág. 197

Fortuna, pág. 200

Fuego, pág. 201

Fuego, pág. 201

Fuego, pág. 202

Fuentes, pág. 202

Fuentes, pág. 203

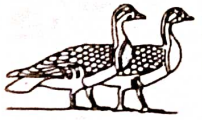
Gallina, pág. 204

Gallina, pág. 205

Gallo, pág. 205

Gallo, pág. 206

Gallo, pág. 206

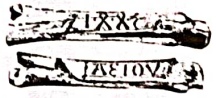

Ganso, pág. 207

Garza, pág. 208

Gato, pág. 208

Gato, pág. 209

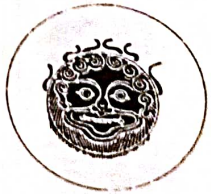
Gemelos, pág. 210

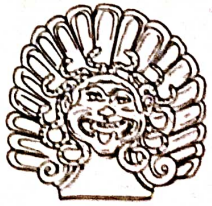

Gigantes, pág. 211

Gigantes, pág. 211

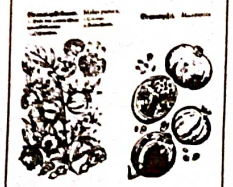
Golondrina, pág. 213

Gorgonas, pág. 214


Gorgonas, pág. 214


Gorgonas, pág. 214

Gracias, pág. 215


Granada, pág. 215

Grifo, pág. 216

Grito, pág. 217

Grulla, pág. 217

Grullas, pág. 218

Grulla, pág. 218

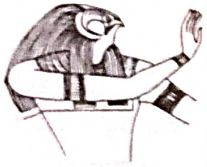
Hacha, pág. 220

Hacha, pág. 221

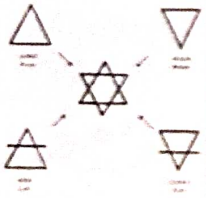
Hacha, pág. 221

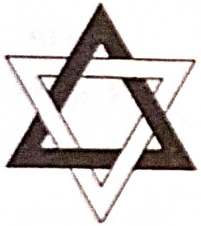
Hacha, pág. 221

Hacha, pág. 221


Halcón, pág. 222

Hetaira, pág. 223


Hexagrama, pág. 224

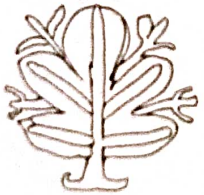

Hexagrama, pág. 224

Hexagrama, pág. 224

Hiedra, pág. 225

Hiena, pág. 226

Higa, pág. 227


Higo, pág. 227

Higo, pág. 228

Hipopótamo, pág. 228

Hombres selváticos, pág. 229

Hombres selváticos, pág. 230

Hombres selváticos, pág. 230

Hombres selváticos, pág. 231

Hongos, pág. 232

Horno, pág. 234

Hoz, pág. 234

Hoz, pág. 235

Hoz, pág. 234

Huesos, pág. 235

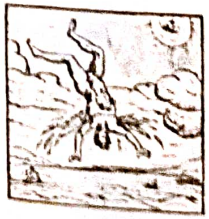
Huevo, pág. 236

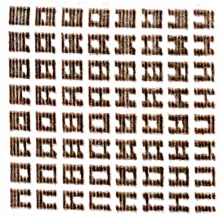
Huso, pág. 236

Huso, pág. 237

Hypnos, pág. 237

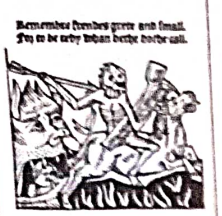
Ibis, pág. 238


Ícaro, pág. 239


I-Ching, pág. 239

Ídolos, pág. 240

Incienso, pág. 241


Infierno, pág. 242

Infierno, pág. 243

Islas de los Bienaventurados, pág. 244

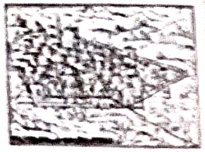
Jabalí, pág. 246

Jabalí, pág. 246

Jano, pág. 248

Jardín, pág. 249

Jerusalén, pág. 250

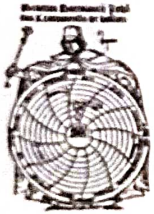

Jerusalén, pág. 251

Job, pág. 252

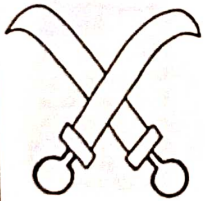
José, pág. 252

Judas Iscariote, pág. 253

Juegos, pág. 254


Júpiter, pág. 254

Júpiter, pág. 255


Kukri, pág. 256

Laberinto, pág. 257

Laberinto, pág. 258

Laberinto, pág. 258

Lagarto, pág. 258

Langostas, pág. 259

Laurel, pág. 260

Lázaro, pág. 260

Leche, pág. 261

Leche, pág. 261

Lechuza, pág. 262

Lechuza, pág. 262

Lechuza, pág. 263

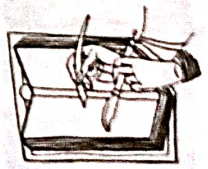
Lengua, pág. 263

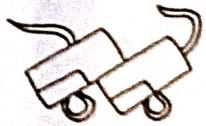
León, pág. 263

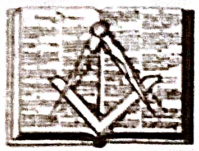
León, pág. 263

León, pág. 266

Libro, pág. 267

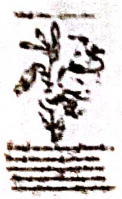

Libro, pág. 268


Libro, pág. 268


Libro, pág. 268

Liebre, pág. 269

Liebre, pág. 270


Lirio, pág. 271

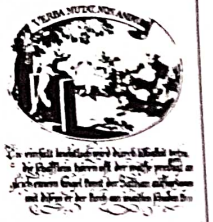
Lirios, pág. 272

Lirio, pág. 272

Lobo, pág. 273

Lobo, pág. 273

Lobo, pág. 274

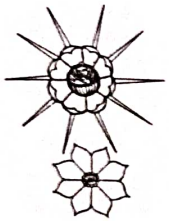

Lobo, pág. 274

Lobo, pág. 274

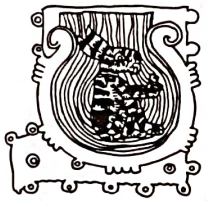
Loco, pág. 275

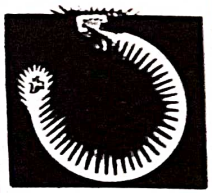
Loco, pág. 275

Loto, pág. 276


Loto, pág. 277

Luna, pág. 278


Luna, pág. 279


Luz, pág. 281

Luz, pág. 281

Llave, pág. 284

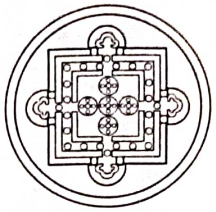
Lluvia, pág. 284

Macho cabrío, pág. 286

Madre, pág. 287

Madre con hijo, pág. 288

Mammón, pág. 288

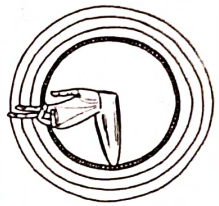

Mandala, pág. 289

Mandorla, pág. 290

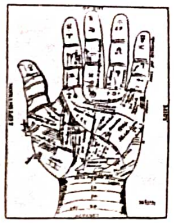
Mandorla, pág. 290

Mandrágora, pág. 290

Mano, pág. 291


Mano, pág. 291

Mano, pág. 292


Mano, pág. 292

Mano, pág. 293

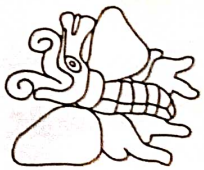
Manto, pág. 293

Manto, pág. 293,

Manto, pág. 294

Manzana, pág. 295

Mariposa, pág. 296


Mariposa, pág. 296

Mariposas, pág. 296

Mariposa macaón, pág. 296

Marte, pág. 297

Martillo, pág. 298

Más allá, pág. 299

Máscara, pág. 300

Máscara, pág. 300

Máscara, pág. 300

Medicina, pág. 301

Mendigo, pág. 302

Mendigo, pág. 302

Mendigo, pág. 302

Menhir, pág. 303

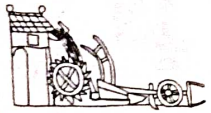
Mercurio, pág. 304

Miel, pág. 305

Moisés, pág. 306

Moisés, pág. 306

Molino, pág. 307


Molino, pág. 307

Mono, pág. 308

Mono, pág. 308

Montaña, pág. 309

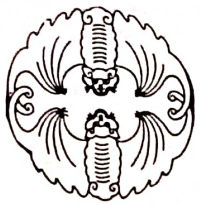
Montaña, pág. 310

Moscas, pág. 311

Münchhausen, pág. 312

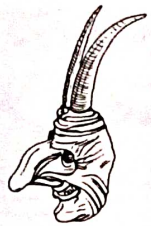
Murciélago, pág. 313

Murciélago, pág. 313

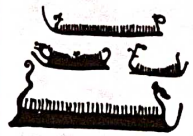

Murciélago, pág. 313

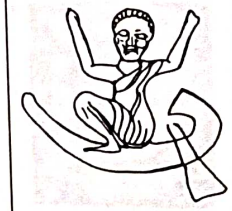
Murciélago, pág. 314

Nariz, pág. 316


Nariz, pág. 317

Nave, pág. 317


Nave, pág. 318


Nave, pág. 318

Nave, pág. 318

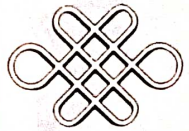
Negro, pág. 319

Negro, pág. 319

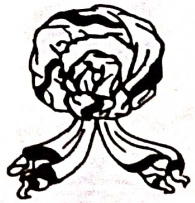
Nimbo, pág. 321

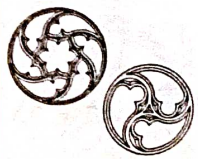
Noche, pág. 322

Nubes, pág. 323

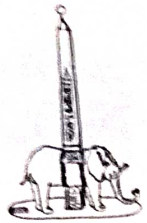

Nudos, pág. 324

Nudos, pág. 325


Nudos, pág. 325

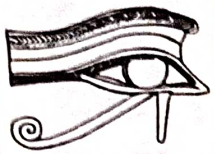

Números, pág. 327

Números, pág. 328


Obelisco, pág. 330

Ocho inmortales, pág. 331

Ojo, pág. 332


Ojo, pág. 332

Ojo, pág. 333

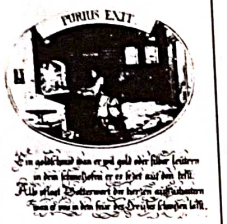
Ojo, pág. 333

Olivo, pág. 334

Omphalos, pág. 335

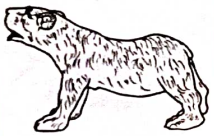
Oreja, pág. 336

Orfeo, pág. 337


Oro, pág. 337

Oro, pág. 338

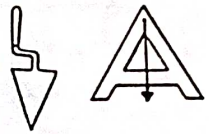
Oro, pág. 338


Oro, pág. 339

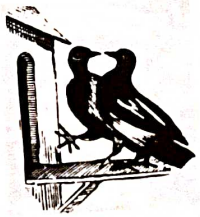
Oro, pág. 340

Oveja, pág. 341

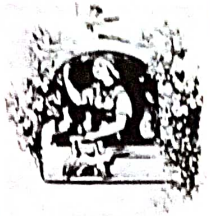
Padre, pág. 342

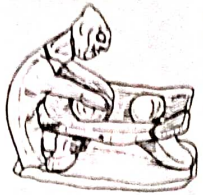

Paleta y nivel, pág. 342

Palmera, pág. 343


Paloma, pág. 344

Paloma, pág. 344


Palomas, pag. 345

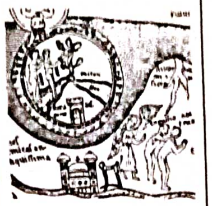

Pan, pág. 346

Pan, pág. 347

Pantera, pág. 348

Pantera, pág. 349

Pantera, pág. 349


Paraíso, pág. 351

Paraíso, pág. 351

Paraíso, pág. 352

Pastor, pág. 353

Pastor, pág. 354

Pastor, pág. 354

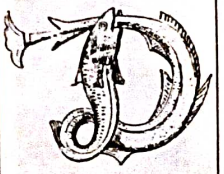
Pastor, pág. 354

Pato, pág. 355

Pavo real, pág. 356

Pavo real, pág. 356

Peces, pág. 357


Peces, pág. 358

Pecho, pág. 359

Pecho, pág. 360

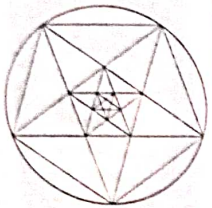
Pegaso, pág. 360

Pegaso, pág. 360

Peldaños, pág. 361

Pelícano, pág. 362

Pelota, pág. 362


Pentagrama, pág. 363

Pentagrama: anillo-amuleto, pág. 363

Pentagrama, pág. 364

Peonía, pág. 364

Pera, pág. 365

Peregrinación, pág. 366

Perla, pág. 366

Perla, pág. 367

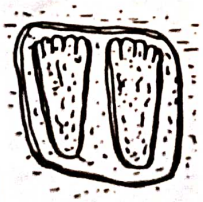
Perro, pág. 368

Perro, pág. 369

Perro, pág. 369

Perro, pág. 370

Perros-leones, pág. 370


Pie, pág. 371

Piedra, pág. 373

Piedras preciosas, pág. 375

Piedras preciosas, pág. 376

Pilastra Djed, pág. 377

Pino, pág. 377

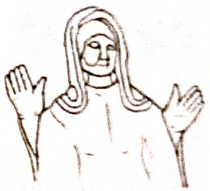
Pitágoras, pág. 378

Plomo, pág. 380

Pluma, pág. 380

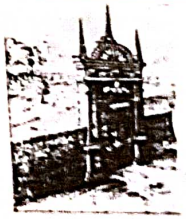
Poste, pág. 381

Postura orante, pág. 382

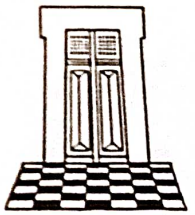

Postura orante, pág. 382

Pozo, pág. 383

Prometeo, pág. 383


Puerta, pág. 384

Puerta, pág. 385

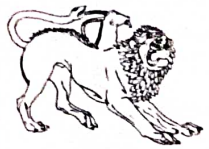

Puerta, pág. 385

Pulpo, pág. 385

Pulpo, pág. 386

Purgatorio, pág. 386

Quimera, pág. 387


Quimera, pág. 387

Ramera, pág. 388

Rana, pág. 389

Rata, pág. 390

Rata, pág. 390

Ratón, pág. 391

Ratón, pág. 391

Ratón, pág. 392

Rayo, pág. 392

Rayo, pág. 393

Rayo, pág. 393

Red, pág. 394

Reloj de arena, pág. 395

Rey, pág. 396

Rey, pág. 396

Río, pág. 397

Río, pág. 397

Río, pág. 398

Roca, pág. 399

Roca, pág. 399

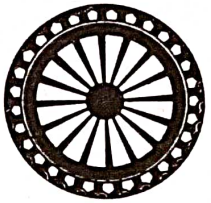
Rocío, pág. 400

Rolando, pág. 402

Rosa, pág. 403

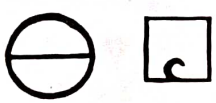
Rosa, pág. 404

Rosa, pág. 404


Rueda, pág. 406

Ruiseñor, pág. 407

Runas, pág. 408


Signos, pág. 410

Salamandra, pág. 410

Salamandra, pág. 411

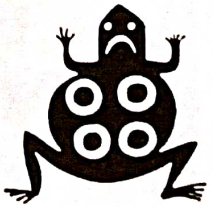
Salomón, pág. 411

Samaritano, pág. 412

Sangre, pág. 413

Sangre, pág. 413

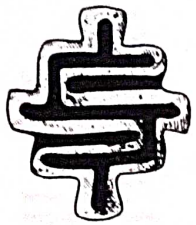
Sapos, pág. 414


Sapos, pág. 415

Sátiro, pág. 415

Saturno y Venus, pág. 416

Saturno, pág. 416


Sello de piedra, pág. 418

Sello, pág. 418

Sello con caballero, pág. 418

Seres acuáticos, pág. 419

Seres acuáticos, pág. 419

Seres acuáticos, pág. 419

Seres acuáticos, pág. 420

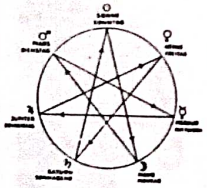
Serpiente, pág. 421,

Serpiente, pág. 422

Serpiente, pág. 423

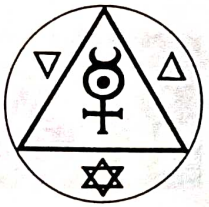
Siete, pág. 424

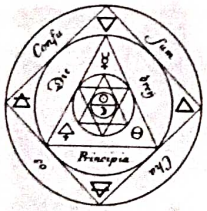
Siete estrellas, pág. 424


Siete, pág. 424

Símbolos alquímicos, pág. 426

Símbolos alquímicos, pág. 246


Símbolos alquímicos, pág. 426


Símbolos alquímicos, pág. 427

Símbolos astrológicos, pág. 428

Símbolos de la muerte, pág. 429

Símbolos de la muerte, pág. 428

Símbolos de la muerte, pág. 430

Símbolos de los sueños, pág. 431

Símbolos de los sueños, pág. 431

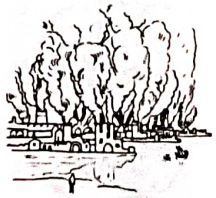
Símbolos de los sueños, pág. 431

Símbolos francmasónicos, pág. 433

Sistemas duales, pág. 434

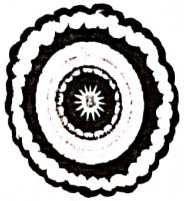
Sistemas duales, pág. 434

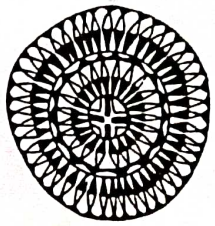
Sistemas duales, pág. 434


Sodoma y Gomorra, pág. 435

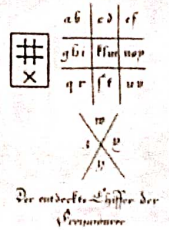
Sofía, pág. 435

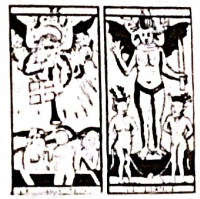
Sol, pág. 436


Sol, pág. 437

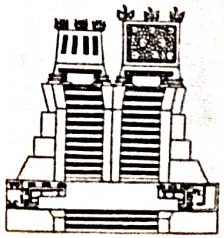

Sol, pág. 437

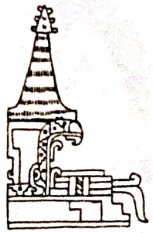
Sol, pág. 438


Tablero, pág. 440


Tarot, pág. 441

Tell, pág. 442


Templo, pág. 443


Templo, pág. 444

Templo, pág. 444

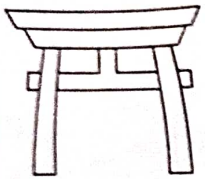
Thanatos, pág. 445

Tierra, pág. 446

Tigre, pág. 447

Tigre, pág. 447

Tilo, pág. 448


Torii, pág. 449

Tormenta, pág. 450

Tormenta, pág. 450

Toro, pág. 451

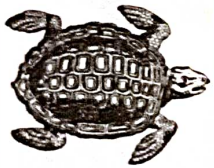
Toro, pág. 451

Toro, pág. 451

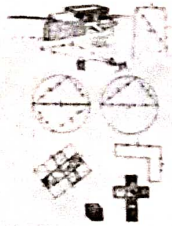
Toro, pág. 452

Torre, pág. 453

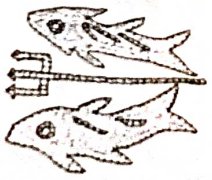
Torre, pág. 453

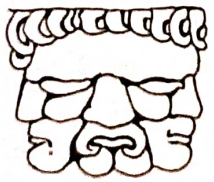

Tortuga, pág. 454

Tótem, pág. 455


Triángulo, ppag. 456

Triángulo, pág. 457


Tridente, pág. 457


Trifosmidad, pág. 458

Triformidad, pág. 459

Triformidad, pág. 458

Trinidad, pág. 459

Trinidad, pág. 460

Trinidad, pág. 460

Trisquelión, pág. 461

Trompeta, pág. 461

Trompeta, pág. 461

Trompeta, pág. 461

Trono, pág. 462

Trono, pág. 462

Trueno, pág. 463

Trueno, pág. 463

Unicornio, pág. 466

Unicornio, pág. 467

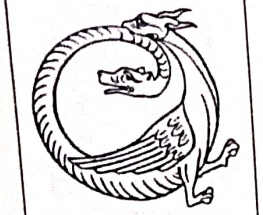
Unicornio, pág. 467

Uroboros, pág. 468

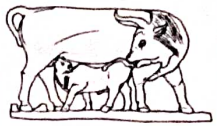
Uroboros, pág. 468

Uroboros, serpiente, pág. 468

Uroboros, pág. 469


Uroboros, pág. 468

Uroboros, pág. 469


Vaca, pág. 470

Vaca, pág. 470

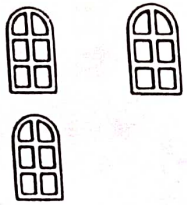
Vaca, pág. 471

Vándalos, pág. 472

Vara de Esculapio, pág. 472

Vara de Esculapio, pág. 473

Velo, pág. 473


Ventanas, pág. 474

Venus con signos Zodiacales, pág. 475

Venus, pág. 475

Vestido de espigas de María, pág. 477

Vicios, pág. 477

Vicios, pág. 477

Vientos, pág. 479

Vino, pág. 480

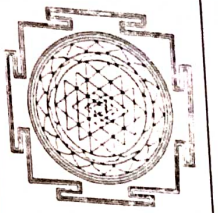
Vino, pág. 480

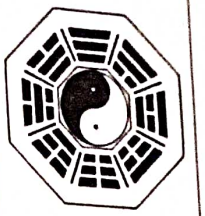
Violeta, pág. 481

Virgen, pág. 483

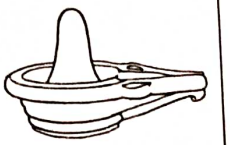
Virgen, pág. 482

Wampum, pág. 485

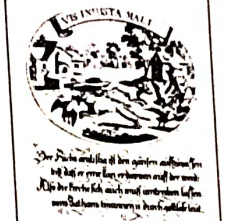

Yantra, pág. 487


Yin-Yang, pág. 488

Yin-Yang, pág. 488


Yoni, pág. 488

Zarza, pág. 491


Zorro, pág. 491

Zorro, pág. 492

Otros diccionarios en la colección Paidós Lexicon

Diccionario de mitología griega y romana
PIERRE GRIMAL

Una obra dirigida no exclusivamente a especialistas o estudiosos con una preparación adecuada, sino también a un amplio sector de público culto. El lector encontrará en ella un acervo tan rico como útil de conocimientos relativos a los mitos, su vigencia y su variedad según los autores. La fluida exposición acaba considerando la mitología como vehículo de ilustración humanística y como medio para comprender a los autores clásicos.

Diccionario de las religiones
MIRCEA ELIADE E IOAN P. COULIANO

El presente diccionario no incluye sólo importantes artículos dedicados a las diferentes religiones del mundo, sino, además, toda una serie de informaciones actualizadas sobre sus fundadores, sus profetas, sus libros sagrados y las diversas corrientes espirituales que han dejado su huella en la historia religiosa de la humanidad. Un texto a la vez riguroso y accesible y un libro de consulta imprescindible.

Diccionario de la sabiduría oriental
Budismo, hinduismo, taoísmo, zen
VARIOS AUTORES

Esta obra incluye alrededor de 4000 entradas en las que se ilustran tanto los conceptos propios de todas las religiones y filosofías orientales, como las características de los principales filósofos y maestros del zen, las técnicas de meditación, las tradiciones literarias y las instituciones religiosas. Imprescindible para todos los interesados en la filosofía, la religión, la psicología, la mística y la meditación.

Con más de 2000 entradas y 600 ilustraciones, el presente diccionario es una obra de consulta básica que interpreta para el lector la gran multiplicidad de significados culturales que nos guían en nuestra vida cotidiana. Desde la cruz y la rosa roja hasta el anillo de boda y las velas en la mesa, Biedermann se pregunta de dónde proviene la fuerza emocional de todas estas cosas y —sobre una amplia base arqueológica, etnológica, artística y psicológica— acaba proponiendo un fascinante viaje por todas las culturas, civilizaciones, religiones y sectas.

Egipto, Mesopotamia, India, China, Japón, México, Perú, el Mediterráneo...: una variada pluralidad de universos que introducirán al lector tanto en los símbolos del cristianismo primitivo y medieval, como en las raíces de los motivos más modernos que hallan su expresión en mitos, cuentos y leyendas. La obra, así, obliga a «rastrear» y a saltar de una voz a otra, desvelando poco a poco los paisajes más recónditos del saber y la conciencia arquetípicos.

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed
35714005216584

ISBN 84-7509-955-6
43010
9 788475 099552